HISTORIA UNIVERSAL SIGLO XXI

la formación del imperio romano

el mundo mediterráneo en la edad antigua III.

PIERRE GRIMAL



Historia Universal
Siglo veintiuno

Volumen 7

LA FORMACION DEL IMPERIO ROMANO

El mundo mediterráneo en la Edad Antigua, III

Compilado por
Pierre Grimal

España
Argentina

historia
universal
siglo



VOLUMEN COMPILADO POR

Pierre Grimal

El autor y compilador de este volumen nació en 1912. Fue profesor en la Escuela Francesa de Roma (1935-37) y en las Universidades de Caen y de Burdeos (1941-1952). Es profesor de literatura latina y cultura romana en la Sorbona. Como autor es conocido por sus obras: *Le siècle des Scipions* (1935), *La civilisation romaine* (1960), *A la recherche de l'Italie antique* (1961). Obras traducidas al castellano: *Diccionario de mitología griega y romana,* Barcelona, Labor, 1965. *Las ciudades romanas,* Barcelona, Vergara, 1956.



siglo veintiuno de españa editores, s.a.

siglo veintiuno de argentina editores®

Primera edición, febrero de 1973
Décima edición, noviembre de 2002

Primera edición en alemán, 1966

Título original: *Der Aufbau des Römischen Reiches. Die Mittelmeerwelt im Altertum III*

ISBN: 84-323-0118-3 (O. C.)
ISBN: 84-323-0168-X (Vol. 7)

Esta edición de 1.000 ejemplares se imprimió en A.B.R.N. Producciones Gráficas S.R.L., Wenceslao Villafañe 468, Buenos Aires, Argentina, en noviembre de 2002

Impreso en Argentina
Printed in Argentina

Indice

COLABORADORES DE ESTE VOLUMEN

Prof. Dr. D. Berciu (Universidad de Bucarest)
Capítulo 3 IV d β

Prof. Richard N. Frye (Universidad de Harvard)
Capítulo 3 IV d δ

Prof. Dr. Pierre Grimal (Sorbona, París)
Capítulos 1, 2, 3 I, II, III, IV a, b, c, d, ε y V

Prof. Dr. Georg Kossack (Universidad de Kiel)
Capítulo 3 IV d α

Tamara Talbot Rice (Edimburgo)
Capítulo 3 IV d

TRADUCTORES

Ignacio Ruiz Alcain: capítulo 1. I

Marcial Suárez: capítulos 1. II-V, 2. I-V, 3. I-IV d, 3. IV d β. 3. IV d ε

Antón Dieterich: captíulo 3. IV d α

DISEÑO DE CUBIERTA

Julio Silva

1. La época de las grandes conquistas de Roma (202-129 a. de C.)

La derrota de Cartago en Zama no sólo marcaba el fin del Imperio de los Barcas en el Mediterráneo occidental, sino el colapso general del poderío púnico. Las escasas tentativas que, con objeto de reformar el gobierno de Cartago y devolverle alguna firmeza, realizara Aníbal [1], no prosperaron, y aun él tuvo que refugiarse en Oriente [2]. Roma permitirá a su vieja enemiga subsistir medio siglo más, pero con la expresa condición de que renuncie a recobrarse [3]. Semejante abatimiento de Cartago dejaba por todo Occidente un gran vacío que el helenismo no se hallaba ya en disposición de ocupar: una de las consecuencias de la segunda guerra púnica había sido precisamente el aniquilamiento político de todo vestigio de poder griego en Sicilia. Siracusa había cometido el error de abandonar la política de Hierón II, y se había situado a destiempo de parte de Cartago [4]; también Tarento se había comprometido en forma irreparable. Lo que quedaba del helenismo occidental tendrá en adelante que integrarse en la potencia romana. Roma es la capital indiscutida de Occidente; es a ella a quien ha de incumbir la responsabilidad de rematar su pacificación frente a la totalidad de los bárbaros: ligures, celtas de Italia septentrional y de las Galias, iberos de España e, inmediatamente, númidas de Africa. Y a su alrededor se agruparán, animados con diferentes propósitos, los pueblos «civilizados», que habrán de reconocer su hegemonía efectiva.

Pero la política de Aníbal presentaba además otra consecuencia. Las intrigas del cartaginés habían precipitado el enfrentamiento —inevitable, desde luego, a un plazo más o menos corto— entre Roma y el reino de Macedonia, y enseñado a los romanos que sus miras hacia Oriente no podían limitarse a las orillas italianas de los mares Jónico y Adriático. La desaparición de Cartago como potencia económica dejaba a Roma, y en general a los «italianos», directamente en presencia del mundo oriental; era como si una pantalla protectora, la que formaba el comercio cartaginés, se hubiera desvanecido en forma repentina. En Oriente, Roma tendría que habérselas con aliados, «clientes» y enemigos propios; aun antes de que sus armas hubiesen hallado ocasión real de intervenir, su solo nombre ya

comenzaba a suscitar opciones y reagrupamientos políticos diferentes [5]. Y precisamente porque en Oriente el mundo griego se encontraba ya profundamente dividido —sin que ésta o aquélla de las anteriores monarquías hubiese logrado imponer su hegemonía— es por lo que, también en este campo, Roma se verá llamada a desempeñar el papel de árbitro y, a continuación, de amo. La decadencia de Cartago no fue, sin duda, la única ni, quizás, la principal de las causas de la evolución que condujo a que Roma extendiese su imperio por Oriente; pero sí uno de sus factores determinantes, y, en cualquier caso, lo que la hizo posible al comenzar este siglo II anterior a nuestra era.

I. ROMA AL FINALIZAR LA SEGUNDA GUERRA PUNICA

La larga crisis por la que Roma había atravesado a lo largo de más de quince años —en cuyo transcurso su existencia misma se había visto gravemente amenazada—, no había dejado de provocar profundas transformaciones materiales, políticas y espirituales, tanto en el seno de la ciudad como en sus relaciones con los aliados de la Confederación. Es una Roma nueva la que después de Zama aborda su nueva misión, que probablemente aún no entrevé: la conquista del mundo. Sería demasiado simplista aducir que la máquina bélica aprestada contra Aníbal se encontraba a partir de este momento sin empleo, y que los romanos, por el ímpetu adquirido, quisieron llevar cada vez más lejos sus victorias. Porque aquella terrible máquina había sido concebida y organizada con vistas a la defensa frente a un agresor que llevaba la guerra a Italia; contra un ejército formado de auxiliares, mercenarios y aventureros de todo origen, Roma había alzado en armas al pueblo romano junto con sus aliados, y no es fácil que una fuerza semejante pueda ser desviada de su primitiva misión al concluir su tarea. Sin embargo, es cierto que, en el curso de la lucha contra Aníbal, Roma había adquirido a un mismo tiempo el hábito terrible de guerrear y el no menos peligroso de vencer. Resulta fácil imaginar la exaltación que se apoderó de los ánimos, la fe de Roma en su destino, en su invulnerabilidad, sentimientos todos que habrían de animar durante siglos la política de Roma, y que, en gran medida, permiten explicarla.

a) La literatura nacional.

α) *Nevio*

No se trata, ciertamente, de un azar si Roma vio surgir, una tras otra, dos epopeyas nacionales: el *Bellum Punicum* de Nevio y los *Anales* de Ennio. Nevio, oriundo de Campania, pertenecía a la primera generación de poetas romanos y había producido sus primeras obras poco después que Livio Andrónico[6]; pero es probable que la redacción de su epopeya date de finales de su vida y sea contemporánea de la guerra de Aníbal[7]. Los *Anales* de Ennio son muy poco posteriores a la obra de Nevio, al menos por lo que se refiere a su comienzo, pues el poeta continuó su redacción a manera de crónica hasta su muerte, acaecida en el 169. Si Ennio es el testigo de los primeros éxitos de Oriente, Nevio, por su parte, afirma su fe en los momentos sombríos de la guerra y por ello resulta mucho más precioso su testimonio sobre el estado de ánimo contemporáneo de Metauro y anterior a Zama.

Aunque el *Bellum Punicum* no se nos ha conservado y tan sólo poseemos escasos fragmentos (de los que ninguno supera jamás los tres versos), el ingenio de los filólogos nos permite entrever el espíritu que lo animaba. En primer lugar, una intensa fe religiosa; no tanto, quizá, en la verdad material de los mitos tradicionales —que en Roma son, a pesar de todo, «superestructuras» importadas— como en lo eficaz del rito y, con mayor generalidad, en la realidad de lo divino[8]. Antes que Virgilio, vinculaba Nevio el destino de Roma a la voluntad de los dioses; antes que aquél, también, trataba de explicar en un vasto episodio *etiológico* el antagonismo profundo de Cartago y Roma, situando en presencia el uno del otro a Eneas y Dido, fundadores ambos, él de Roma y ella de Cartago. A esta primera parte del poema, consagrada al aspecto divino y mítico de los acontecimientos que habían jalonado la más reciente historia de Roma, sucedía una «crónica» de la primera guerra púnica, en la que Nevio había participado personalmente como soldado. El relato que nos deja parece hacerse a propósito seco y desnudo, semejante a los *elogia* que se grababan en una o dos líneas sobre las tumbas de los jefes romanos. Contemplamos ya el nacimiento de un estilo «romano», hecho de sobriedad, de un vigor casi brutal, opuesto a la opulencia y pintorescos adornos de la epopeya helenística de la época, que Nevio conocía sin lugar a dudas. Roma se enfrenta a Oriente para afirmar su originalidad propia, con aquella disposición para la gloria que hemos dicho era uno de los móviles profundos que

animaban a los espíritus contemporáneos[9]. En esta forma, la acción se sitúa por entero en un doble registro: en lo alto, dioses y héroes cuyas aventuras determinan simbólicamente la historia humana; debajo, ésta desenvuelve su drama con sus episodios heroicos, pero también con su rutina prosaica, con sus reveses y sus éxitos, que sólo adquieren sentido en relación con el registro divino.

El *Bellum Punicum* fue compuesto sin duda poco antes de la batalla de Metauro. Señala el instante en que la esperanza comienza a renacer en el ánimo romano. Quizás contribuyera a ello el mostrar que nada podía interrumpir el «contacto» entre Roma y sus dioses; que el pasado constituía la firme garantía del presente y del inmediato futuro. Y tal testimonio resultaba inapreciable a una ciudad que comenzaba a inquietarse por la persistencia de sus reveses y se preguntaba si no tendría que revisar sus relaciones con la divinidad[10]. El poeta acudía a tranquilizarla.

β) *Ennio y Terencio*

Una generación después, Ennio representa una actitud espiritual muy distinta. Roma ya no se encuentra cercada, hostigada por un enemigo temible; se ha convertido en la primera potencia de Occidente. No experimenta ya la misma necesidad de recogerse en su intimidad y encontrar su salvación en la fe en las tradiciones propias; puede acoger más generosamente a un helenismo del que en parte provenía[11] y del que se había visto aislada un momento por la guerra de Aníbal. Un hecho nos lo demuestra. Cuando, a su vez, Ennio se decide a escribir una epopeya nacional, no recurre ya al viejo metro «saturnio», utilizado por Livio y Nevio, sino que adapta, mejor o peor, el hexámetro homérico a la lengua latina. Más aún, se pretende reencarnación de Homero asegurando, al iniciar sus *Anales,* que el viejo poeta se había metamorfoseado primeramente en pavo real[12] para posteriormente convertirse en Ennio mismo. Este extraño prólogo sugiere que el poeta —como por otras fuentes conocemos— era un adepto del pitagorismo, que admitía la transmigración de las almas; pero asimismo nos demuestra que Ennio se inspiraba en Calímaco, quien parece que en este caso sí fue su modelo[13]. Con Ennio, vuelve de nuevo a ser Roma una «colonia» del alejandrinismo. Es probable que el origen de Ennio (había nacido en Rudias, no lejos de Tarento) sea lo que explique, al menos en parte, tanto el pitagorismo del poeta —ya que Tarento se había mantenido durante largo tiempo como el centro desde el que dicha doctrina se había pro-

yectado sobre Italia—, como la singular sensibilidad que manifiesta para la influencia griega. Pero ese origen no explica que Roma entera se reconociese en su obra hasta el punto de considerar posteriormente a Ennio como «padre» de la poesía nacional.

Idéntica oposición a la que advertimos entre el espíritu de Nevio y el de Ennio, se patentiza al comparar el teatro de Plauto con el de Terencio. Plauto es sensiblemente contemporáneo de Nevio (ciertamente unos años más joven); en cuanto a Terencio, es más joven que Ennio. Sus comedias, en número únicamente de seis, se compusieron tras de la muerte de éste [14], pero a su vez testimonian un claro retorno al helenismo. Plauto nos deja de la vida griega —como se sabe, adopta intrigas y personajes de la nueva [15] comedia— un carácter de inmoralidad al que opone, al menos implícitamente, la austeridad y sentido moral de los romanos. Por el contrario, Terencio parece no sólo haber observado más de cerca a sus modelos griegos y sacrificado menos que su predecesor a las tradiciones populares de la «farsa» italiana, sino mostrar interés por el significado filosófico de las obras imitadas, en lugar de obtener de ellas exclusivamente una trama y algunas situaciones bufas. En él, por ejemplo, es donde se aprecia con mayor claridad el conflicto de generaciones que no podía dejar de producirse entre unos padres que seguían siendo «romanos a la antigua» y sus hijos, a quienes la evolución económica de la ciudad, en que la conquista acumulaba riquezas cada día más considerables, y el conocimiento, además, cada vez más exacto de la «paideia» helénica difícilmente preparaban para aceptar el ideario tradicional. El sacrificio absoluto del individuo al Estado, indispensable en la crisis que Roma acababa de atravesar, podía, con razón, parecer una exigencia monstruosa en la nueva Roma, victoriosa y conquistadora.

Por el contrario, el helenismo en su forma «moderna», es decir, el ejemplo contemporáneo ofrecido por el pensamiento y la civilización del mundo helenístico, tenía como efecto exaltar el valor y los derechos del individuo. Como hemos visto, hacía largo tiempo que las presiones ejercidas por la ciudad se habían aflojado; y se ha afirmado repetidas veces, con razón, que el mundo helenístico contempló el triunfo del individuo tanto en las aventuras políticas como en las doctrinas filosóficas —si puede decirse que las grandes escuelas helenísticas, las de mayor número de adeptos, hayan mostrado a los hombres el camino para conseguir, cada uno para sí y por el propio esfuerzo, la «vida feliz» [16]. El «pitagorismo» de Ennio es una muestra

de ese valor vinculado a la persona que ni la muerte misma consigue aniquilar: el alma de excepción perdura y se impone.

En esta época se difunden por Italia y Roma ideas cuyo portavoz resulta ser Ennio en dos poemas de los que apenas conocemos sino el nombre, pero cuyo sentido adivinamos: son *Epicarmo* y *Evémero*. Exponía el primero, en forma de «revelación» análoga a la que inauguraba los *Anales*, una doctrina física que el poeta coloca en boca de Pitágoras, pero que en realidad parece más bien una síntesis bastante heteróclita, en que se mezclaban elementos pitagorizantes a otros estoicos y platónicos. Ennio enseña aquí a los romanos que el alma humana no es sino una partícula ígnea que proviene del sol, y que Júpiter no es otro que un elemento, el aire, cuyas transformaciones explican la mayoría de los fenómenos meteorológicos. *Evémero* completaba esta doctrina que tendía a liberar al individuo de la «tiranía» de la religión oficial: las divinidades son presentadas como simples mortales a los que la gratitud de sus contemporáneos habría divinizado[17]. En esta forma, el universo se explica sin necesidad de recurrir a las categorías tradicionales; la teología «racional» efectúa su aparición en Roma ignorando la teología «política», que mantiene las viejas creencias por su utilidad práctica[18], pero a la que los espíritus cultivados no conceden mayor justificación.

b) La crisis religiosa

Es así como se perfila en Roma lo que se acostumbra a denominar la crisis de la religión tradicional, y su ocaso. Pero conviene establecer ciertas consideraciones: el tan desacreditado panteón tradicional, ¿agota en realidad el sentir y la actividad religiosos de la ciudad? No se puede olvidar que la personalidad de tales divinidades es en gran parte extraña a Roma; que encierran dentro de sí elementos heterogéneos, y que parece cierto que tuvieron como objeto sobre todo servir de base a los ritos. Cuando a lo largo del siglo II la ciudad necesita aumentar la eficacia de su religión, no es tanto a nuevas personas divinas a lo que se acude, como a prácticas inéditas (sacrificios excepcionales, lectisternios, etc.). Los Libros Sibilinos consultados en tales ocasiones no son sino recopilaciones de fórmulas afines[19]; y asimismo se instala a las divinidades extranjeras, como Cibeles y la Gran Madre de Pesinunte, con el clero y las ceremonias originarias[20]. Y lo que se aplica a la religión oficial, se aplica igualmente a la devoción privada. El comienzo

del siglo II es la época en que se desarrolla, con una rapidez inquietante para las autoridades, la religión de *Liber Pater,* o con mayor exactitud, una forma mística de dicha religión. Hay que señalar que este cultivo va dirigido a uno de los dioses oficiales del panteón romano, el asociado a Ceres y Líbera en el vecino templo del Aventino[21]; pero el dios de estas Bacanales —tal es la denominación de las ceremonias e igualmente la de los fieles de la nueva religión— no posee de hecho sino escasos rasgos comunes con aquél. Líber Páter, viejo demonio de la fecundidad masculina honrado en el Lacio desde tiempos inmemoriales —con un culto fálico[22]—, proporcionaba una referencia cómoda a la que vincular las prácticas orgiásticas, originarias sin duda de la Italia meridional (o quizás, según otros, del mundo etrusco).

El texto de un senadoconsulto llegado hasta nosotros es lo que nos permite conjeturar lo que este asunto representó[23]. En el 186, una denuncia reveló a los magistrados que los devotos de Baco tenían por costumbre reunirse en todas las ciudades italianas, y en la misma Roma, con motivo de ceremonias en que se entregaban a prácticas inmorales, y aun criminales; se decía que los sacrificios humanos eran, en tal ocasión, frecuentes[24]. Los magistrados, alertados por esta denuncia, intervinieron, y el Senado decretó que las asociaciones de bacantes quedaban prohibidas bajo pena de muerte. No obstante, la celebración misma del culto seguía siendo permitida con la condición de que ello no diese lugar a reuniones nocturnas ni a la constitución de asociaciones *(collegia).* Sean cuales fueran los fines reales de la represión —que parece fue despiadada—, deseo de poner fin a prácticas escandalosas, de conservar el control de los cultos y, en general, de la vida religiosa o, quizás, también de prevenir la formación de una vasta organización cuyas actividades podían adquirir carácter político[25], el asunto patentiza una tendencia profunda de la sensibilidad romana a una participación de lo divino más directa para cada uno de los fieles; es decir, en este aspecto, como en los anteriores, la afirmación de la *persona.* Las prohibiciones formuladas por el Senado, las persecuciones policíacas no impidieron por mucho tiempo que la religión dionisíaca continuara sus progresos[26], y, tras sus pasos, llegarán a Roma nuevas religiones que acabarán por adquirir una importancia superior a la de los cultos oficiales; pero para ello habrá que esperar aún un siglo.

c) Organización del Estado

La guerra de Aníbal ha modificado sensiblemente si no las instituciones mismas de Roma, sí al menos su función y los usos políticos, cuya importancia ha sido siempre tan grande como las leyes escritas. La sociedad ya no se ordena según planos idénticos a los anteriores; son abolidas diferencias en trance de desaparecer, mientras que comienzan a formarse otras que anuncian ya el estadio social y político de los últimos tiempos de la República.

α) *La nueva aristocracia*

A comienzos del siglo III, hacía mucho tiempo que la oposición entre la plebe y los patricios había dejado de constituir uno de los problemas esenciales del Estado. Las dos clases siguen subsistiendo, separadas por la ley, pero sus diferencias son menos jurídicas que sociales y sobre todo religiosas. La plebe tiene acceso a cualquier magistratura [27]: se trata de una conquista consolidada, y nadie pensaría ponerla a prueba. Pero una diferencia más sutil ha sustituido a la antigua oposición: la «plebe», que comparte el poder con las viejas familias patricias, no es una masa inorgánica comparable en absoluto al «demos» de las democracias helénicas; en realidad, la parte de la plebe que puede beneficiarse del acceso a las magistraturas tiende a asemejarse al patriciado. *Gentes* plebeyas se asocian con rancias *gentes* patricias, y el juego político queda en sus manos sin que puedan intervenir personalidades aisladas. Observamos, por ejemplo, que los consulados (únicas magistraturas de las que nos hallamos bastante bien informados gracias a los *Fastos* que se nos han conservado [28]), se mantienen en el círculo de unas pocas familias.

A lo largo de siglo IV, es decir, en el curso del siglo en que los romanos prosiguieron la conquista de país samnita y del sur de Italia, se había visto, en esta forma, ingresar en el rango de *gentes* consulares a los *Junii,* los *Fulvii,* los *Decii* y los *Curii,* familias de las que algunas sólo habían llegado a ser romanas en fecha reciente; por ejemplo, los *Decii,* con toda probabilidad oriundos de Campania [29], o los *Fulvii,* que, a su vez, provenían seguramente de Túsculo, lo mismo que los *Curii* (lo que ya no es tan seguro [30]). La nueva aristocracia romana se hallaba abierta, en consecuencia, no sólo a los más ilustres de los plebeyos de Roma, sino también a los más afectos y leales de los aliados provinciales, cuyos servicios se veían así recompensados. Parece incluso que los senadores acogían en su

seno más fácilmente a los nobles provincianos que a los plebeyos de rancio origen romano: las tradiciones aristocráticas de las naciones conquistadas se asemejaban con mayor facilidad a aquellas que eran del gusto de los patricios romanos.

Los patricios tan sólo conservaban ciertos privilegios religiosos: el de suministrar los sacerdotes de algunos colegios[31]. En realidad, la principal diferencia establecida entre las clases sociales era la de la riqueza, tendencia apreciable ya en la clasificación «serviana»: los más ricos de los ciudadanos eran quienes poseían el poder. Pero sería erróneo pensar que la riqueza constituía una calificación incondicional. Sabemos que la fortuna de los senadores debía consistir en bienes raíces y que el orden senatorial se había visto obligado a prohibir cualquier actividad comercial (desde le ley Claudia, en 218[32]). Los traficantes, banqueros, comerciantes empeñados en operaciones de ultramar, prestamistas de toda laya, podían, al contrario, poseer una fortuna igual al *census* senatorial; no por ello dejaban de estar excluidos de las magistraturas formando la clase de los caballeros. La constitución romana (si se puede sin cierto anacronismo utilizar tal término) no se reduce a la aplicación de unos simples principios: la tradición, la práctica, limitan los derechos teóricos de los ciudadanos, y no es exacto calificar a esta organización de «plutocrática», ya que se establecen distinciones entre las distintas formas de riqueza; no es más legítimo considerarla como una «aristocracia», ya que, en la ley y a menudo en los hechos, elementos extraños a la aristocracia existente (a su vez, heterogénea) se ven llamados a integrarse.

β) *Los poderes del pueblo; los Comicios*

Además, el principio aristocrático se ve amenazado, de hecho, en una nueva forma. Las asambleas del pueblo, numerosas, variadas, conservan, también ellas, una fracción considerable de poder, y en numerosos conflictos entre el Senado y el pueblo es el último el que prevalece, incluso por los cauces legales.

La situación exacta del simple ciudadano (el que no pertenece al orden senatorial, bien porque no posea el censo requerido, bien porque carezca de parentesco alguno con las familias nobles, o bien, finalmente, porque ningún mérito personal le permita salir de semejante aislamiento) resulta difícil de precisar, y los testimonios de los historiadores antiguos no siempre son de fiar. Puede admitirse que el principio fundamental sobre el que reposa la «libertad» es el «derecho de apelación» *(ius provocationis)*, que autoriza a cualquier ciudadano romano a apelar ante una asamblea cívica (en la práctica, un tribunal

con jurado) de toda decisión capital (que le concierna) tomada por un magistrado. Este derecho, suspendido en un tiempo por los decenviros a mediados del siglo V. a. de C.[33], había sido restablecido al finalizar el régimen decenviral, en el curso del célebre consulado de Valerio y Horacio (445-444 a. de C.), y no se había vuelto a tocar desde entonces[34]; pero los demás derechos en posesión del ciudadano romano están mucho menos claros.

No es tan seguro, por ejemplo, que la segunda ley atribuida a estos mismos cónsules (cuyo nombre no deja de inquietar a los paladines de la hipercrítica por lo mucho que recuerda el de los primeros cónsules de la República) se remonte efectivamente a esta fecha, por lo audaz que nos parece. Si creemos a Tito Livio, fue, en efecto, presentada ante los comicios centuriados en el 444 una ley con objeto de hacer preceptivas para el cuerpo entero de los ciudadanos las decisiones tomadas por la plebe en la asamblea de tribus[35]. Se concibe con dificultad que semejante autoridad haya podido reconocérsele a la plebe cuando las prerrogativas de los patricios permanecían casi intactas. Por otra parte, nos encontramos una ley análoga en otras dos ocasiones: primero, en el 339[36], en que la misma disposición va provista de una cláusula que no figuraba en la ley del 444 (obligatoriedad, para cualquier medida presentada a los comicios por tribus, de la aprobación previa del Senado[37]); más tarde, en el 287, una última «secesión» de la plebe, reunida en el Janículo, ocasionó la votación de la *lex Hortensia,* que repite los términos de la *lex Valeria Horatia* del 339[38]. Gayo subraya que tan sólo a partir de la *lex Valeria Horatia* puede hablarse de igualdad total entre los patricios y la plebe. Es, pues, probable, o que la *lex Valeria Horatia* es un «doblete» apócrifo por completo; o que sólo concedía validez a los plebiscitos en algunos casos; o, también, que las decisiones quedaban pendientes, tras la votación, de la aprobación del Senado, lo que confería a los Padres derecho de veto absoluto.

Las asambleas «populares» constituyen un complejo sistema, que no se vio establecido en una ocasión única, sino que, sobre aquél, fueron superponiéndose sucesivas creaciones, de las que cada una responde a una situación social diferente. Los antiguos comicios curiados se mantienen[39], pero sólo poseen ya unas pocas atribuciones, siendo la principal la de votar una *lex de imperio* a beneficio de los cónsules y pretores del año en curso, y también la de registrar las adopciones. Pero estos comicios sólo se componen ya de treinta lictores, cada

uno de los cuales representa a una curia, y de tres augures. Los comicios centuriados forman una asamblea de carácter esencialmente militar. Aunque gran parte de sus tradicionales atribuciones se hayan trasladado a los comicios por tribus, conservan algunas de importancia, como la elección de los más altos magistrados (cónsules, pretores y censores) y la votación de las decisiones relativas a las relaciones exteriores (declaración de guerra, firma de tratados); también conservan los comicios centuriados competencia jurídica para el caso de que sea el mismo pueblo quien ejerza el «derecho de apelación»; es el caso principalmente en las acusaciones de «alta traición» *(perduellio*[40]. Los comicios centuriados celebran sesión en el Campo de Marte, es decir *extra pomoerium,* lo que resulta natural al tratarse de una asamblea de naturaleza militar. En tales comicios, la influencia preponderante está garantizada para las primeras centurias, es decir las que reunían a los ciudadanos más ricos y a la vez de más edad, puesto que las centurias de caballeros, que votaban en primer lugar, se hallaban compuestas de *seniores* y de *iuniores,* y los *seniores* disfrutaban en ellas de una autoridad indiscutida.

Los comicios por tribus tenían distinto origen; son una ampliación del *Concilium plebis,* la asamblea plebeya, de la que naturalmente quedaban excluidos los patricios. Pero estos últimos obtuvieron que se les integrase en esta asamblea plebeya, que desde entonces abarcó a todos los ciudadanos, pero dentro del marco de las tribus. Existían, a comienzos del siglo II, treinta y cinco tribus (desde 241, fecha en que se crearon las dos últimas, la *Quirina* y la *Velina*), entre las que se distribuían los ciudadanos de cualquier condición social o religiosa. Tales tribus no eran sino divisiones territoriales, en las que, en principio, se inscribían los ciudadanos por su lugar de residencia. Había cuatro tribus urbanas (que respondían a las cuatro regiones de la ciudad), y lo eran rústicas las demás, cuyo número y extensión variaron a medida que crecía el territorio romano[41]. Observamos que la influencia dominante correspondía a las tribus rústicas, es decir, en la práctica, a los propietarios de tierras, que podían contar con su propia «clientela» local. Se planteaba un delicado problema con la inscripción de los nuevos ciudadanos, y, en particular, con los libertos: ¿había que repartirlos entre las tribus rústicas según el lugar de residencia de su antiguo amo, o agruparlos en las tribus urbanas? Exceptuados algunos raros momentos, la segunda solución prevaleció con mayor frecuencia. Cuando los libertos (o sus hijos) son distribuidos por tribus rurales, ello significa que

los grandes propietarios tratan de incrementar su influencia[41a]. Pero la medida presentaba algunos inconvenientes al aumentar al mismo tiempo el peso del voto de los ciudadanos nuevos. Por este motivo es por lo que la mayoría de las veces se les apiña dentro de las tribus urbanas, y, a veces, dentro de una sola[42]. Tales manipulaciones eran atribución de los censores, quienes a este respecto disponían de una potestad casi discrecional[43].

En efecto, en los comicios por tribus, lo mismo que en los centuriados, la decisión se obtenía por mayoría de tribus; es decir, que cada tribu representaba tan sólo un voto, cualquiera que fuese el número de electores inscritos. En esta forma, resultaba sencillo disminuir o aumentar el peso electoral de esta o aquella categoría de ciudadanos que interesaba, mediante el reparto entre varias tribus o, al contrario, agrupándolos dentro de un pequeño número. Aquí tampoco bastan las instituciones para definir un «régimen» político: todo depende de su empleo, y, según la época, Roma tendió a convertirse en auténtica democracia, o se apartó de ella para asemejarse mucho más a una aristocracia oligárquica.

γ) *Las Magistraturas*

A medida que estas diferentes asambleas se yuxtaponían dentro del Estado, se repartían sus atribuciones, sin que semejante reparto nos sea conocido aún con claridad. Los comicios por tribus se vieron atribuir, en esta forma, la elección de los cuestores y la de los ediles curules, mientras que los centuriados conservaban la elección de los magistrados con *imperium* (y, además, de los censores); el *Concilium plebis*, por su parte, conservaba la designación de los tribunos y ediles de la plebe, como en la época de su creación. Se observa, pues, que los plebeyos eligen en total, bien por sí mismos o asociados a los patricios, un número de magistrados superior al elegido por estos últimos. Pero, de hecho, como hemos señalado ya, la costumbre viene a frenar lo que podríamos llegar a considerar tendencias democráticas. Y, además, la costumbre se vio reforzada y codificada desde un principio en las leyes. La elección de magistrados se hallaba sujeta a una reglamentación cuyos pormenores no conocemos con precisión, pero cuya existencia parece segura en la época inmediatamente anterior al plebiscito votado en el 180 a. de C., a iniciativa del tribuno L. Vilio. Esta ley determinaba, según nos cuenta Tito Livio, «la edad en que se podría pretender y desempeñar cada magistratura»[44]; también hacía obligatorio el desempeño de la

pretura antes del consulado (con lo que no venía sino a reforzar una práctica anterior), e imponía un intervalo de un par de años íntegros entre cada dos magistraturas consecutivas [45]. Asimismo, se fijaban límites de edad: no se podía llegar a cónsul sin haber alcanzado la edad de cuarenta y dos años y, en consecuencia, un pretor no podía tener menos de 39 años, y un edil curul, menos de 36. No parece, al menos por los ejemplares de carreras públicas que se han podido reconstruir, que la cuestura haya sido condición indispensable para ser elegido edil. De ello se deduce que eran los jóvenes que apenas terminaban su servicio militar (con una duración de 10 años, premisa necesaria para ingresar en la carrera honorífica [46]) quienes asumían dicha magistratura. Esta codificación tenía como resultado reglamentar y limitar el acceso a las magistraturas, y constituir un auténtico cuerpo de magistrados o, si se prefiere, de administradores, militares y civiles, en que difícimente podían introducirse intrusos. Se comprende cómo esta nueva nobleza *(nobilitas)* se definía y se constituía dentro del Estado: elegida por el pueblo, en la práctica no proviene de él; constituye una auténtica casta, de gran estabilidad, cuyos miembros deben todos rendir cuentas, según la ley, ante las asambleas que les han delegado, más, de hecho, ante el conjunto de sus iguales, es decir, el Senado.

δ) *El Senado*

El Senado, considerado el «concilium» del Estado, y por tanto, su cerebro, su junta rectora, había dirigido la República en la guerra contra Aníbal; al acabar la guerra, los ciudadanos conservaron el hábito de encomendarse a él en la dirección de la política [47]. Se encontró así, durante la mayor parte del siglo II, realizada en la práctica la armonía entre los órdenes («*concordia ordinum*»), que se mostrará a las generaciones sucesivas como un ideal inaccesible. Las únicas luchas políticas de alguna gravedad no se produjeron sino dentro del Senado, entre facciones rivales [48]; la masa del pueblo apenas se preocupa de intervenir, aunque teóricamente esté en su derecho. Finalmente, cuando se planteen problemas de mayor gravedad, no será por iniciativa directa del pueblo, sino de las clases acomodadas, especialmente de los caballeros, que habían comenzado a afirmarse a mediados de siglo, y cuyas querellas con el Senado provocarían una crisis de una gravedad sin precedentes a finales del siglo y del régimen republicano [49]

a) La situación de los reinos

En este momento, cuando la segunda guerra púnica termina, se plantean urgentes problemas. Hay que liquidar las secuelas exteriores de la guerra contra Cartago y de su «anexo», la primera guerra de Macedonia. En el mismo Oriente, la situación política alrededor del Egeo obligará muy pronto a Roma a intervenir.

El equilibrio entre las tres grandes potencias helenísticas (Macedonia, Reino seléucida y Egipto), realizado en la práctica y mantenido, mal que bien, en el curso del siglo, estaba a punto de romperse. La decadencia de Egipto, el restablecimiento imprevisto de un gran Imperio seléucida, la ambición del rey de Macedonia, Filipo V, eran tres causas cuyos efectos tendían a confundirse en detrimento de la paz.

La batalla de Rafia, en el 217 [50], parecía haber terminado, definitivamente, la larga querella entre Seléucidas y Lágidas, consolidada la seguridad de Egipto contra las empresas de los primeros y confirmado el dominio de los Ptolomeos sobre Celesiria. Pero lo que puede llamarse el «milagro de Rafia», alcanzado gracias a la energía de Sosibio, había sido pagado a muy caro precio por la dinastía. La convicción de las poblaciones indígenas de haber salvado a sus reyes contra los invasores dio origen a una situación nueva. El poder real perdió prestigio, lo que implicó un entusiasmo nacionalista, que terminó en la secesión de la Tebaida, donde se instaló, por algún tiempo, un reino independiente [51]; mientras que, más arriba, también en el curso del Nilo, la región de Filas caía en manos del etíope Hergámenes [52]. Ptolomeo Filopátor era incapaz de hacer frente a aquellas crisis renovadas, y Sosibio tenía que contar con otro favorito del rey, un tal Agatocles, que dominaba al rey con la complicidad de su hermana, Agatoclea, que era la amante de Filopátor.

Cuando éste murió [53], Agatocles y Sosibio consiguieron ocultar su desaparición durante el tiempo necesario para hacer asesinar a la reina Arsínoe, que era muy popular [54], y falsificar el testamento del rey. Mientras tanto, muerto Sosibio, se hizo cargo de la regencia Agatocles, en nombre del hijo de Filopátor, todavía menor de edad. Pero esta regencia no duró mucho tiempo. El gobernador de Pelusa, Tlepólemo, muy querido de sus soldados, logró, con el concurso de éstos, derribar a Agatocles y tomar el poder [55]. En tales condiciones, en un

reino donde todo dependía directamente del soberano, no era posible mantener una política firme y, sobre todo, defender las posesiones lejanas, como Lisimaquia, en la Tracia, Tera, Samos, las ciudades aliadas del Asia Menor o de Caria[56]. El destino de la propia Celesiria podía ser replanteado.

Frente a un Egipto tan debilitado, el seléucida Antíoco III se había propuesto restaurar el poder que por herencia le correspondía. En primer lugar, se dirigió contra su primo Aqueo[57], que, tras haber sido fiel a la dinastía y reconquistado, al servicio del rey, los territorios indebidamente ocupados por Atalo de Pérgamo, había ceñido la diadema por su propia decisión. A comienzos del año 216, Antíoco inició las operaciones contra él[58]. Ayudado por Atalo, pudo encerrarlo en Sardes, su capital, y, después de un asedio de dos años, le hizo prisionero y le dio muerte entre suplicios. Era un primer fracaso para Egipto, que apoyaba oficialmente a Aqueo, aunque no había podido enviarle ayuda a tiempo. La muerte de Aqueo implicó el final del Reino seléucida disidente de Asia Menor, donde no quedan ya, frente a Antíoco, más que el reino de Pérgamo y, más al norte, el de Bitinia, donde reina Prusias. Pero, mientras Pérgamo se mantiene en la amistad de Antíoco, Prusias es tradicionalmente hostil a los Atálidas y dirige sus miradas hacia Macedonia.

Liquidado Aqueo, Antíoco, a finales del 212, organiza una expedición contra la satrapía de Armenia, que actuaba como potencia independiente y se negaba a pagar el tributo. Una campaña bastó para hacerle entrar en razón, y Antíoco prosiguió después su marcha hacia el Oriente. Atacando, en primer términos, el Reino de los partos[59], obligó, en el 209, a Arsaces III a reconocer su soberanía. Al año siguiente, penetra por la fuerza en Bactriana. Pero las condiciones de la guerra eran duras en aquellos lejanos países, y, dos años después, el rey aceptó un compromiso: Eutidemo, que reinaba sobre el país, conservaría su título de rey y concertaría con él una alianza perpetua[60].

Durante su viaje de regreso, Antíoco, imitando, en cierto modo, a Alejandro, tomó la ruta del Sur, atravesó pacíficamente la Arabia y, de nuevo ya en su Reino, tomó el nombre de Grande —que sus súbditos no le prodigaron—. Era el año en que Escipión abandonaba Sicilia para llevar la guerra al África y en que el Senado ratificaba la paz de Fénice con el rey de Macedonia (204 a. de C.). En aquel momento iba a estallar en Oriente una guerra general, preludio de la segunda guerra de Macedonia.

b) La segunda guerra de Macedonia

α) *Sus causas*

Sin embargo, no fue Antíoco, a pesar de sus éxitos, el que desancadenó la guerra. La iniciativa partió de Filipo V, y eso fue lo que provocó, finalmente, la intervención de Roma.

Si las hostilidades se hubieran desencadenado sólo entre Antíoco y Egipto, en torno al problema sirio, el Senado no habría tenido motivo alguno para intervenir. Pero, después de la primera guerra de Macedonia, el Senado desconfiaba del aliado de Aníbal, del rey que había enviado, en ayuda de Cartago, un contingente a Zama[61]. Tal vez la perspectiva romana es entonces mezquina, falseada por el recuerdo del peligro que la segunda guerra púnica hizo correr a su poderío, pero no por eso dejaba de ser muy natural. El Senado podía preguntarse si Filipo V no estaba destinado a convertirse en un nuevo Pirro.

Pero había más. La primera guerra de Macedonia había comprometido a Roma, mucho antes, en los asuntos orientales. El pueblo romano estaba aliado al rey de Pérgamo, y, ante el peligro, Atalo estaba autorizado a apelar a la *fides* de Roma. El origen de esta alianza entre Pérgamo y Roma permanece bastante oscuro. Sólo sabemos que, desde el 220, Atalo mantenía relaciones amistosas con los etolios y que, en el 211, éstos fueron incluidos, bajo tal concepto, en el tratado que unió a Roma con los etolios contra Filipo V. Cuando Egina fue tomada por los aliados, Atalo compró, por 30 talentos, a los etolios el territorio de que formaba parte, e hizo de ella una base para su flota. Y fue, precisamente, en Egina donde se encontró, en el 208, con el general romano P. Sulpicio Galba, encargado de las operaciones contra Filipo. Finalmente, la paz de Fénice había restablecido para Atalo el *statu quo* en Asia, liberándole, por un momento, de la amenaza que constituía Prusias.

Mientras se concertaba la paz de Fénice, el Senado había enviado al rey de Pérgamo una embajada solemne, con un singular requerimiento: que se entregase a sus enviados una «piedra sagrada» que, en Pesinunte, se creía que representaba a la diosa Cibeles, llamada también la Gran Madre y asimilada a la antigua y oscura Rea, «madre de los dioses». El Senado actuaba por consejo del oráculo de Delfos y también de acuerdo con una respuesta dada por los Libros Sibilinos. Nos es difícil penetrar el sentido exacto de tal solicitud. La diosa tenía por adoradores a los galos (los gálatas), establecidos en

el país de Pesinunte. ¿Se trata de una *evocatio* dirigida contra los galos de la Cisalpina, que habían hecho causa común con Aníbal y seguían siendo temibles? Es posible, pero se adivinan razones más profundas. Para Roma, Frigia sigue siendo como una metrópoli religiosa. La leyenda de los orígenes troyanos es más fuerte que nunca[62], y, de otro lado, se puede sospechar que una parte, al menos, de los senadores, los que consideran que los intereses de Roma y de sus aliados italianos eran suficientemente poderosos en la cuenca del Egeo para que la diplomacia de Roma tuviera que asegurarse apoyos en ella, habían encontrado aquel medio de estrechar unos lazos ya establecidos en el curso de la guerra. Atalo no quiso negarse, y la piedra sagrada fue transportada, con gran pompa, desde Pesinunte (en territorio galo, pero, sin duda, con el acuerdo de los gálatas[63]) hasta el mar, y, desde allí, a Roma, donde fue instalada sobre el Palatino, en el propio interior del *pomoerium*, indicio seguro de que la diosa no era considerada como una extranjera[64].

Lo que permite pensar que los intereses económicos de los *itali* desempeñaron un papel en aquel estrechamiento de la alianza con Pérgamo, ante el peligro presentado por Filipo V, es que la República rodia, que se encontraba también en el campo opuesto a Filipo, recurrió a Pérgamo, a pesar de sus pasadas dificultades con Atalo[65], una vez que el rey de Macedonia descubrió su intención de dominar la cuenca del Egeo Todo ocurrió como si Rodas, Pérgamo, y después, con algún retraso, Roma, se unieran para mantener la libertad de tráfico sobre las rutas marítimas de Oriente.

Después de Fénice, la posición de Macedonia era mejor que nunca, desde el tiempo de Gonatas. En la propia Grecia, Atenas, sin duda, era independiente desde el 229[66], pero tan debilitada que ya no tenía importancia militar alguna. En cambio, Filipo mantenía guarniciones en la Acrocorinto y en Calcis. Los etolios estaban humillados y débiles. Ciertamente, los aqueos, enorgullecidos por el éxito que les había valido, en Mantinea, la habilidad táctica del megalopolitano Filopemen[67], parecían menos dispuestos que poco tiempo antes a aceptar el patrocinio del rey[68], pero siguieron siendo, oficialmente, sus aliados, y, sobre todo, su atención se centraba en Esparta, donde Nabis, habiendo usurpado el poder, proseguía la realización de una revolución social[69]. Todas las ciudades, en todas las regiones, sufrían la repercusión de las dificultades económicas en que habían acabado hundiéndolas tantas guerras, una política incoherente y unos conflictos de clases, de todo lo cual

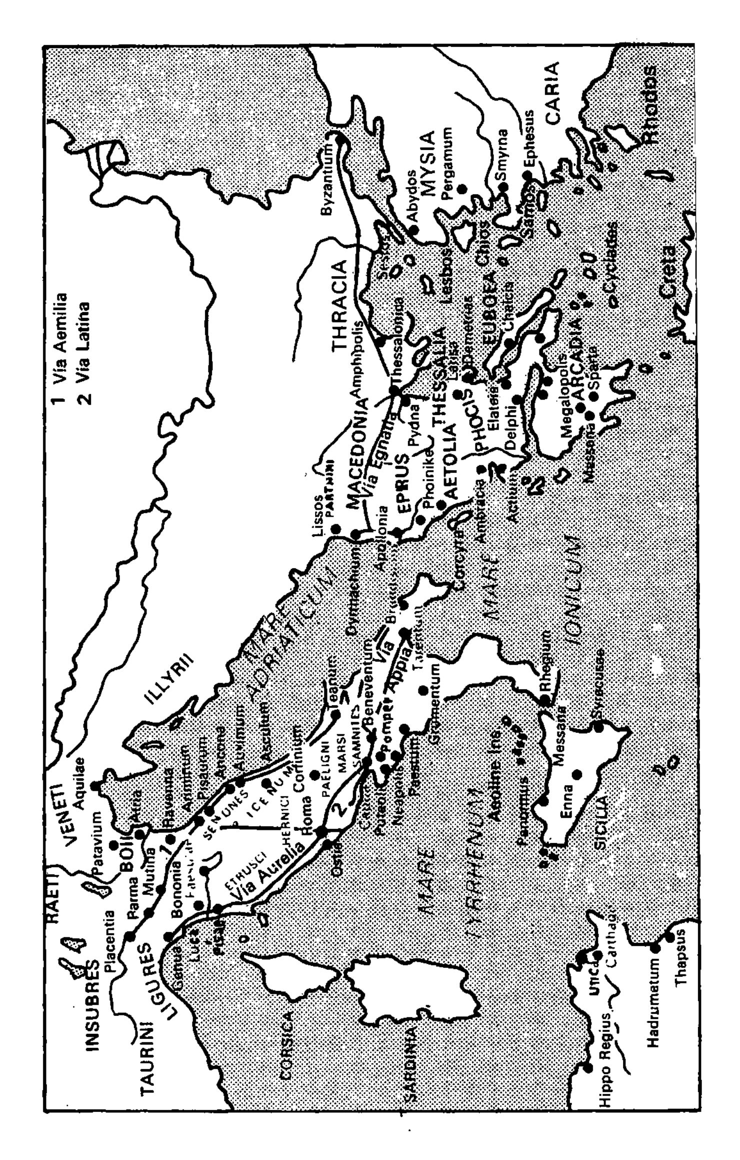


Fig. 1. Italia y el mundo griego

se aprovechaba, hábilmente, Filipo, presentándose, aquí y allá, como defensor de los pobres[70]. El Egeo, al fin, tras el ocaso de los Ptolomeos, permanecía sin «protector».

Esta función, que en otro tiempo había desempeñado Gonatas, al menos por un momento, Filipo la ambicionaba para él. Desde antes de Fénice, había comenzado a construir una flota y, al mismo tiempo, alentaba las actividades de los piratas cretenses contra los rodios, que garantizaban la policía del mar. Rodas era para Filipo el primer obstáculo, el primer adversario que debía abatir. Encargó a dos de sus lugartenientes que hicieran a Rodas una guerra solapada: Dicearco, un aventurero etolio, hacía la visita sanitaria, por cuenta de Filipo, a los navíos en el mar Egeo[71], mientras que Heráclides, un desterrado tarentino, recibía la misión de incendiar la flota rodia en el puerto mismo —misión en la que fracasó[72].

A la muerte de Filopátor, Egipto, muy pronto privado de Sosibio, se convertía en una presa fácil, que codiciaban simultáneamente Antíoco y Filipo. Agatocles, durante su regencia, enviaba una embajada al Seléucida para recordarle los tratados existentes entre sus países. Al mismo tiempo, hacía pedir a Filipo la mano de su hija para desposarla con el joven Ptolomeo V. Pero estas precauciones eran muy insuficientes. Un tratado secreto, concertado entre Filipo y Antíoco, repartía de antemano los despojos de Egipto. Al parecer, Antíoco obtenía, además de la Celesiria, el propio Egipto; Filipo se hacía prometer las posesiones exteriores en el Egeo, así como Cirene, considerada tradicionalmente una extensión de la Grecia insular hacia el Occidente[73].

Se puede pensar, con M. Holleaux[74], que Filipo, al proyectar aquel reparto, no era más sincero que Antíoco, poco deseoso, sin duda, de entregar al macedonio los territorios egipcios de Caria y las ciudades de Asia Menor, clientes de los Ptolomeos; tal vez, por su parte, Filipo deseaba mantener la integridad del Reino lágida, cuyo dueño era su futuro yerno. Es lícito pensar también que las tropas enviadas por Macedonia a Cartago aquel año[75] tenían, en caso de victoria, una misión muy concreta: la de tomar la Cirenaica por la espalda. Es muy difícil determinar las intenciones reales de un príncipe que ciertamente, como en otro tiempo Pirro, modificaba su estrategia según las circunstancias y tenía, probablemente, varias políticas «de recambio».

De todos modos, Filipo tenía necesidad, en aquellos finales del año 203, de asegurarse, por lo menos, la neutralidad de Antíoco, mientras trataba de alcanzar sus primeros objetivos.

La ofensiva que desencadenó en la primavera del 202 (el mismo año de Zama) no se dirigió contra las posesiones egipcias, sino contra ciudades libres o aliadas a potencias con las que él estaba en paz. Tomó, sucesivamente, Lisimaquia, Calcedonia, sobre el Bósforo, Cíos, que había resistido durante mucho tiempo a Prusias de Bitinia —Filipo entregó la ciudad a su aliado, pero después de haberla saqueado e incendiado—. A continuación, se apoderó de Tasos, mediante una traición, y vendió a sus habitantes como esclavos.

Esta conducta provocó una viva indignación en el mundo griego. A finales del verano, se formó contra él una coalición que agrupaba, en torno a Rodas, a Bizancio, Cícico, Quíos y Cos. En la primavera del año 201, comenzaron las operaciones navales. Filipo se propuso someter las islas una tras otra. En Samos, que era egipcia, se hallaba fondeada una flota pesada, de la que se apoderó. Es, sin duda, en este momento, cuando Atalo I se alió con los rodios, por temor a las consecuencias de una victoria de Filipo, que no habría dejado de lanzar contra él a Prusias. La flota de Pérgamo, unida a la de Rodas, libró batalla contra Filipo ante Quíos, con un resultado indeciso[76].

Atalo se volvió a Pérgamo, y la flota rodia continuó sola su estadía ante Mileto. Un éxito local de Filipo contra ella la obligó a romper contacto, pero se rehizo en el Sur. Filipo lo aprovechó para desembarcar en Mileto, y se dirigió, apresuradamente, contra Pérgamo, que no pudo tomar. En desquite, asoló el país todo alrededor[77]. Pero, como Atalo había tenido la previsión de reunir en el interior de las murallas todo el grano disponible del campo, las tropas de Filipo no tardaron en verse acosadas por el hambre, y se retiraron sin haber conseguido nada, a fin de invernar en Caria, donde aguantaron el bloqueo enemigo.

Filipo se encontraba en una situación incómoda, pero los coaligados sabían que su potencia militar no se había debilitado, y temían al porvenir. Así, a finales del verano del 201, una embajada de Pérgamo y de Rodas, acompañada de otra ateniense, que acudía también a quejarse de Filipo[78], llegó a Roma para pedir la ayuda del Senado. Ante sus quejas, los senadores dudaban: unos pensaban que la paz era un bien precioso; que Filipo, sin duda, se conducía muy mal en Grecia, pero que observaba la paz de Fénice y que una guerra en Oriente sería difícil e incierta. Otros, más clarividentes, mejor informados también por las comunicaciones privadas que les hacían los *negotiatores* cuyos navíos surcaban el Egeo, eran conscientes de las ambiciones del rey. Ninguna potencia debía lograr, en Oriente, la preponderancia absoluta. E, incluso si Filipo no conseguía eliminar a Antíoco

—que, a su regreso de Bactriana, se presentaba como un nuevo Alejandro—, la coalición que los dos príncipes podrían formar amenazaría más gravemente aún los intereses romanos. Cabe pensar también que la consideración de la suerte que esperaba a Egipto tuvo su parte en los cálculos de los partidarios de la intervención. Roma estaba acostumbrada a un cierto equilibrio en Oriente, y sus buenas relaciones con Alejandro la hacían especialmente sensible a una posible ruptura de aquel equilibrio. A esto podían añadirse razones más sentimentales: el respeto que les merecía el pasado de Atenas; el recuerdo del homenaje rendido en otro tiempo por las ciudades griegas a Roma, en los Juegos Ístmicos del 229[79]; el deseo de aparecer, contra la arbitrariedad de un rey, como el recurso natural del derecho y de la libertad, y, en fin, la vanidosa satisfacción de convertirse, una vez vencida Cartago, en el árbitro del mundo —seducción a la que, tras una victoria claramente conseguida, han resistido muy pocos pueblos en el curso de la historia.

β) *La intervención romana*

Los senadores acabaron decidiendo la intervención. Tres embajadores fueron encargados de llevar a Filipo un ultimátum: C. Caudio Nerón, el vencedor de Metauro; P. Sempronio Tuditano, que había concertado la paz de Fénice y conocía bien los asuntos de Oriente, y, por último, el más joven, M. Emilio Lépido, que pertenecía al grupo de los «filohelenos». Esta delegación se encontraba en Grecia en el momento en que Filipo, habiendo escapado al bloqueo en Caria, había llevado la guerra a la costa de la Tracia, sometiendo ciudad tras ciudad, y poniendo, finalmente, sitio a Abidos, que era una ciudad libre. Allí fue donde Lépido le abordó y le notificó la voluntad de Roma: conceder una reparación a Atalo y a Rodas, y abstenerse de emprender guerra alguna contra estados griegos independientes[80]. Estas condiciones no eran desconocidas para Filipo; la misión romana las había proclamado, en cierto modo, por todas partes, en Grecia, y, como Filipo no había cesado en sus hostilidades, sino que, por el contrario, había enviado a un lugarteniente para que asolase el Atica, Lépido no hacía más que notificarle, oficialmente, el estado de guerra. Por aquel mismo tiempo (pero la cronología es aquí oscura), los partidarios de la intervención, batidos por primera vez en los comicios, consiguieron, tras una segunda deliberación, hacer decretar el envío de un cuerpo expedicionario contra el rey (¿primavera del 200?).

Aquel año, la campaña no fue más que un reconocimiento, dirigido por P. Sulpicio Galba, a partir de la base de Apolonia,

mientras una débil vanguardia inquietaba al rey, que sitiaba a Atenas[81]. Algunos éxitos en el valle del Asopo valieron a los romanos la adhesión de los pueblos hasta entonces vacilantes. Pero ni los etolios ni los aqueos se decidían a entrar en la guerra.

Al año siguiente, el ejército de Filipo y el de P. Sulpicio Galba libraron una batalla en regla en Otolobo, en el valle medio del Erigón, cuyo resultado fue desfavorable a Filipo[82]. Pero Sulpicio, por una razón que se desconoce, se replegó, en el otoño, sobre Apolonia. Esta tregua permitió al rey contener la invasión de bárbaros sobre sus fronteras septentrionales y también dirigirse contra los etolios, que, abandonando, al fin, su inactividad, asolaban la Tesalia. Pero, en el mar, la campaña iba peor para Filipo, que no había podido impedir que la flota de Atalo, ayudada por una escuadra romana, ocupase bases importantes, como Oreos, en la entrada septentrional del canal de Eubea.

A comienzos del 198, Filipo decidió orientar su esfuerzo contra los romanos. Ordenó su ejército sobre el Aoos, ante la plaza fuerte de Antigonia, a fin de cortar a las legiones la ruta de la Tesalia. Frente a él, el cónsul Vilio se mostraba vacilante; las tropas eran poco seguras, los veteranos del ejército de Africa, que se encontraban allí, reclamaban su licencia, y Vilio no tenía autoridad para mantenerles en la disciplina. Tal vez esto explique por qué fue sustituido, muy pronto, por T. Quinto Flaminio. Acaso los «filohelenos», en el Senado, prefirieron confiar la dirección de aquella guerra, que era la suya, a un joven patricio que compartía sus ideas, antes que dejarla en manos de Vilio, hombre nuevo y, sin duda, poco inclinado a correr lo que él consideraba una aventura en tierra extranjera.

La llegada de Flaminio valió a los romanos nuevas simpatías. El cónsul hablaba griego —lo que nada tenía de extraordinario para un romano—, pero lo hablaba como hombre cultivado. Supo presentar a las ciudades los argumentos más eficaces, dirigiéndose a la aristocracia y ofreciéndose como campeón del orden social. A petición de los etolios, Flaminio y el rey celebraron una conferencia, a orillas del Aoos. Una vez más, el romano pidió a Filipo que se abstuviera de toda acción en Grecia. Filipo se negó y rompió las negociaciones. Entonces, siguiendo las indicaciones de un noble etolio, Flaminio logró llevar a cabo un movimiento envolvente, desbordando el frente macedónico[83]. Filipo tuvo que replegarse, no sin pérdidas, perseguido por los romanos. Tomó posiciones en la región de Tempe, mientras Flaminio ocupaba la Fócide y la Hélade, donde se estableció.

Realizado este cambio de posiciones, se reanudó la lucha diplomática. Flaminio trató de atraerse a las ciudades del Peloponeso con la esperanza de tomar Acrocorinto. La Liga aquea votó (por una débil mayoría) la guerra contra Filipo, pero Corinto se defendió con tanta energía que fue imposible tomarla. Filipo, por su parte, trató de negociar con Roma. Se abrió una nueva conferencia, sobre la costa del golfo Maliaco (no lejos de las Termópilas), en presencia de los aliados de Roma [84]. Ante las exigencias de los griegos y de Atalo, Filipo y Flaminio decidieron recurrir al Senado. Mientras se esperaba el regreso de la embajada macedónica, se concertó una tregua de dos meses. Tal vez Filipo sólo había tratado de ganar tiempo, pues, cuando los senadores preguntaron a Filocles, que era el jefe de la delegación, si Filipo estaba decidido a evacuar las tres plazas que retenía (Calcis, Corinto y Demetríade) en la propia Grecia, Filocles respondió que él no tenía instrucciones. Las negociaciones, entonces, se interumpieron. Al mismo tiempo, se acordaba la prórroga del período de mando de Flaminio.

El encuentro decisivo tuvo lugar cerca de Escotusa, sobre una línea de colinas llamadas «Las Cabezas de Perro» (Cinocéfalos), en el mes de junio del 197. El choque se produjo por sorpresa, y las dos partes tuvieron que improvisar una táctica. Una carga de la falange rompió el frente romano, pero un contraataque lanzado por Flaminio, con sus elefantes, dispersó la formación enemiga. Las tropas romanas, más flexibles, mejor articuladas supieron sacar más partido de un terreno difícil, impropio para la maniobra de unidades tan compactas como la falange [85]. Es inútil hablar de una superioridad de la legión sobre la falange; la victoria correspondió a aquél de los dos adversarios cuya táctica se adaptó mejor al terreno de Cinocéfalos, que ninguno de ellos había elegido.

Sin ejército, sin reservas, abandonado de sus últimos aliados, Filipo tuvo que pedir la paz. Las condiciones del Senado le fueron comunicadas a comienzos del 196: las guarniciones debían retirarse de las ciudades griegas, y el rey no debía disponer más que de cinco navíos de guerra y 5.000 soldados [86]. Era el final del imperio macedónico. En los Juegos Istmicos de aquel año, Flaminio proclamó que Grecia era independiente [87].

γ) *La Grecia libre.*

En realidad, los romanos se encontraban bastante incómodos con lo que no podían considerar como una conquista, pues la mayoría de las ciudades griegas y las dos grandes ligas se habían unido libremente a ellos en la guerra. Tampoco tenían

la intención de favorecer el imperialismo de los etolios, más indiscreto y ruidoso que nunca. Al parecer, los senadores pensaron que podía restaurarse un mundo griego formado por un conjunto de ciudades libres, incapaces de transformarse en una gran potencia imperialista. Lo que revela su decisión de declarar «libres» a las ciudades de la propia Grecia y del Asia [88]. Ningún rey, en el futuro, debería ampliar sus estados a costa de los helenos (y, menos que ninguno, Antíoco, el más inquietante).

El principio de la «libertad» no era nuevo; había servido de arma diplomática a los Diádocos [89]; pero el recuerdo de una Grecia libre no había muerto, sino que se ofrecía como un ideal embellecido por la lejanía. La palabra misma no carecía de sentido: al principio, las ciudades griegas gozaban, en el interior de los reinos, de una muy amplia autonomía [90], y los reyes, durante mucho tiempo, habían tratado de no ejercer presiones demasiado directas y visibles sobre los gobiernos locales. Pero las costumbres políticas habían cambiado en el curso del siglo III, desde Gonatas [91], y especialmente en Grecia. Los métodos de Filipo eran brutales. Reafirmar la libertad de las ciudades equivalía, en aquellas condiciones, a reconocer uno de los valores esenciales del helenismo, aunque, en la práctica, su aplicación había de resultar difícil.

¿Era posible, en realidad, volver al tiempo anterior a Queronea? Las ciudades griegas no podían vivir en la independencia y en el respeto recíproco, que era la condición necesaria, más que al precio de profundas transformaciones interiores. Era preciso que sus regímenes políticos no fuesen violentos antagonistas los unos de los otros. Y la primera experiencia de la Grecia «libre» fue, como era de esperar, un conflicto que surgió en el Peloponeso, en torno a Esparta.

Durante su ofensiva diplomática en el Peloponeso antes de Cinocéfalos, Flaminio se había visto obligado a reconocer oficialmente a Nabis y a su régimen, e incluso a abandonarle Argos, que entonces, a pesar de todas las presiones, había permanecido fiel a Filipo [92]. En el arreglo general, ¿debían los argivos quedar sometidos a Esparta? Flaminio planteó la cuestión a los representantes de todas las ciudades, reunidos en Corinto, los cuales respondieron, unánimemente, que era necesario hacer la guerra a Nabis. Un ejército formado por contingentes llegados de toda Grecia inició las operaciones al lado de los romanos. Nabis, encerrado en Esparta, tuvo que negociar. Flaminio se contentó con suprimir el imperialismo espartano; el régimen de la ciudad

permanecía invariable, y la ciudad misma, libre e independiente de la Liga aquea.

En el 194, cuando Flaminio retiró las tropas romanas de las tres antiguas plazas que Filipo llamaba los «hierros» de Grecia, Acrocorinto, Calcis y Demetríade, no quedaba ya ningún soldado romano en el país, definitivamente liberado. Sin embargo, a pesar de las manifestaciones de alegría, subsistían ciertos rencores contra Roma por parte de los etolios, decepcionados en sus ambiciones. Muchos de los reproches formulados contra Roma eran injustos, pero, más que de agravios concretos, se trataba de la convicción de que, a pesar de todo, aquella libertad no era más que una apariencia, pues una Grecia donde no se podía ya seguir haciendo el juego tradicional (y mortal) de las alianzas, de las coaliciones y de las guerras, no era verdaderamente independiente. Y, profundizando más aún, cabe preguntarse si una Grecia arruinada, acostumbrada, desde hacía más de un siglo, a ser cliente de los reyes, deseaba, en verdad, en su gran mayoría y en la vida cotidiana, un régimen que la privaba de las generosidades principescas de las cuales vivía. Los problemas sociales que se plantean entonces anuncian los que Roma conocerá dos o tres generaciones después[92]. Los romanos, y el propio Flaminio, a pesar de su gran comprensión de las cosas griegas, no podían alcanzar a entender, de pronto, una situación de la que ellos aún no tenían experiencia y que las instituciones de su República, por otra parte, eran incapaces de remediar. La imaginación política de los senadores, ni aun la de los más ardientes filohelenos, no estuvo ni podía estar a la altura de las intenciones de que aquellos problemas surgían, y que se alimentaban, sobre todo, del recuerdo de un pasado un tanto lejano.

c) La guerra contra Antíoco III

α) *El poderío de Antíoco*

Mientras Filipo, animado por su acuerdo con Antíoco, se lanzaba a la aventura que acabó conduciéndole al desastre, el Seléucida había emprendido la ofensiva contra Egipto. Pero allí los acontecimientos se habían desarrollado de un modo diferente, y, tras algunas vicisitudes, Antíoco se había alzado con la victoria.

En un primer ataque, en el 201, el ejército de Antíoco había llegado fácilmente a Gaza. Después, la resistencia de la ciudad le había detenido. Aprovechándose de aquel descanso, los mercenarios del desterrado etolio Escopas, al servicio de Egipto, ha-

bían reconquistado Palestina. A consecuencia de ello, Antíoco, volviendo con numerosas fuerzas, había derrotado a Escopas en Panion[94], y le había sitiado después en Sidón, a donde había ido a refugiarse. Sidón tuvo que capitular, en la primavera del 199 (en el momento en que Sulpicio y Filipo se enfrentaban en el valle del Asopo). El resto del año fue empleado por Antíoco en reconquistar la Palestina, y la Celesiria fue también reconquistada.

Estaba todavía Antíoco entregado a su campaña contra Escopas, cuando los embajadores romanos enviados por el Senado para levantar a los griegos contra Filipo[95] se presentaron a él al final de su periplo. Aliados de los Ptolomeos, los romanos ofrecían su mediación, pero no querían imponer la paz a cualquier precio. Lo que deseaban, sobre todo, era impedir que la coalición formada entre Filipo y Antíoco llegase a ser efectiva. Ignoramos lo que sucedió en el curso de la entrevista de los *legati* y del rey. Probablemente, los romanos tuvieron que contentarse con la promesa de que Antíoco se limitaría a recuperar de su adversario las provincias perdidas después de Rafia (lo que, en fin, era legítimo), pero sin atacar al propio Egipto. Pudieron creer que Antíoco, por atención a Roma, renunciaba a las intenciones que le habían animado unos años antes (o que se le habían atribuido), y, de paso por Alejandría, a su regreso, tenían derecho a asegurar a los consejeros del joven Ptolomeo que habían salvaguardado el patrimonio del rey-niño[96]. Lo cierto es que Antíoco, una vez reconquistada la Celesiria, puso fin allí a su campaña, y se volvió hacia el Asia Menor.

En aquella región, quedaban por reconquistar las posesiones seléucidas, y, especialmente, el Reino de Pérgamo, desgajado del Imperio, en otro tiempo, por un rebelde[97]. En la primavera del 198 (incluso antes de haber terminado la pacificación de la Celesiria), Antíoco había organizado una expedición contra Pérgamo, mientras Atalo ayudaba a los romanos contra Filipo. Atalo pidió ayuda a los romanos, que obtuvieron de Antíoco que retirase sus tropas[98]. Pero, al año siguiente, Antíoco reanudó su ofensiva hacia el Norte, aunque siguiendo otro plan. Esta vez, su objetivo ya no era Pérgamo, sino las partes de su «herencia» ocupadas, tanto por Egipto, como por Macedonia. Partiendo de Antioquía, tomó la ruta de Sardes, cubriendo su avance terrestre con una flota de cien navíos que seguía la costa. Franqueó el Tauro, pero, cuando estuvo en Cilicia, los romanos le advirtieron que no permitirían que su flota siguiese adelante. Mientras se parlamentaba, Filipo fue vencido en Cinocéfalos, y los romanos, al no temer ya que Antíoco fuese en ayuda de su

aliado, levantaron su prohibición. Antíoco, entonces, continuó ocupando, una tras otra, las ciudades que habían pertenecido a los Ptolomeos, aunque no sin tomar la precaución de dejar algunas de ellas a los etolios, que, desde siempre, habían deseado ampliar sus bases territoriales en Asia. De igual modo, respetaba también los estados de Pérgamo, en los que reinaba Eumenes II, tras la muerte de Atalo II, al que una crisis de hemiplejía había paralizado, en plena asamblea, en Tebas[99]. Instalado en Efeso (una antigua ciudad ptolemaica), se contentó, durante algún tiempo, con hacer reconocer su soberanía a las ciudades libres, que no hacían esfuerzo alguno por librarse de ella (el estatuto de «ciudad libre» dentro del Reino seléucida no tenía nada en común con el de ciudad-súbdito en el de Filipo). Sin embargo, dos de ellas, Esmirna y Lámpsaco, se negaron a rendirle homenaje, por lo que Antíoco envió a sus tropas contra ambas. Y así fue como en el momento en que Flaminio proclamaba en Corinto la libertad de las ciudades griegas, dos de ellas, las amenazadas por las tropas de Antíoco, reclamaron de los romanos el beneficio de aquella «liberación»[100].

La reclamación de Esmirna y de Lápmsaco planteaba a los romanos, es decir, a Flaminio y a los comisarios que le asistían, el problema de las ciudades asiáticas. No teniendo ya motivos para tratar con miramientos al rey, y obligados también por la lógica de su política, no podían menos de pedir a Antíoco que dejase en paz a las ciudades griegas, desde entonces autónomas bajo la protección de Roma. Además, le prohibían que pasase a Europa, a lo que no podría renunciar si proseguía la reconquista de las antiguas posesiones seléucidas[101].

Antíoco no hizo caso de aquella prohibición —tal vez había comenzado ya las operaciones—, y, en el verano del 196, se apoderó de Sestos, en la orilla europea del estrecho. Haciendo reconstruir Lisimaquia, desierta y medio en ruinas, afirmaba su deseo de permanecer en la Tracia. Allí se le presentó una delegación romana, sugiriéndole que el Senado deseaba verle regresar al Asia. Antíoco se negó a obedecer. Al hacerle observar los romanos que ellos representaban los intereses de Ptolomeo V, él les reveló que acababa de desposar a su hija, Cleopatra, con Ptolomeo V[102]. En cuanto a las otras ciudades, Lámpsaco y Esmirna, recusaba el arbitraje de los romanos y se remitía al de Rodas.

Aquellas declaraciones eran muy hábiles. Roma ya no tenía pretexto para intervenir en el Asia Menor, y la opinión pública, cada vez más hostil a la ingerencia romana, veía con satisfacción que los «bárbaros» eran excluidos de los asuntos helénicos. An-

tíoco era ahora el más grande rey de Oriente, el único cuya potencia estaba a la altura de Roma. Sus alianzas, basadas, como en el tiempo de los Diádocos, en matrimonios [103], se extendían a toda Asia y, desde el 194, también a Egipto. Aparentemente respetuoso con los derechos de Roma, él quería ser respetado. En el curso del invierno 194-193, hubo de establecerse, entre los romanos y él, un verdadero reparto del mundo: el Senado ofreció a sus embajadores que le dejarían las manos libres en Asia, si él evacuaba la Tracia [104]. Pero los embajadores no tenían atribuciones para responder, y se perdió la oportunidad. Por otra parte, el Senado no era unánime acerca de la cuestión. Escipión y sus amigos pensaban que, un día u otro, la guerra contra Antíoco era inevitable [105]. Y se convencieron más aún al ver que Aníbal, expulsado de Cartago por sus adversarios políticos, se refugiaba cerca de él (en el 195), y, si ha de tenerse en cuenta la tradición, trataba de implicar a Antíoco en una guerra contra Roma [106]. Pero otros, en Roma, creían que era posible una entente, y que bastaría, para asegurarse la paz, con mantener una Grecia libre entre Occidente y Asia. Con este objeto, Flaminio se dedicó, durante los últimos meses de su proconsulado, a crear en los estados griegos una opinión favorable a Roma, y a ganarse, personalmente, el mayor número posible de «clientes», tanto por el agradecimiento como tratando, por todos los medios, de aumentar su prestigio. Puede ironizarse sobre la «vanidad» de Flaminio y su avidez de gloria. Pero, ¿es posible determinar la parte de cálculo consciente, e incluso de instinto político, en aquella actitud, ante un mundo todavía más sensible al prestigio de un jefe que a su fuerza, y en el que la gloria era uno de los valores más universalmente reconocidos? [107]. Flaminio, al buscar aquella popularidad, dotaba a la potencia romana de aquel aspecto humano, regio, que era el único que podía entusiasmar a los espíritus y a los corazones, y, sin duda, creyó que aquello bastaría para atraer hacia Roma a la «élite» de los griegos y para apartar a las multitudes de la seducción que sobre ellas ejercía Antíoco.

Pero toda gloria suscita la *invidia,* y los etolios se encargaron del papel de calumniadores. Ellos, que habían sido los primeros en llamar a los romanos a Grecia, se habían convertido en sus enemigos irreconciliables, porque los que ellos querían utilizar como instrumentos se habían hecho dueños, o, por lo menos, árbitros. Así, también ahora fueron los primeros en volverse hacia Antíoco, tratando de provocar su intervención en Grecia.

β) Las intrigas de los etolios

Cuando las legiones abandonaron Grecia, los etolios ofrecieron su alianza, simultáneamente, a Antíoco (que no respondió), a Filipo (que la rechazó) y a Nabis (que la aceptó). Provocando revueltas contra los aqueos en las antiguas plazas espartanas que habían sido devueltas a la Liga, se apoderaba de ellas, pero fracasó ante Giteo. Inmediatamente, los aqueos dieron la alarma a Roma, que, en la primavera del 192, envió una flota contra Nabis. Flaminio, que veía comprometida toda su labor por las intrigas de los etolios, se trasladó, personalmente, al Peloponeso, para mantener la paz; pero no pudo prevenir a Filopemen, que había iniciado la campaña sin esperar a los romanos. A pesar de una derrota en el mar, Filopemen venció a Nabis en campo abierto y le cercó en Esparta. En este momento, Flaminio consiguió imponer una tregua; pero, mientras él abandonaba el Peloponeso, un agente etolio, Alaxámeno, con el pretexto de facilitar tropas a Nabis, se ganó la confianza de éste y le asesinó. En la confusión que de ello se siguió, los aqueos se apoderaron de la ciudad y la obligaron a entrar en su Liga [108].

Este fracaso en Laconia fue compensado, para los etolios, por un éxito en Demetríade, donde ocuparon la ciudad. Se apresuraron a ofrecer su posesión a Antíoco, y, aunque la estación iba ya avanzada, éste cedió a la tentación y desembarcó en Tesalia con 10.000 hombres y 500 jinetes.

Durante todo el invierno, se mantuvo una lucha abierta en todas las ciudades, entre los partidarios del rey y los de los romanos. Antíoco se había convertido en el estratego de la Liga etolia, y sus nuevos aliados le habían prometido en todas las ciudades un movimiento popular en favor suyo, que no llegó a producirse. La mayoría de las ciudades negociaba con los dos bandos. Cansado, Antíoco trató de ocupar Calcis por la fuerza —la segunda base que le sería necesaria para la invasión que él proyectaba para la primavera. Durante aquella operación, un lugarteniente del rey, Menipo, se apoderó de una tropa de 500 romanos que habían buscado refugio en Delio, en un asilo sagrado. Los romanos declararon que el rey había creado un estado de guerra, y que ellos actuaban en consecuencia [109].

γ) Las hostilidades.

Al lado de Roma se alinearon Filipo V y Ptolomeo. El primero no perdonaba a Antíoco sus vacilaciones durante la segunda guerra de Macedonia, ni su prisa por anexionarse ciudades hasta entonces sometidas a Macedonia, ni ciertos gestos

inamistosos [110], el segundo, por fidelidad a la alianza romana. La propia Cartago —sin duda, para demostrar su insolidaridad con Aníbal, que se había convertido en consejero de Antíoco— ofreció trigo, navíos y dinero [111]. Era evidente que el mundo creía en la victoria de Roma. Eumenes, de acuerdo con la tradición de Pérgamo, se unió a los romanos.

¿Cuáles eran las intenciones de Antíoco? Los historiadores antiguos nos relatan las conversaciones, acerca de diversos aspectos, celebradas por los consejeros del rey, pero, ¿hasta qué punto no nos hallamos ante una amplificación retórica? El nombre de Aníbal inquieta. Se nos dice que el vencido de Zama era hostil a todo desembarco en Grecia, y que él habría deseado ponerse al mando de una invasión de Italia, por el Norte o por Sicilia, para provocar una sublevación general, mientras Cartago, declarando la guerra a Roma, serviría de base a Antíoco [112]. Sin embargo, Aníbal hubo de ser disuadido de una estrategia tan grandiosa por los mentís del pasado: la fidelidad de las ciudades etruscas, su propia impopularidad en Cartago y su experiencia de la fuerza romana. Este plan no es, probablemente, más que una invención de historiador. En todo caso, puede admitirse que el rey y su consejero habían pensado en una maniobra de diversión en Occidente [113]. Antíoco no pensaba, seguramente, en aniquilar el poderío romano. El incidente de Delio no había sido premeditado. El rey se enorgullecía, sin duda, de evitar la guerra; volviendo contra Roma la estrategia de ésta, él creía que podría poner entre Roma y él la barrera de una Grecia «liberada» —pero por él. Había creído que su sola presencia haría que las ciudades abandonasen a Roma, y había sufrido una decepción. A partir de entonces, es probable que fuese arrastrado por las circunstancias, por las intrigas que se desplegaban a su alrededor, y dirigió la guerra según las necesidades del momento. Cuando Aníbal, en Calcis [114], insistió para que el rey ocupase las costas de Iliria y amenazase a Italia con un desembarco, mientras él, por su parte, reunía a sus antiguos aliados, Antíoco prefirió permanecer en Grecia y se propuso conquistar la Tesalia. Y esta conquista, proseguida durante todo el invierno, aún no estaba terminada en la primavera. En aquel momento, se dirigió contra la Acarnania, por consejo de los etolios, pero allí no pudo tomar más que una sola ciudad, y los acarnanos le opusieron una tenaz resistencia, mientras uno de los cónsules del año, M. Acilio Glabrión, un «filoheleno», desembarcaba por la fuerza en Apolonia.

Glabrión puso rumbo, sin tardanza, hacia el Este, donde unió sus fuerzas a las de Filipo V, que ya había comenzado a expul-

sar a las guarniciones dejadas por Antíoco. Este volvió apresuradamente y tomó posiciones en las Termópilas, cara al norte Su dispositivo, apoyado en un atrincheramiento y en una muralla del lado del mar, articulado en profundidad gracias a unos elementos avanzados móviles, parecía infranqueable. Su ala izquierda estaba cubierta por contingentes etolios ordenados en la montaña y en las gargantas del Asopo. Pero M. Porcio Catón, que servía como *legatus* en el ejército de Acilio, acordándose de las guerras médicas, atacó de flanco la posición por el sendero por donde el traidor Efialtes había conducido, en otro tiempo, a Jerjes [115]. Los etolios, poco atentos al cumplimiento de su misión, fueron arrollados, y esto ocasionó la derrota en las líneas de Antíoco. El rey huyó hasta Calcis. Todas las fuerzas que tenía en Grecia habían sido aniquiladas. Llegó hasta Efeso, para preparar, si era necesario, la resistencia.

La conducta de Antíoco había sido, en aquella campaña, indigna de sus pasados triunfos [116]. Su edad (tenía 51 años) no basta para explicar tal diferencia. Sin duda, la muerte de su primogénito, ocurrida en el 193, le había afectado mucho, pero un matrimonio reciente, celebrado en Eubea, en el invierno que precedió a la batalla de las Termópilas, permite suponer que no estaba totalmente dominado por el dolor. Se sospecha que había otras razones. La campaña de Grecia fue llevada a cabo sólo con las fuerzas trasladadas del Asia en el otoño del 192, sin que recibiesen ningún refuerzo, ni de Siria, ni de Asia. El rey, por su parte, parecía contar con aliados más numerosos en Grecia, y esperaba, incluso, que Filipo se pasaría a sus filas. La reacción de los romanos, que emplearon fuerzas suficientes para asegurar la superioridad numérica, pero nada más (Acilio no tenía más que 20.000 infantes, 2.000 jinetes y 15 elefantes), no hacía pensar en una campaña tan rápida. De una y otra parte se podía creer que se trataba de una expedición «colonial», de un apoyo armado a una campaña diplomática, pero, en ningún caso, de una guerra a la escala de la que soñaba Aníbal y de la segunda guerra púnica.

El Senado, a su vez, estaba dividido. Muchos de los Padres se negaban a comprometer fuerzas considerables en una aventura oriental, y temían también el contagio de las «costumbres griegas»; la conquista del Occidente les parecía una operación más provechosa [117]. Sin duda, la *fides* romana estaba demasiado comprometida en Oriente para que se pudiera pensar en no recoger el desafío del rey, pero la mayoría de los senadores (y también el pueblo) estaban dispuestos, desde luego, a abstenerse de toda conquista. Por esta razón, figuraban en el ejército

de Acilio Glabrión dos *legati*, L. Valerio Flaco y M. Porcio Catón, verdaderos observadores políticos encargados de vigilar al cónsul [118]. Pero, a pesar de ello, Roma no creyó que la victoria de las Termópilas cubriese los objetivos de la guerra. Antíoco pensó, tal vez por un momento, que le sería posible continuar en Asia su propia política, pero los romanos, aconsejados por Escipión, consideraron que la paz no estaría asegurada mientras el Seléucida dominase el Asia y conservase a Aníbal a su lado. Poco a poco, nacía la idea de una guerra más amplia, cuyo objetivo, ciertamente, no era la conquista del mundo mediterráneo, sino el de colocar a Roma en situación de poder dictar sus condiciones a las otras potencias y de velar por el equilibrio de fuerzas. Este cambio de objetivo se simbolizó en la decisión adoptada por el Senado, después de las Termópilas, de sustituir a Acilio por un jefe más prestigioso, que dispondría de todo el margen necesario para ampliar la lucha. Todos pensaron en Escipión el Africano, pero no era elegible para el consulado en el 190 [119]; se puso en su lugar a su amigo y antiguo lugarteniente C. Lelio y a su hermano L. Cornelio Escipión. Lucio obtuvo la provincia de Asia —y, por tanto, la dirección de la guerra— y tomó como *legatus* a su propio hermano.

Este cambio de estrategia satisfacía a Eumenes y a los rodios, que temían a Antíoco. Las operaciones marítimas comenzaron, con su ayuda, en el verano del 191. El almirante de Antíoco trató de impedir la unión de las tres flotas aliadas, pero fue vencido en el cabo Córico y tuvo que refugiarse en Efeso. El desquite llegó en la primavera del 190, en que una flota rodia fue aniquilada ante Samos, lo que dificultó, por algún tiempo, cualquier acción concertada en el mar. La victoria definitiva no se produciría, en aquel sector, hasta finales de septiembre, en el Cabo Mioneso [120]. Llegaba a punto para socorrer a Eumenes, cuya capital, defendida por su hermano Atalo, estaba asediada por Seleuco, el hijo de Antíoco [121]. El grueso de las fuerzas romanas, desembarcado en Apolonia en el mes de marzo, se había retrasado en Grecia, combatiendo a los etolios ante Amfisa; por último, los Escipiones concedieron al enemigo una tregua de seis meses [122], y, ayudados por Filipo, emprendieron la ruta de los estrechos. Cuando se presentaron ante Lisimaquia, encontraron la ciudad evacuada, pero sin que se hubiera retirado nada, ni el aprovisionamiento ni siquiera el dinero del tesoro real [123]. Franqueando entonces el estrecho, tomaron posiciones en Asia. Allí se les presentaron unos enviados del rey, que ofrecía no sólo la evacuación de la costa tracia (llevada a cabo ya), sino la liberación de todas las ciudades griegas de Asia que los romanos quisieran ver libres.

El rey pagaría la mitad de los gastos de guerra; además, secretamente, propuso al Africano que le devolvería a su hijo, que estaba prisionero en Asia, añadiendo a ello inmensas cantidades de dinero. Por un sentimiento que no había previsto Antíoco, habituado a las costumbres de los griegos y de los orientales, Escipión se negó[124]. A pesar de esta negativa, Antíoco, como P. Escipión se encontrase enfermo en Helea, el puerto de Pérgamo, le envió a su prisionero espontáneamente, sin rescate. Escipión le hizo transmitir, simplemente, el consejo de que no entablase la batalla hasta que él mismo pudiera tomar parte en la acción[125]. De momento, se respondió a Antíoco que sus ofertas de paz llegaban demasiado tarde, a menos que consintiese en pagar la totalidad de los gastos de la guerra y en evacuar el Asia, retirándose más allá del Tauro, condiciones que fueron rechazadas por Antíoco.

La batalla decisiva tuvo lugar en pleno invierno 190-189, al sureste de Efeso, no lejos de Magnesia del Sipilo. Las tropas que se encontraban bajo el mando directo de Antíoco obtuvieron una ventaja inicial, pero el centro y el ala izquierda fueron destrozados por las tropas de Eumenes y por la caballería romana. P. Escipión estaba ausente, y el mando efectivo era ejercido por L. Domicio Ahenobarbo. Antíoco perdió todo su ejército —más de 50.000 muertos— y se retiró tras el Tauro, pidiendo la paz.

d) La paz romana en Oriente

Sin embargo, la paz no se concertó inmediatamente. Las condiciones propuestas por L. y P. Escipión sobre el Helesponto no parecían ya suficientes al Senado. A comienzos del año 189, hubo, en torno a la curia, una serie de intrigas creadas por innumerables delegaciones para obtener tal o cual ventaja, para evitar una u otra mutilación territorial. El Senado tuvo que decidir, principalmente, entre dos solicitantes: Eumenes de Pérgamo y los rodios. Los rodios, pensando en los esquemas tradicionales del helenismo, deseaban la liberación incondicional de todas las ciudades griegas del Asia. Eumenes pedía, como precio de sus servicios (que habían sido considerables), que se le ampliase su reino. En cuanto a los romanos, no querían adquirir posesiones territoriales en Asia, como no lo habían hecho en Grecia después de Cinocéfalos. Por último, prevaleció Eumenes, y, si Rodas obtuvo considerables ventajas territoriales (la Caria al sur del Meandro, la Licia), el gran beneficiario fue Eumenes, que recibió la costa tracia con Lisimaquia, y, en Asia, la mayor parte del antiguo do-

minio de los Seléucidas, al oeste de una línea que cortaba la península desde el Halis al Tauro. Pero un gran número de ciudades griegas eran excluidas de aquella cesión: todas las que, en el curso de la guerra, habían combatido a Antíoco.

El tratado fue firmado en Apamea, en la primavera del 188: Antíoco quedaba confinado al sur del Tauro, no podía tener elefantes ni reclutar mercenarios en sus antiguas posesiones, y tenía que pagar una fuerte indemnización de guerra a los romanos y también a Eumenes. Roma exigió la entrega de los «malos» consejeros, y, en primer lugar, de Aníbal, pero el rey le dejó huir, y Aníbal encontró refugio en Bitinia.

El intervalo entre la batalla de Magnesia y el tratado de Apamea había sido empleado por los romanos en la prosecución de unas operaciones que no se justificaban totalmente por las necesidades de la pacificación. El nuevo comandante en jefe, Manlio Vulso —a los «filohelenos» sucedía un «tradicionalista», de los partidarios de que la guerra se «pagase»—, emprendió dos expediciones en Asia Menor [126], una contra los pisidios y otra contra los gálatas. Los pisidios se hallaban establecidos en el Tauro; pueblo saqueador, había reunido inmensas riquezas en guaridas inaccesibles. Las legiones de Manlio tomaron su capital y volvieron con un rico botín. Los gálatas, por su parte, ocupaban, en una paz relativa, los países de Pesinunte y de Ancira. Manlio los atacó duramente, mientras ellos se retiraban, llevándose a sus mujeres, hijos y tesoros al monte Olimpo y al monte Magaba. Ambas posiciones fueron tomadas al asalto, destruidas, y los gálatas, pasados por las armas [127]. También allí, el botín fue considerable.

¿No era Manlio más que un saqueador, o era el instrumento de Eumenes? Puede pensarse que fue lo uno y lo otro, pero también que obedeció al instinto pacificador de los romanos, hostiles siempre a los «bárbaros» turbulentos, y fue especialmente afortunado al infligir una memorable derrota a los celtas, enemigos tradicionales de Roma, liberando a las ciudades griegas del tributo que, desde hacía un siglo, pagaban a los gálatas.

Mientras Manlio «pacificaba» la Anatolia, el problema etolio encontraba su solución. Durante la tregua que Escipión les había concedido, los etolios habían enviado una diputación a Roma, pero el Senado se negó a escucharles, con tanta más razón cuanto que ellos aprovechaban el armisticio para mejorar sus posiciones. Una vez vencido Antíoco en Magnesia, un nuevo jefe, M. Fulvio Nobilior, desembarcó en Apolonia con la intención de acabar con ellos. En la primavera del 189, puso sitio a la ciudad de Ambracia. Los etolios, atacados por la espalda al mismo tiempo por

Perseo, el primogénito de Filipo, tuvieron que pedir la paz, esta vez seriamente. Fulvio Nobilior se la concedió en unas condiciones relativamente suaves, pero el Senado las agravó, considerando que los etolios habían sido un aliado poco seguro, un enemigo solapado, embarazoso, y uno de los más difíciles obstáculos para la paz entre las ciudades.

III. EVOLUCION INTERIOR DE ROMA A LO LARGO DEL SIGLO II

a) El helenismo en Roma.

α) *Su fuerza.*

El final del papel político desempeñado por los etolios es, sin duda, un acontecimiento importante en la historia de Grecia. No se olvide, sin embargo, que su Confederación, que comprendía a los pueblos menos cultivados de los helenos, se había elevado, sobre todo, gracias a las desgracias que habían caído sobre Grecia desde hacía un siglo, empezando por la invasión de los galos, detenida en Delfos por un contingente etolio[128], y acabando en las disensiones entre los reyes, de las que ellos habían sacado el mejor partido para sus ambiciones. Su desaparición de la escena histórica no disminuyó en nada la difusión del helenismo. La campaña de Etolia dio, sin embargo, ocasión a un acontecimiento, en apariencia poco importante, pero de gran alcance en una perspectiva más amplia.

Fulvio Nobilior había llevado consigo, a su campaña de Etolia, al poeta Ennio, a quien deseaba hacer testigo de su gloria. Este deseo de gloria, que Roma no consideraba legítimo más que si tenía como objetivo el de exaltar a toda la República, era ahora declarado por un *imperator* para sí mismo. Es una verdadera revolución espiritual la que se anuncia: la valoración de las personalidades, la reivindicación de los derechos que confiere la *virtus* personal, no sólo en el interior de la ciudad, sino también, y sobre todo, fuera de ella, frente a una opinión que, en realidad, alcanzaba a la humanidad entera.

Fulvio había librado del saqueo a Ambracia, al precio de una corona de oro que sus enemigos le habían otorgado, a petición propia, lo que constituía un inusitado honor[129]. De regreso en Roma, consagró, según la costumbre, una parte del botín a adornar los monumentos públicos, pero eligió, sobre todo, para sus

dedicaciones el templo del *Hercules Musarum* (Hércules de las Musas), extraña apelación que unía el nombre del héroe invicto, patrono de los triunfadores, y el de las Musas, dispensadoras de inmortalidad [130]. Además, Ennio compuso en honor de Fulvio un poema (probablemente, una tragedia pretexta), cuyo título era *Ambracia.* El contagio oriental ganaba, pues, las mentes; si, una generación después, este contagio alcanzó, sobre todo, a las costumbres, desde ahora interesa ya especialmente a la actitud mental, al concepto que se tiene de los valores más altos e inspira a los generales una «ambición real» [131]. Que los españoles hubieran saludado, poco antes, al gran Escipión con el título de rey, podía ser ya inquietante, pero Escipión había sabido responder con dignidad y hábilmente a sus torpes admiradores [132]. Ahora, unos *imperatores* mediocres no esperaban el homenaje de los aliados o de los vencidos, sino que ellos mismos solicitaban los honores reales y aprovechaban la menor victoria para elevarse sobre sus iguales.

β) *Catón.*

Esta tendencia era tan evidente que los senadores se alarmaron y trataron de ponerle freno. Tal fue, sin duda, la intención de la *lex Villia Annalis,* votada en el 180 [133]; y ésta será, treinta años después, la finalidad de la ley que prohibía al mismo hombre ejercer varios consulados [134]. Quien más perfectamente encarna esta resistencia al espíritu nuevo es M. Porcio Catón, un pequeño propietario de Túsculo, elevado a las más altas magistraturas con el apoyo de M. Valerio Flaco, que apreciaba sus cualidades de energía, llevada hasta la obstinación, de honestidad, hasta el escrúpulo, de economía y de espíritu cívico, hasta la avaricia y la pedantería. Muy pronto, Catón se había mostrado hostil a las innovaciones políticas y a las aventuras. Había intrigado contra Escipión, cuando éste preparaba su desembarco en Africa [135]. Después, se había opuesto a la política de los «filohelenos» [136]. Aunque no era incapaz de comprender e incluso de apreciar la cultura griega (en cuanto a la lengua, él la hablaba, naturalmente, como todos sus contemporáneos) [137], no la consideraba como uno de los valores supremos de la condición humana. Más sensible al espectáculo que le ofrecía Grecia que al pasado de los poetas y de los filósofos, él despreciaba a los *graeculi,* cuyos sutiles e interminables discursos no habían servido más que para llevar a su país a la ruina y a la confusión. También allí veía un peligro de contagio para Roma. Y, mientras Flaminio y los Escipiones dirigían la palabra en griego a los embajadores

y a la población de las ciudades, Catón, en circunstancias análogas, hacía ostentación de hablar en latín [138].

Las críticas de Catón no constituían simplemente una posición negativa. Creía sinceramente que podía oponer a la cultura griega una cultura nacional, un sistema de valores romanos capaces de asegurar prosperidad, solidez, eficacia política; en resumen, de mantener aquel ideal que acababa de ser defendido, victoriosamente, contra Cartago. No es casual que Catón fuese el primero de los «enciclopedistas» romanos, al esforzarse por dar, en una obra escrita, el cuadro de todos los conocimientos cuyo conjunto constituía la sabiduría del *«vir romanus»*. El sustituía las demostraciones de la dialéctica con las lecciones de la experiencia —aquella experiencia en que se basan tanto los consejos morales que reunió para su hijo, como las normas para administrar bien su fortuna, contenidas en el *De Agri Cultura*, única de sus obras que nos ha llegado entera [139].

En este tratado, Catón no se limita a resumir una antigua tradición. Por el contrario, se esfuerza en adaptar sus consejos a las condiciones creadas por la evolución económica reciente. Escribe una «defensa» de la agricultura, porque era consciente de las amenazas que pesaban sobre el campo italiano y de la competencia que a la economía rural hacía el desarrollo de la fortuna mobiliaria, acrecentada por las conquistas orientales (y también, como veremos, por el producto de las minas españolas) [140]. Para intentar mantener la agricultura en su lugar tradicional, y para permitirle jugar su papel social y moral de antaño, adapta también los métodos del mundo helenístico [141].

La desconfianza de Catón acerca de los valores de un helenismo que él consideraba corruptor de los espíritus y de las costumbres hizo que luchase, toda su vida, contra los «filohelenos». Cuando se sintió bastante fuerte, se enfrentó hasta con los Escipiones. Con motivo de su consulado, en el 195, había impedido que el Africano obtuviese la provincia de España y la había reclamado para sí mismo, no por ambición personal, y mucho menos por afán de lucro, sino porque temía que el vencedor de los Bárcidas encontrase allí una ocasión demasiado fácil de exaltar su propia grandeza [142]. Después de la paz de Apamea, hizo acusar por dos tribunos a L. Escipión de haber malversado 500 talentos entregados por Antíoco tras su derrota. Publio hizo traer los libros de cuentas de su hermano y los destruyó públicamente, entre los aplausos de la multitud. Pero, tres años después, en el 184 (Catón era entonces censor), otro tribuno citó a L. Escipión ante la asamblea de la plebe y le requirió para que rindiese cuentas. Publio intervino otra vez, y, señalando el templo de

Júpiter Capitolino, recordó al pueblo que él lo había salvado del enemigo, lo que no impidió que Lucio, en el curso de otra asamblea, fuese condenado a una multa; y sólo la intervención de un tribuno, Sempronio Graco, evitó que fuese encarcelado por negarse a pagarla. Al fin, Catón había vencido. Publio, desalentado, se retiró a su villa de Literno, en la Campania, y allí murió al año siguiente [143].

Aquella misma censura de Catón que vio la humillación de los Escipiones, revistió, por algunas otras razones, una gran importancia. La administración del Estado no había sido, hasta entonces, objeto de una organización debidamente estructurada. Se procedía siempre como en el tiempo en que Roma no era más que una pequeña ciudad, y la iniciativa de los magistrados y de los generales no se veía más que mediocremente limitada por las costumbres. Catón se propuso adaptar, lo mejor posible, aquella máquina arcaica a las necesidades de la gran potencia, compleja, que la República había llegado a ser [144].

b) El Imperio de Roma

α) *Su definición jurídica.*

Las posesiones romanas *(imperium romanum)* eran muy diversas, pero el principio en que se fundaba aquel «Imperio» seguía siendo de una arcaica simplicidad. Todas las ciudades que, en el curso de los siglos, se habían integrado en él estaban ligadas a Roma por un *foedus*. Conservaban su autonomía y estaban obligadas, a cambio de la «protección» de Roma, a ciertos impuestos, al tributo y a la aportación de contingentes militares, según la voluntad del pueblo romano, así como a abastecimientos en especie. Por su parte, los magistrados y el Senado se reservaban el derecho de intervenir (sin que este derecho estuviese bien definido) cuando se hallase en juego el interés general de la Confederación. Al lado de las ciudades federadas, se encontraban, por casi toda Italia, colonias. Entre éstas, unas estaban formadas por ciudadanos *pleno iure,* y otras no poseían más que el derecho *latino* [145].

Fuera de la Italia peninsular, en aquel comienzo del siglo II a. de C., existían sólo dos territorios provinciales: Sicilia, desde su reconquista por Marcelo [146], y España, donde los romanos habían sustituido, pura y simplemente, a los cartagineses después de las campañas de los Escipiones [147]. La organización de aquellos territorios lejanos planteaba a Roma problemas nuevos y diferentes. Sicilia era un país helenizado; una parte de la isla estaba

integrada en el Reino siracusano. En España, la vida urbana era rudimentaria todavía; se encontraban allí algunos grandes centros, herederos de la colonización cartaginesa; Escipión añadió a ellos otro, Itálica, sobre el Betis. Pero la mayor parte del país estaba abandonada a las poblaciones indígenas [148]. Ahora bien: el *imperium romanum* suponía casi necesariamente a la ciudad como intermediaria entre Roma y el individuo. Las *gentes* (o *nationes)*, inestables, de contornos mal definidos, se dejaban integrar difícilmente en el sistema de los *foedera*. Así, los progresos de la romanización tuvieron como condición primera (y también como efecto) la fundación y el desarrollo de unos pueblos, cuerpos y cabezas de unas ciudades llamadas de esta forma a la existencia.

Pero si en Italia los magistrados de Roma podían, sin demasiadas dificultades, conservar un contacto suficiente con las ciudades más lejanas, no ocurría lo mismo con las provincias exteriores. Fue necesario, pues, crear una forma rudimentaria de poder central, representante local del *imperium* romano. Se recurrió para ello a una magistratura antigua, la pretura, que había evolucionado, en la propia Roma, perdiendo su primer prestigio [149], pero que encontró en las provincias sus antiguas prerrogativas. Hubo así unos *praetores* que, en las provincias exteriores a Italia, ejercían el *imperium* supremo por delegación del pueblo romano. En Sicilia, el pretor sustituyó al rey. En España, tuvo por misión la de pacificar el país y, en realidad, fue, durante mucho tiempo, un jefe militar instalado en territorio enemigo [150].

Se comprende que el estatuto provincial no haya sido considerado nunca como una situación jurídica definida. La condición de la persona está ligada no a un territorio, sino a una ciudad, y el derecho romano no conoce más que contratos con ciudades o con grupos humanos asimilados a ciudades. Este contrato —el *foedus*, cuando se trata de una ciudad conquistada, y la carta de fundación *(lex coloniae)*, cuando se trata de una colonia— puede también ser modificado, empeorándolo, para castigar una rebelión (como en el caso de Capua), pero, más frecuentemente, para ser mejorado, acercando a la condición de ciudadano *pleno iure* a una ciudad a la que se desea recompensar o que ha dado pruebas de su total asimilación [151].

β) *La evolución dentro de Italia.*

Hasta la segunda guerra púnica, el Senado se había mostrado muy liberal respecto a los italianos. Pero, durante la guerra, las intervenciones habían sido, forzosamente, más numerosas [152]. Al mismo tiempo, se estableció la costumbre de marcar mayores dife-

rencias entre italianos y ciudadanos romanos en la atribución de las tierras concedidas a las colonias nuevas. Quizá sea ésta otra consecuencia de la guerra[153]. Además, muchas de las ciudades aliadas habían sufrido intensamente a causa de la guerra; su población había disminuido de un modo espantoso: las levas, los traslados (sobre todo, en el Sur, donde Aníbal había recurrido, frecuentemente, a este procedimiento) habían hecho un desierto de gran parte de la península. Las tierras que se quedaban sin dueño habían vuelto al dominio del pueblo romano (*ager publicus*), y los censores habían procedido a su arrendamiento por cuenta del Estado, cuando no habían sido adjudicadas a colonos. Esto ocurrió, especialmente, en el Sur, donde las condiciones de vida, muy diferentes de las de Italia central, atraían poco a los pequeños y medios propietarios. Entonces se instaló en aquellas regiones lejanas una economía de pastos, en que los trabajos se confiaban a los esclavos, cuyo número había aumentado considerablemente gracias a las guerras victoriosas y a la apertura de los mercados humanos de Oriente. Se puede pensar que el *De Agri Cultura* de Catón, que recomienda a los propietarios que no deseen terrenos demasiado amplios y que practiquen cultivos variados, apunta a esta nueva forma de explotación, conforme con la tradición más «humana» de la agricultura italiana.

En cualquier caso, Italia está a punto de reestructurarse en su economía y en su población. Sus variadas regiones acentúan sus contrastes; a la Apulia y la Lucania, que se despueblan, se opone una Campania activa, donde el artesanado, cuando no la industria, de las ciudades está en relación con el comercio marítimo de Nápoles, de Pozzuoli y de las otras ciudades costeras. En el Norte, las tierras fértiles del valle del Po, donde los galos son vencidos definitivamente[154], se establecen numerosas colonias. En este momento es cuando se dibuja la fisonomía definitiva de la «Galia Cisalpina», con su eje en la gran ruta que conduce desde *Ariminum* (Rímini) a *Placentia* (Placencia), la *Via Aemilia*, construida por Emilio Lépido en el 185[155], jalonada de ciudades militares, Parma, Módena, y cubierta, al norte del Po, por Cremona y la lejana Aquilea.

En su conjunto, las regiones montañosas de la Italia central —el Samnio, el Piceno, la Umbría— parecen haber sido poco alcanzadas por la guerra, y, en consecuencia, haber evolucionado sólo muy poco. No es extraño que fuese donde después había de estallar la revuelta de los aliados contra Roma[156], en un país en que las ciudades federadas habían mantenido más sólidamente la tradición anterior a la guerra y donde el aumento del predominio de Roma tenía menos justificación.

a) El problema griego.

Los problemas planteados por la reorganización de Italia hacían especialmente deseable la paz. La reacción de Catón y de sus amigos ante las aventuras orientales se comprende mejor si se piensa en la obra que quedaba por realizar. Pero el precio a que había que comprar aquella paz era la intervención en el Egeo. Y ésta presentaba, además, otra ventaja: la presencia romana en Oriente aumentaba el volumen de los intercambios comerciales de que se beneficiaban los *itali* y servía a la prosperidad general del *imperium*. Por último, los conservadores más obstinados no eran tampoco insensibles a la gloria que los romanos habían conquistado en la *oikoumene*. Era Catón el que había arrancado a Ennio del ocio estéril de su guarnición sarda para convertirlo en el poeta de la grandeza romana [157]. Deseo de gloria, fidelidad a las obligaciones contractuales que los ligaban a los aliados orientales, interés e incluso presión de los comerciantes italianos: todo esto impedía a los Padres abandonar el mundo griego a su suerte. Oscuramente se perfila ya la concepción de una misión mundial de Roma, pacificadora de un universo que, sin ella, acabaría en la barbarie o en la anarquía. Esta instintiva convicción, no exenta de pedantería, halaga el orgullo de aquellos a quienes la opinión griega considera, a veces, como saqueadores codiciosos o como groseros advenedizos [158], y es la justificación última de una política en la que se ven cada vez más comprometidos por demasiados intereses y consideraciones.

b) La situación en Oriente después de Apamea.

La ordenación de la paz, tras la guerra contra Antíoco, no tuvo efectos duraderos. Los Seléucidas habían pagado el precio de la pacificación, pero su Reino, aun amputado, no por eso dejaba de ser considerable, ya porque los romanos no hubieran tenido en cuenta, para sus cálculos, las provincias lejanas y se hubieran dedicado sólo a reducir la «fachada» mediterránea, más visible, ya porque no hubieran tenido en realidad la intención de abatir a los Seléucidas, sino solamente la de limitar su acción en el Egeo. Antíoco III había muerto en el 187 [159]. Su hijo, Seleuco IV Filopátor, le sucedió y se contentó con restaurar las finanzas del Reino simplemente mediante la aplicación estricta de

las cláusulas del tratado de Apamea. Fue asesinado hacia el 175[160] por su ministro, el todopoderoso Heliodoro, pero éste se eclipsó ante el hermano del rey difunto, Antíoco IV, que después tomó el nombre de Epífanes. Este Antíoco había sido rehén en Roma durante mucho tiempo, y entonces vivía en Atenas. Fue llevado a Siria por Eumenes II, que le facilitó los medios para reclamar el Reino de su hermano[161]. El ejército de Pérgamo que lo impuso actuaba probablemente con la aprobación y, tal vez, incluso bajo la inspiración de los amigos que el príncipe tenía en Roma: un príncipe romanizado, ligado a Eumenes, no podía menos de servir a los intereses romanos una vez que ocupase el trono de los Seléucidas. Lo cierto fue que, como es sabido, Epífanes se dedicó a hacer desaparecer, hasta donde le fue posible, el particularismo de algunas de sus provincias que aún resistían a la helenización, lo que le supuso serias dificultades entre el pueblo judío, cuyos ecos se encuentran en el *Libro de los Macabeos*[162]. Después, atacó Egipto; su campaña le llevó hasta las murallas de Alejandría, e impuso al país dos reyes rivales[163]. El asunto, en principio, era puramente griego, pero Roma no tardó en intervenir. El Senado consideraba que la Celesiria debía seguir perteneciendo a Antíoco, pero no quería, a ningún precio, que Egipto y el Reino seléucida constituyesen un solo reino. Popilio Lenas, enviado por Roma, obligó al rey a evacuar el país[164]. Y así quedó al cuestión.

La principal amenaza no vendría de los Seléucidas. Una vez más, la dinastía macedónica trató de reconquistar lo que había perdido, y esto provocó su caída definitiva. Aunque, en la guerra contra Antíoco III, Filipo se había mostrado un aliado ejemplar, los romanos no habían dejado de impresionarse ante el orden y la prosperidad de su reino, y esto les inquietaba[165]. ¿No preparaba el rey su desquite? Algunos años después, ciertas ciudades tesalias, alegando haber sido molestadas por Filipo, apelaron a Roma. Una delegación senatorial se trasladó allí y realizó una información que no satisfizo a nadie y dejó algún resentimiento[166]. Filipo, que había introducido en Maronia una guarnición macedónica, tuvo que retirarla por orden del Senado, pero inmediatamente provocó la matanza de los habitantes que se habían opuesto a él[167]. Esta vez, el rey tuvo que mandar una embajada a Roma para defenderse; creyó hábil colocarla bajo el mando de su hijo menor, Demetrio, que había sido durante largo tiempo rehén en Roma y contaba con amigos allí. Demetrio obtuvo satisfacción, pero el Senado insistió, en el texto del decreto, en que su decisión le había sido inspirada por la amistad que los romanos sentían hacia Demetrio. A su regreso, el joven príncipe fue con-

siderado por su padre y, sobre todo, por su hermano mayor, Perseo, como un traidor vendido a Roma[168]. Al mismo tiempo, en Roma se difundían los más fantásticos rumores. Como Filipo había organizado una expedición contra los bárbaros de su frontera norte, se aseguró que había ido a preparar con ellos la invasión de Roma por la Iliria[169]. Mientras tanto, la situación se agravó más aún por la muerte de Demetrio: Perseo le había calumniado ante Filipo presentándole una falsa carta de Flaminio, de modo que el rey había hecho ejecutar al que consideraba un rebelde[170]. Al darse cuenta, demasiado tarde, de la maquinación, el propio Filipo murió torturado por los remordimientos y, en el 179, fue sucedido por Perseo sin dificultad alguna.

El cambio de reinado provocó un cambio de política. El joven rey renovó, desde luego, el tratado de alianza con Roma, pero la personalidad del nuevo soberano, su actividad en todos los terrenos le señalaban para acaudillar el partido que, en toda Grecia, era hostil a Roma. Su matrimonio con Laodicea, hija de Seleuco IV, había producido la entente entre las dos dinastías; y él dio a su hermana en matrimonio a Prusias de Bitinia. En Grecia, la política del Senado, obligada a tener en cuenta elementos contradictorios, no había creado más que descontentos, favoreciendo tan pronto a una ciudad como a otra, según el desarrollo de inextricables intrigas entre las que los Padres no acertaban a desenvolverse. Los rodios, por su parte, tampoco estaban satisfechos. El tratado de Apamea les había dado a los licios como aliados, pero ellos pretendían convertirlos en súbditos, y la guerra había estallado entre la República y los licios. Una mediación de Roma no había resuelto nada. Para firmar su independencia, los rodios hicieron escoltar por una importante escuadra el barco que conducía a la joven Laodicea a reunirse con su prometido. Aquel día fue evidente que las tres mayores potencias del Egeo estaban a punto de aliarse, sin Roma o, tal vez, incluso contra ella.

c) La tercera guerra de Macedonia

Esta situación, las campañas victoriosas llevadas a cabo por Perseo en Tracia y sus negociaciones con los bastarnos y los escordiscos[171] acabaron por crear un estado de ánimo peligroso para Roma. Eumenes, el principal aliado de ésta, fue la primera víctima. La asamblea de la Liga aquea decidió la abolición de los honores que en otro tiempo le había concedido[172]. Progresivamente, el Oriente se dividía en dos cam-

pos: los amigos y los enemigos de Roma. Así, cuando, en el 172, Eumenes fue a Roma para denunciar ante el Senado, en el curso de una larga sesión secreta, las acciones de Perseo, los Padres se sintieron inclinados a creerle: que el macedonio había ideado un vasto plan para invadir Italia, a la vez por el Norte y por el Sur [173], y que se disponía a poner en práctica la estrategia atribuida a Aníbal, el cual, incluso después de muerto [174], seguía todavía infundiendo terror. Los romanos se convencieron de que el discurso de Eumenes respondía a la verdad, cuando supieron que, al pasar por Delfos, de regreso a su patria, Eumenes había estado a punto de ser víctima de un extraño accidente, del que había resultado tan gravemente herido que corrió incluso el rumor de su muerte [175]. No había crimen del que no se creyese capaz a Perseo [176], y en aquel mismo año de 172, el Senado comenzó sus preparativos de guerra. Se envió una misión diplomática a Grecia para sondear las disposiciones de los principales estados. A pesar de la inclinación, generalmente antirromana, de la plebe, los gobiernos se declararon a favor de Roma. Perseo denunció el tratado concluido entre los romanos y Filipo V, pero se declaró dispuesto a concertar otro sobre la base de una total igualdad entre los contratantes [177]. La guerra parecía inevitable.

Las hostilidades fueron, sin embargo, aplazadas a causa de una última tentativa, acaso hipócrita, de Q. Marcio Philipo, antiguo huésped de Filipo, que se trasladó a Macedonia y persuadió al rey para que enviase embajadores a Roma. Perseo consintió en ello, pero sus embajadores no fueron admitidos en el Senado; este aplazamiento bastó para que los romanos pudiesen acabar sus preparativos [178]. Desde luego, Perseo no había sido engañado, pero su gesto le adjudicaba el mejor papel y, en todo caso, como él no tenía, en absoluto, la intención de llevar la guerra a Italia, podía esperar muy bien hasta la invasión de Grecia para comenzar la lucha.

No parece, desde luego, que Perseo quisiera obtener de Roma más que una igualdad de derechos, una especie de reparto equilibrado del mundo, tal como se practicaba en el Oriente helenístico. Pero los romanos, por su parte, no aceptaban las relaciones de fuerza más que en beneficio propio, con la ilusión (sincera o no) de que su predominio establecería automáticamente relaciones fundadas en el derecho.

La guerra fue declarada a comienzos del 171. En el primer choque, cerca de Larisa [179], obtuvo la ventaja el rey, pero la falange no intervino. Nada quedó decidido, y sus ofertas de

paz, muy moderadas, fueron rechazadas por los romanos. Seguidamente, Perseo se replegó hacia el Norte evitando visiblemente el encuentro para dejar bien patentes sus intenciones pacíficas. Los romanos, por su parte, se contentaron con algunas operaciones limitadas, como la toma de Haliarto, en Beocia, cuyo territorio fue adjudicado a Atenas.

Al año siguiente la guerra pareció atascarse. Perseo destruía lentamente las posiciones romanas en Tesalia. Atacó a los dardanios y a los molosos, entre los que predominaba el partido prorromano. La flota romana, ayudada por Eumenes, sólo consiguió apoderarse de Abdera, pero en tales condiciones de crueldad que aquella victoria perjudicó más que favoreció a la causa de Roma [180]. La opinión griega se convertía en árbitro del conflicto. El Senado, consciente de aquella situación, desautorizó a sus generales [181] y, al mismo tiempo, designó como comandante en jefe a Q. Marcio Filipo para dirigir las operaciones con más energía.

En la primavera del 169, Filipo, emprendiendo la ruta de Etolia (la ruta del norte no era segura), se trasladó a Tesalia y trató de invadir Macedonia mediante una operación combinada, terrestre y naval. Perseo defendía el paso, en el monte Olimpo, pero Filipo bordeó la posición y, por el Este, avanzó hasta la costa, por detrás del rey [182]. Sin embargo, la flota no siguió a Filipo, y la ofensiva se detuvo. Los dos ejércitos quedaron frente a frente: el del rey, fortificado, y el de Roma, mal abastecido, sin comunicaciones seguras. La Iliria se hacía cada vez más hostil a los romanos, e incluso las alianzas vacilaban. Se decía que el rey de Pérgamo estaba atento a los avances de Perseo. Rodas pedía insistentemente que se firmase la paz [183]. Era preciso alcanzar una victoria rápida o resignarse a la pérdida de Grecia.

El Senado se decidió a recurrir a un hombre que estaba considerado como el más brillante general de su generación, L. Emilio Paulo [184]. Paulo, antes de emprender nada, exigió un informe de tres senadores que se trasladaron a los lugares de la acción, y, según los datos que ellos le facilitaron, preparó el plan de campaña. Perseo seguía en posesión de la línea del Olimpo. Una maniobra de la flota le hizo creer que un cuerpo de desembarco, mandado por Escipión Nasica, iba a rodearle por el norte. En realidad, tras desembarcar en otro punto, Escipión tomó la dirección del oeste y bordeó la posición por el interior. En cuanto el rey supo que algunas legiones se presentaban en la llanura de Leucos, se replegó sobre la ciudad

de Pidna, mientras Escipión y Emilio Paulo llevaban a cabo su unión sin ser inquietados.

La fecha de la batalla viene dada con exactitud por un eclipse de luna que la precedió (en la noche del 21 al 22 de junio del 168). La batalla duró muy poco, y su desarrollo no está claro[185]. Comenzó por una escaramuza, y los oficiales de Perseo tal vez forzaron la mano al rey. La falange podía desplegarse (el terreno ofrecía una vasta llanura), pero la falta de cohesión entre ella y las tropas ligeras que debían cubrirla permitió a Emilo Paulo abrir una brecha en las líneas enemigas y atacar a la falange por la espalda.

Perseo, al ver la jornada perdida, huyó hacia su capital, pero ninguna de las ciudades en que se presentó quiso acogerle; todas se pasaban a los romanos. Retirado a Samotracia, en el santuario de los Dioses Cabiros, que gozaba del derecho de asilo, acabó por entregarse a los romanos[186]. Era el final de los Antigónidas.

Durante aquel tiempo, en Iliria, Gencio, el jefe que había concluido una alianza con Perseo (aunque sin recibir el precio convenido), fue hecho prisionero tras algunos días de lucha. Roma era nuevamente dueña de los países griegos, pero su victoria le planteaba problemas muy graves. Al desaparecer Macedonia, ¿cómo asegurar el equilibrio político en Oriente? El rey de Pérgamo no era ya el fiel aliado de otro tiempo. Los rodios, por su parte, habían enviado a Roma, algunos días antes de Pidna, una embajada para insistir sobre la necesidad de firmar la paz lo más rápidamente posible; llegada a la ciudad al mismo tiempo que la noticia de la victoria, había presentado sus felicitaciones al Senado, pero los Padres no se habían llamado a engaño. La política romana ya no contaba, en Oriente, con bases sólidas.

En realidad, aquellas dificultades no se presentaban entonces por primera vez; desde Cinocéfalos, en muchas ocasiones había sido necesario enviar comisarios a Oriente para resolver, sobre el terreno, los problemas que se planteaban. A la larga, se había creado una vigilancia mediata, extremadamente flexible, que respetaba la independencia de las ciudades y que, en manos de algunos «especialistas» (como Marcio Filipo), podía evitar las crisis demasiado graves. Los Padres no tuvieron la menor duda de que aquel sistema funcionaría tanto mejor cuanto que ya no había intrigas de los reyes de Macedonia que pudieran entorpecerlo, y que, en el gobierno interior de las ciudades, el partido antirromano se había quedado sin apoyos. Por todas estas razones, fieles al principio

de la «libertad» de los pueblos, no transformaron a Macedonia en provincia, sino que la dividieron en cuatro distritos, según las regiones naturales, y se prohibió toda relación, incluso privada (matrimonio, adquisición de propiedad), de un distrito a otro[187] —se desconfiaba de la nostalgia de la unidad de la «gran Macedonia» monárquica—. Para tratar de hacerla olvidar, el tributo exigido a los habitantes se fijó en la mitad del que antes pagaban a los reyes. Este estatuto no fue grato a los macedonios, cuya política se encontraba, de pronto, como amputada de un elemento esencial, el poder monárquico[188]. Así, el establecimiento de la democracia no fue fácil. Los historiadores nos hablan de incidentes violentos. En un momento dado llegó a temerse que un usurpador, llamado Andrisco, sedicente hijo de Perseo, llegase a unificar el país. Tras varias vicisitudes, consiguió vencer, en el 149, al ejército regular macedonio, aplastando después a una fuerza romana de intervención. Fue necesario, al año siguiente, un ejército, a las órdenes de Q. Cecilio Metelo, para acabar con aquella aventura, en el curso de la cual se había visto vacilar la fidelidad de varias ciudades griegas y brotar un amplio movimiento antiromano, desde Macedonia hasta Cartago[189]. Andrisco, vencido, figuró en el triunfo de Metelo y fue ejecutado.

La alarma había sido bastante intensa[190], y el Senado decidió mantener tropas permanentes en Macedonia. Para eso era necesario hacer de ella una provincia, siguiendo el modelo de Sicilia y de los territorios españoles. A los cuatro distritos macedónicos se añadieron la Iliria y el Epiro. Se inició la construcción de la *Via Egnatia,* prolongando hacia Edesa, Pela y Tesalónica las dos vías que partían de Dirraquio (Durazzo) y de Apolonia; éste fue el eje estratégico de la nueva provincia. Después sería para las legiones la ruta del Asia.

De este modo, el pueblo romano sustituía, pura y simplemente, a los reyes de Macedonia; una tierra griega era tratada como Sicilia y como España. El principio de la «libertad» estaba un poco olvidado, pero a ese principio iba a anteponerse otro: la necesidad de mantener la integridad del «patrimonio» romano, y ese patrimonio implicaba el reconocimiento de los derechos adquiridos en Oriente. Macedonia no era considerada más que como una «marca» defensiva, que protegía a los países griegos contra los bárbaros del Norte, a los que jamás habían podido dominar los reyes[191]. Tras ella, las ciudades griegas seguían siendo libres.

Esta solución no fue adoptada sin lucha. En el Senado existía una tendencia favorable a la anexión pura y simple. Después

de Pidna, un pretor, M. Juvencio Talna[192], propuso la transformación de Rodas en provincia para castigarla por su ambigua actitud durante la guerra. Catón se opuso a tal medida, demostrando que los rodios habían sido fieles aliados y que Roma no podía desmentir su política de justicia respecto a los griegos[193]. Quizá tampoco deseaba enredar a la República en un territorio difícil de gobernar y de defender. La sabiduría política del antiguo censor triunfó aquel día de la codicia de cortas miras de quienes sólo trataban de «hacer pagar» las conquistas.

d) El nuevo equilibrio

α) *El apogeo de Delos y la economía mediterránea*

Sin embargo, Rodas no salió indemne de la aventura. No sólo se liberaron los carios, así como los licios[194], sino que la isla de Delos, que había servido de base a la flota de Perseo, fue adjudicada a los atenienses (sus antiguos dueños, en tiempos del Imperio) y recibió el estatuto de puerto franco, lo que transformó las corrientes comerciales del Egeo. Ya que, a partir de entonces, era posible desembarcar mercancías en Delos gratuitamente, el puerto de esta ciudad tendió a sustituir al de Rodas como depósito y punto de tránsito. Los recursos de Rodas (que consistían, sobre todo, en los derechos portuarios) disminuyeron en proporciones catastróficas[195]. Los grandes mercaderes —sirios, egipcios, griegos, italianos— se aprovecharon de aquel desplazamiento de los ingresos. Delos se convirtió en el puerto por excelencia del tráfico de esclavos, pues los mercaderes no tenían que temer allí los controles destinados a comprobar que ninguna persona libre se encontraba entre aquellos cargamentos humanos —lo que era frecuente—. La humillación de Rodas, al «despolitizar» el comercio marítimo, aumentó la impunidad de los piratas y disminuyó la eficacia de la policía establecida sobre los mares por los rodios[196]. Roma pagó caro después aquel error, cuando la piratería se convirtió en un azote que fue necesario combatir por todos los medios[197].

¿Había previsto el Senado los efectos benéficos de aquella política sobre el negocio de sus aliados de la Campania? Se ha negado, pero esto es poco verosímil, pues el deseo de proteger a los *negotiatores* italianos había provocado, tres cuartos de siglo antes, la intervención romana en Iliria[198]. El comercio italiano, sometido hasta entonces a los peajes rodios, se hace

libre; en Delos se instalan casas de paso. Entre las mercancías que pasan por aquella «reguladora» figuran el vino y el aceite de Italia; el trigo, que es objeto de activos intercambios; además, utensilios manufacturados de empleo corriente (alfarerías comunes) o de lujo (tejidos sirios de algodón y de seda, tapicerías asiáticas, púrpuras, perfumes venidos del Asia a través de Siria, especies, etc.)[199].

La colonia italiana es numerosa en la isla, a juzgar por las inscripciones y también por las dimensiones de la «Bolsa de los Italianos», gran edificio construido *ex profeso*[200]. Pero hay también otras colonias: las gentes de *Berytos* (Beyruth) y de Tiro ocupan entre ellas lugares destacados. Así, gracias a aquella coexistencia material, se realiza una vasta síntesis de tradiciones y de culturas sobre la pequeña e infecunda extensión de Delos, cuya autoridad legal correspondía a los atenienses, pero donde no había más dueño que el dinero ni más valor reconocido que la riqueza.

Durante esta segunda parte del siglo II existe una «civilización de Delos», cuyos rasgos son bien conocidos gracias a los trabajos de la Escuela francesa de Atenas[201]. Hay un estilo delio para la arquitectura privada, la decoración, la pintura y, sin duda, también para la religión y los ritos. Esta cultura de Delos, sin embargo, no es más que el reflejo de los medios que la rodean, que nosotros conocemos sólo indirectamente, pero que contribuyeron a su formación. Por ejemplo, la comparación con las ciudades rodias recientemente estudiadas permite identificar los parentescos, pero también percibir las diferencias[202]. Parece que el estilo delio se caracteriza por la búsqueda de efectos vistosos, y, en su esencia, es más asiático que verdaderamente helénico. Las constantes relaciones entre la isla y los puertos de la Campania contribuyeron a introducir en la Italia meridional, y, desde allí, en Roma, un lujo contrario a la tradición griega —las incrustaciones de mármoles preciosos en las mansiones privadas o las pinturas que imitan su dibujo y sus colores.

Sin embargo, la sola influencia de Delos no bastaría a explicar toda la civilización de la Campania, especialmente su helenización, que es uno de los hechos más importantes para la historia cultural de aquella época. En el 167, hacía mucho tiempo que las ciudades de la Campania se relacionaban con el Oriente. Nápoles no había cesado de enviar y recibir navíos de allá. El comercio con Alejandría era una de las especialidades de Pozzuoli[203], y los dioses del Egipto helenístico, especialmente Isis, penetraron en Italia por aquel puerto[204]. Es cierto

también que las primeras grandes casas pompeyanas (las del período llamado «samnita») no deben nada a Delos[205]. Pero es innegable que Delos contribuyó a acelerar la formación de una comunidad cultural, en la que iban a fundirse con los elementos itálicos los que las corrientes comerciales traían de Oriente.

β) *Grecia hasta la destrucción de Corinto*

Después de Pidna podía esperarse que las ciudades y los estados de la Grecia europea encontrarían el medio de vivir en paz bajo la protección romana. En realidad, la historia de Grecia, hasta la destrucción de Corinto, en el 146, no es más que una sucesión de luchas confusas que las misiones enviadas por el Senado no logran apaciguar.

Con razón o sin ella, los romanos sentían por Atenas una especie de predilección sentimental. Los motivos pueden imaginarse fácilmente, aunque los autores posteriores no los hayan formulado de un modo explícito[206]. Atenas era la patria de todo lo que parecía más noble y más prestigioso en la cultura y en la historia de Grecia. Las leyendas hacían del Atica el país donde habían sido inventadas todas las artes, desde la agricultura hasta la escultura o la carpintería[207]. Se decía que un habitante del Atica había inventado la rueda y la manera de atalajar una cuadriga[208]. Para los espíritus simples, aquellas leyendas eran verdades. Pero había más. Los Padres más cultos sabían que los atenienses habían mantenido los últimos combates por la libertad y que nunca se habían declarado vencidos. La gran democracia de Pericles era como un modelo glorioso, y aun sus desgracias no dejaban de encerrar una lección para las otras repúblicas. Sensibles ellos también a la gloria, deseosos de inmortalizar sus triunfos, colectivos o personales, los romanos rendían a Atenas el homenaje que ellos esperaban de la posteridad para sí mismos.

No creamos tampoco que la originalidad de los pensadores y de los escritores de Atenas fuese desconocida en Roma. Alrededor de Emilio Paulo se había formado un círculo de verdaderos «aticistas», en el que se encontraba el propio hijo del vencedor de Perseo, Escipión Emiliano, el futuro Africano. La biblioteca de los reyes de Macedonia había sido la recompensa de la victoria, y en ella los jóvenes romanos habían encontrado modelos a la vez para pensar y para escribir o hablar[209]. Es el momento en que, reaccionando contra el helenístico Ennio, la literatura se acerca al aticismo clásico. Al lado de Escipión Emiliano y de su amigo Lelio, Terencio es-

cribe comedias no tan de acuerdo con los gustos de un público que añora a Plauto y a sus imitadores, como con los de una «élite» cuyas preocupaciones estéticas y morales reflejan [210]. Por todas estas razones, la política de los Padres se mostraba, con bastante frecuencia, favorable a los atenienses.

En cuanto a Esparta, si no podía enorgullecerse de títulos semejantes ante la historia, no por eso aparecía menos cargada de gloria a los ojos de los romanos, que gustaban de encontrar en ella ciertos rasgos de grandeza, como el culto al heroísmo y la entrega de cada uno, hasta el sacrificio, por la salvación de todos. Ni siquiera en la constitución de Esparta había nada que no pareciese tener algo de romano: la preponderancia concedida a los viejos (la *gerusía* podía asimilarse, satisfactoriamente, con el Senado), el sentido universal de la disciplina, la historia misma de una ciudad en la que los reyes habían perdido poco a poco su poder en beneficio de los magistrados elegidos. Aquella república militar tenía atractivos con que seducir a los hijos de Rómulo [211]. Ante ella, los otros pueblos del Peloponeso parecían advenedizos y usurpadores.

En el momento de Pidna, Atenas había abrazado la causa romana, y fue recompensada con la adjudicación de Delos, de Lemnos y con algunos otros restos de su antiguo Imperio [212]. Después, en el 155, con motivo de una querella que enfrentaba a los atenienses con los habitantes de Oropo (y de la que parecen haber sido enteramente culpables los primeros), Atenas envió a Roma una embajada formada por tres de sus más célebres filósofos: Carnéades, el jefe de la Academia, el peripatético Critolao y el estoico Diógenes de Seleucia, y aquellos hombres hábiles y prestigiosos consiguieron hacer rebajar la multa de 500 talentos impuesta a Atenas, en primera instancia, por Sición, a la que las dos partes habían elegido como árbitro. Este asunto sin gran relieve dio origen a una crisis que acabó en la rebeldía de los aqueos contra Roma, pero no habría tenido tales consecuencias si, desde hacía mucho tiempo, no estuviesen ya en desacuerdo la Liga y Roma.

En este aspecto, el problema de Esparta no había estado resuelto verdaderamente nunca. Esparta había sido anexionada por la Liga en el 192 [213]. Tres años después, en el 189, Esparta había decidido poner fin a aquella situación, que le había sido impuesta por la fuerza, y recuperar su completa independencia. Filopemen se había aprovechado de ello, en la primavera del 188, para penetrar en Laconia, matando a sus adversarios y desmantelando las fortificaciones. Las leyes de Licurgo fueron abolidas, y los ilotas, declarados libres por el régimen

anterior, fueron vendidos como esclavos. Estas violentas medidas, dictadas a Filopemen por su odio contra la ciudad que era la enemiga tradicional de su patria, Megalópolis, y de Mesenia, provocaron una intervención romana, aunque totalmente pacífica, pues Q. Cecilio Metelo sólo trató de defender la causa de Esparta ante la asamblea aquea; pero Filopemen se lo impidió. No obstante, se acordó que si Esparta continuaba (contra su voluntad) en el seno de la Liga, los desterrados por Filopemen regresarían con todos sus derechos y todos sus bienes. Cuando, en el 183, Mesenia quiso, a su vez, abandonar la Liga, Roma no se opuso, pero Filopemen, sin consultar a Roma, penetró con sus tropas en el territorio de los rebeldes, y los mesenios fueron inmediatamente vencidos —aunque Filopemen pereció en el curso de la campaña[214]. Una vez más, Roma dejó hacer, en contra de lo que constituía su voluntad evidente. Los aqueos se creyeron entonces autorizados a aplazar el regreso de los desterrados espartanos. Después, un tal Calícrates, un aqueo, imaginó una sutil combinación para eliminar, con la ayuda de Roma, a sus propios enemigos dentro de la Liga. Con motivo de una embajada cerca del Senado, sugirió a los Padres que, en el futuro, hiciesen conocer mejor sus deseos, sin lo cual —decía— los desgraciados griegos no sabrían qué hacer. Los senadores cayeron en la trampa y exigieron, mediante un *senatus-consultum* explícito, el regreso de los exiliados a Esparta[215]. Con la fuerza de aquella decisión, que había sido notificada a todos los estados griegos, Calícrates se hizo elegir estratego y procedió al regreso de los exiliados, tanto a Esparta como a Mesenia[216]. Así, para satisfacer su propia ambición, Calícrates había empujado a Roma a una política más autoritaria.

Durante la guerra contra Perseo ningún hombre político —ni Calícrates ni sus adversarios en la oposición, Licortas (el padre de Polibio) y Arconte— tomó partido por el rey. El propio Polibio, en calidad de hiparco, aseguró el enlace entre la Liga y el ejército romano de Tesalia, y se portó, sin duda, como un aliado leal. A pesar de esto, después de Pidna, los comisarios senatoriales enviados cerca de los aqueos se condujeron de un modo que hoy nos parece poco explicable. Confiando ciegamente en Calícrates, hicieron que la asamblea votase varios decretos: condena a muerte de todos los partidarios de Perseo, prisión y deportación a Italia de un millar de «sospechosos», en realidad, de todos los adversarios de Calícrates[217]. Entre ellos se encontraba Polibio, todavía muy joven. La mayor parte de los exiliados aqueos, considerados como rehenes,

fueron repartidos en los municipios. Polibio, que era huésped de Emilio Paulo, obtuvo permiso para vivir en Roma, en la casa de los *Aemilii,* donde se convirtió en el amigo del joven Escipión Emiliano y de su hermano, iniciándoles en la más alta cultura griega y, al mismo tiempo, comprendiendo él, por su parte, los motivos de la grandeza de Roma y la significación de su misión histórica [218].

Aquella deportación masiva (que no sería revocada hasta el 151, cuando apenas una tercera parte de los exiliados vivía ya) aseguró, durante unos diez años, un cierto respiro. Pero los aqueos estaban privados de su «élite» política, y esto era tanto más grave cuanto que el partido prorromano contaba muy frecuentemente con hombres sin conciencia, dispuestos a abusar de la confianza del Senado. Así, en el 151, Menálcidas, que era estratego de la Liga, se propuso, por dinero y a petición de los habitantes de Oropo, la expulsión de los atenienses domiciliados en la ciudad [219]. Pero Menálcidas, que era espartano, fue acusado de preparar un movimiento separatista en su patria. Tal vez fuese una calumnia, pero al año siguiente, el nuevo estratego, Dieo, tomó contra los espartanos unas medidas que le obligaron a ir a Roma para justificarse (en el 149). Era el momento de la sublevación de Andrisco [220]. Dieo se mostró muy arrogante en el Senado. Los Padres no respondieron nada inmediatamente, y Dieo, de vuelta en el Peloponeso, activó las operaciones contra Esparta. Pero una vez llegada la paz, L. Aurelio Orestes acaudilló una misión que fue a comunicar a la Liga las órdenes de Roma: Esparta, Corinto, Argos, Orcómenos de Arcadia y Heraclea Traquinia dejarían de formar parte de la Liga [221]. Esto provocó una explosión de cólera, sobre todo entre el pueblo bajo, que consideraba a Dieo como su protector. Hubo violencias contra los supuestos amigos de los espartanos y contra los embajadores de Roma. Una segunda embajada trató de arreglar las cosas, pero inútilmente [222]. Hubo que disponerse a la guerra.

La lucha, que fue muy breve, parece haber sido tanto social como política. El movimiento antirromano, que había surgido entre los marineros, los obreros y los esclavos de Corinto, se extendió con una enorme rapidez a las otras ciudades: se abolían las deudas y se prometía el reparto de tierras. Más allá de las controversias patrióticas, la revuelta parecía como la consecuencia lógica de las dificultades económicas en las que se debatía Grecia [223].

Critolao, elegido estratego de la Liga para el 146, se sintió apoyado por el conjunto de las ciudades griegas (menos Atenas

y Esparta). Cuando Cecilio Metelo se presentó, una vez más, ante la asamblea de la Liga para intentar la concordia, Critolao le respondió que «los aqueos deseaban encontrar en los romanos a unos amigos y no a unos amos»[224]. Las hostilidades comenzaron en cuanto Metelo se reunió con el ejército de Macedonia. Dirigiéndose hacia el Sur, aplastó a las fuerzas de Critolao en Escorfea (al este de las Termópilas), pereciendo el propio Cristolao[225]. Dieo le sustituyó como estratego y prosiguió la lucha sin cuartel rechazando las ofertas de paz. Metelo fue sustituido por el cónsul del año, L. Mummio que forzó el paso del istmo en Leucóptera, ocupó Corinto y saqueó la ciudad.

Este saqueo de Corinto está considerado generalmente como uno de los crímenes menos perdonables cometidos por los romanos. Pero la ciudad no fue tratada con mayor dureza que cualquier otra ciudad griega que cayese en poder de una rival en la misma Grecia. Desde hacía más de un siglo, en el mundo griego reinaba una atmósfera de crueldad que Roma no había creado, ciertamente. La ciudad fue incendiada y arrasada, pero una vez que las obras de arte habían sido retiradas y repartidas entre las ciudades, romanas y griegas[226]. Las razones que movieron al Senado fueron muchas: ante todo, dar un escarmiento. Inútilmente se habían prodigado consejos de moderación y advertencias a los dirigentes de la Liga, que se habían mostrado incapaces de cumplir una palabra y de respetar una alianza. Llevados de su odio ciego contra Esparta, no habían dudado en utilizar su propia fuerza contra unas ciudades cuyo único delito era el defender su independencia; ¡y la gloria de Esparta sobrepasaba con mucho a la de Corinto! Si la Liga, dominada por los corintios, no quería conocer más ley que la guerra, esta ley podía serle aplicada, lógicamente, en todo su rigor. Por último, la destrucción de Corinto fue decidida en el mismo año que vio la de Cartago. Los dos hechos parecen relacionarse. Tal vez en el ánimo de los Padres subsistía el recuerdo de la convivencia entre griegos y cartagineses, reavivada en cada crisis. En la medida en que Roma había podido temer verse cercada, al Este y al Oeste, podía perecer legítimo golpear a los enemigos, de ambos lados, aplicándoles el castigo de su *perfidia.*

La destrucción de Corinto marcó el final de la política tradicional de Roma en Grecia. En la administración de los estados intervinieron comisarios senatoriales. Se disolvieron las ligas y se hicieron esfuerzos para impedir el establecimiento de lazos entre las ciudades, con la esperanza de evitar, en el

porvenir, coaliciones y querellas. El conjunto del país fue sometido a la vigilancia (aunque no a la administración directa) del gobernador de Macedonia. Los comisarios se dedicaron a borrar las huellas de la guerra, y contaron con los consejos y la ayuda del historiador Polibio, cuyas clarividencia e integridad prestaron entonces grandes servicios [227] a los romanos, así como a su patria.

γ) *La suerte de los reinos*

§ 1. *Pérgamo.* Durante la guerra contra Perseo, Eumenes se había hecho sospechoso para Roma. El Senado se limitó a prohibirle la residencia en Italia, sin otro castigo [228]. Eumenes murió en el 159. Su hermano Atalo, que le sucedió, no despertaba los mismos recelos entre los romanos, cuyo apoyo se esforzó en conservar en el curso de las crisis exteriores que marcaron el comienzo de su reinado [229]. Cuando Roma reconoció la independencia de Galacia, Atalo renunció a las pretensiones tradicionales de Pérgamo sobre el país. En el 156, Prusias de Bitinia invadió los estados de Atalo, pero el Senado intervino y, en el 154, puso fin a la guerra restableciendo el *statu quo* [230]. Atalo iba a tener muy pronto su desquite, ayudando al hijo de Prusias, el joven Nicomedes, a destronar a su padre [231]; los comisarios enviados por Roma —elegidos, tal vez *ex profeso,* incapaces— no impidieron el éxito de Atalo.

Las tropas de Pérgamo tomaron parte en la guerra contra Andrisco y en la de Corinto, en el 146. Al año siguiente, Atalo organizaba con éxito una campaña contra un jefe de tribu tracio, llamado Diegilis, lo que no era para los romanos una ayuda despreciable. Atalo II, que llegó a ser rey a los sesenta y un años de edad, murió en el 138, a los ochenta y dos, dejando el trono a su sobrino, Atalo III, hijo de Eumenes.

Atalo III es un personaje extraño, sobre el que muy pronto corrieron miles de leyendas. A su subida al trono tenía unos veinticuatro años [232], y no reinó más que cinco. Se dice que comenzó su reinado haciendo asesinar a un gran número de dignatarios, e incluso de parientes; después de esto, con el espíritu trastornado, parece que se encerró en su palacio [233], consagrando todo su tiempo al cultivo de plantas medicinales, sobre todo de las que contienen veneno. Se dice también que incluso se dedicó a experiencias con los condenados a muerte, ensayando venenos y contravenenos. En realidad, parece que se interesó por las investigaciones acerca del valor curativo de drogas, vegetales y animales. Se citaban elogiosamente sus trabajos de arboricultura y sus obras sobre los animales [234]. Pero

todo esto impresionaba la imaginación popular, que le hacía pasar por un rey brujo.

Es fácil comprender que tal príncipe fuese poco inclinado a ejercer las funciones del poder y experimentase, en el fondo de sí mismo, un cierto escepticismo político, cuya expresión sería el singular testamento mediante el cual legó su Reino a los romanos. La verdad es que nosotros conocemos demasiado mal la situación real del Asia Menor y de Pérgamo en aquella época, para que las razones de su acto nos resulten totalmente claras. Dificultades dinásticas (como lo demostró la sublevación de Aristónico, que estalló tras la muerte del rey), amenazas exteriores (que nosotros, en realidad, no percibimos claramente), convicción de que Roma era la única potencia que merecía ejercer el poder en un mundo que, sin ella, estaría condenado a la anarquía y a las matanzas perpetuas: todo esto pudo haber contribuido a su decisión. Jurídicamente, aquel testamento era válido y conforme con el carácter de la realeza helenística[235]. El rey es el mayor propietario *privado* del Reino; como tal, puede disponer de sus bienes, y Atalo legó al pueblo romano lo que le pertenecía. En cuanto a las ciudades, el testamento preveía que se convertirían en «libres», como las otras ciudades que, en Grecia y en Asia, gozaban de tal estatuto[236]. Atalo parecía prever que las monarquías tradicionales salidas de la desmembración del Imperio de Alejandro estaban condenadas y debían ser sustituidas por una forma de federación más flexible y más estable: precisamente, la que Roma comenzaba a aportar al mundo. En este sentido —quizá por azar, quizá conscientemente—, el testamento de Atalo se anticipa a la historia y prepara el porvenir.

§ 2. *Egipto.* De tal descomposición de los reinos, Atalo podía encontrar un ejemplo en Egipto. Tras la guerra victoriosa llevada a cabo por Antíoco, dos hermanos se repartían allí el poder[237]: Ptolomeo Filométor y su hermano menor, Ptolomeo Evérgetes («el Bienhechor», pero llamado por sus súbditos «Physcon», «el Gordo»). Esto no había durado mucho tiempo. En el 164, una sublevación había arrojado de Alejandría a Filométor. El arbitraje de Roma impuso entonces otra forma de reparto: Filométor recibió Egipto y Chipre, y Evérgetes, la Cirenaica. Dos años después, Chipre fue añadida a la parte de Evérgetes. Filométor no aceptó aquella decisión, se opuso a ella con las armas y llegó incluso a hacer prisionero a Evérgetes, perdonándole la vida y dejándole también la Cirenaica.

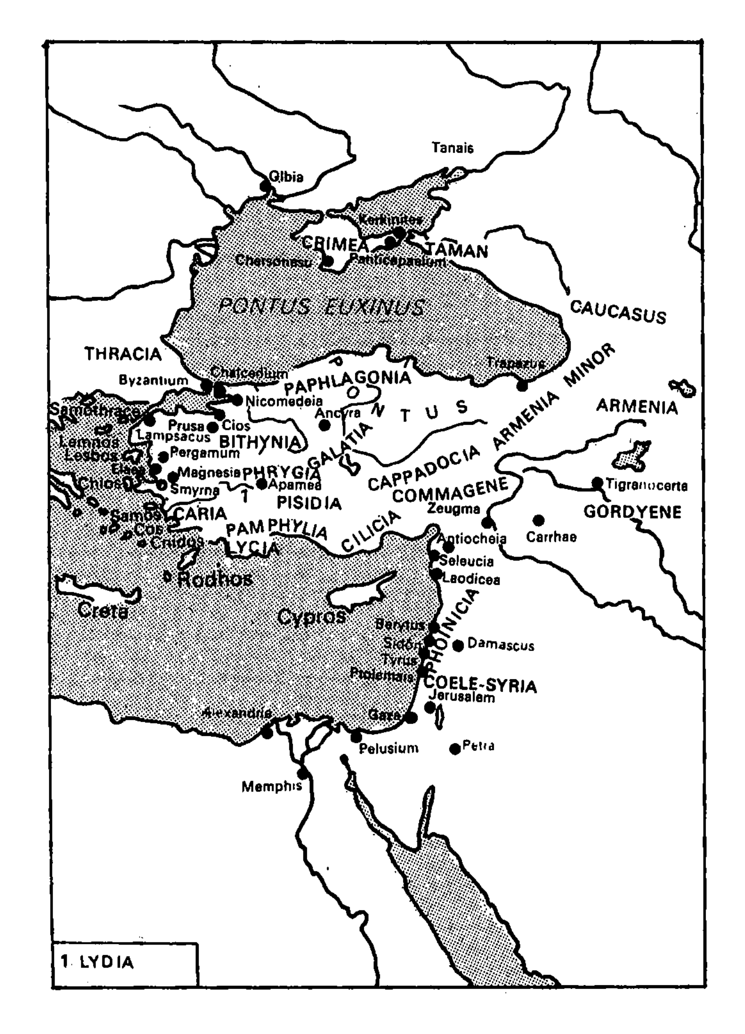


Fig. 2. El Oriente Próximo

En Roma, cada rey tenía sus partidarios. Catón defendía a Filométor; es difícil creer que lo hiciese por dinero. No ocurría lo mismo con los partidarios de Evérgetes, que era un tirano aborrecido y despreciado. Tenemos el testamento que redactó en el 153, mediante el cual dejaba a Roma la Cirenaica si moría sin descendencia[238], pero tal testamento no se aplicó jamás. En su fecha, poco tiempo antes de la tercera guerra púnica, no carecía de significación, y, en todo caso, probablemente sirvió de modelo al de Atalo III, 20 años después.

Filométor, en el 147, aprovechó los trastornos que desgarraban el reino de los Seléucidas para invadir Siria y recuperar las provincias perdidas. Se nos dice que habría podido ceñir la corona en Antioquía y reunir los dos reinos, si no hubiera temido la cólera de Roma. No tardó en morir, herido durante un combate, lo que puso fin a la conquista de la Celesiria. Evérgetes, convertido en único rey, se apoderó de Alejandría y reinó en ella hasta el año 116, en que murió. Reinado perturbado por las mil vicisitudes, revueltas y atrocidades cometidas por el rey en su propia familia. En un momento, incluso, expulsado por su propia mujer, Cleopatra II, él se refugió en Chipre, pero, en el 129, estaba de nuevo en Alejandría.

§ 3. *El Reino de los Seléucidas.* La suerte de los Seléucidas no era más envidiable que la de los Ptolomeos. Tras la muerte de Antíoco IV, en el 164, el Reino fue adjudicado a su hijo Antíoco V Eupátor, de nueve años de edad. Roma, inquieta por las violaciones de las cláusulas del tratado de Apamea cometidas por el rey anterior, envió una misión de tres senadores como «tutores» del joven príncipe: unos tutores muy singulares, que comenzaron por hacer retirar los elefantes de guerra y por destruir las armas y los navíos reunidos por Antíoco. Se produjo una insurrección, y el jefe de la delegación, Gn. Octavio, fue asesinado (162 a. de C.). Lisias, que ostentaba el título de regente, envió muchas excusas a Roma, y el Senado las aceptó, pero mientras tanto, como por azar, Demetrio, el hijo de Seleuco IV Filopátor, que vivía como rehén en Roma, se evadió y se presentó reivindicando la herencia de su padre. Aquella evasión, facilitada por algunos senadores, ayudada por Polibio[239], era la respuesta de Roma al asesinato de Octavio.

Demetrio fue bien acogido por los sirios; el ejército se unió a él. Lisias y el joven Antíoco V fueron muertos, pero las otras provincias resistieron, especialmente Babilonia que, bajo la di-

rección de Timarco (hermano de Heraclides, el ministro de Antíoco IV), se sublevó. Además, el problema judío volvía a plantearse con acritud. Roma reconoció a Timarco y concertó un tratado de amistad con el Estado judío, el cual, aunque sometido a los Seléucidas, trataba de hacerse independiente [240]. Demetrio no se preocupó por aquellas decisiones romanas, pues sabía que no irían más allá del terreno diplomático; restableció el orden en Jerusalén y sofocó la rebelión de Timarco. Los romanos aceptaron y reconocieron a Demetrio, que tomó el sobrenombre de Sóter (160 a. de C.) [241].

Pero los éxitos de Demetrio suscitaron contra él las intrigas de Pérgamo y las de Egipto. Atalo II lanzó contra él al rey de Capadocia, Ariarates IV [242], mientras el populacho de Antioquía —trabajado, quizá, por agentes extranjeros— se hacía cada vez más hostil a Demetrio, que, por su parte, se encerraba en la soledad, se rodeaba de filósofos y se entregaba a sangrientas represiones contra sus adversarios [243]. Por último, Atalo II levantó contra él a un pretendiente, un tal Balas, notable por su parecido con Antíoco IV [244]. Heraclides,, que vivía en Asia Menor, se declaró a favor de Balas y le llevó a Roma, donde el Senado reconoció oficiamente al joven impostor con el nombre de Alejandro (finales del año 153) [245]. Pocos meses después, Balas, de regreso en Siria, reunía a su alrededor a Palestina, y Ptolomeo Filométor ponía a su disposición un cuerpo expedicionario. Una sublevación en Antioquía acabó de derrocar a Demetrio, que pereció combatiendo, en el verano del 150 [246]. Alejandro Balas ciñó la corona de los Seléucidas.

Balas, hechura de Atalo y de Ptolomeo, se casó, a fines del 150, con Cleopatra *Thea,* hija de Filométor, y comenzó un reinado de molicie y libertinaje. Pero, a principios del 147, un hijo de Demetrio Sóter, llamado también Demetrio, desembarcó en Siria con mercenarios cretenses y amenazó a Antioquía. Balas acudió en socorro de la ciudad, mientras Filométor penetraba en Siria, con el pretexto de ayudarle; pero, de pronto, tras haber ocupado las ciudades, Filométor se declaró en contra de Balas, reconoció a Demetrio II y le dio la mano de Cleopatra, que estaba con él. La batalla decisiva dio la victoria a Demetrio y a Filométor, pero éste murió, a consecuencia de las heridas recibidas, a comienzos del verano del 145 [249]. Una vez más Egipto tuvo que evacuar la Celesiria.

Demetrio, aunque reunió de nuevo la herencia de los Seléucidas (durante algunos meses), no supo ganarse el afecto de los sirios, que se sublevaron y, dirigidos por un soldado llamado Diódoto, oriundo de Apamea, reconocieron como rey a un hijo

de Alejandro Balas con el nombre de Antíoco VI. Diódoto fue regente del joven príncipe (con el nombre de Trifón), y, en el 142, le hizo asesinar y ciñó la corona. El país estaba dividido en dos. Y, como los partos, aprovechándose de la situación, habían invadido Babilonia y ocupado la Seleucia del Tigris, Demetrio, después de haber rechazado al invasor, fue hecho prisionero durante la persecución por el rey Mitrídates I [248]. Parecía que Trifón reunificaría el Reino, pero el hermano de Demetrio, Antíoco, entró en Siria, y, con el nombre de Antíoco VII Evérgetes (llamado Sidetes), puso fin a su usurpación y comenzó a reducir el separatismo judío, que había hecho muy grandes progresos (Judea se había hecho oficialmente independiente bajo Demetrio II). Fue necesario un año de asedio para tomar Jerusalén; después, el rey se dirigió hacia Mesopotamia, pero, en el 129, murió allí en el curso de un choque contra los partos [249]. Era, prácticamente, el final de la dinastía. Demetrio II fue entonces liberado por los partos, ciertamente, pero se mostró incapaz de proseguir e incluso de mantener la obra de su hermano. Las ciudades, las poblaciones, se hicieron independientes de la autoridad real; por casi todas partes surgieron pretendientes; el helenismo está en retirada en toda aquella parte de Oriente. En el momento en que, con la transformación del Reino de Pérgamo en la provincia de Asia, Roma se instala en el Asia Menor, está perfectamente claro que muy pronto tendrá que intervenir en lo que había sido dominio de los Seléucidas.

Cabe preguntarse si, durante aquel período, Roma tuvo respecto al mundo oriental una política coherente. Pero hay que señalar, inmediatamente, que aquella política, si existió, fue elaborada en el Senado; el «pueblo romano» no intervino para nada en ella. Los tratados de amistad (como los que en varias ocasiones se concertaron con el joven Estado judío) no comprometen al pueblo; dependen de las disposiciones, a veces pasajeras, acordadas por el Senado en un momento dado. El sistema de las embajadas, de las misiones de información, es empleado normalmente, y los senadores que forman parte de ellas suelen imponer sus soluciones. Por esta razón se elige a los de mayor influencia y a los más prudentes. La idea predominante parece ser la preocupación de asegurar la paz, la de evitar el retorno de las coaliciones del pasado. Los Padres parecen consejeros. Intervienen discretamente cerca de los reyes y de las ciudades (al menos, muy frecuentemente), pero su intervención es decisiva, sin que tengan que hacer uso de la fuerza [250]. Las medidas de detalle adoptadas en este marco, bastante impreciso, de las «legaciones» no siempre son claras. ¿Trataron los *legati* de favorecer el comer-

cio de los *itali*, o intentaron establecer relaciones con las poblaciones marginales o mal sometidas del interior de los reinos (como los gálatas y los judíos)? Quizá lo hayan hecho algunos comisarios, pero con propósitos simplemente personales. En todo caso, en aquellos enviados senatoriales se advierte la tendencia a hablar directamente a las ciudades y a las poblaciones, marginando a los reyes, pues consideraban la monarquía como una forma política inferior, transitoria, peligrosa para la libertad y la seguridad de los pueblos. Así preparan, pero en la realidad, y por una especie de instinto político, más que en virtud de un cálculo consciente, la futura integración de los pueblos en el *imperium romanum*. Al mismo tiempo, se realizan las condiciones que permitirán la transformación de los reinos en provincias. Los más altos personajes de la República adquieren, durante aquellas legaciones, el conocimiento de los recursos y de la geografía de los países lejanos. Sus ambiciones se despiertan, y los consejeros, más o menos discretos, de hoy se convertirán mañana en los omnipotentes gobernadores, que sustituirán a los reyes.

V. LA CONQUISTA DEL OCCIDENTE

Mientras se prepara así la dominación de Roma sobre los viejos reinos de Oriente, en Occidente prosiguen activamente los avances de la romanización. El mismo período está caracterizado por la creación de varias provincias: primero, las de España, y después, tras el fin de Cartago, la de Africa. Como en Oriente, también aquí es difícil hablar de un imperialismo consciente. Más bien, parece que el origen de los progresos realizados en cada momento haya sido el deseo de asegurar las ventajas adquiridas. Los intereses materiales desempeñaron, sin duda, su papel: si España no hubiera sido tan rica en minas y en canteras, y si la agricultura, en Cartago, no hubiese sido tan próspera, tal vez Roma no habría puesto tanto interés en pacificar la península ibérica y Africa, pero el interés mercantil no fue el móvil principal de los romanos en esta doble aventura. Roma no es, como Cartago, una república de mercaderes. Los *negotiatores* preceden y acompañan a las legiones, son los auxiliares de la conquista, pero no son, en la mayoría de las ocasiones, más que aliados, no romanos, y si mantienen relaciones con algunos senadores,

buen número de Padres se opone a que la conquista se reduzca a una explotación económica del mundo. En el asunto de Rodas, Catón había acabado venciendo [251].

a) La pacificación de la Italia del Norte

Tras la derrota de Aníbal en Zama, la situación política creada en Occidente era bastante confusa. Roma tiene la preeminencia, pero su autoridad está lejos de ser reconocida en todas partes, incluso en el territorio italiano. Especialmente, los galos y los ligures (establecidos, los primeros, en la llanura de Po, y los segundos, en la vertiente tirrena de los Apeninos, entre la base de los Alpes y los confines del país etrusco) tuvieron que ser reducidos a costa de largas campañas.

Las operaciones contra los celtas duraron unos veinte años. En ellas intervinieron ejércitos consulares o pretorianos, a partir de las colonias latinas fundadas en vísperas de la guerra púnica, que había interrumpido los esfuerzos de pacificación: Cremona, en el 218, en la orilla izquierda del Po (cerca de la confluencia del Adua), y Placencia, en el 219, en la orilla derecha, en la confluencia del Trebia. La base lejana sigue siendo *Ariminum* (Rímini), instalada por Roma en la cúspide del triángulo que forma la llanura del Po, entre los Apeninos y el mar [252]. Poco a poco, las funciones se multiplican y aseguran más sólidamente la ocupación del país. En el 189, Flesina, la capital de los galos boyos, donde los elementos celtas se habían superpuesto a los vilanovianos etrusquizados [253], se convertía en colonia romana, con el nombre de *Bononia* (hoy Bolonia), y nuevas aportaciones de colonos acrecentaban las fuerzas de Cremona y de Placencia, mientras que, algunos años después, en el 183, se fundaban *Mutina* (Módena) y Parma [254]. Aquellas ciudades eran otros tantos jalones a lo largo de la *Via Aemilia,* la ruta estratégica establecida en el 187 por el cónsul M. Emilio Lépido, una ancha calzada rectilínea que unía a Arímino con Placencia y que luego se prolongaría hasta *Mediolanum Insubrium* (Milán) y Como, donde los ejércitos romanos habían penetrado por primera vez en el 190.

La pacificación de Liguria iba a la par con la de la Galia Cisalpina. Los ligures, «bárbaros» expertos en las emboscadas, que habitaban un país de montañas con refugios inaccesibles, poblaciones saqueadoras y miserables, amenazaban con sus incursiones las ricas ciudades romanizadas de Etruria, y, ahora, las colonias de la Cisalpina. Pero allí el terreno no se prestaba tan fácilmen-

te como en la llanura del Po a la ocupación militar y al establecimiento de rutas estratégicas. Parecía que la lucha no tendría fin. Así, hubo que recurrir a medidas extremas y proceder a traslados de la población[255]. Entonces fue posible fundar las colonias de Luca (en el 180, la última cronológicamente de las colonias de derecho latino) y de Luna (177). Por último, una ruta establecida en el 154, a través de los Apeninos, desde Génova a Placencia, la más septentrional de las transversales, materializa una importante etapa de la pacificación. Esta ruta, llevada hasta Aquilea, la colonia fundada, en el 181, en las fuentes del Timavo, en la cúspide nordeste del triángulo formado por la llanura del Po, simbolizaba, dentro de la paz romana, la unidad introducida en una península separada por la espina dorsal de los Apeninos. Durante siglos, y todavía en tiempos de Augusto, Aquilea estaba destinada a constituir la centinela avanzada de Italia, cerrojo puesto al desfiladero de los valles alpestres, en la región en que el *imperium romanum* limitaba con los bárbaros ilirios y con todos los que vivían en las fronteras del mundo helénico.

b) Los asuntos de España

Si la pacificación de Italia hasta los límites naturales de la península estaba impuesta por las necesidades de la geografía, la conquista de España fue una consecuencia directa de la segunda guerra púnica. El Senado había llevado allí la guerra para golpear en su propia base el poderío bárcida[256]. Allí fue donde Escipión había alcanzado las primeras grandes victorias de la guerra. Y, tras aquellos éxitos, que habían preparado la liberación de Italia, el Senado nunca había pensado en evacuar lo que ocupaba. Después de Ilipa, los cartagineses habían sido prácticamente expulsados de España, pero el país recibió gobernadores romanos[257], que dispusieron de un ejército en el que los elementos legionarios fueron siendo progresivamente reforzados y, a veces, casi totalmente sustituidos por auxiliares indígenas. Pero, como señala Tito Livio, «España, más aún que Italia y que ningún otro país del mundo, se prestaba a sostener la guerra, tanto por la naturaleza del terreno como por la de los indígenas. Así, aquella España, la primera de las provincias de tierra firme en que entraron los romanos, fue también la última en ser pacificada, bajo el mando y los auspicios de César Augusto»[258]. ¿Cuáles eran, pues, los pueblos de España que resistieron frente a Roma durante casi dos siglos, y que después acogieron tan ávi-

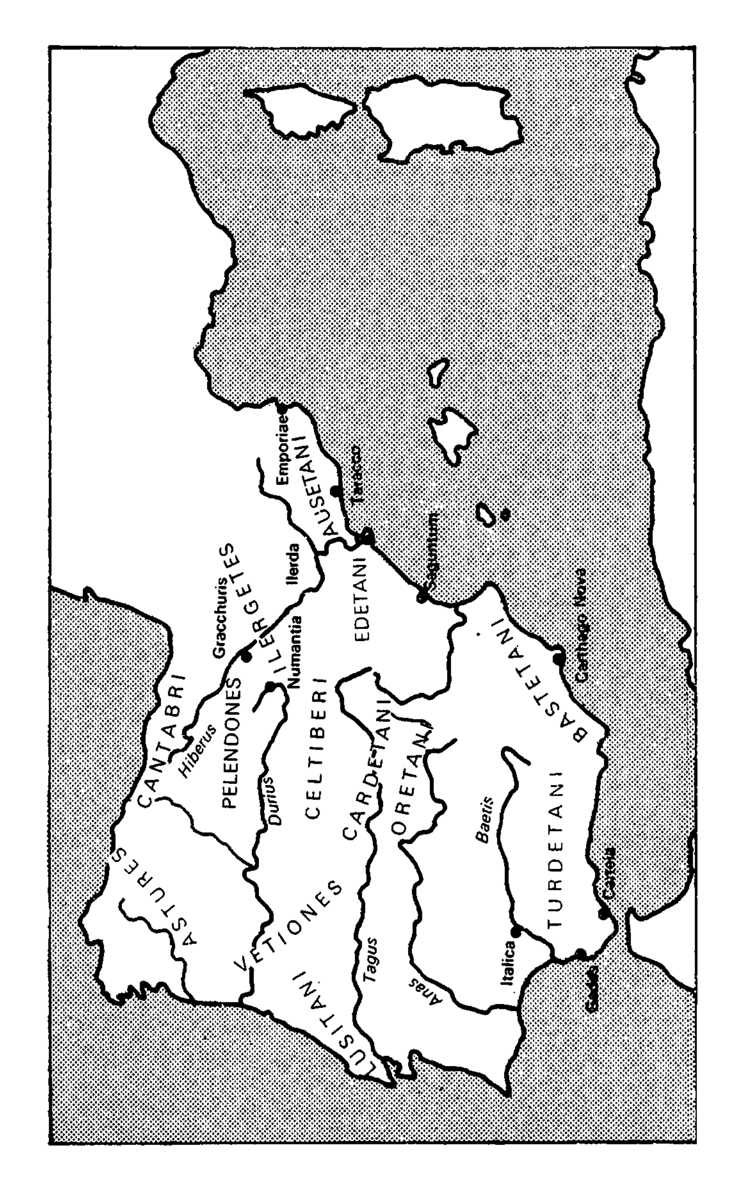


Fig. 3. La península ibérica

damente la civilización romana, hasta el punto de que tal vez sólo la Galia ha sufrido su impronta de un modo comparable? [259].

a) España antes de los romanos

Los problemas planteados por el primer poblamiento de la península ibérica no pertenecen a la historia, sino a la prehistoria, y las sombras de ésta se extienden casi hasta la víspera de la colonización [260].

§ 1. *El reino de Tarteso.* España estuvo siempre abierta por todas partes a las corrientes de poblamiento (no nos atrevemos a decir a las migraciones, pues se desplazaban lentamente) que llegaban, unas, desde Africa, a través del estrecho de Gibraltar; otras, a través de los Pirineos; otras que llegaban del Oeste o del Norte y desembarcaban en las costas atlánticas, y otras, en fin, procedentes del Mediterráneo oriental o de países más próximos, que penetraban por las costas del Levante. Las primeras informaciones que las fuentes escritas nos dan acerca de las poblaciones españolas hablan de un Reino maravilloso, el país de Tarteso, que parece haber impresionado vivamente la imaginación de los viajeros. Este Reino se extendía por el territorio de la actual Andalucía [261]. Su capital estaba situada en las mismas bocas del río Guadalquivir [262], y allí fue a donde los navíos tirios, franqueando el estrecho de Gibraltar, llegaron a buscar los metales preciosos por encargo del rey Salomón [263]. ¿Quiénes eran aquellos tartesios, establecidos en aquella región a finales del segundo milenio a. de C.? ¿Unos invasores llegados del Este, o una población indígena madurada desde la prehistoria? Estrabón asegura que poseían crónicas de 6.000 años de antigüedad [264], poemas y un código de leyes redactadas en verso. Naturalmente, con este reino se relacionaban las tradiciones míticas referentes a Heracles. Gerión, de cuyos rebaños tuvo que apoderarse el héroe, había sido un rey de Tarteso [265]. Se dice que aquel reino fue dominado por los tirios tras una batalla naval de la que nos habla Estrabón [266]. Una profecía de Isaías (realmente muy oscura) [267] permite suponer que la dominación tiria sobre Tarteso experimentó un eclipse a finales del siglo VII. Tarteso vivió entonces su período más próspero, y fue con sus reyes con quienes entraron en relación los navegantes griegos que se habían apoderado de las rutas que habían quedado libres por la decadencia de Tiro [268]. Pero a finales del mismo siglo, los cartagineses, que habían sustituido a los helenos en los mares del Occidente, pusieron fin al poderío del Reino.

Probablemente es arriesgado identificar a Tarteso con uno de los aspectos culturales comprobados en la España prehistórica, por ejemplo el que se define por los vasos campaniformes y (¿al mismo tiempo?) por los megalitos[269]. En fin de cuentas, la solución más verosímil consiste en considerar el reino de Tarteso como el representante, privilegiado en el aspecto histórico por haber tenido como testigos a los navegantes orientales, de la civilización típicamente hispánica que surge a comienzos de la Edad del Bronce y que no se limita, en absoluto, a las bocas del Guadalquivir, sino que se encuentra, con variantes, en todas las regiones de la península.

§ 2. *Los iberos.* Se puede suponer que esta civilización de Tarteso es una ramificación de lo que los antiguos llaman el mundo de los iberos. Los historiadores griegos[270] dan, desde el siglo VI, este nombre a las poblaciones indígenas establecidas en la costa mediterránea de España. Durante mucho tiempo, los modernos han considerado que se trataba de una «raza» afromediterránea, extendida en una época muy antigua por toda la cuenca occidental del Mediterráneo[271]. Hoy, los historiadores de España se inclinan a pensar que la civilización ibérica se formó en la misma España, en el seno de diversos elementos raciales, procedentes un poco de todas partes, a lo largo de milenios[272]. Una vez admitida esta hipótesis, se atribuirá al mundo ibérico la civilización descubierta por las investigaciones arqueológicas en el sur y en el este de la península, civilización que parece probar claramente una constante evolución desde la Edad del Bronce hasta la conquista romana, según iban incorporándose las influencias exteriores: colonización griega y focense, colonización cartaginesa, aportes célticos procedentes del Norte y de la meseta que ocupa el centro de España.

El tono propiamente «ibérico» se sitúa en el valle del Guadalquivir y en la llanura costera oriental, desde Gibraltar a los Pirineos, y aun más allá, hasta el Rosellón. Fuera de esta zona, y especialmente en el alto valle del Ebro, la presencia ibérica es difícil de percibir, porque los aportes célticos tendieron a ocultarla, superponiéndose a ella. Pero lo cierto es que, entre el mundo ibérico, existía una región de civilización mixta, donde el flujo y reflujo de las influencias creó una situación extremadamente compleja. Ahí es donde encontraremos las poblaciones que los antiguos llamaron «celtiberas».

Entre los pueblos iberos nombrados por nuestras fuentes y que existían en el momento de la conquista romana se distinguen: los turdetanos y sus vecinos y próximos parientes, los túr-

dulos, en la cuenca media e inferior del Guadalquivir; en la costa meridional, entre el estrecho de Gibraltar y Alicante, se sitúan los mastienos, a menudo identificados (¿con razón o sin ella?) con los bastitanos, cuyo nombre no aparece hasta después. En la costa oriental están los *gimnesii* (o gimnetes), entre el Segura y el Júcar, y también en la isla de Ibiza. Al norte del Júcar, los edetanos, que parecen haber ocupado, en la época histórica, un vasto territorio que se extendía hasta el Ebro, quizá sobrepasándolo, y, en el interior, hasta Zaragoza. Al norte del río, la situación es menos clara. Dos grandes pueblos desempeñan un importante papel en esta región en el momento de la segunda guerra púnica: los ilergetes del interior y los indicetes, que fueron, durante mucho tiempo, los vecinos de los colonos griegos de *Empuriae* (Ampurias). Según se penetra en el interior, las unidades políticas se multiplican cada vez más y se adelgazan, de modo que cada valle de los Pirineos solía estar ocupado por un pueblo solo.

No sabemos con exactitud cuál era la organización social de los iberos. No se percibe huella alguna de instituciones federales. En el Sur, parece haber persistido, durante mucho tiempo, la monarquía, continuando las tradiciones de Tarteso. Es posible que los cartagineses contribuyeran a mantener aquel régimen, que resultaba más práctico para el ocupante extranjero. Pero nosotros comprobamos también, y cada vez más, a medida que se sube hacia el Norte, una tendencia a sustituir el poder real por el de «senados» locales.

Los iberos del Sur fueron los primeros en tener ciudades dignas de este nombre. Los del Este y los del Norte se contentaban con lugares de refugio, donde el «habitat» regular era excepcional. De aquellas ciudades quedan todavía numerosos recintos fortificados, construidos con enormes piedras, tan pronto utilizadas en masas regulares como en disposiciones «ciclópeas» irregulares, sin que pueda saberse si existe una relación cronológica constante entre las dos técnicas. Al tipo ciclópeo pertenecen los recintos de Tarragona, de Gerona, de Sagunto, etc. Entre los recintos de masas regulares conviene citar el de Olérdola (provincia de Barcelona).

En algunos sitios aparece la disposición interior de la ciudad. Es extremadamente primitiva. Las casas no son más que cabañas rectagulares, que probablemente estaban recubiertas de paja o de juncos, y las calles siguen los movimientos del terreno, adoptando, por lo general, la línea de mayor pendiente. La cumbre de la colina, allanada de un modo basto, queda libre de construcciones y en ella se sitúa el eje del «habitat»[27]. Todas aquellas ciudades se levantan sobre alturas.

Otro rasgo característico del paisaje en las regiones ibéricas era el gran número de torres, como señalan los historiadores romanos [274]. En la época de que tenemos noticia (desde el siglo III a. de C.), sirven para proteger las ricas campiñas costeras contra las incursiones de los «bandidos» que bajaban de la montaña. A veces, un pueblo se apiña al abrigo de esta pequeña fortaleza, tal como vemos en la *Turris Luscutana* (cerca de Cádiz), que una inscripción de Emilio Paulo nos permite conocer [275].

Los descubrimientos arqueológicos nos han facilitado, en lo que se refiere al sector ibero, un gran número de obras de arte que prueban la existencia, sobre todo en la escultura y en la cerámica, de tradiciones indígenas especialmente vivas [276]. La escultura está representada por exvotos de bronce, de piedra y de terracota. La mayoría de los bronces proceden de la provincia de Jaén y de la región de Murcia. Son estatuillas fundidas «a cera perdida» que no suelen exceder de uno o dos decímetros. Algunas no son más que esbozos, muy sumarios, de una figura humana, pero merecen, desde luego, el nombre de obras de arte. En ellas encontramos hoy como una galería de los tipos humanos indígenas: guerreros a pie o a caballo, con sus armas (casco, escudo redondo, la *castra,* la espada, la lanza) y su equipo, especialmente el *sagum,* que se enrollaba formando con él un «embutido» dispuesto en aspa sobre el hombro derecho. Pero hay también tipos corrientes, vestidos con su túnica corta o, a veces, con un manto que protege las espaldas y baja hasta medio cuerpo. Las figuras femeninas son extremadamente numerosas. Al igual que los figurines masculinos, están presentadas en posición orante, tan pronto totalmente desnudas como (más frecuentemente) vestidas con una pieza de tela que rodea el cuerpo en toda su longitud y cae hasta los tobillos. Algunas tienen la cabeza cubierta por un velo, verdadera mantilla que ciñe la frente como una diadema y cae detrás del cuello y luego sobre las espaldas. Pero existen también otros vestidos, más complicados, como esas piezas con la espalda y el escote «en punta», con «medias-mangas», que proceden de Santa Elena, o esas grandes capas ribeteadas por una banda de tela adornada, que envuelven, a la vez, la cabeza y el cuerpo entero.

Las estatuas de terracota y de piedra proceden de sitios donde los yacimientos naturales no ofrecían el cobre en abundancia. Algunas de estas estatuas son muy célebres, como las procedentes del *Cerro de los Santos* (Albacete), zona especialmente rica en estatuillas femeninas, algunas de las cuales se hallan curiosamente envueltas por un ancho manto y la cabeza coronada por un capuchón cónico de aspecto monacal. Estas series nos encaminan

progresivamente hacia la famosa *Dama de Elche,* busto de una princesa de complejo tocado, con rasgos de una gran elegancia, de expresión hierática, que sobresale entre otras estatuas procedentes del mismo sitio. Pero en estas obras se reflejan, mucho más evidentemente que en los bronces, que por su factura popular conservan un carácter arcaico, las influencias de los modelos extranjeros, griegos y quizá romanos [277]. La cronología de este arte se halla envuelta todavía en la mayor oscuridad, pero es indudable que las tradiciones de las cuales ha surgido se remontan a una época muy anterior a la conquista romana e incluso a la ocupación cartaginesa.

Las cosas no están mucho más claras en lo que se refiere a la cerámica, muy original también y rica en escenas y decoraciones muy vivas y variadas [278]. Esta cerámica, cuyos orígenes tienen sus raíces en plena prehistoria, ofrece series en las que se puede seguir la evolución del decorado desde un estilo puramente geométrico, pintado o grabado, hasta composiciones más amplias, de intención narrativa, consagradas a escenas de guerra, de fiesta, de caza o de recolección. En ellas se encuentra también la primera representación de una corrida de toros. Las imágenes de animales aparecen desde muy temprano (en la medida en que puede asignarse una cronología cualquiera a estas obras salidas de los talleres donde se perpetuaban las tradiciones ancestrales): pájaros, animales a los que se caza (jabalíes, cérvidos), o a los que se domestica (caballos y toros). El estilo de los personajes evoca a menudo los del arte cretense o del micénico, pero también las siluetas de las pinturas saharianas —sin que haya de sacarse de tales coincidencias la idea de filiaciones imposibles en el tiempo y en el espacio—.

Con bastante frecuencia, en algunas de estas cerámicas (en las que se descubre la influencia de obras griegas o de la Campania, incluso etruscas) se leen inscripciones en lengua «ibera». El alfabeto de estas inscripciones puede hoy descifrarse bastante bien [279], sobre todo con la ayuda de las monedas iberas, numerosas y bien clasificadas, y también gracias a las aportaciones de algunos descubrimientos preciosos, como el de trozos de plomo inscritos, pero desgraciadamente no por eso es menos imposible de comprender la o las lenguas para cuya escritura se utilizaba. Este alfabeto, muy complejo, presenta caracteres arcaicos y parece, desde luego, que sus orígenes son múltiples. Une, en efecto, signos silábicos con otros que representan simples sonidos. Además, este alfabeto ha evolucionado y se presenta diferenciado, según las regiones.

En cuanto a la lengua a que corresponden estas inscripciones, no puede todavía precisarse su naturaleza ni el grupo lingüístico a que pertenece. Desde luego, es tentador relacionar este problema con el de la lengua vasca, pero también aquí es indefendible cualquier hipótesis simplista. Es posible que el vasco tenga algún parentesco con las lenguas y dialectos iberos, pero ¿cómo determinar la parte, *a priori,* de las influencias y de las innumerables aportaciones que han podido venir a enmascarar este parentesco?

§ 3. *Los celtas.* Mientras la civilización de los iberos se ha desarrollado en el sur y en el este de la península, el norte, el centro y el oeste han sido, desde muy pronto, «celtizados», sin que estén totalmente claras las condiciones en que se produjeron las invasiones de los pueblos celtas. Es posible seguir su progresión, de un modo aproximado, gracias a los vestigios arqueológicos, pero la interpretación de estos datos es muy delicada. Se puede admitir que, desde finales de la Edad del Bronce, se produjeron infiltraciones procedentes del Norte. Después, se sucedieron varias olas de invasión, a medida que la presión de los germanos obligaba a las tribus celtas instaladas en las regiones renanas a buscar otra patria. Después de los «protoceltas», que habrían hecho su aparición a comienzos del I milenio, habría llegado, en el curso del siglo VII, un primer grupo representado principalmente por los pelendones a los que luego se encuentra en zona celtibera, en el alto valle del Duero [280]. Con ellos, habrían entrado los *cempsi,* los cimbrios, los eburones. Y hacia finales del siglo llegan los turones, los lemovices y los sefes de los que otras ramas se instalaron en la Galia. El último aporte céltico fue el de los belgas, nervienses y tongrienses [281]. Finalmente, toda la parte norte, noroeste, oeste y la meseta central de la península se encontraron «celtizadas».

La vida social de estas poblaciones, a las que la conquista romana encontró en fase de expansión, parece haber sido bastante similar a la que conocemos en otras partes del mundo celta, entre los galos, por ejemplo. Así, conocían la clientela [282], que tan importante papel desempeñó en la Galia. En la época en que nosotros las encontramos, aquellas poblaciones han renunciado a la monarquía. Al parecer, el poder pertenece a unas asambleas populares, por lo menos en las circunstancias graves. Es posible que en tiempos normales los asuntos fuesen tratados por un consejo de ancianos. Pero en el caso de una crisis, se recurría a unos jefes elegidos con carácter temporal. Puede deducirse (aunque no muy claramente, desde luego, y los historiadores

modernos tienden a rechazar estos hechos como leyendas) que los mujeres conservan algún vestigio del papel político que parece haberles correspondido en las más antiguas sociedades celtas antes de las grandes migraciones[283].

Estas tribus celtas, agrupadas en entidades políticas para nosotros bastante vagas, pero que parecen, desde luego, haber sobrepasado el simple marco gentilicio, vivían, en la mayoría de los casos, de la cría del ganado, tal como se practica todavía en los pueblos españoles de la montaña. El cultivo de los cereales se había desarrollado en todos los casos en que las condiciones del sol y del clima lo permitían. El hecho de que las migraciones célticas se produjesen en el tiempo en que florecía la civilización de Hallstatt[284] y no pudieran beneficiarse de la evolución que se realiza durante el período de La Tène explica el carácter arcaico conservado por estas poblaciones en el arte y también quizás en la sociedad, así como la tendencia muy clara a la diferenciación que se registra según las regiones de la península. Esto explica también que el substrato indígena encontrado por los inmigrantes celtas haya podido ejercer sobre ellos una innegable influencia, contribuyendo también a exagerar el carácter regionalista de las civilizaciones resultantes. Recuérdense los «castros» de Galicia y de Portugal, esos pueblos fortificados, establecidos en la cumbre de las montañas, en los que un recinto bastante informe (sigue la configuración del terreno) protege unas cabañas redondas o, en algunas zonas, rectangulares, hacinadas sin plan alguno[285]. Estos *oppida* estuvieron ocupados por elementos celtas, como se demuestra por diversos descubrimientos, pero siguen también, sin duda, tradiciones muy anteriores a la llegada de los celtas. En todo caso, fueron estas poblaciones de la montaña las que prosiguieron hasta los últimos límites de sus fuerzas la lucha contra los romanos —así, los cántabros, que fueron reducidos por el propio Augusto a lo largo de interminables campañas[286].

§ 4. *Los celtiberos.* Sin duda, los celtiberos, que libraron los más terribles combates contra Roma en el curso del s. II, no son más que el producto de ese mestizaje cultural entre las poblaciones indígenas de tradición ibérica y los inmigrantes celtas. Su nombre no aparece, por primera vez, hasta un texto de Tito Livio relatando acontecimientos del 218[287]. El territorio que se les asignó sigue siendo, en detalle, bastante impreciso. Estaba situado en la cuenca superior del Tajo y del *Anas* (Guadiana) o el *Sucro* (Júcar). El nombre de celtibero parece haber designado un conjunto de tribus, entre ellas los más antiguos inmi-

grantes celtas de la península, los pelendones, luego los arévacos, los usones, los *belli* y los tittos[288]. Los lazos existentes entre estos pueblos parecen haber sido bastante vagos. Unos eran clientes de los otros, como los *belli* en relación con los arévacos. Puede pensarse, pues, en una confederación cuyos distintos miembros no se hallaban en el plano de igualdad.

El lugar excepcional ocupado por los celtíberos en la historia de España prerromana procede de su encarnizada lucha contra el invasor, lucha que culminó en el cerco de Numancia. Pero este papel heroico no habría sido posible, ciertamente, si los celtíberos no hubieran gozado de una cierta prosperidad económica. Vastas zonas montañosas permitían la trashumancia de los rebaños; en los valles, unas tierras buenas les abastecían de cereales; los bosques, entonces numerosos, influían favorablemente en el clima y alimentaban la caza mayor a la que los celtíberos gustaban dedicarse. País de cazadores, de pastores, de jinetes (la cría de caballos era allí un honor), la Celtiberia era famosa por sus guerreros, y los jóvenes tenían la costumbre de expatriarse para servir como mercenarios —lo que recuerda las costumbres de los gálatas, en el otro extremo del mundo mediterráneo.

En este país, los pueblos eran muy numerosos, y los restos que de ellos quedan permiten suponer que el urbanismo estaba más desarrollado que en el resto de los países «celtizados». La más célebre de estas ciudades, la excavada con el mayor cuidado, es Numancia[289]. Numancia se extiende sobre una colina de mediana elevación, sobre la orilla izquierda del Duero (*Durius*). Las primeras huellas de ocupación del suelo se remontan a la época neolítica, y las más recientes datan de la época romana, porque, tras la destrucción de la ciudad, en el 133 a. de C., se instaló allí una colonia de Augusto. Pero bajo el trazado de las calles romanas hay que buscar los vestigios de la ciudad celtibera. Esta ocupaba una elipse alargada, cuyas calles formaban una red orientada según el eje pequeño y el grande. Además, dos calles concéntricas a la muralla acaban de dividir el suelo en verdaderas *insulae*, bastante regulares, cuyo aspecto permite suponer que en Numancia hubo influencia del urbanismo griego.

Como podía esperarse de aquel pueblo guerrero, en las necrópolis se ha encontrado gran cantidad de armas de todas clases, desde la espada española corta, que los romanos tomaron de los celtiberos, hasta innumerables puntas de lanza y puñales. Los escudos (*caetra*) eran pequeños y redondos. Los guerreros celtiberos utilizaban unas curiosas trompas de barro cocido, curvas y parecidas a las de caza.

β) *Las luchas contra Roma.*

El Senado, desde el 197, consideraba que Roma poseía en la península ibérica dos zonas de influencia distintas: el valle del Ebro, que forma la *Hispania Citerior*, y el del *Betis* (Guadalquivir), que era la *Hispania Ulterior* (o Bética), y asignaba un gobernador a cada una. Esta división en dos provincias se explica por las condiciones de la ocupación, en la que Roma sucedía a Cartago y recogía los cuadros de la colonización cartaginesa; era natural también, en la medida en que subsistían y seguían siendo sensibles las diferencias entre las poblaciones no «celtizadas» del Sur y las otras. De todos modos, la división entre las dos Españas duraría toda la antigüedad, a pesar de la evidente unidad geográfica de la península.

El prestigio personal de Escipión había contribuido mucho a implantar la influencia de Roma en España. Después de él comenzaron las rebeliones. La primera fue en la Bética, hacia el año 200, la del «rey» Culcas[290]; y, algunos años después, el movimiento alcanzó a la España Citerior[291]. El peligro llegó a ser considerado tan grande que, en el 195, se encargó al cónsul del año, M. Porcio Catón, que restableciese la situación[292]. Catón partió de Ampurias, donde los griegos vivían al lado de los indígenas en una paz armada y vigilante y acogieron gustosamente a las fuerzas romanas. A finales del verano, Catón llegó a librar contra los rebeldes una batalla decisiva, mientras algunos triunfos conseguidos en la Bética restablecían la calma en aquella provincia. Pero en aquel momento, el principal peligro eran los celtiberos que, llamados por los otros pueblos, actuaban en calidad de mercenarios. Catón trató de atraérselos, pero las negociaciones no llegaron a su término y, aunque la pacificación alcanzada al final de aquella campaña permitió al cónsul organizar la explotación de las minas de plata y de hierro[293], no podía ser duradera mientras el interior siguiese en manos de pueblos belicosos y celosos de su independencia. Durante toda la primera mitad del siglo II se asiste —hasta donde el estado de nuestras fuentes nos permite colegir— a toda una serie de operaciones militares, en las que las victorias romanas siguen siendo ineficaces. Sólo una política de asimilación y de civilización sistemática podía dar sus frutos, y esto fue lo que intentó el pretor Ti. Sempronio Graco, que fundó una ciudad en el alto valle del Ebro (*Gracchuris* *) y trató de fijar las poblaciones nómadas, cuyo principal recurso era el pillaje. Al mismo

* Hoy, Corella.—N. del T.

tiempo, se escuchaba a los indígenas en sus quejas contra los gobernadores codiciosos o crueles. Pudieron confiar el cuidado de defenderles a cuatro «patronos», senadores eminentes cuya influencia era una garantía[294].

Estas medidas, así como la creciente atracción ejercida sobre los españoles por la civilización romana, no impidieron que en el país celtibero comenzase una nueva guerra, hacia mediados de siglo, en el 154[295]. Sería demasiado largo narrar sus peripecias. Duraría veinte años y terminaría con un episodio dramático y grandioso, que ha dejado un imborrable recuerdo: el cerco de Numancia. Pero antes de enfrentarse con los celtiberos en su último reducto, los romanos habían tenido que luchar contra un pastor lusitano, Viriato, quien, por un momento, encarnó el espíritu de libertad y el nacionalismo indígena. Durante aquella guerra, el honor estuvo frecuentemente del lado de los vencidos, y la traición y la infamia, del lado de Roma o, por lo menos, de algunos de sus magistrados, como el pretor Sr. Sulpicio Galba, que, despreciando la palabra dada, hizo una matanza entre los lusitanos y vendió como esclavos a los supervivientes[296]. Las protestas de Catón nada pudieron contra Galba, cuyo crimen contribuyó, sin embargo, a retrasar el momento de la reconciliación entre Roma y los españoles. Viriato había sido uno de los supervivientes de la matanza, y vengó a los que habían perecido, haciendo insostenible para Roma todo el oeste de España durante cerca de siete años. Murió asesinado por tres de sus amigos que se habían vendido a los romanos[297].

La guerra de Numancia fue el último episodio de aquella larga revuelta. Desde el 143, los generales romanos se sucedían en sus expediciones contra los celtiberos y, especialmente, contra su ciudad de Numancia. Todas aquellas expediciones habían terminado en fracasos, algunos de ellos deshonrosos[298]. Por último, hubo que recurrir al más grande vencedor, Escipión Emiliano, el que había destruido Cartago unos diez años antes. Fue aquélla una expedición de prestigio: el nombre de Escipión atrajo voluntarios y refuerzos procedentes de todas partes. El mundo entero se unía contra los montañeses de Numancia. Lentamente Escipión comenzó el cerco de la ciudad. El bloqueo fue total, y Numancia sucumbió a causa del hambre y también de la epidemia que en ella se declaró. La mayoría de los jefes mataron a los suyos y se suicidaron. Los supervivientes, que no habían tenido el valor de imitarles, fueron vendidos como esclavos, y la ciudad, enteramente destruida. Después de aquella salvaje ejecución, España permaneció en paz hasta el final del siglo.

c) La tercera guerra púnica.

La destrucción de Numancia (en el 133) es posterior en trece años a la de Cartago, que había coincidido, a su vez, con la conquista y el saqueo de Corinto. Roma terminaba la conquista del mundo por medio del terror, y aquellos tres «ejemplos» no podían ser considerados como simples accidentes, pues no eran más que la manifestación, en tres ocasiones, de la misma política: el deseo de poner fin, de una vez para siempre y mediante los procedimientos más brutales, a lo que empezaba a considerarse como una interminable sucesión de guerras. «La guerra que debe ser la última.» Roma está cansada de un esfuerzo militar que dura desde la invasión de Aníbal. Algunos hombres de Estado, sin embargo, consideran que la paz no es un bien sin mezcla. Su posición, personificada para nosotros por Escipión Nasica, ha sido frecuentemente recordada por los historiadores antiguos, y se resume en un debate (real, pero que ha llegado a ser simbólico) entre Nasica y Catón[299]. El segundo trataba, con todas sus fuerzas, de provocar un conflicto entre Roma y Cartago que permitiese aniquilar definitivamente a la vieja enemiga. Cada vez que tomaba la palabra en el Senado, después de dar su opinión acerca del asunto de que se tratase, añadía: «Y creo también que hay que destruir Cartago». El primero, cuyo crédito no era menor entre los Padres, respondía que los romanos, desaparecido el peligro cartaginés, se abandonarían al lujo y a la molicie, y perderían las cualidades que habían hecho su grandeza. Hacia la misma época, Nasica impedía la construcción en Roma de un teatro con gradas, a la moda helénica; quería que el pueblo asistiese de pie a los juegos. Es curioso registrar que Catón, en su vejez, fuese superado en austeridad y en rigor moral.

A veces se ha afirmado que la hostilidad de Catón respecto a Cartago tenía unas motivaciones económicas, pues la fertilidad del territorio cartaginés, cultivado como un jardín, era una amenaza de competencia para la agricultura italiana, orientada cada vez más a la producción de aceite y de vino. Pero nada es menos verosímil. Entre Cartago y Roma la rivalidad comercial ya no existía. Los mercados de Occidente pertenecían a Roma y a sus aliados griegos. Otra razón que a veces se ha aventurado sería el deseo de los romanos de establecerse en Africa, donde empezaba a crecer el poderío de Masinisa, el rey númida al que Roma había encargado «vigilar» a Cartago. Las usurpaciones de Masinisa eran innumerables. Las misiones romanas enviadas para los conflictos que de ellas resultaban entre el rey y los

cartagineses (a quienes el tratado con Roma prohibía expresamente entablar ningún conflicto armado con nadie) decidían, en la mayoría de los casos, a favor del númida, pero, al menos una vez, ante la flagrante injusticia de su causa, una de ellas había dado la razón a Cartago[300]. El bárbaro era, desde luego, un aliado que no dejaba de despertar ciertas sospechas, y el Senado no quería abandonarle Cartago. La razón es verosímil y pudo haber contribuido a decidir a los romanos, pero les bastaba, como a Catón, pensar que Cartago se recuperaba demasiado rápidamente y que cada vez se resignaba menos a su posición humillada. Un día u otro buscaría su desquite, y todo un partido en el Senado estaba totalmente decidido a adelantársele.

La ocasión se presentó en el curso del año 150, cuando Cartago, cansada de las provocaciones de Masinisa, le declaró la guerra, violando el tratado de Zama. Aquella guerra fue obra del partido democrático, y estuvo precedida por una verdadera revolución, durante la cual fueron arrojados de la ciudad los jefes de la aristocracia, que se refugiaron junto al rey[301]. El ejército cartaginés fue aplastado, en presencia de Escipión Emiliano, que, casualmente, se encontraba en misión en los estados de Masinisa para procurarse elefantes. Cartago, vencida, tuvo que prometer a Masinisa una indemnización de guerra y llamar a los desterrados, según la tradición de las guerras helenísticas. Pero la consecuencia más grave fue que el Senado tenía, al fin, su pretexto. Los dirigentes cartagineses lo comprendieron con tal claridad que trataron de adelantarse e hicieron condenar a muerte a los generales del ejército que había combatido a Masinisa — y tanto más gustosamente cuanto que se trataba de sus adversarios, los jefes del partido popular. Una embajada fue a anunciar aquella condena a Roma. El Senado no se dejó impresionar. Los cónsules recibieron la orden de reunir los medios necesarios para una expedición contra Cartago. Pero, de momento, se mantuvo en secreto la verdadera finalidad de aquellos preparativos. Las gentes de Utica, influidas tal vez por los agentes romanos que abundaban en la ciudad (donde prosperaba una numerosa colonia de mercaderes italianos), tomaron la iniciativa de entregarse a la discreción de los romanos. Aprovechando la ocasión, los Padres dieron a los cónsules la orden de desembarcar inmediatamente en el territorio de Utica. Los cartagineses, ante aquella demostración de fuerza, ofrecieron todas las satisfacciones que el Senado desease. Los cónsules, actuando según las órdenes recibidas, comenzaron por hacerse entregar todo el material de guerra que se encontraba

en Cartago; después, cuando creyeron que la ciudad era ya incapaz de defenderse, revelaron las condiciones romanas: Cartago debía ser evacuada por todos sus habitantes; para acogerles, podría formarse una nueva aglomeración, pero sin murallas y, por lo menos, a diez millas del mar. Con bastante imprudencia, los cónsules habían concedido una tregua de treinta días para dar a los cartagineses tiempo de preparar su respuesta. Los habitantes lo emplearon para poner la ciudad en estado de defensa. Las armas que habían sido entregadas fueron sustituidas apresuradamente, y, como ya no había cáñamo para trenzar las cuerdas necesarias para las catapultas, las mujeres sacrificaron sus cabelleras. Y comenzó el sitio de Cartago.

La ciudad contaba con un número no despreciable de fuerzas. El ejército vencido por Masinisa el año anterior se mantenía aún en campaña. El abastecimiento se presentaba difícil, y el clima sometía a duras pruebas a la tropa, hasta el punto de que, a mediados del verano del 148, los cónsules tuvieron que interrumpir el asedio. Así, la guerra preventiva, que muchos senadores habían deseado porque imaginaban que sería corta y que la ganarían fácilmente, se prolongaba. Además, la diplomacia de Cartago entraba de nuevo en actividad y alzaba contra Roma a los enemigos de siempre. Era el momento en que, en Macedonia, ardía la guerra contra Andrisco [302], y la vieja pesadilla renacía para los romanos. Había que tomar medidas enérgicas. Y como Escipión Emiliano, que combatía en Africa en el ejército de los cónsules como tribuno militar, había llamado la atención de todos por su valor y por su habilidad diplomática, hasta el punto de que la opinión popular empezaba a convencerse de «que hacía falta un Escipión para tomar Cartago», el pueblo impuso su elección para el consulado del año 147 [303]. En los comicios del 148, Escipión sólo era candidato a edil, única magistratura que su edad le permitiría [304]. Pero el pueblo, por la voz de sus tribunos, respondió a las objeciones de los cónsules que presidían los comicios, diciendo que era necesario «dejar dormir la ley».

La elección de un Escipión, hijo de un ilustre vencedor, Emilio Paulo, entrado por adopción en la familia del primer Africano [305], no era en sí misma ilegal, pues las leyes emanadas de las asambleas populares podían ser suspendidas, en alguno o algunos de sus efectos, por una decisión de aquellas mismas asambleas. Pero era inquietante observar que el pueblo repetía, en favor de Emiliano, lo que había hecho a favor del

primer Africano —y más aún cuando tal similitud no era fortuita, pues la opinión había visto en la primera designación un precedente que autorizaba la segunda. Cabía preguntarse si no era peligroso para la libertad admitir tan fácilmente que la victoria pareciese ligada a una *gens*, que así se convertía en «fatal». Aquel privilegio de los *Cornelii* sería reivindicado por los *Iulii*, dos o tres generaciones después, con las consecuencias conocidas. Desde ahora, se esbozan los primeros perfiles de lo que será el principado.

En cuanto hubo llegado ante Cartago, Escipión reanudó el bloqueo de la plaza. Entre ambas partes, se mantuvo una increíble lucha de ingenio y de obstinación. Las operaciones alrededor de la ciudad se completaron con las que Escipión entabló contra las tropas del interior del país, y, en la primavera del 146, se produjo el asalto final. Sólo el incendio acabó con la resistencia de los habitantes. El Senado decidió que fuese arrasada la ciudad, cuyos últimos defensores se habían rendido. Una comisión de diez senadores fue encargada de velar por la ejecución de la sentencia y de decidir la suerte de los territorios africanos. Se pronunciaron maldiciones solemnes contra cualquiera que intentase reconstruir la ciudad, y los supervivientes fueron vendidos como esclavos. Además, incluso los dioses de los cartagineses fueron llevados a Roma: Juno *Saelestis* fue instalada sobre el Capitolio [306]. Cartago ya no existía ni para los hombres ni para los dioses.

Durante la guerra, Masinisa había muerto a los noventa años de edad. Escipión —esto ocurría antes de su elección como cónsul— dispuso su sucesión repartiendo entre los cuatro hijos legítimos del rey, no el territorio, sino las atribuciones. El rey titular fue Micipsa. Pero el territorio de Cartago fue convertido en provincia romana.

Se asegura que Escipión, sobre las ruinas de Cartago, derramó lágrimas, citando un verso de la *Ilíada:* «Llegará también un día en que perecerá Troya, la santa...». Polibio, que se encontraba presente, a su lado, nos ha contado la escena [307]. No era tanto por la ciudad odiada, como por temor ante las vicisitudes de la fortuna. Las palabras y la actitud sugieren que Escipión se acordaba de Heródoto y de la historia de Creso, por lo menos en la misma medida que de las lecciones de Polibio. La anécdota revela, sobre todo, hasta qué punto un general romano podía mostrarse impregnado de espíritu helénico, pensar y sentir a la manera helena. En cuanto a los propios griegos, discutieron mucho pa-

ra saber si Roma había hecho bien o no en destruir Cartago. Unos vieron en aquella decisión un acto de prudencia y de política profunda; otros se ingeniaron para demostrar que Roma, al lanzarse así a una política de terror, se había mostrado infiel a sus propios principios de benignidad y de *pietas*[303]. Al parecer, nadie consideró que Roma, con aquellos actos de crueldad, imitaba la conducta de los reyes helenísticos y seguía con demasiada fidelidad los ejemplos que el mundo griego había dado desde hacía varios siglos.

2. La agonía de la República (133-49 a. de C.)

I. LOS FACTORES DE LA CRISIS

Cuando Cicerón escriba su libro *Sobre la República,* a mediados del siglo I a. de C., evocará con nostalgia el tiempo en que Escipión Emiliano, vencedor de Cartago y de Numancia, era el primer ciudadano de Roma. Para él, aquel período, ya lejano, aunque sólo separado por la duración de una vida humana, era como la edad de oro de la República, un estado de equilibrio que había que esforzarse en recuperar, dándole nueva vida. Los historiadores modernos son menos optimistas: a sus ojos, los nuevos trastornos que surgieron con el tribunado de los Gracos no fueron el resultado de una acción subversiva emprendida gratuitamente por algunos ciudadanos facciosos, sino el efecto ineluctable de causas profundas, de un malestar social y espiritual, que, a su vez, brotaba de las «contradicciones» políticas de la ciudad.

Así como las horas dramáticas de la segunda guerra púnica habían estrechado la solidaridad de los romanos, agrupados en torno al Senado, así las conquistas incesantes de Roma en el curso de los setenta primeros años del siglo habían tenido como consecuencia la aparición, en el seno de la sociedad, de ciertas fuerzas que tendían a disociarla. Ya hemos dicho[1] que la influencia del helenismo daba más importancia al papel de la personalidad, en detrimento de la colectividad. Escipión Emiliano, ante Cartago, tuvo que desempeñar un papel en el que nadie habría podido reemplazarle. El propio Catón, en sus últimos días, se ve obligado a rendir homenaje al «carisma» del joven jefe[2]. Pero no se detiene ahí la transformación del espíritu romano, una transformación irresistible, pues ni el propio Catón fue indemne a ella, cuando tanto había combatido las mismas tendencias en el primer Africano.

a) Importancia del dinero en la sociedad romana.

Los romanos tendían a hacer responsable del cambio de sus costumbres al desarrollo de la riqueza, y los historiadores modernos, aunque suelen considerar como un simple lugar común las diatribas de los moralistas antiguos acerca de este tema, se ven obligados a registrar, a pesar de todo, que la evolución de Roma está determinada, en buena parte, por las transformaciones de su economía. Roma, durante el siglo II, se enriqueció prodigiosamente, y este enriquecimiento, al estar desigualmente repartido y también al no poder menos que modificar las formas de vida tradicional, tenía que ejercer una acción profunda, provocando la discordia y revelando la caducidad de las antiguas disciplinas. Nosotros no nos sentimos inclinados a atribuir a la riqueza directamente un poder deletéreo sobre los espíritus. Acaso veamos mejor el mecanismo que ella viene a trastornar. Pero, en resumen, y con una mayor claridad en el análisis, las conclusiones a las que hoy podemos llegar no desmienten, en absoluto, la opinión de los antiguos.

Roma es una colectividad: sus asuntos constituyen una *res publica*, y, en derecho, cada ciudadano participa igualmente de las cargas y de los beneficios del Estado. Así, el beneficio de las conquistas debe, en teoría, ser compartido de un modo igual por todos. Las ganancias procedentes de los países conquistados pertenecen a la colectividad, al *populus*. Mientras Roma no poseyó más que territorios mediocres, estas ganancias no llegaban para cubrir los gastos del Estado, que se completaban por medio de impuestos, de los que los más importantes eran: un impuesto indirecto sobre las manumisiones (5 % del valor atribuido por estimación al esclavo manumiso), y un impuesto directo, el tributo *(tributum)*, calculado según la renta de cada uno. El *tributum* estaba considerado como una contribución extraordinaria, aun cuando se recaudaba regularmente. Fue suprimido, cuando, en el 167, el producto de la victoria en Macedonia aseguró al tesoro los recursos suficientes. En las provincias, el tributo continuó siendo percibido: según una doctrina que tenía su origen en el Oriente helenístico, era la señal de la «servidumbre» o, si se prefiere, el estigma de la conquistada [3], pero significaba también el precio con que los habitantes de las provincias, exentos de servicio militar, pagaban la protección armada de su vencedor. Además, el Estado conservaba, en el momento de la conquista, una parte (a menudo, importante) de las tierras pertenecientes al vencido, y las integraba en el «campo del pueblo» *(ager publicus)*. Este campo

se administraba a la manera del «buen padre de familia». Por ejemplo (parece que ésta fue la más antigua forma de explotación), se arrendaba a unos particulares el derecho de pastos *(scriptura)*; cuando la tierra era cultivada, el arrendatario debía un diezmo. Además, los bosques, las minas, las pesquerías, las salinas eran objeto de una explotación sistemática en nombre del Estado. Su producto se arrendaba a unos «publicanos», de acuerdo con un sistema semejante al que había funcionado en Oriente [4], y, más cerca de Roma, en Sicilia, desde la terminación de la primera guerra púnica [5]. A partir del comienzo del siglo II por lo menos [6], se habían establecido unos derechos sobre la circulación de las mercancías *(portoria)* —tal vez se tratase, al principio, de derechos de arbitrios propios de las ciudades (que tenían también necesidad de recursos fiscales) y, en ciertos casos, confiscados o generalizados por Roma. La censura del 179 los multiplicó [7].

En el cuadro del Estado romano que Polibio traza a mediados del siglo II, escribe que «los censores habían establecido un gran número de contratos en toda Italia para la ejecución de trabajos, mantenimiento, restauración y equipo de edificios públicos; muchos ríos, puertos, jardines, minas, tierras cultivables, en resumen, todo lo que cae bajo el poder de los romanos es administrado por cuenta del pueblo, y todo el mundo, o poco menos, está interesado en esos contratos y en los beneficios que producen; porque unas personas firman los contratos con los censores, otras forman sociedad con ellos para su ejecución, otras facilitan las fianzas, y otras confían su fortuna al Estado para aquellos negocios» [8]. Se ve que el sistema de los publicanos no se refiere más que a la percepción de impuestos, pero recuerda, en ciertos aspectos, los arrendamientos de explotación característicos del Estado lágida [9].

En el tiempo de la guerra de Aníbal, este género de actividad se hallaba tan extendido que se sintió la necesidad de prohibírselo a los senadores mediante una ley [10]. Aproximadamente hacia la misma época, encontramos por primera vez la mención de sociedades formadas para la ejecución de contratos con el Estado [11]. A medida que el Imperio se extendía, aumentaba también el volumen de los negocios contratados, así como el beneficio de los arrendatarios. Una parte cada vez mayor de las ganancias del pueblo romano dejaba de llegar al Estado y era interceptada por una categoría de particulares, que no eran aristócratas ni pertenecían al Senado, pero que, por sus riquezas, se distinguían del resto de la comunidad. Desde el 178 aproximadamente, las minas de España estaban arrendadas a los

publicanos [12]. Después del 148, cuando Macedonia fue transformada en provincia, se arrendaron las antiguas rentas reales. En las nuevas provincias, el Senado, sin duda, sustraía a los publicanos una parte notable de los ingresos fiscales, pero lo que quedaba era suficiente, con mucho, para enriquecer a todos los romanos que tenían legalmente el derecho de participar en las sociedades de arriendos.

Los contratos públicos no eran las únicas fuentes de enriquecimiento. El comercio italiano se había desarrollado considerablemente a lo largo del siglo. La desaparición sucesiva de Corinto y de Cartago lo había favorecido. El gran depósito, el centro de las líneas mediterráneas está entonces en Delos, donde millares de *negotiatores* italianos (a menudo, de la Campania) trabajan para canalizar las riquezas del Oriente. Roma percibe una parte importante de los beneficios producidos en sus provincias, y la deja ya en pago de sus importaciones. Porque los romanos, y, más generalmente, los italianos (sobre todo, los de la Campania) andan ávidos de lujo. Y los objetos de lujo vienen del Oriente: muebles preciosos, telas ligeras, de lino, y en seguida de seda, teñidas de púrpura o fabricadas en los talleres sirios, joyas, perfumes, esclavos en número cada vez mayor. En Pompeya encontramos los vestigios de aquel tiempo, en las casas más antiguas, algunas de las cuales figuran entre las de mayor magnificencia de la ciudad, como la Casa del Fauno y la de Pansa. Es el gran período «helenístico» de la ciudad [13]. El estilo decorativo para nosotros típico de Delos, con las pinturas representando incrustaciones de mármol [14], aparece en aquellas mansiones de mercaderes enriquecidos, que tienen allí una lujosa residencia, mientras sus agentes recorren los mares.

b) Las transformaciones materiales de la *Urbs*

Al hacer de Roma la capital efectiva del mundo mediterráneo, la conquista había tenido como efecto el de otorgar a una ciudad que, en muchos sentidos, se había hecho arcaica, un prestigio político no respaldado por su aspecto material. El retraso sufrido por el urbanismo romano durante la segunda guerra púnica había sido cubierto, sólo en parte, por la febril actividad que los censores desplegaron en el 179. No se trataba tanto de rivalizar con las grandes ciudades helenísticas como de dar a Roma unas comodidades de las que no carecían en Pompeya ni en las ciudades de la Campania. Roma no tenía teatro. El censor Lépido hizo construir uno, cerca del templo

de Apolo, en el Campo de Marte [15]. Como el viejo templo de Júpiter Capitolino parecía muy anticuado y sobrecargado, con sus exvotos colgados de las columnas, Lépido lo hizo limpiar, pulir y blanquear las columnas, quitar las estatuas superfluas, las armas y las insignias militares que, en el pasado, se habían ofrecido al dios protector de los *imperatores*. Fulvio, por su parte, se consagraba a grandes obras de utilidad pública: él fue quien empezó la basílica llamada después *Aemilia,* en el Foro, en la parte nordeste de la plaza. No era el primer edificio de aquella clase, pues Catón, durante su censura, había hecho construir la basílica *Porcia,* de la que nada queda hoy, mientras que la basílica *Aemilia,* gracias a varias restauraciones (especialmente, en la época de Augusto), ha dejado, por lo menos, unas ruinas. Las basílicas, cuyo nombre significa «pórtico real», vienen de Oriente; son grandes salas hipóstilas de pórticos cubiertos, destinados a acoger a los grupos de mercaderes, de armadores, de hombres de negocios que, tradicionalmente, frecuentaban las *agorai.* Ahora que en Roma se imponían las mismas costumbres, había que importar los mismos edificios. Y se puede seguir el aumento del volumen de los negocios, observando que, nueve años después de la basílica *Aemilia,* se construyó la basílica *Sempronia* (a la que se superpuso, en el tiempo de César, la basílica *Julia,* en la parte suroeste del Foro). La cronología de las basílicas confirma la que las fuentes escritas sugieren con relación al desarrollo del comercio, de la banca, y, en general, a la creciente importancia de la riqueza mobiliaria.

Sin embargo, lo que ofrece más interés todavía es la aparición, tímida aún, pero evidente, de un plan de urbanismo. No se construye ya donde se quiere ni cuando se quiere, según la voluntad de los censores que se suceden a intervalos regulares y que no se preocupan de continuar la obra de sus predecesores. El Foro, a comienzos del siglo II, es todavía un espacio irregular, cuya arbitraria forma está dictada por el propio terreno. Con las dos grandes basílicas *(Aemilia* y *Sempronia),* es evidente que se trata de imponer una alineación, una «fachada» a los dos lados largos de la plaza. Y para ello se tenía en cuenta el más monumental de los templos levantados en las inmediaciones, el de Cástor. Los censores imitaban, visiblemente, las grandes *agorai* helenísticas, o, más bien, adaptan su principio a las necesidades y a la historia de Roma. Las excavaciones recientemente llevadas a cabo alrededor del Foro confirman lo que los textos nos dicen: para implantar las basílicas, fue necesario comprar casas particulares, cuyos vestigios se encuentran bajo los cimientos. Y aquellas casas tenían distintas orientacio-

nes; crear un espacio más amplio, modelarlo, tratar de dar a la vida pública un marco majestuoso, o, por lo menos, más digno que el de las filas de tiendas que hasta entonces bordeaban la plaza; éstas son las preocupaciones de los romanos en el momento en que los reyes y las ciudades de Oriente envían a las orillas del Tíber frecuentísimas embajadas.

La actividad de los censores del 179 es también instructiva en otro aspecto. Para sustituir el terreno utilizado para la ampliación del nuevo Foro, crearon, más al Norte, un nuevo mercado de pescado y, en el resto de la ciudad, multiplicaron las plazas públicas [16], especialmente alrededor de los templos. Con el pretexto de despejar los accesos de los santuarios y de protegerlos contra las usurpaciones de los particulares, se señalan unos *temene* semejantes a los de las ciudades helenísticas. Pero esto implica que el cuadro de la vida social ya no es sólo el Foro, y que una especie de ocio (todo lo que no es el *negotium*) puede integrarse ya, legítimamente, a la vida urbana.

Lépido y Fulvio habían comenzado también la realización de un nuevo acueducto. La ciudad aún no tenía más que dos conducciones de agua: la *Appia,* obra del censor del 312, Apio Claudio, y la *Anio Vetus,* construida en el 272 por Manio Curio Dentatu y L. Papirio Cursor, con el botín tomado a Pirro [17]. Los censores del 179 quisieron establecer una tercera, pero su proyecto fue obstaculizado por la oposición de M. Licinio Craso, que no dejó atravesar sus posesiones [18]. Hubo que esperar al año 144 para que la *Marcia,* el primer acueducto «moderno» de Roma, suministrase a la ciudad un agua menos escasa y más sana.

La modernización de Roma se manifiesta, a todo lo largo del siglo, en la multiplicación de los pórticos —una forma arquitectónica tomada de Oriente, que encuentra en Italia terreno propicio. Durante la censura del 179, se habían edificado tres simultáneamente: uno detrás de los *navalia* (el astillero de construcción naval instalado a orillas del Tíber), y dos en la parte sur del Campo de Marte (uno, cerca del mercado de legumbres, el *Forum Olitorium,* y otro no lejos del teatro nuevo, y situado *post Spei,* detrás del templo de la Esperanza). De estos arreglos, se benefician entonces los barrios cosmopolitas próximos al río. A lo largo de los años siguientes, encontramos, por orden cronológico, la mención del Pórtico de Octavio, que conmemoraba una victoria naval sobre Perseo, en el 168, y, después, un pórtico alrededor del *Area Capitolina,* el espacio sagrado que se extendía ante el templo de Júpiter Optimo Máximo. Por último. en el 147, Q. Cecilio Macedónico rodeó

con un pórtico los templos de *Jupiter Stator* y de *Juno,* para conmemorar su triunfo. Estos dos templos y el pórtico de sus *temene,* próximos al Circo Flaminio, eran célebres por las obras de arte que encerraban. Metelo, que acababa de reducir a provincia a Macedonia, había reunido en su pórtico las estatuas ecuestres, obras de Lisipo, que representaban a los generales de Alejandro. La antigua gloria del conquistador se encontraba así como cautiva al pie del Capitolio. Aquellos templos eran totalmente de mármol, lo que jamás se había visto en Roma. Un arquitecto griego, Hermodoro de Salamina, había dirigido, según se dice, la construcción del templo de Júpiter [19]. Vitruvio nos informa de que este templo era períptero (totalmente rodeado de columnas) y tenía seis columnas de fachada y once en los lados largos. ¿Estaba, como los templos itálicos, soportado por un *podium?* Lo ignoramos, pero es probable, si se considera que esta forma arquitectónica responde a una concepción religiosa típicamente itálica: la superrelevación del santuario estaba ligada a la idea del poder y de la eficacia divinos. De todos modos, en el curso del siglo II a. de C. es cuando se forma el estilo «republicano» de edificios religiosos, un estilo que nosotros conocemos bastante mal y en el que se funden (hasta donde podemos vislumbrar) las tradiciones italianas y las formas helenísticas, a su vez evolucionadas a partir del helenismo clásico.

La mayoría de los monumentos construidos por aquel tiempo —templos y pórticos— se sitúa al sur del Campo de Marte. Esto se explica por el hecho de que los arquitectos disponían allí de terrenos pertenecientes al Estado, generalmente desocupados, mientras que el espacio comprendido en el interior del recinto serviano empieza a resultar demasiado estrecho para la población urbana. Acerca de la cifra de ésta no poseemos datos directos, y tenemos que limitarnos a las hipótesis y a las posibilidades [20]. Lo cierto es que las condiciones generales a lo largo del siglo favorecieron el crecimiento de la población, pero, lo que es más importante, las incesantes guerras (poco costosas en hombres, y cuya carga soportaban, en gran parte, los aliados) tenían como consecuencia la canalización hacia la ciudad de una inmensa población servil. Los textos mencionan cifras extremadamente elevadas: 150.000 esclavos vendidos por Emilio Paulo, en el 167; 50.000 por Escipión Emiliano después de la toma de Cartago. Cada campaña, incluso las apenas mencionadas por nuestras fuentes, aumentaba el número de esclavos vendidos en Italia [21]. Naturalmente, no toda aquella muchedumbre se quedaba en Roma; un gran número se repartía en los municipios y vivía en los dominios rurales, pero cada ciudadano, cada familia, ad-

quiría la costumbre de reunir en su servicio a un número de personas cada vez mayor, lo que tenía como consecuencia la de multiplicar sensiblemente el crecimiento natural del número de ciudadanos. Evidentemente, Roma no es todavía la ciudad superpoblada que llegará a ser a comienzos del siglo I a. de C., pero empieza a sentir la necesidad de saltar un cinturón de murallas que cien o ciento cincuenta años antes era dotavía demasiado amplio.

Además de los ciudadanos y de los esclavos, afluían a Roma viajeros procedentes de todas las partes del mundo. El desarrollo del comercio y, en general, de la circulación marítima, el número cada vez mayor de asuntos políticos relativos a ciudades lejanas dan origen a la presencia en la ciudad de una población flotante cuyo número importa quizá menos que su naturaleza. Todos aquéllos son los «extranjeros», a cuyo contacto las costumbres antiguas parecen más caducas que nunca. Hay las embajadas de los reyes, que llegan con un fausto calculado y, al estrechar lazos personales con los ciudadanos principales, difunden ampliamente regalos de los que no se puede decir si no son más que testimonios de amistad y de gratitud personal o medios de corrupción. Igualmente desmoralizadora es la multiplicación de mercaderes de esclavos que importan cada vez más muchachas, músicos y bailarinas, sin otro mérito que su docilidad. Estas muchachas son, para los jóvenes, una tentación incesante, en la que a veces derrochan sus patrimonios. La «vida griega» tan temida por los Padres en los tiempos de Plauto, una vida de placeres y de facilidad, está a punto de sustituir, para muchos, a las severas costumbres de antaño. Pero no aporta sólo placeres vulgares. La llegada de artistas griegos y, más aún, la incesante afluencia de obras de arte, que constituyen gran parte del botín, después de la conquista, transforman profundamente el aspecto de la vida cotidiana. La belleza aparece como la consecuencia y el complemento necesario de la gloria. Los dioses ya no son los únicos beneficiarios del arte. Al principio, las estatuas y los valiosos cuadros procedentes de los países orientales habían sido exvotos que decoraban los templos —como los juegos escénicos, en el siglo anterior, tenían como espectadores a las estatuas divinas instaladas en el *pulvinar*. Después, toda aquella belleza se hace «laica», se integra en la existencia de cada uno y, durante mucho tiempo, por un fenómeno cuya importancia no podría ser exagerada, los grandes personajes, los conquistadores, los triunfadores, no tuvieron el monopolio de los botines de guerra que sus victorias habían arrancado a los países griegos. El principal beneficiario de aquellos tesoros que

se acumulan en los santuarios, en las plazas, ante los templos, bajo los pórticos, es el pueblo en su conjunto. La época de los grandes coleccionistas no ha llegado aún.

c) La vida intelectual

A medida que las costumbres antiguas se degradan y que nuevas aspiraciones surgen en la misma masa del pueblo, que fue siempre la más inmediatamente helenizada, era inevitable que la «élite», al menos, sin contentarse con ceder a las fáciles tentaciones llegadas de Oriente, se preocupase de justificar aquellas transformaciones que ella sabía fatales. Así, el siglo II antes de Cristo es, por excelencia, el tiempo de los filósofos.

Sería demasiado simple creer que Roma tardó tanto en conocer la filosofía a causa del relativo aislamiento en que había permanecido, al margen del mundo helenístico, y que debió su inclinación a algunos «misioneros», especialmente a los tres embajadores de Atenas llegados en el 155 para defender ante el Senado la causa de su ciudad. Sin duda, aquellos tres filósofos, que representaban a las tres escuelas principales —Diógenes a los estoicos, Critolao a los peripatéticos, Carnéades a la Academia— hicieron (sobre todo, Carnéades) una exhibición de sus talentos ante los romanos, jugando con las ideas, invocando, en favor de los contrarios, los argumentos más seductores y más convincentes; pero no eran los primeros en llevar a la ciudad los ecos de los debates que se prolongaban, en Grecia, desde hacía más de cuatro siglos. El pensamiento de los filósofos había entrado con el teatro. Había seguido también su camino hasta Roma desde la pitagórica Tarento. Parece evidente que, en un pasado menos lejano, filósofos profesionales llegaron a probar fortuna entre el público de Roma, hasta el punto de que se había considerado necesario expulsarles. Así fue como, en el 161, un *senatus-consultum* prohibía la residencia en la ciudad a los retóricos y a los filósofos de lengua latina [22]. Si, ya en aquella fecha, se encontraban filósofos para enseñar en latín, parece evidente que existía un público capaz de entenderles, y se creerá más fácilmente que los dos epicúreos, Alcio y Filisco, de los que Ateneo nos dice que fueron expulsados de Roma «bajo el consulado de L. Postumio» [23], habían ido a difundir la doctrina de su maestro una generación antes [24]. Pero no era indispensable la presencia de filósofos en Roma para que el pensamiento filosófico fuese conocido allí. Ciertamente, las ciudades griegas o profundamente helenizadas de la Campania, y desde

luego Nápoles, no dejaban de estar informadas, desde hacía mucho tiempo, de una actividad que ocupaba un lugar tan importante en la vida intelectual de los helenos. La embajada del 155, por el escándalo que causó, y la reacción de Catón (que consiguió la rápida salida de los tres filósofos, culpables de haber dado pruebas de una excesiva desenvoltura en relación con los valores morales tradicionales; de haber demostrado, por ejemplo, que la justicia era, sin duda, la mayor de las virtudes, pero podía ser considerada también, especialmente por los conquistadores, como la mayor de las tonterías) son significativas, sobre todo porque obligaron al Senado a adoptar una posición oficial respecto a un problema que es, por excelencia, el del siglo.

Se puede considerar que las dificultades espirituales en que se debatió la adolescencia de Escipión Emiliano, entre las costumbres tradicionales y el ideal nuevo que él visumbra gracias a su compañero y a su maestro, el griego Polibio[25], fueron las de todo aquel período. El problema de su conciliación no se resolvería hasta dos o tres generaciones después, en virtud del esfuerzo de un Cicerón.

Sin embargo, tal conciliación comienza a entreverse en aquella época gracias al estoicismo, que aparece como susceptible de responder a los imperativos más esenciales de la conciencia romana. El estoicismo insistía, por ejemplo, sobre la necesidad de la ascesis para resistir a las tendencias que llevan a todos los seres hacia el placer; entre las virtudes cardinales, situaba el valor (especialmente honrado por los romanos, para quienes el servició del soldado es el más alto en dignidad, dentro del Estado), la justicia (todo magistrado romano es, desde luego, un juez) y el dominio de sí mismo. Sin duda, en esta relación figuraba también la «sabiduría», que era conocimiento del bien y, por consiguiente, suponía la conquista previa de un método susceptible de conducir a la verdad. Pero los primeros estoicos que se dirigieron a un público romano y, sobre todo, el más grande de ellos, Panecio, un rodio, tuvieron buen cuidado de subrayar la interdependencia de las cuatro virtudes fundamentales: quien poseyese —decía— una de ellas, las poseía todas. Y mientras en el espíritu del antiguo Pórtico la ciencia de la verdad constituía una condición primera de toda virtud, desde entonces se admitió que la práctica podía bastar para elevarse hasta la perfección moral, es decir, que una acción recta posee, en sí misma, un valor semejante al de un pensamiento verdadero[26]. Al mismo tiempo, Panecio quitaba al estoicismo algunas de sus más sorprententes paradojas, las que repugnaban al buen sentido romano. Enseñaba que el sabio debe disponer de un

mínimo de ventajas materiales, que su virtud es compatible con la salud y con unos recursos razonables, y que tal virtud tiene necesidad, incluso, de un cierto vigor físico para no debilitarse[27]. Más aún: el antiguo Pórtico reservaba al sabio perfecto la posesión de la virtud, añadiendo que nadie, excepto el sabio, podía ser considerado como poseedor del menor valor —el resto de los hombres no constituía, a sus ojos, más que un vil rebaño. Panecio explicó a sus oyentes romanos que aquella doctrina no debía ser tomada al pie de la letra. Sin duda, la acción perfecta supone una virtud total, pero sería absurdo negar que, en la conquista de ésta, podía haber grados. A la acción perfecta se opondrá el cumplimiento de los «deberes medios», aquéllos cuya práctica, si no hace al hombre sabio, lo hace honesto.

Se comprende que tales proposiciones pudieran ser ávidamente recogidas por unos hombres que, si bien no se preocupaban de alcanzar toda la ciencia de los filósofos tradicionales y de plegarse a todas las sutilezas de la dialéctica, no por eso dejaban de tener el vivo deseo de que su vida y sus actos, tanto públicos como privados, estuvieran conformes con unas reglas justificadas por la razón. No podían aceptar doctrinas como la de los cínicos, que rechazaba en bloque todo lo que un romano consideraba sagrado (la vida familiar y cívica, la dignidad personal, el honor), y como el epicureísmo, para el que el origen de toda moral era la búsqueda del placer (un valor del que los romanos sabían muy bien que, en la práctica, es destructor del ser). Circunstancias accidentales —al menos, en parte— acabaron de aumentar el prestigio del estoicismo en Roma: el hecho de que su principal representante fuese rodio, que perteneciese a la República que —caso único entre todas las ciudades griegas— jamás había sido integrada en un reino y había salvaguardado hasta el fin su libertad. Los rodios, por los que Catón sentía una simpatía evidente, a pesar de los errores que podían sufrir respecto a Roma, sirvieron, en cierto modo, como valedores de los filósofos estoicos que tenían escuela en la ciudad. Así vemos cómo dos generaciones de estoicos, por lo menos, llegaron y encontraron en Roma un público favorable. Después de Panecio, que fue el compañero favorito de Escipión Emiliano, estuvo Posidonio, cuyo pensamiento y, quizá más aún, su poderosa personalidad ejercieron tan considerable influencia sobre Cicerón y sus contemporáneos.

La larga serie de pensadores estoicos, desde Crates, el maestro de Panecio, hasta el discípulo de éste, Atenodoro, hijo de Sandón, maestro, a su vez, de Octavio y consejero suyo des-

pués de la toma de poder[28], domina ininterrumpidamente la evolución espiritual de Roma, desde la juventud de Escipión Emiliano hasta la edad madura del primer Emperador. Cada uno de ellos matiza su enseñanza según sus propias tendencias, y la huella de su acción se encuentra en todos los campos del pensamiento romano. A Crates corresponde, sin duda (principalmente), el mérito de haber llamado la atención de sus oyentes acerca de los problemas de la crítica literaria y los del lenguaje[29]. Porque este filósofo era también un teórico de la expresión y, más especialmente, de la poesía. Se interesaba por Homero, al que dedicaba sabios comentarios. Y era también como filósofo como estudiaba el lenguaje. Buen estoico, consideraba que la expresión humana brota del instinto natural de sociabilidad, y se interesaba, sobre todo, por su eficacia, por todo lo que le asegurase claridad y concisión. Los ecos de esta enseñanza se encuentran en la estética literaria de los romanos de aquel tiempo, entre los amigos de Escipión Emiliano, que gustan de ser puristas de estilo «ático».

Ya hemos dicho cuál había sido la aportación de Panecio a la formación del pensamiento filosófico romano. Parece que Posidonio actuó, sobre todo, insistiendo sobre la significación de la historia y esforzándose por descubrir las leyes que rigen las sociedades. Profundizó en las especulaciones a que el pensamiento griego se había entregado siempre, desde Heródoto; trató, como antes Polibio, pero de una manera más sistemática, de discernir las líneas de la acción providencial, de la «realización de Dios» en el universo[30]. Y éste era un punto singularmente importante para un público de romanos que sentían pesar sobre sus hombros la responsabilidad de su Imperio. Parece que algunos espíritus sufrían la obsesión del desafío que Carnéades les había lanzado: ¿cómo pueden los conquistadores llamarse «justos»? Posidonio, presentando el cuadro del mundo, sugiere los elementos de una respuesta: unas formas sociales son superiores a otras, y la violencia, opuesta a la violencia, se hace legítima si tiene como fin el de elevar a un estado mejor a aquéllos a quienes obliga.

d) La evolución del Derecho.

Era inevitable que aquel siglo de filósofos, o, al menos, seducido por el pensamiento especulativo, tratase de actuar sobre la expresión por excelencia de la justicia en el seno de la ciudad. El viejo derecho romano no responde ya a las nuevas con-

diciones, ni materiales ni espirituales. Es preciso adaptarlo a una sociedad en que los conflictos no surgen ya sólo entre ciudadanos, sino entre ciudadanos y «peregrinos» (extranjeros llegados a Roma). Como podía esperarse, la designación de un magistrado especial, encargado de los procesos de esta clase, es contemporánea de la gran apertura comercial de Roma que siguió a la primera victoria sobre Cartago: data del 242. Pero aquella innovación tuvo consecuencias incalculables, que repercutieron sobre toda la práctica del derecho y contribuyeron a romper los marcos, demasiado estrechos y formales, de la costumbre y de la legislación nacional.

Tradicionalmente, el pretor, en su aspecto judicial, tenía como función la de «decir el derecho», es decir, autorizar el comienzo de una acción entre dos litigantes. Lo hacía refiriéndose a las leyes existentes: el caso que se le sometía, ¿estaba previsto en ellas? En caso afirmativo, podía designar a un árbitro *(iudex)* que decidiría sobre el fondo. Si no, desestimaba la demanda. Las fórmulas rituales a que debía recurrirse para obtener una acción tenían un número limitado, y sus términos eran inmutables. A veces, eran conservadas en secreto por los pontífices, a quienes, en cierto modo, correspondía su custodia. Se sabe [31] que, desde finales del siglo IV, aquellas fórmulas habían sido publicadas, pero seguían siendo obligatorias, y se citan casos (extremos, sin duda) como el del campesino que, al presentar una demanda porque un vecino le había cortado, indebidamente, unos pies de vides, perdió su proceso por haber utilizado, en la fórmula, la palabra «vides» en lugar de la palabra «árboles», prevista en la ley. Hacia mediados de siglo II a. de C. se autorizó al pretor a aceptar fórmulas no tradicionales. Desde entonces, el demandante presenta una fórmula escrita, redactada con la ayuda de un jurisconsulto y que resume el motivo de su queja. Esta fórmula diferirá, en algún detalle, de la fórmula oral tradicional, obligatoria antes de la reforma, pero, en la mayoría de los casos, se inspirará en ella. Los cuadros de la vieja práctica jurídica se han ampliado, no suprimido.

Esta innovación comportó una grave consecuencia: en el antiguo derecho, la ley fijaba la pena, lo que era comprensible porque preveía las circunstancias de la causa. Ahora era necesario adaptar la pena o la reparación a la naturaleza del daño o del perjuicio. El juez recibirá del pretor la misión de evaluarlos o de hacerlos estimar «en buena fe», por un árbitro. Además, se presentan casos nuevos, y es el pretor el que decidirá si deben ser objeto de una acción o si no merecen la atención de un juez. La persona del magistrado, pues, interviene, mientras

que, en la antigua Roma, la tradición, la costumbre, las fórmulas rituales no le dejaban ningún margen.

Sin embargo, no creamos que el derecho fue abandonado a la arbitrariedad de un magistrado anual, que haría o desharía las leyes según su simple voluntad. Los costumbres políticas romanas excluían por sí solas tal riesgo. Los magistrados son conscientes de sus deberes. Están asistidos por un «consejo» de amigos, de parientes, de aliados, sin cuyo parecer no adoptan decisión alguna. En ese consejo figuran jurisconsultos profesionales —el conocimiento profundo del derecho está considerado como necesario a un miembro de la aristocracia. Un pretor demasiado revolucionario corría el peligro de perder su crédito en el Senado y de comprometer definitivamente su carrera. Por todas estas razones, el derecho, incluso en las condiciones a que nos hemos referido, evoluciona lentamente y con la máxima prudencia.

El crecimiento del Imperio tenía, por último, otra consecuencia: el derecho romano se confrontaba con el de los pueblos conquistados o aliados. No era ya un conjunto de costumbres, vigentes sólo para los miembros de una ciudad de usos arcaicos. Un número cada vez mayor de hombres de todos los orígenes aspiraban a beneficiarse de aquel derecho, que parecía más justo y, sobre todo, más sólidamente garantizado (por el poderío mismo de Roma) que los derechos locales. Esto daba a las leyes romanas un carácter de universalidad que las preparaba para regir, un día, la totalidad del mundo. En resumen, ocurría con el derecho aproximadamente lo mismo que había ocurrido en Oriente, tras la conquista de Alejandro, con la «cultura» intelectual helénica. La ciudad, poco a poco, atraía hacia sí al resto de los hombres, se extendía a medida que la cualidad de «ciudadano romano» se convertía en el símbolo de la más alta condición humana. La noción de derecho era progresivamente sustituida por la de equidad, y, en nombre de la equidad, los pretores y sus consejeros se ingeniaban para encontrar subterfugios en los casos en que las reglas antiguas conducían a soluciones escandalosas. Pero, mientras el derecho o la ley son propios de una ciudad, la equidad es un valor reconocido por todos y aplicable a todos. La evolución del derecho revela así un doble movimiento, una «dialéctica de intercambio» entre Roma y el mundo.

Uno de los caracteres más importantes del derecho romano es que existe y se ejerce, prácticamente, sin referencia al poder político: el magistrado no hace más que controlar la introducción de las instancias, y no juzga. Esta es una segura garantía

de libertad para el ciudadano. Los particulares son, a la vez, litigantes y árbitros, y el debate se mantiene próximo a lo humano. El Estado no hace más que garantizar la ejecución del juicio, y no se ha montado ninguna maquinaria legal para sustituir la conciencia del hombre honrado *(vir bonus)* que juzga. De ello resulta que lo esencial del derecho concierne a las relaciones individuales de los ciudadanos entre sí. El derecho romano es, esencialmente, un derecho «civil» (es decir, el *ius civile,* el que concierne a los *cives,* a los ciudadanos). El derecho penal, represivo, difícilmente se desliga de él, por motivos propios de la historia de la sociedad romana, nunca totalmente apartada de sus orígenes patriarcales: el grupo fundamental (la familia) funciona de un modo autónomo, con sus propias represiones contra aquéllos de sus miembros que están *in manu,* bajo la total autoridad del padre. El derecho no interviene contra el tribunal de familia, para castigar al hijo o a la esposa culpables. En cuanto a los esclavos, al no tener existencia legal alguna, no podrían ser considerados como responsables: las consecuencias civiles de sus delitos son sufridas por el dueño, que actúa sobre ellos según su voluntad. En este caso, la ley no podría intervenir más que para limitar la omnipotencia del señor de la *familia,* y acabará haciéndolo, pero con mil precauciones, y precedida, en mucho tiempo, por la opinión pública, enemiga de las crueldades gratuitas.

Queda el caso en que el culpable de algún crimen contra la ciudad es un «padre». En derecho —y, sin duda, también de hecho, durante mucho tiempo—, los magistrados tienen todo el poder para decidir su pena. El censor, por ejemplo, impondrá la multa que considere justa, y cada magistrado tendrá las mismas facultades en los asuntos de su competencia. No habrá juicio propiamente dicho, sino decreto (dictado de acuerdo con el *consilium* del magistrado, consejero a título privado). Este poder de los magistrados no está limitado, como hemos visto[32], más que por el derecho de apelación al pueblo *(ius provocationis).* Entonces, es la asamblea popular la que juzga, decidiendo contra el magistrado y el presunto culpable. El pueblo se pronuncia sobre la sentencia, mediante una votación regular, a menos que un tribuno detenga el procedimiento en virtud de su derecho de veto *(ius intercessionis).* Y, en cualquier caso, el acusado siempre tiene la facultad, si ve que los debates le son desfavorables, de prevenir la sentencia exilándose voluntariamente. No será perseguido, y los magistrados no pedirán a la ciudad aliada en la que haya buscado refugio que se lo entregue: al que se ha apartado así de la comunidad de los ciudada-

nos se le considera como suficientemente castigado. Ir más allá parecería una crueldad intolerable.

El procedimiento del *iudicium populi* (juicio pronunciado por el pueblo) era muy incómodo; recargaba el orden del día de las asambleas y daba origen a debates en los que la razón y la justicia eran difíciles de reconocer. Esto sucedía, especialmente, en las cuestiones *de pecuniis repetundis*, entabladas contra un gobernador a quien se acusaba, a su regreso, de haber oprimido a sus administrados. Tales procesos exigían la intervención de demasiados elementos técnicos, y existía el peligro de que la decisión se adoptase en virtud de consideraciones de popularidad o de impopularidad y no por la sola verdad de los hechos. Así en el 149, un tal L. Calpurnio Pisón, tribuno de la plebe, hizo votar una ley (plebiscito) diciendo que los procesos *de repetundis* serían, en el futuro, llevados ante una comisión permanente *(quaestio perpetua)*, formada por senadores. Como los gobernadores eran senadores siempre, podría sospecharse que el tribuno (senador él también) había actuado al servicio de los intereses de su corporación. Sin embargo, sería injusto atribuir móviles interesados a aquella ley[33]. El Senado podía considerarse el guardián legítimo (más que el pueblo en su conjunto) de los compromisos contraídos con los aliados, puesto que, en la práctica, según hemos visto, los Padres eran los principales, los únicos responsables de la política «exterior»[34].

El procedimiento de la *quaestiones perpetuae* se generalizó de un modo bastante rápido. Demostró que era cómodo, pero se descubrió también que planteaba enormes problemas políticos. La composición de aquellos tribunales revistió muy pronto una extremada importancia, y en torno a ellos se entablaron luchas enconadísimas que contribuyeron a quebrantar todo el sistema.

II.—LA CRISIS DE LOS GRACOS

En aquella Roma en evolución, donde los espíritus se transformaban más de prisa que las instituciones, donde las costumbres se quedan retrasadas en relación con las realidades económicas, era inevitable que, en cualquier momento, se produjese una crisis grave, que pondría en evidencia algunas de las contradicciones que sufría la ciudad. Es significativo que esta crisis

fuese provocada, no por un demagogo surgido de la multitud anónima, ni por un representante de los aliados, de los pueblos conquistados, sino por dos hermanos, Tiberio y Cayo Graco, que contaban entre sus antepasados a Escipión, el primer Africano. Su padre, Ti. Sempronio Graco, había ejercido dos veces el consulado, había sido censor y había triunfado en varias ocasiones. Su madre, Cornelia, era hija del Africano. Su hermana, Sempronia, será la mujer de Escipión Emiliano. Aunque la *gens Sempronia* fuese plebeya, hacía mucho tiempo que había conquistado un puesto de primer rango en la *nobilitas*. Tiberio y Cayo Graco habrían podido contentarse con los beneficios que sus nacimientos les conferían, añadiéndoles los que ellos alcanzasen por sus méritos, pero prefirieron introducir la inquietud en la vida política y desencadenar una crisis de incalculables consecuencias.

a) Tiberio Graco

α) *El hombre y la doctrina política*

Tiberio era el mayor de los dos hermanos (de una familia que contó con doce hijos, de los que tres llegaron a la edad adulta [35]). En efecto, había nacido hacia el 163. Cayo era nueve años más joven que él (nacido en el 154; al parecer, poco tiempo después de la muerte de su padre). Su carrera fue la de todo noble romano; sirvió en Africa, a las órdenes de su cuñado, Escipión Emiliano, y se destacó por su valor y por el ascendiente que alcanzó sobre los soldados, así como por la lealtad a su jefe. En España, donde era cuestor, salvó, gracias al prestigio que su nombre le confería entre los numantinos, a un ejército romano que un comandante inhábil había colocado en una situación difícil. Totalmente decidido a mantener el honor de su casa, era estimulado por las palabras de su madre, que se quejaba ante él de no ser «todavía conocida más que como la suegra de Escipión Emiliano, pero no como la madre de los Gracos» [36]. El ardor que impulsa a Tiberio y que acabará causando su pérdida parece no haber sido, al principio, más que la ambición corriente de un romano deseoso de servir a su patria y de conquistarse el prestigio y el honor que recompensan al hombre de Estado en la ciudad.

Algunos testimonios antiguos, aportados por Plutarco, permiten sospechar que sobre el joven se ejercieron otras influencias: la del retórico Diófanes de Mitilene y la del filósofo estoico Blosio de Cumas, discípulo, a su vez, de Antípatro de Tar-

so. Podría pensarse que la política de Tiberio le fue inspirada por sus amigos, que le habrían facilitado argumentaciones —sobre todo Blosio, pues también nos es presentado como filósofo. Pero, tal como se ha hecho observar muy justamente[37], el estoicismo no parece haber sido sistemáticamente favorable al gobierno democrático. Lejos de eso, en el tiempo de Gonatas, se adaptaba muy bien a la monarquía. Panecio y luego Posidonio se convertirían en los teóricos de la moral aristocrática. Posidonio parecerá partidario de la oligarquía contra los demagogos[38]. En todo caso, el estoicismo podía apoyar a una monarquía «ilustrada», en la que el soberano desempeñase el papel que en el espíritu humano desempeña la razón «directora» (ἡγεμονικόν). ¿Cómo podría imaginar que se entregase el poder a aquellos «locos» que son, a los ojos del sabio, los hombres a los que no ilumina la filosofía?

El problema es muy distinto si se considera el pensamiento estoico en las exigencias fundamentales de su moral y no ya en sus aplicaciones políticas. Una de las virtudes del sabio es su «justicia», que la Escuela define: «la ciencia que da a cada uno lo que le pertenece». Y el criterio para determinar lo «debido» es, evidentemente, el mismo que sirve para descubrir el supremo bien, el fin último de toda acción humana: la conformidad con la naturaleza. Se comprende que, en tales condiciones, podía nacer la idea de una política de la justicia —que no consistía en llamar al poder a las masas populares, sino, por el contrario, en dirigirlas, en aportarles lo que es indispensable para una vida «según la naturaleza». Una política que se fijaría como finalidad la de enderezar las «perversiones» que desfiguraban la «naturaleza».

Así es, probablemente, como hay que interpretar el célebre relato de Cayo Graco en que cuenta que su hermano, al atravesar el país etrusco (la Toscana) para dirigirse hacia España, había advertido la pobreza de aquella tierra en otro tiempo tan fértil, y notado que en los campos no se veían más que esclavos de origen bárbaro en lugar de los campesinos italianos de antaño. Y ante aquel espectáculo se habría formado Tiberio la primera idea de su política[39]. De ser así, aquel viaje, que data del 137 y es anterior en cuatro años a su tribunado, cristalizó, de pronto, si no en una doctrina precisa, al menos en una actitud en parte instintiva, en una reacción del corazón tanto como de la inteligencia.

Lejos de ser un idealista apasionado de un «socialismo» teórico[40], Tiberio parece haber sido un reformador realista, consciente, de pronto, del peligro mortal que a la ciudad romana

hace correr la política desastrosa y «perversa» (contra la naturaleza de las cosas) del Senado, o, por lo menos, de una fracción importante de la institución. Una política cuyo resultado es el de quitar al poderío romano lo que hasta entonces ha constituido su esencial apoyo: el campesinado italiano. El recuerdo de la segunda guerra púnica (un recuerdo de familia para los nietos del gran Escipión) está vivo aún: ¿no fue la ayuda, la fidelidad inquebrantable de las ciudades aliadas, muy especialmente de las ciudades de Etruria, cuyo ocaso es tan cruel, lo que impidió que Aníbal tomase Roma? Ahora, cuando la tierra está en poder de los grandes propietarios romanos, que indebidamente ocupan los mejores campos del *ager publicus*[41], Roma está como aislada en medio de un pueblo de esclavos. Pero, precisamente en el curso de aquellos mismos años, en Sicilia, donde son una realidad desde hace mucho tiempo las mismas condiciones que Tiberio lamenta en Italia, se revelan las terribles consecuencias del sistema.

El conflicto había estallado en el 135, en Enna, cuando los servidores de dos dueños crueles, Damófilo y su mujer, se habían rebelado y tomado posesión de la ciudad[42]. Los otros esclavos de la isla no habían tardado en tomar también las armas, y, bajo la dirección de un sirio, un pastor llamado Euno, se constituyeron en ejército. Euno se hizo proclamar rey, con el nombre de Antíoco; otro jefe, procedente de la región de Agrigento, un ciliciano llamado Cleón, fue a integrarse bajo la autoridad de Euno. Los habitantes tenían que encerrarse en las ciudades, y el campo era arrasado a sangre y fuego, pero llegó un momento en que ni las murallas podían ya detener a los rebeldes. Un ejército romano, enviado para restablecer el orden en el 134, no obtuvo resultado alguno. Fueron necesarias tres campañas sucesivas para poner fin a la sublevación.

La rebelión de Euno estimuló a los esclavos a sublevarse, un poco en todas partes, en Grecia y en Italia. Los movimientos que se produjeron, por ejemplo, en Delos, el gran puerto por donde pasaban cada año inmensas multitudes de esclavos, no alcanzaron las dimensiones de la verdadera guerra que Roma tuvo que mantener en Sicilia, pero constituían una seria advertencia: en la economía que se organizaba, una economía «a la oriental», el papel esencial que correspondía al trabajo de los esclavos no podía menos de inquietar a los espíritus clarividentes. De un modo más general aún, el gran cambio que Roma experimentaba y que le daba como una nueva forma, al hacer que su economía y su estructura social fuesen cada vez más semejantes a las de los reinos helenísticos, se parecía demasiado a una repulsa de

la tradición nacional para que una gran parte de la nobleza romana no tratase de ponerle un dique.

β) *El tribunado de Tiberio*

La legislación propuesta por Tiberio durante su tribunado (que se inició el 10 de diciembre del 134) no tenía nada de revolucionaria. Había sido preparada de acuerdo con varios personajes que no eran, ciertamente, demagogos: el gran pontífice Licinio Craso, el jurisconsulto Mucio Escévola y Apio Claudio Pulcro, el propio suegro de Tiberio[43]. Recogía lo esencial de otras leyes anteriores que habían sido abandonadas por sus propios autores o que no habían sido aplicadas. La ley *Sempronia* tenía presente el principio jurídico en que se fundaba el estatuto del *ager publicus,* denunciaba las usurpaciones, decidía que todos los ocupantes sin títulos fuesen expulsados de las parcelas de que se habían adueñado indebidamente, pero reconocía a los ocupantes «de buena fe» el derecho a explotar una extensión de 500 *jugera* (es decir, 125 hectáreas), a los que se añadían 250 *jugera* suplementarios por hijo. Por último, el derecho de ocupación reconocido según la ley se transformaría en derecho de propiedad pura y simple, exento de todo impuesto.

Por otra parte, las tierras recuperadas serían repartidas entre los ciudadanos pobres, de lo que se encargarían tres comisarios, verdaderos magistrados elegidos por el pueblo, los *triumviri iudicandis adsignandis agris.* Los lotes serían de 30 *jugera* (7,50 hectáreas) y los beneficiarios no tendrían derecho a venderlas. Los objetivos de aquella ley estaban claros. Tiberio los expuso en un gran discurso que precedió a la *rogatio,* y subrayó de un modo muy especial la injusticia del régimen vigente, que privaba de sus tradicionales medios de existencia a las poblaciones italianas, emparentadas (decía expresamente Tiberio) con los romanos. En realidad, no se comprende muy bien cómo la ley, que preveía la distribución del *ager publicus* entre los ciudadanos pobres, ayudaba directamente a los italianos; sólo cabe pensar que Tiberio pretendía dar nueva vida a la agricultura en su conjunto, aumentando la población rural, devolver a las pequeñas ciudades su prosperidad de otro tiempo, y también, sin duda, crear colonias nuevas.

Ante la votación de la ley, la mayor parte de los senadores se asustó. Las leyes anteriores sobre el *ager publicus* habían podido ser fácilmente ahogadas. La institución de los *triumviri* impedía que sucediese lo mismo con la *rogatio Sempronia,* una vez adoptada. Prácticamente, la gestión del *ager publicus,* confiada desde tiempo inmemorial a los Padres, dejaría de perte-

necerles y pasaría a aquellos tres «dictadores» cuya autoridad era inapelable. Los senadores iniciaron una violenta campaña contra la ley, repitiendo a quien quería escucharles que las medidas previstas eran inicuas, que se trataba de arrancarles el producto de su trabajo, las vides que habían plantado, el techo que ellos mismos habían construido; decían que en aquellas tierras que les iban a quitar estaban las tumbas de sus antepasados, que aquellos campos les habían sido transmitidos, en la mayoría de los casos, por herencia, o que ellos los habían comprado a otros, y que aquella redistribución sería la ruina de todo el Estado[44]. La ciudad se dividió en dos bandos, y, con la ciudad, toda Italia, porque el problema se planteaba en los mismos términos en las pequeñas ciudades del Lacio o de Etruria, hasta el punto de que, de una ley que, en su principio, debía devolver al Estado romano su equilibrio de otro tiempo, surgía una situación casi revolucionaria, en la medida en que, entre la masa del pueblo y el Senado, se perfilaba una total oposición de puntos de vista. Muchedumbre de campesinos privados de sus tierras por las usurpaciones de los nobles y todo el proletariado rural acudieron a Roma para apoyar la ley, y el día en que se reunieron los *comitia tributa* (con toda seguridad, hacia finales de abril[45]) no hubo duda de que la *rogatio* sería adoptada.

Los senadores opuestos a la ley recurrieron entonces a una maniobra desesperada: provocaron contra ella el veto de un tribuno, Octavio, colega de Tiberio. La sesión de los comicios fue dramática. Apenas el actuario había comenzado a leer el texto de la *rogatio*, Octavio, en uso de sus derechos de tribuno, le prohibió continuar. Tiberio se indignó, pero Octavio persistió en su prohibición. El Senado, al que se trató de tomar como árbitro, se limitó a insultar a Tiberio, que se retiró sin haber conseguido nada. Si Tiberio, con un poco de paciencia, se hubiera resignado a esperar hasta la elección de nuevos tribunos, la dificultad habría podido ser superada, sin duda alguna. Pero entonces tampoco sería tribuno ya el propio Tiberio, que tendría que dejar a otro la misión de hacer triunfar la *rogatio*, con lo que su *dignitas* sufriría. Intentó lograr la decisión por otro medio. Pidió a los *comitia tributa* que votasen la destitución de Octavio. La medida no tenía precedente, pero Tiberio, a pesar de eso, lo consiguió. Octavio fue destituido de su magistratura y se retiró. Inmediatamente se designó un nuevo tribuno, y el colegio, ya unánime, permitió el paso de la ley, que al fin fue votada.

La «constitución» romana no estaba entonces, ni lo estuvo nunca, a pesar de algunas tentativas[46], codificada en un texto. Cualquier innovación adquiría el carácter de precedente, y, por esa razón, producía inquietud. El equilibrio laboriosamente obtenido entre el poder del pueblo y la administración de los senadores (cuyos magistrados eran, en la mayoría de los casos, mandatarios investidos por un año) quedaba comprometido por la deposición de Octavio, tanto como por la designación de los triunviros encargados de la ejecución de la ley, y que eran el propio Tiberio, su suegro, Apio Claudio, y el hermano de Tiberio, el joven Cayo. Pero tal vez los Padres se habrían inquietado menos sólo con que hubieran pensado que se había dado al pueblo una parte mayor del poder efectivo, y si no tuviesen la impresión de que el principal beneficiario de la nueva situación era, no el pueblo, sino su *leader,* el tribuno aristócrata. En resumen, se empezó a asegurar (unas veces, sinceramente, pero, en la mayoría de los casos, tal vez, hipócritamente) que Tiberio tenía la intención de hacerse proclamar rey. No faltaban los paralelismos con los tiranos de la Grecia arcaica, o, más recientemente, con los de Sicilia, e incluso —comparación más temible— con los demagogos subversivos que habían conducido a su ruina a Corinto y a Esparta unos años antes. Así, uno tras otro, los senadores que hasta entonces habían sido amigos de Tiberio se apartan de él. Y se espera al mes de diciembre, que devolverá al tribuno su condición de simple particular, para poder entonces acusarle y arruinar su carrera.

Ante aquella amenaza, Tiberio decide pedir al pueblo un segundo tribunado. Aquello era inaudito: las leyes no lo prohíben, pero tampoco lo prevén. Es una flagrante violación del sistema tradicional: el poder popular no podía ponerse así en manos de un tribuno que se perpetuaría en su magistratura y que tendría la facultad de obligar al Senado a aceptar las medidas más absurdas. Roma, al emprender aquel camino, renegaría de toda su tradición. Los Padres no podían consentirlo. Por otra parte, el pueblo mismo, reducido, el día de la elección (en julio), sólo a la plebe urbana, ya no estaba animado por el entusiasmo que, unos meses antes, había impuesto la votación de la ley. Cuando se abre el escrutinio, Tiberio comprende que está casi solo. Incluso los otros tribunos le abandonan. El gran pontífice, Escipión Nasica, considera llegado el momento de satisfacer su odio personal contra Tiberio, y, abandonando precipitadamente la sala en que se reunía el Senado, arrastra consigo a todos los enemigos del tribuno, con lo que forma una pequeña tropa de senadores y caballeros que acomete a Tibe-

rio y a los suyos en medio de una asamblea popular esquelética. Los asaltantes rompen los bancos, se apoderan de garrotes y persiguen a los partidarios del tribuno, que ni siquiera tiene tiempo ni sangre fría para reagruparse y resistir. Nasica y sus gentes matan a golpes a todos los que pueden alcanzar. Tiberio, que ha tropezado al huir, es muerto por el propio Nasica [47].

γ) *De Tiberio a Cayo*

La muerte de un tributo era cosa grave. En el Senado, una vez restablecida la calma, hasta los «ultras» parecen estupefactos ante el crimen que habían cometido con la excusa de haber restablecido así la legalidad. No se habló de abolir la ley *Sempronia,* ni se intentó siquiera entorpecer su funcionamiento. Por un acuerdo tácito, se convino que la desaparición de Tiberio bastaría para devolver la concordia a la ciudad, y fue al partido «moderado» —el que había apoyado los proyectos de Tiberio, al principio, antes de los excesos cometidos por el tribuno— al que correspondió la tarea de borrar el recuerdo del motín. Las circunstancias se prestaban a aquella política de apaciguamiento. Atalo III acababa de morir, y su testamento abría a los romanos las puertas del Asia y de sus tesoros [48]. Numancia caía bajo el asedio de Escipión Emiliano, y las revueltas de los esclavos eran aplastadas. La opinión pública no podía menos de felicitar al Senado por las felices consecuencias de su política y devolverle su confianza. Para «expiar» el monstruoso homicidio del tribuno, se decidió, después de consultar los Libros Sibilinos, rendir excepcionales honores a Ceres, lo que estaba conforme con la tradición, pues Ceres, patrona de la plebe, garantizaba la inviolabididad de los tribunos, pero era también un homenaje de los Padres a la pleble entera. Nasica, el homicida, fue alejado de Roma, para lo cual se le incluyó en la comisión encargada de concertar en Asia la sucesión de Atalo.

Mientras tanto, la ejecución de la ley agraria proseguía. En el colegio de los triunviros, el lugar de Tiberio fue ocupado por P. Licinio Craso, el suegro de Cayo. El propio Cayo volvió de España al mismo tiempo que Emiliano, pero enemistado con él, porque Emiliano se había declarado públicamente contra Tiberio y había justificado su asesinato. Cayo, por su parte, no tiene más que un propósito: continuar la obra de su hermano y vengarle. Durante los años que le separan de su tribunado (iniciado el 1 de diciembre de 124) se prepara a actuar y trabaja por asegurar su influencia en el Senado y ante el pueblo. Deberá esta influencia, en primer lugar, a su elocuencia, a la que el

propio Cicerón rendirá homenaje a pesar de la total divergencia de sus políticas, y también a las amistades de que se rodea. Convencido de que Tiberio había fracasado porque se había lanzado, a la ligera, a una aventura cuya dirección no había podido controlar nunca, Cayo no libró sus luchas más que después de una larga preparación. Finalmente, cuando sea tribuno, propondrá, no una sola ley, sino un coherente sistema de reformas, de las que, si hubieran sido aplicadas, la República tendría que salir transformada y como renovada. Las consecuencias de su *rogatio* se habían impuesto a Tiberio. Cayo ha meditado el tiempo suficiente para haber previsto las condiciones necesarias para su triunfo: su fracaso final no es el de un demagogo abandonado por sus seguidores, sino el de un político batido en su propio terreno por unos adversarios más afortunados.

b) Cayo Graco

Cayo, al aceptar sin reservas la herencia de su hermano, emprende la enérgica aplicación de la ley agraria. Pero a medida que se ampliaba la acción de los triunviros, aumentaba el número de los descontentos: la ley de Tiberio excluía del reparto a los italianos y, más aún, recuperaba tierras concedidas a las ciudades aliadas y perjudicaba tanto a los propietarios locales como a los grandes *possessores* romanos. Poco a poco resultó evidente que la ley agraria levantaba contra Roma a todo el conjunto de sus aliados. Era el principio mismo de la Confederación el que se encontraba en entredicho. Lógicamente, los italianos se dirigieron al hombre que, en el Estado romano, gozaba del mayor prestigio, y cuya autoridad era la única que podía protegerles, el hombre también cuyo abuelo había sido, en otro tiempo, el campeón de aquellas mismas poblaciones durante la segunda guerra púnica. Se dirigieron, pues, a Escipión Emiliano, y éste consiguió una importante modificación de la ley: en adelante, los procesos originados por su aplicación no serían planteados ante los triunviros, sino ante los cónsules. Y, yendo aún más lejos, propuso que los efectos de la ley no pudiesen prevalecer contra el *foedus* de cada ciudad italiana[49]. Iba a iniciarse el debate. Se esperaba el gran discurso que Emiliano debía pronunciar al día siguiente, y él se había retirado a su habitación, por la noche, con sus tablillas, para prepararlo. Pero, al día siguiente por la mañana, se le encontró muerto. Había sucumbido probablemente, a una crisis cardíaca repentina, pero, por un momento, corrió el rumor de que había sido asesinado. Sin embargo, ni

siquiera sus amigos hicieron nada por desautorizar aquella calumnia, y cuando, después, algunos adversarios políticos de los Gracos se atrevieron a acusar a la propia mujer de Escipión, Sempronia, y a su madre, Cornelia, de haber asesinado a Emiliano, no se trataba más que de infames designios desprovistos de todo fundamento [50].

La muerte de Emiliano paralizó la ejecución de la ley agraria. Cayo fue enviado a Cerdeña como cuestor, y permaneció allí durante dos años (127-126), lo que interrumpió su acción. Aquel tiempo de reflexión le fue útil. Las circunstancias habían cambiado desde la primera *rogatio* de Tiberio. Los hombres de negocios, los que muy pronto llevarán el nombre de «caballeros romanos», toman cada vez más conciencia de su fuerza. Un plebiscito, fechado en el 129, les distingue explícitamente de los senadores, retirando a éstos la condición de «caballeros» (*equo publico*, según la vieja fórmula). En adelante, los senadores no figurarían ya en las centurias ecuestres [51], y la mayor fuerza de votación en los *comitia centuriata* pasa a los nuevos «caballeros». Al mismo tiempo, el ajuste de los asuntos de Asia subraya la oposición larvada que separa ya a caballeros y senadores.

α) *Los asuntos de Asia*

Tras la muerte de Atalo III, un hijo de Eumenes, el rey precedente, y de una concubina de Efeso, se había negado a aceptar el testamento que legaba el Reino al pueblo romano, reclamando la sucesión para sí mismo. Este pretendiente, llamado Aristónico [52], se apoyó en la masa popular y, especialmente, en los esclavos. Se atrajo también a un buen número de mercenarios y una parte de la flota. Para Roma, no era un enemigo despreciable, y menos aún, porque el movimiento de Aristónico, por su carácter popular, parecía un eco de la revuelta de esclavos de Enna y de los diversos movimientos que entonces se producen [53]. Aristónico había dado a sus partidarios el nombre de Heliopolitanos, o «Ciudadanos del Sol», y este nombre dio origen a muchas especulaciones, sin que a nosotros nos resulte muy claro [54]. ¿Quería Aristónico crear una ciudad universal, cuyos miembros serían todos iguales «bajo el Sol», o se hallaba a la cabeza de un movimiento esencialmente asiático, colocado bajo la invocación de la «colega» de la Diosa Siria, la Señora de Baalbeck a la que rendía culto Euno, el jefe de la rebelión siciliana? Tal vez un poco de todo esto. Que Blosio de Cumas, tras la muerte de Ti. Graco, buscase asilo cerca de Aristónico no demuestra que éste fuese un adepto de aquel estoicismo «social» cuya realidad se comprende mal. Un enemigo de Roma no tenía ya muchos

asilos posibles en el mundo. En cualquier caso, los reyes vecinos de Pérgamo prestaron su ayuda a los romanos contra Aristónico, lo que no impidió que Licinio Craso, el aliado de los Gracos, que había sido enviado al Asia con un ejército consular, fuese vencido y muerto. M. Perpenna, el cónsul del 130, le sucedió y alcanzó una victoria decisiva. Entonces, se planteó el problema de la organización que recibiría la nueva provincia. M. Aquilio, el cónsul que había sucedido a Perpenna (muerto antes de regresar a Roma), decidió no cambiar nada en las instituciones fiscales de los Atálidas, lo que causó gran disgusto entre los caballeros, decepcionados al no ver las riquezas del reino canalizadas por los publicanos. Pero, además, Aquilio redujo la extensión de la nueva provincia, al ceder a los reyes aliados partes importantes del dominio legado por Atalo. Se pretendió que el cónsul había sido comprado por los beneficiarios de aquellas generosidades, y, aunque una acusación *de repetundis*, ante el jurado senatorial, terminó en absolución, la opinión creyó firmemente en su culpabilidad.

β) *La política de Cayo*

En tales circunstancias, C. Graco volvió de Cerdeña, donde los Padres habrían preferido verle permanecer más tiempo aún, como simple cuestor. Pero volvió, y nadie se atrevió a reprocharle un regreso para el que no se había apresurado mucho. Inmediatamente, encaró, con su amigo M. Fulvio Flaco, *triumvir agris iudicandis* desde 130 y cónsul para el 125, la mayor dificultad que había bloqueado la aplicación de la ley agraria. Flaco presentó un proyecto que preveía para los italianos que lo deseasen la obtención del derecho de ciudadanía romana. El Senado, unánime, se opuso a la *rogatio*, que no fue llevada ante el pueblo. Se sospecha, sin embargo, que los censores del 125 aumentaron notablemente, por su propia autoridad, el número de los ciudadanos, dando así oficialmente a los aliados la satisfacción que oficialmente les había sido negada[55]. Una segunda precaución fue el depósito (y la votación) de una ley autorizando la elección de un tribuno para un segundo año de magistratura. Después de esto, Flaco, terminado su consulado, partió para la Galia Transalpina a la cabeza de un ejército y comenzó una campaña contra las poblaciones indígenas. En el mes de julio del 124 Cayo era elegido tribuno en medio de una gran asistencia del pueblo, que ponía su esperanza en él.

Cayo se presenta entonces, al comienzo de su tribunado, con todo un programa de leyes. En su primer discurso enumera sus artículos: una ley agraria, otra relativa al ejército, destinada a

aliviar las cargas del servicio para la tropa, una tercera concediendo el derecho de ciudadanía a los aliados, la cuarta sobre la *annona,* asegurando trigo a los pobres a bajo precio, y, en fin, la última modificando la composición de las *quaestiones perpetuae* y previendo la presencia de 300 caballeros en los jurados al lado de 300 senadores[56]. Más que el pueblo bajo, de aquellas leyes debía beneficiarse, sobre todo, la burguesía. Por ejemplo, las asignaciones previstas por las nuevas disposiciones serán de 200 *jugera,* y no de 30 como en la primera ley *Sempronia.* Y, al mismo tiempo quedan explícitamente exentas de la recuperación las partes más ricas del *ager publicus:* el territorio de Capua, el de Tarento y algunas partes del Lacio, que eran los feudos por excelencia de los *Patres.* Todo se reduciría a instalar una colonia de ciudadanos romanos en Tarento y otra en Capua, tocando lo menos posible a los intereses adquiridos.

Este programa fue realizado, punto por punto, con algunas adiciones, como la *lex Sempronia* acerca de las provincias, que obligó al Senado, en adelante, a proceder a la designación de las provincias antes de las elecciones consulares, lo que, a la vez, impedía a los senadores elegir las provincias en función de los que tendrían que administrarlas y confería a la asamblea popular la facultad de dar sus votos a los hombres que ella deseaba enviar a tal gobierno. Esta ley presentaba, además, otra ventaja, de la que eran beneficiarios los caballeros: los senadores ya no dispondrían de una arma temible contra ellos, puesto que ya no podrían enviar a donde quisieran, y según las necesidades momentáneas de su política, un gobierno encargado de oponerse a los intereses de los publicanos. Para demostrar toda la importancia que daba a los caballeros, Cayo hace revisar el estatuto de la provincia de Asia, establecido por Aquilio, y, suprimiendo la fiscalización de los Atálidas, instituye un sistema análogo al que regía en Sicilia desde hacía un siglo[57]. Los habitantes pagarán un diezmo, que sería arrendado, y las adjudicaciones tendrán lugar en Roma bajo la supervisión de los censores. Los adjudicatarios no podrán ser más que caballeros romanos. Así, éstos se encuentran constituyendo una verdadera clase, oficialmente reconocida. En el teatro, Cayo hace que se les reserven, mediante una ley, sitios separados, al lado de los ocupados por los senadores.

A finales del 123 podía parecer que Graco había ganado la partida. Reelegido tribuno, tenía a su lado a su amigo Flaco. que había regresado de la Galia como triunfador. El movimiento de colonización se extendía. Una ley presentada por otro tribuno, Rubrio, encargó incluso a los triunviros la fundación de

una colonia en Africa, al lado del sitio maldito de Cartago. Cayo y Flaco aceptaron, felices, sin duda, por la posibilidad que se les ofrecía de dar tierras a millares de ciudadanos romanos y también a italianos. Pero aquél fue el comienzo de su caída. Aprovechándose de su ausencia (Flaco y después Cayo tuvieron que trasladarse a Africa para organizar su colonia de Cartago), sus adversarios levantaron contra ellos a uno de sus colegas, Livio Druso, a quien confiaron la misión de poner en práctica una política de mayores ofertas, destinada a quitar a unos tribunos demasiado populares el afecto y el apoyo de sus partidarios. Así, cuando en mayo del 122 (aproximadamente), Cayo propuso medidas que tendrían como efecto el de conceder a los italianos al derecho de ciudadanía romana, fracasó. El egoísmo de la plebe urbana se negó a acoger a los aliados y compartir con ellos el premio de la conquista común. Y, en las elecciones siguientes, ni Flaco ni Cayo fueron reelegidos tribunos.

Los oligarcas apuraron su ventaja, desencadenando contra la ley agraria una campaña de calumnias, con la ayuda de Papirio Carbón, el tercero de los triunviros, que había partido para Cartago y que desde allí enviaba las noticias más alarmantes, especialmente, la de que los lobos habían arrancado las columnas que delimitaban las parcelas. Cuando se consideró suficiente la preocupación popular, un tribuno, Minucio Rufo, propuso anular todas las fundaciones de Cayo. La *rogatio* fue llevada ante el pueblo. Cayo se defendió y pronunció un discurso patético, cuyos ecos nos han sido conservados por Cicerón[58]. La votación se aplazó hasta el día siguiente. Por la mañana, Cayo fue al Capitolio, acompañado de sus amigos. Un hombre parece amenazar a Graco, y cae inmediatamente muerto por los asistentes. L. Opimio, el cónsul, que se había jurado acabar con Graco, tiene ya su pretexto. El cadáver es llevado a la curia, y los Padres votan una moción pidiendo al cónsul «que tome las medidas necesarias para salvar al Estado». Era la declaración de guerra entre los oligarcas y el partido de Cayo.

Toda la jornada se hicieron preparativos propios de una ciudad en estado de sitio. Graco pensaba que podría contar con los caballeros, pero éstos le abandonaron y siguieron al cónsul que los había movilizado. Cayo y Flaco se habían refugiado en el Aventino, atrincherándose en el templo de Diana. Las columnas de Opimio se lanzan al asalto y se apoderan del templo. Sólo Cayo consigue huir, y alcanza la orilla derecha del Tíber, en el bosque sagrado de la ninfa Furina, con un solo esclavo. Y allí sucumbió, muerto, sin duda, a petición propia, por su esclavo, que se suicidó sobre su cuerpo. Opimio prosiguió la re-

presión. La matanza alcanzó a más de tres mil ciudadanos, de los que fueron profanados hasta los cadáveres. La casa del tribuno fue arrasada, y toda su fortuna fue confiscada, incluida la dote de su mujer.

La victoria de la facción irreductible del Senado marca una etapa en el declinar de la República. Por primera vez, se hace evidente que unos intereses de clase han prevalecido sobre el bien del Estado. El Senado ya no es el consejo moderador de la ciudad que su vocación le llamaba a ser en la República equilibrada que había salido de la segunda guerra púnica. Ya no es más que el instrumento de que se sirven algunos hombres, algunas familias ávidas de sacar del poder todos los beneficios posibles, y totalmente decididas a hacer las mínimas concesiones inevitables para apaciguar a la plebe, pero también a impedir que ésta pudiera recuperar, gracias a nuevos jefes, la fuerza irresistible que había puesto al servicio de los Gracos. Así, los oligarcas levantaron, en el curso de los años siguientes, falsos «leaders» populares, cuyas concesiones y audacias dosificarán y calcularán. Pero saben también que no pueden gobernar solos: tienen que contar con los caballeros. Así, mientras un cierto número de medidas minimizan el alcance de las reformas y de las leyes de Cayo Graco, el de las leyes que habían beneficiado a los caballeros se mantiene intacto. Cada vez es más evidente que la ciudad romana está dividida en dos grupos: el de los que concentran la riqueza en sus manos, y el de los que no poseen nada. Era fatal que en estas condiciones se produjese un incesante enfrentamiento, una discordia latente, cuya realidad desmentía el cínico optimismo de Opimio que, inmediatamente después de la sangrienta represión en que se había complacido su crueldad, hizo edificar en el Foro, al pie del Capitolio, un templo a la Concordia.

III. DE LOS GRACOS A SILA

La guerra era tradicionalmente la justificación y la coartada de la nobleza: su primacía se había instaurado en medio de las angustias de la segunda guerra púnica. Y fue por medio de la guerra, esta vez abiertamente imperialista, como trató de distraer la atención de la plebe y, al mismo tiempo, de despertar sus

esperanzas. Flaco había comenzado la conquista de una banda de territorio en el límite de la Galia Cisalpina. Su sucesor, C. Sextio Calvino, completó su victoria, expulsó de su *oppidum* de Entremont a los salios, vecinos turbulentos de Marsella, y fundó, en la llanura, la ciudad de *Aquae Sextiae* (hoy, Aix-en-Provence). Esta fundación no era más que una etapa en el avance romano. En el 122, el cónsul Cn. Domicio Ahenobarbo lo reanudaba con mayores medios. Al año siguiente, en plena reacción contra el partido de los Gracos, un segundo ejército consular, mandado por Fabio Máximo, unía sus fuerzas al de Domicio. Los dos juntos alcanzaron, el 8 de agosto del 121, una gran victoria sobre los arvernos y los alóbroges, que se habían unido contra el invasor. Y, mientras Fabio regresaba a Roma, Domicio proseguía su marcha, bordeando el pie de Las Cevenas, manteniendo a raya a las poblaciones celtas, que se retiraron a las montañas, y jalonando así la frontera de una nueva provincia.

Esta nueva provincia, en el 118, iba a tener una capital en el marco de lo que aún subsistía de la ley agraria. La colonia de Narbón Marcio se estableció en el lugar de la actual Narbona. Allí se instalaron, especialmente, veteranos de Domicio, pero es evidente que toda la plebe podía encontrar en aquella extensión del dominio romano como una compensación a la pérdida de las porciones del *ager publicus* divididas en lotes en Italia por Cayo Graco, y que los grandes propietarios se dedicaban activamente a recuperar por todos los medios, legales e ilegales. Si la primera idea de una intervención romana en la Galia había partido —como es probable— de los griegos de Marsella, a quienes hostigaban los salios del interior, la instalación de la colonia de Narbona constituía para la vieja ciudad focense una amenaza mucho más grave. Roma era ya dueña de la ruta terrestre que unía a Italia con España; sus colonos cultivarían las ricas llanuras del interior del país, y sus comerciantes asegurarían el tráfico comercial con las poblaciones indígenas. A la Galia en vías de helenización (por otra parte, bastante lenta) sucedía el comienzo de una Galia romanizada.

La primera empresa del imperialismo senatorial, apoyado por el imperialismo económico de los caballeros, termina de un modo totalmente favorable a la nobleza. Pero, muy pronto, de la guerra misma iba a surgir la crisis en que se hundiría el prestigio de los grandes.

a) La guerra de Yugurta

En el momento de escribir el relato de la guerra que enfrentó a los romanos y al rey númida Yugurta, Salustio daba las razones que le habían inducido a elegir aquel tema: «en primer lugar —decía—, porque esta guerra fue larga y encarnizada, con alternativas de triunfos y de reveses, y también porque entonces se tuvo, por primera vez, la audacia de oponerse directamente al orgullo de los nobles»[59]. Por primera vez, en efecto, el derecho de los senadores a dirigir una guerra fue negado por el pueblo, y, con razón o sin ella, resultó que un hombre «nuevo», el rudo C. Mario, cuya carrera había sido enteramente militar, salido de una pequeña ciudad del Lacio, se imponía contra un enemigo del que no habían podido dar cuenta los *imperatores* precedentes, nobles.

El conflicto se desencadenó por la muerte del rey Micipsa, el último de los hijos de Masinisa y uno de aquellos a quienes Escipión Emiliano había atribuido la sucesión en Numidia[60]. Micipsa había sido un aliado fiel para Roma, suministrándole, según los casos, trigo, elefantes o contingentes de tropas. Pacífico, había intentado atraer a su Reino, y especialmente a su capital, Cirta (Constantina), una colonia griega que pudiera civilizar un poco a sus rudos súbditos[61]. Pero, a su muerte, comenzaron las dificultades, cuando se trató de disponer su sucesión. El rey dejaba dos hijos legítimos, todavía muy jóvenes, Aderbal y Hiempsal; mas, junto a ellos, había que tener en cuenta a los sobrinos del rey, Masiva, hijo de Gulusa, Gauda y Yugurta, hijos de Mastanabal. Todos tenían algunos derechos a la corona, porque la realeza había sido declarada indivisa anteriormente por Escipión. El más brillante de todos aquellos posibles pretendientes era, con gran diferencia, Yugurta, pero era hijo de una concubina, no de una esposa, lo que hacía insegura su posición. Enviado por Micipsa con el contingente númida ante Numancia, se ganó la estimación de Escipión Emiliano, y éste recomendó a Micipsa que no dejase de utilizar las cualidades del joven, no sin dar a entender a Yugurta que, con el apoyo de Roma, podría ceñir la corona algún día. Fiel a las promesas de Emiliano, el cónsul M. Porcio Catón, llegado, a la muerte de Micipsa, a disponer la sucesión real, que éste había dejado indivisa entre Aderbal, Hiempsal y Yugurta, legitimado desde hacía algunos años, dividió la Numidia en tres reinos distintos, dando uno a cada heredero[62].

La ambición de Yugurta y su hipócrita crueldad iban a desbaratar muy pronto aquella combinación. Empezó por hacer

asesinar a Hiempsal. Aderbal, atemorizado, busca refugio en la provincia romana, tras un vano intento de invadir por las armas el Reino de Yugurta. Desde la provincia, se traslada a Roma, para pedir justicia al Senado. Al mismo tiempo que él, se presentan ante los Padres unos embajadores de Yugurta. El Senado está dividido. El crédito de Yugurta es grande, y el recuerdo de Emiliano crea a su alrededor un prejuicio favorable. Algunos senadores. siguiendo al cónsul designado, Emilio Escauro, sospechan, sin embargo, de su crimen y, deseosos de extender el dominio romano en Africa, proponen intervenir contra él. Pero son los oligarcas, con L. Opimio, los que hacen triunfar otra solución. Una comisión senatorial se trasladaría al escenario del conflicto para un nuevo reparto entre los dos príncipes supervivientes. La comisión, presidida por L. Opimio, llevó a cabo su tarea en el año 116. Aderbal obtuvo la parte oriental de la Numidia, entre la provincia y la región de Cirta. Yugurta recibió todo el resto, hasta el río Muluca * (confines argelino-marroquíes).

Pero el rey, considerando insatisfactorio aquel resultado, se lanza a comienzos del año 113 sobre el Reino de Aderbal y pone sitio a Cirta. Aderbal se apresura a llamar en su ayuda al Senado. El momento es malo: un ejército romano acaba de ser aniquilado en los Alpes de Estiria por unos invasores teutones. Felizmente para Roma, los bárbaros, tras sus victorias, desviaron su marcha hacia la Galia [63], pero la alarma había sido grande, e incluso Emilio Escauro consideró que habría sido inoportuno inmovilizar fuerzas importantes en Africa. Todo se redujo a enviar una nueva comisión (primavera del 112), que exigió que el rey levantase el sitio de Cirta. Yugurta no lo hizo, y, como Aderbal ofreciese la rendición, él fingió que le perdonaría la vida, pero, cuando hubo entrado en la ciudad, le dio muerte e hizo víctima de una matanza a la población, así como a los comerciantes italianos que en gran número se encontraban establecidos allí.

En contra de su voluntad, los Padres, cediendo a la presión popular, declararon la guerra al rey traidor. Las operaciones cocomenzaron bajo a dirección del cónsul Calpurnio Bestia, a principios del año 111. La campaña, dirigida hacia la parte oriental del Reino númida (en el sur de Tunicia), fue afortunada. Yugurta pidió condiciones de paz, que el cónsul hizo leves, en contra de los evidentes deseos de la opinión romana. El tribuno C. Memmio, que había sido uno de los primeros en reclamar una guerra de castigo contra el rey, protestó violentamente, y consiguió

* Hoy, Miluya.—N. del T.

que Yugurta tuviese que ir a Roma a justificarse, si quería que la paz acordada con Bestia fuese ratificada. Esta vez, Yugurta fue personalmente, y compareció, no ante el Senado, sino ante la asamblea de la plebe, presidida por Memmio. Este le atacó, y le apremió a declarar, por último, la verdad acerca de sus acuerdos con Bestia. Pero otro tribuno, a las órdenes de los Padres, impuso silencio al rey, antes de que hubiera podido abrir la boca. Yugurta no había dejado de comprender que, ante una Roma dividida, era posible, e incluso fácil, no hacer más que su voluntad. Sin embargo, demasiado convencido de esta verdad, no dudó en ordenar el asesinato, en la propia Roma, del joven Masiva [64], a quien se guardaba como rehén a todo evento. No obstante, aquel asesinato fue mal organizado. Masiva fue degollado, ciertamente, pero uno de los asesinos fue preso, y la complicidad de Yugurta quedó demostrada. El Senado tuvo que expulsar de Italia al rey númida.

El cónsul Sp. Albino fue el encargado de reanudar la guerra. Pero, aplazada por Yugurta, que fingía negociar, la verdadera campaña no pudo entablarse antes de fin de año. Sp. Albino, a quien empujaba hacia Roma su deseo de presidir los comicios, había dejado en aquel momento su provincia. Le reemplazaba en el mando su hermano Aulo Postumio Albino, de quien había hecho su *legatus*. Y Aulo, general incapaz, se dejó llevar lejos de sus bases por Yugurta, y tuvo que capitular en campo abierto. Esta vez, ante tal deshonor, la opinión popular reclama el castigo de los culpables, que son, precisamente, los nobles de la facción de los oligarcas. Una comisión investigadora acusa y condena a Calpurnio Bestia, a Sp. Postumio Albino y a L. Opimio. Se elige para dirigir la guerra a un aristócrata «moderado», Q. Cecilio Metelo, «que siempre había gozado —dice Salustio— de una reputación sin tacha» [65].

Metelo se puso seriamente a la obra, totalmente decidido a ponerle fin. La campaña duraría aún cinco años, y, en ese tiempo, se le quitaría el mando a Metelo. Este obtuvo, desde luego, sobre Yugurta, en batalla en regla, un triunfo bastante evidente para que el rey cambiase de táctica y recurriese a la guerrilla. Una ciudad númida, Vaga, a la que se creía sumisa, aniquiló, en el curso de la fiesta de las *Cerealia*, a la guarnición romana que la ocupaba. Esta catástrofe, aunque muy pronto fue vengada con sangre, hizo murmurar al pueblo, tanto más cuanto que, por aquel mismo tiempo, el otro cónsul, M. Junio Silano, sufría en la Galia una dura derrota de parte de los cimbrios, a los que había atacado sin provocación [66]. Plebe y caballeros se unieron entonces para reprochar al Senado aque-

llos reveses. Se impuso una reforma de las *quaestiones,* mediante una *rogatio* de un tribuno, C. Servilio Glaucia. En adelante, los jurados para los procesos seguidos contra gobernadores deshonestos o incapaces estarían compuestos sólo de caballeros[67].

La situación de Metelo, por otra parte, se había hecho más difícil a causa de la campaña que contra él mantenía su propio *legatus,* C. Mario, a quien había tratado de negar el derecho de presentarse a los comicios consulares del 108 (para el año 107). Mario fue elegido, de todos modos, y, al mismo tiempo, un plebiscito retiró su mando a Metelo y confió la dirección de la guerra a Mario para una duración ilimitada. La admiración del pueblo por Mario se tradujo inmediatamente en una gran afluencia de alistamientos voluntarios, y Mario, en lugar de proceder como los *imperatores* anteriores y tomar como soldados a los reclutas pertenecientes a las primeras clases (las más ricas), aceptó preferentemente a los ciudadanos sin fortuna que encontraban en la guerra una posibilidad de enriquecimiento. Era, pues, un ejército popular el que Mario llevó consigo al Africa. Todos aquellos soldados, que no tenían los medios necesarios para armarse a expensas propias, recibieron el mismo armamento, que comprendía, especialmente, el largo escudo cilíndrico y el *pilum.* Se les entrenó en una táctica nueva, que daba a la legión mayor flexibilidad y, al mismo tiempo, más cohesión, gracias a la articulación en cohortes[68]. Mario acabó de forjar el instrumento de la conquista con la ayuda de unos hombres que de ella lo esperaban todo y no vivían más que para el día en que, reintegrados a la vida civil, llevarían, en el pequeño terreno que les habría asignado el general, o, más frecuentemente, en la ciudad más próxima, una existencia sin preocupaciones. Los legionarios no son ya los defensores de Roma y de sus propios bienes, sino los servidores de un general, con cuya generosidad cuentan de antemano.

Mario, en Africa, reanudó vigorosamente la ofensiva. Como Metelo al comienzo de la guerra, alcanzó, desde luego, grandes éxitos, y, después, las operaciones se atascaron nuevamente. Fue necesario recorrer en todos los sentidos el inmenso Reino de Yugurta, tomar sus ciudadelas, una tras otra, obligar, en fin, al rey a refugiarse en Mauritania cerca del rey Boco, hasta el día en que el cuestor de Mario, Cornelio Sila, consiguió de éste que le entregase a Yugurta.

Mario triunfó, el 1 de enero del 104, llevando tras su carro al jefe enemigo encadenado, antes de hacerle ejecutar en el *Tullianum.*

b) Primacía y fracaso de C. Mario

Aún no había celebrado Mario su triunfo, cuando, en ausencia suya, había sido ya reelegido cónsul por el pueblo, que le había asignado por anticipado la provincia de la Galia[69], y —añade Salustio—, en aquel momento, en él se encontraban todas las esperanzas y todos los recursos de Roma. Las amenazas de los bárbaros en la Galia se concretaban; dos ejércitos romanos acababan de ser aniquilados cerca de *Arausio* (Orange), el 6 de octubre precedente; el Senado, que había tenido miedo de Ti. Graco, unos años antes, tenía que aceptar ahora que el pueblo le impusiese la autoridad de un hombre que no se limitaba a hablar como tribuno, sino que disponía, como dueño y señor, de un ejército victorioso, que no era ya el de la República, sino el suyo propio.

Mario se trasladó a la Galia Narbonense para esperar allí a los cimbrios y a los teutones, cuyo regreso se preveía. Cuando los teutones se presentaron en la Alta Provenza, en el otoño del 102, Mario los aniquiló ante Aix. Después fue a Italia, para enfrentarse, junto a su colega Q. Lutacio Catulo, con los cimbrios, a los que derrotó en Verceil el 30 de julio del 101. Como consecuencia de estas victorias, 150.000 esclavos fueron vendidos en Roma y en Italia. Y, durante todos aquellos años, Mario había sido elegido cónsul sin interrupción, lo que no sólo era contrario a las leyes, sino que tampoco tenía precedentes.

Es cierto que otros generales, en aquel tiempo, alcanzaron otras victorias sobre otros enemigos (contra los esclavos de Sicilia, de nuevo sublevados, contra los piratas de Cilicia, a los que la desaparición de las grandes potencias navales helenísticas habían librado de todo temor, contra los escordiscos, siempre al acecho sobre las fronteras de Macedonia), pero aquellas victorias no podían compararse con la que adornaba el orgullo de Mario. Sin embargo, y a pesar de su inmenso prestigio, éste no fue, tras su regreso a Roma, más que un instrumento en manos de dos «leaders» populares, C. Servilio Glaucia y L. Apuleyo Saturnino; halagando su vanidad, facilitándole mediante una ley agraria tierras para sus veteranos, consiguiendo para él ininterrumpidamente el consulado durante diez años, se aseguraron el apoyo de Mario en su lucha contra los oligarcas. A lo largo de dos años, Saturnino y Glaucia hicieron reinar el terror en Roma, hasta el día en que, imprudentemente, creyeron que podían prescindir de Mario. Este, a invitación del Senado, que había puesto fuera de la ley a los dos

agitadores a consecuencia de una tropelía de la que ellos se habían declarado culpables en el curso de una elección, se apoderó de ellos y permitió a sus adversarios que les dieran muerte [70]. Un soldado había sido el árbitro de la interminable querella entre «populares» y nobles. Pero al saber que aquel cambio de última hora le había enajenado la opinión de todos, Mario se volvió al Asia, a donde le llamaba —dijo— un voto hecho en otro tiempo a la Gran Madre.

c) La guerra de los aliados

El terrible fin de los dos agitadores, Saturnino y Glaucia, y la partida de Mario habían devuelto al Senado la apariencia del poder. Pero el juego de la constitución equilibrada, que antes había causado la admiración de Polibio, estaba irremediablemente quebrantado. Pudo comprobarse cuando dos senadores idealistas, el jurista Q. Mucio Escévola y su amigo P. Rutilio Rufo, pretendieron oponerse a los abusos cometidos por los publicanos en Asia. Escévola gobernaba la provincia y Rutilio Rufo era su *legatus*. Juntos, llevaron a cabo una excelente labor, pero a su regreso los caballeros, no atreviéndose a atacar a Escévola, acusaron a Rufo, y, aunque era inocente, el jurado ecuestre le condenó. Rufo se desterró y buscó refugio en la misma provincia de cuyo saqueo se le acusaba y en la que fue acogido con entusiasmo. Los problemas que los Gracos habían intentado resolver seguían sin solución; los remedios contradictorios aplicados hasta entonces, en lugar de mejorar el estado del enfermo, lo habían envenenado.

La experiencia de los treinta años pasados había demostrado que toda acción, para ser eficaz, debía ser emprendida, si no contra las leyes, por lo menos al margen de ellas, y que en la plebe existía una fuerza irresistible, a condición de liberarla y, sobre todo, de controlarla. M. Livio Druso, que pertenecía, como los Gracos (cuya caída había provocado su padre [71]), a las más nobles familias de Roma y que, como ellos, poseía todos los dones del espíritu y de la cultura, trató de utilizar aquella fuerza popular para devolver al Senado su puesto y su función en la ciudad. Animado por una energía indomable (sus enemigos hablaban de una ambición solapada), confiaba en vencer él solo todas las dificultades. Finalmente, sus combinaciones políticas, sus audacias y, muy pronto, sus violencias reavivaron todos los males de que adolecía el Estado,

exacerbándolos y provocando no sólo su propia pérdida, sino una crisis que amenazó con hundir a la misma Roma.

Druso centró su atención, en primer lugar, en los caballeros; su principal objetivo era el de arrancarles el monopolio de las *quaestiones*. Para ello, necesitaba atraerse el reconocimiento de la plebe. Elegido tribuno en el 92, hizo votar una ley frumentaria más demagógica que las precedentes, y después, muy hábilmente, proceder a una devaluación de la moneda (introduciendo en el sestercio, hasta entonces de plata fina, un octavo de su peso en cobre), lo que enriqueció el tesoro y alivió las deudas. Sólo los caballeros, acreedores universales, soportaron los gastos de aquella inmensa *largitio*, que aumentó la popularidad del tribuno. Por último, una nueva ley agraria, más radical todavía que las de los Gracos, cuya ejecución habían paralizado los oligarcas, replanteó el problema del *ager publicus* italiano. Los senadores, sin embargo, permitieron su votación, porque deseaban la de la ley judicial que acabaría para mucho tiempo con la institución ecuestre. Ya habría tiempo, después, de reconsiderar las concesiones que la necesidad les arrancaba ahora.

Druso obtuvo, no sin dificultades, la votación de su ley judicial. Y, fingiendo dar una compensación a los que él así despojaba, hizo incluir entre los senadores a un número de caballeros igual al de los Padres (que ascendía a 300)[72], lo que dio como resultado el descontento de todos: los «ultras» entre los senadores, heridos en su orgullo de clase, los caballeros, que veían con dolor su institución decapitada, y, más aún, entre éstos, los que no tenían la esperanza de verse incluidos en la promoción. La ley no pudo ser votada más que gracias a la intervención masiva de los ciudadanos llegados del campo, que todo lo esperaban de la ley agraria.

Entonces fue cuando se reveló la contradición profunda que viciaba el sistema político. Como en los tiempos de Ti. Graco, la amenaza de una nueva distribución de tierras, cuyos gastos pagarían los aliados, planteó también ahora la cuestión italiana. Druso, naturalmente, lo había comprendido. Había concertado con los aliados un acuerdo secreto, prometiéndoles el derecho de ciudadanía: para obtener las reformas que él consideraba indispensables, no vacilaba en recurrir a una verdadera revolución. Desde hacía mucho tiempo, a la casa del tribuno, en el Palatino, acudían los notables llegados de la montaña, del país de los marsos, que mantenían con él largas conversaciones. El pacto entre Druso y el jefe marso, Pompedio Silo[73], preveía que los marsos prestarían su ayuda al tribuno y contribuirían —en caso

necesario, incluso mediante la fuerza— a hacer votar la *rogatio* de Druso extendiendo el derecho de ciudadanía romana a todos los italianos. Tales alianzas comprometían a Druso a los ojos de todos. Y esto fue más evidente aún cuando los marsos proyectaron asesinar al cónsul Filipo, principal adversario de la *rogatio*. Además, la entrada de los hombres de la montaña en el escenario político despertaba antiguas rivalidades. A los marsos se opusieron los grandes propietarios etruscos, que temían ver a sus campesinos convertirse en ciudadanos romanos y, por consiguiente, en iguales suyos. En aquella atmósfera de guerra civil, Druso, desaprobado oficialmente por el Senado, fue asesinado por un desconocido que se introdujo en su casa, le apuñaló con una cuchilla de zapatero y desapareció.

La muerte de Druso desencadenó la guerra. Las hostilidades comenzaron en el *Picenum*, en *Asculum* (Ascoli Piceno), en el otoño del 91. En unos días, las colonias romanas quedaron aisladas en todas partes, al ser cortadas las comunicaciones por los insurgentes. Después del Piceno, se unen a los rebeldes los marsos, y luego el Samnio, Apulia y Lucania. La finalidad de la guerra no era tanto la conquista del derecho de ciudadanía como el deseo de alcanzar una total independencia, la posibilidad de mantener la vida tradicional de los pueblos de la montaña, basada en el pastoreo de los rebaños trashumantes. La instalación de colonos romanos en las tierras del recorrido era, para aquellos pueblos, una catástrofe, que ellos trataban de evitar a toda costa [74].

Como en los tiempos de Aníbal, el Senado, en torno al cual se congregan todos, va a dar muestras de una energía sin concesiones. Podía contar con las partes más ricas y más pobladas de Italia, Etruria y el país galo. Se recurrió a los jefes más prestigiosos, especialmente C. Mario, pero subordinándoles a cónsules oscuros. Así, apareció, entre los generales encargados de las operaciones, un antiguo pretor, Cn. Pompeyo Estrabón, a quien señalaba para aquella misión su autoridad personal en el Piceno, donde poseía inmensos terrenos. Bastaron diez meses para que las armas romanas afirmasen su poderío sobre un enemigo decidido, bien organizado, pero que no disponía de los inagotables recursos que el imperio facilitaba a Roma. Y, con la esperanza de una victoria próxima, volvió Roma a dar muestras de una generosidad que parecía haber olvidado en la paz. Una *lex Iulia*, presentada por L. Julio César, uno de los vencedores de la guerra, concedió el derecho de ciudadanía romana a los soldados (incluso a los de origen bárbaro, como los de los contingentes españoles) que se habían distinguido en la lucha y a las pobla-

ciones que habían permanecido fieles a Roma. Era abrir el camino hacia la reconciliación. Sin embargo, la lucha prosiguió durante un año todavía. Uno tras otro, los pueblos sublevados tuvieron que rendirse, aplastados por el número. Y, cuando todo estuvo ya a punto de acabar, a finales del año 89, dos leyes sucesivas vinieron a conceder la asimilación total a los insurgentes que se sometiesen al pretor en un plazo de 60 días[75]. Algunos días después caía Asculo y la rebelión quedaba definitivamente sofocada.

a) La guerra civil.

α) *Los datos del problema*

La guerra de los aliados había demostrado que Roma conservaba intactos sus reflejos frente al peligro exterior, y que las virtudes militares, tanto de sus soldados como de su generales, no eran indignas del pasado nacional. Pero, con la vuelta de la paz, también resultó evidente que las instituciones no podían servir ya para administrar un Estado en el que el juego de fuerzas contradictorias sólo permitía elegir entre la parálisis y la revolución. No se puede acusar a una «decadencia de los espíritus», sino, más bien, a la insuficiencia de los valores tradicionales, e incluso al peligro que representaban frente a los nuevos problemas. La cuestión italiana estaba resuelta y, hasta cierto punto, también la cuestión agraria, en la medida en que su solución no era imposibilitada por las dificultades que, en otro tiempo, provocaba la primera. Pero se mantenía en toda su integridad un problema más profundo, más grave: ¿cómo conciliar, dentro del Estado, el papel de la *nobilitas* y la función de los caballeros? ¿Cómo lograr que los intereses contradictorios de los gobernadores provinciales y de los publicanos no diesen origen a perpetuos conflictos en los que se debilitaba el prestigio de Roma y en los que, finalmente, se malgastaban las riquezas del Imperio?

Los senadores tenían como móviles, de acuerdo con la tradición, el deseo de gloria, el orgullo de alcanzar en la ciudad una *dignitas*, una *auctoritas* eminentes. Esto se obtenía mediante los cargos *(honores)*, los triunfos militares, las misiones de todas clases, y también mediante la elocuencia, en el Senado y ante el pueblo, el conocimiento del derecho civil, que permite ayudar a quienes piden ayuda y que luego se convierten en adictos, en electores, en clientes. Esta concepción arcaica de la influencia suponía unas relaciones personales entre los ciudadanos; eficaz en

una pequeña ciudad (se prolongará, durante mucho tiempo, en las ciudades provinciales, bajo el Imperio), resulta peligrosa en una Roma a la que afluyen masas cada vez más numerosas (especialmente, durante la guerra de los aliados) y en la que el cuerpo de ciudadanos se ha ampliado desmesuradamente, dispersándose en colonias cada vez más lejanas. Es difícil conquistar la *dignitas* por la estimación personal que se inspira; a pesar de las leyes que lo prohíben, va haciéndose habitual el logro de la popularidad mediante unas generosidades que agotan hasta las fortunas más sólidas. Se tolera la magnificencia de los juegos, y las distribuciones de dinero a los electores sólo se permiten, en principio, cuando tienen por beneficiarios a los miembros de la tribu a que pertenece el candidato. En realidad, el dinero lo domina todo, y la corrupción es el medio más frecuente de alcanzar los cargos.

En varias ocasiones había parecido que los conflictos surgidos entre el Senado, los caballeros y la plebe habían sido provocados por personajes que trataban de conseguir, por todos los medios, aquella influencia, aquella *potentia,* que constituía el fin supremo. Los intereses materiales ocupaban sólo un segundo término; para los senadores, el dinero no era más que un medio de consolidar su *dignitas,* y por ello sería demasiado simple interpretar la larga sucesión de conflictos que agitaron la República como los episodios de una rivalidad en torno a los beneficios de la conquista. Sin duda, el lujo es cada vez más codiciado, y el nivel de vida se eleva en Roma y en el Lacio o en la Campania; pero este lujo —de la vida cotidiana, del vestido (los tejidos más delicados y los más costosos sustituyen a las telas de lana hiladas en el hogar), de la vivienda, de la mesa, y también el lujo femenino, que se desarrolla notablemente— no se persigue, en la realidad, más que en la medida en que constituye la manifestación de un triunfo social.

La revolución sangrienta que siguió, casi inmediatamente, a la vuelta de la paz a Italia es una de las más próximas consecuencias de este espíritu de ambición. Surgió a propósito de la guerra que provocaron las usurpaciones del rey del Ponto, Mitrídates VI Eupátor, y Roma acabará siendo asediada y tomada por sus propios ejércitos, a las órdenes de un general a quien un rival quitaba el honor de ser el comandante en jefe de las operaciones de Oriente.

β) *Mitrídates y la crisis de Oriente*

La caída del Reino de Pérgamo había roto, en Asia Menor, el equilibrio que acababa por establecerse entre las potencias

principales que se repartían la península, es decir, entre Pérgamo, el Reino de Bitinia y el del Ponto. Con motivo del arreglo de la sucesión de Pérgamo por M. Aquilio [76], Nicomedes II de Bitinia y Mitrídates V Evérgetes, rey del Ponto, habían obtenido una parte de las provincias pertenecientes a los Atálidas. Pero la reacción popular, bajo la influencia de C. Graco, había impedido que aquellas adquisiciones fuesen ratificadas por Roma. En tales circunstancias, uno de los hijos de Mitrídates V, el que iba a convertirse en Mitrídates VI Eupátor, obtuvo la herencia de su padre, a la edad de 12 años aproximadamente (en el 120). De todos modos, hubo de conquistar el poder contra la oposición de su madre, coheredera del Reino, y, por esta causa, llevó durante unos siete años una vida errante en la montaña, que endureció su cuerpo. Se dice que fue también en este período cuando se habituó a soportar dosis cada vez más fuertes de veneno, sabia precaución contra los complots, muy numerosos en las cortes orientales. Finalmente, hacia la época en que comenzaba la lucha de Roma contra Yugurta, Mitrídates se propuso ampliar las fronteras de su Reino y construir un verdadero imperio a orillas del mar Negro. Para ello, ataca al reino de Crimea y establece una especie de protectorado sobre las ciudades griegas del litoral. Al mismo tiempo, Mitrídates restablecía su soberanía efectiva sobre la Armenia Menor y se apoderaba de Trebisonda, así como del Reino de Cólquide. El Ponto Euxino estaba como cercado por los dominios de Mitrídates, pero esto no era bastante todavía para el rey, que aspiraba a dominar toda el Asia Menor. Con la ayuda de Nicomedes, y luego contra él, trata de anexionarse todos los territorios de los que podía adueñarse. Centra su interés especialmente en la Capadocia, lo que, en el 101, provoca la reacción de Roma. Los «populares», que entonces se hallan en el poder, hacen aprobar una ley previendo una intervención armada en Asia, pero la caída de Saturnino y Glaucia impidió su realización, y Mitrídates pudo establecer su protectorado sobre el codiciado territorio. Sin embargo, cuando volvió la calma, el Senado ordenó al rey que evacuase la Capadocia, y, al mismo tiempo, a Nicomedes que abandonase la Paflagonia, de la que se había apoderado. Cuando los armenios intentaron, instigados por Mitrídates y por cuenta de él, invadir a su vez la Capadocia, L. Sila, que gobernaba la Cilicia, fue encargado (en el 92) de reintegrar el país al rey aliado de los romanos, expulsado por el invasor. Sila estableció con el rey parto, Mitrídates II el Grande (homónimo de Mitrídates Eupátor), un convenio que fijaba el Eufrates como frontera entre los partos y Roma. Esta pretendía establecer su influencia, de un modo indiscutible, sobre toda el

Asia Menor e incluso más allá de las estrechas fronteras de su provincia.

Durante la guerra de los aliados, Mitrídates continuó fomentando conflictos, especialmente en Bitinia, donde a Nicomedes II había sucedido su hijo Nicomedes III, cuya autoridad no era unánimemente reconocida. Se envió un ejército romano, al mando de M. Aquilio. Mitrídates, tal vez considerando a los rebeldes italianos más fuertes de lo que eran, inició las hostilidades en el momento mismo en que terminaban en Italia (comienzos del 88). Roma tenía por aliado contra él al rey de Bitinia, pero Mitrídates supo maniobrar de un modo bastante hábil para derrotar, sucesiva y separadamente, a Nicomedes III y a M. Aquilio. Al mismo tiempo, las flotas del rey conseguían sin lucha el dominio del mar. En unos días, todas las fuerzas romanas en Asia, en Cilicia y en el mar fueron aisladas y reducidas a la impotencia. Las ciudades griegas acogían al rey con manifestaciones de alegría, afectando ver en él al nuevo Dioniso, triunfador y tutelar que las liberaba de la tiranía romana. Además, a una orden de Mitrídates, todos los «italianos» residentes en Asia, en todas las ciudades, en todos los pueblos, fueron simultáneamente ejecutados, tanto esclavos como ciudadanos o aliados, niños, hombres y mujeres. Sus fortunas fueron confiscadas y repartidas por mitad entre los asesinos y el tesoro real. En aquella matanza perecieron, quizás, unas 80.000 personas. Los agentes de Mitrídates extendieron más allá del Asia y de las islas la revuelta antirromana y, una vez más, el pueblo de Atenas, aunque favorecido de mil maneras por Roma, se sublevó, incitado por un curioso personaje, llamado, quizás Aristión, y quizás Atenión[77], filósofo y demagogo, que restableció la democracia, se hizo elegir estratego e, inmediatamente, amenazó a Delos. Gracias a la flota de Mitrídates, la isla fue tomada y muertos todos sus habitantes «italianos». Atenas recuperaba la soberanía de la isla, que ahora ya no era más que una roca desierta.

Aquel año, en Roma eran cónsules Q. Pompeyo (un pariente de Pompeyo Estrabón) y L. Cornelio Sila. El Senado había otorgado su confianza a Sila, entonces de cincuenta años de edad[78], aristócrata desdeñoso y que hasta entonces parecía haber tenido siempre ambiciones legítimas. Con el fin de paralizar la oposición popular, Sila había hecho entrar en el colegio de los tribunos a P. Sulpicio Rufo, a quien él creía adicto a la nobleza. En realidad, Sulpicio Rufo esperaba su momento, y, pagado por los caballeros, preparaba el retorno político de Mario. El año anterior, de acuerdo con la *lex Sempronia,* el Senado había declarado consular la provincia de Asia, donde se preveía que, una

vez más, sería necesario hacer entrar en razón a Mitrídates. Y uno de los motivos de la elección de Sila como cónsul había sido, precisamente, el deseo de los Padres de confiarle la dirección de las operaciones en un país que él conocía bien tras su gobierno de Cilicia y su campaña diplomática con los partos. Sulpicio, empujado por los caballeros, pretendía dar a Mario la posibilidad de llevar a cabo una guerra imperialista fructuosa, una guerra que ampliaría la ocupación romana en Oriente y, en consecuencia, los beneficios de los publicanos.

γ) *Sila marcha sobre Roma*

Así, mientras Sila, a finales de año, se encontraba en Capua, donde presidía la concentración de su ejército, Sulpicio presentó, de pronto, tres proyectos revolucionarios, que, si se aprobaban, transformarían la composición del Senado y, entre otras cosas, excluirían de él a Sila, con el pretexto de sus fuertes deudas. Sila corre a la ciudad y trata de impedir que se pongan a votación los proyectos de Sulpicio, pero el motín se adueña del Foro. Sila busca refugio en casa de Mario, y los dos celebran entonces una entrevista secreta, en la que trataron de engañarse mutuamente. Sila prometió a Mario que le dejaría el campo libre en Roma a condición de que él siguiera siendo el jefe de la expedición de Oriente. Mario aceptó, y los dos tenían la firme decisión de volver sobre aquel acuerdo en cuanto pudiesen[79]. Sila volvió sin dificultades a Capua, mientras Sulpicio, en Roma, hacía que el pueblo votase la destitución de Sila como comandante del ejército de Oriente y nombraba a Mario en su lugar. Sila había previsto esta maniobra. Cuando le llega un mensaje oficial, reúne a sus soldados, les comunica la decisión popular y les habla de tal modo que los hombres, pensando que iban a perder los tesoros de Oriente, lapidan a los enviados de Sulpicio y apremian a Sila a marchar sobre Roma para aplastar a los «facciosos». Habiendo conseguido lo que deseaba, Sila levanta el campo y se dirige hacia la ciudad, en la que entra en seguida, por la Puerta Colina, y, como algunos elementos populares trataban de oponerse a su avance a través de Suburra, él mismo arroja la primera antorcha e incendia Roma.

Sila, dueño de la ciudad, impone por la fuerza la abolición de todas las medidas propuestas por Sulpicio y declara fuera de la ley al tribuno y a sus amigos más próximos. A continuación, una vez confirmado en su mando y designados para el 87 los cónsules de su elección, L. Cornelio Cinna y Cn. Octavio, parte hacia Oriente.

La situación política era extraña: Sila estaba comprometido en una guerra que él tenía la misión de dirigir según sus deseos durante todo el tiempo que pudiese. Pero el poder legal pertenecía a dos cónsules cuya fidelidad a Sila era dudosa, y el pueblo, insuficientemente dominado, podía reanudar, de un día a otro, las sediciones y la promulgación de leyes facciosas. Los únicos que habían sido verdaderamente humillados y reducidos a la impotencia eran los Padres, a pesar de que, aparentemente, Sila había actuado en su nombre. Mario había formado parte de los desterrados y, con su hijo, había buscado refugio en Africa, de donde le expulsó el gobernador. De todos modos, pudo reunir algunas tropas, entre las que había conservado su prestigio [60], y, cuando la guerra estalló en Roma entre los dos cónsules —por deseo del Senado, Octavio había intentado eliminar a Cinna, que, por un súbito cambio de opinión, proponía el regreso de los desterrados—, volvió a Italia, llamado por el cónsul faccioso. Recurriendo a sus veteranos y a todos los miserables, muy pronto reunió, con la ayuda de Cinna, un ejército en toda Italia. La ciudad es incomunicada, cercada. Una primera batalla, en el Janículo, da la ventaja a Mario. Algunos días después, el Senado se rendía a Cinna y a Mario. Y, una vez más, la sangre corrió en Roma. Cinna y Mario se repartieron el consulado para el año 86. La intención del segundo era la de partir, lo más pronto posible para Oriente a desposeer de su mando a Sila, pero murió el 17 de enero, de una pleuresía, dejando el poder a Cinna solo.

δ) *La vuelta de Sila y la dictadura; las reformas*

La posición de Sila no tenía precedente: declarado fuera de la ley por el gobierno de Cinna —que representaba la legalidad desde que el Senado se había sometido al cónsul y a Mario y desde que los dos habían sido elegidos cónsules—, defendía la autoridad de Roma en Oriente y obligaba a Grecia a volver al buen camino. Mediante una rápida campaña, se apoderaba de Atenas (el 1 de marzo del 86) tras un sitio cruel, y, después, del Pireo, antes de que Mitrídates hubiera podido reaccionar eficazmente. El encuentro con el ejército del rey se produjo en Beocia, y Sila alcanzó una victoria total a finales de la primavera. Era dueño de la situación, cuando, a su espalda, desembarcaron en el Epiro las dos legiones enviadas por el «gobierno legal» y mandadas por L. Valerio Flaco (el segundo cónsul, en sustitución de Mario) y por C. Flavio Fimbria. Pero estas tropas se negaron a entablar la lucha con Sila, y los generales partidarios de Mario tuvieron que retirarse hacia el Helesponto. Al-

gunos meses después, Sila alcanzaba, en Orcómenos, en Beocia, una nueva victoria sobre el cuerpo expedicionario enviado por Mitrídates. Las armas romanas recobraban su superioridad en todas partes. En Asia, no sólo el partido aristocrático, generalmente favorable a Roma, lamentaba el entusiasmo que había arrojado a las ciudades en brazos de Mitrídates, sino que el ejército de los seguidores de Mario, para ganar a Sila por velocidad, había comenzado a invadir el Asia. Fimbria, convertido en comandante único (había asesinado a Flaco), llega hasta Pérgamo y la ocupa, pero con sus solas fuerzas no podía imponer una decisión final. Fue Sila, a quien Mitrídates se rindió en el mes de agosto del 85, el que provocó el fin de Fimbria: éste, sin esperanzas de escapar al castigo de Sila hecho dueño de la situación, se suicidó, y su ejército se rindió al vencedor. A Sila ya no le quedaba más que emprender la conquista del poder en Roma, utilizando para ello aquel ejército cuya adhesión se había ganado por su prestigio y por el rico botín que había acertado a procurarle.

Sila desembarcó en Bríndisi en la primavera del 83. Desde el momento de su victoria, dos años antes, había manifestado su intención de poner fin al régimen de violencia y de crueldad implantado por Cinna, régimen que para él ni siquiera tenía la aparencia de la legalidad, puesto que su jefe se mantenía en el consulado, año tras año, sin proceder ni a un simulacro de elección. Cuando supo que Sila se acercaba y que tendría que rendir cuentas, Cinna trató de hacer una movilización. Los hombres que él quiere reunir no le siguen y le lapidan. El Senado negocia abiertamente con Sila y, con grandes dificultades, el partido popular pone en pie una organización política y militar para enfrentarse con el peligro inminente. Pero todo se hunde a su alrededor. Las tropas desertan y los grandes señores arrastran a sus vasallos al partido de Sila, como hizo Cn. Pompeyo, el hijo de Pompeyo Estrabón, que entregó a Sila, como un regalo, todo el Piceno. Tienen que resignarse a pedir ayuda a lo que aún quedaba de los rebeldes en las montañas, reanudando así la guerra de los aliados. Sila avanzaba, lentamente, pero de un modo inexorable. La batalla decisiva tuvo lugar junto a las murallas de Roma, en la Puerta Colina, el 1 de noviembre del 82.

Con la victoria de Sila, de la constitución republicana ya sólo quedaba el nombre de las magistraturas y el recuerdo de los años de anarquía y de impotencia que acababan de desembocar en la sangrienta catástrofe en que se había hundido el régimen. Sila empezó por resucitar un título casi olvidado, el de dictador, que le fue conferido por el pueblo: un pueblo que se mostraba

ahora dócil, a consecuencia de las terribles ejecuciones y, sobre todo, de las «proscripciones» que habían puesto fuera de la ley, de un solo golpe, a cuarenta senadores culpables de haber pactado con Cinna y a 1.600 caballeros [31]. Por todas partes, los delatores disponían de la vida y de la fortuna de los ciudadanos: la libertad de que Roma había estado tan orgullosa en otro tiempo no existía ya.

Sila había tomado las armas contra los «populares», y podía presentarse como el defensor del Senado. En realidad, no trabajaba para ningún partido, ni parecía animado por otro deseo que no fuese el de dar al Estado una organización que no acarrease como consecuencias la impotencia y la anarquía. Incluso es dudoso que su fin último fuese el de instalarse duraderamente en el poder personal, pues lo cierto es que dimitió voluntariamente de todas sus funciones y terminó su vida en el retiro. Lanzado a su extraordinaria aventura por el deseo de mantener su *dignitas* y, en consecuencia, la de toda la institución senatorial, impuso las reformas susceptibles de devolver toda su autonomía a los responsables de la política general, quienesquiera que fuesen en el futuro. Indudablemente, fue por esto, más que por concentrar las atribuciones sólo en sus manos, por lo que quitó toda posibilidad de intervenir tanto a los caballeros como a las masas populares.

Entre las leyes *Corneliae* figuran, en efecto, medidas adoptadas contra el orden ecuestre (supresión de las plazas reservadas en el teatro, transferencia a los senadores de las funciones judiciales) y también contra el papel político de la plebe. Aleccionado por los pasados trastornos, Sila desmembró el tribunado; les dejó el derecho de veto, pero sólo para socorrer a los ciudadanos individualmente, no para oponerse a una ley o a la autoridad de un magistrado que actuase dentro de sus atribuciones legítimas; les prohibió también presentar proyectos de ley, a menos que antes hubieran obtenido la autorización del Senado. Y, lo que era más grave aún, prohibió a los antiguos tribunos pretender, en el porvenir, ninguna otra magistratura. El tribunado, en la medida en que así cerraba la carrera de los honores, no dejaría de caer en desuso.

La institución senatorial no fue menos profundamente transformada. En principio, el Senado se elevó de 300 a 600 miembros, por la *adlectio* de caballeros, elegidos por el propio Sila. Para el futuro, aseguró su reclutamiento aumentando el número de los magistrados anuales (ocho pretores en lugar de seis, veinte cuestores en lugar de ocho) y dando a los cuestores el derecho (que hasta entonces no tenían) de tomar parte en las deli-

beraciones de la curia. Así se eliminaban las banderías de los oligarcas que habían contribuido a envenenar las dificultades del Estado. Por otra parte, las magistraturas mismas se articularon de acuerdo con un sistema diferente. Tal vez la censura no fue explícitamente suprimida, pero no recibió a ningún titular durante todo el tiempo que Sila permaneció en el poder. El ejercía las funciones sin ostentar su título. Pero, sobre todo, el dictador modificó los límites de las edades para la obtención de las magistraturas: a partir de entonces, había que tener 29 años para ser cuestor, 39 para ser pretor, 42 para ser cónsul[62]. Por último, la reelección para el consulado no se permitía más que una sola vez, y diez años después de la primera.

También se decidió que los gobiernos provinciales ya no se confiarían a los magistrados en ejercicio, sino a los antiguos magistrados, después de su año de cargo, y para un año solamente.

De igual modo, Sila previó leyes represivas para poner fin a los abusos inveterados, especialmente a la intriga y a la corrupción electoral. Su *lex Cornelia de ambitu* condenaba a la incapacidad política a cualquier convicto de maniobras electorales fraudulentas. Con la *lex de repetundis,* concerniente a los delitos de los gobernantes provinciales, la *lex de maiestate* reafirmó la supremacía absoluta (la *maiestas*) del Estado, defendiéndolo contra las tentativas sediciosas, de hecho e incluso de palabra, impidiendo a los magistrados y a los gobernadores excederse en sus atribuciones —por ejemplo, franquear los límites de sus provincias, emprender operaciones militares sin autorización—, así como a los oradores, en la asamblea o en el Senado, lanzar contra cualquiera acusaciones injuriosas. Todas las infracciones eran perseguidas ante los tribunales permanentes *(quaestiones perpetuae),* que fueron elevados a seis. Los delitos sin carácter político —asesinatos, envenenamientos, falsificaciones, incendio intencionado, agresión contra las personas o los domicilios— entraron en la jurisdicción de los mismos tribunales, y, por primera vez, se esbozó en Roma un derecho penal independiente del derecho civil.

Tal como nosotros la vemos, la obra política de Sila desconcierta: todas las clases, todas las instituciones salieron de la crisis disminuidas, con su fuerza mermada. Exceptuando el propio Sila, la realidad del poder ya no pertenecía a nadie: magistrados, senadores, caballeros, simples ciudadanos no eran más que los engranajes de una máquina que tenía que recibir su impulso de fuerzas exteriores a ella. El cuidado puesto por el dictador en impedir que cualquiera adquiriese preeminencia en el Estado —salvo él mismo— estaba de acuerdo con el viejo espíritu re-

publicano, pero en contra de la situación de hecho que se había desarrollado desde hacía más de un siglo y que tendía a coronar el edificio, en cada generación, con una personalidad eminente en torno a la cual se agrupaba la aristocracia y a la que el pueblo respetaba. La contradicción se resolvía si se aceptaba considerar la magistratura extraordinaria de Sila no como un expediente destinado a solucionar una crisis momentánea, sino como un órgano indispensable y clave del sistema. En otros términos, Roma, convertida en una monarquía de hecho, ¿iba a serlo de derecho? Todo el futuro está, como en suspenso, en manos de Sila. Dos soluciones siguen siendo igualmente posibles, o, por lo menos, concebibles: una realeza apoyada por la fuerza (y ésta es la de Sila) o una preeminencia basada en el prestigio, en la gloria, en la sabiduría —ese «principado» esbozado en tiempos de Escipión Emiliano y cuya concepción irá precisándose en el curso del período siguiente[83].

En este aspecto, la obra de Sila fue, a la vez —y sobre todo—, represiva (impedir la vuelta de los desórdenes) y, en menor medida, constructiva. Preludio o ensayo del drama que muy pronto va a desarrollarse, no sólo no logró prevenirlo, sino que lo preparó.

ε) *El final de la dictadura*

A pesar de las precauciones del dictador, una fracción de los oligarcas —la dominada por los Metelos, y cuya influencia había sobrevivido a todas las crisis desde hacía dos generaciones— comenzó a organizar una maniobra contra aquél que, después de haber sido el salvador, se convertía en un tirano. Un desgraciado asunto —el proceso intentado contra Sex. Roscio de Ameria a instigación de un liberto de Sila, Cornelio Crisógono, que era su secretario de confianza— reveló los escándalos de un régimen basado en la violencia y en la arbitrariedad. Cicerón —que en esta ocasión aparece, por primera vez, a la luz de la historia— aceptó la defensa de Roscio, a quien se acusaba de haber matado a su padre, cuando éste, en realidad, había sido asesinado por dos primos que pretendían heredarle. Crisógono había intervenido, mediante una buena parte de la fortuna codiciada, para disimular el crimen y proteger a los asesinos. La última maniobra, la más descarada, sirvió de pretexto a los enemigos de Sila para hacer estallar el escándalo[84]. Además, otro personaje comenzaba a presentarse en el escenario político, hasta el punto de provocar la inquietud del dictador.

El joven Pompeyo había ayudado a Sila en el momento de la revolución contra los seguidores de Mario. Después, sin haber sido todavía magistrado, se le había confiado la misión de proseguir

las operaciones contra los ejércitos y los jefes «populares» instalados aún en las provincias. Así había pacificado Sicilia y luego Africa, y merecido de sus soldados el sobrenombre de *Magnus* (el Grande), que llevará hasta el fin de su vida. La adhesión de aquellos hombres, que estaban enteramente entregados a su joven general, pareció peligrosa a Sila. Y si Pompeyo no fue obligado a licenciarlos en Africa ya, como Sila habría querido, tampoco obtuvo el triunfo, ni —lo que deseaba más aún— la misión de reducir, en España, la sublevación del seguidor de Mario, Sertorio.

Pero el regreso de Pompeyo con sus soldados constituía un elemento nuevo en la situación política: aquel ejército, incluso desmovilizado, no por eso dejaba de ser una posible garantía contra las fuerzas de que disponía el dictador. Y esto explica por qué los nobles «adoptaron» a Pompeyo, que, sin embargo, en otro tiempo se había rebelado contra la autoridad del Senado para unirse a Sila, y le otorgaron el triunfo a pesar de éste (12 de marzo del 79). Al mismo tiempo, los Metelos (a los que Pompeyo se hallaba más estrechamente unido, a causa de su reciente matrimonio con Mucia) patrocinaban la candidatura al consulado, para el 78, de un partidario de Sila, M. Emilio Lépido, que, en cuanto estuvo seguro de su apoyo, se declaró violentamente hostil a su antiguo amigo y trató de cristalizar a su alrededor todas las oposiciones al régimen. Sorprendentemente, Sila no reaccionó, y no recurrió a su acostumbrada brutalidad. Y, cuando el Senado le ofreció el gobierno de la Cisalpina —lo que que le colocaba en la obligación, para respetar sus propias leyes, de abdicar la dictadura—, prefirió retirarse totalmente, el mismo día en que fue elegido Lépido (probablemente, en julio del 79).

Retirado a la Campania, a su villa de Cumas, entre las colonias que él había poblado con sus veteranos, llevó durante un año una vida de inactividad, tal vez esperando que fuesen a buscarle cuando la situación política de Roma hubiera empeorado lo suficiente. Pero la muerte le sorprendió, en la primavera del 78, sin que aquella esperanza (si la tenía) se hubiera realizado.

IV. LA REPUBLICA, EMPLAZADA

a) Lépido y Sertorio

La dictadura de Sila no había resuelto ninguno de los problemas esenciales, ni en el interior —pues dejaba una ciudad

abierta a todas las ambiciones, personales o colectivas—, ni en el exterior —donde las victorias del dictador no habían supuesto más que un respiro.

Los que habían provocado su retirada, los oligarcas irreductibles, tuvieron que luchar con dificultades en todos los frentes. En primer lugar, les fue necesario «liquidar» a su inquietante aliado, Lépido, que, una vez en posesión de su cargo y mediante un nuevo cambio, se alineó del lado de los «populares» contra el otro cónsul, Q. Lutacio Catulo. Una revolución de las gentes de Fiésole (*Faesulae*) contra los antiguos soldados de Sila que habían recibido tierras en el valle del Arno le dio ocasión de conseguir un ejército, que él utilizó para desafiar abiertamente al Senado. Por último, éste tuvo que armar contra él al joven Pompeyo, que reunió a sus propios veteranos y, atacando a Lépido por la espalda, con ayuda de Catulo, le obligó a abandonar Italia y a refugiarse en Cerdeña, donde murió muy pronto (otoño del 77).

Los pocos partidarios de Lépido que no habían perecido abandonaron Cerdeña y se fueron a España, donde, desde el año 83 y desde la toma del poder por Sila, un seguidor de Mario, Sertorio, vivía la aventura más novelesca del mundo. Aquel caballero de la Umbría, a quien Plutarco no dudó en consagrarle una *Vida*, había hecho su aprendizaje de armas durante la guerra de los aliados, y, en el 83, los gobernantes del partido de Mario le habían confiado la provincia de España Citerior, mientras Sila nombraba, por su parte, para la misma provincia, a un gobernador que no pudo ocupar su puesto. En el 81, sin embargo, Sertorio abandonó España y, con unos compañeros fieles (tres mil, aproximadamente), se embarcó en busca de asilo. Tras diversas peripecias, llegaron a la región de Gades, donde unos piratas cilicianos, errantes por aquellos lejanos parajes, les hablaron de un país misterioso, situado a diez días de navegación (sin duda, las Canarias), y cuyo clima siempre igual así como la fertilidad del suelo justificaban su nombre de *Islas Afortunadas*. Sertorio se sintió tentado por la aventura, pero, tras reflexionar, renunció a ella, y, dirigiendo sus barcos no hacia el Sur-Oeste sino hacia el Sur, llegó a la Mauritania Tingitana. Allí, durante un año aproximadamente, Sertorio se crea un Reino, alrededor de Tánger. Después, considerando favorable la situación en España, partió para la Lusitania, desde donde le llamaban los indígenas sublevados contra Roma. Durante siete años mantendrá a raya a los ejércitos enviados contra él, primero por Sila y luego por el Senado, mandado aquél por Metelo Pío y éste por Pompeyo.

Sertorio acertó a organizar entre las poblaciones indígenas un Imperio hispano-romano que contribuyó poderosamente a la romanización de la península. Poco a poco, en el Occidente mediterráneo crecía una nueva potencia. No era ya simplemente la disidencia de un gobernador, sino un verdadero Estado independiente, que comenzaba a tener una política exterior autónoma y amenazadora para Roma. Sertorio contaba, como aliados, con los piratas —que habían llegado a ser numerosos en el Mediterráneo, a pesar de las repetidas expediciones que contra ellos organizaron, primero, P. Servilio Vatia (entre el 77 y el 75), y luego, M. Antonio, que fracasó en una operación contra los cretenses (en el 71)— y muy pronto con el propio Mitrídates, cuando decidió volver a tomar las armas contra Roma.

b) Las guerras contra Mitrídates

Sila, en su prisa por volver a Roma para «restablecer el orden», había concertado con Mitrídates, en Dardania, en agosto del 85, una paz prematura. Había dejado en Italia a L. Licinio Murena con la misión de mantener la paz. Pero Murena, en el 83, había iniciado las hostilidades contra el rey e invadido el Ponto, comenzando así la segunda guerra contra Mitrídates. Sila había cortado rápidamente aquellas ambiciones y enviado a Oriente a A. Gabinio para restablecer la paz, y Murena, de regreso en Roma, había tenido que contentarse (en el 81) con un triunfo que enmascaraba una desgracia.

Mientras tanto, las intrigas de Mitrídates continuaban sosteniendo la agitación en Asia. Instigado por él, su yerno, Tigranes, rey de Armenia había extendido sus estados a expensas del Imperio parto y de algunos territorios en que se mantenían, mal que bien, los últimos Seléucidas. Después, a la manera de los soberanos helenísticos, había trasladado su capital a una ciudad nueva, que él fundó con el nombre de Tigranocerta. A continuación, había invadido la Capadocia, a pesar de ser protegida de Roma.

Además, Mitrídates se dedicaba a estimular a los enemigos de Roma en todos los sitios en que le era posible: en Cilicia, en las fronteras de Macedonia y también en España, donde entró en relación con Sertorio. La guerra tenía que estallar. La ocasión se presentó con motivo de la sucesión de Bitinia: el rey Nicomedes III, a su muerte, había legado aquel Reino al pueblo romano (finales del 75 o comienzos del 74), y el Senado señaló al gobernador de Asia, M. Junio, la misión de recoger la herencia. Mitrídates decidió entonces adelantársele y ocupó efectivamente

el país, salvo la penínsua de Calcedonia, que se convirtió en el refugio de todos los «italianos» que huían ante el ejército real.

Dos ejércitos romanos se encargaron de resolver una situación tan comprometida: uno de los cónsules, L. Licinio Lúculo, recibió la provincia de Cilicia; el otro, M. Aurelio Cota, la de Bitinia. Pero, en el primer choque, Cota fue derrotado y obligado a refugiarse en Calcedonia, lo que tuvo, por lo menos, como consecuencia, la inmovilización de Mitrídates por algún tiempo en el asedio de la ciudad. Así, Lúculo pudo llevar a cabo la reunión de las tropas estacionadas en Asia (entre ellas, las dos legiones del seguidor de Mario, Fimbria, que esperaban que se decidiera su suerte), y, mediante su rápido avance en dirección a Cícico, obligó al rey a levantar el sitio de Calcedonia. Mitrídates, cogido entre Cícico, cuya inquebrantable resistencia valió a sus habitantes el reconocimiento de Roma, y el ejército de Lúculo, tuvo que acabar retirándose, perseguido por el romano, que le mató, según se dice, 10.000 hombres. Durante el verano del 73, Lúculo ocupó Bitinia y emprendió, a través de Galacia, una marcha que le llevó hasta las fronteras del Ponto, mientras que, en el mar, la flota de Mitrídates era aniquilada ante Ténedo. La ofensiva, paralizada algún tiempo por el invierno, se reanuda en la primavera del 72, y Mitrídates, impotente para detener al romano, se ve obligado, finalmente, a abandonar sus estados y a refugiarse en Armenia, junto a Tigranes. Durante dos años, Lúculo se ocupa de organizar sus conquistas, refrena enérgicamente la codicia de los publicanos, lo que le vale la profunda enemistad de todos los caballeros. Después, a comienzos del 69, quiere llevar aún más allá la conquista romana. ¿Mitrídates está en Armenia? ¿Tirídates se niega a entregarlo? Lúculo se apoderará de Mitrídates y del Reino. Al principio, las operaciones se desarrollan con ventaja de los romanos. En el otoño, cae la ciudad de Tigranocerta, pero esto no es aún suficiente para el general, que se señala como próximo objetivo la ciudad de Artaxata, en la montaña, sobre el Araxes, en la Gran Armenia. Esta audacia insensata marcó para Lúculo el comienzo de los fracasos. Las tropas romanas, sometidas a un avance sin fin, sufrieron un invierno precoz y acabaron negándose a ir más allá. Mientras tanto, se le comunica a Lúculo que ya no es gobernador de Cicilia: Q. Marcio Rege le sucede por orden del Senado. Por último, recibe otra noticia: Mitrídates ha atacado de nuevo, está a punto de recuperar el Reino del Ponto, y Tigranes, por su parte, invade Capadocia. Abandonado por sus soldados, que ya no reconocen como jefe a aquel *imperator* caído, Lúculo tiene que retirarse. Muy pronto se verá obligado a transmitir sus poderes a Pompeyo, a quien la ley *Manilia,* del 66, tras

sus victorias decisivas sobre los piratas obtenidas el año anterior, investirá con el mando supremo y el único de las operaciones contra Mitrídates.

En la dirección de la guerra, Pompeyo desplegó unas cualidades que le habían faltado a Lúculo. Empezó por renovar con Fraates III, que reinaba ahora sobre los partos, la alianza concertada anteriormente por Sila[85]. Después, sabiéndose protegido por su flanco derecho, invade la Pequeña Armenia, mientras Mitrídates, incapaz de obstaculizar su avance, empleaba sus tropas en una guerrilla estéril y, finalmente, se dejaba encerrar en un desfiladero en el que perdió 10.000 hombres y él mismo estuvo en peligro de ser capturado. Por segunda vez, el Reino del Ponto era ocupado por los romanos. Pero Mitrídates ya no podía buscar refugio en una Armenia donde Tigranes se hallaba en la necesidad de ganarse el apoyo de los romanos para acabar con las dificultades que le producía la rebelión de su propio hijo. Mitrídates huyó a Cólquide.

Pompeyo, siguiendo los planes de Lúculo, pero con mayor prudencia, invadió entonces Armenia, desde donde le llamaba el hijo rebelde de Tigranes. Este se sometió a Pompeyo antes de la batalla decisiva, y, a ese precio, pudo conservar su trono, pero como rey vasallo (otoño del 66).

Mas Mitrídates no se declaraba vencido. Desde Cólquide había logrado, forzando el bloqueo naval romano, llegar hasta Crimea y poner en pie un nuevo ejército, al que equipó a la romana. Acariciaba el proyecto de remontar el valle del Danubio e invadir Italia por el Norte. A comienzos del año 63 estalló una revuelta en el ejército del rey, y Farnaces, el hijo de Mitrídates, obligó a éste a suicidarse, en Panticapeón. Pero, en aquel momento, Pompeyo, vencedor de todo el Oriente, no se preocupaba ya del viejo enemigo abatido.

c) Los problemas interiores

α) *Sertorio*

Antes de vencer a Mitrídates y de emprender la liquidación definitiva de los reinos de Oriente, Pompeyo había sido encargado de pacificar España. Designado para aquel mando por un Senado inquieto ante los progresos de Sertorio[86], había cumplido aquella tarea, a partir del 77, a pesar de que no ejercía ninguna magistratura. El nombramiento era ilegal, pero venía impuesto por la lógica de las instituciones de Sila y por el peso, cada vez mayor, de los precedentes. Pompeyo, de todos modos, consi-

guió triunfar allí donde Metelo no llegaba a obtener un resultado decisivo. Y, en el 74, puede considerarse que el poderío de Sertorio está abatido definitivamente. La liquidación no era ya más que cuestión de tiempo. En el 72, Sertorio, durante una orgía, es asesinado por su lugarteniente Perpenna. Este, derrotado en una batalla formal poco tiempo después, muere, y los archivos del «gobierno» de Sertorio, seguidor de Mario, son inmediatamente quemados por Pompeyo, que, mediante aquel gesto de apaciguamiento, pretende hacer olvidar definitivamente el pasado y las intrigas subversivas cuyas pruebas constaban en ellos. Este gesto contrastaba con el encarnizamiento de Sila en la persecución y desenmascaramiento de sus adversarios, y sus consecuencias serán importantes: a partir de entonces, la guerra civil irá acompañada, bastante extrañamente, de clemencia. César llorará (sin demasiada hipocresía) por el desgraciado fin de su rival. La *clementia* de César estará de acuerdo con aquel clima nuevo, iniciado por Pompeyo en España. El *princeps* sustituye al tirano.

La victoria de Pompeyo le dio, en la propia España, un gran ascendiente personal sobre unas poblaciones profundamente disgustadas por la política brutal y cruel seguida por Sertorio en sus últimos tiempos. Como los grandes pacificadores del pasado, dispone la suerte de los pueblos y funda nuevas ciudades: *Pompaelo* (Pamplona), y, en la vertiente norte de los Pirineos, *Lugdunum Convenarum* (Saint-Bertrand de Comminges).

β) *Espartaco*

Pompeyo volvía de España, en el 71, cuando le fue dado alcanzar otra victoria, o, mejor, terminar una guerra a la que otro había estado a punto de poner, felizmente, fin. En el 73 se había producido en la Campania una sublevación de esclavos, acaudillada por un antiguo pastor tracio, que se había convertido en gladiador, llamado Espartaco. La sublevación, iniciada por unos cuantos hombres en una escuela de gladiadores de Capua, tomó en seguida una amplitud extraordinaria. Las tropas enviadas contra los rebeldes fueron derrotadas, unas tras otras, a medida que otros esclavos, rompiendo sus cadenas, se unían a Espartaco. Este, a la cabeza de un enorme ejército, al que no podía abastecer ni siquiera armar enteramente, había hecho el proyecto de subir hacia el Norte, abandonar Italia e ir a establecerse en los países bárbaros, donde ya no tendría dueños. Al final de verano del 72 había llegado hasta Módena, donde venció a un ejército romano. Pero, interrumpiendo su marcha, había vuelto a bajar, a lo largo del Adriático, tal vez para asegurar a sus hombres un abastecimiento que no habría encontrado tan fácilmente en la Cisalpina. Roma,

ante aquella vuelta ofensiva, tomó medidas excepcionales, y el Senado designó como único jefe contra los esclavos a M. Licinio Craso, el más rico de los romanos, uno de los que no podían consolarse de los éxitos de Pompeyo, cuyos talento y cualidades personales no igualaba. Por un momento, Espartaco, ante la amenaza, quiso pasar a Sicilia, que era por excelencia el país de las sublevaciones de esclavos. Pero los piratas con quienes había contado para el transporte no cumplieron su palabra, y, además, el gobernador de la isla, Verres, se hallaba vigilante. Espartaco tuvo que permanecer en Lucania. Entre él y Craso se libró una guerra sin cuartel. Craso trató de encerrarle en la península de Aspromonte, pero Espartaco se le escapó, y Craso, dudando de su propia capacidad militar (que no era grande), llamó a Pompeyo. Sin embargo, un súbito cambio de la situación, debido a la llegada del procónsul de Macedonia, Terencio Varrón Lúculo, permitió a las legiones aplastar definitivamente a las fuerzas de Espartaco, antes de que Pompeyo hubiera vuelto de España. Por desgracia para Craso, una de las bandas de Espartaco había logrado escapar, y fue Pompeyo el que en Etruria alcanzó sobre ella la última victoria, la que ponía fin a la guerra. La gloria de haber acabado con la pesadilla correspondió a Pompeyo. Para recompensar a uno y a otro, el Senado les ofreció compartir el consulado para el año 70 —magistratura que ni el uno ni el otro tenían derecho a pretender, legalmente, pero que los dos aceptaron. Y aquellos dos hombres, a los que la Fortuna había hecho rivales y que se odiaban, fueron llevados juntos al poder por un Senado que esperaba así neutralizar al uno con el otro, y que no consiguió más que hacerlos cómplices.

Poco a poco, las leyes de Sila iban siendo derogadas, bajo la presión popular y también ante la fuerza de los hechos. La agitación tribunicia se había reanudado, y se dibujaba un movimiento cada vez más fuerte en favor de la restauración del tribunado. Se comenzó por devolverle su lugar en la carrera de los honores, y luego se le arrancó a Pompeyo, unos días antes de su elección al consulado, la promesa de restablecer el derecho de veto, tal como existía antes de Sila, lo que Pompeyo hizo en cuanto ocupó el cargo. El mismo Pompeyo y su colega Craso restablecieron la censura: esto era una gran satisfacción dada a los caballeros, porque, al no existir censores para determinar la lista de los ciudadanos y su distribución en las clases censitarias, el orden ecuestre no tenía ya base legal, y, sobre todo, aquel restablecimiento facilitaba el medio de devolver a los publicanos la percepción de los impuestos abolidos por Sila y que los censores resucitaban: como el diezmo de

Asia, de donde procedían, en gran parte, los beneficios de la institución ecuestre.

γ) *El proceso de Verres.*

Durante aquel mismo consulado de Pompeyo y de Craso se llevó a cabo una reforma judicial, impuesta por el escándalo de Verres, pero tan de acuerdo con la política de los cónsules que no puede dudarse que se trata de un artículo de un programa sabiamente calculado. El asunto de Verres sigue siendo célebre gracias a los libelos (no se puede decir alegatos) de Cicerón. Verres, antiguo propretor de Sicilia, seguidor arrepentido de Mario y partidario de Sila, había gobernado su provincia desde el 73 al 71 y, allí, con la complicidad de la gran burguesía local y de innumerables agentes, siempre al acecho de una operación turbia, había acumulado no solamente grandes sumas de dinero sino colecciones de obras de arte, estatuas, plata labrada, que le facilitaban ojeadores sin escrúpulos. Había especulado con todo, pero, especialmente, con el trigo —en lo que no hacía más que atenerse a una tradición que no murió con él [87]. Cicerón le acusa también de crueldades contra las personas de sicilianos notables y de ciudadanos romanos. Pero, en este punto, las pruebas de la acusación tal vez no sean tan sólidas como pretende hacerlo creer la elocuencia de Cicerón [88]. Las circunstancias que acompañaron la pretura de Verres (la guerra de los esclavos, la amenaza constituida por los piratas, que encontraban simpatías y alianzas un poco en todas partes, la actividad antirromana de los agentes de Mitrídates en los países griegos) acaso expliquen la severidad de que dio muestras el gobernador y también la tranquilidad de la isla durante aquel período turbulento.

Como quiera que sea, C. Verres había sido un gobernador de indudable falta de honestidad, y la opinión pública de Sicilia le maldecía (aunque los siracusanos le hubieran levantado una estatua). Los sicilianos rogaron que los defendiese a Cicerón, que había sido cuestor en Lilibeo algunos años antes (en el 75) y había dejado un excelente recuerdo entre sus administrados. La defensa de Verres corría a cargo de Hortensio Hortalo, el más grande orador de la nobleza. En aquel asunto, Cicerón era menos el abogado de los sicilianos que el de los publicanos, que facilitaron su información en el lugar de los hechos, y, naturalmente, daban por descontada una condena de Verres que desacreditaría a la nobleza y permitiría dar paso a la ley de reforma de los tribunales, abriendo, de nuevo, las *quaestiones* a los caballeros. Su cálculo resultó exacto. Verres,

abrumado desde el primer día del proceso por los testimonios reunidos por Cicerón, no esperó la continuación de los debates y se desterró voluntariamente. Cicerón no había pronunciado más que el primero y menos importante de los discursos que había preparado. Publicó los otros, y la impresión producida sobre la opinión fue tan fuerte que dio lugar, a finales del mismo año 70, al voto de la *lex Aurelia* que prescribía, en adelante, el reclutamiento de los jurados de la siguiente forma: un tercio entre los senadores, otro tercio entre las centurias ecuestres y el otro entre los «tribunos del tesoro», categoría de ciudadanos que poseían el censo ecuestre sin tener el título de caballeros. Así, el poder judicial volvía, casi exclusivamente, a los ciudadanos que detentaban la mayor parte de la fortuna pública, y no ya a los que tenían el poder político, lo que equivalía a volver al Estado tripartito anterior a las leyes cornelias. La consecuencia fue extraída, tres años después, por L. Roscio Otón, que devolvió a los caballeros el privilegio, anulado por Sila, de disponer de asientos especiales en el teatro.

δ) *La «rogatio» de Gabinio.*

En el mismo año, una *rogatio* presentada por el tribuno A. Gabinio pedía la institución de un mando único contra los piratas —aquel azote que paralizaba completamente la vida comercial en todo el Mediterráneo. Gabinio no había pronunciado nombre alguno, pero todos pensaban en Pompeyo. Los poderes extraordinarios que se otorgarían al general encargado de aquella misión le convertirían en el verdadero dueño del Estado: era la consecuencia lógica de aquella evolución cuyo carácter fatal no puede menos de señalarse. Esta vez, el Senado se mostró hostil a la *rogatio*, y Gabinio tuvo que hacerla votar por una asamblea popular (enero del 67).

Es muy probable que la ley de Gabinio hubiera sido preparada no sólo con la conformidad de Pompeyo, sino con la de los caballeros, que necesitaban restablecer la seguridad para las exigencias del comercio. No puede, por tanto, sorprender que la cotización del trigo, que había subido antes de la entrega de la moción, disminuyese bruscamente después de haber sido votada.

Las operaciones de Pompeyo contra los piratas se desarrollaron con la mayor rapidez, y el éxito fue total. En tres meses se apoderó de 846 barcos, hizo 20.000 prisioneros, mató a 10.000 hombres y ocupó 120 plazas fuertes[89]. La paz había vuelto al mar.

También la ley propuesta por Manilio, uno de los tribunos que ocuparon el cargo el 10 de diciembre del 67, y que confería a Pompeyo el mando de la guerra contra Mitrídates y el gobierno de todas las provincias asiáticas, planteó, con más urgencia que nunca, el problema constitucional. Pompeyo era, para todos, el «salvador» del Imperio. Cicerón, en el discurso que pronunció «Sobre el *imperium* de Cn. Pompeyo, en favor de la *rogatio* de Manilio», se atrevió a decir lo que todos pensaban: que los intereses económicos vitales de Roma dependían de la pronta conclusión de la guerra contra Mitrídates. Si, en los años precedentes, el Senado había puesto fin al mando de Lúculo, los generales que le habían sucedido, Q. Marcio Rege y M. Acilio Glabrión, no parecían capaces de forzar la victoria. El tiempo apremiaba. La solución que el Senado no había sabido encontrar dentro de las formas constitucionales tenía que ser impuesta desde fuera, mediante un plebiscito. No dejaba de haber Padres que comprendiesen aquel lenguaje. Muchos de ellos estaban interesados indirectamente en las sociedades de publicanos, y si, como oligarcas, protestaban contra la *rogatio,* como hombres de negocios no podían menos de aprobarla. Por otra parte, Pompeyo había demostrado que no sería un nuevo Sila, y ya las palabras de Cicerón permitían adivinar la alianza que se establecía entre los caballeros y una parte, por lo menos, de los senadores en torno a aquel *princeps* benévolo que la Fortuna enviaba a Roma. Por su parte, César defendió también la moción de Manilio, ganándose el reconocimiento de Pompeyo, nueve años mayor que él. Se votó la ley, y Pompeyo partió para el Asia, donde, como hemos visto, consumó la derrota de Mitrídates antes de resolver la suerte de los países asiáticos. No volvería hasta enero del 61, y, durante aquel tiempo, dos hombres se habían impuesto a la atención de Roma: uno, Cicerón, que ocupaba el primer plano, y el otro, César, haciendo ya que se hablase de él, pero, sobre todo, preparándose para desempeñar, en un próximo futuro, el papel de protagonista.

ε) *La conjuración de Catilina.*

Cicerón, un pequeño burgués de Arpinio (la patria de C. Mario), fue el primero de su linaje que entró en el Senado. No pertenecía, pues, a la *nobilitas,* sino a la institución ecuestre, lo que es significativo si se piensa que uno de los más graves problemas de aquel tiempo fue, precisamente, el reparto del poder entre los «nobles» y los caballeros. Formado desde su juventud en las disciplinas que conducían a la vida pública, había frecuentado a los supervivientes del siglo pasado, del

tiempo anterior a los Gracos, que fue siempre, a sus ojos, el «siglo de oro» de la República. Pero, sobre todo, se había dedicado a la elocuencia con una pasión casi exclusiva. Sin duda, llega a considerar el arte oratoria como un medio de acción que permite ayudar a sus amigos y, de un modo más general, a los ciudadanos en peligro ante los jueces, y que asegura autoridad y prestigio ante el pueblo y en el Senado. Pero la elocuencia, para él, es más aún: es un medio de expresión personal. Su temperamento es el de un artista para quien los valores más altos son los de la belleza. Cicerón será poeta tanto como orador, y se esforzará por formular, en los tratados que compondrá sobre el arte oratoria (especialmente, el *De Oratore)*, las condiciones necesarias para alcanzar esa emoción de la belleza que, mediante la palabra, arrastra a los espíritus: «ser útil» *(prodesse)* está bien, pero el verdadero fin (la condición misma de la utilidad) es el de «agradar» *(delectare)* en el sentido más amplio, hacer que el discurso sea no ya sólo grato sino delicioso.

Cicerón aporta otra cosa más a aquella Roma cuyos valores tradicionales están como pervertidos, donde el deseo de gloria se ha convertido en vulgar ambición, donde el prestigio pertenece al que ha matado, en batalla formal, el mayor número posible de enemigos y arrastra, detrás del carro de su triunfo, el botín del mayor número de saqueos. Un verso del poema que consagró a su consulado resume, torpemente, aquella transposición ideal: «que las armas desaparezcan ante la toga, y el laurel ante la estimación». Quiere decir que el mérito supremo no es el del conquistador, sino el del prudente magistrado, previsor, preocupado por salvar la paz, por mantener el equilibrio de la ciudad, y que lo consigue por la fuerza de la palabra, por su poder persuasivo. Se comprenderá mejor la importancia de esta máxima, si se recuerda la experiencia, muy cercana, de Sila, las proscripciones y las matanzas, y también todas las cobardías y las intrigas cometidas en torno al poder y al dinero. Es un ideal nuevo que ilumina el final de la República. La figura del *orator* —es decir, del verdadero hombre de Estado, en oposición al *imperator,* que no tiene más armas que las de sus tropas— se levanta como la imagen de la esperanza. Se comprende también por qué Cicerón se sentía tan próximo a Pompeyo —que no era un orador, ciertamente, sino un hombre de guerra—: porque, en sus conquistas y en las expediciones que dirigía, se mostraba infinitamente más humano y más respetuoso de los seres que los otros generales. La forma en que había establecido a los piratas en territorios en los que no

se verían reducidos a la miseria, así como la reputación de clemencia que se había conquistado, atraían la simpatía de Cicerón y correspondían al nuevo ideal que éste proponía a los romanos.

Por una ironía de la Fortuna, Cicerón iba a tener que hacer el experimento de su propio ideal en el curso de una crisis bastante grave, la conjuración de Catilina. En ausencia de Pompeyo, la vida política proseguía con sus habituales peripecias. Todos los años, con las elecciones, se renovaban las maniobras y la intriga. La elección de los cónsules para el 65 había sido anulada, con gran indignación por parte de Craso, entonces censor, que decidió imponerla mediante un golpe de fuerza y organizó en torno a él una conjuración en la que participaban C. Antonio Hibrida (futuro colega de Cicerón en el consulado, en el 63), C. Julio César, a quien sus deudas ponían a merced de Craso, acreedor suyo por enormes sumas, P. Sitio, un caballero de la Campania que, más adelante, gracias al favor de César, haría una extraordinaria carrera en Africa, un joven atolondrado, Cn. Calpurnio Pisón, y, por último, un noble arruinado, L. Sergio Catilina, figura siniestra, que había torturado personalmente, en condiciones abominables, a Mario Gratidiano, seguidor de C. Mario, en el tiempo de las proscripciones [90], y cuya vida privada estaba manchada por los más graves crímenes [91]. Craso proyectó con aquellos amigos el plan de asesinar, el 1.º de enero del 65, a los nuevos cónsules; después, él sería proclamado dictador, y la aventura de Sila volvería a empezar, esta vez con César como señor de la caballería. Craso no había tenido en cuenta a Pompeyo en su plan, de estrechos horizontes. Pero Pompeyo ni siquiera tuvo que intervenir, porque el complot fue descubierto incluso antes de haber tenido un comienzo de ejecución. Los cónsules tomaron precauciones y no pasó nada. Y tampoco pasó nada el 5 de febrero, que era el segundo día elegido por los conjurados, tras el fracaso del 1.º de enero. Catilina, decepcionado, preparó, por su parte, la toma del poder, y, para empezar, se presentó como candidato a las elecciones del 64 para el 63 [92], en las que fracasó; candidato de nuevo en el 64, esta vez tenía como competidor a M. Tulio Cicerón. Este, que había comenzado su carrera prestando a los Metelos el servicio de defender a Sex. Roscio de Ameria [93], se había separado de la *nobilitas* al tomar partido por Pompeyo. Era considerado como el portavoz de los caballeros, a favor de los cuales había sido elaborada la *lex Manilia.* Los «populares», por su parte, recordaban que Cicerón se había atrevido a desafiar a Sila en la época de su omnipotencia, y

algunos seguían profesándole sus simpatías. Tenía en contra la facción de Craso, que apoyaba, un poco obligadamente, a César. Craso hacía campaña en favor de Antonio Hibrida y de Catilina, sus «amigos» de la conjuración precedente. Cicerón, en un discurso que pronunció *«in toga candida»* (con la toga blanqueada de tiza que el candidato vestía durante el período electoral), denunció las intrigas ilegales de los dos hombres, y aquel discurso le valió, sin duda, el apoyo de algunos *optimates*, hasta el punto de que Cicerón y C. Antonio fueron elegidos, el primero con una mayoría muy amplia, y el segundo obteniendo sólo una ventaja de algunos votos sobre Catilina.

Este no se declaraba vencido. En los comicios de julio del 63 era, de nuevo, candidato. Tenía en contra al jurisconsulto Servio Sulpicio Rufo, así como a un noble sin gran relieve personal, D. Junio Silano, y, sobre todo, a L. Licinio Murena, antiguo legado de Lúculo en Oriente. Entre ellos, Catilina se presentaba como el defensor de los humildes, a los que Cicerón acababa de defraudar al obtener mediante la fuerza de su elocuencia que fuese rechazada la ley agraria propuesta por el tribuno Rulo. Prometía la revisión de las deudas, una nueva ley agraria, en resumen, una revolución social, tanto como política. Pero, en el curso de las elecciones, que aquel año tuvieron lugar en septiembre, Catilina fue derrotado otra vez. Los dos cónsules del 62 serían Silano y Murena. La perspectiva de un proceso *de ambitu* (que fue, efectivamente, intentado contra Murena, pero en el que Cicerón, defendiendo a éste, obtuvo la absolución —finales de noviembre del 63) no bastaba para consolar a Catilina, que decidió ya alcanzar la satisfacción mediante la violencia, puesto que el acceso legal al poder le estaba cerrado.

Empezó por reunir a su alrededor a un cierto número de cómplices: todos los nobles defraudados en sus ambiciones por cualquier motivo, algunos que se habían arruinado, inútilmente, por satisfacerlas o por su incapacidad para administrar sus fortunas, y muchos otros, entre los caballeros y la burguesía de las pequeñas ciudades italianas, que padecían dificultades económicas. Las condiciones de la economía y, especialmente, de la agricultura italiana habían multiplicado el número de los deudores insolventes. La concurrencia del trabajo servil, la concentración de la producción en unas pocas manos hacían difícil la vida de los pequeños propietarios. Aquellas dificultades pesaban fuertemente sobre los colonos establecidos por Sila en tierras que no alcanzaban a cultivar. Tales colonos, antiguos soldados, se acostumbraban mal a la escasez. Entre ellos reclu-

tará Catilina, especialmente en Etruria, la gran masa de su ejército.

La conjuración se organizó en septiembre. En aquel mismo mes, Cicerón había sido informado de ella, gracias a la indiscreción de un cómplice, el cual, para calmar a su amante que se mostraba impaciente por recibir el dinero, le descubrió todo el asunto y le dijo que, gracias a Catilina, ella y él serían ricos muy pronto. La dama, inquieta y deseando hacerse pagar el secreto que le había sido revelado, fue a reunirse con el cónsul y, durante toda la crisis, ella le venderá así valiosas informaciones. Pero Cicerón no tenía las pruebas necesarias para justificar una acción, por lo cual se limitó, el 23 de septiembre (el mismo día en que nacía el futuro Augusto), a informar al Senado acerca de lo que él sabía, pero nadie tomó la cosa en serio. Sólo un mes después, en la noche del 20 al 21 de octubre, se produjo un hecho nuevo: Craso, M. Marcelo y Metelo Escipión se presentaron en casa de Cicerón y le entregaron unas cartas que habían sido depositadas en sus domicilios por un desconocido. Aquellas cartas, sin firma, les invitaban, a ellos y a algunos otros, a abandonar la ciudad lo más pronto posible y a ponerse a salvo[94]. Al día siguiente por la mañana, Cicerón reunió al Senado e hizo dar lectura a aquellas cartas. Añadió algunas precisiones, diciendo que, según sus informaciones, Manlio, un lugarteniente de Catilina, se rebelaría el 27 de octubre; el propio Cicerón sería asesinado el 28, y Preneste ocupada el 1.º de noviembre. Tras una noche de reflexión, los senadores votaron el *senatus-consultum ultimum*.

De todos modos, Cicerón prefería prevenir que curar y confió en intimidar a los conjurados con la amplitud de las medidas que hizo adoptar inmediatamente: levas de soldados, ocupación militar de la Campania, donde los conjurados pensaban provocar la rebelión de los gladiadores de Capua. Pero Catilina no se deja intimidar. El 8 de noviembre, intenta matar a Cicerón. Unos asesinos se presentan en casa de éste, al alba, con el pretexto de saludarle, como la costumbre ordenaba. Cicerón había sido avisado del peligro, y los enviados de Catilina no pudieron entrar. Algunas horas después, el cónsul pronunciaba en el senado la primera *Catilinaria.* Quería obligar a Catilina a descubrir su juego, a declararse por sí mismo enemigo de Roma. Aquella misma noche, Catilina abandonaba la ciudad y se reunía, en Etruria, con el ejército de Manlio. Y, al día siguiente, Cicerón explicaba al pueblo la verdadera situación. El sabía que la mayoría de los conjurados había quedado en Roma, y que éstos intentarían provocar un movimiento popu-

lar. Cicerón pronunciaba aquel discurso para impedirlo, y también porque, respetuoso de las leyes y del espíritu de las instituciones, no ignoraba que el pueblo era el juez supremo y el último depositario del poder. Aquel pueblo debía integrarse, a toda costa, en el «partido del orden». Catilina y los suyos pretendían que su acción no tenía otro objetivo que el de defender a los humildes y a los desgraciados [95].

Cuando Catilina hubo alcanzado el campamento de Manlio, el Senado le declaró enemigo público. El otro cónsul, Antonio, fue invitado a emprender operaciones contra él. Pero la conjuración no había sido destruida. La víspera de las Saturnales, uno de los nuevos tribunos, M. Calpurnio Bestia, que era también uno de los conjurados, debía acusar a Cicerón ante la asamblea de la plebe y, a la noche siguiente, comenzaría el incendio de la ciudad y la matanza de senadores. Catilina entraría a la cabeza de su ejército en una ciudad tomada ya por sus agentes del interior. Mientras tanto, el principal agente de Catilina, Léntulo, consideraba útil concertar con unos diputados alóbroges, que se encontraban en la ciudad, una alianza en buena y debida forma. Pero los alóbroges, en principio dispuestos, hablan del asunto con su «patrono» romano, Q. Fabio Sanga. Cicerón fue informado, de modo que, en la noche del 2 al 3 de diciembre, una operación de policía permitió detener, en el puente Milvio, a los alóbroges, debidamente advertidos, y encontrar en sus equipajes el propio texto del contrato firmado por los conjurados. Inmediatamente, los culpables son detenidos y, por la tarde, Cicerón informa de la situación al pueblo en la tercera *Catilinaria*. Quedaba por decidir qué conducta seguir con los conjurados. Los que estaban en Etruria, con las armas en la mano, eran enemigos del Estado, «extranjeros» (*hostes*) con los que se estaba en guerra. Pero, ¿y los otros, los que habían sido confiados a la custodia de particulares? Cicerón plantea la cuestión en el Senado el día 5. Es el tema de la cuarta y última *Catilinaria*.

La sesión del Senado fue larga, y las opinones, encontradas. Los «aristócratas» pidieron la muerte. César, a quien se consideraba desde hacía mucho tiempo como el jefe de los «populares», se inclinó por la clemencia. Bastaría con relegar a los culpables a los municipios o a las colonias. La decisión fue provocada por el discurso de Catón (el futuro «Catón de Utica»), el mismo que acababa de ser el acusador de Murena y se mostraba como el más intransigente de los doctrinarios: el Senado votó la pena de muerte. Y Cicerón, unas horas después, la hizo ejecutar. Los cinco conjurados más notables —Léntulo,

Cetego, Estatilio, Gabinio y Cepario— fueron estrangulados en el calabozo del *Tullianum*. Un poco más de un mes después, a finales de enero, Catilina, que se había puesto a la cabeza de su ejército, se veía obligado a entablar una batalla formal contra las fuerzas del Senado. El choque tuvo lugar en Pistoia. Los rebeldes fueron aplastados. Manlio y Catilina perecieron combatiendo. El consulado de Cicerón había terminado el 29 de diciembre. Era Antonio, su colega, el que, con una prórroga como procónsul, mandaba el ejército que venció a Catilina. Antonio, ciertamente, no asistió al combate, y se evitó la violencia de tener que enviar directamente a la muerte al que había sido su amigo.

De aquella aventura, que la elocuencia de Cicerón y también el genio de Salustio han magnificado para nosotros hasta convertirla en un acontecimiento mayor de aquel tiempo, el régimen oligárquico salía, aparentemente, fortalecido, puesto que, esta vez, no había sido necesario recurrir a un «salvador», y el Senado se negó a llamar a Pompeyo, a pesar de que así lo había propuesto una *rogatio* del tribuno Q. Metelo Nepote, antiguo legado de Pompeyo, vuelto de Oriente para hacerse elegir tribuno y totalmente decidido a trastornar el juego de las instituciones aristocráticas. Pero Nepote, que había apoyado su *rogatio* con una demostración de violencia en el Foro, tuvo que huir sin haber obtenido nada. Ya el 29 de diciembre, cuando Cicerón se proponía pronunciar un discurso celebrando su acción contra Catilina, Nepote se había opuesto, y Cicerón había tenido que conformarse con el breve juramento habitual cuando un cónsul cesaba en su cargo.

La vuelta de Pompeyo.

Antes de su partida para Oriente, Pompeyo era el personaje más prestigioso del Estado, pero los inmensos servicios que había prestado después tal vez no habían aumentado aquel prestigio tanto como habría merecido la importancia de las conquistas y de las anexiones llevadas a cabo por él en Asia: Siria (en el 64), pacificación de Palestina y toma de Jerusalén (durante el verano del 63), creación de las provincias de Bitinia y de Siria, influencia romana extendida sobre Armenia, y consolidada en la Capadocia y en la Comágene. Cicerón, a pesar de los títulos de Pompeyo para merecer el reconocimiento de Roma, había conquistado, por otros métodos, el derecho de oírse proclamar «padre de la patria» y devuelto alguna esperanza a los que, entre los Padres, no creían que el establecimiento de una dictadura militar fuese una fatalidad ineluctable. A

esto se debía, probablemente, la maniobra de Nepote, y también el despecho manifestado por Pompeyo respecto a Cicerón, quien, en cierto modo, si no le había arrebatado su victoria, se la había, por lo menos, disminuido. Catilina no era más que un aventurero sin relieve, desde luego, pero la importancia real de su intentona no es tan digna de ser tenida en cuenta como la forma en que reaccionaron ante ella las diferentes clases de la ciudad. Las campañas de Pompeyo se habían desarrollado lejos; el combate, secreto o manifiesto, entre Catilina y Cicerón se había desarrollado a los ojos de todos. No es sorprendente que los Padres exagerasen (desmedidamente, dicen algunos) el mérito de Cicerón, en atención a que el orador les había restituido la República y a muchos incluso les había salvado la vida. Así, cuando Pompeyo, a comienzos del año 61, regresó a Roma, ni siquiera intentó conservar su ejército y lo desmovilizó, de acuerdo con la ley, en espera del día del triunfo. La aventura de Sila no volvería a empezar. Y a Pompeyo cupo el honor de haber comprendido que la situación era, tras el consulado de Cicerón, muy diferente de lo que había sido bajo la «tiranía» popular de Cinna.

η) *El primer triunvirato.*

En realidad, ni la derrota de Catilina ni las victorias de Pompeyo habían resuelto los problemas romanos. Parecía haberse alcanzado un equilibrio momentáneo, pero sin reformas profundas no podía resolverse nada: «enjambrazón» de la plebe en unas colonias que, esta vez, se fundarían efectivamente, y reorganización de los gobiernos provinciales, a fin de poner término a la descarada explotación de los territorios del Imperio por algunos senadores y por el conjunto de los publicanos. Estas reformas no podían abordarse realmente sin comprometer aquel precario equilibrio que Cicerón llamaba, con un nombre tradicional pero renovado por él, *concordia ordinum* (el acuerdo o la concordia de los órdenes). Concordia que sería muy difícil mantener cuando los intereses vitales de esta o de la otra clase se viesen amenazados. Cicerón estaba persuadido de que la fuerza de la palabra y la claridad de las razones bastarían para mostrar la Verdad —opinión de filósofo, dependiente, en último análisis, del optimismo «socrático» (aunque las reservas de Cicerón respecto a Sócrates no le permitían aceptar dócilmente las lecciones del socratismo), reconsiderado según las necesidades de la acción[96].

Pero en torno a Cicerón, la acción imponía necesidades cada vez más urgentes. No sólo persistían los problemas profun-

dos, sino que se planteaban otros nuevos, que se referían más a las personas que a los principios y que era preciso resolver lo más rápidamente posible. Pompeyo, a su regreso de Oriente, había tenido que repudiar a su mujer, Mucia, que era medio hermana de los Metelos, lo que había alejado a Pompeyo del clan de los oligarcas, obligándole a buscar en otra parte los apoyos que le permitiesen alcanzar lo que para él era absolutamente indispensable: hacer ratificar sus actos por el Senado y obtener tierras para dotar a sus veteranos. Por otro lado, el jefe, por lo menos nominal, de los «populares», Craso, después de su consulado común, estaba tan indispuesto con él que no había dudado en huir a Macedonia cuando Pompeyo desembarcó en Italia. Cuando regresó, seguro ya de que Pompeyo no sería un nuevo Sila, se dedicó a entorpecerle en todo lo que hacía. Quedaba un hombre que no estaba irremediablemente comprometido con nadie, pero que pasaba por ser un «demócrata» convencido a causa de sus lazos familiares y de la resistencia que en otro tiempo había opuesto a Sila[97], así como a juzgar por su actitud en el momento de la conjuración de Catilina. César aún no se había hecho tan notable que pudiera ser considerado como un rival para Pompeyo. En relación con aquel hombre prestigioso, de más edad que él, César se había mostrado siempre respetuoso, y su propia carrera se desenvolvía en unas condiciones que le permitían conservar, en el juego de las ambiciones, una total independencia —si se exceptúa la aparente dependencia en que sus deudas le colocaban respecto a Craso, y si se admite, desde luego, que éste, con la esperanza de cobrar lo que había adelantado, no podía menos de servir a César en lugar de ser servido por él.

César ejerció la pretura en el 62. Desde el 63 era pontífice máximo, y había obtenido aquella distinción, generalmente concedida a un anciano, cuando aún no había cumplido los cuarenta años. Como pretor, se había comprometido, desde luego, en el asunto de la *rogatio* de Metelo Nepote[98], pero mientras éste huía cerca de Pompeyo, César permanecía en Roma y obedecía las órdenes del Senado, hasta el punto de merecer, unos días después, elogios oficiales. Y sabía ganarse amigos en todas partes. Así, al final de su pretura, había contribuido a sacar de un mal paso a P. Clodio Pulcro —un cuñado de Metelo Célor—, mientras Cicerón, que hasta entonces había tenido en Clodio a un amigo, había hecho de él un enemigo mortal. Clodio, que era, según se cree, el amante de Pompeya, la mujer de César, había aprovechado la fiesta de la Buena Diosa, que se celebraba aquel año (en los primeros días de diciembre)

en la casa de César, para introducirse clandestinamente junto a su amante. Pero había sido sorprendido, y el escándalo había sido tanto mayor cuanto que, durante la ceremonia, no había sido admitido ningún hombre. Era un sacrilegio. Los oligarcas ordenaron una investigación. Clodio fue llevado a juicio. César se limitó a repudiar a Pompeya, pero no declaró en el proceso contra el culpable. Cicerón, por el contrario, destruyó, mediante un testimonio del que habría podido prescindir, la coartada presentada por Clodio. Este no fue condenado porque compró a los jueces, pero no perdonó a Cicerón aquel acto inamistoso. Desde entonces, se ensañó contra el orador, lanzándole en el Senado frases hirientes, a las que Cicerón no dejaba de responder. Clodio preparaba su venganza. Y César, que lo sabía, mantenía en reserva aquella arma contra el vencedor de Catilina.

Mientras tanto, César, después de su pretura, se fue a gobernar la España Ulterior como propretor y, en el momento en que Pompeyo celebraba en Roma un triunfo que duró dos días (28-29 de septiembre del 61), él se iniciaba en la administración de una provincia, se ganaba el afecto y el reconocimiento de la burguesía y de la nobleza indígenas, y también hacía el aprendizaje de la guerra «colonial» contra los hombres de las montañas de Lusitania, llevando a cabo incluso operaciones «anfibias», de las que se acordará durante su conquista de las Galias. Al volver de su provincia en el mes de julio del 60, tras haber rehecho sus finanzas mediante el botín arrebatado a los «bandidos» lusitanos, presentó su candidatura al consulado. Pero es lícito pensar que no lo hizo sin antes haber concertado con Pompeyo y Craso aquel acuerdo secreto que en la historia se conoce con el nombre de «triunvirato»[9], y cuya finalidad era la de poner a disposición de cada uno de los tres partícipes, para los designios que él pudiera proponerse, los medios de todos. A partir de entonces, intervendrán en la vida pública no ya tres «órdenes», como antes, sino una facción, la de los triunviros, y los pocos aristócratas que permanecen agrupados en torno a Catón. Los publicanos, la gran masa de los caballeros, seguirán las consignas de Craso. La muchedumbre romana obedecerá a César o a su agente, el demagogo Clodio. Pompeyo, por algún tiempo aún, dispone de los veteranos de su ejército y de su prestigio en toda Italia, así como de su «clientela» provincial. Pero en el seno del triunvirato, los tres cómplices no son iguales. Pompeyo y Craso desconfían el uno del otro; su reconciliación ha sido obra de César y sólo gracias a él subsiste. César es realmente el centro de la combinación, y también el que más espera de ella, por ser el que menos aporta. Para empezar, aque-

llo le valió el consulado, una elección triunfal, obtenida a una edad mínima, y también —pero esto Roma no lo comprendió más que poco a poco— la seguridad de poder realizar sin obstáculos las reformas indispensables.

El consulado de César (59 a. de C.) se caracterizó por una intensa actividad legislativa, sólo comparable a la de Sila. En primer lugar, hizo votar una ley *de repetundis,* que regulaba el funcionamiento general de la administración pública, tanto en Roma como en las provincias, ponía a los provinciales a salvo de la arbitrariedad de los gobernadores y preveía fuertes multas contra los culpables. Después presentó una ley agraria que, votada en dos tiempos, a pesar de la oposición de Catón y del segundo cónsul, Bíbulo, obligaba a los senadores a prestar el juramento de aplicarla e incluyó (en su segunda versión) el reparto del *ager Campanus,* que los aristócratas habían conseguido evitar hasta entonces. Pero César no se hacía ilusiones: una vez que su consulado terminase, los senadores se ingeniarían para anular aquellas saludables leyes, y todo volvería a empezar. Así, como medida de precaución y para evitar una posible coalición contra él, yugulándola, obtuvo dos decisiones: de una parte, tras un plebiscito depositado por el tribuno Vatinio, amigo suyo, César consiguió que se le confiase, para cinco años, el gobierno de la Galia Cisalpina y del Ilírico, con tres legiones —el Senado no se atreve a oponerse a aquella designación, sino que, por el contrario, a las dos provincias se añade la Galia Narbonense, y una cuarta legión, a las tres primeras. De otra parte, permite la adopción de P. Clodio por un plebeyo —adopción totalmente ficticia, que no tenía otra finalidad que la de abrir a Clodio, nacido en la *gens* patricia de los *Claudii,* el acceso al tribunado de la plebe. Así, cubierto personalmente por su *imperium* proconsular, dejaría en Roma un aliado turbulento, capaz de inquietar a cualquiera que proyectase alguna maquinación contra él, y, en especial, a Cicerón y a Catón. Por último, para establecer entre Pompeyo y él unos lazos más personales, da a éste la mano de su hija Julia. Así, mientras él estuviese ausente de Roma, tendría en la ciudad un aliado fiel.

Antes de partir, César hizo eliminar o reducir al silencio a los dos únicos adversarios a los que aún podía temer. P. Clodio, elegido tribuno el año anterior y que entró en posesión de su cargo el 10 de diciembre del 59, fue el instrumento de que se sirvió. En aquel momento, la isla de Chipre estaba ocupada por un hermano del rey de Egipto, Ptolomeo Auletes. Después de muchas peripecias, este último acababa de ser re-

conocido por los romanos, oficialmente, como rey de Egipto. La anexión de Chipre sería como el precio que pagaría por aquel servicio. Clodio hizo que la anexión se decidiese mediante un plebiscito, y Catón, en contra de su voluntad, fue el encargado de hacerla efectiva. Al mismo tiempo, tenía que restablecer la concordia y la paz interior en la ciudad de Bizancio.

En cuanto a Cicerón, sería eliminado por otro procedimiento. César, que sentía por él estimación e incluso amistad, habría querido atraérselo. Hasta trató de incluirle en el pacto con Pompeyo y Craso; después, le ofreció ser su *legatus*. Pero Cicerón se negó obstinadamente, pues no quería hacer nada que pudiese desmentir su pasada política y contribuir a comprometer el equilibrio de las instituciones. César tuvo que resignarse, entonces, a lanzar contra él al tribuno que había jurado su ruina. En el mes de febrero, Clodio presentó dos leyes, una decretando que se persiguiese a todo magistrado que hubiera hecho ejecutar sin juicio a un ciudadano romano, y otra atribuyendo a los cónsules del año, a la salida de su cargo, las provincias de Cilicia y de Macedonia. Aquellas dos medidas, aparentemente sin relación, eran, sin embargo, complementarias. Los dos cónsules del 58 —uno, A. Gabinio, fiel lugarteniente de César, y otro, L. Calpurnio Pisón Cesonino, suegro de César desde el año anterior— deseaban vivamente aquellas importantes provincias, de las que pensaban sacar gloria y provecho. Era el precio que Clodio pagaba por la ayuda que ellos podrían prestarle contra Cicerón. Efectivamente, la *lex de capite civis romani* fue votada por el pueblo a principios del mes de marzo del 58, a pesar de los esfuerzos de algunos senadores amigos de Cicerón y de los caballeros que, en su conjunto, le permanecieron fieles. Pero toda veleidad de resistencia fue destruida por los cónsules, y especialmente por Gabinio, y, la víspera del día en que la ley debía ser adoptada de un modo definitivo, Cicerón se desterró voluntariamente. César se había quedado en Roma, con algunos elementos de su ejército, hasta la celebración de los comicios, para prestar ayuda a Clodio en caso necesario. Una vez conseguido el resultado, partió para la Galia, aquel inmenso territorio, todavía en gran parte misterioso, en el que iba a buscar una gloria que pudiese igualar a la que Pompeyo había alcanzado en Oriente.

d) La conquista de la Galia

α) La Galia en el momento de la conquista

Es indudable que, desde comienzos del siglo VI, los países a los que los romanos darían después el nombre de Galias habían sido inundados por sucesivas oleadas de poblaciones célticas. Pero los celtas no habían expulsado a los antiguos habitantes, sino que habían formado con ellos verdaderas naciones, e incluso es lícito pensar que aquel «substrato» humano había contribuido en gran medida a fijar a aquellos nómadas que recorrían Europa desde la Bohemia hasta los extremos límites de España. Las naciones surgidas de aquellos mestizajes eran muy diversas, en primer lugar, a causa de la misma diversidad del substrato que las había originado, y también de su mayor o menor grado de «celtización». Se añadía, asimismo, su nivel de helenización, porque, como hemos visto [100], la difusión del mundo griego se había dado sobre la civilización céltica en una fecha muy antigua, penetrando en ella por varios caminos: las rutas de los Balcanes, y, en especial, el valle del Danubio, las de los Apes, a partir de Spina, y, en fin, las rutas del Ródano. Aquella influencia del helenismo había actuado más o menos profundamente, según las condiciones locales, según que las rutas comerciales que la transmitían pasasen más o menos lejos de la región considerada [101].

César, al comienzo de sus *Comentarios sobre la guerra de las Galias,* distingue tres grandes partes en el conjunto del territorio galo: la Aquitania, la Céltica y la Bélgica. Cada una de ellas comprende un gran número de naciones *(civitates),* que forman la Galia libre (lo que después se llamará la Galia «melenuda»). A aquellas tres partes se añade una cuarta, la Narbonense, de la que César no habla porque es provincia romana desde hace mucho tiempo [102]. De allí es donde partirá la conquista, y también la romanización.

La Narbonense había sido preparada, en cierta medida, para acoger la civilización romana por la influencia de Marsella. Es indudable, por ejemplo, y las excavaciones de Saint-Rémy de Provence (antigua *Glanon*) y de Cavaillon lo demuestran, que el valle del río Durance estaba en vías de helenización a finales del siglo III a de C. [103]. Pero tal helenización es bastante limitada. Marsella no se preocupa mucho del interior del país; prefiere establecer factorías costeras que canalicen las mercancías hacia sus barcos [104]. La influencia del helenismo es, sobre todo, indirecta, y el ejemplo de las ciudades griegas origina la

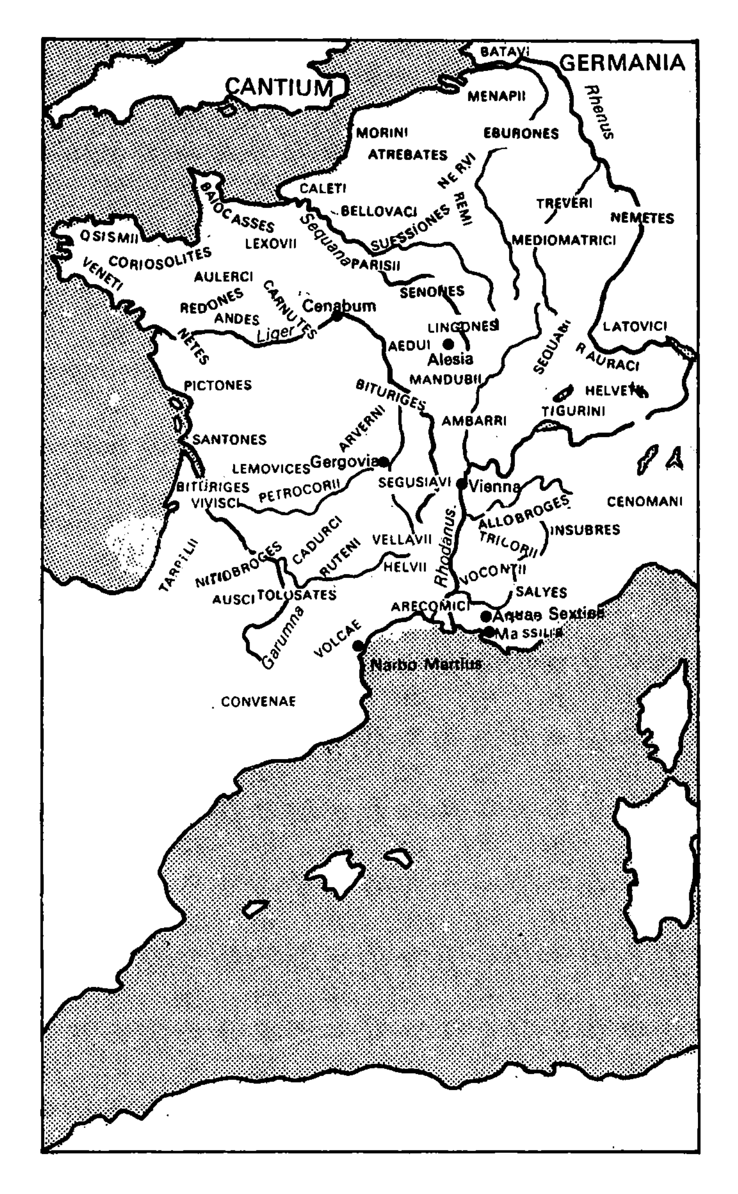


Fig. 4. La Galia en tiempos de César

modificación de los «habitats» indígenas, tal como se ve en Ensérune [105].

Uno de los vehículos de la civilización helénica fue la moneda, que circuló hasta en los cantones más remotos en el siglo III. Monedas de Marsella, derivadas de tipos siracusanos o de otros, pero también monedas macedónicas, los célebres «filipos» de oro, cuya acuñación se prosiguió, durante mucho tiempo, a la muerte de Filipo II. Es posible que las monedas de oro de esta clase, que han sido encontradas en gran abundancia, llegasen al mundo céltico durante el siglo III, a consecuencia de las relaciones constantemente establecidas, pacíficas o violentas, con los reinos helenísticos: botín de pillaje, tributo impuesto a los reyes para comprar la paz, sueldo de los mercenarios, todo esto iba a acumularse en el interior del país celta y en los tesoros de sus reyes. Después, a medida que se desarrollaban recursos propios en la ciudades galas que se habían hecho más decididamente sedentarias, nacieron monedas locales que imitaron los tipos griegos y dieron lugar a representaciones en las que se percibe la libre imaginación de los grabadores indígenas [106]. Los intercambios comerciales se convertían así en la base de la que surgía una expresión plástica nacional (en el sentido más vago).

Es también a los griegos a quienes los galos debían el uso de la escritura, puesto que, según César nos dice, los registros públicos de los helvecios estaban redactados en caracteres griegos; pero, al lado de las inscripciones grabadas en aquel alfabeto, se han encontrado otras, anteriores a la conquista romana, que utilizaban el alfabeto latino, lo que parece indicar que el empleo de la escritura era, si no reciente, por lo menos bastante excepcional y adaptado a las condiciones locales.

La Galia Narbonense, en el tiempo de César, se extendía desde la región de Toulouse, ocupada por los volcas, hasta los Alpes, a lo largo de territorio de los helvios, subiendo hacia el norte hasta la confluencia del Saona y del Ródano, y, desde allí, hasta Ginebra. Las principales ciudades galas englobadas en aquel vasto territorio eran las alóbrogas (valle del Isère), las voconcias (entre Valence y Briançon), las tricastinas (entre Orange, Vaison y Carpentras), las cavaras (región de Aviñón) y las salias (Aix-en-Provence). Las más indóciles habían sido las alóbrogas, revueltas aún en el 61, y sometidas no sin dificultad por el gobernador C. Pomptino.

La Galia Aquitania se extiende al oeste de la Narbonense, entre los Pirineos, el Garona y el Océano. Está relacionada, sobre todo, con los países «celtizados» de España, y Estrabón, al des-

cribir la Galia, insiste sobre la diferencia existente entre los aquitanos y los demás pueblos galos. Según él, los aquitanos no hablan la misma lengua y, físicamente, se parecen más a los iberos que a los galos [107]. Hoy es difícil comprobar las afirmaciones de Estrabón. La toponimia demuestra, sin embargo, que la lengua «ibera» se habló en algún momento en las dos vertientes de los Pirineos. La extensión de la nación vasca, cuyas relaciones con la civilización de los iberos siguen siendo muy oscuras, da una idea del estado de la Aquitania antes de la llegada de los romanos. La cadena pirenaica no constituye una frontera, sino que implica, más bien, una división política, valle por valle, sin impedir —mejor, favoreciendo— las comunicaciones de una vertiente con la otra. Pero, por grande que haya podido ser el particularismo de los pueblos aquitanos (sotiates, en el valle del Garona, en la confluencia de Lot; vocates y vasates, sus vecinos hacia el Sudoeste; tarusates, cocosates y tarbelos, que ocupaban la cuenca del Adour y las llanuras de las Landas; elusates y auscos, en el país de Armagnac; bigerriones, de Bigorre; bituriges-vibiscos, en la región de Burdeos; boyos en las orillas de la cuenca de Arcachón), habían experimentado, sin embargo, la influencia de los celtas. Algunos de ellos, como los boyanos y los bituriges-vibiscos, son naciones celtas instaladas en una fecha próxima a la llegada de César. Pero oleadas mucho más antiguas han dejado huellas de su paso (los *tumuli* característicos de la civilización de Hallstatt) en toda la región.

Según César, la Galia Céltica es la más extensa puesto que va desde el Garona hasta el Sena y el Marne [108]. Difiere de la Galia Bélgica, porque sus habitantes de origen celta han llegado al país hace mucho tiempo. La Galia Bélgica, por el contrario, es la que ha sido recubierta por la más reciente ola de invasores celtas. Esta diferencia, que puede considerarse como enteramente accidental, no por eso deja de ser importante, puesto que da origen a la creación, entre las dos regiones, de un contraste cultural muy claro, que el propio César subraya cuando nos dice que los belgas son los «más valientes» y los más belicosos de los galos. En la Céltica, aparentemente, a lo largo de los dos siglos, aproximadamente, que separan las dos oleadas, la influencia del clima, del género de vida y también del ejemplo de los habitantes ha dulcificado la rudeza de los celtas, es decir, ha comenzado a civilizarles.

Nosotros no podríamos medir la importancia de las aportaciones célticas según las diferentes regiones. Sin duda, cabe suponer (pero esto no es más que una hipótesis) que hayan sido más considerables en los países fértiles, que eran más deseables,

y más escasas en los países más áridos y también en aquellos en los que el género de vida tradicional de los habitantes era menos fácilmente imitable. Así ocurre, al parecer, en las costas del Océano y, sobre todo, en la península armoricana, donde la explotación del mar constituía, según se cree, el recurso principal, mucho más que la agricultura. Aquellas poblaciones armoricanas no habían conocido la primera invasión celta, la de la época de Hallstatt; puede pensarse que las invasiones ulteriores fueron, en aquella región, menos intensas que en el resto de la Galia Céltica. En el tiempo de César, se distinguen en la Armórica algunas naciones ciertamente celtas o claramente «celtizadas», como los namnetes, los redones, los vénetos y los osismianos.

El mismo argumento permite creer que la «celtización» ha debido de ser menos fuerte en las regiones más difíciles del Macizo Central, y que los arvernos, por ejemplo, o los velavios, de la cadena de los «Puys» y del Velay, son, esencialmente, «viejos» habitantes y bastante poco celtas. La toponimia nos demuestra allí, en efecto, la escasez de los nombres de lugar y de ciudad entroncados en una etimología céltica. Ni Gergovia, ni la ciudad santa de Alesia, en los confines del Morván y de la Borgoña, tienen nombres celtas. Pero, de todos modos, la estructura social de aquellas poblaciones, en la medida en que nosotros podemos conocerla, es impuesta por el elemento celta, aunque éste fuese poco numeroso en la masa. Los nombres de los aristócratas arvernos que conocemos —los que han contado en la historia— son nombres celtas, y puede decirse que en la Galia Céltica (y, más aún, en la Galia Bélgica) una minoría céltica domina, social y políticamente, a una población cuya mayoría pertenece al substrato local.

En el momento en que va a producirse la conquista romana, aquellas poblaciones han alcanzado una especie de equilibrio; las migraciones son ya excepcionales, se hacen cada vez más difíciles y no se realizan al azar, sino en virtud de acuerdos previos: una nación que dispone de un territorio demasiado vasto para ella, puede llamar a un pueblo menos favorecido para que vaya a trabajar el suelo que, sin eso, quedaría yermo [109]. El territorio ocupado por cada «nación» suele estar determinado por las condiciones naturales, es decir, en último término, por un género de vida, un estilo de explotación agrícola. No podría decirse si el accidente humano ha representado, en la partición del suelo galo, un papel más importante que la infraestructura geológica o las formaciones vegetales. Las dos series de factores han influido la una sobre la otra. La superes-

tructura social se ha apoyado en las condiciones naturales. Es probable que esto haya sido más fácil, porque las poblaciones precélticas eran bastante poco numerosas y formaban núcleos separados entre sí por grandes distancias. Los invasores no encuentran dificultad alguna en llenar los vacíos. Con el aumento de la población, a que ellos dan origen, los lazos económicos entre los distintos asentamientos se complican, las «células» autárquicas crecen y diversifican sus elementos; así nacen verdaderos estados ligados al suelo. En la terminología romana, aquellas células llevan el nombre de *pagi,* palabra que nosotros traducimos por *cantón* y que significa menos una subdivisión política de toda la sociedad céltica que el resultado territorial de la «celtización».

β) *Los factores de unidad*

La Galia se había convertido así en un mosaico de naciones cuyos nombres nos son conocidos, sobre todo, por César [110]. Entre estas naciones, algunas ocupaban vastos territorios, y otras eran muy reducidas y dependían, económicamente y a menudo políticamente, de las primeras. Pero no existía ninguna organización común a todas las poblaciones galas. Por eso, se dirá durante mucho tiempo «las Galias» y no «la Galia». Sólo en el seno del Imperio romano se llevará a cabo la unidad del país, pero esta unidad jamás hubiera podido formarse si sus condiciones no hubieran existido con anterioridad a la conquista.

Los primeros perfiles de la unidad gala son de carácter esencialmente espiritual: en primer lugar, el hecho de que todas las poblaciones hablan una misma lengua (con dialectos, sin duda, numerosos y diversos [111], pero no parece que los galos de los diferentes pueblos hayan tenido necesidad de intérpretes para entenderse), de modo que tienen en común una misma literatura, oral, que comprendía, según se cree, largas epopeyas que narraban las aventuras de los dioses y de pueblos legendarios. Aquellas epopeyas, al no haber sido jamás escritas todavía en el período prerromano, no nos son asequibles más que de un modo muy indirecto, por los vestigios que de ellas pueden subsistir en la literatura de Irlanda, del País de Gales, de Cornualles, de Escocia, es decir, en los dominios de los celtas insulares. Pero esta literatura insular no ha sido recogida hasta muchos siglos después del tiempo de César y, mientras tanto, ha experimentado numerosas influencias, incorporando, en ocasiones, recuerdos históricos muy posteriores, relacionados, por ejemplo, con las invasiones sajonas. De todos modos, exis-

tía una mitología céltica «común», cuyos restos son a veces perceptibles, sobre todo mediante la comparación con los otros dominios indoeuropeos [112].

Cualquiera que fuese el carácter de la literatura sagrada, la unidad espiritual del mundo galo tendía a afirmarse en el «druidismo», que parece haber sido, en la época de César, una institución reciente. Entonces, tenía su centro en la Bretaña insular; tal vez, incluso, tuviera su origen allí, si es verdad, como se ha supuesto, que procede de un antiguo sacerdocio precéltico existente en Bretaña. Es difícil creer que los druidas fuesen los representantes en el mundo celta de la clase sacerdotal, bien comprobada en otras civilizaciones indoeuropeas. Lo que nosotros sabemos de ellos es demasiado inconsistente para que nos resulte posible alcanzar ninguna certidumbre. Por lo que puede conjeturarse, los druidas son los depositarios de una doctrina relativa a los dioses, pero también a la naturaleza del mundo. Creen en la inmortalidad del alma, admiten que ésta, después de la muerte individual, no sólo no vuelve a la nada, sino que va a animar otro cuerpo. Según César, esto contribuía a fortalecer el valor: los soldados, en la batalla, no temían la muerte, puesto que para ellos no era más que una transición.

Los druidas presentan, por lo menos, un carácter que impide considerarles como los representantes de una clase sacerdotal propia de cada nación: constituyen una casta exterior a los diferentes pueblos, y por ello son los artífices de la unidad gala. Formados, en la época de César, en «colegios» situados en Bretaña, consagran muchos años a estudiar las tradiciones de que son depositarios sus maestros, aprenden de memoria poemas interminables, sin que les esté permitido utilizar la escritura para ayudar a la memoria; después, cada uno vuelve a la ciudad de donde ha salido; así se llega a ser druida sin que se necesite ninguna condición de nacimiento. Es muy probable que el druida haya acabado por asumir ciertas funciones de la sociedad céltica y que, en cierta medida, sustituyese al «sacerdote» primitivo. Pero la vida espiritual de la Galia obedece a consignas exteriores a cada ciudad. Los druidas celebran asambleas «internacionales», y la creación, en Lyon, a comienzos del Imperio, de un culto celebrado por sacerdotes llegados de todas las ciudades respondía a una costumbre y a una exigencia de la Galia libre, transferidas a la nueva organización.

Había también en la Galia una asamblea de «jefes» de los diferentes pueblos, que se reunía para tomar las decisiones que interesaban al conjunto de la «comunidad» gala. Ignoramos en qué medida aquel embrión de consejo federal fuese desarro-

llado, o tal vez incluso creado por el druidismo. Sólo adivinamos que existe una relación entre los dos hechos. Es posible que la idea misma de tales asambleas fuese reciente en el tiempo de César y que se viese reforzada por la amenaza exterior. Percibimos algunas tentativas más antiguas de constituir un «imperio» y someter por la fuerza a las ciudades, en beneficio de una de ellas. Así, había existido, en el curso del siglo II antes de nuestra era, un «Imperio arverno», quizá formado en los últimos años del siglo III [113], y del que Estrabón nos dice había comprendido a todas las naciones galas hasta los alrededores de Marsella, hasta Narbona y los Pirineos [114]. La tradición nos ha transmitido los nombres de algunos reyes: el primero de ellos, Luernio, aparece como un rey de leyenda, acompañado de sus bardos, a los que mantiene para que canten sus alabanzas, y viviendo con un fausto bárbaro [115]. El rey Bituito, su hijo y sucesor, había sido el primero en establecer contacto con los romanos y, arrastrado por los alóbroges a un conflicto en el que los arvernos sólo intervenían como «soberanos» y protectores de los pueblos que eran atacados por Roma, fue víctima de su confianza en éstos, que le hicieron prisionero y le llevaron a Roma, donde figuró en el triunfo de Domicio Ahenobarbo y de Fabio [116]. De todos modos, la constitución de la provincia romana Narbonense no podía menos que poner fin al Imperio arverno. El hijo de Bituito, Congenato, fue reclamado por los romanos, que le enviaron a vivir al lado de su padre [117], porque, como dice el compilador de Tito Livio, «esto parecía importar a la paz».

Hasta aquella época, la realeza parece haber sido el régimen político más habitual en las ciudades galas. Pero, poco a poco, la monarquía va siendo sustituida por el gobierno de los «nobles». Los reyes no subsisten más que en ciertas naciones, cada vez más raras, y, a juzgar por el caso de los nitiobriges de Agen, que conservaron el suyo, sólo donde aceptaban ser el instrumento de la política romana. A pesar de lo que asegure C. Jullian, no es cierto, en absoluto, que Roma haya sido sistemáticamente hostil a los reyes en la Galia, cuando los toleraba e incluso se servía de ellos en el resto del mundo. El hijo de Bituito fue alejado de su país, como lo fue, unas decenas de años después, Tigranes el Joven, cuando Pompeyo consideró que no era prudente dejarle en Asia, y también como los hijos de los proscritos por Sila fueron privados de sus derechos políticos, a causa del resentimiento que se sospechaba que tendrían que abrigar contra el régimen nacido en la dictadura. La evolución de la monarquía a la aristocracia es —como se ha

repetido tan frecuentemente— un fenómeno general en el mundo antiguo. Responde a una verdadera ley política, y la diplomacia romana no es responsable de tal evolución en modo alguno —aunque se advierta una evidente simpatía de los romanos (de los que tenían a su cargo la política exterior) por las clases ricas, y aunque desconfíen menos de los reyes que de los demócratas.

γ) *Estado político y social*

De todos modos, en el momento de la conquista, el Imperio arverno, decapitado, ya no es más que un recuerdo, cuya nostalgia conservaba, sobre todo, el pueblo. Esto explicará, sin duda, tanto la tentativa de restauración monárquica llevada a cabo, entre los mismos arvernos, por Celtilo, el padre de Vercingétorix, como el éxito alcanzado por éste entre el pueblo cuando se propuso organizar la resistencia contra Roma.

La transición de la monarquía a la aristocracia se había visto favorecida por la designación anual, en cada ciudad, de un magistrado supremo único, que era como el rey del año. Al menos en algunas ciudades, llevaba el nombre de «vergobret» (entre los santónicos, los eduos, etc.). Y se adivina la existencia de magistrados secundarios que le asistían. En otro tiempo, el rey era el más poderoso de los jefes de clan. La revolución ha consistido en hacer de modo que los jefes de clan se repartan el poder por turno. Porque la nación se compone de «clanes» yuxtapuestos, comprendiendo cada uno de ellos un gran número de «clientes», que cuentan con el jefe para subsistir. Entre aquellos innumerables clientes, es fácil reclutar un verdadero ejército; así se ve en el relato de César que tal o tal noble realiza política particular, concertando alianzas familiares (e, indirectamente, políticas) con otras grandes familias, tanto en el interior de la nación como fuera de ella. El prototipo de aquellos grandes señores es el eduo Dumnórix, que, muy rico, verdadero tirano, situado por encima de las leyes, tenía parientes entre los bituriges, entre los helvecios y en algunos otros pueblos [118]. Es, por lo tanto, como si en la Galia se superpusiesen dos organizaciones políticas diferentes: una aristocracia «sin fronteras», evidentemente de origen céltico, que continuaba en lo posible las tradiciones de magnificencia tan caras a su casta, y, por otra parte, el cuadro de la «ciudad», con sus magistrados, la justicia (en principio) igual para todos, y una administración que tenía por objeto limitar las usurpaciones de los nobles. Pero no es cierto que el corazón de la masa popular haya sido siempre adicto a las instituciones

de la ciudad. La conquista romana las desarrolló y las hizo triunfar, eliminando todo lo que procedía de los tiempos anteriores.

En la organización familiar se advierten transformaciones recientes y profundas. Según el testimonio de César, el padre es dueño absoluto, tiene derecho de vida y de muerte sobre sus hijos e incluso sobre su mujer. Pero no siempre había sido igual. Algunos indicios permiten suponer que, antes de aquella época, las mujeres habían desempeñado un papel más importante en la ciudad y que incluso habían decidido, en asamblea, las más graves cuestiones: por ejemplo, los tratados y las relaciones con el exterior [119]. Lo que Plutarco nos dice de las mujeres de la Galia Cisalpina en tiempos de Aníbal fue probablemente cierto en fecha más reciente respecto a las mujeres de la Galia libre [120]; así se comprenderían las palabras de Estrabón, tan misteriosas, de que las «tareas de los hombres y de las mujeres son, entre ellos, intercambiables en relación a lo que ocurre entre nosotros» [121], y Estrabón añade que esto se halla de acuerdo con una costumbre frecuente entre los bárbaros. Estrabón no quiere decir, sin duda, que las mujeres aren y siembren, sino que, en la ciudad, participan en la vida pública. Desgraciadamente, no podemos saber de qué modo ni en qué medida se conservó esta costumbre antigua hasta el siglo I a. de C. En todo caso, la suerte «económica» de las mujeres está protegida por un uso del que César nos informa: en el momento de la boda, se constituye una «masa» común, compuesta por la dote y por una suma igual aportada por el marido. A la muerte de uno de los cónyuges, el superviviente hereda el capital y los intereses [122].

La mayor parte de la población está diseminada en los campos y vive de la agricultura. Las ciudades son raras, por lo general, y constituyen, sobre todo, lugares de refugio. César las llama *oppida*, con un nombre que las asimila a las aldeas asentadas sobre las colinas de la Italia central. Se supone que, antes de la invasión de los teutones y de los cimbrios, que habían causado enormes devastaciones en la Galia en los últimos años del siglo II a. de C., las *oppida* no servían de «habitat» permanente. Las invasiones habían obligado a la población a refugiarse tras sus murallas [123]. Pero, en aquella época, el desarrollo del comercio y de la riqueza mobiliaria, así como el ejemplo llegado del Mediterráneo, incitaron a los galos a permanecer en sus *oppida* más tiempo del que habría sido necesario. El nacimiento de verdaderas ciudades está relacionado, sin duda, con los progresos de la industria artesanal, a cuyo

desarrollo asistirá el comienzo del Imperio: tejidos entre los remenses y los cadurcos, fabricación de instrumentos agrícolas, de vehículos (eran famosos los carreteros galos), establecimientos metalúrgicos (armas y cuchillería). Aquellas ciudades parecían, sobre todo, etapas en las rutas del comercio: están al lado de los ríos (*Genabum*, Lutecia, etc.), y en los sitios de paso importantes de las pistas prehistóricas (Alesia, Bibracte, etc.).

Pero el verdadero «paisaje» galo es el de los campos, con sus granjas diseminadas o agrupadas en pequeñas aldeas donde se practicaban diversas actividades: naturalmente, el cultivo de los cereales, pero también la ganadería, mayor o menor, caballos, bovinos, ovejas, cuya lana abastecía a la industria de los tejedores, y la cría de aves que, al parecer, suministraba lo esencial de la alimentación doméstica. Los gansos, especialmente, se estimaban por su hígado[124]. Todas las técnicas, muy evolucionadas, que caracterizan la industria y la agricultura de la Galia bajo el Imperio[125] se habían formado en la Galia libre; su existencia es para nosotros una prueba de la prosperidad y de la estabilidad de aquel país, en el que las numerosas rivalidades entre las naciones y las guerras, por las que, en otro tiempo, los galos habían experimentado un placer tan vivo, no habían logrado quebrantar gravemente el desarrollo de la vida cotidiana. Sin duda alguna, en aquella confrontación entre los invasores celtas y las poblaciones indígenas, la placidez de los agricultores sedentarios se había impuesto al ardor guerrero que animaba a los conquistadores.

La complejidad que descubrimos en la Galia es particularmente notable en el campo de la religión. En realidad, la conocemos muy mal, a pesar del gran número de documentos ilustrados de que disponemos. ¿Es seguro que las innumerables «diosas-madres», cuyas imágenes se encuentran un poco en todas partes y que han recibido tantas dedicaciones en la época galorromana, son variantes de la Tierra-Madre, esa divinidad que los historiadores encuentran en todas las civilizaciones y a la que consideran una de las más primitivas de la humanidad? Al lado de aquella Madre universal (y un poco hipotética) había un Padre, cuya existencia está bien demostrada por César (que nos ha dejado de la religión gala una exposición que, sin duda, la deforma al imponerle categorías tomadas del paganismo grecorromano). Dios de los Muertos (César le llama *Dis Pater)* sería el antepasado de la humanidad entera. Todo sale de la noche y de la muerte: la vida y el día han salido de ellas. Concepción optimista, que suprime del universo todo lo

que es «negativo», y que se halla bastante de acuerdo con lo que se nos dice de la doctrina de los druidas, fundada en la metempsícosis.

El Júpiter galo —el que los romanos llamaron así— era, naturalmente, el dios del cielo. Se le adoraba en las montañas, los puntos más próximos a él. ¿Era idéntico al Sol? En ese caso, sería más semejante a Apolo, a no ser que se prefiera reservar este nombre para los dioses bienhechores que se manifestaban favoreciendo a las regiones. Y, entre esas personalidades inconcretas, ¿cuál es la parte de la religión más antigua, y cuál la de la interpretación céltica? Acaso sean los dioses de los celtas los que han valido a la religión gala su reputación de ferocidad: sacrificios humanos ofrecidos a Júpiter (con el nombre de Taranis, dios de la tormenta), a Esus-Marte, a Mercurio-Teutates, y que eran consumados de distintos modos, según el dios a que estaban dedicados (mediante el fuego, o el ahogamiento, o la degollación).

Estos eran los pueblos a cuya conquista partía César en los primeros días de marzo del 58, tras haber confiado a Pompeyo y a P. Clodio el cuidado de velar por que sus actos del año anterior no fuesen revisados por los oligarcas.

b) *Las campañas de César*

¿Qué finalidad perseguía César al emprender la primera de las guerras que iban a entregar la Galia a Roma y, por último, a desembocar en la romanización de todo el Occidente? Si es cierto que al principio su proyecto había sido el de guerrear en el Iírico y llevar las fronteras del Imperio hasta el Danubio, se pensará que buscaba una guerra de objetivos limitados, tal vez sólo una ocasión de rehacer su fortuna y de servir los intereses de los caballeros, siempre deseosos de nuevo mercado. Pero no es seguro que César, ya desde el comienzo, no hubiera puesto sus ojos en la Galia y que la primera redacción del plebiscito de Vatinio, que le confiaba el Ilírico, no fuese una maniobra cuyo objetivo final era el de obtener la provincia de la Galia Transalpina. Toda su carrera pasada le predestinaba a mirar hacia el Occidente y a alcanzar las orillas del Océano. Sólo allí podría emular a Alejandro y encontrar una gloria capaz de equilibrar la que Pompeyo había conquistado en Asia Menor y en Siria.

§ *1. La guerra de los helvecios.* El motivo fue la migración emprendida por los helvecios, a quienes la presión del rey suevo Ariovisto obligaba a abandonar su país. Los helvecios ocupaban, aproximadamente, la Suiza actual. Su intención era la de llegar al oeste galo, donde los santónicos les acogerían. Para ello, lo más

cómodo era reunirse en Ginebra y remontar el Ródano por la orilla izquierda. Pero este itinerario pasaba por el país de los alóbroges, que estaba incluido en la Provincia romana. César tenía así un pretexto para su intervención. Engañando a los helvecios mediante un simulacro de negociaciones, prepara a la Provincia para la defensa, y acaba prohibiéndoles formalmente el paso. Y como los helvecios, dóciles, cambian su itinerario por la incómoda ruta de la orilla derecha, no por eso deja de perseguirlos y los aplasta en el mes de junio, en la batalla de Montmort, en el territorio de los eduos. César debía a los eduos, declarados desde finales del siglo anterior «hermanos del pueblo romano», el haber podido intervenir en su territorio. Había sido llamado por el nuevo «vergobret», el druida Diviciaco, en otro tiempo refugiado en Roma, donde había frecuentado a César y a Cicerón. Uno de los principales instrumentos que César utilizará para conquistar las Galias será siempre la política interna de las mismas ciudades. En esta primera campaña, César aparece como un árbitro inevitable en los asuntos galos. Dispone la suerte de los helvecios, establece tal tributo aquí y tal otro allá. Los galos, reunidos en Bibracte, le piden que intervenga contra Ariovisto, que amenaza a los países situados en la orilla izquierda del Rhin. La suerte de Ariovisto se decidió tras una breve campaña (victoria de César en la Alta Alsacia, en septiembre del 53). Y las tropas de César, al mando de Labieno, pasaron el invierno entre los secuanos.

Los grandes beneficiarios de aquella guerra eran los eduos, y es lícito pensar, con un historiador moderno[126], que César esperaría establecer alrededor de la Narbonense un «glacis de Estados vasallos», como Pompeyo había hecho en Armenia. Pero quizá también se tratase sólo de una satisfacción provisional dada a la opinión de la mayoría senatorial, que condenaba una guerra de conquista y conservaba el respeto de la palabra dada. ¿No eran los eduos los «hermanos» del pueblo romano?

§ 2. *Las campañas del 57 al 52.* César no podía ignorar que la hegemonía de los eduos no sería fácilmente aceptada por los otros pueblos. Quizás hubiera contado, incluso, con esta reacción, que le forzaría la mano. Como podía esperarse, las naciones de la Galia Bélgica se agruparon para declarar la guerra a César. Este, en la primavera del 57, tras haber recibido la seguridad de que los remenses le serían favorables y de que le abastecerían y le ayudarían los eduos, los carnutes y los lingones (todos pueblos de la Galia Céltica), invade el país de los belovaros, franquea el Aisne y, en una rápida

campaña, llega hasta situarse ante la capital de los suesiones, que eran el alma de la coalición, y la toma por la fuerza. Algunas semanas después, la coalición se hundía. No le quedaba más que proseguir la ofensiva contra algunas naciones aisladas, que persistían en la guerra: los nervianos, los atrebates, los viromanduos y, por último, los aduatucos y los eburones. La campaña terminó en la toma de Namur (septiembre del 57): «Al mismo tiempo —dice César—, P. Craso, enviado con una legión solo contra los vénetos, los unelos, los osismianos, los coriosolites, los esubios, los aulercios, los redones, que son ciudades marítimas a orillas del Océano, anuncia a César que todas aquellas naciones han sido sometidas al pueblo romano»[127]. Las consecuencias del hundimiento de los belgas llegaban hasta los confines de la Armórica, y —¿por azar o *ex profeso*?— era el hijo más joven del triunvirato que representaba los intereses económicos de la República el encargado de aquel paseo militar al extremo del mundo.

En realidad, todos aquellos éxitos, que valieron a César reconocimientos oficiales en el Senado, no eran duraderos. El año 56 estuvo caracterizado por combates contra los mismos pueblos que se habían «sometido» el año anterior. Hubo que reducir a los eburovices (de Evreux), a los lexovios y a los unelos. Mientras tanto, P. Craso penetraba profundamente en Aquitania, ayudado por ciudades adictas a Roma, como los santónicos, los pictavos (Poitiers) y los nitiobroges, que desde hacía mucho tiempo formaban un Estado vasallo. Craso sometió el país de Bazas, el de Sos y la región de Tartas. El esfuerzo personal de César se centró contra los vénetos, y el *imperator*, para luchar contra aquel pueblo de marinos, tuvo que improvisar una táctica nueva, recurriendo a las experiencias que había hecho en otro tiempo, durante su gobierno de la España Ulterior, al combatir a los insulares de Lusitania.

Fue en la primavera de aquel año 56 cuando César comprendió la necesidad de fortalecer el triunvirato, convocando a Luca (en la frontera de su provincia) a Pompeyo, a Craso y a muchos magistrados y antiguos magistrados. Allí, los tres cómplices dieron nuevo impulso a su política común, procediendo a un verdadero reparto del mundo: Pompeyo y Craso serían cónsules, los dos, en el 55, y luego Pompeyo obtendría las dos provincias de España, y Craso recibiría Siria, lo que le permitiría emprender la conquista del Imperio parto, apoderarse de las grandes rutas de las caravanas del Oriente e igualar en prestigio a Pompeyo. César, por su parte, vería prorrogado su mando en las Galias. Es difícil creer que en aquel momento el móvil

principal de César no fuese la idea de una anexión total de la Galia. Pero todas aquellas combinaciones no tenían fuerza de ley. Sólo eran acuerdos privados. Mas en Roma la situación no era ya la que César había dejado a su marcha, en el 58. Catón había vuelto de Oriente. Cicerón había sido llamado del destierro, en el verano del 57 (con el consentimiento de César y no sin dar garantías de moderación). P. Clodio se había mostrado intratable, había ofendido gravemente a Pompeyo, molestándole de mil maneras, y en la ciudad había una permanente atmósfera de revueltas. El Senado, respondiendo con la misma táctica a los excesos de las bandas de Clodio, lanzaba contra ellas a los gladiadores de Milón. Por este motivo, César había considerado necesario estrechar la alianza con sus colegas. En realidad, a Pompeyo no le resultó difícil, en absoluto, sofocar las veleidades de oposición que se manifestaron en el Senado. Cicerón pronunció un discurso en el que elogió la acción de César en la Galia (*Discurso sobre las provincias consulares*); las elecciones consulares para el 55 dieron el poder a Pompeyo y a Craso, y un plebiscito presentado por el tribuno Trebonio atribuyó un *imperium* proconsular de cinco años a Pompeyo en las dos Españas, y a Craso en Siria (marzo del 55). Una ley, presentada por Craso y Pompeyo (*lex Licinia Pompeia*), prorrogó por una duración igual el mando de César en la Galia.

Mientras estas combinaciones políticas se desarrollaban en la ciudad, César continuaba en la Cisalpina. Las operaciones se reanudaron cuando ya la primavera estaba avanzada. Empezaron por una campaña contra unos emigrantes germanos, los usípetos y los tencteros, que trataban de cruzar el Rhin no lejos de su desembocadura, obligados a emigrar a causa del continuo hostigamiento a que los sometían los suevos. Usípetos y tencteros fueron salvajemente exterminados sin que pueda encontrarse para aquella matanza otra excusa que el trastorno causado (tal vez) por aquellos infortunados en la ejecución de los planes formados por el *imperator,* que preveía un desembarco en Bretaña. Antes de emprender este desembarco, César tuvo que llevar a cabo un paseo militar, como demostración de fuerza, sobre la orilla derecha del Rhin, después de haber hecho cruzar el río con un puente gigantesco, monumento de la técnica romana. La estación se hallaba ya muy avanzada, cuando la flota que César había reunido en el puerto de Morins (Boulogne o los alrededores) se hizo a la mar. César no pudo permanecer más que algunos días en Bretaña, pero había comenzado el reconocimiento que le permitiría, al año siguiente, una operación de mayor envergadura.

La primera parte del año 54 estuvo, en efecto, consagrada a una expedición a Bretaña. ¿Qué iba a buscar César en el extremo del mundo? Unos dicen que pensaba encontrar allí perlas de un tamaño increíble; otros, metales preciosos; se habla también de minas de estaño; César, por su parte, sugiere que la isla era, para los galos rebeldes al yugo romano, un refugio siempre abierto[126]. Acaso él comprendía ya que la Bretaña era como el reducto espiritual de la independencia céltica, una reserva de la que los nobles y los druidas sacaban la idea de la unidad celta, rival de la otra unidad que César proponía. César, a su vez, podría aparecer como el héroe conquistador, susceptible de reunir a su alrededor la gloria e incluso la leyenda: protector contra los germanos, invencible, audaz, ya casi divino.

Pero aquella esperanza se frustró. César no pudo afrontar una ocupación permanente de la isla, y tuvo que retirarse después de haber sometido los reinos de la Bretaña meridional (aunque, ¿sería duradera una sumisión sin contar con las fuerzas militares que la garantizasen?). Además, cuando regresó a la Galia, en el otoño del 54, comenzaban a producirse numerosas y graves sublevaciones: entre los carnutes, entre los eburones, sobre todo, donde quince cohortes fueron destruidas, y en otras partes más, a donde habían llegado las noticias de los reveses romanos. César tuvo que decidirse a operaciones inmediatas. Algunas acciones locales bien organizadas contuvieron, por cierto tiempo, las defecciones, pero el invierno transcurre en armas, y, en la primavera, César prosigue en el conjunto del país una política de terror muy distinta de la que él había confiado en poder aplicar. A finales del verano obliga a una asamblea general de la nobleza gala a condenar a muerte a los principales promotores de las rebeliones, los cuales siguen siendo hostiles a Roma. La calma que reina ha sido impuesta por el terror. Y basta la noticia, que se extiende por la Galia a comienzos de enero del 52, de que en Roma acaban de producirse disturbios y César es retenido allí, para que la revuelta estalle. Una asamblea secreta de las ciudades, celebrada en el bosque de los carnutes, ha decidido la guerra. Los conjurados son casi todos los pueblos de la Céltica: aulercios, andecavos, turones, parisienses, senones, arvernos, rutenos, cadurcos y lemóvicos. El conflicto empezó por la matanza de ciudadanos romanos en Orléans (*Genabum*). Un joven noble arverno, Vercingétorix, fue encargado del mando supremo, después de que él se había hecho proclamar rey por el pueblo de su nación contra la voluntad de los otros nobles.

§ *3. La rebelión del 52.* César, al comienzo de la sublevación, se encontraba en la Cisalpina, donde vigilaba la evolución de la situación creada por el asesinato de P. Clodio. Vercingétorix había confiado en bloquear los diversos cuerpos del ejército romano en los acantonamientos donde pasaban el invierno e impedir a César que se reuniese con ellos. Al mismo tiempo, un ataque dirigido por el cadurco Lucterio amenazaría directamente a Narbona, por el valle del Hérault. César desbarató aquel plan, poniendo la Provincia romana en estado de defensa, y, sin detenerse, llegando a través de las Cevenas nevadas al territorio de los arvernos, que él comienza a devastar. Vercingétorix, bajo la presión de los suyos, le sale al encuentro, pero César vuelve al valle del Ródano y, gracias a una escolta de caballeros que había reunido en la región de Viena, puede atravesar el país de los eduos antes de que éstos hayan podido unirse a la rebelión. Concentrando sus esparcidas legiones, ataca *Agedincum* (Sens) y se apodera de ella. Después toma *Genabum* (Orléans), donde había comenzado la rebelión, y lleva a cabo una acción de escarmiento. Vercingétorix tiene que recurrir a otra estrategia: hacer el vacío ante César, acosar por el hambre a sus legiones, hostigar a sus forrajeadores, a sus convoyes, y hacer imposible toda acción masiva. Pero esta estrategia no fue aplicada en todo su rigor. Se decidió conservar Avárico, en lugar de abandonarla y destruirla. Este fue un primer error. César, tras un largo y penoso asedio, se apoderó de la ciudad, sin que Vercingétorix hubiese podido intentar nada por salvarla.

César, creyendo que había recuperado una ventaja definitiva, divide sus tropas y, para ganar tiempo (calcula que su mando va a terminar y busca una victoria rápida), encarga a Labieno que reduzca a los rebeldes del valle del Sena, mientras él ataca el país arverno. Labieno logra muy pronto éxitos decisivos contra los aulercios eburovices, lo que le permite apoyar la retirada de César cuando éste tiene que replegarse sobre Agedinco tras su derrota ante Gergovia. El de Gergovia fue para César el episodio más sombrío de todas las campañas de la Galia. Allí, en el curso de un enfrentamiento parcial, pero mal dirigido, César, algunos de cuyos elementos aislados habían puesto ya pie en la muralla de la ciudad, no pudo evitar un contraataque masivo de Vercingétorix, y perdió en unos instantes 700 hombres y 46 centuriones. Para evitar un desastre, tuvo que retirarse hacia el Norte. La resonancia de aquella derrota fue considerable en toda la Galia y decidió a casi todos los pueblos a abandonar el partido de los romanos. En la asamblea general celebrada en Bibracte y convocada por los eduos, que traicionaban a Roma, se

niegan a entregarse los trevirenses, los remenses y los lingones.

César se encuentra entonces entre Agedinco (donde se ha reunido con Labieno) y la llanura de Langres, el país de los lingones, aliados suyos. Inmediatamente, inicia la marcha hacia el Sur con sus diez (u once) legiones. ¿Tiene el propósito de volver a la Provincia, de abandonar su conquista? Es poco probable. Maniobra y, sin duda intencionadamente, atrae a Vercingétorix a una celada: la tentación es fuerte para el galo, que no sabe renunciar a la ocasión que pérfidamente le ofrece César, y lanza a su caballería contra el ejército romano, aparentemente en retirada, en la llanura de Dijon. Pero César dispone de muchos caballeros germanos y, como el empeño es largo y difícil, los galos acaban por abandonar el campo con grandes pérdidas. Vercingétorix, entonces, por razones bastante oscuras, se encierra en la fortaleza de Alesia. Quizá se acuerde de Gergovia y espere repetir la hazaña. Pero Alesia se cierra como una trampa sobre las fuerzas galas. Muy rápidamente, César, sabiendo que el grueso del ejército rebelde estaba concentrándose y no tardaría en acudir, ordena que sus legiones realicen trabajos inmensos: una línea compleja de fortificaciones impide a Vercingétorix abandonar la ciudad; otra, concéntrica, envuelve las posiciones romanas y las protege contra un ataque procedente del exterior. Estas disposiciones surten el efecto que César deseaba. Con ocasión del ataque lanzado por el ejército de socorro, ni los sitiados ni las tropas exteriores consiguen destruir las defensas romanas. Las pérdidas experimentadas por los contingentes venidos en ayuda de Alesia fueron tales que los sublevados abandonaron el campo inmediatamente y huyeron en derrota. A Vercingétorix ya no le quedaba más que entregarse, lo que hizo en los últimos días de septiembre del 52 [129].

V. HACIA LA GUERRA CIVIL

La victoria de Alesia llegaba muy oportunamente para César. El triunvirato estaba a punto de deshacerse. Craso había perecido, hacía más de un año, en el campo de batalla de Carres, en Siria, víctima de la imprevisión y de su incapacidad militar. Con él había sido anulado un gran ejército romano, cuyos supervivientes cultivaban ahora los campos de los partos y cuyas

banderas estaban cautivas en las orillas del Eufrates. Quedaban, pues, solos en escena Pompeyo y César. El lazo que durante mucho tiempo les había unido, la persona de Julia, tan querida a su padre como a su marido —hasta el punto de que éste había descuidado por ella, a veces, la atención a los asuntos políticos—, se había deshecho, dos años antes, en el mes de septiembre del 54, con la muerte de la joven.

Desde entonces, Pompeyo permanecía en Roma —negándose a abandonarla, como habría sido su deber, para ir a gobernar sus provincias de España—, entregado a las tentaciones que los oligarcas no le escatimaban. La muerte de P. Clodio le dio ocasión para alardear de una aparente imparcialidad: cónsul único, aseguró la condena de Milón y la disolución de las bandas facciosas (que estaban, en realidad, al servicio de los oligarcas); pero, aunque fingía vengar al agente de César, no le sustituía con otro y, de hecho, fue él quien siguió siendo el dueño de la situación.

El problema que ahora se planteaba era el de la liquidación del triunvirato y, en especial, de los poderes de César. Mientras éste proseguía a toda prisa la pacificación de la Galia, demostrando con su brutalidad (especialmente, con los compañeros del cadurco Lucterio, defensores de Uxeloduno, a quienes hizo cortar la mano derecha) la impaciencia que le producía todo lo que retardaba el momento de la victoria definitiva, las maniobras se sucedían en Roma para saber si se permitiría o no a César pasar, sin interrupción, de su gobierno provincial a un segundo consulado. Era indispensable que no hubiera ningún intervalo entre las dos magistraturas, para que los enemigos del procónsul no pudiesen intentar contra él un proceso *de repetundis,* que oscurecería su carrera y su gloria. Una ley tribunicia decidió que César, por un privilegio especial, podría optar al consulado *in absentia.* Algún tiempo después, los oligarcas reconsideraron esta decisión y, mediante varias propuestas insidiosas, trataron de poner un sucesor a César, ofreciendo a éste la posibilidad de ser elegido cónsul en los comicios del 50. Pero César aún necesitaba tiempo para acabar la pacificación, y se negó. Cuando el Senado quiso ir más allá, uno de los tribunos, Curión, que secretamente estaba a sueldo de César, opuso su *intercessio.* El conflicto se agudizó en el curso del mes de diciembre, y los oligarcas difundieron el rumor de que César iba a intervenir en Italia con su ejército. Pidieron a Pompeyo que les protegiese y se colocase a la cabeza de las fuerzas gubernamentales. En aquel momento aún era posible, sin duda, un arreglo, y Pompeyo, probablemente, así lo creía. Pero Hircio, lugarteniente y amigo de César, llegó a Roma mientras tanto y volvió a marchar, dos días después, sin

haber tratado de ver a Pompeyo. Era una última esperanza que se desvanecía (7 de diciembre).

César está entonces en Rávena, rodeado de un ejército del que es dueño absoluto y al que va a pedir que defienda su «honor», su *dignitas,* amenazada por los oligarcas. Multiplica las proposiciones de paz; quiere conservar una parte, al menos, de su poder preconsular antes de ser reelegido cónsul para el año 50. Dirige al Senado una carta oficial, una protesta contra la sospecha de que es objeto. La carta es leída el 1° de enero del 49, pero los senadores, pasando a la votación, decretan la llamada de César, que sea sustituido por su peor enemigo, L. Domicio Ahenobarbo, y ordenan, además, que César deberá presentar por sí mismo su candidatura al consulado. Como los tribunos adictos a César, Antonio y Q. Casio, oponían su veto, los Padres votaron el *senatus-consultum ultimum* —el que en otro tiempo había esgrimido Cicerón contra Catilina—, y los dos tribunos corrieron cerca de César, asegurando que se violaba el carácter sacrosanto de su magistratura y los derechos del pueblo. Ya no había más salida que la guerra civil, para la que los dos partidos —tanto el de César como el de Pompeyo, éste por cuenta de los aristócratas— habían comenzado a prepararse espiritual y materialmente.

3. De la dictadura al principado (49 a. de C. - 14 d. de C.)

En el mes de enero del 49, no era la primera vez que un jefe militar volvía contra el gobierno legal el ejército que se le había confiado, ni la primera tampoco que las instituciones se mostraban incapaces de enfrentarse con aquel problema. ¿Nunca podría, pues, el régimen republicano mantener dentro de los límites de la legalidad a aquellos conquistadores a quienes su victoria, desmesurada, parecía colocar por encima de la condición mortal? Pompeyo había tratado de aceptar la ley y de regresar pacíficamente a su patria, después de haber sometido el Oriente. Sin embargo, no había podido evitar tras aquella demostración pública la reanudación de su lucha por el poder, que él no había querido por la fuerza, pero que tuvo que asegurarse mediante la alianza clandestina del triunvirato. Desde Sila, era evidente que la ciudad romana no podía prescindir de un «protector». ¿Podía tener varios? Cicerón —que, como hemos dicho, había imaginado una especie de protectorado moral, basado en la persuasión— no había tardado en tropezar con la rivalidad de Pompeyo. Entre los dos, era fácil saber quién vencería en la práctica. ¿Qué sucedería cuando los dos rivales fuesen Pompeyo y César, dos jefes igualmente gloriosos, pero uno de los cuales ya no estaba cargado más que de laureles un poco ajados por el tiempo, mientras el otro volvía con una victoria muy reciente? Los oligarcas, desde luego, habían elegido como protector al menos temible de los dos, al que sería más fácil eliminar después, y también al que tenía un pensamiento político menos original, en caso de que tuviese alguno. Así era como, en otro tiempo, el Senado había recurrido a C. Mario contra Saturnino y Glaucia [1]: la gloria de Pompeyo no sería, como la de Mario, más que un instrumento al servicio de la nobleza.

César era más comparable a Sila, porque había dado pruebas de su energía y de su clarividencia política, y su consulado permitía prever lo que sería su acción si llegaba a tener el poder en su mano. Pero, mientras Sila había alcanzado el poder en contra de los «populares», César contó con éstos a lo largo de toda su carrera [2]. El orden nuevo que surgiría de sus reformas,

haber tratado de ver a Pompeyo. Era una última esperanza que se desvanecía (7 de diciembre).

César está entonces en Rávena, rodeado de un ejército del que es dueño absoluto y al que va a pedir que defienda su «honor», su *dignitas*, amenazada por los oligarcas. Multiplica las proposiciones de paz; quiere conservar una parte, al menos, de su poder preconsular antes de ser reelegido cónsul para el año 50. Dirige al Senado una carta oficial, una protesta contra la sospecha de que es objeto. La carta es leída el 1° de enero del 49, pero los senadores, pasando a la votación, decretan la llamada de César, que sea sustituido por su peor enemigo, L. Domicio Ahenobarbo, y ordenan, además, que César deberá presentar por sí mismo su candidatura al consulado. Como los tribunos adictos a César, Antonio y Q. Casio, oponían su veto, los Padres votaron el *senatus-consultum ultimum* —el que en otro tiempo había esgrimido Cicerón contra Catilina—, y los dos tribunos corrieron cerca de César, asegurando que se violaba el carácter sacrosanto de su magistratura y los derechos del pueblo. Ya no había más salida que la guerra civil, para la que los dos partidos —tanto el de César como el de Pompeyo, éste por cuenta de los aristócratas— habían comenzado a prepararse espiritual y materialmente.

3. De la dictadura al principado (49 a. de C. - 14 d. de C.)

En el mes de enero del 49, no era la primera vez que un jefe militar volvía contra el gobierno legal el ejército que se le había confiado, ni la primera tampoco que las instituciones se mostraban incapaces de enfrentarse con aquel problema. ¿Nunca podría, pues, el régimen republicano mantener dentro de los límites de la legalidad a aquellos conquistadores a quienes su victoria, desmesurada, parecía colocar por encima de la condición mortal? Pompeyo había tratado de aceptar la ley y de regresar pacíficamente a su patria, después de haber sometido el Oriente. Sin embargo, no había podido evitar tras aquella demostración pública la reanudación de su lucha por el poder, que él no había querido por la fuerza, pero que tuvo que asegurarse mediante la alianza clandestina del triunvirato. Desde Sila, era evidente que la ciudad romana no podía prescindir de un «protector». ¿Podía tener varios? Cicerón —que, como hemos dicho, había imaginado una especie de protectorado moral, basado en la persuasión— no había tardado en tropezar con la rivalidad de Pompeyo. Entre los dos, era fácil saber quién vencería en la práctica. ¿Qué sucedería cuando los dos rivales fuesen Pompeyo y César, dos jefes igualmente gloriosos, pero uno de los cuales ya no estaba cargado más que de laureles un poco ajados por el tiempo, mientras el otro volvía con una victoria muy reciente? Los oligarcas, desde luego, habían elegido como protector al menos temible de los dos, al que sería más fácil eliminar después, y también al que tenía un pensamiento político menos original, en caso de que tuviese alguno. Así era como, en otro tiempo, el Senado había recurrido a C. Mario contra Saturnino y Glaucia [1]: la gloria de Pompeyo no sería, como la de Mario, más que un instrumento al servicio de la nobleza.

César era más comparable a Sila, porque había dado pruebas de su energía y de su clarividencia política, y su consulado permitía prever lo que sería su acción si llegaba a tener el poder en su mano. Pero, mientras Sila había alcanzado el poder en contra de los «populares», César contó con éstos a lo largo de toda su carrera [2]. El orden nuevo que surgiría de sus reformas,

si llegaba a imponerlas, no se parecería al antiguo. Los aristócratas temían por sus privilegios: lo que subsistía de las *occupationes* abusivas, la posibilidad de exprimir impunemente a los administrados en las provincias (la *lex Iulia de repetundis* demostraba que la administración justa del Imperio era una de las principales preocupaciones de César), el monopolio de la política general y, en resumen, lo que ellos llamaban la independencia y la libertad. Los caballeros y, en general, los hombres de negocios (de los que había un gran número también en los asistentes del Senado) temían a medidas tales como la anulación de las deudas, a las confiscaciones dictadas contra los enemigos políticos, a una revolución social comparable con las que en el pasado habían intentado los demagogos y con la que había soñado Catilina[3]. Todos tenían miedo de un cambio hacia el poder personal.

Del lado de César se encontraban los que todo lo esperaban de una revolución: burgueses arruinados, gentes pobres, incluso aventureros que confiaban en revivir los tiempos de Sila, las proscripciones y las confiscaciones. Además, las maniobras de los adversarios de César lanzaban contra él a los hombres menos recomendables[4], a los agitadores profesionales. Pero él podía contar con las masas populares no sólo en Roma, sino en Italia: en la Cisalpina, donde había multiplicado las colonias de ciudadanos romanos, y también en muchos municipios de otras partes, en los que, cuando él se presentase, la población le abriría las puertas espontáneamente. El recuerdo de la guerra de los marsos no se había extinguido; los corazones iban, sobre todo, hacia aquél a quien se consideraba como el heredero de los vencidos de la Puerta Colina. La opinión italiana empieza a ser una fuerza en el juego de la política. Ya Cicerón había podido oponer a las multitudes de la plebe de la ciudad, sublevadas contra él por Clodio, el entusiasmo que le testimoniaban las burguesías de las ciudades italianas. El movimiento es irresistible. Roma se amplía. La escena política ya no se limita a las asambleas del Campo de Marte, al pequeño espacio del viejo Foro romano, a las *contiones* reunidas ante los *rostra*. Ahora hay que contar también con las colonias diseminadas, con los ciudadanos de las aldeas y de los campos que acuden a Roma en los días señalados y cuyo voto tiene un peso relativamente restringido y se convierte, poco a poco, en un estado. César puede aparecer como el jefe más indicado de aquel estado, porque espera de él más justicia, porque sus adversarios son los nobles a los que todos temen a causa de su orgullo y su rapacidad, porque tiene la aureola de una le-

yenda, pues ha vencido a los terribles galos, ha franqueado el Rhin, ha navegado por el Océano, porque lleva consigo un ejército invencible y porque sabe recompensar la fidelidad, porque es humano y clemente —al menos, cuando esto no va contra sus cálculos ni estorba a la realización de sus planes.

I. EL TRIUNFO DE CESAR

a) La eliminación de Pompeyo

Pompeyo había empezado por abandonar Roma para proceder a las concentraciones de tropas indispensables. Las tropas con que él contaba estaban en el Sur. Dos legiones fieles se hallaban estacionadas en Capua. Pompeyo confiaba en formar otras mediante alistamientos en los colonias de veteranos y entre los pueblos del interior. Pero los resultados no fueron los que él esperaba. Los encargados de los alistamientos habían actuado con debilidad (por ejemplo, Cicerón, que sólo hacía unos días que había vuelto de su provincia de Cilicia, en la que había guerreado con cierto éxito, y que había sido sorprendido por el comienzo de la guerra civil), y, sobre todo, el rápido avance de César a lo largo de la costa del Adriático se anticipó a los agentes de Pompeyo.

César había cruzado el Rubicón, pequeño río que, entre Rávena y Rímini, marcaba la frontera entre la provincia de la Galia Cisalpina e Italia, el día 12 de enero del 49. Aquella misma tarde, había ocupado *Ariminum* (Rímini), y después, sin detenerse, había iniciado su avance hacia el Sur. Incluso antes de que pudiese intervenir el grueso de su ejército, que se hallaba todavía en la Galia Transalpina, hizo ocupar por algunas cohortes, sucesivamente, *Pisaurum* (Pesaro), *Fanum* (Fano) y Ancona, en la ruta costera, y, en el interior, *Arretium* (Arezzo) y luego *Iguvium* (Gubbio), en las puertas de la Umbría. Todas aquellas ciudades acogían a César sin intentar resistencia alguna. Las tropas que en ellas se encontraban se rendían al vencedor de las Galias. Sólo una, Corfinio, trató de resistir, aunque coaccionada, porque en ella había concentrado L. Domicio Ahenobarbo las tropas que acababa de reclutar en los Abrucios. César sitió la plaza, que cayó seis días después (21 de febrero). Entonces, por primera vez, César tuvo a su

merced a uno de los jefes del partido de Pompeyo. Las leyes de la guerra civil le habrían autorizado a darle muerte, pero se limitó a dejarle ir libre, obligándole a entregar el tesoro que había depositado en la ciudad. La «clemencia» de César comenzaba a ganarle la estimación de todos los que, de lejos, observaban el desarrollo de los acontecimientos. Hacía eco a la de Pompeyo en el tiempo de su victoria sobre Sertorio[5], cuando se había negado a perpetuar las represalias y las matanzas.

Al comprender que no podía resistir en Italia, Pompeyo, que tal vez incluso había adoptado aquella estrategia desde el comienzo de la guerra, dio carácter oficial a su decisión de abandonar Italia con todas las fuerzas de que podía disponer, y se trasladó a Bríndisi. César se lanzó a su persecución con la esperanza de capturar, de un solo golpe, a Pompeyo y a los senadores que le acompañaban. Pero Pompeyo había previsto aquel movimiento. Se encierra en Bríndisi y opone fortificaciones de campaña a los ataques de César. Finalmente, a pesar de los esfuerzos de éste, consigue embarcar la totalidad de sus tropas y llega a Iliria. Pompeyo ponía toda su esperanza en un Oriente en el que todas las ciudades y todos los reyes eran «clientes» suyos. Dueño de Oriente, lo sería también del mar, y podría hacer efectivo el bloqueo de Italia e impedir a los convoyes que llevasen a Roma el trigo indispensable. César, a quien el pueblo haría responsable de la carestía, no podría hacer frente a la cólera de la multitud. Así nacía ya el plan que, algunos años después, Sexto Pompeyo, heredero de la estrategia paterna, aplicaría contra Octavio[6].

Aquella decisión tuvo una consecuencia que Pompeyo no había previsto, y fue que los oligarcas aparecieron más que nunca como enemigos del pueblo de Roma, y, lejos de excitar a la plebe contra César, la situación así creada la enfrentó con Pompeyo. Y no solamente la plebe, sino lo que quedaba en Roma de gentes sencillas, los indecisos y todos los que no se consideraban bastante importantes para tener que tomar partido a toda costa. Cuando César hizo su entrada en Roma el 3 de marzo y propuso a los pocos senadores que permanecían en la ciudad el envío de una delegación a Pompeyo para negociar la paz, todos ellos se negaron, pues temían caer en manos de unos hombres que habían proclamado que quien no estuviese con ellos estaría contra ellos. Entre los dos, aquellos senadores preferían a César. Este tomó inmediatamente las medidas necesarias: hizo traer trigo «de las islas»[7], es decir, sin duda, de Cerdeña y de Sicilia, mientras la circulación marítima era libre; para el futuro, decidió ocupar aquellas dos provincias pro-

ductoras y ordenó, además, asegurarse Africa, rica también en cereales. Cerdeña y Sicilia fueron ocupadas sin lucha, pero el ejército del joven Curión, al que César había encargado de someter el Africa a su ley, aunque al principio obtuvo magníficos éxitos, fue aniquilado por los númidas que Juba I había enviado en ayuda del gobernador pompeyano. Curión pereció en la batalla (20 de agosto del 49).

Mientras tanto, César, abandonando Roma ocho días después de haber entrado en ella, se dirigía hacia España, donde las tropas fieles a Pompeyo constituían, a sus espaldas, una clara amenaza. Había allí siete legiones al mando de tres *legati* de Pompeyo, L. Afranio (en la Citerior), M. Petreyo (en la Lusitania) y M. Terencio Varrón (en la España Ulterior). Cuando César, de camino hacia España, se presentó ante Marsella, los magistrados se negaron a acogerle. Oficialmente se abstenían de tomar partido, pero, en realidad, se alineaban al lado de Pompeyo: tradicionalmente el gobierno oligárquico de Marsella era aliado del Senado romano. Allí era donde Milón había encontrado refugio, tras la condena que le había prohibido residir en Roma. La ciudad resistiría durante mucho tiempo a los asaltos de los «cesarianos», mientras Domicio Ahenobarbo, el indultado de Corfinio, entraba en el puerto con la flotilla que había reunido, a expensas suyas, en Etruria. Finalmente, César tiene que contentarse con dejar ante Marsella sólo tres legiones, a las órdenes de su lugarteniente Trebonio, y confía a una flota mandada por D. Bruto la misión de bloquear el acceso marítimo. Por su parte, él prosigue a toda prisa su marcha hacia España, donde su vanguardia, a las órdenes de C. Fabio, con sólo tres legiones también, se encontraba en difícil situación (mayo del 49) ante Ilerda (Lérida).

La campaña de César contra los ejércitos pompeyanos ocuparía todo el verano del 49. Comenzó mal. La posición ocupada por las tropas reunidas de Afranio y de Petreyo es muy fuerte, y, además, unas violentas lluvias transforman todo el país en pantanos y aislan a César. En Roma corre el rumor de que se verá obligado a rendirse. Pero poco a poco, la fortuna cambia de campo. César consigue construir puentes ligeros a través de las llanuras inundadas. Ante la amenaza, los pompeyanos se retiran hacia el Sur, mientras varios pueblos iberos se pasan al bando de César, cuyo nombre no se ha olvidado en España. Antes de que el ejército de Afranio haya podido alcanzar la línea en la que esperaba fortificarse, los soldados, agotados por una larga marcha y bajo un sol ardiente, tienen hambre. Capitulan en campo abierto (2 de agosto). Como de

costumbre, el vencedor se muestra moderado y se limita a exigir la desmovilización del ejército pompeyano.

Quedaba el ejército de Terencio Varrón, que defendía la España Ulterior, la antigua provincia de César. Este, con una escolta de 600 caballeros, no tuvo más que presentarse para que las poblaciones indígenas le acogiesen como liberador. Ni siquiera fue necesario combatir. Una legión se le rindió y se puso a su servicio. Varrón le llevó la rendición de la segunda. Como vencedor hizo su entrada en *Gades* (Cádiz), donde, en otro tiempo, cuando era cuestor, un sueño le había prometido el imperio del mundo [8]. En el camino de regreso recibió la rendición de Marsella, que perdió en la aventura su autonomía económica, aunque conservó su independencia política. Pero César le quitó los territorios que Roma le había adjudicado en los años precedentes. El papel económico de Marsella no había terminado, pero, en adelante, ya no podría desempeñarlo más que en el seno del Imperio y bajo las formas consentidas por Roma.

En Marsella, César fue informado de que había sido proclamado dictador por el pretor Lépido, su propio agente en la ciudad y a quien él había encargado administrar Roma durante su ausencia. Poco a poco, la rebelión de César va adoptando formas legales. El dictador —tomando, por algunos días, el título al que Sila había dado nuevo honor— se dedicó a hacerse elegir para el consulado por los *comitia centuriata,* legalmente convocados por él en virtud de su *imperium* dictatorial. Con él es elegido, según la norma, un segundo cónsul, P. Servilio Isáurico (era el yerno de Servilia, la amante de César). En su calidad de cónsul en ejercicio (a partir del 1.° de enero del 48) César proseguiría la lucha contra los pompeyanos, los cuales, lejos del pueblo romano y del sagrado suelo de la *Urbs,* no enarbolan más que fantasmas de magistraturas, títulos caducados, vacíos de toda sustancia y de toda legalidad. Consecuencia imprevista de la estrategia de Pompeyo: es el *imperator* rebelde el que ahora aparece como defensor de las leyes, y son los senadores que han seguido a su jefe los que se convierten en desterrados y en hombres sin patria.

En realidad, el mundo se había dividido en dos. Pompeyo llamaba a los aliados de Roma, hasta las más lejanas fronteras, y los contingentes afluían a Macedonia, donde se había instalado el «gobierno provisional», que consistía en unos 200 senadores, todos magistrados o antiguos magistrados, que formaban como el «consejo» de Pompeyo. Todo el mundo helénico ofrecía sus recursos. La guerra civil había hecho realidad aquel en-

frentamiento de Occidente y de Oriente que la política de los Padres había temido tan frecuentemente, y los poetas gustarán de imaginar que aquella lucha fratricida convertía en realidad el sueño de Aníbal. El centro del dispositivo de Pompeyo era la ciudad de *Dyrrachium* (Durazzo), donde podían confluir las líneas de comunicación terrestres y marítimas.

César, dispuesto a ir a buscar la decisión allí donde el enemigo se encontraba, hizo pasar el Adriático a siete legiones en pleno invierno (4-5 de enero del calendario prejuliano, finales del noviembre juliano). Las ciudades griegas (Orico, Apolonia, Bilis, Amancia) abren sus puertas a César, investido legalmente, a sus ojos, del poder consular. La navegación tuvo éxito, a pesar de la presencia en el Adriático de una escuadra, mandada por Bíbulo, el antiguo colega infortunado de César en la edilidad y en el consulado. La segunda acción de César, tras aquel primer éxito debido a la sorpresa, fue la de llamar junto a sí al resto de su ejército, que se encontraba a la expectativa en Bríndisi, al mando de Antonio. La llegada de Antonio se hizo esperar hasta el comienzo de la primavera, y, cuando se produjo, los transportes, bajo la amenaza de la escuadra pompeyana e impulsados por el viento, tuvieron que desviarse hacia el Norte. Tocaron la costa cerca de Lisos, mucho más allá de Dirraquio. Los ciudadanos romanos de Lisos, que en otro tiempo habían recibido algunos favores de César [9], acogieron a Antonio y le facilitaron el desembarco. A pesar de Pompeyo, que intentó, aunque en vano, sorprender a Antonio, César y su lugarteniente establecieron contacto, y Pompeyo tuvo que establecerse en la costa, al sur de Dirraquio, para mantener, al menos, sus comunicaciones marítimas con esta ciudad.

En Asia, mientras tanto, Metelo Escipión, suegro de Pompeyo (que se había casado con su hija Cornelia después de la muerte de Julia), continuaba reuniendo hombres y recursos con una energía que, según César, llegaba a la crueldad. Con todas las fuerzas de que disponía debía volver a Macedonia y, con el ejército de Pompeyo, atacar a César. Este veía el peligro. Sabía que su propia flota, destruida por los pompeyanos después del paso de Antonio, cuando los barcos regresaban a Italia, ya no podría asegurarle una eventual retirada [10]. Para reforzar su posición, empezó por extender su zona de acción, ganando para su causa algunas ciudades etolias y tesalias. Las alianzas que así pudiera concertar le ayudarían a asegurar el abastecimiento de sus tropas. Pero, con lo que le quedaba de las legiones, comenzó al mismo tiempo a ejecutar una maniobra cuya idea le había sido sugerida, sin duda, por su victoria de Alesia. Pompeyo se encon-

traba ahora en la costa, a algunos kilómetros al sur de Dirraquio. César se propuso aislarle, construyendo alrededor de su posición una gran trinchera que cortaría sus comunicaciones con el continente. La obra quedó terminada hacia mediados de julio (prejuliano, es decir, fines de mayo). Pompeyo, incapaz de mantener por más tiempo a su ejército en una situación que el calor hacía intolerable para la tropa tuvo que forzar el bloqueo y huir hacia el Sur, puesto que le era imposible conservar comunicaciones directas con Dirraquio. César había logrado, pues, desbaratar el dispositivo enemigo, aunque no hubiera podido reducir a la inacción a Pompeyo.

Este se había propuesto como objetivo el de reunirse con su suegro, que se encontraba en Tesalia. Mientras se dirigía hacia el Este por la Vía Egnatia, César tomaba la misma dirección, más al Sur, por el valle del Aoos, recibiendo, de camino, la rendición de las pequeñas ciudades que se hallaban en su ruta. Los dos ejércitos se encontraron frente a frente en Tesalia, en la llanura de Farsalia, a comienzos del mes de agosto (prejuliano). La batalla se entabló el 9 de agosto (prejuliano, es decir, el 28 de junio). Pompeyo contaba con su caballería para ejecutar un movimiento envolvente por la izquierda. No estaba seguro de su infantería, heterogénea, menos aguerrida que la de César. Este preparó la maniobra, destrozó la carga de los caballeros pompeyanos, y luego penetró en las legiones enemigas. La decisión de la batalla se produjo hacia el mediodía. Cuando las legiones de César se lanzaron al asalto de su campo, Pompeyo huyó con algunos caballeros. Después, sin detenerse, llegó a Mitilene, donde se encontraban su mujer, Cornelia, y su segundo hijo, Sexto. Allí, desalentado, aunque todavía fingiese mostrarse confiado [11], deliberó con sus amigos acerca del partido a tomar. Tenía la intención de pedir asilo al rey de los partos, con el que mantenía relaciones personales desde sus campañas en Oriente. Pero se le advirtió que comprometería la dignidad romana yendo a suplicar al vencedor de Craso, y expondría a mil ultrajes a su joven mujer en aquella corte tan poco respetuosa del honor femenino. Se adoptó, pues, la decisión de dirigirse a Egipto, donde el joven rey Ptolomeo XIII (tenía diez años) había sido restablecido en el trono gracias a Pompeyo, y era su protegido. Cuando se presentó ante Pelusio, donde se encontraba el rey con sus consejeros, los que rodeaban a Ptolomeo resolvieron asesinar a Pompeyo para ganarse el reconocimiento de César. El cálculo era, a la vez, odioso y estúpido. Era el de unos hombres viles: un eunuco, Potino; un maestro de retórica, Teodoto de Quíos; un soldado, Aquilas,

que mandaba las tropas reales. Fue un antiguo centurión romano al servicio del rey, Septimio, el que asestó el primer golpe. Después, la cabeza de Pompeyo fue separada del cuerpo para ser presentada a César cuando llegase, y el cadáver fue abandonado en la costa (28 de septiembre = 16 de agosto del 48).

Durante aquel tiempo, César, dueño de todo el continente, ya no podía temer más que a las flotas de sus adversarios, pero la huida y luego la muerte de Pompeyo habían desorganizado el partido senatorial. Sin dar tiempo a los supervivientes de recobrar sus ánimos, César había comenzado un verdadero paseo triunfal a través de Asia recibiendo por todas partes la sumisión y la ayuda de ciudades y pueblos, que rivalizaban en ofrecerle los más grandes honores[12]. Por último, el 2 de octubre (19 de agosto) llegó a Egipto al mando de una flota, una parte de la cual le había sido facilitada por los rodios. Allí, cuando le presentaron la cabeza de Pompeyo y su anillo, César lloró. Ya en la antigüedad, era un ejercicio clásico el de preguntarse por la sinceridad de aquellas lágrimas. Ciertamente, el gesto de Ptolomeo le libraba de un adversario todavía temible. Pero, hasta entonces, César no había resuelto con asesinatos los problemas políticos. Los lazos que le unían a Pompeyo eran demasiado estrechos y entrañables para que él hubiera podido desear, verdaderamente, romperlos con tal violencia. Probablemente no había renunciado a reconciliarse con Pompeyo, y es difícil medir la violencia de las emociones encontradas que debió de experimentar al ver al más ilustre de los romanos convertido en juguete de unos orientales degenerados; ante aquello, ¿qué importaba la satisfacción mezquina, inconfesable, el alivio de saber desaparecido a Pompeyo?

b) César, dueño del mundo

Entre la victoria de Farsalia y la de Munda, que consagró el 17 de marzo del 45 la derrota definitiva de los «pompeyanos» en el último campo de batalla en que se habían reorganizado sus fuerzas, transcurrieron menos de tres años, caracterizados por otras tantas campañas. Llegado a Alejandría, César tuvo que enfrentarse con una sublevación de los egipcios, descontentos de ver al romano instalarse como vencedor en Alejandría y dictar sus condiciones al joven rey, que estaba entonces en guerra con su hermana, Cleopatra, siete años mayor que él, a la que César hizo regresar asegurándole una parte del poder. Asediado en el palacio, resistió a los ataques del eunuco Gani-

medes, que había tomado el mando de las tropas llegadas de Pelusio, hasta el día en que pudieran llegarle los refuerzos que había pedido a Asia. En una sola batalla aplasta a las fuerzas egipcias y obliga a Alejandría a pedir su perdón (27 de marzo = 6 de febrero del 47). Entonces comenzó para César una aventura extraordinaria: accediendo a las insinuaciones de la joven Cleopatra (a la que acaba de casar con Ptolomeo XV, hijo, como ella, de Ptolomeo Auletes, pero que sólo tiene unos diez años), remonta con ella el Nilo en la galera real. Como los reyes de Egipto, César es un dios vivo y visita sus dominios: un país por el que se sentía atraído desde hacía mucho tiempo y al que siempre había protegido contra la codicia de otros ambiciosos (entre ellos, Pompeyo). Cuando marchó de Egipto en el mes de junio del 47, lo dejaba confiado a Cleopatra y, sobre todo, a tres legiones, encargadas de controlar un país difícil, inquieto, el último reino subsistente en torno al Mediterráneo.

Abandonó Egipto para trasladarse a Antioquía obligado por la necesidad de reprimir las audacias de Farnaces, el hijo de Mitrídates Eupátor, a quien Pompeyo había instalado en el Reino del Bósforo Cimerio. Farnaces, aprovechando la guerra civil, había tratado de reconquistar el Reino de su padre. Bastó una sola batalla para consumar la derrota de Farnaces: fue la batalla de Zela, en el Ponto. Desembarcado en Antioquía el 13 de julio (= 23 de mayo) del 47, César consiguió la victoria de Zela el 2 de agosto (= 12 de junio): *Veni, vidi, vici* —«llegué, vi, vencí»—, dijo César para anunciar a los romanos su victoria [13]. Farnaces volvió, casi solo, al Bósforo Cimerio y no tardó en ser asesinado allí. En cuanto a César, regresó a Roma. Hacía su entrada en la ciudad a comienzos de octubre (mediados de agosto del 47), tras haber renovado las hazañas de Pompeyo, sometiendo una vez más el Oriente y añadiendo, incluso, al Imperio un nuevo territorio, Egipto. Y, más grande que Alejandro, había llevado sus armas desde los confines del Asia hasta las orillas del Océano. Además, esta vez, ya no había en la ciudad un Senado deseoso de negar su grandeza al conquistador.

En Roma se encontró con un motín militar. La mayoría de las legiones de Farsalia habían sido devueltas a Italia, pero, a causa de la inactividad y del libertinaje, habían caído en la indisciplina. Acordándose de los veteranos de Sila y de Pompeyo, aquellos hombres pensaban que Roma les pertenecía. Pero César no había luchado para acabar viéndose obligado a acatar la ley de sus antiguos soldados. Cuando se enfrentó a los amotinados en el Campo de Marte, les preguntó qué deseaban, y,

como ellos le reclamasen la licencia, César los licenció inmediatamente y añadió: «Y os daré todo lo que os he prometido, cuando triunfe con otros soldados» [14]. Entonces, se hizo el silencio. La idea de que otros iban a alcanzar nuevas victorias mandados por su jefe, arrebatándoles tal vez las recompensas y la gloria, penetraba poco a poco en sus espíritus y los consternaba. César, entonces, a petición de los amigos que le rodeaban, se dispuso a decirles adiós, puesto que iban a separarse definitivamente, y les dirigió una corta arenga en la que les llamó *Quirites,* «civiles». Era más de lo que aquellos hombres podían resistir. Comenzaron a gritar, diciendo que se arrepentían de su conducta y que no querían convertirse en civiles. Al principio César fingió hallarse indeciso y después, como si cediese a sus súplicas, aceptó que continuasen siendo soldados. Les prometió que, más adelante, daría tierras a todos, pero no «como había hecho Sila, confiscando las propiedades a sus legítimos poseedores y uniendo a los veteranos con los antiguos dueños desposeídos en unas colonias en las que llegarían a ser los unos para los otros enemigos perpetuos, sino detrayendo los lotes del terreno público y comprando con sus propios fondos lo necesario para satisfacer a todos» [15].

Recobradas así las riendas de las legiones, César comenzó la reconquista de Africa, donde se habían reagrupado los restos del partido pompeyano. La desaparición de Pompeyo había planteado a los oligarcas el problema del mando. Los debates que se produjeron acerca de este tema demostraron que era preciso volver a la designación de un «leader», y la mayoría propuso a Catón, evidentemente el más enérgico y el más capaz de asumir aquella misión. Catón poseía la autoridad y el prestigio que le otorgaban la austeridad de su vida y su fidelidad a los preceptos de los estoicos. Además, su solo nombre, que recordaba los buenos tiempos de la República y del gobierno senatorial, era un presagio y un programa. Pero, precisamente en nombre de la tradición que él representaba, Catón rehusó: el juego de las instituciones atribuía el mando supremo al consular más antiguo, es decir, a Cicerón, cónsul del 63. Cicerón, a su vez, se negó, lo que fue considerado por los más fervorosos republicanos como una traición, y faltó poco para que Cn. Pompeyo, el hijo mayor del Magno, no le atravesase allí mismo con su espada. Por último, el antiguo Estado Mayor de Pompeyo se dispersó, y muchos senadores decidieron abandonar la lucha y entregarse a la discreción de César. Cicerón era uno de ellos. Volvió a Italia y esperó, durante más de un año, el regreso del nuevo dueño de Roma. César le escribió, desde Alejandría, para ase-

gurarle su perdón, pero aquel perdón no se hizo efectivo hasta finales de septiembre del 47, cuando César, en camino desde Tarento a Bríndisi, descendió del caballo al ver al viejo consular, y mantuvo con él una larga y amistosa conversación que borraba el pasado.

Africa era la única provincia en la que el partido pompeyano podía reagrupar sus fuerzas gracias a la ayuda de Juba I, el vencedor de Curión. Se adjudicó el mando a Metelo Escipión, cuyo poder consular era prorrogado automáticamente por el hecho de que no podían celebrarse elecciones regulares lejos de Roma. César desembarcó en Africa en los últimos días de diciembre del 47 (= comienzos del noviembre juliano). A pesar de graves dificultades iniciales, consiguió, en el curso del invierno, afirmar su posición, asegurarse en el país un abastecimiento casi normal y hacer llegar a Sicilia el grueso de sus legiones. La batalla decisiva se libró ante Tapso, una ciudad marítima, situada sobre un cabo (Ras Dimasse), al sur del golfo de Hadrumeto, y ocupada por una numerosa colonia de ciudadanos romanos adictos al partido de Pompeyo. César destrozó totalmente a las fuerzas de Metelo Escipión, a las que se habían unido las de Juba (6 de abril = 6 de febrero del 46). Catón se encontraba entonces en Utica, cuyos habitantes, en su conjunto, eran favorables a César. Cuando les pidió que se aprestaran a la defensa de la ciudad, ellos consintieron tan débilmente y de tan mala gana que Catón comprendió que la partida estaba perdida, y, durante la noche, se suicidó. Pero antes había tenido cuidado de organizar la salida de los navíos en los que se habían embarcado los senadores romanos, que abandonaban Africa acompañados de sus familias (noche del 12 al 13 de abril = 12-13 de febrero del 46). La opinión aceptó aquella muerte como el inevitable destino de un mundo agonizante. Las fórmulas que la ensalzaron serán después resumidas por Lucano, también estoico, educado en la admiración de aquél a quien se consideraba como el «sabio» romano por excelencia: «la causa victoriosa fue adoptada por los dioses; la causa de la derrota, por Catón»[16] —los dioses no se equivocan acerca del verdadero curso de la historia, pero un hombre tiene derecho a alinearse con los vencidos, si tiene conciencia de que su destino personal le liga indisolublemente a ellos. Catón murió para no exponerse al perdón de César, y porque a su alrededor se derrumbaba todo aquello en que él creía. Moría también porque era el único medio que le permitía afirmar su libertad: de continuar viviendo, tendría que agradecérselo a su vencedor. La oposición anti-César se aglutinó en torno al nombre de Catón aprovechando

la confusión que surgió acerca de la noción de «libertad»: la libertad de Catón, afirmación metafísica, no tenía casi nada en común con la «libertad» cívica de cuya defensa alardeaban los «republicanos» [17]. César denunciará aquella explotación de un Catón sobre todo legendario, en su *Anti-Catón,* desgraciadamente perdido.

El resto del ejército pompeyano llegó a España. Pero entre los jefes supervivientes no se puede citar más que a Sexto Pompeyo, Labieno y Acio Varo. César podía considerar definitivamente rota la resistencia, y entre su regreso a Roma, el 25 de julio (= 25 de mayo del 46), y su salida para España, a finales de año, permaneció en la ciudad, tratando de resolver los innumerables problemas que en su ausencia se habían planteado y de poner orden en los asuntos públicos que sufrían los efectos de una guerra tan larga. En aquel tiempo fue cuando, gracias a la inclusión de tres meses intercalados, compensó el adelanto adquirido por el calendario oficial sobre el año real y llevó a cabo la reforma «juliana», que permanecería vigente hasta el tiempo de Gregorio XIII (1582).

Al fin, la situación en España obligó a César a trasladarse allí personalmente. Una parte de las tropas que, tras la expulsión de los «pompeyanos» en el 49, ocupaban el país, había abandonado la causa de César y se había puesto a las órdenes de Cn. Pompeyo, con quien había entablado negociaciones ya antes de la batalla de Tapso. Después de dos meses de campaña, César obligó a Pompeyo a librar contra él una batalla formal junto a la pequeña ciudad de Munda, al sur de Córdoba. La batalla tuvo lugar el 17 de marzo del 45. Fue muy dura, y César tuvo que intervenir personalmente en la lucha. Pero, al fin, el valor de las legiones cesarianas, aguerridas y adiestradas en tantos campos de batalla, dio cuenta del encarnizamiento de un enemigo que luchaba por su vida. P. Acio Varo y Labieno perecieron en el campo de batalla. Cneo Pompeyo logró huir, pero se vio obligado a llevar una vida de fugitivo, perseguido y muerto unos meses después. Esta vez, la victoria de César era definitiva. Sexto Pompeyo, el único superviviente de los hijos de Pompeyo, no reanudaría la guerra hasta mucho después, en un tiempo en que el propio César habría perecido también.

César se había elevado por encima de la condición humana. Pero se sentía espoleado por el afán de emular a Alejandro. El recuerdo de las legiones de Craso no le abandonaba. Si había llegado hasta las orillas del Océano, al Oeste del mundo, confiaba en llegar también hacia el Este, por lo menos tan lejos

como el macedonio, hasta las puertas de la India. A finales del año 45 comenzaba a concentrar, en Apolonia, un ejército destinado a la nueva campaña de Oriente[18]. Y los Libros Sibilinos, a los que se había consultado para conocer la voluntad divina acerca de aquella empresa gigantesca, habían respondido que la victoria sería de los romanos si eran mandados por un rey[19]. Para César no se trataba de convertirse en rey de Roma, sino de recibir ese título para las provincias que se proponía conquistar. Sin duda, la profecía de los Libros sagrados estaba inspirada por el propio César. El sabía que, para gobernar a ciertos pueblos —su experiencia de Egipto se lo había enseñado—, era necesario observar las formas políticas a las que estaban habituados. Recordaba también que su éxito en las Galias había sido el fruto de una diplomacia lo suficientemente hábil para preparar la acción militar y prolongar las victorias.

c) La oposición a César

Pero la oposición a César no se daba por vencida. Incluso los jóvenes nobles, a los que él había confiado en atraerse para continuar su obra y reconstruir una ciudad y un imperio que estuviesen exentos de las debilidades y de las taras del pasado, le traicionaron en nombre de la «libertad». El alma —o, mejor, la conciencia— de los conjurados que entonces se reunieron para matar a César fue M. Junio Bruto, yerno de Catón, hijo de Servilia, que había sido durante mucho tiempo la amante «oficial» de César y seguía siendo su amiga; sus relaciones habían sido tan conocidas que, a veces, se aseguraba —aunque, sin duda, equivocadamente— que Bruto era hijo natural del dictador. Bruto, como Catón, era estoico, pero no fue por sus convicciones filosóficas por lo que aceptó las sugerencias de su cuñado, C. Casio, por su parte, epicúreo. Uno y otro actuaron como romanos, convencidos de que la realeza era aborrecible —en otro tiempo, Zenón y sus discípulos se habían hecho, por el contrario, teóricos de la monarquía[20] y se habían complacido en ser amigos de los reyes. En la sesión del Senado en que debía votarse el decreto atribuyendo a César el título de rey «fuera de Roma» —pero la distinción parecía vana a los «tiranicidas»—, Bruto, C. Casio y otros —entre ellos, hombres que, hasta entonces, habían seguido a César, pero que se negaban a comprometer a Roma en la aventura de un imperio universal, como Serv. Sulpicio Galba, los dos Servilios Casca, C. Trebonio y D. Junio Bruto— rodearon a César y le hirieron

con sus puñales (Idus de marzo = 15 de marzo del 44). Confiaban en que, desaparecido César, la República renacería por sí sola. El propio Cicerón compartía sus ilusiones. Pero la evolución, que empujaba desde hacía tanto tiempo a Roma hacia la monarquía, era irreversible. Los asesinos no habían hecho más que prolongar los conflictos, las guerras, los derramamientos de sangre a los que el triunfo de César había puesto fin, y no habían entregado ni podían entregar el poder a una clase de la que ahora se sabía bien que era incapaz de ejercerlo.

II. ROMA A LA MUERTE DE CESAR

Era una Roma profundamente transformada la que el dictador dejaba al morir: aquella transformación no era, ciertamente, el fruto de su acción personal, sino el resultado de una evolución iniciada mucho tiempo antes. Pero la energía incansable de César y la clarividencia de su genio habían contribuido notablemente a acelerar, precisar y orientar aquella evolución por sí misma inevitable.

a) La vida literaria

Ya hemos dicho cuáles habían sido las transformaciones políticas. Pero éstas, en todo lo que no procedía del azar o de las personalidades actuantes y del juego ciego de las fuerzas económicas, respondían, más profundamente, a unas modificaciones de orden espiritual que se habían producido desde la época de Escipión Emiliano y de Polibio, y cuyo reflejo encontraremos en la historia de las obras literarias. La literatura que nosotros hemos dejado en el tiempo de los Escipiones [21] estaba sometida a la influencia de los filósofos y, sobre todo, del estoicismo. El teatro de Terencio procede directamente de la comedia «sofística» ateniense. Entonces surge otro género o, por lo menos, se afirma como una creación romana y sirve precisamente para expresar la reacción de Roma ante aquella invasión de la filosofía. Sin duda, la «sátira» (tal es el nombre de ese género, así llamado tal vez porque tenía como carácter esencial el de mezclar todos los temas y todos los tonos) [22] había sido practicada por Ennio, que reanudaba así una ya larga tradición de

poesía moral y didáctica (la del viejo Apio Claudio Ceco); las sátiras de Ennio se han perdido casi totalmente, mientras que las de Lucilio, el amigo de Escipión Emiliano, su compañero de armas en el sitio de Numancia, nos son mucho mejor conocidas. Pero lo más importante y significativo es que no hubieran sido escritas por un poeta de oficio, sino por un caballero de la Campania amigo de los *principes* de su tiempo, que no desdeñó encerrar en unos versos familiares sus reflexiones sobre las cosas y las gentes, los problemas del espíritu, los de la literatura e incluso de la gramática, así como los de la vida pública. Hasta entonces, no había habido ninguna medida común a los asuntos políticos y a la composición poética; los dos mundos estaban totalmente separados. En lo sucesivo se comprende que un espíritu claro, aunque fuese el de un noble romano, de uno de los personajes que llevaban el peso del Imperio y de los más importantes intereses no podía ya permanecer indiferente a lo que los viejos romanos consideraban como juegos de griegos. El propio Escipión Emiliano se interesaba, desde su juventud, por la vida del espíritu. En la ciudad nueva los problemas de la cultura empiezan a desempeñar un papel, y las obras literarias a contar en la idea que se hace de las cosas y en las decisiones que se adoptan

α) Desarrollo de la prosa

Paralelamente a la poesía —pero con algún retraso—, la prosa adquiere una importancia que muy pronto será decisiva y sobrepasará a la de los poetas, cuya influencia será eclipsada durante algún tiempo por la de aquélla. La influencia de la prosa se ejercerá en dos campos: la historia y la elocuencia. La importancia de la historia había aparecido, con motivo de la segunda guerra púnica, con la obra de Fabio Pictor[23]; pero ahora ya no se trata de una confrontación de Roma con el mundo griego, sino que es preciso reconsiderar su pasado para llegar a una visión clara de lo que constituye su originalidad, para determinar sus valores esenciales. Este fue el propósito de Catón, cuando compuso sus *Origines*. Nunca se admitirá bastante la clarividencia de aquel pequeñoburgués latino que no se limitó a repetir las leyendas ya tradicionales sobre los primeros tiempos de Roma, ni a exponer los hechos menos inciertos, que las habían seguido, sino que se preocupó de las otras ciudades, de Italia entera (por lo menos, sin duda, de los territorios a los que entonces se conocía con ese nombre y que forman la Italia central y meridional). Dos generaciones antes de la guerra de los aliados, se rehusaba disociar a Roma de los pueblos

que la habían acompañado y apoyado en su aventura. Es significativo también que Catón se abstuviese, en general, de nombrar a los personajes cuyas acciones exponía. Para él, un comandante de ejército es «el pretor» o «el cónsul». Poco importa la personalidad del que, a sus ojos, no hace más que ejercer un poder impersonal, del que sólo es el depositario temporal. Según él, la vida pública no debe estar dominada por los «héroes». Los *Origines* aparecen así como un intento de frenar la corriente de la evolución que va desde el primer Africano hasta César, pasando por Emiliano, Sila y Pompeyo. El «proceso de los Escipiones» es el aspecto político de una actitud cuyo reflejo literario se encuentra en la historiografía de Catón.

Inmediatamente, los historiadores, menos doctrinarios, encontrarán en los hechos que narran, quieran o no, las hazañas de algunos grandes hombres. Algunos, incluso, se dedicarán a exaltar esas hazañas, a magnificarlas, para satisfacer ciertos orgullos familiares. Valerio de Antio, que escribía a finales del siglo II a. C., se hizo célebre por esa clase de deformaciones. Pero de la historia «catoniana» ha quedado una huella indeleble en la historiografía romana, que, más que la griega, ha tendido a prestar su atención a los fenómenos colectivos por encima de los actos personales. Después, Tito Livio elegirá como centro de su inmensa síntesis a un personaje abstracto, el Pueblo Romano, entidad inmortal que se presenta como inmutable (o casi) a través de las vicisitudes de la ciudad. Bastante curiosamente, aquella marca catoniana se alió con el espíritu filosófico importado a Roma por Polibio, cuyo pensamiento experimenta también la influencia de la tradición romana. Polibio, cuando trataba de comprender las causas de la grandeza romana y, sobre todo, del milagro por ella realizado (implantar un poder estable y fuerte, fundado, en el interior, sobre la justicia —un resultado que no habían podido alcanzar los reyes helenísticos en dos siglos, a pesar de todo su poderío), tenía que buscar la explicación en factores colectivos, en un estado de espíritu general y no en el genio de unos pocos hombres. Roma jamás había tenido su Alejandro y, sin embargo, su Imperio era más grande, más sólido, mejor que el del macedonio. Las razones de este éxito estaban en todas partes y en ninguna, en el aire que se respiraba en Roma, en las virtudes que en Roma se practicaban.

Aquella inclinación al análisis histórico, especialmente desarrollada en la escuela estoica, inspiró a un rodio, Posidonio, que integró también la historia de Roma en su historia universal, considerándola como un momento especialmente importante de

la evolución cósmica. Posidonio fue amigo de todos los romanos relevantes a finales de la República (murió, quizás, hacia el 57), y él fue quien, discípulo de Panecio, transmitió el pensamiento de su maestro a la nueva generación romana, amplificándolo. Posidonio se había dedicado a investigar las causas de los acontecimientos dentro de un período determinado, a descubrir los lazos mismos del Destino. Tendrá discípulos entre los historiadores de Roma. De su propio tiempo, se cita a Celio Antípatro o a Sempronio Aselión (a los que sus fechas, desde luego, impiden considerar, propiamente hablando, como discípulos suyos, pero que se inspiran, en sus monografías, en el mismo espíritu que él, el espíritu polibiano si se quiere), y, sobre todo en el tiempo de César, a Salustio. Pero, antes de Salustio, que no escribió sus obras hasta después de la muerte de César, un nuevo aspecto de la historiografía había venido a insertarse en la evolución del género. Muchos hombres políticos, que habían dirigido la vida pública durante los primeros años del siglo, escribieron sus memorias: L. Cornelio Sisenna, amigo y compañero de armas de Sila, aportaba así su testimonio sobre la guerra civil contra los seguidores de Mario; Q. Lutacio Cátulo, el colega de Mario, M. Emilio Escauro y Rutilio Rufo habían escrito también sus memorias, y en esta tradición se inscribe de un modo perfectamente natural la obra histórica del propio César, el *Corpus* que comprende la *Guerra de las Galias,* la *Guerra Civil* y, bajo su padrinazgo, la *Guerra de Africa,* la *Guerra de Alejandría* y la *Guerra de España,* que ha sido redactado por testigos, por oficiales de los ejércitos que habían hecho todas las campañas. Este desarrollo de las memorias (entre ellas se contaban las del propio Sila) dio una gran vitalidad al género histórico, ligándolo más que nunca a los debates políticos, haciendo de ellos una sátira o una apología, y siempre, por lo menos en el propósito, un medio de acción, directo o indirecto.

Es en la confluencia de estas dos corrientes —la corriente de Posidonio y la de las memorias— donde hay que situar a Salustio, escritor «cesariano», que resume sus propias preocupaciones al comienzo de sus dos grandes monografías (la *Conjuración de Catilina* y la *Guerra de Yugurta;* su obra principal, las *Historias,* se ha perdido en gran parte) y que analiza la importancia, en la sucesión de causas, de los dos episodios de la historia reciente que, a sus ojos, han desviado la evolución de la República. No se comprende la posición de Salustio, si no se une a estas obras mayores, por lo menos, la primera de las dos *Cartas a César,* cuya autenticidad sigue siendo discutida, pero

que no debe ofrecer duda alguna[24]. Lo que en el enunciado de las causas en el *Catilina* y en el *Yugurta* resulta un poco abstracto se concreta en estas cartas, donde se trata de facilitar un programa de gobierno y de reforma al dictador. Salustio cree que las desgracias sufridas por Roma, la inestabilidad de su régimen, tienen causas esencialmente morales y, sobre todas, el amor al dinero; y Salustio ve muy claro que este amor no es un vicio «primero», sino consecuencia de la organización tradicional. Sociedad censitaria, Roma no puede ser transformada más que por la *avaritia:* el ejemplo de la guerra de Yugurta y el de la conjuración de Catilina lo han demostrado, a su parecer, suficientemente. La primera carta a César, que contiene los consejos más precisos, demuestra que la reflexión histórica desemboca en la acción[25].

β) *La elocuencia*

Esta misma tendencia se hace más evidente aún cuando se considera la historia de la elocuencia, puesto que en ella todo el género tiene por finalidad y por única justificación, desde luego, la voluntad de actuar. Catón también aquí aparece como precursor. Es uno de los primeros —tal vez el primero— que quiso que sus discursos fuesen publicados[26], más que por vanidad de autor, sin duda con el propósito de prolongar su acción. En tiempo de Cicerón circulaban 150 discursos de Catón, todavía vivo; presentaban la imagen de un pensamiento político en el que los hombres de Estado más recientes iban a buscar argumentos, precedentes, toda una doctrina, que era la de la República tradicional, la del régimen que estaba desmoronándose, como hemos visto, bajo la presión de la nobleza y los efectos de una riqueza acrecentada.

A medida que la acción iba haciéndose más violenta y que las decisiones de las asambleas populares adquirían un peso mayor, la elocuencia se convertía en una arma cada vez más poderosa. Así, los grandes personajes que dominaron la vida pública en el curso del siglo II fueron todos notables oradores, y se perfilan ya escuelas, que discrepan entre sí acerca de los medios más adecuados para persuadir. Por su propia inclinación y por su formación familiar, Escipión Emiliano prefería el estilo más sobrio de los áticos. Sus cuñados, Tiberio y Cayo Graco, esperaban más de los efectos patéticos; y no eran ellos los únicos:, la misma tendencia se atribuye, por ejemplo, a Serv. Sulpicio Galba, que por este medio consigue salvarse en el asunto de los lusitanos, en el que, sin embargo, había merecido ser condenado mil veces[27]. Pero en la mayoría de los casos aque-

lla elocuencia sigue siendo espontánea, casi instintiva, sin haberse formado en la escuela de los retóricos, ni en el estudio de los modelos. Sobre todo, los personajes cuya elocuencia natural elogia Cicerón son nobles, senadores importantes, hombres de Estado. Aparentemente, no hay elocuencia «plebeya». Este rasgo persistirá durante mucho tiempo aún bajo el Imperio. El arte oratoria será considerada como una cualidad indispensable a todo romano llamado, por su nacimiento, a la vida política. Tácito se indigna ante la idea de que Nerón necesite, un día, consejos o discursos escritos de Séneca. Y no será extraño que, en tiempo de Sila, los primeros retóricos que pretendieron abrir una escuela de elocuencia fuesen expulsados de Roma (en el 92): hasta ese punto se temía que el terrible poder de persuadir pudiera ser adquirido por unos hombres que lo utilizaran para la desgracia de la ciudad. No todos tienen el derecho de arengar al pueblo —el *ius agendi cum populo* o el *ius contionem habendi*[28]. Sólo los magistrados pueden hacerlo, y, ante un tribunal, aunque teóricamente cualquiera puede defender una causa, es de toda evidencia que un hombre ilustre tendrá más peso. Por todas estas razones, la elocuencia es como propiedad de los nobles, y la actividad intelectual y literaria se sitúa en Roma, simultáneamente, en dos planos: el de los grandes, para quienes la cultura es una forma de acción, un medio de conquistar o de acrecentar su *dignitas,* y el de los libertos, el de los técnicos griegos o, más generalmente, orientales, que vienen a ejercer a Roma su oficio de filósofos, de retóricos e incluso de poetas, en el ambiente de las casas nobles, como lo habrían ejercido, en otro tiempo, en Alejandría, en la corte de los Ptolomeos, o en Antioquía, o en Pérgamo. Mientras subsista esta distinción, habrá una cultura romana autónoma; cuando la barrera desaparezca, cuando la cultura abra el acceso a los honores (lo que ocurrirá en el siglo II de nuestra era), se asistirá a un nuevo florecimiento —y luego al triunfo— del helenismo. Pero, en el tiempo de Cicerón, si los oradores aceptan asistir a la escuela de los retóricos griegos y declamar en las dos lenguas, no consideran esto aún más que como ejercicios, muy por debajo de lo que exige la realidad romana.

γ) *Cicerón*

Cicerón es para nosotros el prototipo de esta cultura romana, equilibrada, tan lejos de los excesos de la escuela como de la incultura y de la rudeza de los tiempos pasados. Sus tratados de retórica, como sus libros de filosofía, definen lo que es, a su parecer, el hombre digno de este nombre:

el que no hace de la cultura un fin en sí misma, que no consagra toda su vida y todas sus fuerzas a saber cualquier cosa —el número de los remeros de Ulises, el nombre de la abuela de Príamo, todo lo que apasiona a los «filólogos» helenísticos—, sino el que se afana por ser, ante el pueblo y en el Senado, un «buen consejero»; por consiguiente, el que es capaz de descubrir o, al menos, de reconocer la verdad acerca de cada problema. Será, pues, filósofo, pero tampoco en este campo se abandonará a las delicias de la eurística, a las disputas estériles en que se complacen las escuelas. Conocerá las leyes de su país, pero no será uno de esos repertorios jurídicos vivientes, capaces de citar al punto tres o cuatro precedentes para las situaciones más extrañas; estos tenebrosos jurisconsultos inspiran especial horror a Cicerón, que les reprocha el no haber permitido que el derecho romano se constituyese en ciencia coherente, deducible por la razón. Así censura a Sócrates por haber establecido distinciones nefastas entre las actividades del espíritu, abandonando a unos técnicos oscuros las artes que él consideraba como indignas de la filosofía, cuando, según Cicerón, la verdadera dignidad de la filosofía consiste, precisamente, en esclarecer todas las actividades humanas, en regularlas, en preservarlas de la rutina y de todo lo que las hace estériles.

Cicerón gustó mucho de la lectura de los filósofos y, siempre que le fue posible, de su compañía: en Atenas, y también en Roma, en casa de Lúculo, a donde, entre su consulado y su destierro, acudía con mucha frecuencia. No eligió una doctrina para adaptar su vida a ella, como Catón había hecho unos años antes. Si hubiera tenido que hacerlo, habría preferido, sin duda, el estoicismo, a causa de la grandeza de una moral en la que los romanos encontraban lo que, en el pasado, había constituido su razón de vivir. Pero Cicerón desconfiaba también del dogmatismo de una doctrina que tendía a apartar la vida moral de las realidades políticas, sociales, haciéndole olvidar las necesidades más vitales de Roma. Prefería la flexibilidad de la Nueva Academia, cuyo probabilismo respondía mejor a su temperamento de abogado [29].

Ya hemos dicho que el ideal ciceroniano —el que él definió en el *De Oratore*— había podido, al menos en su espíritu, parecer que por un momento equilibraba los valores más tradicionales encarnados por Pompeyo o César [30]. En realidad, Cicerón es la cumbre de la elocuencia latina, no sólo por su talento oratorio inimitable, sino también y sobre todo porque encarna toda una cultura, todo un momento de Roma, en el que se equilibran el espíritu de libertad, el sentido de la grandeza, los

valores de la sabiduría, un ideal digno de inspirar —como, en efecto, ocurrió— a siglos enteros de civilización.

El pensamiento de Cicerón preparó el advenimiento del principado. Por lo que en él había del estoicismo ambiente, estaba acorde con las aspiraciones de la «élite» romana dispuesta a acoger la idea de una República en que la dirección general estuviese confiada a un hombre solo, como en el ser humano la Razón tiene la misión de regular las otras actividades, y en la que el valor de la gloria fuese sus ituido por el de la *dignidad* (tal es, sin duda, el sentido de la famosa fórmula *otium cum dignitate,* con la que él definía el programa de una vida). El senador, el caballero no abandonarán los asuntos públicos, pero no harán de ellos el centro de su vida. La exaltación de la persona no se buscará ya sólo en el poder sino también en la cultura y, en no menor medida, en la vida interior. Es a esta parte creciente del *otium,* el «ocio», el cultivo del yo, a lo que responde la composición de los tratados filosóficos de Cicerón: *De finibus bonorum et malorum* («De los límites del bien y del mal») y las *Tusculanae Disputationes.*

δ) *El poema de Lucrecio*

Invitaciones a la sabiduría: tal es también la finalidad del gran poema *Sobre la Naturaleza* que entonces compone Lucrecio, y cuya edición asegurará Cicerón tras la muerte del poeta. Aunque la doctrina expuesta por Lucrecio fuese el epicureísmo y aunque esta doctrina hubiera sido considerada siempre por Cicerón como peligrosa y disolvente para el alma y como basada en principios discutibles, Cicerón no creyó poder negarse a aquel deber de amistad. Lucrecio, por otra parte no insiste sobre la doctrina del placer, que era principalmente la parte del epicureísmo que provocaba las reservas de Cicerón. Se interesaba más por la física del sistema, por su explicación del universo, ese mecanismo que admite, en la base de las cosas, la existencia de átomos de materia, todos idénticos, entregados a un movimiento eterno y produciendo así, mediante sus combinaciones, todo lo que vemos en el mundo. Lucrecio pintaba en su poema como un inmenso fresco en el que se veía la formación de los astros, el cielo, la tierra, y, en ésta, el nacimiento de las plantas, de los animales, la aparición de la especie humana, cuya triste condición (menos favorable en el estado de naturaleza pura que la de los animales, mejor defendidos por su velocidad o por las armas —dientes o garras— de que los ha dotado el azar) va mejorando lentamente, a medida que la necesidad de vivir sugiere

a su inteligencia soluciones cada vez más hábiles para los innumerables problemas que se le plantean.

El poema de Lucrecio es una epopeya de la humanidad accesoriamente, tal vez, y sólo en la medida en que el desarrollo de ésta pertenece al del universo entero, pero esta reconstrucción del proceso cósmico no ha sido abordada por el poeta sin un propósito determinado; su finalidad es la de devolver a nuestras almas la serenidad perturbada por unas opiniones erróneas sobre la naturaleza del mundo: por ejemplo, el miedo a la muerte y la ilusión de que los dioses intervienen en nuestra vida. Una vez desgarrado este velo de la ilusión y revelada la realidad, ya nada viene a amenazar la *ataraxia* (ausencia de inquietud), que constituye lo esencial de la felicidad humana, ni a impedir a nadie la conquista de la felicidad de existir en su totalidad. Conviene señalar que este poema del retiro, del desprendimiento (no esperar nada, no temer nada, era una máxima de Epicuro), estaba dedicado a Memmio, uno de los innumerables políticos que perseguían, en la República del triunvirato, su carrera personal mediante el juego de las alianzas temporales y de las intrigas. Anticesariano, y luego aliado de César, Memmio es, a la vez, de los que parecían menos capaces de escuchar la sabiduría de Lucrecio y de los que más necesidad tenían de oír sus lecciones. Ciertamente, si Memmio y muchos otros hubieran descubierto de pronto la vanidad de los valores que perseguían —no se trata de los «grandes», que, incluso sin saberlo, luchaban menos por su propia gloria que por la continuación de Roma— (ambiciones mezquinas, deseo de obtener la magistratura que les valdría un mando o un gobierno provincial, codicia que les empuja a reunir, por todos los medios, una riqueza cuya adquisición y administración ulterior llena su alma de inquietud y les aleja más que nunca de la *ataraxia);* si los aristócratas romanos, convertidos de pronto al epicureísmo por Lucrecio, se hubieran contentado, como Epicuro quería, con dejar a los «buenos reyes» el cuidado de regir los asuntos del Estado, se habrían evitado al mundo los horrores de la guerra civil. Lucrecio escribía, tal vez, entre el 60 y el 53. Y es entonces cuando otro epicúreo, que era también poeta pero que no filosofaba más que en prosa, Filodemo de Gadara, componía (en griego), entre otros tratados, el que tituló *El buen rey según Homero*[31]. El pensamiento epicúreo se unía a su gran rival, el estoicismo, en la vía del principado, si no en la de la monarquía.

ε) Nuevo florecimiento del alejandrinismo

Lucrecio había querido volver a la gran tradición de la epopeya romana, y su estilo, su lengua, deben mucho a los *Annales*, de Ennio. Pero, en su tiempo, e incluso en el ambiente en que vivía, Lucrecio era considerado como un poeta pasado de moda. Junto a Memmio, conoció a Catulo, el joven cisalpino que para nosotros personifica (bastante inexactamente, desde luego, y porque las obras de sus amigos han desaparecido) el movimiento que se llama de los «poetas nuevos». Mientras Ennio había querido unir en una síntesis original la grandeza romana y las formas de la epopeya helenística [32], los «poetas nuevos» concedían más valor a la estética de los alejandrinos, los cuales habían contribuido precisamente a derrotar a los aficionados a los «largos poemas». Probablemente, Calímaco no había provocado, en su tiempo, tanto entusiasmo ni encontrado tantos imitadores como tuvo en Roma en los últimos años de la República. Cabe preguntarse por las razones de aquella extremada admiración. Tal vez se debió a alguna inspiración individual, a la acción ejercida por el poeta Partenio de Nicea, que, hecho prisionero durante la guerra de Mitrídates, llegó a Roma, donde fue liberado y se convirtió en amigo de todo un grupo de jóvenes a quienes dio a conocer la obra de Calímaco y la de Euforión de Calcis, discípulo de éste [33]. Pero era necesario que aquella inspiración respondiese a un anhelo, a una necesidad colectiva. Puede señalarse, ante todo, que el grupo de los «poetas nuevos», a los que Cicerón calificó despectivamente de «recitadores de Euforión» *(cantores Euphorionis)* [34] oponiendo a su manera refinada la épica solidez de Ennio, está constituido casi exclusivamente por cisalpinos —C. Helvio Cinna, de Brescia, o Valerio Catón, o Furio Bibáculo. Allí, evidentemente, la tradición nacional, surgida del tiempo de las guerras púnicas, estaba menos sólidamente arraigada. Aquellos jóvenes, que pertenecían a la aristocracia de las colonias establecidas en los países galos, tenían la convicción especialmente viva de su superioridad cultural y social. Era natural que aquella convicción les llevase a una expresión más rebuscada, hasta el amaneramiento. Menos inclinados a la acción que los jóvenes nobles cuya vida estaba dedicada a la carrera de los honores, no podían menos de sentir la tentación del «dilettantismo», de los refinamientos del Oriente helenizado, que ellos descubrieron, como consecuencia de las conquistas de Pompeyo, cuando se intensificaron las relaciones de todas clases entre Italia y los países griegos. No se olvide tampoco que en la propia Roma, a co-

mienzos del siglo I a. de C., un aristócrata refinado como Q. Lutacio Catulo, el vencedor de Verceil, había escrito también epigramas amorosos y agrupado a su alrededor a poetas como Valerio Edituo, Porcio Licino, de los que, desgraciadamente, conocemos muy poco. El propio Cicerón había intentado el género poético y, además de su traducción de los *Fenómenos*, de Arato, y de su poema *Sobre su consulado (De consulatu suo)*, había compuesto también epigramas al modo alejandrino. El ejemplo de un Arquias, de un Filodemo, sobre todo, con quienes mantenía relaciones de amistad, tuvieron gran importancia en aquella entusiasta admiración por los géneros ligeros. Los «poetas nuevos» podían esperar, fácilmente, un público, incluso entre los senadores más graves.

El lugar reconocido a los poetas en aquella sociedad ya no es el que, en otro tiempo, se concedía al «padre» Ennio. Estos ya no son solamente los intérpretes de la ciudad ante los dioses en los juegos escénicos (por otra parte, el teatro está en plena decadencia, y el mimo sustituye a las tragedias y comedias normales), sino que constituyen, sobre todo, los intérpretes de sus propios sentimientos, los «historiadores» de la vida cotidiana en todos sus aspectos, notables o triviales. Así, Catulo compondrá epigramas sobre los escándalos de Verona, su ciudad natal, pero también cantará los momentos de sus amores con Clodia, la hermana del inquieto tribuno P. Clodio, esposa del cónsul Metelo. Compondrá también poemas más complejos, difíciles de interpretar, quizá cargados (aunque esto sea discutible), hacia el final de su vida, de un misticismo latente[35]. También aquí, como en el campo de la filosofía, no puede menos de señalarse cómo la cultura acompaña a la ruptura de los lazos sociales y a la transformación de los valores, que se hacen más profundos y más directamente personales.

b) La religión

Las formas tradicionales de la religión subsisten, los ritos son observados, y, cuando se trata de impedir alguna empresa política o de entregarse a alguna maniobra, los senadores hacen abrir los Libros Sibilinos, en los que, milagrosamente, siempre encuentran lo que buscan. Así, los dioses prohibieron la anexión de Egipto en el momento en que se manifestaban demasiadas ambiciones y codicias a propósito del Reino de Ptolomeo Auletes. Pero sería erróneo pensar que, en aquella manipulación de presagios y factores divinos, todo era hipocresía y un

puro y simple medio de gobierno. Los presagios existían; la masa del pueblo, por lo menos, los tomaba en serio —los senadores no siempre— y no era fácil menospreciarlos. Cicerón experimentó mil dificultades para el reconocimiento del suelo de su casa, consagrado por Clodio a la diosa Libertad: los senadores, los colegios de los sacerdotes habían permitido la «desacralización» del suelo discutido, pero fue necesario que se escuchasen ruidos subterráneos en el territorio del Lacio[36] para que todo fuese sometido a reconsideración. De igual modo, la colonización de Cartago, en el tiempo de los Gracos, se había visto comprometida por el anuncio, fantástico, de que unos lobos habían desenterrado los mojones de centuriación. Los más escépticos no se resignaban a abandonar los presagios y la adivinación; los filósofos se ingeniaban para justificarlos, y, por lo general, esto no les era difícil, pues hay un aspecto racional e incluso científico de la causalidad «mágica». Los estoicos evocaban la «simpatía» universal, y los epicúreos, el mecanismo de las causas y la interdependencia de los efectos. La astrología, favorecida por la doctrina estoica que consideraba los astros como «cuerpos divinos», fragmentos del fuego plasmador, que, para ellos, era un aspecto del Dios supremo, tendía a suplantar las formas más primitivas de adivinación. Las relaciones con el Oriente y, en especial, el mundo sirio y, por otra parte, el mundo persa no podían menos de ampliar aquellas creencias. En aquel momento, sin duda, fue cuando comenzó a extenderse la religión de Mitra, que representaría tan importante papel bajo el Imperio: la «colonización» impuesta por Pompeyo a los piratas cilicianos fue, probablemente, su vehículo[37]. Pero la religión de Mitra, evidentemente, todavía no es practicada más que por muy pocos fieles. Por el contrario, la de Isis se difunde hasta el punto de que los magistrados se creen en la necesidad de tomar medidas contra ella.

La primera prohibición de introducir el culto de Isis en Roma data del 58[38], pero hubo que renovarla en el 53, y luego en el 50 y en el 48[39]. Aquella religión, implantada desde hacía mucho tiempo en la Campania[40], no podía menos de imponerse también en Roma. Había muchas razones para ello: en primer lugar, era inevitable que una religión y unas creencias extendidas por todo el mundo mediterráneo penetrasen también en Roma, que tendía a ser la capital del mundo y en donde confluían todas las razas; además, los ritos de Isis eran más emotivos que los de la religión nacional romana; los fieles participaban en ellos, unían sus plegarias a las de los

sacerdotes, sentían la presencia de la diosa protectora; las mujeres, en especial, amaban a Isis, que era una de ellas y había sufrido en su amor. Para los más filósofos de los romanos, aquella religión ofrecía el atractivo suplementario de estar basada en una verdad revelada[41] y de reunir, por consiguiente, las especulaciones sobre lo divino que entonces eran inseparables de toda filosofía.

Parece, desde luego, que César fue personalmente sensible a aquellos cultos «orientales». Por su parte, era, sin duda, de creencias epicúreas, y creía poco —se nos dice— en la intervención de los dioses en los asuntos humanos; pero sabía cuál es el poder de la idea (verdadera o falsa) que de los dioses se forma en el espíritu de los hombres. Así, es verosímil que, deseando rodear su propia persona de una *aura* divina (lo que era un primer paso hacia la realeza), se mostró favorable al nuevo florecimiento de la religión dionisíaca. El texto de Servio, único testimonio que nos habla de ello, ha sido frecuentemente discutido[42]. Nosotros no sabemos en qué momento se concedió a las bacantes dionisíacas la autorización para reanudar en Roma una actividad que seguía aún bajo la prescripción del *senatus-consultum* del 184[43]. A pesar de las razones a veces alegadas para una fecha más alta, es difícil creer que César se permitiese tal audacia, incluso en virtud de sus poderes de gran pontífice, antes de Farsalia. F. Cumont pensaba que el ejemplo de la religión real egipcia fue determinante[44]. Es verosímil también que César intentase ganarse el apoyo de las bacantes dionisíacas, cuya importancia ha sido dilucidada respecto al Oriente[45], abriéndoles las puertas de la capital.

Tal vez no haya en la historia de Roma período en que la religión conociese tanto favor. Sin duda, la religión tradicional está considerada, sobre todo, como una fuerza política que es preciso mantener por razones totalmente prácticas, y nadie cree ya en la verdad absoluta de los relatos sagrados tradicionales. Cicerón exagera cuando dice que ya no hay ninguna vieja que se imagine que los infiernos son como los describe la fábula. Pero él cree en la inmortalidad del alma, y, a la muerte de su hija, piensa muy seriamente en elevarle un templo, como a una divinidad[46]. Por otra parte, el pitagorismo vuelve a despertar entusiasmos que pueden conducir a sus fieles hasta el martirio —como ocurrió en el caso del más grande «neopitagórico» de aquel tiempo, F. Nigidio Fígulo[47]. Puede considerarse que la vida religiosa se desarrolla simultáneamente en tres planos distintos: el de la vida polí-

tica, donde se mantienen, no sin artificio, las tradiciones; el de la poesía, donde se utilizan, para expresar lo que de otro modo no podría ser expresado, los conceptos divinos y las leyendas (así, el epicúreo Lucrecio comienza su poema con una invocación a Venus, que para él representa la *Voluptas*, la verdadera alma del mundo y la fuente de toda vida, tanto material como espiritual), y, por último, en el plano de la filosofía, en el que el pensamiento, muy libremente, sin ninguna de las coacciones que en otros tiempos paralizaban la especulación, pasa por el crisol las creencias heredadas, se esfuerza por descubrir en ellas una parte de verdad, relacionando a las unas con las otras, y, a veces, considera la posibilidad de actuar sobre lo divino o de penetrar directamente en sus misterios. No hay verdaderos ateos: los epicúreos, que se dicen tales, no suprimen a los dioses, sino que los sitúan, simplemente, muy lejos de nuestro mundo sublunar, en los espacios entre los diferentes mundos, desde donde nos envían, para nuestra edificación, la imagen de su felicidad.

III. DE CESAR A AUGUSTO

Apenas acababa de morir César, cuando nacía ya la idea de su divinidad. Se repetía por todas partes que presagios sin número habían anunciado lo que ahora aparecía como una catástrofe; la naturaleza entera se había conmovido[43], y la amplitud de los presagios aumentaba, a medida que se iba creyendo, cada vez más, en su realidad. Antonio, que entonces era cónsul, no hizo nada por reducir las cosas a sus justas proporciones; por el contrario, se las ingenió para hacer de los funerales de su amigo la ocasión de una inmensa manifestación que demostraría la profundidad del sentimiento inspirado por César al pueblo de Roma. Mientras los asesinos querían arrastrar el cadáver hasta el Tíber y condenar la memoria de aquél a quien consideraban como un tirano y un traidor a Roma, Antonio ordenó que se le hicieran funerales solemnes, con juegos fúnebres, en el curso de los cuales se recitaron versos tomados de las viejas tragedias y cuidadosamente elegido para despertar la indignación y la piedad de los oyentes. En el momento de quemar el cadáver, se produjo una escena de frenesí colectivo. Dos hombres armados prendieron fuego

al lecho fúnebre, que se había depositado en el Foro, no lejos de los *rostra,* y los asistentes rivalizaron en arrojar al brasero todo lo que tenían a mano; nada parecía demasiado valioso para aquella ofrenda: los actores se despojaban de sus trajes de escena; los veteranos, de los pertrechos de que se habían revestido para los funerales, y las mujeres romanas lanzaban a las llamas las togas pretextas, las bulas de oro de sus hijos y sus propias joyas. Con el mismo impulso, la multitud, encendiendo antorchas en la hoguera, se dispersó por la ciudad para tomar venganza de los asesinos. Un inocente pereció por tener el mismo nombre que uno de los conjurados. Había pasado ya el primer momento en que los «liberadores» habrían podido aniquilar el espíritu cesariano. Algunos habían propuesto matar también a Antonio, y, sin duda, medio siglo antes, ninguno de los vencedores habría dudado en hacerlo. Pero el espíritu de clemencia, colocado por los filósofos entre las virtudes de todo hombre digno de ese nombre, se impuso gracias a Bruto.

Ciertamente, César no había tenido tiempo de consolidar el régimen que estaba creando, ni, mucho menos, de asegurar su sucesión. Pero había pensado en ello, como romano fiel al precepto del viejo Catón que afirmaba no haber estado nunca más de un día sin testamento válido. Y en el que había depositado en poder de las Vestales, había designado como hijo adoptivo a su resobrino Octavio, el nieto de Julia, su hermana, cuyas cualidades había podido apreciar en el curso de la última campaña, después de Munda [49]. A diferencia de Sila, que había abdicado, César pretendía continuar su obra más allá de la muerte. Así como uno de sus primeros actos, en su ascensión, había sido la conquista del gran pontificado, de igual modo había obtenido del Senado, en el 45, que aquella función se atribuyese automáticamente, después de su muerte, a su hijo, cualquiera que fuese [50]. Aquélla era una gran novedad, una de las que pueden, con razón, valer al régimen cesariano el nombre de monarquía: sólo las monarquías se transmiten hereditariamente. César pretendía trasladar a Roma el principio que regía los reinos orientales, la idea de que la familia real posee un *carisma* propio, una misión de gobierno. A su parecer, la *gens Iulia* estaba designada así por el Destino, y es posible que esto pesase en su decisión de elegir como heredero al joven Octavio [51]. Quizá también César había sido sensible a las predicciones que comenzaban a rodear a aquel joven —tras la que espontáneamente había formulado Nigidio Fígulo, en el nacimiento mismo del futuro Augusto, el 23 de septiembre del 63 [52].

a) Intervención de Octavio

Cuando murió César, Octavio se encontraba en Apolonia, donde se reunía el ejército de Oriente. Al conocer la noticia del asesinato, dudó un momento en volver a Roma y reclamar la herencia del que se había convertido, por su mismo testamento, en su padre adoptivo. Los suyos le disuadían; chocaría con Antonio, el cónsul, y con M. Emilio Lépido, jefe de la caballería de César, que poseían, entre los dos, las únicas fuerzas disponibles. Y parecía, además, que Antonio y Lépido se entendían para adueñarse del poder y detener la revolución —o, más bien, la restauración— deseada por los «tiranicidas». Lépido recibió el gran pontificado, por la gracia de Antonio, y esta decisión impediría a Augusto, durante mucho tiempo, ocuparlo él mismo. Ante aquella situación, Octavio recurrirá a la astucia.

En el Senado, muchos Padres están descontentos del giro que toman los acontecimientos. La preponderancia de Antonio y de Lépido les parece el único obstáculo para la restauración de la libertad. Aceptan las ofertas de Octavio, que, a su vez, tiene necesidad de la ayuda de ellos para derribar a Antonio. Cicerón, el más respetado de los antiguos cónsules, entabla amistad con Octavio, y le halaga; y, muy pronto, los halagos son recíprocos entre el viejo orador y el joven ambicioso, que pretende aprovecharse de la hostilidad que Cicerón ha manifestado contra Antonio desde el discurso que había pronunciado en el senado (el 2 de septiembre) para explicar su conducta (la primera *Filípica*). Mientras Antonio se ha trasladado a la Galia Cisalpina con el propósito de quitar la provincia a D. Bruto, uno de los conjurados de los Idus de marzo, que era su gobernador legal, Cicerón organiza la resistencia al nuevo «tirano». Persuade al Senado para que autorice a Octavio a reclutar unas legiones y preparar abiertamente la guerra civil. Cuando los dos cónsules regularmente elegidos, Hircio y Pansa, ocupan el cargo (1.º de enero del 43), Cicerón trata de obtener que el Senado decrete el estado de alerta. Fue necesario un mes para que los senadores se adhiriesen a aquella proposición, y cerca de tres para que se entablasen, realmente, las operaciones militares. Antonio fue vencido ante Módena, el 27 de abril, pero los dos cónsules murieron en el campo de batalla, y, de los jefes del ejército senatorial, no sobrevivía más que Octavio, que había tenido tiempo, durante las negociaciones y las tergiversaciones que habían precedido a la guerra, de asegurar su prestigio ante los veteranos de César. Como el

Senado se niega a concederle el consulado, vacante por la muerte de los dos titulares, Octavio vuelve sus tropas contra él, marcha sobre Roma, penetra en la ciudad y se hace elegir cónsul. Entonces, ya puede dictar su ley a Antonio. El Senado, humillado, desprovisto de medios militares, tiene que aceptar las condiciones de Octavio[53]. Pero, antes, éste constituye un tribunal para juzgar a los asesinos de César, y obtiene fácilmente su condena. En su mayoría, desde luego, estaban ausentes de Roma. Bruto y Casio se habían marchado a Oriente, donde ponían en práctica la estrategia de Pompeyo y reunían un ejército para batir, esta vez definitivamente, al «cesarismo». Al hacer condenar a los asesinos de su padre, Octavio dispone de un motivo legítimo de guerra contra ellos y complace a la opinión que, en general, es sensible a tan ostensibles manifestaciones de *pietas*. Ya no es un ambicioso que aspira al poder, sino un hijo piadoso que cumple un sagrado deber. Conseguido este propósito, Octavio se reconcilia con Antonio. En realidad, le era imposible afrontar con sus solas fuerzas una guerra contra las veinte legiones que Bruto y Casio habían reclutado ya en Oriente. En estas condiciones, concierta con Antonio, que se había adjudicado el mando de todos los ejércitos estacionados en la Galia, contra D. Bruto, el pacto que los historiadores llaman el «segundo triunvirato» —el tercer copartícipe era Lépido.

b) El segundo triunvirato

Esta vez ya no se trata de un acuerdo secreto, sino de una magistratura oficial, conferida por la asamblea de la plebe a propuesta de un tribuno —pero en una ciudad ocupada militarmente, y bajo coacción[54]. El título oficial que ostentaba cada uno de los tres era *triumvir Rei Publicae Constituendae*, lo que significaba que estaba planteado el problema de las instituciones. Como en el tiempo de los decenviros[55], unos magistrados extraordinarios tenían la misión de redactar unas nuevas leyes y, mientras tanto, se hallaban investidos de todos los poderes. Los triunviros recibían el *imperium* para cinco años, y el derecho de designar a quienes querían para ejercer las magistraturas; además, cada uno de ellos recibía una parte de las provincias occidentales, las únicas que no estaban en posesión de Bruto y de Casio.

Volviendo a los procedimientos condenados por César, Octavio, Antonio y Lépido empezaron por extender listas de pros-

critos, y la sangre corrió en Roma: trescientos senadores y tres mil caballeros fueron asesinados (y, entre los primeros, Cicerón, a quien Antonio no perdonaba las *Filípicas*), siendo confiscados sus bienes, que sirvieron para financiar la guerra contra los tiranicidas y también para hacer la fortuna de los triunviros. Cuando pasaron el Adriático, al año siguiente, y, una vez terminados sus preparativos, Antonio y Octavio se enfrentaron con el ejército de Casio y de Bruto y lo vencieron, en dos batallas sucesivas, en la llanura de Filipos (segunda batalla, el 23 de octubre), Casio y Bruto se suicidaron. Era el fin de la República. Sólo quedaba un republicano irreductible, Sexto Pompeyo, el hijo más joven del Gran Pompeyo, que, tras los Idus de marzo, había recibido del Senado el mando de la flota y, desde entonces, dominaba el mar. En el momento de Filipos, ocupaba Sicilia y tenía a sus órdenes un ejército en que se habían reunido desterrados, hombres libres y esclavos, violentamente hostiles a los triunviros. Sobre todo, tenía de su parte a los ciudadanos de las ciudades italianas cuyo territorio estaba destinado a ser repartido entre los soldados de los vencedores y que no tenían más esperanza que la prolongación de la guerra civil. Aunque la flota y el ejército de Sexto Pompeyo habían de causar muchas dificultades a los triunviros, y, sobre todo a Octavio, comprometiendo durante dos años el abastecimiento de Roma, nadie creyó nunca seriamente que pudieran restaurar la República.

Después de la batalla de Filipos tuvo lugar un nuevo reparto del Occidente en el que se atribuyeron la mejor parte los dos triunviros que habían estado presentes en la acción. Antonio obtuvo la Galia con la Narbonense (la Cisalpina, considerada como parte integrante de Italia, quedaba fuera del reparto); Octavio recibió las Españas, y Lépido, el Africa. Además, Antonio se quedó en Oriente para reconquistar los países que se habían unido a Bruto y a Casio. Octavio se encargó de la misión de administrar Italia. Los términos de aquel reparto estaban cuidadosamente calculados. Antonio recibía la parte del león; su imaginación se complacía con la idea de que, en los países griegos, él sería el sucesor de Pompeyo, y, sobre todo, el de César, de quien se consideraba como el auténtico heredero. Octavio desempeñaba, en apariencia, un papel más oscuro, pero él no ignoraba que la fuente del poder, en definitiva, estaba en la ciudad y que el dueño de Roma era también el del Imperio. En cuanto a Lépido, la atribución del Africa (decidida sin la aprobación del interesado) equivalía a una eliminación, puesto que, como gran pontífice, no podía abando-

nar el suelo italiano. Antonio había dejado Italia a Octavio de muy buen grado, porque una de las tareas que allí le esperaban era la de adjudicar a los veteranos las tierras a que tenían derecho, lo que haría especialmente impopular y expondría a mil peligros al hombre encargado de tal misión.

Octavio aceptó aquella tarea con una aparente indiferencia, dispuesto a vencer todos los obstáculos. Sabía que podía contar con la gente que le rodeaba, y, sobre todo, con tres hombres que aparecen a su lado en este momento: Q. Salvidieno Rufo y M. Vipsanio Agripa, que eran sus compañeros y quizá un poco sus mentores desde el tiempo de Apolonia, y, llegado sin duda un poco después, C. Mecenas, cuyo nombre no se cita más que en el momento de la guerra de Perusa. Mecenas era el de mayor edad del grupo: había nacido probablemente hacia el 72, y, en cualquier caso, antes del 70; Salvidieno era el más joven; Agripa, por su parte, tenía casi exactamente la edad de Octavio. La familia de Mecenas era etrusca, entroncada con los «reyes» de *Arretium* (Arezzo)[16]. En cuanto a los otros dos, su origen es totalmente oscuro, y nadie ha sabido nunca nada del padre de Agripa, cuyo gentilicio, Vipsanio, es muy poco romano. Salvidieno era un soldado; Agripa, un administrador y también un soldado, y Mecenas, un diplomático nato. Octavio iba a tener necesidad de los talentos de los tres.

α) *El problema de los veteranos*

El primer problema era el de la distribución de las tierras. Entre los soldados y los propietarios de las 18 ciudades que debían facilitar los lotes previstos, Octavio prefirió satisfacer a los primeros, lo que creó algo más que agitación en las ciudades italianas. L. Antonio, hermano del triunviro, a instigación de Fulvia, la mujer de Antonio, quiso aprovechar aquella situación para eliminar a Octavio. Prometiendo a los veteranos que M. Antonio sabría darles satisfacción, prometía lo mismo a los burgueses italianos. Al mando de un ejército de 100.000 hombres trató de tomar Roma, entró en ella y se mantuvo allí algún tiempo, pero después tuvo que retirarse. La cuestión se zanjó en Perusa, que fue asediada por Octavio, mientras L. Antonio defendía la plaza. Los aliados de Antonio (Asinio Polión, que conservaba aún la Cisalpina, a pesar de las decisiones adoptadas después de Filipos, Caleno y Ventidio, los *legati* de Antonio en las diferentes Galias Transalpinas) actuaron muy débilmente en ayuda de Perusa, que fue tomada y entregada al pillaje. En el resultado había intervenido, más

que la voluntad de los jefes, la negativa de los soldados a combatir contra el hijo de César.

La sublevación de Perusa había sido un episodio de la lucha por la libertad. Octavio lo comprendió, y procedió a una represión implacable. No podía permitirse la clemencia en una Italia asediada por las flotas de Sexto Pompeyo y a la que se acercaba Marco Antonio, que, muy pronto, ponía sitio a Bríndisi, y a cuyo favor se declaraban los supervivientes de la resistencia pompeyana, Sexto Pompeyo y Domicio Ahenobarbo. Pero Octavio se salvó, tal vez por una serie de afortunadas coincidencias, tal vez, sobre todo, por la habilidad de Mecenas, que intermedió para obtener una paz de compromiso entre los dos triunviros; pero también es cierto que, una vez más, los soldados de los dos ejércitos mostraron muy poco entusiasmo por llegar a una confrontación de fuerzas. Incluso los soldados profesionales comenzaban a estar cansados de la guerra civil.

β) *La paz de Bríndisi*

Todos los esfuerzos de los negociadores (Asinio Polión por Antonio, Mecenas por Octavio) dieron como resultado, en el mes de octubre del 40, la paz de Bríndisi: Lépido conservaba el Africa (donde se desarrollaban confusas luchas, entre ejércitos de los que no se sabía con exactitud por quién combatían), pero el resto del mundo quedaba dividido entre Antonio, que conservaba la mitad helénica, y Octavio, que obtenía todo el Occidente —reparto inevitable; mientras la victoria de uno de los dos hombres no reuniese el Imperio. Podía parecer que comenzaba ya la disgregación del mundo romano, como una masa demasiado pesada que se resquebraja y se hunde bajo su propio peso. Así, el anuncio de la paz de Bríndisi fue acogido con gran satisfacción por la opinión italiana, muy desorientada desde que el conflicto no enfrentaba ya a dos partidos, sino a dos hombres, de los cuales ninguno poseía evidente legitimidad. Virgilio, en su *Egloga* dedicada a Polión, la cuarta de la colección que se publicará a finales del año siguiente, cantó aquel acontecimiento como la aurora de un nuevo siglo. Aprovechando el nacimiento muy reciente de un hijo de Asinio Polión, cónsul de aquel año nefasto, Virgilio compuso un poema, medio en broma, medio en serio, en el que se escuchaba el eco de las aspiraciones de aquel tiempo: la época de las guerras va a terminar, y volverá a florecer la Edad de Oro, pero Virgilio tiene buen cuidado de no decir a quién deberá el mundo esa felicidad, y, de momento, se abstiene de elegir entre Antonio

y Octavio[57]. El tratado de Bríndisi preveía la unión de Antonio y de Octavia, la hermana de Octavio. Fulvia, la primera mujer de Antonio, había muerto el año anterior en Grecia. Así se borraba su recuerdo, unido al de la guerra de Perusa. Apenas acababa de concertarse el pacto, cuando Octavio fue informado por el propio Antonio de que Salvidieno, el compañero de los primeros tiempos, había entablado negociaciones secretas con él, durante los últimos meses, traicionando a su amigo. Inmediatamente, Octavio llevó a cabo una venganza ejemplar. Salvidieno, condenado a muerte por el Senado, fue ejecutado.

Pero quedaba una última dificultad: Sexto Pompeyo, descontento por el acuerdo de los dos triunviros, había recuperado el dominio del mar y reanudado sus actividades. El pueblo de Roma tenía hambre. Octavio y Antonio se vieron obligados a entablar negociaciones con él, que terminaron en la paz de Miseno (sin duda, julio del 39). Esta vez, todo parecía resuelto: los desterrados serían amnistiados (regresaron, efectivamente), Pompeyo obtendría el gobierno de Sicilia y de Cerdeña, más el Peloponeso. Las promesas de Bríndisi parecían mantenerse. Virgilio, sin duda hacia el mes de diciembre, publicó sus *Eglogas,* cuyo primer poema optaba, decididamente, por la exaltación de Octavio, el «joven dios» que había devuelto la paz a Italia.

Pero a comienzos del año 38 todo volvió a ser sombrío: Sexto Pompeyo reanuda sus actividades hostiles, y entre él y Octavio se reanuda la guerra, mientras que, en Oriente, los partos amenazan a Siria, y Antonio, que había pasado tranquilamente el invierno en Atenas con Octavia, tiene que acudir a toda prisa. Un joven poeta, llamado Horacio, que había combatido en Filipos en las filas de los tiranicidas, y que desde entonces vivía pobremente en Roma, descontento de sí mismo y del mundo, proclama, en un arrebato de desesperanza, que el tiempo de la guerra civil no terminará jamás (es la contrapartida de la *Egloga a Polión,* cuyos términos invierte), que Roma está maldita: la sangre de Remo cae sobre los descendientes de Rómulo. Es necesario trasladar Roma a otra parte, a las Islas Afortunadas[58], como en otro tiempo había querido hacer Sertorio en circunstancias bastante parecidas[59]. Y los acontecimientos confirmaban el pesimismo del poeta. Sin duda, la invasión de los partos no se producía, pero el bloqueo de Italia por Sexto Pompeyo era cada vez más grave. Un primer intento de romperlo terminó en un desastre, y Octavio tuvo que llamar a Antonio en su ayuda. El es-

trechamiento de su alianza tuvo lugar en Tarento, en la primavera del año 37: Antonio, abandonando definitivamente a Sexto Pompeyo, cedía a Octavio 120 barcos. Después, dejando a Octavia en Corfú, desde donde ella volvió a Italia, Antonio partió para el Asia, donde esperaba poder realizar, al fin, su sueño (que era el gran designio de César): conquistar el Imperio de los partos.

γ) *Del tratado de Tarento a la batalla de Accio*

Después de Filipos, Antonio se había trasladado a Efeso, que, si no era la capital política, era, al menos, la ciudad más importante y la capital religiosa del Asia. Allí había exigido que, en dos años, se abonasen nueve anualidades de tributos. Era el precio que debían pagar los asiáticos por su «traición» y por los servicios que habían prestado (coaccionados y forzados) a los «tiranicidas». Durante aquella permanencia en Oriente, Antonio había pedido cuentas a la reina de Egipto, sospechosa de haber favorecido al partido republicano. La reina hizo el viaje hasta Tarso, donde entonces se encontraba Antonio, para justificarse. Su entrevista, en el año 41, fue motivo de una ceremonia extraordinaria: la reina se presentó como una nueva Isis, en una galera sagrada, con un cortejo de sirvientes y de jóvenes esclavos vestidos de nereidas y de amores[60]. Antonio, que tal vez había sido ya el amante de la reina durante la residencia de ésta en Roma[61], reanudó sus relaciones con ella, pero, lo que es más importante, se unió a ella por una verdadera *hierogamia,* que hacía de él un nuevo Dioniso al lado de la nueva Isis[62]. Y la siguió a Alejandría, donde, como antes había hecho César, pasó largos meses junto a ella. Era el momento en que Fulvia, torpemente, provocaba la guerra de Perusa, lo que acabó obligando a Antonio a interrumpir una estancia deliciosa, pero, más seguramente, de gran provecho, en la medida en que constituía la insinuación de una política real, continuando el proyecto de César.

Entre el 40 y el 38, los partos, fingiendo apoyar al partido pompeyano, se habían mostrado amenazadores. Un ejército mandado por Labieno (el hijo del lugarteniente de César) y otro por Pacoro, el hijo del rey parto, penetraron en territorio romano, mientras Antonio no se atrevía a alejarse mucho de Occidente, donde las maniobras de Octavio le inquietaban. Su lugarteniente Ventidio Baso logró, sin embargo, expulsar al invasor. Pero, tras la paz de Tarento, Antonio tomaría personalmente el mando y pasaría a la ofensiva. Su plan estaba de acuerdo con los anteriores de Lúculo y de Pom-

peyo: invadir Armenia, lo que hizo en la primavera del 36, y, desde allí, marchar hacia el Sur. Pero sus comunicaciones no tardaron en ser cortadas y tuvo que retirarse, a comienzos del invierno, en condiciones difíciles. Se vio obligado a evacuar incluso Armenia y volver a Siria. Aquel fracaso no podía disgustar a Octavio, que sacó de él, además, una lección duradera, y se convenció, más que nunca, de la imprudencia que suponía lanzar las fuerzas romanas a una conquista del mundo parto. Por su parte, y gracias a las dotes de Agripa, él acababa de ganar a Sexto Pompeyo una batalla decisiva, en Náuloco, el 3 de septiembre del 36, y de reconquistar Sicilia. Sexto Pompeyo se había refugiado en Asia, pero, negándose a las ofertas de paz que se le hacían, se obstinó en una lucha desesperada, que acabó en su captura y ejecución. El fracaso de Antonio contra los partos se producía oportunamente para disminuir el prestigio de un rival todavía peligroso y en torno al cual se habían reunido muchos nobles personajes, supervivientes del fenecido régimen. Así, a pesar de las promesas hechas en Tarento, Octavio se negó a enviar a Antonio los 20.000 hombres que éste reclamaba. Octavia, leal a su marido, le ofreció 2.000 hombres de «élite», que ella había conseguido de su hermano a fuerza de súplicas. Era una pobre compensación; sin embargo, Antonio la aceptó, pero prohibió a Octavia que pasase de Atenas, a donde había ido para reunirse con él, y le ordenó que volviese a Roma. Si Antonio adoptó esta decisión, no fue, evidentemente, tanto porque amaba a Cleopatra, como para manifestar claramente su desconfianza respecto a Octavio.

Aleccionado por su experiencia del año anterior, Antonio, en el curso del año 34, ocupó, efectivamente, Armenia y se dedicó a pacificarla, sin duda con la intención de convertirla en una base de partida contra el Imperio parto. Octavio, mientras tanto, anunciaba muy ostentosamente que iba a conquistar la Bretaña[63], pero la Fortuna le ofreció otras ocasiones más inmediatamente útiles de confirmar su gloria militar. Una rebelión en Dalmacia le obligó a intervenir en Panonia, donde aseguró la plaza avanzada de *Siscia* (Siszak), en la orilla derecha del Save. Pacificó también la región costera del Adriático hasta la barrera de los Alpes Dináricos; la campaña fue muy dura, y Octavio tuvo que llevarla a cabo personalmente; pero los resultados conseguidos garantizaban la seguridad de Italia en una región en la que César, antes, había pensado llevar las armas romanas y donde la presencia de Roma debía ser reafirmada sin tardanza. A medida que se consolidaba el

prestigio de Octavio, iba siendo evidente que entre él y Antonio tenía que estallar un conflicto armado. Lépido, que en el momento en que Octavio reconquistaba Sicilia había intentado oponerse a él, había sido privado de su título de triunviro y desterrado a Circeos, donde se le dejaba vivir. El debate ya no se planteaba más que entre dos hombres; los contemporáneos no se engañaban acerca de ello, y lamentaban la fatalidad que parecía arrojar a Roma a una interminable sucesión de guerras, en las que ella utilizaba sus propias fuerzas contra sí misma[64].

§ 1. *Antonio en Oriente.* Por otra parte, Antonio se comportaba en Oriente cada vez más como un rey. Disponía según su voluntad de las provincias, para añadirlas al Reino de Cleopatra. Esto, en realidad, no se oponía a la política tradicional de Roma, que disponía a su arbitrio de los estados vasallos. Pero a la propaganda de Octavio le fue fácil presentar aquellas medidas como una traición, como la actitud de un hombre hechizado por la reina de Egipto, con la cual vivía: propaganda hábil, cuya finalidad era no sólo la de ganar para Octavio las buenas disposiciones de los italianos, haciéndoles comprender que él era el único heredero de la tradición nacional, frente a un Oriente monstruo, del que Antonio era un esclavo, sino también, lo que era más importante aún, transformar la guerra civil que amenazaba en un conflicto en que Roma defendía su existencia misma contra el imperialismo de la última de los Lágidas.

Sería erróneo, sin embargo, pensar —aunque resulte ridículo atribuir tales propósitos a Cleopatra— que aquello era una pura mentira, y que Virgilio y Horacio, al recoger el tema de un Oriente empeñado en la ruina de los «valores» occidentales, fueron cómplices o víctimas del maquiavelismo de Octavio y, sobre todo, de Mecenas. Parece innegable que Antonio —al principio, quizá, sinceramente «cesariano» y patriota romano— fue, poco a poco, dejándose arrastrar y captar por el espíritu real y por el espejismo de su propia divinidad. De no ser así, ¿le habrían abandonado, uno tras otro, los romanos que le rodeaban e incluso los que se le habían unido en el 32? Estaba fundando ya una dinastía. Había tenido tres hijos de Cleopatra y les adjudicaba unos reinos: Alejandro Helios obtenía la Armenia y la Media (donde Antonio había proseguido sus intrigas después de su retirada del 35); Ptolomeo Filadelfo (cuyo nombre reanudaba la más alta tradición de los Lágidas), Siria y una gran parte de Cilicia, y Cleopatra Selene, la Cirenaica.

Según todas las apariencias, el Egipto más grande se reconstituía bajo la égida de Antonio, sin duda; pero, ¿cuánto tiempo seguiría siendo romano el heredero de César? ¿Podía asegurarse que, si se convertía en dueño del mundo, no transformaría a éste en un reino? Naturalmente, hoy podemos comprobar que, en la otra hipótesis —la que daba el poder a Octavio, y que fue la que se hizo realidad—, el riesgo era el mismo, pues lo que surgió de la prueba fue, desde luego, una monarquía. Pero, entre los dos, subsistía una diferencia importante: en el caso de Antonio, aquella monarquía se apoyaría en el derecho divino y, en último análisis, reduciría a los ciudadanos romanos a la condición de súbditos; en el caso de Octavio, cabía esperar aún que el joven «hijo de dios», aunque aparecía como un salvador providencial, no sería más que el «príncipe», cuya idea no había dejado de hacer progresos desde que había sido enunciada, y en parte realizada, a lo largo de los años precedentes[65].

§ 2. *La ruptura entre Antonio y Octavio.* La ruptura fue manifiesta a comienzos del año 33. De una parte y otra se formularon los agravios que habían permanecido silenciados durante mucho tiempo, y se produjo una guerra de diatribas, de la que algunos ecos han llegado hasta nosotros[66]. A comienzos de enero del 32, cuando los cónsules C. Sosio y Cn. Domicio Ahenobarbo, designados hacía mucho tiempo, ocuparon el cargo, la crisis estalló. C. Sosio pronunció en el Senado un violento discurso contra Octavio, pero éste ya había abandonado Roma, reuniéndose con sus veteranos para hacer frente a cualquier eventualidad; cuando regresó, algunos días después, lo hizo con una sólida escolta. Reconoció que sus poderes de triunviro habían llegado a su término, pero añadió que, dentro de unos días, podría demostrar la traición de Antonio[67]. Los dos cónsules, considerando que el ejercicio de sus poderes era ya imposible en Roma, abandonaron la ciudad, seguidos por un número bastante grande de senadores, y todos se reunieron con Antonio, sin que Octavio hiciese nada para impedírselo.

La situación de Octavio había llegado a ser totalmente ilegal. En teoría, ya no era más que un simple particular. Los dos cónsules que él nombró, M. Valerio y L. Cornelio Cinna, no debían sus poderes más que a una designación ilegal también. Como las leyes no podían legitimar su autoridad de hecho, Octavio recurrió a una innovación inspirada en precedentes notables y que se atenía a los hechos; pidió a los ciudadanos de las ciudades italianas que le prestasen un juramento personal. Así, Octavio parecía encontrarse a la cabeza de una

verdadera nación, Italia (que adquiría, de pronto, aquella dignidad), en lucha contra las fuerzas malditas del Oriente. Cabe preguntarse sobre los medios empleados por Octavio y sus amigos para obtener aquel juramento, y se llega a la conclusión de que fueron muchos, desde la simple intimidación hasta complejas maniobras, a las que los políticos locales podían entregarse por cuenta de sus amos de Roma; estaban los nuevos colonos, adictos a Octavio, y también los caballeros, cuyas actividades se encontraban comprometidas por las medidas de reorganización territorial tomadas por Antonio en Oriente; en toda la antigua Galia Cisalpina existía un sentimiento de reconocimiento personal a César, y su hijo adoptivo era el beneficiario. Finalmente, el movimiento fue más fuerte que todas las resistencias, y el asentimiento de Italia, al que se añadió el de las provincias del Oeste, invistió a Octavio de un poder superior al que habrían podido conferirle las leyes[68]. Los precedentes que inspiraron a Octavio han sido frecuentemente mencionados: el juramento prestado por los italianos al tribuno Livio Druso; las manifestaciones organizadas en honor de Cicerón, en el momento en que P. Clodio hacía votar sus leyes de destierro; la idea misma de crear un lazo personal entre los ciudadanos y su jefe, de formar una *coniuratio,* no era, en absoluto, extraña al espíritu romano, y menos aún al de los provinciales, españoles, galos o númidas[69]. La concepción del «princeps», como guía, no es muy ajena a la del patrono, como protector y consejero de sus clientes; todo ocurre como si se hubiera ido a buscar en la prehistoria política de los pueblos de Occidente, y de los itálicos en particular, formas medio desaparecidas, que sobrevivían sólo como costumbres instintivas y no ya como instituciones.

De todos modos, Octavio pudo comenzar las operaciones militares a comienzos del año siguiente (el 31), después de haber declarado solemnemente la guerra a la reina de Egipto, de la que Antonio sólo era considerado como aliado. Los dos ejércitos se concentraron en Grecia, que, decididamente, se convertía en el campo de batalla obligado de las guerras civiles. Octavio y Antonio disponían de poderosas flotas, y el conflicto acaba resolviéndose en un combate naval, ante Accio, el 2 de septiembre del 31, aunque la guerra duraría todavía un año. Antonio y Cleopatra se habían refugiado en Alejandría, donde era posible resistir. Pero una hábil maniobra realizada por Cornelio Galo, el *praefectus fabrum* de Octavio, que atacó por la Cirenaica mientras el grueso de las fuerzas de Octavio se presentaba por el Este, desbarató la estrategia de Antonio. Vencido,

éste se suicidó. Cleopatra, después de haber esperado quizá por un momento que conservaría su Reino, se hizo picar por las mismas serpientes cuya imagen figuraba en las insignias de los reyes de Egipto.

c) Octavio, dueño del mundo

En tiempo de Adriano, Suetonio trazó un retrato del hombre que, tras la toma de Alejandría (1.° de agosto del 30) y la muerte de Antonio, quedaba como único dueño del mundo, y los historiadores, desde la Antigüedad, se han ingeniado para comprender la personalidad del que para unos fue un feroz ambicioso, admirablemente servido por la Fortuna con una longevidad increíble y la devoción de amigos que valían más que él, y, para otros, un profundo filósofo cuya sabiduría aseguró para varios siglos la estabilidad y la paz, tanto en el interior como en el exterior. ¿No es Octavio más que un decadente heredero de su padre adoptivo, un «César aburguesado», incapaz de comprender lo que tenía de sublime el ideal del conquistador de las Galias? ¿O, por el contrario, ha tenido el valor de no ceder a las seducciones de la omnipotencia, de medir las dificultades, de resistir a una opinión pública ávida de lo sublime y, a la vez, de beneficios cada vez mayores?

α) *La reorganización del poder*

En el momento en que murió Antonio, ya no había otra legalidad que el poder personal de Octavio; pero ocurría, que, aquel año, éste era cónsul, como lo había sido también el año anterior, en virtud de los nombramientos realizados como triunviro, y no era oportuno suprimir el consulado. A la muerte de César, Antonio había abolido solemnemente el título de dictador, y no había que volver sobre aquella promesa. Y menos posible era todavía el resucitar abiertamente la realeza, no tanto, quizá, porque aquella palabra había provocado la muerte de César, como a causa del reciente y último episodio de la guerra civil en la que Italia había combatido para aniquilar a la única superviviente de las monarquías helenísticas. Después de haber abatido a Antonio, no podía ser conveniente hacer lo mismo que él [70]. Tampoco podía serlo el restablecer pura y simplemente la República, que muchos romanos (a excepción, tal vez, de una parte de la vieja nobleza tradicional, cada vez menos numerosa) y todavía más italianos y provinciales no querían. La necesidad de un «primer ciudadano», de un verdadero «patrono» dado al Estado no podía ser

negada por nadie. El carácter esencial de la Repúbica oligárquica, tal como ella había funcionado, mal que bien, desde hacía un siglo, era la interposición entre el *leader* de hecho (Escipión Emiliano, Pompeyo, incluso Cicerón) y los órganos efectivos del poder (las magistraturas urbanas y provinciales, los mandos militares) de un *concilium civitatis* formado por el Senado. Así, las decisiones en todos los asuntos eran el resultado de una deliberación análoga a las que precedían los juicios y las acciones importantes, públicas o privadas, de un magistrado o de un simple *pater familias*. La existencia de aquel «consejo» bastaba para establecer una diferencia considerable con las monarquías. Sin duda, los reyes de Oriente tenían consejeros a su alrededor, pero entre el rey y su «chambelán» o sus cortesanos no existe ninguna medida común. En Roma, por el contrario, el *leader* ha sido siempre, en el pasado, jurídicamente, el igual de los otros consejeros de la ciudad, y sus poderes son puramente morales; cuando ejerce una magistratura, lo hace dentro de las condiciones legales, con el mismo título que los otros ciudadanos. Su autoridad la debe a su persona, a su prestigio (su *dignitas)*, a su sabiduría, pero también —porque estamos en un tiempo en que el sentimiento de lo divino está presente en todas las sensibilidades [71]— a una especie de aura *divina,* a un *carisma* de que son buena prueba su pasado glorioso y su autoridad presente. En esta noción compleja de *auctoritas* (es la palabra que resume la posición privilegiada de un Escipión Emiliano o de un Pompeyo) confluyen unas tradiciones muy antiguas que, sin estar totalmente codificadas en instituciones, sobreviven en las conciencias y no son menos importantes que las leyes. Así, el sentimiento de carácter sagrado poseído por el *imperator,* no del general regularmente investido por una ley, sino del vencedor aclamado en el campo de batalla por sus soldados con un grito unánime [72]. Este grito de los soldados que saludan a su jefe con el título de *imperator* tiene un valor ritual, es como una investidura mística, situada más allá de las leyes, más alta que ellas. Octavio había sido saludado *imperator* en el campo de batalla de Módena, y, finalmente, este título será llevado como un nombre por los emperadores —y de él se deriva el nombre mismo de la institución.

Existía también otro «carisma», emanado, no ya de los soldados reunidos, sino del pueblo de los *Quirites,* y la historia reciente de Roma demostraba que había que contar con él. Tan eficaz como la *auctoritas* de un Escipión o de un Pompeyo, el poder de los tribunos de la plebe había dado origen a trastornos y también a algunas de las grandes realizaciones surgidas

del programa de los Gracos. Nadie negaba seriamente que el pueblo fuese el señor soberano y último de la vida pública; los tribunos, precisamente, encarnaban aquella «majestad» del pueblo; ella los hacía invulnerables, los rodeaba de una especie de prestigio sagrado, que se sentía confusamente sancionado por los dioses. Se solía repetir que quien obligaba a un tribuno a dimitir de su cargo —provocando, por ejemplo, un voto del pueblo— perecía de mala muerte antes de fin de año; y se citaban precedentes. En la época de P. Clodio no se dudaba en invocar sobre un enemigo político la maldición de Ceres, protectora de la plebe romana [73]. No es sorprendente que uno de los primeros actos de Octavio después de su victoria fuese el de hacerse atribuir no el tribunado, que, en su forma tradicional, era una magistratura anual y colegial, sino el poder tribunicio, que le convertía en el representante, político y religioso, del pueblo entero. Desde el 36 poseía la inviolabilidad de los tribunos; en el 30 se arroga otro gran privilegio tribunicio, el derecho de ayuda (*ius auxilii*), que le da los poderes de juez supremo, puesto que es él quien podrá decidir si concede o no protección a cualquier ciudadano en peligro.

Octavio, sin embargo, seguía ejerciendo el consulado año tras año, desde el 31, y se limitaba a multiplicar, a guisa de colegas, los cónsules sustitutos (*consules suffecti*), lo que suprimía, de hecho, la colegialidad. Tal situación, esencialmente revolucionaria, no podía durar; era contradictoria; si el consulado era una magistratura republicana, no podía acumularse a las prerrogativas del tribunado sin negarse a sí misma. O habría que reconocer que aquel consulado no era más que una ficción y que el vencedor de Accio, investido por el consentimiento universal [74] de la totalidad de los poderes, pretendía conservarlos y convertirse en rey —lo que implicaba muchos peligros—, o habría que restaurar, de una manera o de otra, la *res publica,* permitir el juego de instituciones que no dependerían ya tan estrechamente de su persona.

Evidentemente, el Senado ya no era idéntico al que, en otro tiempo, se había alzado en dos ocasiones contra César, pero, a pesar de la sangría de las guerras civiles, algunos representantes de las grandes familias se sentaban todavía en él y, sobre todo, en él se conservaba la tradición republicana: seguía siendo entre los senadores donde se reclutaban los gobernadores de las provincias, y los Padres continuaban reuniéndose para conocer, bajo la presidencia del *imperator*-cónsul, acerca de los asuntos que él tenía a bien someterles. Todo el problema con-

sistía en asociar aquella oligarquía, indisolublemente ligada a la idea misma de Roma, con el poder efectivo.

El 13 de enero del 27, Octavio anunció al Senado que dimitía de su omnipotencia y entregaba el Estado «al Senado y al pueblo» de Roma[75]. Los senadores suplicaron a Octavio que no lo hiciese, pero él fue inflexible y sólo accedió a aceptar una misión temporal, para un período de diez años; sería gobernador proconsular de las provincias que parecían necesitar más directamente su autoridad, es decir, España, la Galia y Siria —la primera, porque allí persistía la revuelta en estado endémico; la Galia, quizá porque allí podían temerse también sublevaciones, pero, sobre todo, porque debía constituir la base de partida con vistas a reconquistar la Bretaña —herencia sagrada de César—, y Siria, en fin, clave de la política oriental, ostensiblemente asumida por el príncipe.

β) *El nombre de Augusto*

Tres días después, y mientras el Tíber, desbordándose, inundaba los barrios bajos de la ciudad con gran espanto del pueblo que veía en ello un siniestro presagio[76], el Senado ideaba conceder a Octavio un título nuevo, el de *Augustus*. La iniciativa de aquel título perteneció a Munacio Planco, hábil en formular en una sola palabra afortunada la posición ambigua y la naturaleza compleja de la *auctoritas* reconocida al César victorioso y ahora inclinado a no ejercer por sí mismo la totalidad de los poderes. Se ha demostrado[77] que este adjetivo, por su etimología, que lo enlaza con términos de la lengua religiosa (especialmente, *augur*), expresaba la naturaleza sagrada del príncipe, su carácter religiosamente «feliz» (el nombre de *Felix* había sido comprometido definitivamente por el recuerdo de Sila), y hacía de él como un nuevo fundador de la ciudad. Se pensará también que la misma palabra indicaba suficientemente que aquellos privilegios eran excepcionales, que elevaban bastante a *Augusto* por encima de la ciudad, para que ésta pudiera proseguir su vida propia bajo la protección un tanto lejana de aquél que comenzaba el aprendizaje progresivo de la divinización. En la misma sesión, el Senado otorgó al príncipe otros honores: el mes de agosto, llamado hasta entonces *Sextilis*, se convertiría en *Augustus*, como *Quintilis* se había convertido poco antes en *Iulius;* Augusto tendría el derecho de plantar delante de la puerta de su casa un laurel, que recordaría su carácter de «triunfador perpetuo»; y, por último, se le concedió un escudo de oro, destinado a estar colgado en la curia,

celebrando las cuatro virtudes «cardinales» reconocidas a Augusto: la *virtus,* la *iustitia,* la *clementia* y la *pietas*[78].

γ) *La dinastía*

En realidad, Augusto continuó ejerciendo una verdadera «presidencia» efectiva. Sigue siendo el *imperator* por excelencia. Posee el *imperium* proconsular, que le eleva por encima de todos los demás magistrados fuera de Roma. Solamente tres de las provincias que él no gobernaba y que, por tanto, dependían directamente del Senado, tenían ejército: el Ilírico, Macedonia y Africa. En Roma, Augusto es cónsul todos los años y, aunque sus poderes son iguales, en derecho, a los de sus colegas, su propia permanencia en la más alta magistratura le eleva sobre ellos. Y el príncipe cuida de no tener como colegas en el consulado más que a hombres de los que está seguro, a los que puede considerar en realidad como a sus lugartenientes: así, Agripa, que comparte con él aquella magistratura en el 28 y en el 27, y luego T. Statilio Tauro, un compañero de todas las guerras civiles, y, a continuación, en el 25, M. Junio Silano, cuya carrera pasada no parecía presagiar que pudiera convertirse en un leal servidor[79]; por el contrario, en el 24, C. Norbano Flaco, cuyo padre había sido uno de los compañeros de Octavio y que era yerno del célebre agente cesariano Cornelio Balbo[80]. Estos son los amigos del príncipe, que con él comparten, de hecho, el poder consular hasta el año 23, en que se produce una crisis de la que, una vez más, el sistema de gobierno sale modificado.

Tras las medidas del 27, Augusto había abandonado Roma —según un procedimiento muy antiguo, los reformadores, desde Solón, se alejan de la ciudad mientras se establecen las instituciones— y se había trasladado a Occidente, de donde podría volver muy rápidamente, si fuese necesario. Allí había pasado dos años enteros guerreando contra los cántabros. En realidad, su salud le había impedido participar en todas las campañas, y, finalmente, tuvo que volver a Roma, enfermo, en el año 24. Durante la guerra de los cántabros ya se había preocupado de su sucesión; había llamado a su lado a su sobrino el hijo de Octavia, el joven M. Claudio Marcelo, y le había convertido en yerno suyo dándole a su única hija, Julia, nacida de un matrimonio concertado por razones políticas en la época del triunvirato y terminado, menos de un año después, en el mes de diciembre del 39. En efecto, Octavio se había enamorado de la joven Livia Drusila, que ya estaba casada con Ti. Claudio Nerón, un partidario de L. Antonio

que había buscado refugio, tras la guerra de Perusa, cerca de Sexto Pompeyo. Cuando, en virtud del tratado de Miseno, los desterrados habían vuelto, Livia y Caudio Nerón habían regresado a Roma. Fue entonces cuando Octavio había visto a Livia y decidido casarse con ella, costase lo que costase. Livia tenía ya un hijo, y esperaba otro. Octavio había exigido que se divorciase inmediatamente, y se casó con ella el 17 de enero del 38, incluso antes de que naciese su segundo hijo, varón también. En la casa de Augusto se encontraban, pues, tres niños: Julia, nacida en los últimos meses del 39, y dos hijastros, Tiberio Claudio Nerón (el futuro Tiberio, nacido el 16 de noviembre del 42) y Nerón Claudio Druso (llamado después Druso el Primogénito), que había nacido en casa de Octavio en los primeros meses del 38. Marcelo, nacido a comienzos del 42, era un poco mayor que el futuro Tiberio, que se convertía en su cuñado.

δ) *La crisis del 23 a. de C.*

En aquellas circunstancias se produjo la crisis del año 23, que reveló crudamente la fragilidad del sistema político tal como había empezado a funcionar desde el 27. A comienzos del año se supo, de pronto, que el segundo cónsul, A. Terencio Varrón Murena, había conspirado contra Augusto y proyectado su muerte. Como cómplice, tenía a un republicano probado, Fanio Cepio. Los conjurados fueron denunciados en unas condiciones que nosotros no conocemos bien y, condenados por contumacia, fueron muertos en el momento de su detención. Aquello demostraba que un amigo de Augusto, cuñado de uno de sus más íntimos consejeros, Mecenas, podía, en realidad, odiar el nuevo régimen y hacer todo lo posible por derribarlo.

Al mismo tiempo la salud de Augusto empeoró. Hubo un momento en que se creyó próximo su fin; él lo creyó también. Tendido sobre su lecho, hizo acudir al otro cónsul, Calpurnio Pisón, nombrado para sustituir a Murena, y, sin una palabra, le entregó los asuntos secretos de la administración; con Pisón, ha convocado también a, Agripa, y es a éste a quien entrega su anillo, que sirve para sellar todos los actos personales del príncipe. Sorprendido por la necesidad, pretende, pues, mantener el principio del sistema, la división del Estado en dos partes: las cuestiones públicas, que dependen del consulado, y todo lo que pertenece exclusivamente a la «casa» del príncipe, incluido, sin duda, el *imperium* proconsular en que se funda en último análisis, su autoridad. Agripa había sido elegido para desempeñar el papel del príncipe por-

que no había ningún otro que pudiese aceptar aquella misión y soportar el peso del Imperio. Marcelo era todavía demasiado joven e inexperto para que pudiera pensarse en él.

En contra de lo que se esperaba, Augusto se restableció. Creyó que lo debía a las prescripciones de un médico griego, Antonio Musa, que le recetó unos baños fríos y que, por aquella cura milagrosa, se puso de moda y ganó una gran fortuna. Augusto sacó las lecciones de aquella alarma: era urgente separar la casa del príncipe y las magistraturas, no ligar la autoridad suprema a una persona mortal, al menos mientras no se hubiera asegurado sólidamente una sucesión indiscutible. En consecuencia, el 1.º de julio del 23, Augusto renunció al consulado y nombró en su lugar a L. Sestio, un adversario del tiempo de Filipos, un compañero de armas de Horacio. Puesto que los «amigos» se mostraban inseguros, ¿por qué no probar la fidelidad de los nuevos aliados? En adelante, la fuerza de Augusto descansa sobre su poder tribunicio (que ya poseía, sin duda, pero que no había tenido ocasión de usar mientras el poder consular le daba un derecho de veto sobre los actos de los otros magistrados); por otra parte, se revistió del *imperium* consular no ya sólo en las provincias llamadas «imperiales», que le habían sido concedidas en el 27, sino sobre todo el territorio del Imperio, comprendido el de la *Urbs*, lo que era un privilegio contrario a toda la tradición republicana, que limitaba el poder militar al exterior de Roma —el *pomoerium* constituía una frontera dentro de la cual sólo eran válidos los auspicios urbanos. Con aquel título, Augusto pudo establecer en la ciudad su guardia personal, las cohortes pretorianas. Sin duda, los primeros «prefectos del pretorio» oficiales fueron los del año 2 a. de C.[81], pero lo cierto es que Augusto mantuvo a su alrededor fuerzas armadas, como guardia personal y como agentes de ejecución, desde el principio. Como en muchos aspectos del nuevo régimen, también en éste la realidad se anticipó a las instituciones.

Pero todas aquellas medidas no resolvían el problema principal planteado en el 23, el de la permanencia del poder, que bien merece ya ser llamado «imperial». En aquel año, Augusto hizo participar en su *imperium* proconsular al hombre que él había elegido, en un momento de crisis, para sucederle, y así fue como Agripa se encargó de representar a Augusto en los territorios «más allá del mar Jónico», sin haber sido, tal vez, explícitamente investido de un *imperium* diferente del de Augusto[82].

El rumor público aseguró que la misión de Agripa no era más que un pretexto, que el amigo de siempre, el lugarteniente de poco tiempo antes, se había alejado voluntariamente para no ser testigo del favor de que gozaba Marcelo. En realidad, éste no sobreviviría a los juegos que dio, como edil, en el mes de septiembre del 23. Poco tiempo después murió en Baya, a donde había ido a reponerse. Así se desbarataba el plan de Augusto de fundar su sucesión sobre la unión de los *Iulii* con los *Claudii Marcelli,* una de las familias más antiguas y más cargadas de gloria del pasado romano[83]. Este era, quizás, el fondo del problema: llevar a cabo la reconciliación de la oligarquía y de la *gens* elegida.

El año 23 tiene, en la historia del principado de Augusto, una especial importancia, no tanto, quizá, por los cambios constitucionales que en él se produjeron como por la súbita toma de conciencia suscitada en la «élite» por la aparición de dos de las más grandes obras poéticas de aquel tiempo: los tres libros de *Odas,* de Horacio (I a III), y, poco después (sin duda, a comienzos del 22), el tercer libro de las *Elegías,* de Propercio, que cierra el ciclo de los amores con Cintia. Es también el momento en que Virgilio trabaja en la redacción del libro VI de la *Eneida* (del que ofrece una lectura a Augusto, en presencia de Octavia, poco después de la muerte de Marcelo). Por una curiosa coincidencia, este florecimiento poético se produjo en un momento en que el pueblo romano, de pronto, tuvo miedo y, ante la amenaza de una grave carestía, pidió ayuda a Augusto. Este, a principios del año 22, había partido para el Oriente, como después del reajuste del 27 había ido a Occidente; antes de su marcha, había tenido buen cuidado de designar a dos censores, acercando así más aún el principado a las formas republicanas. Pero el pueblo, creyendo que la causa de todos los males presentes era el alejamiento (relativo) de Augusto, reprochándole como un abandono el haber interrumpido la sucesión de sus consulados, se agitó de tal modo, que el príncipe se vio obligado a volver a la ciudad, donde el pueblo le ofreció la dictadura o, en su defecto, el consulado vitalicio. El «dios Augusto» no tenía ya derecho a establecer ni siquiera un esbozo de República. Augusto rechazó aquellos cargos revolucionarios, que recordaban demasiado la época de las guerras civiles, y se limitó a ejercer, prácticamente y con una eficacia casi inmediata, su papel de «protector». Se encargó del abastecimiento, y a sus expensas, en unos días, restableció la abundancia en los mercados de la ciudad[84]. Posteriormente Augusto creará una «pre-

fectura» especial (*praefectura annonae*), quitando a los ediles, y, por lo tanto, a los senadores, esta importante función. Cada vez más, y a medida que pasen los años del reinado, Augusto creará así una administración paralela a la del Senado, confiando a «funcionarios» nombrados por él, y elegidos, en principio, entre el orden ecuestre, el cuidado de atender a tal o cual servicio, cuyo funcionamiento financia él con sus recursos personales, el *fiscus*.

La tarea de Augusto era inmensa. Necesitaba no sólo reconciliar a la aristocracia, elemento esencial de la ciudad, con el régimen del «protectorado», sino también integrar los otros órdenes de un sistema nuevo. Augusto conocía muy bien (como lo conocía César) el papel desempeñado por los caballeros en la decadencia del régimen republicano para dejarles su poder financiero. Los arrendamientos públicos no están totalmente suprimidos, pero se utilizan ya sólo para impuestos de poca importancia. Las finanzas del Imperio son divididas en dos: de una parte, la caja pública, el *aerarium Saturni* (porque el dinero que se encuentra en ella está depositado en el templo de Saturno, al pie del Capitolio, de acuerdo con la tradición republicana), y, de otra parte, el *fisco* (de *fiscus*, cesta), que es la tesorería particular del príncipe. El *aerarium Saturni* es administrado desde el 23 a. de C. por dos pretores designados especialmente para tal misión. Sus ingresos proceden de las provincias senatoriales. El *fisco* recibe, por intermedio de los procuradores, las sumas procedentes de las provincias imperiales, o, en las provincias senatoriales, de los dominios imperiales o de los monopolios fiscales que le pertenecen. En la mayoría de los casos, los procuradores son caballeros [85], y su orden encuentra en ello una carrera donde ejercer sus talentos tradicionales, para bien del príncipe y ya no para desgracia del Estado. Los caballeros, hasta entonces dedicados a no tener más interés que el deseo de enriquecerse, ven que se les ofrecen ambiciones más nobles. Poco a poco se forma un *cursus* de procuradores, que va desde las funciones más humildes hasta las más elevadas. Este *cursus* es análogo al de los «honores» que normalmente recorren los senadores. El sentimiento de la *dignitas* personal, de cuya importancia para los nobles ya hemos hablado, es compartido ahora por el orden ecuestre, cuyos miembros tienen además la posibilidad de entrar en el Senado o de ver entrar en él a sus hijos. Augusto realizaba así la reforma por la que antes había abogado Salustio cerca de César [86].

Uno de los más graves obstáculos para la aceptación total y sin reservas del principado era el convencimiento de que su ins-

titución surgía de una decisión de renegar del pasado romano, de una ruptura con la tradición nacional. Era necesario demostrar que, en realidad, dentro del régimen de Augusto, Roma recuperaba su verdadero aspecto. Esta es la significación de las más importantes *Odas*, de Horacio, y la del libro VI puesto por Virgilio en el centro de su epopeya. Distinguir en la historia de Roma una lenta ascensión de los Destinos, que culmina en la misión de Augusto: la Edad de Oro, tan esperada, va a llegar. Ya en la época de la paz de Bríndisi se hablaba de ella. Se habla también mucho en el 23, y quizás Augusto habría celebrado aquel año, o poco después, el comienzo de un nuevo ciclo, si la crisis a que nos hemos referido y la muerte de Marcelo no hubieran venido a demostrar el engaño de un optimismo prematuro. El nuevo ciclo, caracterizado por la celebración de los Juegos Seculares, no comenzará oficialmente hasta el año 17 a. de C.[87]. Esto se debe a que, entre el 23 y el 17, Augusto cree haber resuelto el problema de su propia sucesión y asegurado el régimen definitivamente. Tras la muerte de Marcelo elige por yerno a Agripa, que, para casarse con Julia, tiene que dejar a su segunda mujer, Marcela. El matrimonio tuvo lugar en el 22. Al año siguiente, Julia daba a luz un hijo, Gayo; dos años después, nacía Lucio, el último. Los dioses parecían haber respondido a los deseos de Augusto; y, aunque antes se había resistido a adoptar a Marcelo, desmintiendo los rumores que habían corrido a este respecto, en el año 17 adoptó oficialmente a sus dos nietos. Agripa, ya sin esperanza de suceder un día a Augusto, era como el guardián de los «príncipes de la sangre». Pero, por una especie de compensación, Augusto le considera cada vez más como su asociado; en el 18 aumenta su *imperium* consular y le confiere el poder tribunicio para cinco años.

ε) *La legislación moral*

El año 18 se caracterizó también por el comienzo de la «legislación moral». El pueblo habría deseado verle asumir la censura, o, más exactamente, una «curatela de las costumbres y de las leyes», que él desempeñaría solo[88], pero Augusto se negó a aceptar ninguna otra magistratura que no estuviese conforme con la tradición *(contra morem maiorum)*; pero tomó las medidas que tal magistratura habría implicado, usando simplemente de sus poderes tribunicios[89]. Las leyes comprendidas en este marco son, para el año 18, la *Lex Iulia de maritandis ordinibus* («Ley julia sobre el matrimonio de los órdenes») y la *Lex Iulia de adulteriis* («Ley julia sobre los

adulterios»), que no son en realidad leyes «morales», sino reglamentos que tienen por finalidad la de evitar la disminución catastrófica del número de familias de rango senatorial y también la mezcla de sangres. Una oda de Horacio, muy anterior a estas leyes (data sin duda de los días que precedieron a Accio), deplora, como uno de los más graves peligros que amenazan a Roma, la degeneración de la raza. Los maridos —dice— se muestran complacientes, cierran los ojos, mientras sus mujeres se entregan a los ricos negociantes llegados de las provincias [90]. Esta preocupación, pues, no parece haber sido exclusiva de Augusto; la noción de «raza elegida» no es extraña al espíritu romano. Y por raza elegida no hay que entender tanto una oligarquía propiamente romana como la población italiana, aquella *Italica pubes* cuya gloria cantaba Virgilio en las *Geórgicas.*

La «Ley sobre el matrimonio de los órdenes» tendía a consolidar el lazo conyugal, que la práctica generalizada del divorcio hacía leve y frágil. Era preciso, a toda costa, estabilizar a la clase dirigente, devolverle la posibilidad de mantener por sí misma las tradiciones, de encarnar la perpetuidad de Roma. Esto se hacía imposible desde el momento en que los hijos de los senadores, o los senadores mismos, en lugar de casarse con una «hija de familia» y de tener hijos susceptibles de sucederles algún día, se contentaban con vivir una vida despreocupada en la complaciente compañía de alguna liberta y rehuían las responsabilidades de la paternidad. Se dice que Augusto había pensado al principio (quizás hacia el 27) en hacer obligatorio el matrimonio, al menos para los senadores. Se le había hecho ver que la coacción en aquel terreno era imposible e incluso inmoral. Mediante la *lex Iulia,* se limitó a estimular el matrimonio, creando privilegios legales para los padres (y para las madres) de tres hijos por lo menos, y señalando castigos para los solteros «pertinaces» o para las relaciones sin descendencia. La carrera de los padres de familia en las filas del Senado sería más rápida, y los ciudadanos sin hijos serían sancionados con ciertas incapacidades en materia de herencia [91].

Estas medidas para proteger en lo posible la estabilidad o la integridad de los órdenes dirigentes se completaron con otras que se referían a las manumisiones de esclavos. La consecuencias de tales manumisiones serían en el futuro limitadas, si no se respetaban las formas solemnes. En cuanto a la sociedad, como a todo el Imperio, el factor director de la política de Augusto es una especie de inmovilismo, como si el equilibrio alcanzado al precio de tan largos sufrimientos hubiera de ser conservado a toda costa.

En su momento, Octavio, Antonio y Lépido habían recibido la misión de reorganizar el Estado. Al final, aquella tarea correspondía sólo a Octavio, y fue Augusto quien la llevó a cabo —tras la investidura solemne del 27, que había reconocido la *auctoritas* eminente del legislador. Pero aquella reorganización no se realizó de una vez, ni fue concebida, sin duda, en su totalidad desde el principio. Augusto no tiene nada de doctrinario; no es un Licurgo, ni un Platón, ni un Cicerón siquiera. Improvisa, en cada caso, según la situación que se presenta, y de su improvisación conserva lo que, en la práctica, ha demostrado ser útil y duradero. Ensaya, se inspira en ideas que se elaboran a su alrededor; experimenta la influencia de sus consejeros, de sus lecturas (la de Cicerón, y, especialmente, la del *Sobre la República*), de los filósofos que han contribuido a formar su espíritu, como Atenodoro de Tarso o Areo de Alejandría, el primero un estoico discípulo de Panecio, y el segundo un estoico también, pero más ecléctico y, según se cree, influido por Antíoco de Ascalón, que fue uno de los maestros de Cicerón y contribuyó a asegurar, a finales de la República, la infuencia de la Academia. A medida que va adquiriendo la experiencia del poder, no duda en contradecirse, en desmentir sus acciones pasadas. Llegado al principio como vengador de César, no hace luego nada por continuar la política del que ha sido el primero en abatir el régimen oligárquico. Por el contrario, parece preocupado por silenciar incluso su nombre. El silencio casi total de los poetas «oficiales», los que componen el círculo de Mecenas, sobre las hazañas y la memoria de *Divus Iulius* es muy significativo[92]. Los historiadores modernos se hallan quizá demasiado inclinados a analizar la política de Augusto a la luz de lo que ellos consideran el maquiavelismo eterno de los hombres de Estado; repiten que el príncipe se esforzó por establecer un régimen hipócrita, monárquico de hecho y republicano en apariencia, y que disimuló bajo las formas tradicionales una tiranía que desmentía hasta el recuerdo de la antigua libertad. Tal vez sea conceder demasiado a las denigraciones de un Tácito[93]. ¿Podía Augusto hacer otra cosa de una Roma entregada, desde hacía más de un siglo, al poder de uno solo, e incapaz de aceptarlo francamente? ¿No debía utilizar a Roma tal como ella era, con sus contradicciones, con su historia, con su personalidad, todo lo que la *Historia* de Tito Livio analizaba en aquel tiempo y lo que la visión de Eneas en los Infiernos abarcaba en una sola mirada? Consiguió ser el mediador, escuchado mal que bien, entre un pueblo ávido de justicia y de prosperidad y una aristocracia que había llegado a ser infiel a su misión varias

veces centenaria. No solamente salvó, sino que, con sus más próximos colaboradores, contribuyó a formular más claramente la idea romana. Augusto logró permanecer, cuando los gérmenes de muerte lo invadían todo.

IV. EL IMPERIO DE ROMA

La reorganización del poder central, cuyas grandes líneas acabamos de esbozar, condiciona la suerte y la vida de todo el Imperio. La historia de la *Urbs* no debe ser confundida con la de las provincias, y tal vez el carácter más notable del nuevo régimen sea, precisamente, el de que las tiene en cuenta y no se limita a considerarlas como inagotables fuentes de beneficios y de honores, en las que se suceden unos gobernadores presurosos de volver a Roma a ocupar el puesto a que creen tener derecho. Es cierto que, durante la República, hubo gobernadores honrados, atentos. Pero su acción bienhechora estaba limitada por la duración, a menudo muy breve, de su mandato. La autoridad suprema era el Senado, una autoridad que cambiaba según las fluctuaciones de la mayoría y las combinaciones dominadas por preocupaciones puramente urbanas. Con el principado, por el contrario, comienza para las provincias una era de estabilidad, que permite, poco a poco, su integración cada vez más estrecha en el Imperio.

En el momento de Acio, el *imperium romanum* está formado por países y pueblos muy diversos, que no tienen otro rasgo común que el de depender, de una u otra forma, de la autoridad, de la ley de Roma. Jamás, en el tiempo de la República, se había dedicado ningún romano a concebir una organización racional, uniforme, de aquel conjunto tan complejo. Y si alguien lo hubiera intentado, habría tenido la impresión de hacer violencia a la naturaleza de las cosas. El Imperio se había formado gradualmente, a través de guerras, tratados, alianzas, cada uno de los cuales tenía su carácter propio; ¿cómo iba a ser posible someter a un estatuto uniforme a ciudades y pueblos que habían entrado en la comunidad romana en condiciones peculiares?

El mundo sometido a Roma constituye entonces dos masas bien distintas entre sí: un Occidente cuya mayor parte era

bárbara todavía ayer, y un Oriente, de vieja cultura, para el que los propios romanos no estaban lejos de ser unos bárbaros. Las provincias del Oriente tienen por lengua oficial el griego, impuesto por los príncipes helenísticos; en las provincias occidentales, los dialectos locales comienzan a replegarse ante el latín —al menos, en España y en Africa, porque la conquista de la Galia es todavía demasiado reciente para que los progresos del latín sean sensibles fuera de la Narbonense. Los romanos, cuando van a Oriente, se dirigen en griego a sus administrados. Octavio, cuando entró en Alejandría, leyó a sus habitantes una arenga en griego —no la había escrito él mismo, no porque no pudiese hacerlo, sino porque consideraba que en aquella lengua no tenía tanta facilidad como en latín[94]. Incluso después de Cicerón, y en el tiempo de Tito Livio y de Virgilio, el griego sigue siendo considerado como una insustituible lengua de cultura.

Esta profunda dualidad del *imperium* —y un historiador moderno confiesa admirar el milagro que impidió a éste escindirse en dos mucho antes del tiempo de Constantino— implicaba que los problemas de la administración no fuesen los mismos al este y al oeste del Adriático. El realismo romano no trató de uniformar lo que era esencialmente heterogéneo: bastaba que el mismo personal dirigente pudiera ser utilizado en la una y en la otra mitad del mundo. Pero este hecho, por sí solo, comenzaba a esbozar una especie de unidad, porque los mismos espíritus no podían dejar de referirse a los mismos ideales en una zona y en la otra. El ideal común es el de la ciudad, y, en Occidente tanto como en Oriente, el Imperio va a unificarse alrededor de ella.

a) Las provincias orientales

Antonio había recorrido Oriente como un rey, casi como un dios; de haber vencido en Accio, Oriente habría sido su reino, y el Imperio se habría inclinado, sin duda, hacia el mundo griego. La primera preocupación de Octavio había sido la de conservar el equilibrio tradicional, la de no ceder a las tentaciones que habían arrastrado a Antonio. Lo demostró por la forma en que resolvió el problema egipcio.

Egipto era el último superviviente de los grandes reinos que habían salido del imperio de Alejandro, y Cleopatra, la última de los Lágidas, simbolizaba a los ojos de los romanos la realeza misma, todo lo que Italia rechazaba con todas sus fuer-

zas. Octavio no podía dejarla en el trono que le había dado César, ni confiar Egipto, país monárquico por excelencia, a un soberano vasallo, como se hacía con territorios menores, Judea o la Capadocia por ejemplo. Pero por otra parte, la monarquía había echado en Egipto raíces muy profundas para que fuese posible imaginar otro sistema de gobierno.

Ante aquel dilema, Octavio imaginó una solución que en la práctica demostró ser muy eficaz. Sabiendo que, fatalmente, el dueño de Egipto no podía, en las orillas del Nilo, dejar de ser mirado y tratado como un rey, Augusto aceptó aquella función real para sí mismo. Pero se cuidó mucho de ejercerla. Para sustituirle en ella, designó a uno de sus amigos, su jefe de estado mayor, Cornelio Galo. Galo recibió el título de *praefectus,* título vago, que no correspondía a una posición bien determinada en la jerarquía de las magistraturas ordinarias ni de las promagistraturas. Para los egipcios, Galo era un «amigo del rey», como sucedía en el tiempo de los Lágidas. El país sería, pues, gobernado en nombre de un rey, pero de un rey inexistente. Y la opinión pública romana no tendría que temer que el príncipe se contagiase de realeza.

Galo no tardó en caer en desgracia, el año mismo en que Octavio tomaba el título de *Augusto.* El pretexto oficial fue que él tampoco había podido resistir a la tentación, que había sustituido con su propia persona a la del príncipe y atraído sobre sí mismo los honores dedicados a Augusto. Juzgado por el Senado —quizá demasiado feliz de asestar un duro golpe a uno de los más brillantes lugartenientes de Octavio en el curso de la guerra civil—, tuvo que suicidarse. Pero el desgraciado final de Galo no introdujo cambio alguno en el sistema. Otros prefectos más dóciles le sucedieron, y la máquina administrativa montada por los Lágidas continuó funcionando. El viejo Reino subsistió en el seno del Imperio, pero cerrado sobre sí mismo: ningún senador tenía derecho a penetrar en él sin una autorización especial del Emperador.

Al idear y aplicar a Egipto aquella solución, que condenaba al país a vivir sobre sí mismo en un inmovilismo casi total[95], Octavio no hacía más que seguir el principio fundamental de la política romana: dejar, en la medida de lo posible, a los pueblos conquistados la forma de gobierno habitual en ellos, cualquiera que fuese. Así, en Judea se encontrará un reino, confiado a Herodes, porque se consideró que sólo un rey podría administrar eficazmente aquel país difícil, con tendencia a las revoluciones. De igual modo, subsistieron el Reino del Ponto y el de Crimea. Hubo también un Reino tracio, en los

límites de la provincia de Macedonia[96]. Pero la mayor parte de los territorios orientales quedó dividida, como en el tiempo de la República, en provincias de tipo tradicional, y, en ellas, fiel a la política de las grandes monarquías helenísticas, Roma conservó sistemáticamente la autonomía de las ciudades, y nunca el principio de la «libertad» de las ciudades, proclamado solemnemente en los primeros tiempos de la intervención romana[97]. Como se sabe, aquella libertad estaba protegida y, al mismo tiempo, limitada por la autoridad del Senado. Con el principado, el recurso al Senado tendió a ser sustituido por una apelación directa al príncipe, que era considerado, al margen de todo estatuto jurídico bien definido, como protector y árbitro supremo. Así, vemos cómo Augusto interviene directamente en los asuntos de esta o aquella comunidad griega, pero lo hace a título personal, no en virtud de su *imperium* proconsular, que no le permite, en derecho, imponer medidas de ninguna clase a las comunidades locales en los terrenos que son de su exclusiva competencia (finanzas municipales, justicia entre ciudadanos de la comunidad en cuestión, etc.). Cuando la instrucción del proceso o su solución requieren la intervención del gobernador más próximo, éste no es mencionado más que como «amigo del príncipe»[98].

Sin embargo, no todas las ciudades tenían, respecto a Roma, el mismo estatuto; éste dependía de la carta que las rigiese. La situación resultante de aquella maraña de condiciones jurídicas diferentes, de herencias jamás rechazadas de un pasado que había llegado a ser anacrónico, era casi inextricable[99]. A esto se añadían las dificultades creadas por las diferencias de estatuto entre las personas: algunos ciudadanos de una ciudad griega podían, por una razón determinada, haber recibido el derecho de ciudadanía romana, lo que tenía como efecto el de apartarle, al menos parcialmente, de la condición común de sus compatriotas. ¿Debía, por ejemplo, estar sometido a las cargas fiscales (de las que, en principio, estaban exentos los ciudadanos romanos domiciliados)? Las autoridades locales lo pretendían, y los interesados lo negaban. Sólo el príncipe podía resolver. Así fue como, en el año 6 a. de C., Augusto intervino en Cirene mediante un edicto cuyo texto se conserva[100]. El príncipe decidió que los ciudadanos romanos no estarían, de derecho, exentos de los impuestos locales, y que su posible exención debería ser objeto de una decisión especial de la administración romana. Uno de los edictos encontrados en Cirene nos informa de que las personas interesadas por aquel problema, para las que Augusto dicta su decreto, son 215. Esto da

una idea de la meticulosidad de aquella administración que debía decidir una infinidad de asuntos, frecuentemente de muy escaso relieve.

Probablemente para remediar aquella dificultad, Augusto favoreció la formación de ligas entre las ciudades menos importantes, quedando fuera las grandes ciudades. Esto venía a reanudar una tradición dramáticamente interrumpida por la guerra de Corinto, más de un siglo antes. Se creó así una Liga de los laconios libres, que comprendía veinticuatro ciudades laconias, menos Esparta. La Liga aquea se reagrupó en torno a Patras, de la que Augusto había hecho una colonia rival de Corinto. Esta no formaba parte de la nueva Liga aquea. Hubo también una Confederación tesalia y una Liga macedónica, cuyo centro era Tesalónica. Fuera de la propia Grecia, subsiste *el koinón* (la comunidad) de ciudades incluidas en la provincia romana de Asia. Estas ligas se encontraban incluso fuera del territorio de las provincias, como en Licia, cuyas instituciones federales elogia Estrabón, explicando que su excelencia ha permitido a los romanos no anexionar directamente el país [101].

De todos modos, estas ligas no constituyen un esbozo de representación indirecta comparable al sistema moderno de los parlamentos. En realidad, son, más bien, organismos supranacionales dedicados a conocer de los asuntos comunes a las ciudades unidas entre sí por un lazo histórico, racial, religioso y, a veces, sencillamente geográfico. La religión, que por su naturaleza y por los dioses que ella reconocía, revestía un carácter internacional, desempeñaba un papel especialmente importante en aquellas ligas. Augusto reorganizó la Anfictionía Délfica, haciendo entrar en ella, ampliamente, a los representantes de su ciudad personal, Nicópolis (la «Ciudad de la Victoria»), que él había fundado después de Accio, enlazando con la gran tradición de los Diádocos. En las asambleas de aquellas ligas —especialmente, en las de la Anfictionía—, se formaban los movimientos de opinión, y era importante que el príncipe tuviese en ellas sus agentes.

b) Las provincias occidentales

Occidente había permanecido, relativamente, al margen de las convulsiones de la guerra civil. En general, las comunidades indígenas no habían tenido que elegir entre los dos partidos, y la resistencia de los generales pompeyanos y republicanos había sido rápidamente aniquilada —con la excepción,

tal vez, de Africa—. Las guerras que fue necesario mantener en España (y que no terminaron hasta el 19) no fueron más que sublevaciones de indígenas insuficientemente sometidos. En la Galia, la gran revuelta del 52, dirigida, en algún momento, por Vercingétorix, no había tenido continuidad; hubo rebeliones locales, pero el tiempo de la lucha colectiva contra Roma había pasado. La tarea de Augusto en la Galia era, sobre todo, la de organizar la conquista, bajo la protección del ejército del Rhin, que defendía la provincia contra las incursiones de los germanos.

En Africa —la tercera de las grandes provincias occidentales—, los problemas eran distintos, más semejantes a los que se planteaban en Oriente. César, tras su victoria sobre los restos del ejército pompeyano y sobre el rey Juba I, aliado de los «republicanos», había formado, al lado del *Africa Vetus*, la provincia creada tras la destrucción de Cartago, una *Africa Nova,* a costa de la Numidia, una ancha banda que cubría el actual este argelino hasta Bona *(Hippo Regius);* además, había confiado a P. Sitoti, uno de sus más leales partidarios, un verdadero Reino que comprendía cuatro ciudades, la principal de las cuales era Cirta (Constantina). Más al Oeste, las regiones ocupadas por tribus nómadas, en otro tiempo sometidas a Juba I, eran cedidas a Boco, rey de Mauritania.

Augusto conservó aquella organización. Dio la Mauritania a un joven príncipe romanizado, hijo del rey pompeyano Juba I, el vencido de Tapso. Este joven príncipe había permanecido como rehén en Roma desde su infancia y había sido casado por Augusto con Cleopatra Selene, hija de Antonio y Cleopatra. Establecido, al principio, en la parte de Numidia que había quedado independiente, Juba II recibió después el Reino de Mauritania, cuando Augusto decidió (en el 25 a. de C.) incluir toda la Numidia en la provincia de Africa. Poco a poco, gracias a aquel rey ilustrado, se civilizaron los inmensos territorios del Oeste africano; se construyeron ciudades (especialmente, sin duda, *Volubilis*), comenzó a hacerse notar la influencia helénica y, en fin, reinó la paz entre las tribus.

A diferencia de Africa, la Galia y España fueron totalmente incluidas en provincias sin recurrir a la instalación de reyes indígenas. La razón de esta diferencia es, desde luego, geográfica: la península ibérica y la Galia forman entidades bien definidas, que se prestaban a adoptar los marcos provinciales. Pero Augusto no dejó por ello de tener en cuenta las distinciones impuestas por la historia de cada región. Así, en España, el valle del Guadalquivir fue separado de la costa lusitana, y

en la antigua España Ulterior se formaron las provincias de la Bética y de la Lusitania. La antigua España Citerior se convirtió en la Tarraconense, por el nombre de su capital, *Tarraco* (Tarragona). En la Galia se mantuvieron las divisiones establecidas por César: una provincia de Aquitania, una provincia Céltica (llamada *Lugdunensis)*, una provincia de Bélgica, al lado de la Narbonense[102], pero sus límites no coincidieron con los territorios de estos nombres dados por César. Aquitania se amplió con una parte de la Galia Céltica, entre el Gironda y el Loira; la *Lugdunensis* formó una larga faja entre el Loira y el norte del Sena; la Bélgica, disminuida en una parte de sus ciudades tradicionales, alcanzó la línea del Rhin.

En el 39 a. de C., Octavio había dado a Agrippa el encargo de hacer el inventario geográfico de la Galia y de preparar el trazado de la red de comunicaciones que debía realizar su unidad. La ciudad de Lyon, proyectada por César, fundada por Munacio Planco en el 43 (probablemente, el 11 de octubre)[103], era el centro del sistema. El eje de la Galia romana estaba constituido en realidad por el valle del Ródano, el del Saona y, más allá, las vías que permiten alcanzar, o bien el valle del Rhin, o bien la lejana Bretaña. Aquella primacía de Lyon quedó consagrada por la edificación de un altar dedicado al culto de Roma y de Augusto. A partir del año 12 (o del 10 a. de C., no lo sabemos exactamente), el 1 de agosto de cada año, delegados de todas las ciudades galas de las tres provincias acudían a ofrecer un sacrificio solemne y a celebrar allí una asamblea. Esta institución, que contribuyó en gran medida a consolidar la unidad gala, tan frágil antes de la conquista, estuvo inspirada, probablemente, por los cultos que desde hacía ya mucho tiempo rendían a Roma y a Augusto las ciudades y los *koina* de Pérgamo, de Nicomedia, de Efeso y de Nicea. Como el *koinón* de los helenos en Asia, las ciudades de las Galias tienen un consejo, en Lyon, presidido por un sacerdote federal elegido y asistido por tres magistrados, un *inquisitor Galliarum,* que parece haber sido experto financiero[104], un *iudex arcae Galliarum,* encargado, sin duda, del tesoro federal, y que tenía a su lado a un *allectus* (adjunto). Estos magistrados —puesto que eran elegidos— al principio eran simples administradores, pero muy pronto desempeñaron el papel de representantes de las Galias en su conjunto; a ellos correspondía, por ejemplo, la misión de transmitir al príncipe los deseos de las ciudades.

España conoció una institución análoga. Fue en Tarraco donde se elevó, sin duda tras las primeras victorias contra los cán-

tabros, un altar a Augusto[105], anterior, por consiguiente, al de la confluencia (del Saona y del Ródano) en Lyon, pero sin revestir, al menos inicialmente, un carácter federal.

c) El culto de Augusto

Los historiadores modernos se han preguntado frecuentemente acerca de la naturaleza, la significación y los orígenes del culto dedicado a Augusto, a la vez, por los romanos de la *Urbs* y por los provinciales. Es un fenómeno general, mucho menos sorprendente, si se tiene en cuenta la mentalidad antigua, de lo que a primera vista puede parecer, y cuyas causas particulares son siempre diferentes, según los países. Fenómeno esencialmente popular al principio, pues se observa, por ejemplo en Narbona, que el aniversario del nacimiento del príncipe era celebrado piadosamente por gentes de la plebe[106], y, lo que es más importante aún, en la organización que el príncipe acabará imponiendo para uniformar las manifestaciones espontáneas y anárquicas confiará el cuidado de celebrar el culto de su *Genius* a libertos y gentes humildes. Es la muchedumbre la que diviniza por un movimiento espontáneo de agradecimiento, de entusiasmo, como los soldados «hacen», en el campo de batalla, los *imperatores*. Es la muchedumbre la que cree en las leyendas hábilmente difundidas, como la que hacía de Augusto el hijo de Apolo. Es la imaginación popular la primera en descubrir los milagros y las coincidencias. Es la piedad cotidiana la que une el *Genius Augusti,* dios «omnipresente», a las humildes divinidades protectoras del hogar.

El culto de Augusto había comenzado antes de Accio[107]. Tras la victoria, se extendió. Un *senatus-consultum* invita a los particulares a ofrecer, en cada comida, una libación a su *Genius*[108]. Poco a poco, la idea se abre camino; en Oriente, adopta las formas tradicionales de la monarquía, pero Augusto tiene buen cuidado de que los altares y los templos erigidos en su honor asocien su propia persona y la divinidad de Roma, para alejar la sospecha de realeza[109]; en Roma, el nombre de Octavio (en el 29) es introducido en el canto de los salios[110], y, dos años después, el epíteto de Augusto, según hemos dicho, le consagra como verdadero «héroe». Más que un dios, Augusto es entonces, para los romanos de la *Urbs,* un personaje rodeado de potencias benéficas, a las que se honra, analizándolas, a la manera de la divinidad de los soberanos iranios[111]. Así, habrá un altar a la Victoria de César, otro a la Fortuna que le de-

vuelve sano y salvo a Roma [112], y, sobre todo, el altar de la *Pax Augusta,* levantado en el Campo de Marte, en el año 13 [113]. Pero esta «Paz Augusta» no debe hacernos olvidar las innumerables consagraciones privadas ofrecidas a otros aspectos de la divinidad del príncipe, la *Concordia Augusta,* la *Securitas,* la Justicia, etc. [114], en todas las provincias del Imperio. Fue en el momento en que se le dedicaba el altar de la Paz, cuando se organizó oficialmente el culto del *Genius Augusti.* Quizás entonces, o quizá no antes de año 7 a. de C., cuando la ciudad se dividió en regiones y en «barrios» (*vici*), se crearon colegios de seis miembros (*seviri augustales*), libertos en la mayoría de los casos, para celebrar, tal vez cada mes, y, sin duda, en la fiesta anual de los *Compitalia* (a comienzos de enero), el culto del *Genius* asociado a los Lares, protectores por excelencia de la casa y de la ciudad, dispensadores, como el príncipe, de fecundidad y de felicidad.

La cuestión de saber si Augusto fue considerado en vida como un dios no tiene sentido. Era el mediador de lo divino, destinado, en su persona misma, a la total divinización, una vez desvanecida su apariencia mortal. La noción de divinidad no es sencilla ni clara; es inútil buscar una respuesta sencilla a un problema que no la tiene.

d) Los problemas de política exterior

Augusto, con la ayuda de Agripa, se esforzó por precisar la forma y los límites del mundo y, desde luego, por hacer su mapa. ¿Era posible extender el Imperio hasta las fronteras de los países habitados? ¿O se encontrarían siempre nuevas tierras? Al Norte, estaban los hielos; al Sur, el calor intolerable del Sahara; hacia el Oeste, el Océano; el verdadero problema estaba planteado por el Oriente. Por ello, Augusto organizó varias expediciones de reconocimiento en esa dirección. Es probable que estas expediciones, realizadas con economía de medios, no tuviesen sólo por finalidad la exploración geográfica desinteresada; cabe pensar que Augusto se preocupaba de las rutas hacia la India (bordeando el Imperio parto) y también quería reunir datos susceptibles de esclarecer su política exterior.

Restablecida la paz en el Imperio, era posible ya preocuparse de lo que le rodeaba. El mundo bárbaro había sido, según los puntos, entrevisto más o menos distintamente. Hoy podemos formarnos una idea tal vez más exacta de aquel mundo en movimiento que iba a desempeñar, en la historia de Roma y

en la de Occidente, un papel cada vez más importante. Cuatro grandes «sectores» lo componen, desde el punto de vista de Roma: la Germania, que representa el peligro más inmediato; los países ocupados por los dacios, de los que César había pensado, quizá por un momento, que serían el objetivo de su conquista, y que prolongaban, a lo largo del Danubio, hasta el mar Negro, los países germanos; después, los países de los escitas, entre los confines danubianos y el Cáucaso, prolongado indefinidamente, hacia el Norte, por las grandes llanuras de Rusia; y, por último, el Imperio parto, desde las montañas de Armenia hasta el golfo Pérsico. Cada uno de estos sectores, caracterizado por una civilización original, merece, sucesivamente, nuestra atención.

a) *Los germanos*

§ 1. *Introducción.* Los bastarnos y los esquiros, que se presentaron hacia el año 200 a. C. ante Olbia, y los cimbrios y teutones, que en los años 113 y 105 trataron de penetrar en la Alta Italia por ambos extremos de los Alpes, fueron, de todos los pueblos germanos, los primeros en hacer su aparición en la historia. Como ellos mismos no se llamaban germanos, no es de extrañar que, con el grado de los conocimientos etnográficos de entonces, los historiadores antiguos sólo muy tarde pudieran incluirlos como germanos en el mundo de los pueblos conocido entonces. La investigación actual ha seguido aferrada a esta clasificación a pesar de algunas dudas fundadas, y ve en las migraciones de los grupos de bastarnos y cimbrios el comienzo de aquellos movimientos que hallaron uno de sus puntos culminantes cuando Ariovisto irrumpió, con un ejército formado por las más diversas tribus, en la región de los secuanos, en Alsacia, encontrándose con la enérgica resistencia de César (58 a. C.). La expansión quedó interrumpida de momento con la conquista romana de la Galia y la ocupación de la línea del Rhin, así como de algunas partes de las estribaciones de los Alpes (15 a. C.). Aunque no existen aún ideas concretas sobre la clase, la envergadura, los motivos y el transcurso de esta primera etapa de movimientos germanos de expansión, no hay dudas acerca de su importancia: entre el Vístula y el Rhin y desde la cordillera central hasta la Escandinavia meridional, se formaron entonces las bases sobre las que estaba constituida, política, idiomáticamente y en sus aspectos generales de cultura, la Germania conocida históricamente durante los dos primeros siglos d. de C.

No se da, sin embargo, unidad de criterio entre las ciencias que participan en la investigación sobre los germanos, principalmente la investigación del lenguaje, la historia antigua y la prehistoria (arqueología), en torno al proceso de formación de lo germánico, tomando lo «germánico» como expresión de determinados fenómenos lingüísticos, de condiciones étnicas específicas y de formas culturales características. O estas ciencias han llegado en el curso de sus investigaciones a resultados diferentes, o han guardado tantas consideraciones las unas con las otras que, bajo una concordancia aparente, pueden encontrase en cada uno de sus resultados las premisas y los errores de las otras disciplinas.

§ 2. *Fundamentos filológicos y noticias etnográficas de la Antigüedad.* Para el germanista, cuyos conocimientos filológicos sobre épocas sin tradición propia se basan —aparte del cotejo idiomático realizado *a posteriori*— casi por completo en material nominal, empiezan a existir las lenguas germanas desde el momento en que los cambios fonéticos que las separan del indogermánico están acabados o, al menos, tan evolucionados que las particularidades del nuevo idioma distinguen del resto a un grupo más grande de germano-parlantes. Los monumentos lingüísticos que marcan históricamente este proceso son, sin embargo, tan escasos que el período que tendría que ser analizado con más detenimiento sólo parece identificable de manera muy general y, por cierto, valiéndonos únicamente del término arqueológico de «Edad del Hierro prerromana». Se significan con esa expresión los últimos 500 a. de C., basándonos principalmente en la inscripción de un casco que, junto con otros muchos, quedó enterrado por cualquier razón cerca de Negau, en la Estiria meridional, en el siglo V o VI a. de C. El alfabeto en que está grabada en el metal parece ser etrusco del Norte, y la disposición fonética nos demuestra que el idioma germánico se encontraba en plena formación. Con los medios de que disponemos en la actualidad no podemos saber si el dueño portador del casco, cuya forma es etrusca y su origen sudalpino, fue un guerrero que como desertor procedía del Norte. Sin embargo, muestra que aquel proceso lingüístico tan importante se había iniciado al principio de la segunda mitad del último milenio a. de C. Su límite histórico inferior parece encontrarse en los monumentos lingüísticos de la época de Augusto, en los que el germánico suele estar completamente desarrollado. En todo caso podemos contar, para este período y de acuerdo con

las fuentes históricas, con germanos que ya habían superado las decisivas mutaciones fonéticas y acentuales.

Más difícil es la delimitación del cambio lingüístico en el espacio. Como los textos de aquella época sólo han llegado hasta nosotros aislados y en circunstancias especiales —la propia tradición en escritura rúnica no empezó hasta finales del siglo II d. de C.—, no disponemos más que de nombres de ríos y de ciudades, así como de algunos nombres de personas y pueblos transmitidos en la Antigüedad. Tales nombres han sufrido cambios mayores o menores a su paso por el filtro de las fuentes antiguas o por la fuerza de su mismo proceso evolutivo, de tal manera que su forma original habrá de ser descubierta por la filología. Tienen una especial importancia aquellos nombres fijos que conservaron su carácter fonético incluso cuando ya hacía tiempo que se hablaba germánico, es decir, que incluso durante el período de formación del germánico habían permanecido fuera de su área de aplicación. De esta manera se ha podido aislar toda una serie de territorios germánicos que no eran germánicos en su origen: Pomerania Ulterior y Prusia occidental, Polonia y Silesia, el valle bohemio y todo el altiplano de Alemania del Sur, además de Wetterau, el valle de Turingia y el Bajo Hesse, la zona montañosa del lado derecho del Rhin y grandes partes de la llanura de Westfalia y de la Baja Sajonia, hasta la línea Weser-Aller. Por el contrario, la zona costera hasta el Bajo Rhin y la desembocadura del Schelde presentan muy antiguos testimonios de nombres con desviaciones fonéticas válidos también en la Suecia central y meridional, donde no obstante hay que contar además, igual que en Noruega, con residuos de nombres no modificados de un estrato lingüístico pregermánico. En estos territorios periféricos surgen, por ello, constantes dudas sobre cuál sea la zona de su pertenencia, cuyos habitantes se reagruparon lingüísticamente con innovaciones comunes, distanciándose a la vez de sus vecinos, en lo que se pretende ver la formación del idioma germánico por separación de los más antiguos dialectos centroeuropeos. De esta delimitación, que continuará siendo discutible en algunos aspectos, se ha sacado la conclusión de que el cambio idomático en los citados territorios periféricos ha de explicarse por una germanización a través de colonización, conquista, superposición o simple adopción de idioma. Naturalmente, esta conclusión es sólo una posibilidad, pues no se puede probar con los hallazgos filológicos. Por esta razón, la investigación ha tratado de combinar las fuentes filológicas y las histórico-etnográficas, ya en una época en que aún no se

habían estudiado metódicamente ni la solidez de las conclusiones filológicas ni la autenticidad de los relatos antiguos como para haber podido obtener de ellos un material histórico solvente.

Las teorías que se establecieron entonces pesan, aún hoy, sobre cualquier nuevo planteamiento de la investigación. Sobre todo, no constituía aún problema el carácter de las fuentes antiguas debidas exclusivamente a etnógrafos e historiadores griegos y romanos. Sólo con el tiempo se supo que sus testimonios son de muy diverso valor para la reconstrucción de la historia germánica. Efectivamente, parece que con harta frecuencia un pensamiento etnográfico vinculado a la tradición y el cálculo político sofocaron el puro estudio, y todavía siguen numerosos investigadores estudiando antiguos textos con una crítica de fuentes puramente filológica e histórica para obtener datos precisos. Naturalmente cabe preguntarse hasta qué punto es esto posible en una materia que en la Antigüedad no se pretendía estudiar seguramente con los mismos fines que hoy, que sólo se conocía de oídas y que, en caso de análisis, sólo se podía conocer en algunos detalles o en sus rasgos generales. Además, las condiciones étnicas se hallaban en constante cambio, como quedará demostrado a continuación.

Pero ya una ojeada a la literatura antigua, por ejemplo, *Marius*, de Plutarco, sobre los cimbrios y teutones, los *Comentarios sobre la Guerra de las Galias*, de César, sobre Ariovisto, así como la descripción etnográfica de los países al este del Rhin de Posidonio y Estrabón, muestra bien claro que los pueblos germánicos habían entrado desde el siglo II a. de C. en movimiento y empezaban a ocupar un espacio que primitivamente —en lo que se refiere a Alemania del Sur— estaba poblado por grupos no germánicos, principalmente diversas unidades celtas: boyos, en el valle del Moldau; volcas, en la zona de la cordillera Central; vindelicos, en las estribaciones de los Alpes; helvecios, en el territorio del Neckar. Mas, cuando se busca en las fuentes la pertenencia étnica de los vecinos occidentales y orientales, se choca con problemas de tradición resultantes de una unión tan estrecha entre conceptos geográficos y étnicos que hacen en muchos casos imposible su separación. Igual que los antiguos —por ejemplo, en la llanura de Europa Oriental— consideraban escita y posteriormente sarmático a todo lo que había en Escitia o Sarmacia, lo mismo hicieron con el territorio celta: aún Posidonio parece que incluía en el círculo de los celtas a los grupos de nombre germánico que habitaban en el bajo curso del Rhin, y sólo cuando César, que halló en

Ariovisto al primer enemigo peligroso de origen germánico, dio el nombre de germanos a todos los grupos de pueblos que vivían en el lado derecho del Rhin, fue diferenciándose de lo céltico, como nuevo término geográfico, el de «Germania», al que correspondió también un contenido etnográfico y político. En un proceso así no se puede determinar ya con seguridad si, y en qué medida, el cambio que sufrió el antiguo concepto de germano, desde su primera utilización por Posidonio, se basa de verdad en una mejor observación de las auténticas relaciones entre los diversos grupos de población a ambos lados del Rhin. En lugar de hechos basados en fuentes auténticas, aparece con facilidad la «construcción» erudita. Esto sucede sobre todo con las complicadas relaciones entre el Bajo Rhin, Maas y Schelde. Allí habitaban varios pueblos unidos entre sí por el pago de tributos, es decir, pueblos de una cierta dependencia, que por un lado pertenecían a los belgas, cuyo centro político estaba situado en el Sena y el Somme, mientras por otro se remitían a su origen germánico, y de hecho debían proceder del territorio del lado derecho del Rhin, teniendo incluso, en el caso de los eburones, el nombre de germanos como término genérico. Por ello ocuparon en Galia una posición destacada, cuyas consecuencias y causas reales no pueden juzgarse apenas con las fuentes antiguas. Tampoco puede determinarse hasta dónde se extendieron por el lado derecho del Rhin, por cuyos dominios cabe señalar cunas, nombres y grupos considerados como germanos igual que los eburones; así junto a los ubios y sigambrios, los usipetes y los tencteros, cuyos intentos de cruzar el río e invadir la tierra de los eburones ante la presión de los suevos, procedentes del Este, aparecen justo en los días de César. Otra cuestión es, sin duda, si todos éstos fueron germanos en el sentido en que los definiría el filólogo de nuestros días. No parece alentar esta argumentación el material de la época romana referente a tales grupos del Rhin, si además se piensa que la población tuvo que sufrir allí profundos cambios en su composición tras la expedición de castigo de César contra los eburones (53 a. C.) y con el establecimiento de varios grupos del lado derecho del Rhin en la época de Augusto. Pero con razón se indica que tanto los eburones como los tencteros y ubios habitaban una región en la que la mayoría de los nombres fijos —y por ello capaces de transmitirse—, así como los nombres de tribus y de personas de la época primitiva, parecen haber conservado su carácter pregermano, es decir, que por su origen no eran «germanos». Esto mismo vale entonces también para la lengua que hablaron: eran

con toda probabilidad dialectos antiguos europeos que, salvo algunas excepciones —sobre todo en la región del Schelde—, no sufrieron cambios fonéticos germánicos. Como estas tribus renanas tenían la característica de llevar el nombre genérico de germanos, que con seguridad no es germano lingüísticamente, aunque más tarde fue empleado para todo el espacio de grupos étnicos de habla germana, debió en algún momento ser transferido por estos grupos belgas y del Bajo Rhin a los habitantes de habla germánica al este del Rhin.

Menos complicadas parecen las cosas en la región limítrofe oriental, en la tierra del Vístula, pero quizá se deba a la escasez de material lingüístico e histórico. Al este del Oder hasta el Vístula se extendían en la antigüedad vénetos y lugios. Tales son, en todo caso, los nombres de los pueblos más antiguos que conocemos allí y que poco a poco fueron sustituidos desde el principio de nuestra era por nombres de origen germano seguro. Vénetos y lugios comprenden seguramente pueblos (omanos, dunos, buros = *omanoi, dunoi, buri*) sobre cuya lengua no sabemos nada con certeza; lo que ha llegado hasta nosotros de nombres de ríos tiene carácter véneto-ilírico y también báltico. Contra estos vecinos, como se ha indicado recientemente, se hizo sentir muy pronto el sentido de distancia étnico en el ámbito germánico, igual que en el Sur contra los volcas, extendiéndose el nombre de vénetos a múltiples pueblos extranjeros orientales, como parece haber sido el caso aún en tiempos posteriores (Wenden). Sin duda, también en este caso, sigue sin estar clara la relación cronológica con el germánico. Sobre todo, no se sabe desde cuándo existen, en el sentido filológico, germanos, en la región del Vístula, cuándo, por ejemplo, se integraron los buros, que en Ptolomeo cuentan aún entre los lugios, y pasaron a formar parte de los suevos, según se puede leer en Tácito. Como suele suceder siempre en tiempos de escasa tradición escrita, también en esta materia nuestra se ven pronto frustradas las aspiraciones al tratar de conocer detalles y de obtener una idea generalizada por el método inductivo. Tal vez sea más conveniente esbozar los contornos de los acontecimientos desde una distancia más lejana.

§ 3. *Fuentes arqueológicas.* Lo mismo puede decirse de las fuentes arqueológicas que, aun siendo muy numerosas, sólo nos informan parcialmente sobre la vida de entonces. Además, el nivel de investigación es muy desigual en los diversos países, ya que los objetivos y métodos empleados han estado sometidos durante mucho tiempo y con harta frecuencia al pensar histórico

del siglo XIX, y siguen estándolo aún hoy. De este modo es extremadamente incompleta la imagen que se puede obtener a través de la difusión de plasmaciones culturales características y de material de colonización histórica, si no se opta por trazar desde una mayor distancia sus rasgos fundamentales y combinarlos con los datos que ofrecen las fuentes filológicas e histórico-etnográficas.

Lo que en los siglos anteriores a Jesucristo (período de La Tène) es atribuible a los germanos en manifestaciones arqueológicas, lo mismo en su contenido que regionalmente, se puede aislar describiendo la cultura de sus vecinos mejor conocidos históricamente, sobre todo de los celtas, a los que, según las fuentes antiguas y los testimonios filológicos, se les encuentra hacia el Norte, desde el Marne, pasando por el Mosela, hasta el Meno y el Alto Elba y Oder. En toda esta región se pueden comprobar desde el siglo III a. de C. los rasgos culturales característicos de todos los celtas continentales. Llegan además a regiones para las que ya no existe la tradición escrita y que tienen que denominarse por eso también celtas: partes de Turingia, la Alta y la Media Silesia y la región de Vístula. La zona limítrofe, constituida geográficamente por la cordillera Central, no fue siempre celta, pero supo integrarse al círculo de los celtas a través de las migraciones de pueblos dominantes y por uniones de otro tipo. Esa unión no duró en todas partes hasta el mismo momento. Silesia Media y Turingia ya no forman parte de ella en el último siglo, y en el Wetterau surgieron al mismo tiempo grupos de población que, procedentes de otras partes de la Barbarie, o sea, de la región del Vístula, habían llegado allí pasando por Alemania central. Pero la Alta Silesia como Bohemia, la Selva de Turingia con Arnstadt en el Norte y las Gleichberge de Römhild en el Sur, el Rhön, el codo del Lahn en Giessen y el Taunus continuaron vinculados a la cultura celta aún en una época en que importantes partes de su territorio, como Galia y parte de Suiza, habían perdido su independencia política tras ser incorporadas al Imperio romano. Los impulsos que, procedentes de los Alpes del Norte y de la Alta Italia así como de la Galia ocupada, pudieron influir en gran medida sobre los aún libres celtas entre el Danubio y el Meno, lograron, aún en el último siglo antes de Jesucristo, un apogeo cultural que llegó a fecundar incluso las zonas periféricas. Se trata de la llamada «cultura de *oppida*», que nos describe César en sus *Comentarios sobre la Guerra de las Galias* y que la arqueología está en

trance de descubrirnos de manera más completa. Los *oppida* eran construcciones amplias y fortificadas, dispuestas para la estancia permanente del pueblo y también para residencia pasajera de la nobleza campesina, al mismo tiempo destinadas a la artesanía especializada, mercado central y centro del culto. Los testimonios de su vida económica acercan esta forma de colonias a las comunidades o municipios de carácter ciudadano mediterráneos: por ejemplo, el dinero en monedas, del que algunas clases parecen haber tenido curso preferentemente dentro de los límites tribales; en el aspecto técnico, la industria del hierro y la elaboración del cristal, dos industrias que alcanzarían un alto nivel; en la cerámica predominaba la fabricación mecánica, y la distribución no se reducía únicamente a la localidad productora misma, sino que estaba calculada para grandes distancias. Un papel importante desempeñaba, finalmente, la obtención de la sal con técnicas muy desarrolladas y organizada en explotaciones a gran escala (Schwäbisch Hall, Bad Nauheim, etc.), y que, al parecer, vendían muy lejos.

Parecidos rasgos se observan al norte del Lahn hasta el borde de las montañas del Schiefer (Schiefergebirge) y al oeste del Rhin entre los tréveros de la región del Hunsrück-Eifel; igualmente, en las tribus belgas hasta el Hennegau, donde se habían extendido los nervos, y hasta el Maas Medio, cerca de Namur, donde vivían los atuatucos que César cuenta entre los germanos del lado izquierdo del Rhin porque se afirmaba que provenían de los cimbrios y teutones. Desde el punto de vista cultural, todo este territorio era desde el siglo V a. de C. una provincia limítrofe de los celtas, con iguales o parecidas formas de vida.

Ofrece un carácter completamente diferente la región eburónica que sigue hacia el Norte desde la ensenada de Colonia, a través de Brabante, hasta el Schelde. Aunque es cierto que algunos aspectos de la cultura de la región del Marne, uno de los centros celtas de la época temprana, seguían ejerciendo su influencia, lo que suele aparecer en los hallazgos arqueológicos tiene en el propio país una tradición de muchos siglos. Las escasas muestras materiales, como la cerámica, sobre todo en el culto a los muertos: la construcción de tumbas y las costumbres de depositar objetos en ellas, que deben considerarse especialmente aquí como testimonios de la vida pasada, dejan entrever una capacidad de persistencia en los propios hábitos mucho más potente que el impulso debido a influencias externas. Es importante destacar que esto puede aplicarse a la llanura de ambos lados del Bajo Rhin alemán, donde surgie-

ron de la misma base cultural utensilios domésticos y costumbres fúnebres parecidas. Al parecer, se trata arqueológicamente de la región poblada por los grupos germanos del lado izquierdo del Rhin con los que tuvo que entenderse César y de los que ya se habló antes.

Muestras parecidas, aunque distintas en algunos detalles, ofrece el territorio que continúa al Este y Norte, es decir, las provincias orientales de los Países Bajos al norte del Rhin, el Emsland, Oldenburg, Westfalia y la Baja Sajonia occidental. Entramos aquí en un dominio sobre el que los antiguos autores empiezan a informar, en cierta medida con abundancia, después de las guerras de los romanos, cuando ya aparecen por todas partes pueblos que, como los frisios, ampsivarios, tubantos y los bructerios, se dan a conocer culturalmente más o menos como germanos. Por eso es más de lamentar no saber casi nada sobre su pasado prerromano. Aún faltan todos los eslabones entre las formas romanas y las fuentes de época anterior. Tampoco en el aspecto de la colonización se puede tender un puente, excepto en el caso de la zona de marismas en la franja costera, sobre la que aún tenemos que hablar. De hecho, todavía no se ha podido aislar material concreto y suficiente de la cultura que ha llegado hasta nosotros de los dos o tres últimos siglos a. de C., es decir, precisamente de aquel período de la Edad del Hierro prerromana en la que surgió el germánico como fenómeno lingüístico. Las épocas anteriores al último milenio están arqueológicamente mejor documentadas que las que precedieron inmediatamente a la época romana. Por esta razón la investigación tendió a situar el proceso de germanización de estas regiones en tiempos muy antiguos. La mayoría de las veces vuelven a ser fuente de nuestros conocimientos las necrópolis, cuyas formas de tumbas, costumbres funerarias y contenido material parecen bastar para delimitar, dentro de su heterogeneidad en el espacio y en el tiempo, un ámbito cultural entre el Mar de Ijssel y el Weser.

Las diferentes fases que atravesó, y de cuyo estudio se ocupa ahora la arqueología, estaban marcadas por el estilo de la época y la influencia de los vecinos, desempeñando sin duda un papel importante la Renania y el ámbito cultural al norte del Elba. Pero lo mismo que en Bélgica, también aquí una sorprendente fuerza de inercia dio lugar a un material monótono y pobre. Existen necrópolis que parecen inspirarse, de una u otra forma, en importantes monumentos fúnebres del alto segundo milenio y que han sido trasplantados a la mitad

del primero. Este proceso tuvo lugar en Drenthe igual que en Westfalia y en la Baja Sajonia interior al oeste del Weser. Siempre el ritual fúnebre, cuya riqueza contrastaba con la pobreza de medios, siguió los modelos tradicionales, aunque nuevas formas fuesen ganando cada vez más importancia.

Este sector siguió siendo conservador incluso a finales del siglo VI, al principio de la Edad de Hierro prerromana, cuando nuevos principios formales en las costumbres funerarias y en el aspecto material (tipo Dötlingen, Zeijen y Nienburg) se acercaron al proceso cultural centroeuropeo (transición Hallstatt/La Tène) y, por tanto, a las nuevas culturas que se extendían entre el Weser y el Vístula. Pero mientras que, como veremos aún más adelante, en el Elba y el Vístula se realizaron, en un proceso expansivo, uniones con otros grupos autóctonos, desapareciendo límites tradicionales de muchos siglos y produciéndose una nueva división de las provincias culturales, Alemania del Noroeste quedó sumida por mucho tiempo en un estado cuya falta de fuentes llega a ocultar completamente incluso acontecimientos importantes. Hasta cierto punto puede ello estar relacionado con procesos de colonización y económico-históricos del estilo de los que empiezan a perfilarse en algunas zonas bien estudiadas, como la de Drenthe: el aumento de la población por excedente de nacimientos o inmigración condujo, en una forma de vida sedentaria y basada en el arado, a una ampliación de los campos de cultivo permanentes *(celtic fields)* por la roturación de los bosques, lo que a su vez produjo, a causa de la escasa defensa frente al viento, que las arenas fuesen cubriendo las áreas de cultivo y, finalmente, el abandono forzoso de la propia colonia. Aunque el lugar no fuera abandonado del todo, la población se retiró en gran parte a la zona de marismas de la costa, hasta entonces poco o nada poblada. Allí permaneció incluso cuando el avance del mar obligó a una forma completamente nueva de construcción y de cultivo: la construcción de Wurten (Terpen). Cuando esta población entró en la historia lo hizo con el nombre de frisios, cuyos comienzos, su tiempo histórico colonizador, pueden seguirse hasta alrededor del 500. Las funciones de tipo social y económico que se ocultan detrás de este proceso y el papel que desempeñó éste en la formación de la tribu frisia se deben ver en otro contexto. En todo caso, se puede contar en este período con migraciones interiores que tuvieron que transtornar sensiblemente la estructura cultural; naturalmente hay que preguntarse hasta qué punto se puede encontrar esta «colonización interior» en los grupos vecinos y también al este

del Weser, o si allí se lograron superar de otro modo las dificultades que iban surgiendo, tal vez emigrando lejos grandes partes de la población, con lo que se podría explicar la fuerza expansiva de que hablamos.

Una situación distinta de estas circunstancias continentales de la *ecumene* ofrece el material arqueológico de la periferia septentrional, en Noruega y en Suecia central. Las dificultades que se oponen a un enjuiciamiento equilibrado no consisten, como en Alemania nordoccidental, en que estos ámbitos culturales siguiesen fundamentalmente otros caminos que las partes más meridionales de Escandinavia situadas geográficamente más cerca del continente. Se basan, más bien, en una falta notoria de series continuadas de hallazgos que constituyan la base de los estudios histórico-colonizadores. Mientras que Noruega del Sur, con partes de Bohuslän, tiene —para términos escandinavos— al principio de la Edad del Hierro prerromana abundante cantidad de hallazgos, en Suecia central (Östergotland y Uppland) y Gotland son más escasos y faltan por completo en otros lugares del mismo período. Las fuentes están siempre divididas en grupos aislados cuyo contexto interno sólo se puede establecer con dificultad o no se puede en absoluto. Esto no depende de la naturaleza del país, sino también de su distancia del continente, que también influyó decisivamente en Escandinavia en la formación de tipos; pero, a medida que aumentaba la distancia en el espacio, solo podía verse esa influencia en la selección, y esto con un notable retraso. A partir del último siglo a. de C. vuelve a producirse abundante material de fuentes y extenderse a zonas antes vacías, en algunos casos con continuidad en la colonización y en las formas hasta mucho después de la transición a la época imperial romana, sobre cuya importancia para la colonización continental del subcontinente sueco-noruego no podemos tratar aquí. La época auténtica de formación del germánico vuelve a estar en la oscuridad de épocas pobres en tradición, entre la más Alta y la más Baja Edad de Hierro prerromana. La cultura germánica no surgió hasta que este proceso, cuyos factores se nos ocultan, ya estaba terminado.

En la región del Vístula las fuentes permiten diferenciaciones cronológicas y ‹cesuras› histórico-culturales más exactas. El material es muy rico. Además de colonias hay muchas necrópolis extensas utilizadas durante largo tiempo, que muestran que, a finales del siglo VI, había comenzado una profunda transformación en la cultura, comparable a los cambios acaecidos en el lado oeste del Oder y también entre el Weser

y el Rhin. Sin embargo, aquélla tenía otras causas en la Europa Central del Este y siguió otro curso. Su precursora era la cultura de Lausitz, de carácter oriental. Aunque en su espacio estaba dividida en diferentes grupos, sus colonias, su ritual fúnebre y su cultura —hasta donde puede captarse arqueológicamente— tienen un carácter tan unitario y una tradición tan fuerte que incluso zonas periféricas, hasta el Bug y hasta los grupos bálticos de Pomerania Ulterior, en la región de la desembocadura del Vístula y en Prusia oriental, habían sido influenciadas por ellas en mayor o menor grado. Durante los siglos VI y V, sin embargo, los pueblos nómadas orientales, que han pasado a la literatura antigua con el nombre genérico de escitas, no sólo asolaron los países de los Cárpatos, que ya desempeñaban un papel decisivo para la región del Vístula por sus envíos de cobre para armas, instrumentos y joyas, sino que además habían transtornado completamente el sistema de varios siglos de los grupos limítrofes del Norte con invasiones y guerras. Sobre este suelo surgió, con clara orientación hacia los países alpinos orientales y hacia Alemania del Sur, una nueva cultura con aproximadamente los mismos límites que el mundo de Lausitz precedente. Fue determinado su desarrollo, como siempre en estos casos, también por la situación de los grupos regionales, de tal manera que la transformación cultural no tuvo lugar en todos los sitios al mismo tiempo. Esta vez se adelantaron, al parecer, a todos los demás los grupos periféricos de la Pomerania Ulterior oriental y de la región de la desembocadura del Vístula; se les unió el país del Oder-Warthe, y siguieron, con el tiempo, Silesia, Polesia a orillas del Pripjat y Podolia occidental. Por esto, para la denominación de esta forma de cultura, caracterizada por un tipo de vaso muy frecuente, la urna con representaciones de rostros, se ha escogido la región de Pomerelia. Tal vez esta elección adolezca de cierta parcialidad, pues lo que mantuvo unidos a los diferentes grupos regionales en su extensa zona no fueron desde luego sólo y exclusivamente las singularidades de Pomerelia, sino también efectos tardíos del mundo de Lausitz junto con elementos tomados de fuera y tendencias estilísticas condicionadas por el tiempo. Por esta razón, al tratar de la difusión de la cultura de las urnas con rostros, no se podía hablar en todos los casos de migraciones de Prusia occidental, teniendo en cuenta además que su relación hacia los grupos más antiguos sólo ha sido comprobada —con los testimonios de las necrópolis— en casos aislados.

Lo mismo puede decirse del fin de la cultura de las urnas

con rostros, cuyas formas tardías parecen perderse en el curso del antiguo período de La Tène, probablemente durante el siglo III. Sin embargo, las necrópolis siguieron siendo utilizadas hasta que, a principios del siglo I a. de C., un pueblo aportó en su uso elementos nuevos, no en la forma de las tumbas, sino en las costumbres funerarias (ofrendas de armas, cinturones, etc...) y en la disposición de los más o menos abundantes objetos dejados al muerto. La ruptura con lo antiguo fue tan grande que el cambio de cultura no puede explicar solo estas transformaciones radicales si se tiene en cuenta que, entre la desaparición de las fuentes antiguas y la vuelta a empezar, existe un cierto lapso de tiempo que apenas puede ser documentado arqueológicamente. En este caso la investigación cuenta, sabe ciertamente de inmigraciones, pero sospecha, en la utilización posterior —a veces constatable— de las necrópolis más antiguas, una continuidad por parte de los indígenas. Investigaciones futuras tendrán que estudiar con más detenimiento esta posible convivencia de los colonos autóctonos y los inmigrados. Aparte del cambio formal en la época de Augusto, que se manifiesta en las fuentes de casi todas las regiones entre el Vístula y el Elba, esta cultura se continúa sin interrupción en la época posterior a Jesucristo. Para este período disponemos de tantos relatos etnográficos (Estrabón, Plinio, Tácito, etc...) que podemos afirmar con seguridad su pertenencia a la cultura germánica incluso a partir de las fuentes antiguas. Nombran a los rugios y borgoñones, a los godos y vándalos y, como hay que localizarles precisamente en aquellas regiones en las que se extienden las innovaciones, en el Bajo Vístula, en Pomerania Ulterior, en Silesia y en la tierra del Warthe, a orillas del Vístula y el Narew, la investigación ha relacionado estas transformaciones con la inmigración de pueblos germánicos. El problema de su origen, que parecía resuelto con el descubrimiento de influencias escandinavas en el material hallado y su combinación con las circunstancias que se manifiestan a través de los nombres de las leyendas, ha sido postpuesto de momento en espera de un análisis de fuentes más intensivo. Llama la atención que fueran incluidos también en estas culturas «germánico orientales» territorios situados más al Oeste, territorios en los que no había existido una cultura de urnas con rostros, a ambos lados del Neisse de Lausitz y en la Baja Silesia, y sobre todo el cambio de las formas en necrópolis ocupadas de manera continuada. El elemento germánico oriental también aparece en Alemania central y a orillas

del Meno y el Taunus. Tras esta expansión hasta tierras tan alejadas se encontraban grupos ágiles y más pequeños que se habían introducido primero como huéspedes para ascender después a las capas dirigentes, cosa que hicieron entonces probablemente todos los grupos aguerridos de germanos mientras lo permitían las circunstancias. Un ejemplo típico parece ser el ejército multiforme de Ariovisto, que se puso, según el modelo mediterráneo, como mercenario al servicio de los secuanos galos, agobiados por las guerras tribales, pero que, a gusto en sus bien cultivados campos, se apropió primero de un tercio de sus tierras, exigiendo después, al parecer, el segundo tercio.

Llama la atención que por otro lado «lo germánico oriental» no ocupase tampoco todo el espacio de la antigua cultura de las urnas con rostros, extendiéndose al Sudeste, hacia el Bug y el Dniester, mucho más tarde. Había establecido aquí contactos con la llamada cultura Sarubinzy, que presentaba formas parecidas de tumbas pero diferentes costumbres funerarias (falta de armas en las tumbas) y distintas formas en su zona de expasión occidental en el Medio Bug y el Pripjat, no sin participación de la cultura de las urnas y de formas parecidas, y que había surgido en el mismo tiempo que «lo germánico oriental», pero que se encuentra, además, a orillas del Dnieper y el Desna, al parecer sin esta participación. El material de Sarubinzy llena al menos el período prerromano, pero aún no existe una conclusión segura con los siglos III y IV. Hasta este tiempo no disponemos de referencias útiles sobre sus aspectos étnicos, de manera que por el momento se desconoce el pueblo que estaba detrás de Sarubinzy. No hay duda de que hay que contarle entre los antecesores de los eslavos.

Parece acertado suponer que, en el paso del s. II al I a. de C., grandes partes de la Europa Central del Este hasta el arco del Vístula habían hallado en «lo germánico» la expresión de su unidad, fomentada de forma distinta, al desaparecer la cultura de las urnas, por grupos aislados de origen germánico, reflejándose ahí el proceso de su germanización progresiva. En el mismo tiempo se estableció a orillas del Moldau y en Besarabia, en inmediaciones dacias, un grupo que, según los hallazgos arqueológicos, pudiera proceder de la región situada al oeste del Oder. Aunque nada obliga a relacionarle con los bastarnos, pues éstos llegaron mucho antes a esta zona, habrá que reflexionar sobre este grupo. No conocemos su composición, pero, según el significado de la palabra, habrá que contar con diferentes componentes. Los bastarnos dieron constan-

temente que hablar hasta bien empezada la época romana. Pero este indicio arqueológico dirige la mirada a las circunstancias de aquella región en la que hay que buscar uno de los focos del movimiento de aquel tiempo.

El espacio Elba-Oder junto con Jutlandia es de hecho la única región en la que parecen poderse captar arqueológicamente, sin interrupción en las fuentes, las etapas del desarrollo de la cultura germánica; es el mismo espacio en el que la germanística ve producirse por primera vez las singularidades lingüísticas que separan a los germanos de los indoeuropeos. El material arqueológico es abundante y muy diverso: conocemos las viviendas, los tipos de poblado y el modo de vestirse, que puede tener un papel importante al delimitar las diferentes provincias culturales y la vida religiosa en cuanto se manifestaba en sacrificios y costumbres funerarias. Las agrupaciones territoriales, una vez constituidas, permanecen ya hasta la época imperial romana, de forma que es posible relacionar con ellos los nombres de las poblaciones: los caucos en el Weser hasta el Elba, los longobardos a ambos lados del Bajo Elba, los semnones en Bradenburgo y los hermunduros en la región del Medio Elba. A éstos se añaden los marcomanos en Bohemia del Norte y los queruscos entre el codo del Weser y el Aller. Nadie puede decir aún cuándo y bajo qué condiciones internas surgieron estas formaciones políticas en la forma que se nos presentan en los autores antiguos, ni cómo se formaron los grupos mayores, difíciles de definir, de los que los más importantes fueron los suevos, que sembraron el miedo y el terror en el Rhin y el Danubio, como antes hicieran cimbrios y teutones.

Las premisas históricas de todas estas formaciones ya empiezan a vislumbrarse con bastante claridad en el material arqueológico. Su capa subyacente llega, también en este caso entre Weser y Oder, hasta el siglo II a. C. Se puede dividir en varios grupos regionales que, junto a algunas afinidades —explicables por la vecindad y la general dependencia de los proveedores de sal y cobre—, pusieron de manifiesto su carácter propio en ciertas particularidades culturales: Escandinavia del Sur con Slesvig Holstein, Mecklenburgo occidental, los Stader Geest y la Lüneburger Heide (círculo nórdico); Mecklenburgo oriental, la Marca del Nordeste y parte de Pomerania Ulterior; región de la desembocadura del Oder con Brandenburgo del Este (Göritz); el Bradenburgo que se extiende hacia el Sur y Sajonia hasta el Mulde (Billendorf); el Harz anterior hasta la desembocadura del Saale (cultura de las urnas en forma de casa); la región entre el Harz y la Selva de Turingia. Este sis-

tema de cultura prehistórica, estable durante mucho tiempo, fue influenciado luego, después del siglo VI, por los cambios que trajo consigo la aparición del factor celta continental; más tarde fue poco a poco transformándose hasta desaparecer finalmente y verse sustituido por la cultura de Jastorf —llamada así por su lugar de hallazgo en Lüneburg—, que a su vez desembocó en la época romana sin rupturas notables. Ninguno de los grupos que participaron en este complicado proceso podrá ser calificado de germano por la construcción de sus casas, aunque en cada uno parece encontrarse un origen autóctono: la formación de la cultura de Jastorf no tiene lugar en todas partes al mismo tiempo, y su posterior desarrollo tampoco puede considerarse sincrónico. Su radio de influencia se fue ampliando, al parecer gradualmente: primero, hacia el Oder y el Rega; luego, más allá de los lagos de Mecklenburgo hasta Bradenburgo y las estribaciones de Harz, más tarde hasta el Mulde, el Elster y el Alto Elba y, sin duda al final, hasta el valle de Turingia. Se trata, con otras palabras, de la unión de grupos de población de diversa procedencia y con distinta historia, una unión que en la época de Augusto iba a tener también su influencia en el aspecto político.

No es, pues, ninguna casualidad que estos pueblos germánicos del Elba terminasen bajo el mando de un hombre que, tras volver de Roma al principio de su carrera —como un *condottiere*—, recorrió los países hasta crear con los boyos, sobre la base de la tardía cultura celta de *oppida*, entre Beraun, Moldau y el Elba, un reino propio, después de que había inmigrado allí gran cantidad de población centroalemana. El marcomano Marbod, «hombre de noble origen, más bárbaro por su raza que por su inteligencia», como le describe Veleyo. fue sin duda el primero —y único por mucho tiempo— que supo romper los límites estrechos de su pueblo y cuya eficacia política, que por su radio de acción destaca frente a la limitación del dominio de Arminio, estaba destinada a una cierta duración. Su influencia sobre los grupos suevos fue tan grande que, después de la derrota de Varo (9 d. C.), se le entregó a él y no a Arminio la cabeza del general derrotado, un símbolo que, según la costumbre de la época, era capaz de incrementar no sólo la fama sino también el poder; el hecho de que a su vez enviase el trofeo al Emperador es indicio de su certero instinto político.

Desde el punto de vista arqueológico, una expansión como ésta por encima de las fronteras de la cultura de Jastorf se refleja en la diseminación de hallazgos del tipo de Jastorf por

Bohemia del Norte y Sudoeste, así como hacia el Meno, durante el reinado de Augusto, probablemente por la época en que nace Jesucristo. Al mismo tiempo se extendió al oeste del Weser en la región de Lippe, luego en el Fulda y Eder, en el Alto Lahn y en Wetterau y, finalmente, en Starkenburgo y en el Palatinado. Que este material, en un principio con bastantes lagunas, no representa de ninguna manera a los primeros grupos germanos en este espacio, se desprende ya de la referencia que hace César de pueblos suevos que, ya en su tiempo, avanzaban hacia el Rhin, de manera que los habitantes de allí tuvieron que cruzar el río y huir hacia Galia y Bélgica. Pero fueron los primeros que al parecer habían fundado colonias permanentes en regiones que, hasta la terminación de las campañas romanas en el lado derecho del Rhin (16 d. C.), fueron utilizadas como campos de operaciones de las legiones y en las que se habían construido campamentos e instalaciones militares de carácter duradero. Es poco probable que los germanos pudieran asentarse en estas rutas de paso durante el período de la ocupación. Por eso sólo podemos suponer colonias permanentes cuando hayan fracasado los intentos de conquista. Aunque las posibilidades de diferenciación cronológica del material hallado de tipo Jastorf al oeste del Weser son escasas, de momento se puede aceptar esta conclusión hasta que se disponga de mayores conocimientos a partir de fuentes más abundantes. Las campañas de los romanos entre el Meno y el Lippe afectaron a una población que no tenía nada que ver con lo germánico ni cultural ni lingüísticamente, como lo demuestran no sólo los hallazgos lingüísticos sino también los arqueológicos. De esto se puede deducir tal vez que los germanos no pudieron imponerse a la larga políticamente —y más tarde cultural y lingüísticamente— hasta que la población indígena estuvo debilitada o incluso exterminada por las campañas; y por otra parte, la derrota de Varo había fortalecido la fama de los germanos y les dio también la posibilidad de tomar el poder.

§ *4. Cultura.* Se discute hace tiempo cuáles fueron las fuerzas que se hallaban detrás de este acontecimiento, qué factores lo pusieron en marcha y cómo le dieron la dirección que tomó en el último siglo a. C. El resultado tiene verdaderamente envergadura histórica: un pueblo de bárbaros, al parecer en trance de formarse políticamente, se convirtió en un estado, que, en la Baja República, ya había abandonado las dimensio-

nes de dominio regional y entrado en las circunstancias históricas universales. Al contrario que los celtas, que se habían acercado desde hacía tiempo a la civilización mediterránea, los germanos vivían entonces aún una existencia prehistórica: sin escritura, confiando cada noticia a la memoria, legando a la posteridad el recuerdo histórico a través de cuentos y cantares; sin conocimiento de formas ciudadanas de organización y, por ello, sin la posibilidad de transferir la organización de la vida pública a una corporación que fuese independiente de la unión personal: familia, casta o tribu. La unión de estirpes y razas garantizaba tradición, costumbres, paz y derecho; mientras tales grupos supieron hacerse representar por jefes notables de antiguas familias, este orden tuvo consistencia. Sin embargo, dentro de un mundo regido por unas normas completamente distintas, ese orden llevaba en sí su propio fracaso, como lo demuestra la rápida transformación de las estructuras tribales y la escasa estabilidad de los grupos más amplios, sobre lo que aún se tratará en otro contexto (ver el vol. VIII de esta *Historia Universal*). Los afanes de hegemonía sólo obtuvieron cierto éxito durante algún tiempo y en circunstancias especiales, al parecer únicamente donde ciertas superposiciones extranjeras, al mando de fuertes personalidades, habían creado formas parecidas a un reino. La experiencia adquirida en el servicio romano tuvo aquí un papel importante, como lo demuestra el ejemplo de Marbod —y en cierto modo también de Arminio—, que tuvo unos caracteres completamente distintos a la actuación de los antiguos cimbrios y suevos bajo Ariovisto.

De hecho existían en el aspecto político diferencias entre los que se habían quedado en casa y los otros que, aceptando el riesgo de la emigración, se habían asentado en el extranjero, en parte en pequeños grupos muy diseminados —como parecen indicar los aún incompletos hallazgos del Meno y de la zona entre el Rhin y el Weser— o, en parte también, ocupando mayores áreas, como en Turingia y Bohemia del Norte. En las zonas montañosas donde estaba extendida la cultura de *oppida* no fueron expulsados los indígenas: éstos se hicieron cargo, como metalúrgicos, herreros o artesanos de otro tipo de técnicas altamente desarrolladas, en cuanto parecían útiles a los nuevos amos. También se quedaron los comerciantes ya asentados, como se sabe con seguridad del Reino de Marbod. Además se pudo conservar la mayoría de los nombres de ríos, lugares y personas. Otros elementos se perdieron: el *oppidum* como lugar de residencia permanente, el torno del alfarero destinado a la fabricación de masa y el dinero en monedas.

Esto ya demuestra que la estructura cultural en la zona de contacto era mucho más complicada, y no es difícil comprender que la clase dominante dispusiera de unos medios de representación completamente diferentes a los que permitían las estrechas relaciones de la patria. Pero de esto y de las consecuencias para la cultura en toda Germania ya se hablará más adelante.

La vida corriente se desarrollaba en colonias más o menos estables y había conservado su carácter campesino; en las zonas aluviales cercanas a la costa predominaba, frente al interior, la ganadería sobre el cultivo del suelo. La caza como fuente de alimentación ya no pudo tener en ningún sitio un papel importante. Las colonias estaban constituidas por granjas o caseríos con dos o cuatro familias; en algunos casos, con más de diez. Sólo en el último siglo a. de C. se llevaron a cabo instalaciones de mayor envergadura. Pero no llegó a haber más de veinte granjas, que, según la costumbre de la época, formaban edificios de tres naves con habitaciones y cuadras bajo el mismo techo y no tenían el mismo número de animales. Algunas tenían sitio para dieciocho o más animales; otras, sólo para tres. Alguna que otra cabaña no poseía cuadras, de manera que sus habitantes podían hacer valer su derecho a una parte de los rebaños del pueblo, dedicándose además a otras ocupaciones, como la pesca, la pequeña industria (carpintería, fabricación de peines, etc.) o tal vez también a servicios en la vecindad. Los campos, que han conservado en algunos casos la forma cuadrada *(celtic fields)*, eran también de diferente forma y tamaño. Hay un ejemplo impresionante de 134 parcelas de las que más del 30 % tenían de 1.000 a 2.000 m.^{2}; un 20 %, hasta 1.000 m.^{2}; otro 20 %, entre 2.000 y 3.000; un 20 % más de las parcelas se encontraban entre los 3.000 y los 5.000 m.^{2}, y de más de 5.000 m.^{2}, tan sólo el 3 %. Sin embargo, parece aventurado generalizar, siguiendo un ejemplo tan propicio, un tamaño medio por granja de quince hectáreas. Tuvo que haber interdependencias y diferencias en las colonias, debiendo destacar con más fuerza las que más antiguas fueran. Nosotros aún no tenemos una idea clara acerca de su duración, pues han sido halladas muy pocas en su totalidad. Constituye esto un cometido urgente, ya que el factor de la duración de las colonias puede ser valorado, junto con la forma externa y la división interior, como expresión de la estructura económica y social de sus habitantes, que es lo que se trata de reconstruir arqueológicamente a partir de los restos del pasado. Tal vez pueda afirmarse que una colonia de más

de cinco generaciones en el mismo lugar hay que considerarla como excepcional. Pero incluso en estos casos las grandes casas cambiaron de lugar cuando había que reconstruirlas por ruina o fuego. Por el contrario, la colonia entera debió estar considerada como área de derecho, y así podemos deducirlo de la valla que la solía rodear. Existieron además otros tipos de colonias de duración más corta o más estables. A las colonias que existieron poco tiempo pertenecen las que estaban destinadas a determinados fines artesanales, entre los que al parecer tuvo un papel importante la fundición de hierro. A las más estables pertenecen instalaciones que se han convertido en montículos de varios metros con las ruinas de edificios derruidos o destruidos. En este caso especial se observa una continuidad del habitat a través de siglos, tendiendo el natural aumento de población a una mayor extensión en el espacio. El mismo principio o construcción, impuesto por la subida del nivel del mar en la segunda mitad de milenio, presentan los Wurten * en la zona costera entre el Mar de Ijssel y Ems. Naturalmente surge la cuestión de por qué la población ante esta situación no se retiró, en plan de colonización interior, a las áreas no cultivadas que existían entonces en cantidades suficientes. De hecho en el último siglo a. de C. parecen haber tenido lugar tales movimientos de colonias en espacio reducido, pero entonces se trataba siempre sin duda del abandono de zonas pobres arenosas en favor de áreas más ricas.

Una cuestión paralela se presenta en la estabilidad de los campos cultivados, que incluso parecen presentar divisiones secundarias, lo que puede explicarse tal vez por el derecho de herencia. Además existen cerca de la costa áreas de cultivo cuya capa de humus presenta aún hoy unas medidas que difícilmente pudieran haberse formado de otra manera que por relleno artificial del suelo. El cultivo constante del suelo y su colonización a través de largo tiempo contrastan aquí con el tipo de colonización habitual y también con el prehistórico. La investigación se mantiene aún a la expectativa ante estos hallazgos y evita por eso una teoría única, consciente de la importancia de las conclusiones que se puedan sacar. El grosor constante del suelo cultivable, y la continuidad de la colonia, por un lado, y el normal aumento de la población, por otro, tuvieron que producir situaciones sociales distintas de las que se dieron en el caso de cambios de las áreas de cultivo y de colonización del interior. ¿Qué número de habitantes alcanzaban estos grupos,

* Wurt: monte artificial para poblados en zonas expuestas a inundaciones.

que no necesitaban recurrir a las soluciones habituales ni siquiera a enviar fuera a los segundos o terceros hijos que ya no podían encontrar trabajo y recursos suficientes en la propia tierra? En esta relación de fuerzas entre número de habitantes, organización social y condiciones económicas se encuentra probablemente una de las causas de los movimientos migratorios de los últimos siglos a. de C. Hay que reconocer que el extranjero constituía una gran atracción y que la acción bélica ofrecía en el Rhin y el Danubio posibilidades de poder y también de dominio sobre las zonas conquistadas; pero no debe de olvidarse la situación en el «hinterland», aunque hoy aún sea difícil emitir un juicio seguro.

Las necrópolis, que desde otro aspecto podrían dar una respuesta a las cuestiones planteadas, sólo en algunos casos han sido totalmente excavadas con métodos modernos y valoradas científicamente. Donde ello ha sucedido, estuvieron ocupadas durante largo tiempo, por lo que no se puede deducir nada sobre la constancia de las diversas colonias. Las conclusiones que permite establecer este material son de otro tipo; se refieren a la composición de la población según grupos de edad, a la organización social en cuanto se manifiesta en la combinación de las ofrendas y a determinados fenómenos religiosos. De un ejemplo totalmente investigado antropológicamente sabemos que, con una mortalidad infantil del 30-65 % —uno o dos tercios de todos los niños morían antes de cumplir los 18 años—, la media de vida no pasaba apenas de los 40 años. Las diversas generaciones no llegaban casi a interferirse; el número de habitantes, calculado generalmente por el número de tumbas, tiempo que estuvieron ocupadas y cifra de mortalidad supuesta (3 % al año) —sin contar naturalmente los que morían de manera no corriente y no fueron sepultados—, normalmente sólo pudo ser pequeño, como lo demuestra un ejemplo entre muchos: 400 tumbas, de ellas un buen tercio de niños, dan en diez generaciones, en el mejor de los casos, una población de veinte cabezas capaces de intervenir como personas adultas en la vida social y política. Desgraciadamente no se conoce aún ningún caso en que se hayan investigado estas circunstancias considerando la colonia y la necrópolis como una totalidad. Pero, incluso cuando estudiamos comunidades mayores —el mayor cementerio excavado hasta ahora tenía 3.000 tumbas— la estructura social se refleja menos en las colonias particulares que en los grupos en que se unieron. De hecho, en los cementerios, en la distribución de los muertos, la familia se distingue como unidad menor sólo en casos aislados, mientras que las estirpes y también los grupos de edades y de guerreros

parecen destacarse más, topográficamente y por las combinaciones de ofrendas. Así en ciertas regiones se enterró a hombres y mujeres en cementerios distintos, de lo que se deduce que para después de la muerte no siempre se dio a las relaciones familiares la importancia que se le solía dar. Grupos supralocales constituyen también los portadores de armas, cuya diversidad de rangos se refleja en múltiples combinaciones de ofrendas. Es característico que estas clases guerreras no se impusieran hasta el último siglo a. de C. en el ritual funerario, y precisamente antes en los territorios orientales que en otros sitios. En esta clasificación, que encontró siempre en cada tribu nuevos medios de expresión, destacaron unos pocos guerreros por su equipo completo. Su posición especial queda manifiesta por el hecho de que en muchas ocasiones se distanciasen de los demás y que fueran enterrados en cercanía mutua. Con razón se ha querido ver en ellos una clase de jefes locales que, junto con los otros también ricos pero no provistos de armas, pudieron desempeñar en las colonias un papel predominante. Ningún indicio demuestra que en el período aquí tratado tuviese esta clase un poder suprarregional. Sin embargo, estaba en el mejor camino para imponerse por encima de las comunidades locales. Las formas de organizaciones señoriales, que fueron creciendo en las zonas periféricas de superposición, se extendieron pronto a toda Germania.

β) *Getas y dacios. El desarrollo de los dacios en los siglos I y II antes de nuestra era. Dacios y romanos en el tiempo de Augusto.*

Las fuentes literarias antiguas mencionan a los getas como a «los más valientes y los más justos de los tracios» (Heródoto), que habitaban, hacia mediados del primer milenio antes de nuestra era, en el Bajo Danubio y en la llanura de la Valaquia, y que se enfrentaron con los persas con motivo de la famosa expedición de Darío contra los escitas del norte del mar Negro. Más adelante, en el siglo IV a de C., fue Alejandro, el rey de Macedonia, el que pasó el Danubio (335 a. de C.), empleando las embarcaciones excavadas en troncos de árboles que tenían los indígenas, para apoderarse de una fortificación geta en la llanura valaca, sin haber establecido, no obstante, su dominación más allá del río. De todos modos, la Dobrucha había entrado en la esfera del poderío macedónico en el reinado de Filipo II, el vencedor del «rey» escita Ateas, que quería penetrar en aquella región defendida por los autóctonos getas bajo el mando de su anónimo «*Rex Histrianorum*».

En el tiempo de los Diádocos, un dinasta geta, Dromicetes, infligió en dos ocasiones derrotas aplastantes a Lisímaco, el rey de Tracia, lo que, sin embargo, dio origen a unas relaciones de buena vecindad entre las dos potencias en el momento en que se producía la penetración violenta de los celtas en la región cárpato-danubiana y en los Balcanes. Así, algunas inscripciones encontradas en excavaciones llevadas a cabo en las antiguas colonias griegas del Ponto hablan de ciertos jefes getas, siempre del siglo III a. de C., entre ellos Zamoldegico y Remaxo, en relación con la ciudad de Histria, que se valía de su protección para asegurar sus derechos.

Concentrados durante mucho tiempo en el sureste de la actual Rumania, los hechos políticos llegados a la luz de la historia escrita sobre los geto-dacios abarcarán, a finales del siglo III antes de nuestra era, el conjunto de su territorio. En efecto, hacia ese período, se hace mención del rey de los dacios, Oroles, que lucha contra los bastarnos, y de la potencia dacia de Transilvania bajo Rubobostes (*incrementa dacorum per Rubobostem regem*), lo que señala los comienzos de una expansión que encontrará su plena realización en el tiempo de Burebista, hacia mediados del siglo I a. de C.

Getas y dacios procedentes de la Transilvania (*Daci inhaerent montibus)*, del norte de la Moldavia, con prolongaciones hacia el Este y hacia el Oeste, y quizá de la Oltenia, aunque tuvieron un desarrollo particular sobre todo a partir del siglo V a. de C., se encontraban en el siglo II antes de nuestra era, en cuanto a su vida económica y cultural, en pleno período de La Tène. Esta cultura mostraba en aquel momento un carácter unitario sobre el conjunto del territorio de Rumania, al término de una evolución que se iniciara en la Edad del Bronce y en el Hallstatt, y tras la asimilación, por los tracios del norte de la península de los Balcanes, de elementos procedentes de los cimerios, de los escitas, de los celtas, y, sobre todo, de elementos culturales griegos, helenos y helenísticos, a través de las colonias de orillas del mar Negro o de los tracios meridionales. A estas influencias, que contribuyeron al florecimiento de la cultura local, vendrá a sumarse, precisamente a partir del siglo II, el factor romano, cuya acción conducirá a la romanización de los dacios, tras la conquista de la Dacia.

Según el testimonio de los antiguos, los getas y los dacios hablaban el mismo idioma, que era, según la opinión generalmente admitida hoy por los filólogos, un dialecto del tracio, aunque de un aspecto especial, como prueban algunas glosas y las palabras toponímicas, onomásticas y de poblaciones o tri-

bus geto-dacias. Del fondo ancestral de aquel idioma indoeuropeo se han conservado en el rumano algunas palabras, de las que, a título de ejemplo, citaremos: *brad* (abeto), *brîu* (cintura), *buza* (labio), *mal* (orilla), *mos* (viejo), *prunc* (recién nacido), *strunga* (redil), *vatra* (hogar). Además, las investigaciones lingüísticas han descubierto el significado de algunos vocablos, entre los que señalaremos: el elemento de la toponimia *dava,* «pueblo, establecimiento, mercado»; *guet,* «hablar», (en *Getae*); *daca* (espada curva), de donde, según algunos sabios, se habría formado el nombre de los dacios, mientras otros lo relacionan con *Daoi,* nombre de una población frigia procedente de una palabra que significaba «lobo» *(daos); bostes,* «brillante», en *tarabostes* (los nobles); *per,* «niño» (cf. la inscripción de un vaso en terracota de Gradistea Muncelului con la fórmula *Decabalus per Scorilo*). Respecto a los nombres de las divinidades geto-dacias, Zamolxes tendría la significación de «dios de la tierra», mientras que Gebeleises tendría la de «dios de la luz, del cielo».

Algunos nombres de corrientes de agua (Mures, Olt, etc.) tienen también un origen que se remonta a aquel idioma del grupo *satem.*

Aunque los getas y los dacios no han dejado monumentos representativos en lo que se refiere a su aspecto físico y vestimenta, podemos, sin embargo, dar una descripción de ellos siguiendo informaciones procedentes de las fuentes literarias y, sobre todo, de las representaciones de la columna Trajana y del monumento de Adamclissi, de la época romana. Los hombres, robustos, tenían cabellos rubios y la piel clara, con melena y barba largas, llevaban calzones anchos o apretados alrededor de las piernas, una camisa por encima de los calzones y una larga esclavina atada al cuello con una fíbula. Los dacios del pueblo (*comati*) llevaban la cabeza descubierta, mientras los nobles (*tarabostes, pileati*) se tocaban con un gorro puntiagudo, signo de su posición social. Usaban calzados de fieltro o sandalias de cuero. Las mujeres, de alta estatura, llevaban un vestido compuesto de una larga camisa y de un delantal plisado, y cubrían su cabeza con un pañuelo de colores. Esta indumentaria recuerda en algunos aspectos la de los habitantes de varias comarcas montañosas de Rumania. Diferente de la de los tracios meridionales, tal como ha sido representada por los griegos, esta vestimenta puede relacionarse con la de los escitas y las de las poblaciones del norte de mar Negro, estrechamente ligadas a los geto-dacios.

Los autores antiguos, desde Heródoto, señalan que los getas y los dacios tienen las mismas creencias y subrayan el importante papel de los sacerdotes en la sociedad geto-dacia, así como el de la creencia en la inmortalidad del alma, lo que colocaba a los getas a nivel de los griegos civilizados. Aunque Zamolxes, antiguo dios de la tierra, hubiera sido asimilado al dios del cielo, no se podría afirmar que los geto-dacios fuesen monoteístas, como en el pasado se aseguraba. Además de Zamolxes, que en la época histórica llegó a ser el dios principal, hay noticia de la diosa Bendis, común a todos los tracios, del dios de la guerra, etc. El Danubio estaba considerado por los geto-dacios como un río sagrado y los guerreros acudían a beber en él antes de los combates. Otro rito, basado sobre la creencia en la purificación del alma, consistía en el envío de un mensajero hacia el dios del cielo; al caer sobre las puntas de las lanzas alzadas por sus compañeros, el mensajero demostraba que había cumplido su misión, siempre que muriese en la caída. Las divinidades eran veneradas en las alturas de las montañas o en santuarios, algunos de los cuales han sido encontrados en sus emplazamientos.

Esta unidad entre getas y dacios, manifestada en el idioma y en las creencias, tiene su fundamento en el desarrollo de las tribus patriarcales de la Edad del Bronce, cuando, hacia finales del III milenio, se desencadenó en la región cárpato-danubiana el fenómeno indoeuropeo en el que participaron las poblaciones de las tumbas de ocre y de cerámica cordada procedentes del Nordeste, las procedentes de Anatolia (civilización Cernavoda), así como las tribus autóctonas del Neolítico final. Aunque en la época del Bronce se afirmaron algunas civilizaciones en el conjunto del territorio de Rumania, la unidad étnica y cultural de sus portadores es visible en todas partes: son los prototracios, de los que algunas poblaciones tomaron parte en la gran migración de finales de la Edad del Bronce o en la del período de Hallstatt, ligada al movimiento de los cimerios, tanto hacia el Sureste como hacia el centro de Europa.

Es en el período del Hierro cuando los tracios acusan sus rasgos característicos en el aspecto cultural frente a otras poblaciones de aquellas comarcas, sobre todo frente a los ilirios, para sufrir luego las influencias de que antes se ha hecho mención.

Confirmando totalmente las fuentes literarias, la documentación arqueológica de los quince últimos años demuestra que los getas fueron los primeros, entre los tracios del norte de

la península de los Balcanes, en crear una cultura propia del tipo de La Tène, antes de la penetración de los celtas, a mediados del siglo V antes de nuestra era, mientras que las otras tribus, emparentadas con ellos, continuaban su vida como en el período tardío de Hallstatt hasta el año 300 a. de C. aproximadamente.

Los getas de la zona istrio-póntica, estrechamente ligados a los tracios meridionales, sufrieron la influencia del factor griego, y, aunque manteniendo relaciones con los escitas «reales» del norte del mar Negro, estuvieron en disposición de crear una cultura original propia en la segunda Edad del Hierro, propagando los elementos de la nueva cultura en la zona de los tracios del Norte (dacios), donde, por todas partes, son innegables ciertos rasgos peculiares, incluso en la época de la unidad política geto-dacia del siglo I a. de C.

Comenzando a mediados del siglo V y en el IV antes de nues-nuestra era, como está probado por varios descubrimientos navoda, Satu Nou, Murighiol en Dobrucha, o en Zimnicea sobre el Danubio en Valaquia (fig. 5), esta civilización, aunque conservando ciertas formas procedentes de Hallstatt, se caracteriza por formas cerámicas nuevas, pues algunos vasos están trabajados al torno por los indígenas o siguen modelos griegos. De igual modo, se intensifica la circulación de las monedas griegas acuñadas por las colonias del Ponto entre las tribus getas. Los jefes de aquellas tribus acuñan también monedas, como la de Moscón, con la leyenda *Basileos Moskonos,* encontrada recientemente en Dobrucha. En esta zona, los lugares adoptan ya en el siglo IV la forma de verdaderos *oppida,* en los que se registra una intensa actividad económica y cultural. La diferenciación entre las gentes del pueblo y la aristocracia de las comunidades se acentúa progresivamente. Esto se demuestra, en primer lugar, por el arte traco-geta, de una profunda originalidad, aunque en su base se advierta un componente escita, y otro, común, griego. Este arte «principesco» está ilustrado por el adorno-emblema en forma de espada *(akinakes)* de Medgidia, que data de la segunda mitad del siglo V a. de C., por el mobiliario de la tumba de Agighiol, construida bajo túmulo y que contenía el esqueleto de un jefe traco-geta (Kotys), así como por el llamado «tesoro» de Graiova, formado por enjaezados de plata para caballos.

Así, pues, en el momento de la irrupción de los celtas en la región cárpato-danubiana, las tribus traco-getas del sector istrio-póntico vivían en las condiciones de una civilización procedente de la segunda Edad del Hierro, participando, como

se ha hecho notar, en la vida política de las ciudades helénicas del Ponto.

Al comenzar, con el siglo III antes de nuestra era, la cultura de La Tenè cubre todo el territorio habitado por los getodacios, viéndose enriquecido su contenido con nuevas aportaciones, la más importante de las cuales, en este período, fue la de los celtas, sin que por ello pueda hablarse de una «celtización» de la Dacia. Los celtas no penetraron en la zona istriopóntica, defendida por las poderosas organizaciones de los dinastas getas, y los grupos celtas del interior fueron asimilados. Por lo que se refiere a los celtas de los alrededores del territorio habitado por los dacios, entre ambas poblaciones se establecieron intercambios de una especial importancia para el desarrollo de la cultura de los dacios y de los celtas establecidos en aquellas regiones de Europa. En algunos de los puntos en que se encontraron puede hablarse de una verdadera simbiosis dacio-celta, al transmitir los dacios a los celtas unos bienes culturales propios o tomados por ellos de los griegos.

Por lo que se refiere a la presencia de los celtas en el interior del territorio habitado por los geto-dacios, merece señalarse que el primer horizonte céltico de Transilvania está probado casi exclusivamente por unas sepulturas de guerreros, como la conocida tumba de Silivas, la de Medias, o la necrópolis de Ciumesti (Maramures); sin embargo, aquí se descubrió un asentamiento celta con materiales característicos, asociados a unos elementos de inventario dacios. En una tumba de Ciumesti se han encontrado ricos objetos, entre los que citaremos un casco de hierro coronado por un águila con las alas desplegadas, artísticamente elaboradas en planchas de bronce, una cota de mallas, espinilleras, etc.

El factor celta contribuyó, de una parte, a la formación de la civilización de La Tène en la zona carpática, dando a ésta sus rasgos característicos en el conjunto de la cultura unitaria geto-dacia, enriqueciendo el fondo local de los indígenas, y, de otra, tomó parte en la cristalización y en la difusión de la cultura de La Tène sobre todo el territorio de los geto-dacios. De los elementos célticos tomados por los geto-dacios mencionaremos: el torno de alfarero, que se generalizó también en la zona carpática en este período, la fíbula celta, la cerámica pintada, de una factura superior a la que se encuentra también al sur de los Cárpatos en lugares fortificados geto-dacios, especialmente en Ocnita (en Oltenia), en Popesti a orillas del Arges y en otros sitios.

Sin embargo, no hay fortalezas celtas en el área cárpato-da-

nubiana semejantes a las fortificaciones celtas de la Europa central, aunque en las ciudades dacias de Transilvania se encuentran algunos elementos que podrían atribuirse a la influencia celta. A falta de lugares habitados más numerosos, así como de fortalezas de los celtas en el área habitada por los geto-dacios, no podría ya hablarse de una dominación efectiva de éstos sobre las tribus geto-dacias tras su violenta irrupción a comienzos del siglo III antes de nuestra era. Sólo los escordiscos habrían podido tener alguna autoridad en el sudoeste de Oltenia, si se tienen en cuenta las sepulturas celtas más antiguas o las que datan, aproximadamente, del año 100 y que se encuentran en el valle del Danubio, en esta provincia.

Sin embargo, a juzgar por la existencia de hogares celtas en los alrededores del mundo geto-dacio, entre las dos poblaciones se establecieron relaciones activas y los celtas también tomaron de los dacios elementos culturales, como algunos tipos de vasos y el sable curvo, que es un producto tracio o traco-ilírico *(sica)*. Por mediación de los celtas, los dacios entraron en relación con la cultura de La Tène del centro de Europa, ligada, a su vez, a Italia, lo que preparó la influencia directa del factor romano.

Estas activas relaciones entre dacios y celtas ponen de relieve la especial importancia del fondo local en el conjunto del territorio habitado por los geto-dacios, que, precisamente en aquel momento, alcanzan su pleno desarrollo en el campo de la economía, de la organización social y de la cultura, de una evidente originalidad, en la que los elementos greco-helenísticos del Ponto y del Mediodía ocupan un lugar importante.

En el siglo II y, sobre todo, en el I antes de nuestra era, la cultura geto-dacia está plenamente constituida; sin embargo, tomará un buen número de elementos culturales de los romanos, cuyo dominio en la península de los Balcanes se acentúa precisamente en este período, así como ciertos elementos procedentes de los bastarnos, establecidos en el siglo III antes de nuestra era en Moldavia, y de los sármatas, cuya importancia deberá ser definida más concretamente en el futuro. Esta cultura basada en la economía agrícola y pastoril de los indígenas adquirirá un carácter *oppidáneo*.

En efecto, es en este período de La Tène cuando aumenta el número de los asentamientos fortificados, con fosos, terraplenes y empalizadas, o, en el interior de los Cárpatos y en los alrededores de aquella región, de fortalezas con basamento de piedras sillares *(murus dacicus)*. Los sitios se hacen cada vez más ricos.

Estos sitios, llamados por los indígenas *davae,* por los griegos *poleis* (cf. Ptolomeo, que señala en la Dacia unos cuarenta) o bien *oppida,* eran centros políticos para las distintas uniones tribales, militares, económicas y religiosas, capaces de llevar a cabo funciones diversas, que deberán establecerse en cada caso (importante habitat rural, *refugium,* cabeza de cantón, etc.).

Entre ellos, citaremos, en primer lugar, Poiana (la antigua *Piroboridava)* de Moldavia, sobre el curso inferior del Siret, testimonio de una larga existencia gracias a su emplazamiento en la vía de comunicación entre los Cárpatos y la costa del mar Negro. Otros lugares florecientes en este período son los de Popesti en la orilla del Arges, en Valaquia, identificada por algunos como la antigua capital de Burebista (Argedava); de Piscul Crasani; de Tinosul; de Cetateni, en el curso superior del Dîmbovita, que constituía, según la opinión de los investigadores, un punto importante para los intercambios entre las tribus de una parte y otra de los Cárpatos; de Sighisoara, St. Gheorghe-Bedehaza; de Pecica en Transilvania, etc. Fue en este período, especialmente en el siglo I antes de nuestra era, cuando las célebres fortalezas dacias de los montes de Orastie, de Piatra Craivii (cerca de la ciudad de Alba Iulia), etc. y de otras partes comenzaron a ser edificadas de acuerdo con el nuevo estadio de civilización alcanzado por los dacios.

La documentación encontrada en las excavaciones arqueológicas hechas en estos lugares fortificados y en otros, así como los descubrimientos casuales, nos esclarecen los aspectos originales de la cultura de los geto-dacios en el período de su pleno impulso, en los últimos siglos antes de nuestra era.

Ahora es cuando la metalurgia del hierro se convierte en un fenómeno de carácter general, pudiendo encontrarse útiles de hierro en las más modestas cabañas. De este metal se confeccionan también las armas. Se explotan los minerales de hierro y por todas partes aparecen talleres y fundiciones en este período de intensa actividad. Se utiliza el arado de reja de hierro, y con la ayuda del hacha de hierro se procede a la roturación de terrenos de bosque sobre las colinas e incluso sobre las altas montañas. Entre los objetos de hierro mencionemos las hachas pesadas, las azuelas, las barrenas, los compases, las tenazas, martillos, cuchillos y yunques, en su mayoría hechos en los propios lugares por artesanos dacios; hay muy pocos útiles de procedencia extranjera. El trabajo del hierro trajo como consecuencia el aumento de la importancia de los oficios en las comunidades dacias, así como la diferenciación

de los mismos. Se intensifican también los intercambios entre las diversas tribus; los centros metalúrgicos envían sus productos hacia los centros de distribución, en los que se han encontrado verdaderos depósitos de utensilios destinados al comercio, como, por ejemplo, en Cetateni, en la orilla del Dimbovita.

La cerámica de La Tène, inicialmente aparecida en el área de los getas que crearon las primeras formas originales difundidas luego por toda el área del habitat de los geto-dacios y algunas de las cuales fueron realizadas sobre un modelo greco-helenístico, es de una gran variedad. Hay vasos labrados en torno, de un color gris oscuro, así como vasos trabajados a mano en una pasta generalmente porosa y que tienen formas tradicionales de la época de Hallstatt. En el siglo I antes de nuestra era se encuentra la taza dacia, destinada, según parece, al culto funerario y que durará hasta el siglo IV d. C. Entre los vasos cerámicos trabajados al torno, citaremos las grandes jarras de provisiones *(pithoi, dolia)*, hechas en una pasta gris o roja, así como los cántaros de una o dos asas. En el siglo I a. de C., se encuentra también cerámica pintada de origen céltico.

Además de la taza dacia ya mencionada, los vasos que llevan a guisa de decoración un cinturón en relieve de alvéolos constituyen elementos de inventario característicos de los asentamientos dacios.

Junto a los vasos de tipo local, se han encontrado en los lugares geto-dacios vasos importados de origen griego, como las ánforas, las copas «delias» o «megarenses», imitadas creadoramente por los alfareros dacios. La alfarería geto-dacia prueba la originalidad de la civilización de este pueblo, que, aun asimilando formas extranjeras —en primer lugar, los modelos griegos—, las ha adaptado a sus necesidades y tradiciones, lo que constituye el rasgo específico de la cultura de La Tène entre los geto-dacios en comparación con la misma cultura entre los celtas en el mismo período.

Aunque la Dacia fuese uno de los países más ricos en oro, en la época de La Tène no se trabajaba este metal precioso, guardado, tal vez, en los tesoros de los jefes de las diferentes uniones tribales y por los reyes de los montes de Orastie. Por el contrario, la plata constituía la materia prima para los vasos y las joyas, así como para las monedas dacias.

En cuanto a la moneda, los geto-dacios, según recientes investigaciones, lejos de haber imitado a los celtas, crearon diversos tipos de plata, que no podrían relacionarse con las mo-

nedas de éstos. En realidad, los geto-dacios, gracias a sus continuados contactos con los tracios meridionales, con las colonias griegas del Ponto cuyas monedas circulaban ampliamente en el área de su habitat, así como con el mediodía helénico y helenístico, pudieron tomar de los griegos y de los tracios meridionales la técnica de acuñar moneda.

Si se tiene en consideración la moneda de Moscón, antes mencionada, es en el siglo III a. de C. e incluso a finales del precedente cuando aparece la moneda entre los geto-dacios. Muy difundida en el curso del siglo II entre las tribus geto-dacias, la moneda acuñada por los autóctonos desaparece en el siglo I antes de nuestra era, sustituida por el denario romano republicano.

Las monedas dacias no tienen leyenda. Adoptan la forma de un *skyphus;* las letras de las monedas griegas y macedónicas que han servido de modelo son sustituidas por líneas. Un primer grupo está formado por monedas que imitan los tetradracmas de Filipo II de Macedonia, con la efigie de Zeus, y que llevaban en el reverso la imagen de un caballero. Otra serie, extendida sobre todo al sur de los Cárpatos, en el sector de los getas, contiene imitaciones del tetradracma de Alejandro Magno, que lleva en una cara la cabeza de Heracles, el padre mítico de la dinastía macedónica, y, en la otra, la imagen de Zeus sentado en el trono. Por último, un tercer grupo está constituido por un tipo híbrido, con la cabeza de Heracles en el anverso, y, en el reverso, el caballero de las monedas de Filipo II. Hay también otras monedas que imitan las de Alejandro Arrideo o monedas emitidas por distintas ciudades griegas.

De una ejecución, desde el punto de vista técnico y estilístico, más bien burda, estas monedas son al mismo tiempo una prueba de la fase avanzada a que habían llegado las tribus o las uniones de tribus en cuyo interior podían circular, así como de la originalidad del arte monetario dacio, que podía compararse con otras manifestaciones en este campo.

Por lo que se refiere a la orfebrería de la plata, muchos tesoros y depósitos, así como los descubrimientos hechos en lugares de Rumania y de otras zonas del área del habitat de los dacios, muestran rasgos específicos, tanto en las formas como en la ornamentación. Entre estos tesoros se han encontrado fíbulas con nudos, diferentes de las celtas, brazaletes variados, collares y, sobre todo, vasos de un estilo clásico, como los vasos de plata del tesoro de Sîncraieni, de Transilvania.

El arte de la plata tuvo su punto de partida en el sector

de los getas, donde, a mediados del siglo V antes de nuestra era, surge el arte traco-geta, de un estilo animalístico como está probado por los descubrimientos de Cernavoda, Agighiol y Craiova —citadas más arriba, y a las que hay que añadir el casco de oro de Poiana Cotofanesti—, y alcanza su punto culminante entre los dacios, que disponen de yacimientos ricos en plata en sus regiones de las montañas.

Aunque todavía no existe un estudio bastante profundo acerca de la evolución de la orfebrería en el conjunto del territorio de los geto-dacios en su aspecto estilístico y, sobre todo, cronológico, puede afirmarse ya que en la época de la expansión dacia el estilo animalístico de los getas es abandonado en gran medida, volviendo los artesanos dacios al estilo tradicional geométrico de la época de Hallstatt en lo que se refiere a la decoración de las joyas y de los vasos de plata, ya que no a la forma. Esta decoración consiste en puntos, círculos y diversos motivos vegetales muy estilizados. Muchas veces, los brazaletes tienen sus extremos terminados en cabezas de serpientes según una vieja tradición indoeuropea tracia. Esto constituye, a nuestro parecer, uno de los aspectos del conservadurismo dacio, que se manifiesta también en la religión.

Como resulta de las excavaciones arqueológicas emprendidas en los asentamientos, los dacios, que habitaban en una época más antigua moradas subterráneas, construyen casas cuadrangulares, con o sin ábside, o redondas, con las paredes de ramajes o de vigas, apoyadas en un basamento de piedras. Las paredes se revestían de arcilla y eran pintadas de blanco o incluso coloreadas. Las casas tenían techos de paja, de cañas, y en algunas se empleaban tablas e incluso tejas de una factura de origen helenístico. Una técnica superior se muestra en las construcciones militares, que se multiplican en el siglo I de nuestra era por el territorio de los dacios.

Teniendo en cuenta las informaciones de los antiguos y la documentación arqueológica, puede afirmarse que los geto-dacios practicaban una agricultura bastante avanzada, cultivando el trigo candeal, el mijo, el cáñamo y, probablemente, el lino. Se practicaban también la viticutura y la apicultura. La cría de ganado mayor y menor (sobre todo, el ovino) constituía una de las principales ocupaciones de estos antepasados de los rumanos.

El comercio, dirigido en primer lugar hacia las ciudades griegas del Ponto (Istria, Tomis, Calatis) y a la desembocadura del Danubio, tomará en el siglo I antes de nuestra era una orientación cada vez más acentuada hacia Italia. Los mer-

caderes autóctonos y los jefes de las formaciones políticas dacias entran en relación con los comerciantes romanos. Estos introducen entre los dacios muchos elementos culturales que reforzarán la influencia greco-helenística que servía de base a la cultura de La Tène geto-dacia.

El alto nivel alcanzado por la economía dará origen a modificaciones en la estructura y en la organización social y política de los dacios. Se acentúa el proceso de diferenciación social entre los nobles *(tarabostes, pileati)* y las gentes del pueblo *(comati)*, y hace su aparición la esclavitud en la forma patriarcal. Según informaciones, bastante vagas por otra parte, los esclavos indígenas o extranjeros tenían una situación semejante a la de los esclavos de los tracios meridionales que mencionan Heródoto, Tucídides, Ateneo, etc. Trabajaban en el ámbito de las grandes familias de los aristócratas o en la construcción de fortalezas.

La aparición de la propiedad privada sobre el ganado y, en parte, sobre la tierra, así como la multiplicación de los intercambios dan origen a la acumulación de riquezas por los aristócratas dacios, que poseían muchos rebaños de animales, gran cantidad de metales preciosos en lingotes, aderezos o vasos y monedas, además de las mejores tierras de la comunidad. Esta no tiene ya el carácter del clan, sino que reviste la forma de una colectividad aldeana, territorial, utilizando en común los campos de labor, prados y bosques de las montañas situadas dentro de sus límites.

La existencia de lugares fortificados y de fortalezas *(davae)*, así como el descubrimiento de armas, señalan una organización política de uniones de tribus bajo la forma de la democracia militar, siendo los jefes elegidos por la asamblea de los guerreros. El armamento de los dacios consiste en armas ofensivas, como el arco, cuyas flechas estaban provistas de puntas de hierro de tres aristas, de larga tradición, diversas espadas (sable curvo —*sica* o *daca*—, la temible *falx*, la espada recta de origen céltico o la de origen sármata) y, después, máquinas de guerra. En cuanto a armas defensivas citemos el escudo, probablemente de madera reforzado con planchas de hierro, muchas veces ornamentadas, y el casco que, al parecer, era empleado sólo por los jefes. Las unidades militares de infantería o de caballería tenían como emblema el famoso dragón *(draco)*; según las fuentes antiguas, el ejército de los dacios, en tiempos de Burebista, debió de llegar a 200.000 guerreros.

Pero, antes de entrar en la historia política de los dacios en el siglo I, es necesario detenerse un poco en la cultura espiritual de aquel pueblo. Como está probado por algunos autores (Dioscórides, Pseudo-Apuleyo, Jordanes), el estrato de los intelectuales dacios, los sacerdotes sobre todo, tenía conocimiento sobre las propiedades de las plantas medicinales, sobre la astronomía, y sus «filósofos» tenían preocupaciones morales también. En efecto, el papel de la religión como instrumento de refuerzo del poder de los reyes se acentúa, al estar fuertemente jerarquizada la categoría de los sacerdotes. Entre éstos el gran sacerdote de Zamolxes ocupa un puesto eminente en el Estado; según las creencias de los dacios, estas medidas eran inspiradas por su dios, cuya sede estaba en la montaña Kogeon, cerca de un río. Con todo, la religión conserva un carácter politeísta, al igual que entre los demás tracios. Según Heródoto y Estrabón, la creencia en un más allá, junto a Zamolxes, había sido predicada por el propio Zamolxes, a quien los griegos consideraban como un simple mortal, discípulo de Pitágoras, del que había sido esclavo. Además del gran sacerdote, los antiguos (Estrabón, Flavio Josefo) señalan la existencia entre los dacios de una categoría de anacoretas, que llevaban una vida de ascetismo (*ktistai* y *polistai*), lo que constituye un rasgo original de los dacios, en relación con los tracios meridionales, entregados al culto a Dioniso.

Para el culto, los dacios construían santuarios circulares o rectangulares, de los que algunos, con ocasión de las excavaciones, han sido identificados como pertenecientes a este período: por ejemplo, el de Popesti sobre el Arges, cerca de Bucarest.

El rito funerario sigue siendo el de la incineración, generalizada en el siglo V antes de nuestra era. Las cenizas eran depositadas en unas urnas o incluso en una fosa, y la ceremonia era seguida de comidas fúnebres. Este rito tiene, sin duda, relación con la creencia de los dacios en la inmortalidad del alma.

En lo que se refiere a otros aspectos de la cultura espiritual de los dacios, además de la orfebrería antes citada, pueden mencionarse otras manifestaciones, como el decorado de los vasos y de otros objetos, que prueban su gusto artístico. Sin embargo, las representaciones antropomórficas o zoomórficas son bastante burdas o muy estilizadas.

Según parece, los dacios no utilizaron la escritura antes del siglo I a. de C.

En los dos últimos siglos antes de nuestra era, la acción del factor romano sobre los geto-dacios irá acentuándose y las

relaciones con Roma dominarán la vida política de éstos, sin que por ello disminuyan las relaciones con las ciudades griegas del Ponto o con los pueblos vecinos —celtas, sármatas o bastarnos. Los contactos con éstos se hallan probados arqueológicamente, como, por ejemplo, en Zidovar y en Zemplin, donde se observa una verdadera simbiosis dacio-céltica. Fue sobre todo en Eslovaquia donde se identificó la zona de contacto entre dacios y celtas. En Moldavia se han descubierto algunos lugares en que se mezclan elementos culturales dacios con otros de los bastarnos.

Luchando contra los bastarnos, el poderío dacio se afirmará en Transilvania, y, tras algunas campañas emprendidas por los romanos hacia la región cárpato-danubiana, aproximadamente en la época de Mitrídates VI Eupátor, rey del Ponto desde el 123 al 63 a. de C., los geto-dacios tienen por guía al «más grande rey de la Tracia», el famoso Burebista, llamado así en la conocida inscripción de Dionisópolis, dedicada a Acornión, encargado de distintas misiones diplomáticas por este mismo rey.

Burebista, cuyo reinado comienza alrededor del año 70 a. de C., logra unir las tribus geto-dacias, fundando una potencia (ἀρχή) fuertemente organizada, con ayuda del gran-sacerdote Deceneo. Según Estrabón, extendió su poder hasta las montañas de la Eslovaquia, tras haber aplastado a los boyos, a los tauriscos y a los anartos (alrededor del año 60), y, por el Este, hasta Olbia, que fue destruida, como la ciudad griega de Tyras (hacia el año 50 ó el 48 a. de C.). Al someter a las ciudades griegas del litoral oeste del mar Negro, estableció su poder hasta los Balcanes, amenazando a la provincia romana de Macedonia. Por mediación de Acornión de Dionisópolis, Burebista entra en relación con Pompeyo (50-48 a. de C.), prometiéndole su ayuda contra César. El desarrollo de una potencia geto-dacia al norte de los Balcanes constituía una amenaza para los romanos, y César proyectaba una expedición contra Burebista en el momento en que caía bajo los puñales de los conspiradores. En el año 44 a. de C., también el rey geto-dacio era asesinado en su capital a causa de un complot organizado por los aristócratas dacios descontentos.

Desaparecido el «Imperio» de Burebista, la política antiromana de los dacios continuará, aunque la presión de los romanos, sobre todo en el Bajo Danubio, se acentúa desde el reinado del primer Emperador romano. Las fuentes señalan la existencia de cuatro y luego de cinco reyes de los geto-dacios tras la violenta desaparición de Burebista. Entre ellos está Cotiso, cuyo Reino sitúan los historiadores en la región montañosa

del Banato y de la Oltenia. Enemigo de los romanos al principio del reinado de Augusto, fue vencido, según parece, por el procónsul de la provincia de Macedonia Marco Licinio Craso. Otro rey de la zona de los getas, mencionado por Suetonio, es Cosón; éste era el que, según Marco Antonio, debía casarse con la hija de Octavio, Julia, lo que constituye una prueba, si no del matrimonio, de las buenas relaciones existentes entre Cosón y Octavio tras la victoria de los triunviros en Filipos (42 a. de C.). Parece que este mismo Cosón fue, antes de Filipos, aliado de Bruto, el cual para pagar a los soldados enviados por el rey geta, había acuñado monedas de oro con el nombre de Cosón.

Otro rey geto-dacio del Danubio, Dicomedes, fue aliado de Marco Antonio en la batalla de Accio. Hechos prisioneros los dacios, fueron obligados por el vencedor a luchar en el anfiteatro contra otros prisioneros suevos.

Prosiguiendo su política de conquista en el Bajo Danubio y en el Danubio Medio con el fin de alcanzar las fronteras naturales del Imperio (*termini imperii*), el primer Emperador romano sentó las bases para la transformación de aquel gran río —el río sagrado de los geto-dacios— en un río romano. El avance romano se llevó a cabo desde Iliria y desde Macedonia. La primera región de los dacios que cayó bajo la dominación romana fue Dobrucha, donde los reyes getas, Dápix y Zyraxes, fueron vencidos por el procónsul de Macedonia, Marco Licinio Craso, poco después del año 29 a. de C. El gobernador romano de Macedonia fue ayudado por el rey geta, también de Dobrucha, Roles, que recibe el título de amigo y aliado del pueblo romano. La Dobrucha es integrada en el reino de los odrisos, estado cliente de los romanos, estando sometido el litoral del mar Negro a la autoridad de un *praefectus orae maritimae*. La situación de la Dobrucha durante el reinado de Augusto encontró su eco poético en la obra del poeta romano Ovidio, relegado y muerto en Tomis, «en el extremo del mundo». Es en este período cuando la ligera impronta de la «gracia helena» comienza a ser sustituida en esta zona por la profunda huella de la «energía romana» (Séneca), aunque los romanos se viesen obligados a sostener incesantes luchas contra los geto-dacios de la orilla izquierda del Danubio, así como contra las invasiones de los bastarnos y de los sármatas provistos de corazas. Los getas constituyen un peligro para los romanos y, como dice el poeta, se burlan de Roma «seguros del arco que llevan, de su carcaj lleno, del caballo que puede cubrir extensiones inmensas» (*Pontica,* 1, 2). Así habla Ovidio de la ocupación, por

los getas de la orilla izquierda del Danubio, de la ciudad de *Troesmis* (Iglita), que fue defendida por L. Pomponio Flaco, después gobernador de la Mesia. Ante la resistencia de la población indígena geta y el empuje de los bárbaros, la Dobrucha representaba hacia el Este una posición para asegurar la dominación romana en el Bajo Danubio, así como sobre el litoral oeste y norte del mar Negro.

Entre el 11 y el 12 de nuestra era, los romanos emprenden una vasta operación con puntos de partida en Panonia y en Mesia. El gobernador de Panonia, provincia romana atacada muchas veces por los dacios, Cn. Cornelio Léntulo, ataca a los dacios del Banato y de la Oltenia, pero sólo consigue aplazar el peligro, pues la potencia de los dacios permanece intacta. A mismo tiempo, el comandante del distrito militar de Mesia, Sexto Elio Catón, pasa el Danubio en la llanura valaca, destruye entre otros los establecimientos geto-dacios de Popesti y de Piscul Crasani, donde la vida cesa, precisamente, en este período, y procede además a la deportación de 50.000 getas al sur del Danubio.

Durante aquel tiempo, el poderío de los dacios del interior de la Transilvania, del Banato y de la Oltenia aumenta bajo la amenaza romana. Tras la muerte de Burebista, una fuerte organización política y militar, con su centro en las ciudadelas de los montes de Orastie, continúa su evolución bajo unos jefes cuya sucesión puede ser seguida desde este gran rey. Según el testimonio de Jordanes, fue Deceneo quien tomó también el título de rey, siendo su sucesor Cromósico.

Sin embargo, en el siglo I de nuestra era los dacios entran en una nueva etapa de su civilización y, lejos de haber sido sometidos a «sufrir la dominación del pueblo romano» (*Res gestae Divi Augusti*), se disponen a mantener sangrientas guerras por su independencia.

γ) *La Europa sudoriental en tiempo de los escitas*

Para apreciar plenamente los desarrollos que se produjeron en las regiones del mar Negro y en la Transcaucasia en tiempo de los romanos, es conveniente referirse a ciertos cambios que tuvieron lugar en lo que hoy es Rusia meridional durante el I milenio a. de C. La era se abre con la aparición de las tribus escitas en los límites asiáticos de la Europa Oriental. Los recién llegados eran indoeuropeos que hablaban una lengua irania. Probablemente estaban emparentados con los cimerios nómadas, a los que no tardaron en expulsar de lo que ahora es el sur de Rusia. Mientras vivían en el Asia occidental, habían

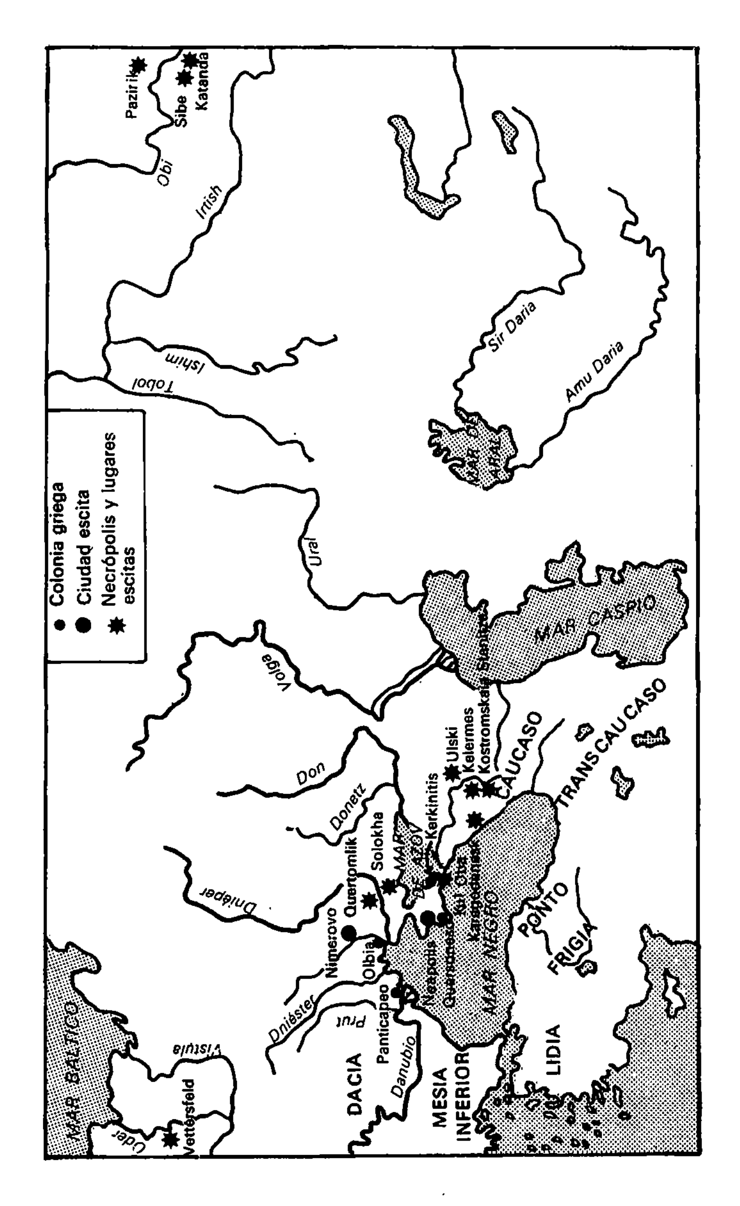


Fig. 5. Zona bajo el influjo de los escitas

aprendido a utilizar el caballo y a trabajar el hierro, conocimiento este último que tal vez habían recibido de los metalúrgicos de Minussinsk. Estas dos posibilidades les dieron una inmensa ventaja sobre sus contemporáneos. Las tácticas desarrolladas por sus arqueros montados obligaron incluso a las grandes potencias de la época a modernizar sus ejércitos.

Algunos escitas deben de haber llegado a Europa a comienzos del I milenio, puesto que en la orilla occidental del Volga las tumbas con armazón de madera del tipo que a ellos se les atribuye comenzaron a sustituir a las sepulturas de catacumba de los cimerios en los siglos X y IX a. C. De todos modos, la mayoría de los escitas no cruzó el estrecho de Derbent hasta una fecha considerablemente posterior, pues no llegaron al distrito del lago Urmia hasta el período comprendido entre el 722 y el 705 a. de C. Desde allí, avanzando ininterrumpidamente hasta los límites de Asiria, este grupo invadió Frigia y Lidia hacia el 640 a. de C., apoderándose de lo que hoy son el Irán noroccidental y la Turquía oriental, y llegando en sus avances hacia occidente hasta el Halys. Después de dominar allí durante unos veintiocho años, fueron vencidos por los medos, que les obligaron a retirarse hacia el Norte pero sin perseguirlos hasta Europa. Gracias a esto, los escitas pudieron establecerse en el valle del Kubán, donde unas sepulturas tan ricamente alhajadas como los túmulos de Kelermes y Kostromskaya, de los siglos VII/VI a. de C., o el de Ulsky, del siglo VI, son prueba de la riqueza que sus jefes habían alcanzado ya.

Muchos escitas permanecieron en el valle del Kubán, pero muchos más avanzaron hacia lo que hoy es la Rusia meridional. Uniendo sus fuerzas con las de sus tribus amigas del área del Volga-Don, se lanzaron a conquistar las zonas inferiores del curso de los ríos Dniéper y Bug. Y adonde llegaba un escita, le seguían su caballo, sus rebaños y su familia, y donde un escita moría, sus camaradas le sepultaban con la pompa y ceremonia tradicionales, dando muerte, invariablemente, a su corcel y a otras caballerías favoritas para meterlos en su sepultura, a fin de que estuviesen preparados para servirles en el otro mundo. Por consiguiente, cada tumba escita es, indefectiblemente, una tumba de caballos, variando el número de éstos según la riqueza de cada difunto, su ocupación y la localidad en que vivió. Así, en las proximidades de los ríos Kubán y Dniéper, donde los escitas se dedicaron especialmente a la cría de caballos y ganado y donde se encontraban los mejores rebaños, el número de caballos muertos en la sepultura de un jefe llega, a veces, a cientos, mientras en las regiones de Kiev y

Poltava, donde los escitas trataban de vivir de la agricultura, es raro encontrar más de un caballo en cada tumba. Pero cualquiera que fuese la ocupación y la posición económica o social del difunto o el número de siervos o de caballos muertos, tanto las víctimas humanas —y una de éstas solía ser una de las mujeres del jefe— como los caballos eran sepultados con sus mejores vestidos, joyas y arreos.

La indumentaria de los escitas se diferenciaba totalmente de las conocidas en el mundo antiguo. Los hombres llevaban largos chaquetones ceñidos, que acaso procedían de la túnica asiria, y amplios calzones recogidos en los tobillos y cerrados en botas altas y flexibles. En invierno se añadía un manto y un capuchón. Este equipo se adecuaba perfectamente al modo de vida de un caballero. Los partos lo adoptaron, y, cuando, hacia el 300 a. de C., los chinos incluyeron unidades montadas en su ejército, lo utilizaron también para sus jinetes.

Los escitas diferían de otras comunidades nómadas en algunos aspectos significativos. El más importante era su notable sensibilidad artística y su dominio de los principios básicos del gobierno y del comercio. Estas condiciones, raras en las comunidades tribales, permitieron a los escitas establecer un Reino que tenía todas las características de un Estado y desarrollar un arte que enriqueció a muchas tribus de orígenes afines o extraños con la cultura que nosotros conocemos como la de los pueblos de la estepa.

Rigurosamente hablando, los términos «Escitia» y «escitas» deberían aplicarse sólo a los nómadas llamados «escitas reales», que vivían y dominaban en la Rusia meridional. En su apogeo, es decir, desde el siglo VI al III a. de C., su Reino se centraba en las llanuras del bajo curso del Dniéper y del Bug e incluía a Crimea, excepto la faja costera, que seguía en poder de los colonos griegos, y la península de Taman, de la que los escitas no habían podido arrojar a los cimerios. De todos modos, las influencias culturales y políticas de Escitia se hicieron sentir en un campo muy extenso. Al este del mar de Azov, se extendieron hacia el norte, desde el Kubán, donde las tribus sindas y meotas vivían como miembros integrantes de la comunidad escita, hasta la Siberia occidental. Allí, en el Altai, desde el siglo V al III a. de C., los nómadas que fueron sepultados en las heladas tumbas de Pazyryk, Katanda, Shibe y Tuekt tenían un modo de vida casi idéntico. La cultura escita penetró desde allí hasta el Asia central y floreció también en la región del Sudoeste, en el Cáucaso y en Transcaucasia. En Europa, la influencia escita se extendió hacia el Oeste, lejos de la propia

Escitia, hasta áreas donde los habitantes nativos pueden haber sido antepasados de los eslavos. En toda aquella extensa zona las poblaciones usaban armas, jaeces para los caballos, utensilios y joyas de tipo escita. En el siglo IV a. de C., cuando los escitas reales ejercieron su autoridad hasta el Danubio reduciendo a muchos jefes tracios que vivían en su orilla derecha a la situación de vasallos, antes de entrar en la llanura húngara y avanzar hasta la Transilvania, dejaron su impronta en las artes creadas en la Baja Mesia, en lo que hoy es Bulgaria. Aunque hacia el Noroeste su avance fue detenido por los celtas, por los ilirios y por los macedonios, transmitieron, sin embargo, sus conceptos artísticos a Dacia y Panonia y posiblemente incluso a los celtas de Hallstatt.

Los primeros griegos que se asentaron en las orillas del mar Negro eligieron su costa sudoriental, para tener un fácil acceso a los campos de oro del Cáucaso. Entonces, los milesios tomaron posesión de la costa oeste, ocupando las áreas Bug-Dniéper y fundando Olbia. En el siglo V perdieron el Quersoneso ante los dorios, y éstos, a pesar de la oposición de los tauros nativos, transformaron la ciudad en capital de los griegos que vivían en las costas sur y oeste de Crimea. Panticapeón siguió siendo milesia y extendió su dominio sobre el estrecho de Azov y el estuario del Don, para formar, hacia el 438/7, bajo la dinastía tracia de los espartócidas, el reino del Bósforo, con un hijo de Espártoco reinando sobre los sindos en la península de Taman. Todos aquellos pueblos permanecían impermeables a la influencia escita, aunque desde el principio los griegos se vieron obligados a contar con los nómadas, cuya buena voluntad era lo único que les permitiría mantenerse en aquellas áreas. Su presencia allí había llegado a ser imprescindible para el aprovisionamiento de su propio país, y más especialmente del Atica, que ya no podía seguir abasteciéndose del pescado y del trigo esenciales para su subsistencia. Hasta el siglo IV a. de C., Olbia fue utilizada por los residentes griegos como su principal puerto de exportación, y los escitas se enriquecieron actuando de intermediarios entre los agricultores del interior y los griegos de la costa, cambiando los productos de los primeros por los artículos de lujo que les facilitaban los segundos.

En los tiempos de Heródoto los escitas estaban gobernados por un rey, cuya soberanía era, a su muerte, heredada por su hijo. Sus cortesanos, los jefes de tribu, vivían entonces como señores feudales, dueños de grandes rebaños, de numerosos esclavos y de grandes cantidades de objetos valiosos. Los hombres corrientes de las tribus formaban una clase distinta e in-

ferior, aunque privilegiada. Como hombres libres, podían tener caballos y montarlos; cada uno de ellos era, de este modo, un cazador y un posible guerrero, con derecho a tomar parte en el botín que había ayudado a ganar en la batalla. Estos hombres eran el corazón y la fuerza de Escitia. Fueron también los celosos guardianes de sus antiguas tradiciones, fervientes defensores del nomadismo, tenaces adeptos a su acostumbrada forma de vida. Cuando, a finales del siglo VI, su rey, Escila, compró una casa en Olbia, le acusaron de excesivo filohelenismo e, incitados por su hermano, Octomasades, le dieron muerte. Sus sucesores en el trono continuaron actuando como los protectores reconocidos de las ciudades coloniales griegas, pero tuvieron buen cuidado de no dar lugar a que se les hicieran semejantes acusaciones y siguieron viviendo en tiendas, en los campamentos de sus soldados.

Pero la necesidad de ciudades se puso de manifiesto ya en el siglo VII, aunque no fue claramente reconocida hasta el V. A pesar de que, relativamente, han sido excavados pocos asentamientos escitas, se tiene ya la evidencia que permite asegurar que existía un número de pequeñas ciudades mayor de lo que se suponía. Uno de los más antiguos e importantes sitios primitivos es la ciudadela fortificada de Nemirovo en la Podolia meridional, a unos 250 kilómetros al sudoeste de Kiev. Data del siglo VII, aunque hasta el VI no fue protegida por una muralla construida con grandes piedras, guarnecidas con ramas y revestidas de arcilla. Dentro de este recinto había espacio bastante para fosos en forma de campana con el fin de almacenar el grano o recoger los desperdicios, y para cabañas de barro. Las viviendas apenas superaban el metro y medio de altura, con un poste central situado junto a la chimenea de arcilla para servir de soporte al techo, de forma cónica. Sus diámetros variaban de 4 a 7 metros. Este asentamiento fue abandonado en el siglo V, casi al mismo tiempo en que se fundó el mucho más importante de Kamenskoe. Este se hallaba situado a unos 40 kilómetros al suroeste de Dniepropetrovsk y debió de ser la capital de la Escitia del rey Ateas. Conservó su importancia hasta el siglo II a. de C., en que fue sustituido por la escita Neápolis. En aquel tiempo, ocupaba unos 12 km.^{2} y estaba muy fortificado. Su amplia ciudadela estaba construida con troncos dispuestos verticalmente sobre el suelo, de un modo muy semejante al de la rica sepultura de Kostromskaya, en el Kubán, del siglo VII/VI a. de C. La ciudad fue muy floreciente. Comprendía muchos talleres, siendo especialmente numerosos los de los metalúrgicos, los fundidores y los herreros.

Las excavaciones han demostrado que las casas mayores solían tener hasta tres o cuatro habitaciones, con paredes de troncos. Se levantaban sobre sótanos semisubterráneos, en los que se hallaban los hogares de arcilla batida.

Mucho más características de los escitas eran, sin embargo, las tumbas en que las tribus nómadas daban sepultura a sus jefes y a sus guerreros. Las tumbas reales en que encerraban para siempre a sus gobernantes medían en aquel tiempo de 15 a 20 metros de alto, mientras las de los escitas menos importantes no solían pasar de uno. Pero, cualesquiera que fuesen las dimensiones de una tumba, su construcción seguía siendo, fundamentalmente, la misma. Así, en el primer caso, una impresionante galería o corredor llevaba a una serie de cámaras funerarias, y, en el otro, una especie de foso abría paso a una sola tumba. Según la riqueza del muerto, y un poco también según la naturaleza de la localidad, las cámaras sepulcrales se recubrían de troncos, cañas o piedras. Los difuntos eran colocados boca arriba, sobre una estera, sobre juncos o en unas andas, con la cabeza hacia el Oeste. En las tumbas se ponían alimentos y bebidas, así como todos los objetos necesarios para una vida futura. Como los escitas eran una raza de cazadores y guerreros, los hombres eran enterrados con sus armas, es decir, con sus arcos, escudos, armaduras, espadas cortas de hierro, lanzas de largas puntas también de hierro, puntas de flecha en forma de trifolio y copas hechas de los cráneos de los enemigos muertos, a menudo montadas en oro. Las mujeres eran enterradas con sus joyas, con los pesos del telar, con agujas de hierro y, en las tumbas más ricas, con espejos. Estos deben de haber tenido un significado especial, puesto que sirvieron de atributos a la Gran Diosa, la única adorada por los escitas hasta que la influencia griega les llevó a venerar también a los elementos. En todas las tumbas se colocaba una caldera de base cilíndrica y, probablemente, también todo lo necesario para fumar el haschisch.

Mucho de nuestro interés por los escitas se debe a la asombrosa belleza y vitalidad de su arte, esencialmente gráfico y decorativo, cuyas raíces hay que buscar, sin duda, en el grabado en madera. Muchos de los objetos encontrados en sus más ricas tumbas son de oro, de electrum (aleación natural de oro y plata) y de bronce. En un número sorprendente son de un refinamiento y una belleza extremados. El arte es, fundamentalmente, un arte animalístico, con los animales concebidos de un modo tan impresionista que sus posiciones sugieren, al mismo tiempo, sensación de movimiento y de reposo. Sin em-

bargo, sus retratos eran naturalistas, aunque con una notable estilización.

Recientemente, eminentes estudiosos han atribuido algunos de los más finos objetos de oro encontrados en las tumbas escitas a artesanos extranjeros, asignando, por ejemplo, los ciervos en reposo del tipo de Kostromskaya a los artífices tracios, y el pez de Vettersfeld a los jonios. Estas atribuciones son difíciles de aceptar por motivos estilísticos, aunque hay muchas cosas comunes a tracios y escitas, que a menudo se casaban entre sí y compartían gran número de costumbres. Es poco lo que se conoce acerca del trabajo del metal entre los tracios antes del tiempo de los romanos. Sin embargo, habían empezado a explotar sus minas de plata y a acuñar grandes cantidades de monedas de plata en el siglo VI a. de C., de modo que es fácil que hubieran trabajado para el mercado escita. Si así fue, es posible que hubieran trabajado en el estilo del gran vaso recientemente descubierto cerca de Tesalónica y que hoy se exhibe en el museo de la ciudad. Sus decoraciones recuerdan vivamente las del famoso jarro de Chertomlyk, pero éste incluye un friso en que se ve a unos escitas cuidando a sus caballos, retratados con tal realismo que el trabajo debe ser atribuido, seguramente, a un artista griego. Son raras las escenas genéricas de este tipo, pero aparecen en diversos objetos encontrados en las tumbas de Chertomlyk, Kul Oba (cerca de Panticapeón), Solokha (Bajo Dniéper) y Karagodenaskh (Kubán). De no ser un griego, lo más probable es que fuese un artista jonio o tracio el que produjo aquellas vivas representaciones de la existencia cotidiana, y no las figuras de animales, que seguramente pertenecen a la escuela artística que floreció en el noroeste del Irán, en el oeste de Siberia, en el Altai, en la Transcaucasia y en la Europa oriental, más que en la occidental o en la del centro. El pez de Vettersfeld, por otra parte, es esencialmente nómada, casi bárbaro en su concepción, y fácilmente se inscribe en el arte de los pueblos de la estepa. Si se tiene en cuenta la repulsa de los griegos a adaptarse a las formas extranjeras, su desprecio de los pueblos primitivos y su habilidad para imponer su propio idioma a los demás, es difícil imaginar a un artífice griego o jonio, e incluso tracio, dispuesto a someterse tan enteramente a los dictados de un patrón de los nómadas como para haber creado un tema tan sugestivo.

A juzgar por los contenidos de sus tumbas, los escitas debieron de sufrir una crisis económica en el siglo V, porque las sepulturas de este período encerraban menos objetos de valor intrínseco y menos ejemplos de la artesanía de Olbia

que las de tiempos precedentes y también un poco posteriores. Este descenso en la prosperidad debe atribuirse, tal vez, a la táctica de tierra quemada a que los escitas recurrieron para responder al intento de Darío I, que pretendía conquistarlos. Su renovada prosperidad en el siglo IV, como la de los griegos del Bósforo, puede haber sido el resultado del libre comercio del trigo, que se desarrolló cuando Atenas perdió su control sobre el mar Negro. Pero la economía de Escitia, que nuevamente floreció en el siglo IV, trajo consigo la primera amenaza contra su seguridad. Tal amenaza vino del Este, y adoptó la forma de una invasión sármata.

Los sármatas constituían una vasta unión de tribus de origen iranio. Como tales, se relacionaban con los cimerios y con los escitas, cuya cultura compartían y cuyos modos de vida adoptaban, aunque su sociedad estaba organizada sobre bases matriarcales. La inquietud de las tribus en Asia condujo a los sármatas hacia el Oeste y pudo haber incitado al rey Ateas a llevar a sus guerreros escitas, a travás del Prut, hasta el Danubio, hasta el área conocida como Pequeña Escitia en los tiempos clásicos. En el año 339 a. de C. las avanzadas escitas habían llegado hasta el oeste de Balcik. Filipo II de Macedonia consideró necesario detener su avance y entabló contra ellos una batalla en un punto del Danubio que aún no ha sido identificado. A pesar de tener más de noventa años, Ateas mandó a sus hombres en la batalla y murió combatiendo. Privados de su jefe, los escitas aceptaron la paz, pero siguieron molestando a los macedonios. Por ello, tres años después Alejandro envió una expedición de castigo para someterlos. Los escitas derrotaron a los macedonios, matando a su comandante, Cepirio, gobernador de Tracia, pero estaban demasiado debilitados por la lucha para poder explotar su triunfo sin nuevas ayudas. Regresaron a Olbia en busca de refuerzos, pero la guerra había amenazado la seguridad de la ciudad, empujando a los comerciantes a abandonar su puerto en beneficio de Panticapeón con el resultado de que los habitantes, empobrecidos, se negaron a intervenir. Sin embargo, algunos escitas se dirigieron hacia la Dobrucha, aunque la mayoría regresó a sus regiones natales, junto al Dniéper. Allí tuvieron que luchar contra la creciente presión sármata, porque los invasores no se contentaron con permanecer en la orilla oriental del Don, que habían alcanzado a comienzos del siglo IV. Algunos —los siracios— se dirigieron hacia el Sur para expulsar del Kubán a los escitas; los demás cruzaron el Don en el año 330 y continuaron empujando a los escitas hacia el Oeste, hasta que, en el 179 a. de C., bajo

el reinado de Gatalas, fundaron un importante Estado al oeste de Crimea, con ramificaciones, como los aorsos y los yacigios, tribus atrincheradas cerca del mar de Azov, y los roxolanos, establecidos al norte de aquéllos. Los roxolanos comenzaron luego a desalojar a los yacigios, hasta que, a mediados del siglo I d. de C., les habían empujado a través de la Dacia hasta las praderas que se encuentran entre el Danubio y el Tisza, es decir, hasta los propios límites de Roma.

Aunque los escitas mantenían su dominio sobre los estuarios del Dniéper y del Bug, trasladaron su centro a Crimea, donde los sármatas no podían conquistarles. Así se convirtieron en dueños de Crimea, sobreviviendo allí hasta que fueron aniquilados por los hunos. Al principio no hicieron tentativa alguna de expulsar a los griegos de la faja costera y durante algún tiempo estos últimos se mantuvieron prósperos. El Quersoneso, que pronto sucumbiría ante Mitrídates, pudo en los primeros momentos hacer la guerra a Farnaces I del Ponto y, con la ayuda de los sármatas, dirigidos por la reina Amaga, que actuaba en lugar de su marido Gatalas, siempre borracho, lucharon también contra los escitas y contra los tauros locales. Por aquel tiempo la vida de la ciudad había dejado de disgustar a los escitas, que, hacia finales del siglo III a. de C., fundaron una capital propia en la orilla izquierda del río Salgi, en las proximidades de la actual Simferopol. Fue conocida como Neápolis Escita, para distinguirla de otras ciudades del mismo nombre. El sitio en que se construyó estuvo bien elegido, porque dominaba las rutas que conducían a las ciudades del Bósforo así como al interior de Escitia. Se convirtió muy pronto en un importante centro comercial y manufacturero, con griegos y escitas viviendo dentro de sus murallas. Alcanzó el apogeo de su prosperidad en la segunda mitad del siglo II d. de C., cuando el rey Esciluro y su hijo Palaco gobernaban, y cuando la vida iba haciéndose más difícil para los griegos. Neápolis fue, primero, fortificada por un muro de piedra que medía dos metros y medio de ancho, pero éste pronto fue sustituido por otro de 12 metros de alto por ocho y medio de espesor. Las murallas formaban un cuadrado y tenían unas puertas colocadas en el centro de cada lado. La ciudad fue embellecida con estatuas de bronce y de mármol. Había en ella muchas hermosas casas de piedra, con numerosas habitaciones y con patios provistos de fosos para almacenar el grano. Neápolis duró tanto como los escitas, pero comenzó a declinar en el siglo III d. de C. Su necrópolis estaba fuera de las murallas, con las sepulturas más pobres alineadas a lo largo de los bordes y las

tumbas ricas en el área central. De éstas había muchas. Algunas de las tumbas de piedra estaban adornadas con las más antiguas pinturas murales encontradas en Crimea; una decoración incluía un tapiz con un dibujo de tablero de damas; otra, un músico tocando una lira, y otra, un jinete persiguiendo a un jabalí. Un gran mausoleo encerraba los cuerpos de setenta y dos notables; una suntuosa tumba había sido erigida para la reina; pero lo más importante de todo fue el descubrimiento de una tumba que, probablemente, perteneció al rey Esciluro. En ella se encontraron ochocientos objetos escitas de oro y los esqueletos de cuatro caballos.

Esciluro comprendió las ventajas que se derivaban del control de su comercio de exportación y por ello decidió arrancar a los griegos el dominio de la costa de Crimea. Para conseguirlo se alió con los roxolanos, conquistó Olbia y se convirtió así en su protector; en tal concepto, en el año 110 a. de C., acuñó allí su propia moneda de bronce, que sustituyó a las piezas de bronce, en forma de flecha, que, a juzgar por un reciente descubrimiento, habían sido usadas en Olbia por los escitas como una forma de moneda corriente en el siglo IV a. de C. A continuación, Esciluro sometió a los tauros, levantando un fuerte en su territorio; luego, se apoderó del valioso puerto de Kerkinitis y atacó el Quersoneso. Al mismo tiempo, con la ayuda de los marinos de Olbia, intentó acabar con la piratería de los satarcos del norte de Crimea y, con el apoyo de Posideo, un mercader griego de Olbia, empezó a comerciar con Rodas.

Esciluro fue sucedido por su hijo y corregente, Palaco. Perisíades, el último rey del Bósforo, y el Quersoneso independiente se vieron entonces amenazados por los escitas y por los sármatas, y sintieron la necesidad de un aliado. Roma podía aún abastecerse por sí misma y por eso no estaba interesada todavía por las fértiles regiones del Dniéper y de Crimea, de modo que pidieron ayuda a Mitrídates Eupátor, rey del Ponto. Este se mostró totalmente dispuesto a prestársela, a condición de convertirse en soberano de la costa septentrional del mar Negro. En consecuencia, envió la primera de tres expediciones que organizó contra los escitas, principalmente en las zonas de Táuride y del Quersoneso. Aquella expedición estaba mandada por Diofanto, a quien Palaco se apresura a presentar batalla. Sin embargo, fue severamente derrotado, y Neápolis, junto con otra ciudad escita por lo menos, fueron conquistadas e incendiadas. Pero, aunque Diofanto estableció el dominio póntico sobre el Quersoneso, los escitas se rebelaron muy pronto. Aliándose con

los roxolanos, se apoderaron de la fortaleza de Eupátor (que no debe confundirse con la moderna Eupatoria), que pertenecía a Mitrídates, y pusieron sitio a Quersoneso. Diofanto volvió del Ponto a la cabeza de una segunda expedición, pero a causa de la proximidad del invierno procedió a ocupar las ciudades griegas de la costa occidental del mar Negro. Palaco atacó de nuevo y, una vez más, fue derrotado, muriendo probablemente en el combate. Diofanto pudo someter así las ciudades escitas situadas en la ruta de Panticapeón, en las que Saumaco, un príncipe escita que había sido traído como esclavo o como pupilo de Perisíades, había incitado a los escitas locales a la revuelta, había matado a Perisíades, conquistado Panticapeón y Teodosia y estampado triunfalmente una S sobre la cabeza de Helio que figuraba en las monedas griegas locales. Pero Diofanto demostró, una vez más, que era el mejor comandante, pues capturó a Saumaco y le envió al Ponto, tal vez para que le dieran muerte. Entonces Mitrídates fue virtualmente el dueño de Crimea, donde la dirección de la guerra estaba ahora en manos del almirante póntico Neoptólemo. Este debe de haber conquistado las regiones de Táuride y de Olbia, porque una ciudad de esta última zona recibió de él su nombre. Las victorias de Neoptólemo supusieron una gran fortuna para Mitrídates, cuyos territorios pónticos habían caído en poder de las legiones romanas. En realidad, el éxito de Roma fue tan espectacular en el área de la Capadocia que Lúculo se decidió a dirigir su ejército hacia el Este, atravesando el Tigris, para atacar la ciudad armenia de Tigranocerta. Aunque muy inferiores en número, los romanos infligieron una tremenda derrota a los armenios. Mitrídates, que había sido desposeído de una gran parte de sus territorios, se proclamó campeón del Oriente, incitando a Tigranes II, rey de Armenia (95-56 a. de C.), a resistir a Roma, mientras él, por su parte, reclutaba hombres y fomentaba un sentimiento de hostilidad contra los invasores. Su política afectó a los hombres de Lúculo, en el ejército romano llegaron a producirse desórdenes, y Lúculo se vio obligado a retirarse a Nisibin. Mitrídates recuperó así una gran parte de su antiguo poder y, en el año 66 a. de C., pudo establecer una capital septentrional en Panticapeón, y situar en ella, como virrey, a uno de sus hijos, Farnaces. Farnaces concertó una alianza con los sármatas, así como con las ciudades griegas de la Dobrucha que los escitas habían arrebatado a los tracios en tiempos de Esciluro, obligando a todos a reconocer como soberano suyo a Mitrídates. En Crimea y en la península de Táuride, Farnaces dejó libres a los griegos permitiéndoles, incluso, acuñar

sus propias monedas. Devolvió también a los escitas sus ciudades de Crimea, permitiéndoles conservar sus reyes, aunque obligando a ciertas poblaciones vecinas sármatas a pagar tributo a Mitrídates y a servir en su ejército.

Desde hacía algún tiempo las provisiones de grano de Roma, como antes las de Atenas, no llegaban a cubrir las necesidades. Inicialmente Roma había tratado de suplir aquella deficiencia consiguiendo grano de los escitas, primero por trueque y, después, por compra. Las monedas romanas utilizadas para ese fin han sido encontradas en distintas ocasiones en las regiones del Dniéper y del Dniéster. De todos modos, en el siglo I a. de C. las deficiencias en el abastecimiento habían aumentado, y Roma no se contentó ya con comerciar con las tribus. Ahora quería controlar las zonas productoras de grano del Bajo Danubio y las comarcas del norte del mar Negro. Al mismo tiempo las regiones del Ponto y Trebisonda, en las orillas opuestas del mar, adquirieron una inmensa importancia estratégica para Roma. Para dominar las comunicaciones en aquella área, Roma aspiraba a convertir el mar Negro en un lago romano. Para conseguirlo, tenía que someter a Tigranes y a Mitrídates. La guerra contra el segundo comenzó en Bitinia, en el 88 a. de C., pero hasta que Panticapeón se convirtió en su capital septentrional, Mitrídates no pensó en llevar la lucha a Crimea. En el 64 a. de C. estaba proyectando una campaña allí contra los romanos, cuando murió de repente, se supone que envenenado. Su cuerpo fue enviado a Pompeyo, quien lo reenvió al Ponto, para el enterramiento real. Su muerte dejaba a la región de Crimea sin un jefe capaz de luchar contra Roma. La dinastía del Bósforo había llegado a su fin y los escitas se hallaban demasiado debilitados por los años de lucha para poder hacer algo más que ataques esporádicos contra las avanzadas romanas. Durante los dos años restantes del mando de Pompeyo en Oriente los romanos se contentaron con establecer una guarnición en el Quersoneso, construyendo fortificaciones y situando tropas en algunos puntos estratégicos del territorio escita. Sus verdaderos enemigos en el Oriente seguían siendo los partos, pero las intrigas políticas de Roma, que estaban minando la fuerza del Imperio, constituían una gran esperanza para las comunidades tribales de las zonas del Dniéper y del Danubio. Entre el 67 y el 50 a. de C. los getas o los tracios lograron destruir Olbia, pero sus incursiones tuvieron poca importancia para Roma. Los sármatas fueron los que se beneficiaron de aquella situación y ampliaron su territorio, aumentando su poderío hasta el punto de fundar un Estado que llegó a amenazar a Roma y a sobre-

vivir a la invasión de los godos, para sucumbir, al fin, ante el asalto de los hunos.

δ) *El mundo de los partos*

El siglo II a. de C. vio en el Próximo Oriente la ascensión de la Partia y de varias dinastías locales tras la estela del ocaso del Imperio seléucida, mientras en el siglo I a. de C. romanos y partos luchaban por el control del área. Unos y otros eran recién llegados en tierras de antiguas culturas, desde el Tigris al Nilo, pero parecían continuar el viejo antagonismo entre los griegos y los persas aqueménidas, entre Occidente y Oriente. La gran mayoría de nuestras fuentes acerca de los siglos II y I a. de C. están en griego o en latín, por lo que la historia de la vasta área comprendida entre el Mediterráneo y el río Indo ha sido considerada tradicionalmente como una parte insignificante de la historia griega o romana. Sin embargo, los partos no eran bárbaros orientales que molestasen a los romanos como los germanos lo hicieron en el Norte, sino que eran los herederos de los aqueménidas y mediadores entre India y China, de una parte, y Occidente, de otra. Los partos estaban muy interesados tanto en sus fronteras occidentales como en las orientales, y esta posición central de su Estado debe ser recordada al reconstruir la historia parta.

La primitiva historia de los partos es virtualmente desconocida y tiene que ser reconstruida a partir de unas pocas fuentes clásicas, como el epítome de Pompeyo Trogo, debido a Justino, y con ayuda de las monedas y de la arqueología. En Justino (41, 4, 6) leemos que Arsaces, el fundador del poderío parto, era un hombre de origen indeterminado, y otras afirmaciones de autores antiguos o modernos no son más que hipótesis. La observación de Estrabón (XI, 515) de que Arsaces era un jefe de los nómadas partos del Asia Central que invadieron y conquistaron la Partia suele aceptarse como la conjetura más probable. Parece que Arsaces se aprovechó de la revuelta general de las satrapías orientales en el Imperio seléucida, en la época de la subida al trono de Seleuco II, para fundar su propio Estado en el Asia Central. Esto debió de ocurrir hacia el 247 a. de C., la fecha en que se inicia la era arsácida, que probablemente tuvo como modelo la era seléucida. Alrededor del 238 a. de C., Arsaces invadió la Partia propiamente dicha y derrotó a su sátrapa independiente, Andrágoras. Poco tiempo antes, el sátrapa de la Bactriana, Diódoto, también se proclamó independiente de los Seléucidas. Dificultades surgidas en la parte occidental del Imperio seléucida dieron a los

Fig. 6. Irán bajo el dominio de los partos

partos, así como a otros pueblos orientales, ocasión de consolidar su poderío.

Las excavaciones realizadas por los arqueólogos soviéticos en Nis, nombre griego de Parthaunisa, donde había tumbas reales según Isidoro de Cárace, han enriquecido considerablemente nuestro conocimiento de la Partia en los siglos II y I a. de C. De uno de los *óstraca* encontrados en Nis podemos deducir que el sitio se llamaba oficialmente Mitridatkirt, por lo menos desde la época de Mitrídates I [115]. Desgraciadamente, los reyes arsácidas se llamaron todos Arsaces, como sabemos por sus monedas y por una afirmación de Justino (41, 5, 6). Este hecho dificulta la identificación de los distintos gobernantes, pero revela el conservadurismo de los partos y su respeto hacia la familia real durante todo el dominio parto. El nombre de familia, Arsaces, nunca llegó a convertirse, sin embargo, en un título, como ocurrió en Occidente con el de César.

Los partos, en su patria, probablemente gobernaban su nuevo reino por medio de una burocracia reclutada entre escribas expertos en las prácticas tradicionales y en el idioma arameo del Imperio aqueménida. Tal vez hubiera poca necesidad del idioma griego en el Asia Central y en el Irán oriental, aunque podemos suponer que tanto el griego como el arameo florecieron con carácter de idiomas oficiales de la burocracia bilingüe de los Seléucidas, por lo menos en el Este [116]. Pero los partos no tardaron en adoptar el griego para sus monedas, y también continuaron las tradiciones seléucidas del helenismo. Considero importante recordar esa burocracia bilingüe, y quizá lo que podríamos llamar una cultura bilingüe también, que prevalecieron en la Partia, como habían prevalecido en los dominios seléucidas. En algunas zonas el helenismo se había debilitado, mientras en otras se mantenía fuerte aún, pero la vieja opinión de que la ascensión de los partos constituía una reacción de los elementos nativos iranios contra los griegos (y contra los macedonios) es seguramente equivocada. Los griegos deben de haber servido a los dominadores partos, del mismo modo que los iranios sirvieron a los reyes griegos de la Bactriana [117]. Las ciudades del Irán fundadas por Alejandro Magno o por un seléucida fueron, desde luego, centros de helenismo, mientras que las áreas situadas fuera de ellas no lo fueron. Las ciudades se construían a lo largo de la gran ruta comercial hacia la India y al Lejano Oriente, y, fuera de aquella ruta, la influencia helénica era ciertamente pequeña.

En Nis, más de 2.000 *óstraca* relativos a negocios de vino y de viñedos estaban escritos en arameo, aunque se leían como

en pártico. De más de cuarenta impresiones de sellos sobre arcilla sólo una tenía una inscripción griega, buena prueba de que el griego no se utilizaba mucho en Nis [118]. Al mismo tiempo, en Avroman, en el Irán occidental, los partos usaban el griego para las transacciones legales [119]. En los *óstraca* de Nis para las fechas se empleaba la era parta, mientras que en los documentos griegos de Avroman se utilizaba la seléucida. Esto no quiere decir que hubiera una rivalidad entre los dos sistemas de datación, sino, sencillamente, que los dos se utilizaban en el Reino parto, unas veces juntos, y otras solos. Las dos eras reflejan también, a mi parecer, las integrantes helénica e irania en la cultura de los partos, dos integrantes que frecuentemente aparecen bien diferenciadas en los hallazgos arqueológicos, pero también, y especialmente en el último período, entrelazadas en una unidad sincrética.

Se ha observado ya que los partos tuvieron que luchar en su expansión contra enemigos situados en sus fronteras, tanto orientales como occidentales. Pero la atención se ha centrado casi exclusivamente en el papel de los partos como adversarios de los Seléucidas y luego de los romanos. En cualquier caso, los partos procedían del Asia Central y nunca perdieron sus lazos con el Oriente. En realidad, la frontera oriental de los Arsácidas fue tan importante como la occidental, y deberíamos dedicar al Oriente, poco conocido, un estudio más atento que el reservado al avance —mejor conocido— de los ejércitos partos hacia Occidente.

Para continuar el desarrollo del tema arriba mencionado, deben hacerse aquí dos rectificaciones en la panorámica general de la antigua historia parta. La primera se refiere a la creencia de que los Seléucidas y los reyes griegos de la Bactriana eran los campeones de helenismo en el Este contra un iranismo bárbaro, representado por los partos y otros nativos que reaccionaban contra el helenismo. El hecho de que la madre de Antíoco I fuese irania debería bastar para poner en tela de juicio tal creencia. Pero pueden encontrarse otras pruebas de que los Seléucidas y los griegos de la Bactriana apoyaron las culturas «nativas» al mismo tiempo que el helenismo; por ejemplo, la protección seléucida a la antigua religión babilónica y a la tradición cuneiforme [120]. Esto no quiere decir que no hubiese conflictos entre «helenos» y «nativos», sino, más bien, que la política oficial de los diversos estados existentes en la llanura irania en los siglos III, II y I a. de C. *tenía que conciliar* a ambos grupos. Varias familias reales se vanagloriaban de tener ascendencia griega e irania, siendo el caso más notable el de

Antíoco I de Comágene (69-34 a. de C., aprox.), que se declaraba descendiente de Darío el Aqueménida y, a través de los Seléucidas, de Alejandro Magno [121]. La legitimidad basada en una ascendencia irania tanto como helénica se adaptaba perfectamente a las creencias orientales acerca del carisma del mando [122]. Indudablemente, para los nuevos gobernantes supuso una ventaja la proclamación de su derecho a gobernar, fundada en aquella doble ascendencia, aunque fuese ficticia.

Como una consecuencia de las políticas oficiales de apoyo a las dos culturas, al menos en el Este podemos suponer, como se ha señalado ya, que los iranios sirvieron en los ejércitos de los greco-bactrianos y los Seléucidas, llegando algunos a ocupar altos puestos. Corresponde a J. Wolski *(loc. cit.)* el mérito de haber defendido convincentemente este punto en numerosas publicaciones. Y ahora podemos pasar a la segunda precisión en nuestro cuadro de la historia seléucida, que es la de que los Seléucidas perdieron todo el Irán oriental cuando subió al trono Seleuco II y que todos los intentos realizados por él y por otros reyes seléucidas para reconquistar sus dominios del este fracasaron. Sólo bajo Antíoco III, después del 209 a. de C., volvió a imponerse una parte de la influencia seléucida, pero aun ésta apenas sobrevivió a la derrota de Antíoco por los romanos en Magnesia, en el 189 a. de C. Aunque los Seléucidas eran apoyados e incluso estimados en Siria, en Mesopotamia y también en el Irán occidental, no alcanzaron el mismo respeto en el Este, y no porque los indígenas se opusiesen al helenismo seléucida, sino, más bien, porque los Seléucidas nunca habían concedido importancia al Este, y en los oasis del Asia Central y en el Irán oriental habían florecido siempre las tendencias al autogobierno. Además, si aceptamos la opinión de Tarn de que los greco-bactrianos deberían ser incluidos entre las demás dinastías de los Diádocos —Seléucidas, Ptolomeos, Antigónidas y Atálidas—, entonces, a mi parecer, deberíamos incluir también a los Espartócidas del sur de Rusia y a los partos [123]. Porque en el Este los partos continuaban las tradiciones helénicas de los Seléucidas, así como, naturalmente, las suyas propias. No hay pruebas, por lo menos en los siglos II y I a. de C., de una continuada política antihelénica de los partos.

La expansión parta hacia el Este fue detenida por el nuevo Estado greco-bactriano bajo Diódoto y luego bajo Eutidemo. El oasis de Mirv, la satrapía de Margiana, que había sido rodeada por una muralla por orden del segundo Seléucida, Antíoco I, probablemente cayó en poder de los greco-bactrianos, así como Aria, la zona de Herat y la Sogdiana. Así, el Estado parto se

extendió al principio hacia el Oeste, a través de Hircania. Para el nuevo Estado parto constituyó una amenaza la expedición de Seleuco II hacia el Este (alrededor del 237 a. de C. ?), posiblemente en alianza con Diódoto de Bactriana, pero Seléuco tuvo que regresar a Siria y los partos cointinuaron su expansión. Hubo un tiempo en que el nuevo Estado parto se hallaba dividido en cinco provincias (Astauena, Apavarktikena, Partiena, Hircania y Comisena) con base probable en una más antigua división seléucida de las primitivas satrapías aqueménidas en provincias llamadas eparquías [124]. Posteriormente la provincia de Coarena, cerca del actual monte Demavend, fue añadida a los dominios de los partos.

A mi parecer, es importante recordar que los partos fueron incapaces de crear un imperio fuerte y centralizado, aunque parece que mantuvieron una gran lealtad entre el pueblo hacia la familia real de los Arsácidas durante varios siglos. El oscuro período comprendido entre Alejandro Magno y el ascenso de los Sasánidas en el siglo III d. de C. es conocido por los últimos escritores árabes y persas como una época de muchos reinos feudales, y, como característica general del tiempo de los partos, la observación es acertada. Pero, bajo los partos, en la mayor parte de la llanura irania prevalecieron una cultura y un idioma comunes. El idioma partos, o sus dialectos, era corriente en el Khorasan o Irán oriental, y las conquistas de los partos en el Oeste les permitieron extender el idioma a la Media e incluso a Mesopotamia, a dondequiera que llegaron los oficiales y los soldados partos. Al hablar del Estado parto, quizá deberíamos referirnos más a una hegemonía parta que a un imperio centralizado. Indudablemente, bajo sus fuertes gobernantes los partos aparecen siempre unidos y poderosos ante sus vecinos, pero es discutible que el Estado parto tuviese nunca un aparato estatal centralizado, de ningún modo comparable a la República o al Imperio romanos.

Volviendo a las vicisitudes de los partos; hicieron la paz con Diódoto II de Bactriana (Justino, XI, 4, 9), lo que les dio la oportunidad de consolidar su poder en su país de origen y de construir ciudades. Parece que los partos tuvieron un buen número de capitales, incluyendo Nis, Dara, al sudeste de Nis, y, por último, a finales del reinado de Tiridates, sucesor de Arsaces, el fundador de la dinastía, la capital estaba en Hecatompilos. El emplazamiento de Hecatompilos no ha sido identificado, aunque algunos lo sitúan en las proximidades de la moderna Damghan. Bajo Artabano I (211-191 a. de C., aprox.), los partos continuaron avanzando hacia el Oeste, pero un nuevo soberano

seléucida emprendió la ofensiva contra ellos y temporalmente recuperó parte de sus territorios y de su prestigio en el Irán.

En torno al 209 a. de C., Antíoco III emprendió su gran expedición para reconquistar el Oriente de los Seléucidas, y el curso de sus campañas ha sido descrito por Polibio (X, 28-31). Antíoco derrotó a los partos, se apoderó de Hecatompilos y continuó hacia el Este. Parece que Artabano se vio, finalmente, obligado a reconocer la supremacía seléucida y a concluir un pacto con el conquistador. Antíoco, entonces, continuó su lucha contra Eutidemo de Bactriana y, tras algunas batallas, le situó en su capital. También aquí se hizo la paz hacia el 206 a. de C. Antíoco prosiguió su expedición hasta la frontera de la India antes de volver a Seleucía del Tigris, la capital oriental de los Seléucidas. Como consecuencia de la campaña de Antíoco contra la Partia, ésta quedó debilitada y perdió la mayor parte de los territorios conquistados en el Irán occidental. Los greco-bactrianos, bajo Eutidemo, por el contrario, parece que ganaron nuevas energías tras la prueba de fuerza con Antíoco, pues no sólo el Estado greco-bactriano alcanzó su máxima extensión en Asia Central, sino que Demetrio, hijo de Eutidemo, se lanzó a grandes conquistas al sur de las montañas Hindu-Kush. A juzgar por la abundacia de monedas de distintos gobernantes parecería, sin embargo, que los greco-bactrianos sufrieron de la misma autonomía local y feudal de que luego sufrirían los partos. No podemos discutir aquí los numerosos problemas que plantea la reconstrucción del orden de sucesión de los reyes greco-bactrianos, pero sus frecuentes luchas, mencionadas por Justino (41, 6), dieron lugar a las conquistas partas a expensas de ellos tan pronto como un gobernante capaz subió al trono arsácida. Este gobernante fue Mitrídates I (aprox. 171-138 a. de C.).

Por la misma época en que Mitrídates asumía el mando en la Partia, en la Bactriana usurpaba el trono un rebelde llamado Eucrátides[125]. Aunque empezó imponiendo con éxito su dominio sobre un vasto territorio, después perdió varias provincias de la parte occidental de su reino en favor de Mitrídates (Estrabón, XI, 517). Estas provincias probablemente comprendían todo el territorio occidental de la moderna Herat, que parece haber permanecido en poder de los greco-bactrianos, mientras el oasis de Merv, a juzgar por las monedas encontradas, quizás en aquella época estuviese sometido a los partos[126]. Sin embargo, bajo Mitrídates I los ejércitos partos se dirigieron principalmente hacia el Este. La Media fue conquistada tras fuerte lucha en torno al 155 a. de C. Inmediatamente tomó la Mesopotamia, y Mitrídates fue reconocido como rey en Seleu-

cia, en el 141 a. de C. Pero poco después el rey tuvo que volver a su patria, posiblemente a causa de las incursiones de los nómadas procedentes del Asia Central. Mientras tanto, Demetrio Nicátor, el soberano seléucida, trató de reconquistar del dominio de los partos los territorios perdidos, pero fue derrotado, hecho prisionero y enviado a Mitrídates, al Este.

El hijo de Mitrídates, Fraates II (138-128 a. de C., aprox.), tuvo que luchar contra otro Seléucida, Antíoco VII Sidetes, hermano de Demetrio. Tras unos éxitos iniciales, en los que reconquistó Mesapotamia y parte de la Media, Antíoco fue derrotado y muerto en la primavera del 129. Fraates recuperó la Mesopotamia y nombró gobernador de Seleucia a un hircano llamado Himero. Las ambiciones partas de apoderarse de los restos del Imperio seléucida en Siria se frustraron a causa de las invasiones de los nómadas procedentes del Asia Central.

Estas invasiones del Próximo Oriente por los nómadas procedentes del Asia Central desempeñaron un importante papel a lo largo de la historia de aquella zona. Si tenemos en cuenta que el Irán oriental y el Asia Central son tierras de oasis rodeadas de estepas o de desiertos, resulta claro que la constante interacción de la estepa y de los terrenos cultivados determinó, de diversos modos, las políticas y las actividades de los pueblos que allí dominaron. Conflictos y luchas sobre derechos de aguas llenan los documentos locales desde que existe información, y todavía hoy el agua sigue siendo la savia vital del país. A intervalos, en el pasado, los nómadas del Lejano Oriente se vieron obligados a emigrar y a invadir el Irán oriental y la India septentrional en grandes masas, y esto fue lo que ocurrió también a mediados del siglo II a. de C.

No podemos ocuparnos aquí de los acontecimientos en las fronteras de China, en la lejana Mongolia, de donde partieron los Hiung-nu, probablemente los antepasados de los hunos, contra un pueblo de idioma indoeuropeo llamado Yüeh-chih en las fuentes chinas. Este tuvo que desplazarse hacia el Oeste, y desplazó, a su vez, a los nómadas saces, que invadieron la Bactriana. El primer avance de los Yüeh-chih desde el Lejano Oriente hasta el Turquestán occidental debió de producirse poco tiempo antes del año 165 a. de C., mientras que la segunda migración, hacia Bactriana, ocurrió alrededor del 130 a. de C.[127]. Sabemos que hubo mercenarios saces en los ejércitos de Fraates II (Justino, 42, 2), pero, según parece, dieron más trabajos que ayuda. Después Fraates se vio obligado a marchar contra otra horda de los saces que había invadido y saqueado la Partia desde el Este. Fraates murió en el combate contra estos saces,

alrededor del año 128, pero los saces, a su vez fueron expulsados hacia el Sudeste por los Yüeh-chih. Ahora está generalmente admitido que los Yüeh-chih fueron los antepasados de los kusana, nombre de una de las tribus de los Yüeh-chih. Los tocarios fueron probablemente otra tribu o, no tan probablemente, otra designación dada a todos los Yüeh-chih, y se dice que derrotaron y dieron muerte a Artabano II, tío y sucesor de Fraates, alrededor del año 123 a. de C.[128]. Afortunadamente, Artabano fue sucedido por un enérgico soberano que derrotó a los nómadas y restableció el dominio parto en Oriente.

Mitrídates II (123-87 a. de C.) fue el Darío del Estado parto; al comienzo de su reinado tuvo que mantener el orden sofocando varios movimientos rebeldes. En Mesopotamia empezó, probablemente, por derrotar a Himero, que se había proclamado independiente. Luego venció al rey de Caracene, un árabe llamado Hispaosines, que nos es conocido por las monedas que acuñó[129]. Mitrídates reconquistó después las provincias orientales que habían sido ocupadas por los saces. Fue probablemente él quien los redujo al territorio que de ellos tomó el nombre de Sakastán, el moderno Seistán, pero es imposible determinar la extensión de las conquistas de Mitrídates en Oriente. Los dominios partos a que se refieren las *Estaciones partas*, de Isidoro de Cárace, que datan, probablemente, del tiempo de Augusto, tal vez representen los límites establecidos por Mitrídates y por sus inmediatos sucesores, pero esto no es más que una plausible hipótesis.

De las excavaciones arqueológicas se desprende que una de las consecuencias de las presiones nómadas procedentes del Asia Central fue el desarrollo de una nueva arquitectura de fortificación en las ciudades de los dominios greco-bactrianos. Aunque existían ciudades antes de Alejandro Magno, en el período greco-bactriano aparecen murallas altas y macizas, con torres y fuertes puertas, que introducen innovaciones respecto a las de anteriores períodos[130]. La existencia de muchas ciudades en el reino de la Bactriana está probada por las fuentes clásicas (por ejemplo, Justino, 4, 4, 5), y es lícito suponer que en ellas florecieron las artes, la artesanía y la industria. La excavación de una ciudad greco-bactriana, descubierta en 1964 en la confluencia del Kokcha y del Oxus (*), en el actual Afghanistán, podría llenar muchas lagunas de nuestro conocimiento del mundo greco-bactriano.

* Amu-Daria. (N. del T.).

Por los objetos artísticos y por los resultados de las excavaciones parece claro que las influencias culturales dominantes entre los gobernantes y la aristocracia, tanto partos como grecobactrianos, fueron helénicas. Junto al arte helénico existía un arte popular, lo que es una prueba más del paralelismo de las culturas antes mencionado. Las preferencias de la familia real parta se observan en las estatuas y en los «rytones» encontrados en la antigua Nis, el emplazamiento de las residencias reales [131]. Las modificaciones introducidas en el estilo helénico pueden advertirse ya en los objetos de Nis, y, posteriormente, se desarrollaron motivos y estilos iranios.

El reinado de Mitrídates II debe considerarse como el apogeo del poderío parto; el rey recibió el sobrenombre de «el Grande», como sabemos por las fuentes clásicas [132]. En sus monedas encontramos el título de «rey de reyes» en griego, otra prueba de su poderío y prestigio, aunque luego el título sería adoptado por Tigranes de Armenia, por los reyes saces en Oriente y también por Farnaces, soberano del Bósforo Cimerio (63-47 a. de C., aprox.). Ya nos hemos referido a las conquistas de Mitrídates en el Oriente. En Occidente derrotó a Artavasdes I, rey de Armenia. En Mesopotamia los reyes de Caracene continuaron acuñando monedas, pero, probablemente, gobernaron como vasallos de los partos. En una posición análoga se encontraban los gobernantes de la Susiana (llamada por los griegos Elimea, y por la Biblia, Elam: el actual Khusistán) y de la Pérside (región de Persia, actual Fars). Además, en Mesopotamia la destintegración del poderío seléucida permitió a los gobernadores de algunas provincias, como Adiabena, alrededor de la actual Kirkuk, establecer pequeños reinos. Por otra parte, el reinado de Mitrídates puede considerarse como el establecimiento de las grandes familias feudales en el territorio de la llanura irania, aunque las grandes familias constituyeron un aspecto constante de la vida irania, desde los Aqueménidas hasta la conquista árabe. En este período probablemente pasan a primer plano, como nueva aristocracia gobernante, las familias principescas partas, emparentadas con la casa de Arsaces.

La familia Suren tal vez recibió como feudo Seistán, tras la derrota y contención de los saces por Mitrídates, aunque esto pudo suceder después, bajo Vologeses I (51-80 d. de C., aprox.). El general parto que derrotó a Craso en Carres era un Suren, y después, en tiempo de los Sasánidas, un miembro de la familia era la segunda autoridad en el país, después del soberano [133]. Algunas fuentes consideraron, erróneamente, que el nombre Suren era un título, pero las inscripciones confirman que era

un nombre de familia. La familia Karen tuvo extensas posesiones en Media, con su centro en Nihavand, y, según las fuentes armenias, perdieron su poder y sus posesiones con la llegada de los Sasánidas[134]. Esta información no está ratificada por inscripción ni por posteriores referencias a la familia, lo que nos permite suponer que sólo una rama de la familia sufrió de aquella contingencia. Los Suren y los Karen son las únicas dos familias mencionadas por las fuentes que se refieren al período parto, pero otras familias, mencionadas posteriormente, pueden haber existido en el período parto, por ejemplo, los Spahpat o Aspahbad, mencionados en inscripciones sasánidas y en fuentes clásicas. Estos pueden haber sido una rama de la familia Karen, con su centro principal en Komis, en las proximidades de la moderna Damghan, pero la información es tan confusa como escasa[135].

Se han descubierto otros nombres, por ejemplo, el de Gevpuhr, de Hircania, la actual Gurgan, familia a la que tal vez perteneció Gotarces I (90-80 a. de C., aprox.), aunque esto no es más que una suposición[136]. Otro nombre es el de la familia Mihran, posiblemente con su centro en Raghes (la actual Teherán). Era, quizás, una rama de la familia Spahpat[137]. Sería ocioso especular sobre otros nombres que aparecen en el período sasánida, como los Zek, Varaz, Andegan y Spandiyad, todos, probablemente, de familias feudales. Baste decir que, sin duda, muchos tuvieron sus orígenes en tiempos de los Arsácidas.

La proliferación de títulos bajo los partos puede interpretarse como resultado de las tendencias feudales en el Estado arsácida. Indudablemente el título de sátrapa fue degradándose hasta significar el gobernador de una subdivisión de la antigua gran provincia aqueménida y, finalmente, en el período sasánida, llegó a ser el equivalente de alcalde de una ciudad y de los pueblos vecinos. Un examen de algunos de los títulos que encontramos en diversas fuentes nos mostrará la complejidad de la situación. Ténganse en cuenta las diferencias entre títulos, cargos honoríficos y funciones, aunque las fuentes no son claras en absoluto acerca de esto. Puede suponerse que los términos cambiaban de valor y de significado a lo largo del período parto, así como en la época sasánida

Si consideramos ante todo la estratificación social, hemos mencionado a las grandes familias que, juntamente con la casa real de los Arsácidas, constituyeron la alta nobleza, aproximadamente equivalente a los gobernadores de las grandes provincias (*sahrdar*) y a los miembros de las grandes familias feu-

dales *(aaspubr)* del tiempo de los Sasánidas [133]. Probablemente en el Reino parto —por lo menos en el período que estamos considerando, anterior a la época de Augusto— no había una división en clases tan clara como en el Imperio sasánida. Las otras dos clases de los Sasánidas, también probablemente herencia de los últimos tiempos partos, eran los «grandes» *(vuzurgan)* y los «libres» *(azadan)*. Estas dos clases pueden también haber existido anteriormente, pero no tenemos pruebas respecto a los primeros, mientras que los «libres» aparecen mencionados en las fuentes clásicas como una clase relativamente pequeña en tiempo de los partos [139]. Los «libres» podrían compararse con los caballeros de la Europa Occidental en la Edad Media.

La antigua estructura religiosa de la sociedad irania, dividida en tres clases —guerreros, sacerdotes y pueblo común—, o la posterior división en cuatro clases —guerreros, sacerdotes, escribas y artesanos— presentan muchos problemas. Indudablemente, había una división de la sociedad semejante al sistema general de castas de la India, pero ignoramos su significación en el Irán parto. Cualquiera que fuese la importancia de tal división social, todas las categorías de la estratificación social de la nobleza antes mencionadas pertenecen a la casta guerrera. De los sacerdotes y del pueblo común hablaremos más adelante.

Como podría esperarse, las fuentes revelan una mezcla de títulos iranios y helenísticos durante el período parto, cuya interpretación no es fácil. Un documento de préstamo encontrado en Dura-Europos es un buen ejemplo de ello [140]. En él uno de los altos oficiales, Metolbaesas, es un miembro de la orden de los primeros y honrados amigos y guardias de corps, una supervivencia modificada del tiempo de los Seléucidas. Su puesto o función es el de comandante de la guarnición. Otro oficial, más alto que el anterior, era Maneso, hijo de Fraates, gobernador de Mesopotamia y Parapotamia y de los árabes de las zonas próximas. Este era miembro de la *batesa,* probablemente una orden irania de alto rango, y también un caballero, si puede interpretarse el deteriorado texto como el equivalente griego de *azadan.* La etimología de *batesa* es incierta, pero probablemente significa un orden o una clase y no un alto cargo. El prestamista en el documento era un eunuco, Fraates, que pertenecía al círculo de Maneso. No era miembro de ningún orden, pero ocupaba un cargo llamado *(h)arkapates.* Este título significa que él tenía a su cargo la organización tributaria y quizá también la recaudación de impuestos. Posteriormente, bajo los primeros Sasánidas, este título, u otro homónimo, llegó a ser mucho más im-

portante. El número de títulos que encontramos y que significan «lugarteniente», «primero» o «segundo en el mando», suscitan muchos problemas acerca de las jerarquías partas, sin duda complicadas. La naturaleza feudal del Reino parto, de todos modos, explica la confusión de las categorías feudales, de los derechos hereditarios y de los cargos. Estos y los títulos honoríficos siempre han suscitado problemas a lo largo de la historia del Irán a los no especializados en ella.

Ya hemos aludido a la degradación del cargo de sátrapa, que en los *óstraca* de Nis aparece escrito en arameo, como *PHT'*. Gracias a los *óstraca*, puede reconstruirse una jerarquía de los oficiales que gobernaban el Irán oriental [141]. En la Partia propiamente dicha, la más pequeña división administrativa era el área de un *diz*, controlada por un *dizpat*, literalmente «jefe de fortaleza». El *dizpat* estaba subordinado al sátrapa, el cual presidía un distrito que comprendía varias áreas pequeñas, cada una de las cuales se hallaba sometida a un *dizpat*. Por encima del sátrapa estaba el *marzban*, literalmente «protector de frontera», pero probablemente equivalente oriental del *strategós* o «gobernador», en la parte occidental del Imperio arsácida. Otros oficiales menores encontrados en los *óstraca* de Nis, tales como escriba jefe, tesorero y otros parecidos, eran necesarios en todas partes. De una comparación de Nis con Dura-Europos, resulta claro que las divisiones administrativas del Estado parto eran diferentes en las distintas partes del Reino, y las jerarquías de funcionarios debieron de cambiar también.

Nada sabemos del pueblo común, de su organización o de su vida. Existía la esclavitud, pero la diferencia entre siervos y esclavos no está clara. Los prisioneros de guerra romanos probablemente pasaban a la condición de esclavos, pero su relación con los esclavos indígenas no aparece registrada en texto alguno. Los sacerdotes o magos tenían, sin duda, una alta posición en la sociedad, pero no hay pruebas de una organización eclesiástica o de una jerarquía en tiempo de los partos. Probablemente, la función más importante de los sacerdotes era el culto, incluyendo los ritos del fuego, pero, una vez más, nuestras fuentes son defectuosas.

En cuanto a la religión, a la literatura y al arte, encontramos en las fuentes las mismas lagunas que en lo referente a la historia política y social. Como existe la misma extraña laguna en la información acerca del zoroastrismo y de las otras religiones en el Irán arsácida, las conjeturas pueden desempeñar aquí un papel más importante que en cualquier otro problema Sabemos que los sacerdotes del fuego existían en Anatolia y en

Mesopotamia, pero estos «magos» ajenos al Irán, probablemente eran diferentes de los sacerdotes de la llanura irania. Un examen del escaso material iranio del período parto plantea un número de problemas religiosos que deberían ser investigados. Los *óstraca* de Nis no tienen información alguna relativa a la religión, salvo la frecuente aparición de Mitra en nombres compuestos, como Mitradat, Mitraboxt y Mitrafarn. Otros «nombres religiosos» son Spandatak, Sroshak, Tir, Vahumen y Ohrmazdik, todos de carácter zoroastriano. La palabra *mago* aparece una vez como MGWSH, lo que es sorprendente, porque, probablemente, esta palabra semítica fuese tomada del iranio en la época aqueménida, o tal vez antes [142]. Sin embargo, este término semítico nos induce a considerar las relaciones entre un *mago* de la Partia y los sacerdotes de Anatolia y la Mesopotamia, llamados *magusaioi* en las fuentes griegas.

Merece señalarse que los temas representados en los «rytones» de marfil grabado de Nis son todas escenas de la mitología griega. Otros objetos de arte iranio en este período prueban la popularidad de los cultos de Heracles y Dioniso, de modo que nos encontramos ante la paradoja de elementos zoroastrianos en los documentos escritos y caracteres helénicos en los objetos de arte de Nis. Pero los hallazgos de Nis datan del período en que las dos culturas se hallaban todavía separadas y no fundidas en un sincretismo como el que luego encontraremos, por ejemplo, en el mitraísmo. Es probable que en algunas zonas del Irán el zoroastrismo se mantuviese y se cultivase como la verdadera religión irania, mientras en otras se produjo una fusión de las diferentes concepciones y ritos. Sería, sin duda, erróneo suponer que la religión de los magos en la Mesopotamia o en Anatolia era idéntica a las creencias y a las prácticas de los magos en el Irán, o que los sacerdotes del Irán occidental se adhiriesen, necesariamente, a la misma fe que los del Este.

Mucho se ha escrito acerca del zervanismo, que puede caracterizarse por la creencia en la supremacía del tiempo, Zerván, sobre sus hijos, Ormuz, el dios del bien, y Ahrimán, el dios del mal. La especulación sobre el tiempo —una preocupación intelectual de todas las épocas— llegó a ser una moda en el período parto, y el papel de Zerván en el mitraísmo y en el maniqueísmo demuestra la influencia que la fe en el destino ejerció no sólo sobre el zoroastrismo, sino también sobre otras religiones.

Corresponde a F. Cumont el mérito de haber demostrado que el zervanismo, como teología o escuela de pensamiento, se

desarrolló en Mesopotamia, principalmente, bajo la influencia de la astrología babilónica, y como movimento sincrético tuvo tanta influencia que algunos escritores cristianos llegaron después a pensar que el zervanismo era la religión oficial y dominante en el Imperio sasánida[143]. El zervanismo, aunque de origen iranio, no alcanzó gran difusión entre las masas iranias durante el período parto, que, en conjunto, fueron zoroastrianas tolerantes con carácter general.

El mitraísmo, tal como fue conocido en el Imperio romano, surgió probablemente entre los *magusaioi* de Anatolia, según indica Plutarco[144]. Los orígenes de muchos conceptos del mitraísmo, sin embargo, seguramente proceden del Irán, principalmente de los círculos zervanistas. Pero esto no significa que el mitraísmo surgiese ya desarrollado en el Irán, ni podemos deducir de ello que el zervanismo fuese un «mitraísmo indígena» en el Irán. Los arqueólogos no han encontrado un solo *mithraeum* en suelo iranio; y tampoco hay pruebas de ninguna religión con culto organizado, jerarquía y escritos sagrados en el Irán parto. Ni el culto real[145], incluyendo, por ejemplo, el antiguo sacrificio de caballos, ni las creencias populares, tales como la costumbre de iconos o ídolos familiares, pueden considerarse zoroastrianos, sino, más bien, al contrario. A pesar de la multiplicidad de prácticas e, indudablemente, también de creencias y cultos, podemos suponer un núcleo de zoroastrismo que perduró a través del período parto como un eslabón entre los Aqueménidas y los Sasánidas. El zoroastrismo de la época parta, sin embargo, experimentó cambios que son difíciles de seguir, no sólo a causa de las lagunas de las fuentes, sino también por las actividades de la diáspora irania en Mesopotamia y en Anatolia, y de las posteriores religiones del mitraísmo y del maniqueísmo, que han influido en las interpretaciones occidentales de la religión en el Irán.

No hay espacio aquí para examinar el problema de la composición de algunos escritos zoroastrianos durante el período parto. La sección del Avesta llamada Vendidad (realmente, *Videvdat,* «Ley anti-demoníaca») debió de haber sido codificada bajo la dominación parta, porque en el libro se han encontrado medidas grecorromanas[146]. El problema de un Avesta escrito en el tiempo parto, y en qué idioma o escritura, presenta muchas dificultades, pero puede admitirse que no existió ninguna colección canónica de textos avésticos. Por otra parte, la escritura existía y seguramente se registraron algunos textos religiosos, probablemente en distintas escrituras e incluso en distintas lenguas. Las tradiciones orales seguramente fueron con-

servadas por algunos sacerdotes, pero también se conservaron oralmente la épica y otras literaturas.

Desgraciadamente los restos del idioma parto son extremadamente escasos. Los *óstraca* de Nis, un contrato en pergamino de Avroman, en el Kurdistán, y unas pocas inscripciones son todo lo que tenemos del período parto. Todos están escritos en arameo ideográfico; por ejemplo, la palabra que significaba «hijo» se escribía BRY, pero se pronunciaba *puhr,* siendo la primera forma aramea, y la segunda, parta. No es éste el lugar adecuado para discutir el incómodo sistema de escritura heredado de la burocracia aqueménida, que usaba el arameo, pero es indudable que entorpeció la difusión de la cultura entre los partos. Es cierto que el idioma parto se conservó en los documentos maniqueos encontrados en el Turquestán chino, pero son documentos tardíos, pues datan del período postsasánida. Sus contenidos —sobre todo, himnos— son naturalmente de fechas mucho más antiguas, y no nos dicen mucho acerca de la literatura parta. Su conocimiento puede adquirirse mediante los textos posteriores mediopersas y neopersas, que conservan un material parto más antiguo, desde luego reelaborado, como la novela de *Vis u Ramin* en neopersa. De un estudio de estos trabajos literarios se deduce que la poesía épica y juglaresca era notable en la época parta. Por lo demás, esto es lo que cabe esperar de un tiempo de héroes, pues el vocablo «parto» sobrevivió, cambiando de forma, como la moderna designación del «héroe» *(pahlavan).*

Una investigación de los términos partos en el armenio y de los cantos épicos de los osetas —un pueblo iranio contemporáneo, del Cáucaso del Norte— arroja alguna luz sobre la literatura oral parta. A los *gosan* (en armenio, *gusan*) o juglares se debe quizá la conservación de los relatos de los antiguos héroes, que acabaron siendo recogidos en el *Shahname* de Firdosi, la historia épica del Irán preislámico. Hubo, sin duda, un gran número de ciclos históricos, como los cuentos de la familia de Rustam, centrados en Seistán, y posiblemente de orígenes saces [147]. Pero todo lo que se ha conservado es la obra de Firdosi, aunque hay indicios en varios libros más tardíos de que la poesía épica era muy popular en el Irán. Además, el gran número de imitaciones del *Shahname* en el persa moderno, como el *Barzuname,* el *Khavarname* y otros, confirma la continuada afición del pueblo a aquel género de literatura.

La sociedad parta favoreció el desarrollo de la poesía heroica, épica, y el mismo espíritu puede encontrarse en las obras de arte que se han conservado. Escenas de caza, de combate entre

dos caballeros y caballos pintados en un galope volador, todo aparece en las obras realizadas en piedra, en metal o en estuco. La frontalidad de los retratos de dioses o de héroes, tal vez de origen hierático, se difundió tanto en la época parta, que es como una marca del arte parto. El traje masculino típico de los partos, formado por unos pantalones que caen en amplios pliegues, a veces con polainas, y cubierto por una túnica, también se difundió en el Oriente Medio [148]. La arquitectura parta, aunque es poca la que ha sobrevivido, muestra también, con sus arcos y sus *aivans* o pórticos, el mismo carácter distintivo de las monedas, de los trajes y de la frontalidad en el arte. Tampoco aquí se trata del origen parto de tales aspectos distintivos, sino de lo que podría llamarse su «canonización» por obra de los partos. A pesar del carácter fragmentado y feudal del Estado arsácida, los partos mantuvieron una sorprendente unidad de cultura y una gran solidaridad en su adhesión a ella. Esta solidaridad cultural es un factor importante, que se mantiene a lo largo de toda la historia del Irán. Cuando los autores romanos hablaban del mundo como dividido entre romanos y partos, no se referían simplemente a la división política o militar, sino también, y quizá predominantemente, a la división cultural. En la época del Imperio romano parecía que se enfrentaban dos grandes civilizaciones, con sus propias formas y tradiciones peculiares. Pero, mientras los romanos emulaban a los griegos en la transmisión de su propia herencia a la Europa Occidental, los partos, aunque habían tomado mucho de los griegos, continuaron las antiguas e indígenas tradiciones aqueménidas, y las transmitieron a los Sasánidas. En cierto sentido, la Partia conservó la herencia del antiguo Oriente, mientras Roma se convertía en representante del nuevo Occidente, y así, el lema para los gritos de combate de los siglos siguientes —«Oriente es Oriente y Occidente es Occidente»— se discutió en este período.

Hemos tocado sólo brevemente los temas de la religión, de la literatura y del arte de los partos, porque es necesario que atendamos a la historia de cómo los dos imperios, el parto y el romano, se dividieron el Próximo Oriente. Durante más de medio milenio, desde Alejandro Magno hasta las conquistas de los árabes, el Próximo Oriente permaneció dividido, aunque partos y romanos alimentaron ideales de unidad, pues los reyes arsácidas continuaban soñando con la herencia de los Aqueménidas, y los emperadores romanos, con la de Alejandro Magno. El glorioso pasado inspiraba, así, las ambiciones de los unos y de los otros.

Es un tanto paradójico que el avance romano en el Próximo Oriente bajo Pompeyo, en 66-62 a. de C., parezca haber coincidido con grandes pérdidas de territorio por parte del rey arsácida Fraates III en Oriente. Hacia mediados del siglo I a. de C. surgió un gran Reino indo-parto, que dominó el Seistán y la zona del actual Afghanistán del Sur. Es muy difícil separar las monedas saces de las partas en este área, por lo que suelen agruparse unas y otras bajo la denominación de monedas de los reyes saces-pahlava (partos) del Afghanistán y de la India noroccidental. En las monedas aparecen nombres saces, como Azes, y partos, como Vonones, Gondofernes y Pakores. Probablemente en el siglo I a. de C., el territorio del moderno Afghanistán estaba dividido en muchos pequeños reinos, la mayoría de ellos en las montañas del Hindu-Kush, gobernados por descendientes de los greco-bactrianos, y otros sometidos a los invasores procedentes del Asia Central. El Estado pahlava del Irán oriental —usamos ese término indio para distinguirlo del principal Reino arsácida, en el Irán occidental— probablemente conquistó los últimos reinos greco-bactrianos en las regiones Hindu-Kush, pero el Reino pahlava, a su vez, se derrumbó después [149]. No podemos discutir aquí la ascensión de los kusana o el destino de los pahlava, pero baste decir que la autoridad central arsácida llegó al río Indo o más allá del Oxus, en el Asia Central. Incluso el Seistán y el Herat siguieron siendo zonas disputadas. En realidad, durante la vida de Cristo, el rey indo-parto Gondofernes conquistó, probablemente, el territorio al oeste de Seistán, en Carmania (actualmente, Kerman) [150].

Sin embargo, los partos extedieron su dominación hacia el Oeste, llenando el vacío dejado por la retirada de los Seléucidas. Pero otros esperaban también recibir la herencia de los sucesores de Alejandro. Tigranes el Grande, rey de Armenia, tomó el título de «rey de reyes» y extendió su Reino hasta Siria y Mesopotamia, mientras Mitrídates del Ponto fundaba otro Imperio. Durante algún tiempo los partos no hicieron nada por recobrar una posición dominante en Mesopotamia, al hallarse envueltos en conflictos internos a causa de la sucesión. Ya antes de la muerte de Mitrídates II, en el 87 a. de C., se había producido la rivalidad de otro rey, Gotarces I. La cronología de los reinados es incierta, pero podemos reconstruirla así: Gotarces I, 91-80 a. de C., aprox.; Orodes I, 80-77, aprox.; Sinatruces, 77-70, y Fraates III, 70-57 a. de C., aprox. De nuevo, entre el 57 y el 54 a. de C., Mitrídates III y su hermano Orodes II lucharon por el trono, resultando vencedor finalmente el segundo. Si Craso hubiese intentado su invasión del territorio parto un

año antes, habría podido tener éxito, pero la guerra civil había acabado ya antes de su desastre en Carres (Harran).

Ni los romanos ni los partos apreciaban en su justa medida el poderío o la importancia del enemigo antes de Carres. Tigranes de Armenia e incluso Mitrídates del Ponto habían constituido auténticas barreras entre las dos potencias; sin embargo, los partos tenían una idea más exacta que los romanos de los adversarios con quienes se enfrentaban [131]. Los resultados de Carres fueron la cristalización de la rivalidad de grandes potencias entre Partia y Roma, ya señalada más arriba, pero, en lo inmediato, el Eufrates se convirtió en el límite entre las dos potencias, y el rey armenio, así como otros soberanos menores, se inclinaron a favor de los partos. Durante más de una década los romanos esperaron una oportunidad de vengar la derrota de Carres, pero las guerras civiles en Roma les obligaron a posponer tal propósito. Finalmente, los partos provocaron un contraataque, cuando Pacoro, hijo de Orodes, invadió Siria y Palestina en el 40 a. de C. Parece claro que la política de los partos era la de formar alianzas con los reyes locales contra los romanos, pero fracasaron, y, con la muerte de Pacoro en el 38 a. de C., en un combate, la suerte se inclinó a favor de los romanos.

La invasión de Armenia por Antonio, en el 36 a. de C., casi acabó, sin embargo, en una catástrofe para los romanos, pero la lucha en el Reino parto entre el rey vasallo de Media y Fraates IV (38-2 a. de C., aprox.) permitió a Antonio recuperar el territorio perdido en Armenia en el 33 a. de C. Gracias a la guerra civil entre Antonio y Octavio, Fraates restableció la dominación parta sobre Media y se garantizó un rey favorable a los partos en Armenia. Pero la fatalidad de la dominación parta y los intentos de los parientes del rey de usurpar el trono no permitieron descanso alguno a Fraates, que durante algunos años tuvo que combatir contra Tirídates, que acuñó monedas durante cinco años aproximadamente (30-25 a. de C.). La llegada de Augusto trajo la paz y un aumento de la influencia romana en el Próximo Oriente. Lo que no habían conseguido las armas romanas, lo consiguió la diplomacia romana, y los dos siglos siguientes asistieron al predominio romano en toda aquella área, aunque los romanos nunca lograron tomar y mantener la Mesopotamia.

La astuta intervención de Roma en los asuntos internos partos fue acompañada del incremento del poder de la nobleza en el Reino parto, organizada en un consejo que frecuentemente se oponía o amonestaba al rey. No debe olvidarse que la totalidad

del territorio directamente gobernado por el monarca parto no era grande (la Partia propiamente dicha y las partes centrales de Irán y Mesapotamia, probablemente poco más de lo controlado por los Seléucidas en la época de la primera revuelta arsácida). Existían todavía ciudades semiautónomas de fundación seléucida en el Reino del gran rey, siendo la más importante de ellas Seleucia del Tigris. Los estados vasallos del Oeste, como Osroene (Edessa), Gordiena, Adiabena, en la Mesopotamia septentrional, y Mesena o Caracena y Elimea, en el Sur, probablemente tenían tratados con la Partia, mientras los reyes de Armenia, de Media y de Pérside luchaban frecuentemnte contra el rey de reyes parto. Había, sin duda, varios reyes en el Reino parto, pero el soberano arsácida no merecía, frecuentemente, el grandioso título de rey de todos ellos.

Por último, podemos preguntarnos por qué las fuentes griegas referentes a los partos no se han conservado. Arriano escribió una historia de la Partia y conocemos obras de Apolodoro de Artemita y de un autor desconocido, que fue la fuente de los fragmentos de Trogo. Así, pues, existieron escritos acerca de los partos, por lo menos en lo que se refiere al período que llega hasta la muerte de Mitrídates II. No sobrevivieron, probablemente, porque nadie estaba interesado por ellos. Posiblemente el idioma griego iba perdiéndose en Oriente, mientras en Occidente todo iba centrándose en Roma. En cuanto a los escritores latinos, sólo la rivalidad parto-romana interesaba a sus lectores romanos. La división del mundo era un dogma aceptado y, como se ha dicho ya, se mantendría durante mucho tiempo.

ε) *La búsqueda de las fronteras naturales del Imperio*

La creación del Imperio se había hecho sin orden, como resultado de las guerras, y las provincias habían ido añadiéndose unas a otras sin atender a los imperativos de la geografía. César había comprendido, sin duda, toda la magnitud del problema, pero no había tenido tiempo de resolverlo —era una tarea que tal vez sobrepasaba las fuerzas humanas, e incluso puede decirse que el Imperio romano moriría sin que hubiera sido realizada. Augusto se dedicó a resolver las dificultades que planteaban los sectores más importantes. Ya hemos dicho cómo había querido consolidar la bisagra entre las provincias orientales y el Occidente [152]. Entonces pudo darse cuenta de la importancia de aquella frontera que, si fuese forzada, dejaría a Italia a merced de los bárbaros. La preocupación dominante de Augusto parece haber sido la de asegurar la integridad de la península. Pero

para ello consideró necesario restablecer completamente la paz en las provincias de España y de la Galia. En primer lugar encargó a Valerio Mesala, en el 28, de sofocar una revuelta de los aquitanos; después, mientras dirigía en España la guerra contra los cántabros, envió a Terencio Varrón Murena contra los salasos, que ocupaban el valle de Aosta[153]. Los salasos, en su mayoría, fueron deportados y vendidos como esclavos. Se fundó la ciudad de *Augusta Praetoria* (hoy Aosta).

Durante nueve años no se organizó ninguna operación contra los montañeses de los Alpes; pero en el 6, P. Silio Nerva, que gobernaba en Ilírico y había adquirido contra los cántabros experiencia en la guerra de montaña, pacificó los valles alpestres entre el lago de Garda y la Venecia Julia[154]. Estas operaciones eran el preludio de una vasta ofensiva destinada a penetrar, por el Sur y por el Oeste, simultáneamente, en la región de los Alpes centrales. En el 15 a. de C., Druso remontó el valle del Odigio y, siguiendo la ruta de Brennero, alcanzó el valle del Inn. Otra columna, a las órdenes de Tiberio, remontaba el valle del Rhin con el fin de unirse a la de Druso. La batalla decisiva contra los montañeses de Vindelicia tuvo lugar a orillas del lago de Constanza en el 15 a. de C., en una fecha tal vez elegida a propósito por su importancia en el calendario dinástico: el 1 de agosto, aniversario de la toma de Alejandría. Esta victoria permitió a Augusto crear dos nuevas provincias: la de Retia y la de Nórico. La Retia comprendía, además de Vindelicia, que dependía de ella, la Suiza oriental, el Tirol del Norte y el sur de Baviera. La de Nórico, un antiguo reino vasallo, se extendía entre la Retia y el Danubio. Estas dos provincias constituían un bastión que protegía las vías de acceso hacia Italia.

Inmediatamente después de estas victorias en los Alpes centrales comenzaban otras campañas destinadas a pacificar los Alpes del Sur. La provincia de los Alpes marítimos data del año 14; al mismo tiempo se creaba un reino de los Alpes Cotios (en la región de Monginebra), confiado a un príncipe indígena romanizado, M. Julio Cotio. Estas operaciones y otras análogas dieron por resultado, en el año 6 a. de C., la pacificación total de las rutas entre la Galia e Italia, pacificación celebrada con un trofeo erigido en el punto más alto de la ruta costera (hoy, La Turbie).

La ocupación de los Alpes había llevado a las legiones hasta las orillas del Danubio, desde su nacimiento hasta Viena. Era tentadora la idea de unir aquella región con los límites de la Macedonia y establecer un camino más corto y más seguro que

la vía ordinaria, la *Via Egnatia,* que implicaba la travesía del Adriático entre Bríndisi y Apolonia. Por otra parte, resultaría posible dominar más firmemente, tomándolos por la espalda, a los países montañosos, en rebelión perpetua, entre el Danubio y la costa dálmata. A este doble objetivo responde la guerra de Panonia, dirigida por Agripa y Tiberio entre el 13 y el 9 antes de Cristo, y que terminó en la creación de la provincia de Panonia (la actual Hungría occidental) y de la provincia de Mesia (entre la desembocadura del Drave y el mar Negro).

Protegida Italia por la ocupación de las rutas alpestres de un extremo al otro, aseguradas más firmemente las comunicaciones con el Oriente y fuertemente consolidada la bisagra del Imperio, quedaba, sin embargo, una amenaza, la que los germanos representaban para la Galia. César había llevado a cabo algunas incursiones de intimidación y, durante toda la primera parte del reinado de Augusto, no hubo más que algunas escaramuzas, limitándose las legiones a vigilar el Rhin. En el 16, sin embargo, los germanos se mostraron más agresivos y alcanzaron un triunfo sobre el legado M. Lolio, que fue derrotado en territorio romano por los usípetos y los tencteros. ¿Es ésta la razón por la que Augusto, cuatro años después, organizaba una operación de gran envergadura contra la Germania bajo la dirección de Druso? Quizá los éxitos alcanzados en Panonia animaron al príncipe a intentar un nuevo «salto hacia adelante» y a acortar la frontera, estableciéndola sobre la línea del Elba y, desde allí, hasta Viena.

Druso logró importantes triunfos. En el 9 había llegado al Elba, cuando murió en un accidente de caballo. Tiberio se hizo cargo de la dirección de la guerra y, tres años después, toda la Germania estaba conquistada. Se elevó un altar a Roma y a Augusto en Colonia, en el país de los ubios.

Sin embargo, aquella provincia de Germania iba a ser efímera. El mundo germánico no estaba sometido. Una tribu del valle del Mein, los marcomanos, había emigrado bajo el mando de su jefe Maroboduo y se había instalado en el valle del curso medio del Elba, en Bohemia. El Reino de Maroboduo había prosperado rápidamente hasta el punto de constituir muy pronto una amenaza. Así pudo comprobarlo L. Domicio Ahenobarbo con ocasión de un reconocimiento de fuerza llevado a cabo a partir de la línea del Danubio (8-7 a. de C.)[155]. Tiberio, diez años después, en el 6 d. de C., intentaría cercar el Reino de Maroboduo mediante una maniobra análoga a la que había tenido éxito contra Panonia. Había reunido a orillas del Danubio doce legiones y, por su parte, el ejército del Rhin,

mandado por C. Sentio Saturnino debía marchar en dirección a la Bohemia, cuando se produjo la sublevación del Ilírico. Tiberio tuvo la oportunidad de concertar rápidamente una paz con Maroboduo, que aceptó el título de amigo del pueblo romano a cambio de una completa independencia de hecho. Así, pudo utilizar todas sus fuerzas contra los rebeldes. Pero la guerra contra éstos se prolongó durante tres años. La propia Italia se vio amenazada. El plan de Augusto, tan prudente, para asegurar su protección parecía haber fracasado. Finalmente, la paciencia de Tiberio acabó superando todas las dificultades, y los rebeldes fueron vencidos en el 9 d. de C. Al fin, podía parecer llegado el momento de reanudar la conquista de la Bohemia, pero aquel mismo año se produjo el desastre de Varo, cuyas legiones fueron aniquiladas por Arminio, un jefe cherusco hasta entonces al servicio de Roma, en el bosque de Teutoburgo (¿región de Osnabrück?). Este desastre, en el que perecieron tres legiones y tropas auxiliares, quizá veinte mil hombres en total, hizo imposible el mantenimiento de las legiones en la orilla derecha del Rhin. Augusto tuvo que renunciar a la frontera «corta» del Elba, y Roma se instaló, como pudo, en la línea del Rhin.

Esta fue la política de Augusto en Occidente. En Oriente el príncipe renunció desde muy pronto a proseguir los proyectos de César y los sueños de Antonio, a pesar de la presión de una opinión pública que no podía olvidar la humillación de Carres. Para borrar su recuerdo, mal que bien, Augusto consiguió tras largas negociaciones que le restituyesen las banderas tomadas en el campo de batalla y los prisioneros, que habían acabado por instalarse en el país viviendo a la manera parta. Las negociaciones fueron apoyadas por una expedición, mandada por Tiberio, contra Armenia, donde fue asentado un príncipe vasallo. Pero Augusto declaró en aquella ocasión que el Imperio había «alcanzado sus límites naturales» y que no convenía ir más allá. Mas incluso este pobre consuelo no tardó en mostrarse vano. Las tropas romanas al servicio del nuevo rey fueron expulsadas del país y, en el año 1 a. de C., Augusto encomendó al mayor de sus nietos, Gayo, el restablecimiento de la influencia romana en Armenia. En el curso de aquella campaña murió el joven príncipe, a la edad de veinte años. Al mismo tiempo, se derrumbaba el protectorado romano sobre Armenia.

El reinado de Augusto está considerado generalmente, y con justicia, como el apogeo de la cultura romana, aunque el del Imperio se sitúe en el tiempo de los Antoninos. Este juicio es debido, sobre todo, al magnífico florecimiento de poetas que Roma conoció durante la segunda mitad del último siglo a. de C., pero conviene señalar que las principales obras de Virgilio, de Tibulo, de Horacio, aparecieron durante el período de la guerra civil o en los primeros años del reinado, es decir, que Augusto y Mecenas no ejercieron sobre aquel florecimiento literario una influencia predominante. No fueron la causa de él, pero supieron aprovechar lo que los escritores aportaban a su tiempo para exaltar su propia gloria. Es cierto que Virgilio aparece, desde luego, como el «cantor» de Augusto y del nuevo régimen, y que Horacio compuso odas en honor del vencedor de Accio. Pero de esto se ha concluido, demasiado ligeramente, que se trataba de una poesía cortesana, al servicio del poder. La realidad es mucho más compleja.

El período ciceroniano había conocido una literatura de la libertad. La gran poesía augustiana sigue el mismo camino, pero la libertad de que se trata ya no es, en absoluto, la misma, sino la que al espíritu del hombre puede facilitar una autoridad fuerte, que garantice la calma y las buenas leyes. La influencia del epicureísmo domina[156]. No es casual que Horacio fuese un epicúreo declarado, que Virgilio fuese discípulo del filósofo Sirón, el cual tenía una escuela epicúrea en Nápoles (quizás en la región de Posilipo, y cuyo nombre, «El fin del pesar», es como un programa de *ataraxia*). Mecenas, el protector de los poetas, es también epicúreo, como lo es Varo, autor de un poema «Sobre la Muerte». ¡Extraña circunstancia para una doctrina que, en otro tiempo, proclamaba sus reservas acerca de los poetas! El ambiente espiritual romano ha sido más fuerte que la ortodoxia. Podrá sorprender también que la época de Augusto, en la que, según se nos dice, el príncipe se esforzaba por restablecer la piedad respecto a los dioses de Roma, haya sido al mismo tiempo el gran siglo del epicureísmo, pero sorprenderse de ello es dejarse engañar por las palabras. La *pietas* de Augusto así celebrada es la que le inspiró la inflexible voluntad de vengar a su padre asesinado; si se restauran los santuarios, es porque el cumplimiento de los deberes religiosos tradicionales tiene un efecto inmediato (y esto no lo niegan los epicúreos): es justo

rendir a los dioses el culto que se les ha rendido siempre, porque esto ordena los espíritus de la muchedumbre, inspirándoles pensamientos «divinos» de serenidad y de prudencia. Y, además, Roma ha sido grande en la época en que honraba a sus dioses; para levantarla hasta el lugar que ha ocupado, es prudente devolverle su antigua religión. Los epicúreos no niegan la existencia de los dioses; sólo dicen que se les comprende mal haciéndoles objeto de supersticiones perjudiciales. Pero precisamente la religión oficial, por las reglas que impone, porque descarga a la conciencia individual de sus responsabilidades respecto a lo sagrado, ofrece una solución totalmente satisfactoria para los espíritus —y para el príncipe. Esto permite, sin duda, explicar la desconfianza de Augusto ante los cultos extranjeros, generadores de anarquía y de perturbación[157], lo cual se halla de acuerdo con la política del Senado en la época del asunto de las bacanales.

Ciertamente, el epicureísmo, el sentido de la vida interior, el deseo de recuperar la paz tras la anarquía no explican toda la literatura de la época de Augusto, pero explican, al menos, una buena parte de las *Odas,* de Horacio, y también de las *Geórgicas,* de Virgilio. Al mismo tiempo, los poetas, porque son romanos, no pueden escapar totalmente al sentido de su responsabilidad ante la ciudad. En las *Bucólicas,* Virgilio, que al principio parecía haberse preocupado de trasladar al latín el arte de Teócrito, se encuentra, tal vez a su pesar, comprometido en la vida política. Débase a una razón personal (había perdido sus posesiones familiares de Mantua con motivo de la atribución de las tierras a los veteranos de Filipos) o sólo a que el problema de las expulsiones en el campo era entonces el gran drama, el que desembocaría en la guerra de Perusa, la realidad es que el protagonista de aquellos diálogos rústicos será, no un pastor armonioso, un cabrero sin más fiador que él mismo, como en Teócrito, sino un campesino italiano, y la figura inolvidable de aquellos poemas es Títiro, símbolo de aquellas gentes sencillas que soportaban el peso de la discordia civil.

Roma se encuentra a sí misma tanto en los poetas de la época de Augusto como en la obra de Tito Livio. Virgilio tuvo la audacia de crear voluntariamente el gran mito en que Roma podría contemplar o, más bien, descubrir su imagen, recomponiéndola. Sin duda por eso, la cumbre de aquella literatura es la revelación hecha por Anquises a Eneas en el libro VI de la *Eneida.* Allí, todas las creencias, todas las filosofías heredadas del mundo griego y de la tradición itálica convergen para ofrecer una fe. Una inmensa síntesis comienza: la que reconcilia

El reinado de Augusto está considerado generalmente, y con justicia, como el apogeo de la cultura romana, aunque el del Imperio se sitúe en el tiempo de los Antoninos. Este juicio es debido, sobre todo, al magnífico florecimiento de poetas que Roma conoció durante la segunda mitad del último siglo a. de C., pero conviene señalar que las principales obras de Virgilio, de Tibulo, de Horacio, aparecieron durante el período de la guerra civil o en los primeros años del reinado, es decir, que Augusto y Mecenas no ejercieron sobre aquel florecimiento literario una influencia predominante. No fueron la causa de él, pero supieron aprovechar lo que los escritores aportaban a su tiempo para exaltar su propia gloria. Es cierto que Virgilio aparece, desde luego, como el «cantor» de Augusto y del nuevo régimen, y que Horacio compuso odas en honor del vencedor de Accio. Pero de esto se ha concluido, demasiado ligeramente, que se trataba de una poesía cortesana, al servicio del poder. La realidad es mucho más compleja.

El período ciceroniano había conocido una literatura de la libertad. La gran poesía augustiana sigue el mismo camino, pero la libertad de que se trata ya no es, en absoluto, la misma, sino la que al espíritu del hombre puede facilitar una autoridad fuerte, que garantice la calma y las buenas leyes. La influencia del epicureísmo domina[156]. No es casual que Horacio fuese un epicúreo declarado, que Virgilio fuese discípulo del filósofo Sirón, el cual tenía una escuela epicúrea en Nápoles (quizás en la región de Posilipo, y cuyo nombre, «El fin del pesar», es como un programa de *ataraxia)*. Mecenas, el protector de los poetas, es también epicúreo, como lo es Varo, autor de un poema «Sobre la Muerte». ¡Extraña circunstancia para una doctrina que, en otro tiempo, proclamaba sus reservas acerca de los poetas! El ambiente espiritual romano ha sido más fuerte que la ortodoxia. Podrá sorprender también que la época de Augusto, en la que, según se nos dice, el príncipe se esforzaba por restablecer la piedad respecto a los dioses de Roma, haya sido al mismo tiempo el gran siglo del epicureísmo, pero sorprenderse de ello es dejarse engañar por las palabras. La *pietas* de Augusto así celebrada es la que le inspiró la inflexible voluntad de vengar a su padre asesinado; si se restauran los santuarios, es porque el cumplimiento de los deberes religiosos tradicionales tiene un efecto inmediato (y esto no lo niegan los epicúreos): es justo

rendir a los dioses el culto que se les ha rendido siempre, porque esto ordena los espíritus de la muchedumbre, inspirándoles pensamientos «divinos» de serenidad y de prudencia. Y, además, Roma ha sido grande en la época en que honraba a sus dioses; para levantarla hasta el lugar que ha ocupado, es prudente devolverle su antigua religión. Los epicúreos no niegan la existencia de los dioses; sólo dicen que se les comprende mal haciéndoles objeto de supersticiones perjudiciales. Pero precisamente la religión oficial, por las reglas que impone, porque descarga a la conciencia individual de sus responsabilidades respecto a lo sagrado, ofrece una solución totalmente satisfactoria para los espíritus —y para el príncipe. Esto permite, sin duda, explicar la desconfianza de Augusto ante los cultos extranjeros, generadores de anarquía y de perturbación [157], lo cual se halla de acuerdo con la política del Senado en la época del asunto de las bacanales.

Ciertamente, el epicureísmo, el sentido de la vida interior, el deseo de recuperar la paz tras la anarquía no explican toda la literatura de la época de Augusto, pero explican, al menos, una buena parte de las *Odas*, de Horacio, y también de las *Geórgicas*, de Virgilio. Al mismo tiempo, los poetas, porque son romanos, no pueden escapar totalmente al sentido de su responsabilidad ante la ciudad. En las *Bucólicas*, Virgilio, que al principio parecía haberse preocupado de trasladar al latín el arte de Teócrito, se encuentra, tal vez a su pesar, comprometido en la vida política. Débase a una razón personal (había perdido sus posesiones familiares de Mantua con motivo de la atribución de las tierras a los veteranos de Filipos) o sólo a que el problema de las expulsiones en el campo era entonces el gran drama, el que desembocaría en la guerra de Perusa, la realidad es que el protagonista de aquellos diálogos rústicos será, no un pastor armonioso, un cabrero sin más fiador que él mismo, como en Teócrito, sino un campesino italiano, y la figura inolvidable de aquellos poemas es Títiro, símbolo de aquellas gentes sencillas que soportaban el peso de la discordia civil.

Roma se encuentra a sí misma tanto en los poetas de la época de Augusto como en la obra de Tito Livio. Virgilio tuvo la audacia de crear voluntariamente el gran mito en que Roma podría contemplar o, más bien, descubrir su imagen, recomponiéndola. Sin duda por eso, la cumbre de aquella literatura es la revelación hecha por Anquises a Eneas en el libro VI de la *Eneida*. Allí, todas las creencias, todas las filosofías heredadas del mundo griego y de la tradición itálica convergen para ofrecer una fe. Una inmensa síntesis comienza: la que reconcilia

en torno a Augusto a los italianos todavía desgarrados por la guerra de los aliados, a los orientales indecisos entre los diferentes partidos que los han envuelto a la fuerza en su querella y que, para sus propios fines, han agotado los recursos de aquellas gentes. Es notable que el siglo de Augusto haya sido el gran siglo de la poesía romana, porque sólo la poesía podía llegar tan profundamente a las conciencias y obrar el milagro que los políticos y los jefes del ejército no habían podido conseguir.

Notas

1. La época de las grandes conquistas de Roma (202-129 a. de C.)

[1] T. Liv., XXXIII, 47.
[2] Id., *ibid.* 47 y sigs. *Infra*, pág. 28.
[3] *Infra*, pág. 76.
[4] *Supra*, vol. VI, pág. 323.
[5] Ya durante la primera guerra de Macedonia, los etolios, eternos enemigos de los macedonios, se habían aliado con los romanos contra Filipo (cf. vol. VI, n. 99, pág. 361). Después, durante la segunda guerra de Macedonia, los rodios y Pérgamo dieron la alarma a Roma, para hacer fracasar los proyectos de Filipo V y de Antíoco III (*infra*, pág. 16).
[6] Vol. VI, págs. 304 y sigs.
[7] Cf. Marino Barchiesi, *Nevio Epico*, Padua, 1962, pág. 261, n. 144.
[8] Ver, p. ej., el fragmento 12 (Morel), en que el viejo Anquises, *fretus pietati*, invoca a Neptuno, o bien al mismo Anquises celebrar, con los actos que se encontrarán en el Eneas virgiliano, la ofrenda ritual a los Penates de Troya (fr. 3 Morel), tras haber observado el vuelo de los pájaros en el interior del *templum*.
[9] Vol. VI, págs. 314. Cfr. P. Grimal, *Comment naquit la Littérature latine*, Annales de l'Université de Paris, 1965, n. 2.
[10] Vol. VI, págs. 301 y sigs.; 315 y sigs. T. Liv., *XXV*, 1, 6-12.
[11] Vol. VI, págs. 76 y sigs.
[12] Sobre el prólogo de los *Annales*, cf. A. Gianola, *Q. Ennio e il sogno degli Annales*, Roma, 1913; H. von Kamere, *Ennius und Homer*, Leipzig, 1926. Puede pensarse que la metamorfosis de Homero en pavo real responde a una especie de «compensación», porque el pavo está constelado de ojos (cf. la leyenda de Argos), mientras que el poeta era ciego.
[13] Al comienzo de los *Aitia*, las Musas venían a aportar a Calímaco una revelación análoga a la que habían hecho a Hesíodo (cf. *Anthol.*, VII, 42).
[14] Ennio murió, probablemente, en el 169. Las comedias de Terencio fueron compuestas entre el 166 y el 160. Terencio murió al año siguiente.
[15] Acerca de ésta, v. vol. VI, págs. 165 y sigs. Las «deudas» de Plauto van desde Menandro hasta Posidipo (que parece habei vivido hasta el 240 a. de C., aprox., es decir, unos diez años antes del nacimiento de Plauto, que se sitúa hacia el 250). Terencio nació hacia el 190.
[16] Vol. VI, págs. 172 y sigs.
[17] Vol. VI, págs. 152 y sigs.
[18] Sobre estos problemas y sus derivaciones en el pensamiento romano del siglo I a. de C., cf. P. Boyance, «Sur la théologie de Varron», *Rev. des Et.. Anc.*, LVII (1955), págs. 56-84.
[19] V. H. Diels, *Sibyllinische Blätter*, Berlín, 1890; R. Bloch, «Les origines étrusques des livres sibyllins», en *Mél. A. Ernout*, 1940, páginas 21-28; J. Gace, *Apollon romain*, París, 1955.
[20] Sobre las relaciones de los ritos y de la divinidad, cf. Graillot, *Le culte de Cybèle, Mère des Dieux...*, París, 1912; J. Carcopino,

Aspects mystiques de la Rome païenne, París, 1942, págs. 49 y sigs.
[21] Cf. H. LE BONNIEC, *Le culte de Cérès à Rome*, París, 1958, páginas 295 y sigs.
[22] V. sobre este tema, A. BRUHL, *Liber Pater*, París, 1953, págs. 13 y siguientes.
[23] Nuestras fuentes acerca de este tema son, a la vez, literarias (T. LIV. XXXIX, 8 y sigs.) y epigráficas (inscripción de Tiriolo, *C. I. L.*, I², 581; cf. BRUNS, *Fontes iuris romani antiqui*, 7.ª ed. Friburgo, 1909, pág 164). Bibliografía en A. BRUHL, *op. cit.*, pág. 87, número 20; págs. VI-VII.
[24] A pesar de las profesiones de escepticismo sobre este punto, es difícil no relacionar esta indicación con lo que sabemos, por otros conductos, del carácter sangriento del culto dionisíaco. H. JEANMAIRE, *Dionysos, histoire du culte de Bacchus*, París, 1951.
[25] Sobre el papel político «internacional» desempeñado por las asociaciones dionisíacas en Oriente, cf. H. JEANMAIRE, *ibid.*
[26] A. BRUHL, *op. cit.*, págs. 119 y sigs. *Infra*, págs. 193 y sigs.
[27] Vol. VI, págs. 92 y sigs.
[28] Edición en el *Corpus Paravianum*, Milán, 1954, y el estudio de R. STIEHL, *Die Datierung der kapitolinischen Fasten*, Unters. zur klass. Philol. und Gesch. d. Altert. I, Tubinga, 1957.
[29] J. HEURGON, *Recherches... sur Capoue, préromaine*, París, 1942, páginas 262 y sigs.
[30] C. PLIN, *N. H.*, VII 136, relatando la *aition* legendaria de la *adlectio* del antepasado de los Fulvios por el Senado romano. En cuanto a los Curios, cf. CIC., *Pro Sulla*. VII. 23; para otras familias consulares originarias de Túsculo, cf. CIC., *Pro Plancio*, VII, 19; XXIV, 58.
[31] El papel de los patricios en el Estado durante los últimos tiempos de la República es resumido por CIC., *De Domo sua*, XIV, 37-38.
[32] Vol. VI, pág. 295.
[33] Vol. VI, pág. 93.
[34] T. LIV., III, 55.
[35] T. LIV., *ibid.* Para los *comitia tributa y su origen*, v. Vol VI, página 295.
[36] T. LIV., VIII, 12, 15.
[37] Esta *auctoritas* previa de los Padres tenía por objeto y por efecto el de hacer inoperante un posible *veto* del Senado sobre una medida adoptada por los plebeyos, puesto que aquella *auctoritas* equivalía a una carta blanca; así ocurría ya con las elecciones, al suscribir el Senado, anticipadamente, la elección de los tribunos.
[38] GAIUS, *Inst.*, I, 3; PLIN. *N. H.*, XVI, 10, 37.
[39] Vol. VI, pág. 88.
[40] El ejemplo más célebre sigue siendo el proceso de Rabirio, que hacía revivir, en el 63 a. de C., un antiguo procedimiento. Cf. A. BOULANGER, ed. de CICERÓN, t. IX, págs. 120 y sigs.
[41] Sobre estos problemas y sobre la evolución territorial y administrativa de las tribus, cfr. L. R. TAYLOR, «The voting districts of the Roman Republic», en *Papers and Monogr. of the Amer. Acad. in Rome*, XX, 1960.
[41 a)] Así, el censor Apio Claudio, en el 304, por necesidades de su política personal, repartió a los libertos en las tribus rurales. T. LIV., IX, 46; VAL. MAX., II, 2, 9 (L. R. TAYLOR, *op. cit.*, págs. 134 y sigs.). La medida fue anulada desde la censura del 304, y los libertos agrupados en las cuatro tribus urbanas.
[42] En el 189, los libertos se encuentran repartidos entre todas las tribus (L. R. TAYLOR, *ibid.*, págs. 138 y sigs.), quizá por una iniciativa del clan de los Escipiones, que intentaba así una maniobra

para reforzar su autoridad en las asambleas (L. R. TYLOR, *ibid.*). Pero. en el 179, se inscriben en una sola tribu urbana, lo que convierte su poder de voto en prácticamente nulo (*ibid.*, pág. 140).

43 Cf. las observaciones de G. TIBILETTI, «The Comitia during the decline of the Roman Republic», en *Studia et Docum. Historiae et Iuris*, XXV (1959), págs. 95 y sigs.

44 T. LIV., XL, 44, 1.

45 Cf. las conclusiones de A. E. ASTIN, *The Lex Annalis before Sulla*, Col. Latomus XXXII, Bruselas, 1958. págs. 45-46.

46 POLIBIO, VI, 19, 4.

47 POLIBIO, VI, 13, 1 y sigs., resume los poderes del Senado: monopolio del presupuesto, investigaciones sobre los crímenes cometidos en Italia (envenenamiento, etc.). arbitraje en los asuntos privados, relaciones con los embajadores, envío de legaciones al exterior. «Hasta el punto de que si alguien se encontrase en Roma en ausencia de los cónsules, podría pensar que se hallaba ante un estado absolutamente aristocrático...»

48 *Infra*, pág. 75.

49 *Infra*, págs. 50 y sigs.

50 Vol. VI, pág. 143.

51 El reino de Hamarquis. Cf. BOUCHE-LECLERQ, *Histoire des Lagides*, 4 vols., París, 1903; M. ALLIOT, «La Thébaïde en lutte contre les rois d'Alexandrie sous Philopator et Epiphane», *Rev. Belge de Philol. et d'Hist.* XXIX (1951), págs. 421-443.

52 BOUCHE-LECLERQ, *ibid.*

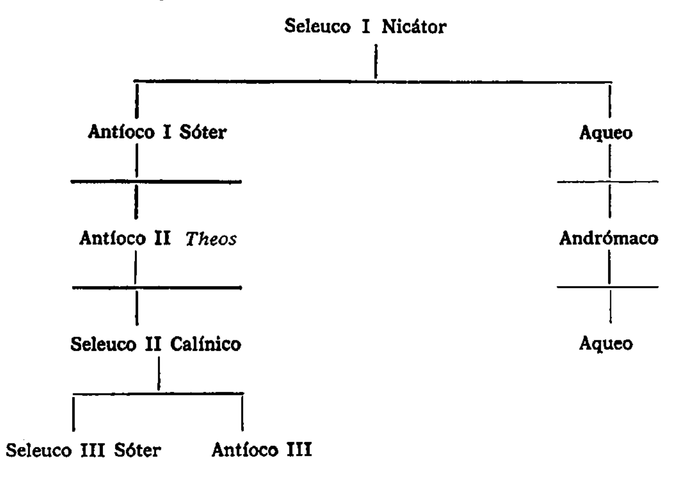
53 Probablemente, en el 205. Cf. F. W. WALBANK, «The Accession of Ptolemy Epiphanes», en *Journ. of Egypt. Arch.*, 1936, págs. 20-34; y E. BICKERMAN, «L'avènement de Ptolémée V Epiphane», *Chronique d'Egypte*, XXIX (1940), págs. 124-131.

54 Se trata de Arsínoe III, hermana y mujer de Ptolomeo IV Filopátor.

55 Descripción muy viva de las escenas que acompañaron a este golpe de Estado, en POLIBIO, XV, 26 y sigs.

56 V. Hans VOLKMANN, art. «Ptolemaios», n. 22, *R. E.*. XXIII, col. 1684-1687.

57 Sobre las relaciones familiares existentes entre Antíoco III y Aqueo, v. el siguiente cuadro:



[58] E. LEUZE, «Die Feldzüge Antiochos des Grossen...», en *Hermes* LVIII (1923), págs. 187-201; L. ROBERT, «La campagne d'Attale I en 218», en *Etudes Anatoliennes*, París, 1937, págs. 185-198.

[59] Vol. VI, pág. 145.

[60] Cf. *infra*, págs. 283 y sigs.

[61] T. LIV. XXX, 26; 42; XXXI. 1, 10. Cf. la discusión de este testimonio en E. PAIS-J. BAYET, *Hist. Rom.*, págs. 486-487, n. 15.

[62] Es el momento en que Nevio compone el *Bellum Punicum* (*supra*, págs. 3 y sigs.). Por otra parte, Fabio Pictor, en su *Historia* subrayaba el origen frigio de los romanos.

[63] V. la discusión sobre este punto en E. V. HANSEN, *The Attalids of Pergamon*, Nueva York, 1947, págs. 50-51. Cf. también H. GRAILLOT, *Le culte de Cybèle*, París, 1912, págs. 25-69.

[64] Sobre los detalles de la organización del culto a Cibeles en Roma y sobre la manera en que el Senado llegó a despojarlo de los elementos orgiásticos que comportaba, cf. J. CARCOPINO, *Aspects mystiques de la Rome païenne*, París, 1942, págs. 49 y sigs.

[65] Con motivo del intento de Bizancio de establecer un derecho de peaje en los estrechos (en el 219?), Atalo había apoyado a la ciudad contra Rodas. Durante la primera guerra de Macedonia, Rodas se había esforzado por impedir la intervención de Atalo en Grecia.

[66] Gracias a la acción de Arato. PLUT., *Arato*, 34. Para este período de la historia de Atenas, v. W. FERGUSON, *Hellenistic Athens*.

[67] Filopemen había nacido hacia el 252 a. C. (cf. PAUSAN, VIII, 49-51), hijo de un gran personaje de Megalópolis, educado por condiscípulos de Arcesilao, tenía una formación filosófica; pero, esencialmente hombre de guerra, se dedicó toda su vida a combatir a Esparta por cuenta de la liga aquea, en la que sucedió (en el 207) a Arato (muerto en el 213). V. PLUT., *Filopemen*.

[68] Patrocinio al que se había decidido Arato. Vol. VI, pág. 152.

[69] Nabis, perteneciente por sus orígenes a la familia real de los Euripóntidas, fue el gran adversario de Filopemen. Tras la victoria alcanzada por éste sobre Esparta, en el 207, Nabis se había adueñado del poder, evitando que Esparta se hundiese en la anarquía. Prosiguió el programa de Cleómenes (vol. VI, pág. 149). Sobre Nabis, v. POLIBIO, XIII, 6, 1 y sigs.

[70] Cf. F. W. WALBANK, *Philip V of Macedon*, Cambridge, 1940.

[71] POLIBIO, XVIII, 54, 7-11. Cf. M. HOLLEAUX, «Etudes d'Histoire hellénistique», *Rev. Et. Gr.*, 1920, págs. 223-247.

[72] Los rodios sospecharon a tiempo la traición. Heráclides no pudo averiar más que 13 trirremes antes de escapar, POLIBIO, XIII, 4-5; POLIENO, V, 17.

[73] POLIBIO, III, 2, 8; XV, 20. APIANO, *Maced.*, IV, 2.

[74] *Cambridge Anc. Hist.*, VIII, págs. 150 y sigs.

[75] *Supra*, n. 61.

[76] Las pérdidas de Filipo fueron las más duras, pero Atalo perdió su barco almirante y tuvo que huir ignominiosamente al continente. Sobre la batalla de Quíos, cf. M. HOLLEAUX, en *Rev. Et. Anc.*, XXV (1923), pág. 335. POLIBIO, XV, 7. Atalo, a pesar del papel poco brillante desempeñado por su flota, elevó, para conmemorar lo que era, de todos modos, una victoria, un monumento a Zeus y a *Athena Nikephoros;* M. HOLLEAUX, *en Rev. Et. Gr.*, XI (1898), págs. 251-258 (= Inscr. de Pérgamo, n. 52).

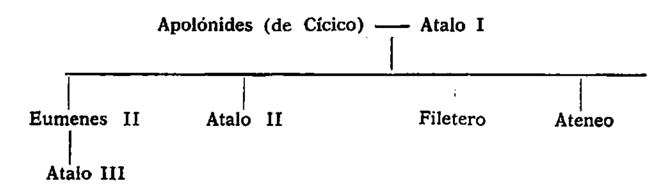
[77] Sobre las defensas improvisadas entonces en Pérgamo, cf. los testimonios recogidos en E. V. HANSEN, *The Attalids...*, págs. 54.

[78] Habiendo sido muertos por la muchedumbre ateniense dos jóvenes acarnanos, con el pretexto de que se habían introducido clandestinamente en el santuario de Eleusis, el rey había autorizado a sus

amigos de Acarnania a atacar el Atica. T. LIV., XXXI, 14, 7; XXXI, 9.
79 Vol. VI, pág. 311.
80 POLIBIO, XVI, 27.
81 T. LIV., XXXI, 24-27.
82 Sobre los preliminares de la campaña entre los desaretas y luego en la Licestidia, cf. T. LIV. XXXI, 33. Sobre la batalla de Otolobo, T. LIV. XXXI, 36.
83 T. LIV. XXXII, 10; PLUT, *Flamin.*, 4 y sigs.
84 POLIBIO, XVII, 1-8; T. LIV., XXXII, 32 y sigs.
85 POLIBIO, XVIII, 4-8.
86 POLIBIO, XVIII, 44, 4.
87 POLIBIO, XVIII, 29; T. LIV. XXXIII, 33.
88 Por ejemplo, Bargilia, en Caria, donde Filipo había estado cercado mucho tiempo (*supra*, pág. 20); POLIBIO, XVIII, 44, 4.
89 Vol. VI, pág. 27.
90 Vol. VI, págs. 154 y sigs.
91 Vol. VI, págs. 128 y sigs.
92 T. LIV., XXXII, 39-40.
93 *Infra*, págs. 99 y sigs.
94 POLIBIO, XVI, 18; 39.
95 *Supra*, págs. 23 y sigs.
96 Como prueba de ello, una moneda romana en que figura M. Emilio coronando a Ptolomeo.
97 Vol. VI, págs. 114 y sigs.
98 Cf. LEUZE, en *Hermes*, LVIII (1923), págs. 190-201.
99 PLUT, *Flamin.*, 6; POLIBIO, XVIII, 24.
100 DITTENBERGER, *Sylloge*³, 591.
101 POLIBIO, XVIII, 47, 2.
102 POLIBIO, XVIII, 32.
103 Por ejemplo, para Lisímaco. vol. VI.
104 T. LIV., XXXIV, 58.
105 T. LIV., XXXIV, 43, 3 y sigs.
106 T. LIV., XXXIII, 44-49; CORN. NEP., *Hann.*, 8, 2.
107 Vol. VI, pág. 121.
108 T. LIV., XXXV, 35 y sigs.; PLUT., *Filopemen*, 15.
109 T. LIV., XXX, XXXI, 43-51; POLIBIO, XX, 1-3; DIOD. SIC., XXIX, 1.
110 Por ejemplo, el enterramiento, en el campo de batalla de Cinocéfalos, de los soldados macedonios dejados sin sepultura por Filipo. Cfr. APIANO, *Syr*, 16; T. LIV., XXXVI, 8, 4 y sigs.
111 T. LIV., XXXVI, 4.
112 T. LIV., XXXVI, 60; CORN. NEP., *Hann.*, 8.
113 Había mandado como agente a Cartago a un tirio llamado Aristón. T. LIV., XXXIV, 61, 1 y sigs. APIANO, *Syr.*, 8.
114 T. LIV., XXXVI, 7; APIANO, *Syr.*, 7; JUSTINO, XXXI, 5 y sigs.
115 T. LIV., XXXVI, 14 y sigs.; PLUT., *Cato mai.*, 13 y sigs.; APIANO, *Syr.*, 17 y sigs.
116 POLIBIO, XI, 34.
117 *Infra*, págs. 61 y sigs.
118 Tenían por misión la de comprobar, por una parte, la exactitud de los informes sobre la situación general, y, de otra, el destino del botín, que parece haber sido enorme. Catón atestigua contra M. Acilio en el proceso que se intentó contra éste, después de su llamada. T. LIV., XXXVII, 57, 14.
119 Cónsul en el 194, no podía ser reelegido antes de diez años.
120 T. LIV., XXXVII, 27 y sigs.; APIANO, *Syr.*, 27. La batalla de Samos dio origen a que muchas ciudades de Asia se inclinasen a favor de Antíoco y a que los romanos estuviesen a punto de aban-

donar la lucha en el mar. El desquite de los aliados tuvo lugar en dos fases: una primera batalla, en Side (fines de julio-comienzos de agosto del 190), T. LIV., XXXVII, 22 y sigs.; CORN. NEP., *Hann.*, 8, y otra, en Mioneso, a finales del otoño.

121 T. LIV., XXXVII, 20; APIANO, *Syr.*, 26. Para el parentesco entre los príncipes de Pérgamo, v. el cuadro siguiente:



122 T. LIV., XXXVII, 6, 2.

123 ¿Era una negligencia de los subordinados, o un cálculo del rey, que esperaba conciliarse así con unos adversarios con los que tenía vivos deseos de hacer la paz? Cf. T. LIV., XXXVII, 33 y sigs. POLIBIO, XXI, 4 y sigs.

124 POLIBIO, XXI, 15, 2 y sigs.; T. LIV., XXXVII, 34 y sigs.

125 T. LIV., XXXVII, 34 y sigs. Esto significa tal vez que Escipión, en el campo de batalla, se proponía salvaguardar la vida del rey y le prometía así su protección personal.

126 T. LIV., XXXVII, 50 y sigs. La posición de Manlio Vulso en el Senado es revelada por la personalidad de sus tres acusadores: M. Emilio Lépido, M. Fulvio Nobilior y L. Emilio Paulo.

127 T. LIV., XXXVIII, 18-27; cf. POLIBIO, XXI, 37-40.

128 Vol. VI, pág. 115.

129 POLIBIO, XXI, 29, 1 y sigs. A veces, se ha sostenido que el término «corona», empleado por Polibio, equivale, sencillamente, a «regalo», pero esto no es seguro.

130 CIC., *Pro. Arch.*, 27; PLIN., *N. H.*, XXXV, 66.

131 Cf. las acusaciones formuladas contra Manlio Vulso y Fulvio Nobilior, T. LIV., XXXVIII, 42.

132 A. AYMARD, «Polybe, Scipion l'Africain et le titre de Roi», *Revue du Nord* XXXVI, n. 42 (Mél. L. Jacob), 1954, págs. 121-128.

133 *Supra*, págs. 12 y sigs.

134 T. LIV., *Epitome*, LVI. Se desconoce la fecha exacta de esta ley. Mommsen la hace remontar al año 150.

135 Sobre esta cuestión, tan debatida, v. E. MARMORALE, *Cato Maior*, 2.ª ed., Bari, 1949, págs. 43 y sigs.

136 *Supra*, pág. 22.

137 Cf. el retrato, inesperado, pero no inverosímil, dígase lo que se quiera, que Cicerón hace de Catón en su vejez, en el *Cato maior*.

138 PLUT., *Cato Maior*, 12, 4.

139 Cf. Dietmar KIENAST, *Cato der zensor*. Heidelberg, 1954.

140 *Infra*, pág. 61.

141 Cf. M. ROSTOVTSEFF, *The Social and Economic History of the Roman Empire*, 2.ª ed., 1957, pág. 314. Trad. esp. *Historia social y económica del Imperio romano*. Madrid. Espasa-Calpe, 1937, pág. 81.

142 Sobre estos hechos, cf. el análisis de E. MARMORALE, *op. cit.*, páginas 52 y sigs.

143 Sobre el proceso de los Escipiones, v. D. KIENAST, *cit.*, págs. 57 y sigs.

144 Catón no intentó proponer una legislación coherente sobre la administración, pero se esforzó por mantener las tradiciones de des-

interés y de moderación de los magistrados de otros tiempos. Procedió por acusaciones personales. Cf. D. KIENAST, *op. cit.*, págs. 68 y sigs.

[145] Sobre este problema, cf. A. N. SHERWIN-WHITE, *The Roman citizenship*, Oxford, 1939.

[146] Vol. VI, pág. 323.

[147] Vol. VI, págs. 63 y sigs.; *infra*, pág. 63.

[148] *Infra*, págs. 65 y sigs.

[149] *Praetor* había sido el primer nombre de los cónsules; vol. VI, págs. 91 y sigs.

[150] *Infra*, págs. 74 y sigs.

[151] Sobre estos problemas, cf. A. N. SHERWIN-WHITE, *op. cit.*, parte I, *Roman citizenship during the Republic;* y Ch. WIRSZUBSKI, *Libertas...*, Cambridge, 1950.

[152] V. los ejemplos reunidos por T. FRANK, en *Cambr. Anc. Hist.*, VIII, págs. 351 y sigs.: asunto de las Bacanales, limitación de la usura en las ciudades italianas (en el 193) y asimilación a Roma.

[153] En la medida en que los ciudadanos de pleno derecho formaban parte sólo de las legiones, parecían tener más derechos que los otros, que servían en unidades «inferiores» (cf. SÉNECA, *De Vita Beata*, VIII, 2).

[154] *Infra*, págs. 62 y sigs.

[155] T. LIV., XXXIX, 2, 10.

[156] *Infra*, págs. 115 y sigs.

[157] CORN. NEP., *Cato*, 1, 4.

[158] V., por ejemplo, los primeros escritos sibilinos (*Oracula Sibyllina*, ed. Geffcken, Leipzig, 1902). V. Harold FUCHS, *Der geistige widerstand gegen Rom in der antiken Welt*, Berlín, 1938.

[159] Murió durante un intento de saqueo de un templo de Bel, DIOD. SIC. XXVIII, 3; XXIX, 15.

[160] En una fecha situada entre octubre 176 y el comienzo de 174. Cf. A. AYMARD, «Autour de l'avènement d'Antiochos IV», en *Historia* II (1953), pág. 49, n. 3.

[161] V., sobre las condiciones de este regreso, A. AYMARD, *ibid.*

[162] Vol. VI, págs. 231 y sigs.

[163] Esta guerra estalló en el 169, cuando los dos reyes, en lugar de conducirse como rivales, se unieron para reinar juntos. La intervención de Antíoco fue, sin duda, posible gracias a que Roma, en aquel momento, se hallaba ocupada en Macedonia; pero Antíoco no había contado con la firmeza del Senado.

[164] POLIBIO, XXIX, 27, 8; CIC., *Phil.*, VIII, 23; T. LIV., XLV, 12, 4 y sigs.

[165] T. LIV., XXXVII, 7, 13.

[166] T. LIV., XXXIX, 25 y sigs.

[167] T. LIV., XXXIX, 34; 35; POLIBIO, XXII, 13; 14.

[168] POLIBIO, XXVIII, 3, 4 y sigs.

[169] T. LIV., XL, 5, 10; POLIBIO, XXIV, 4; T. LIV., XL, 21 y sigs.

[170] T. LIV., XL, 24.

[171] Cf. T. LIV., XLI, 23, 2; POLIBIO, XXV, 6, 2.

[172] POLIBIO, XXVIII, 7, 9, A. AYMARD, *Les assemblès de la Confédération achéenne*, págs. 185-186.

[173] T. LIV., XLII, 11 y sigs.

[174] Sobre la muerte de Aníbal que, por escapar a los romanos, se mató, T. LIV., XXXIX, 50; CORN. NEP., *Hann.*, 13 (fecha: 183, 182 ó 181, según las fuentes). Se encontraba, entonces, junto al rey de Bitinia, Prusias, y éste había recibido de los romanos la orden de entregárselo. La orden, dada por el Senado, fue transmitida por T. Flaminio.

[175] Una roca se había desprendido de la montaña al paso del rey, y

había estado a punto de aplastarle. POLIBIO, XXII, 18; XXVII, 6; T. LIV., XLII, 15.

176 Por ejemplo, de hacer envenenar a los principales senadores, cf. *R. E.*, VIII, col. 662, s. v. «Herennius 1» (Münzer).

177 T. LIV., XLII, 52

178 T. LIV., XLII, 47.

179 Sobre una colina conocida por el nombre fausto de Calínico. T. LIV., XLII, 58 y sigs.

180 T. LIV., XLIII, 4, 8; 7, 10.

181 T. LIV., XLIII, 7 y sigs.

182 T. LIV., XLIV, 3, 6; POLIBIO, XXVIII, 13; APIANO, *Maced.*, 12.

183 T. LIV., XLIV, 14, 5 y sigs.

184 Había alcanzado una brillante victoria sobre los lusitanos, hacia el 190; después, sobre los ligures. Su biograga ha sido escrita por Plutarco.

185 T. LIV., XLIV, 37 y sigs.

186 POLIBIO, XXIX, 17, 3-4; T. LIV., XLV, 5; PLUT., *Paulo Emilio*, 23; APIANO, *Maced.*, 14. Perseo figuró en el triunfo de Paulo-Emilio; enviado luego a Alba, murió dos años después según unos, suicidándose, y, según otros, a consecuencia de las torturas que le infligieron los soldados que le custodiaban.

187 T. LIV., XLV, 18; 29 y sigs.; DIOD. SIC., XXXI, 8-7.

188 Sobre el papel de la realeza en la sociedad macedónica, v. vol. VI, pág. 10 y 11. Además, A. AYMARD, Βασιλεὺς Μακεδών, *Rev. Intern. Hist. du Droit* (Mél. F. de Visscher 3), Bruselas, 1950, páginas 61 y sigs.

189 POLIBIO, XXXVI, 9 y sigs.; 17, 13 y sigs. Sobre la entente con Cartago, entonces en guerra contra Roma, cf. APIANO, *Punica*, 111; ESTR., XIV, pág. 624 C.

190 Hubo otras tentativas análogas: la de un supuesto Alejandro (ZONARAS, IX, 24), y la de un pretendido Filipo (T. LIV., *Per.*, LIII; VARRON, *R. R.*, II, 4, 1).

191 Cf. CIC, *in Pis.*, 38: *Macedoniam... quam tantae barbarorum gentes attingut ut semper Macedonicis imperatoribus idem fines provinciae fuerint qui gladiorum atque pilorum.*

192 Pariente del desgraciado adversario de Andriscos.

193 A. GEL., *Noctes Atticae*, VI, 3. Cf. D. KIENAST, *op. cit.*, páginas 118 y sigs.

194 POLIBIO, XXIX, 19, 1; XXX, 4 y sigs.

195 Esta renta descendió de 1.000.000 de dracmas a 150.000, si hemos de creer a POLIBIO, XXX, 31, 12.

196 Sobre la *lex Rhodia*, cf. H. KRELLER, *Lex Rhodia*, en *Zeitschr. f. d. ges. Handelsrecht...*, 1921, págs. 257 y sigs.

197 *Infra*, págs. 132 y sigs.

198 Vol. VI, pág. 310.

199 Sobre la actividad comercial en Delos, v. ROSTOVTSEFF, *Die hellenistische Welt...*, Stuttgart, 1955-56, passim.

200 Cf. E. LAPALUS, *L'agora des Italiens, Exploration de Délos*, t. XIX, París, 1939.

201 Nos referiremos a los vols. de *Exploration Archéologie de Délos*, París, 1909, y todavía en curso de publicación.

202 La más reciente publicación de excavaciones en Rodas es la de Ejnar DYGGVE, *Lindos. Fouilles de l'Acropole...*, Berlín, 1960.

203 El más reciente estudio sobre Pozzuoli (Putéolos) es el art. de M. W. FREDERIKSEN, en *R. E.*, XXIII (1959), págs. 2036-2060.

204 P. DUBOIS, *Pouzzoles antique*, París, 1907. V. también V. TRAM TAM TINH, *Le culte d'Isis à Pompéi*, París, 1964.

205 El desarrollo de la Pompeya «samnita» se extiende desde mediados del siglo V a. de C. hasta la conquista de la ciudad por Sila y

la instalación de la colonia romana. El final del siglo III se caracteriza por una actividad arquitectónica considerable; es entonces cuando aparecen las primeras casas con peristilo.

206 Por ej., LUCRECIO, VI, 1 y sigs.

207 Lo que simbolizan las leyendas de Deméter y de Dédalo.

208 Invención atribuida, a veces, a Erecteo, rey de Atenas.

209 Cf. P. GRIMAL, *Siècle des Scipions*, París, 1953, págs. 136 y sigs.

210 *Ibid.*, págs. 150 y sigs.

211 El elogio de la constitución de Esparta se encuentra ya en POLIBIO, VI, 46; 48. Es posible que la comparación entre las leyes de Licurgo y las más antiguas costumbres romanas haya sido establecida por Posidonio; cf. ATENEO, VI, págs. 273 y sigs. CICERÓN, *De Republica*, II, 23.

212 POLIBIO, XXX, 20.

213 *Supra*, pág. 29.

214 Hecho prisionero y llevado a Mesenia, fue obligado a beber el veneno. PLUT., *Filopemen*, 20, 2 y sigs.

215 POLIBIO, XXIV, 10 y sigs.

216 POLIBIO, *ibid.* Cf. DITTENBERGER, *Sylloge*[3], 634.

217 T. LIV., XLV, 31, 9; POLIBIO, XXX, 13; PAUSAN., VII, 10, 9.

218 Cf. POLIBIO, XXXII, 9 y sigs.

219 *Supra*, pág. 51.

220 *Supra*, pág. 47.

221 PAUSAN, VII, 14; T. LIV., *Per.*, LI.

222 Embjada al mando de Sex. Julio César. POLIBIO, XXXVIII, 9, 1; 10, 1, que insiste sobre la moderación de los embajadores romanos.

223 Cf. *supra*, pág. 25.

224 DIOD. SIC., XXXII, 26, 4; POLIBIO, XXXII, 12, 8.

225 POLIBIO, XXXVIII, 15 y sigs.

226 CIC., *De Orat.*, 232; PLINIO, *N. H.* XXXV, 24; POLIBIO, XXXIX, 6, 1; PAUSAN., V, 10, 5; 24, 4; 8.

227 POLIBIO, XXXIX, 2 y sigs.

228 POLIBIO, XXX, 19.

229 Cf. la carta del rey al gran sacerdote de Pérgamo, Atis, en WELLES, *Royal Correspondence in the Hellenistic period*, págs. 245-246, n. 61.

230 Sobre esta guerra, v. L. ROBERT, «Sur la campagne de Prusias II contre Attale II», en *Etudes Anatoliennes*, págs. 111-118.

231 Cf. E. V. HANSEN, *The Attalids...*, págs. 128 y sigs.

232 E. V. HANSEN, *ibid.*, págs. 128 y sigs.

233 DIOD. SIC., XXXIV, 3; JUSTINO, XXXVI, 4, 1-2.

234 C. sobre todo GALENO, XIII, 409-416 (K); XIII, 162; 250 y sigs.; PLIN., *N. H.*, XXXII, 8 (27); VARRON, *R. R.* I, 1, 8, etc.

235 Vol. VI, págs. 157 y sigs.

236 *O. G. I. S.*, n. 338; T. LIV., *Per.*, LVIII; VELL. PAT., II, 4, 1; PLUT, *Ti Grac.*, 14, etc.

237 Había un precedente: el testamento de Ptolomeo Evérgetes (v. nota sig.). Algunos años después, Ptolomeo Apión hará lo mismo; cf. G. I. LUZZATTO, «Appunti sul testamento di Tolomeo Apione a favore di Roma», *Stud. et Doc. Hist. Iuris* VII (1941), págs. 259 y sigs.

238 A PIGANIOL, en *Aev. Hist. du Droit*, 1933, pág. 409.

239 POLIBIO, XXXI. 1 y sigs.; 11 y sigs.; DIOD. SIC., XXXII, 10.

240 DIOD. SIC., XXXI, 17 a; APIANO, *Syr.*, 45-47; 66; *Macabeos*, I. 8; FLAV. JOS., *Ant. Jud.*, XII, 10, 6.

241 POLIBIO, XXXI, 33; XXXII, 1 y sigs.; DIOD. SIC., XXXI, 29 y ss.

242 Hubo una lucha de influencia en Capadocia entre Demetrio y Atalo II; dos pretendientes, medio hermanos, se disputaban el trono: Orofernes y Ariarates, el primero apoyado por Demetrio; el segundo,

por Atalo y los romanos. Cf. POLIBIO, XXXI, 3, 4; XXXII, 1 y sigs.; DIOD. SIC., XXXI, 19, etc.

243 JUSTINO, XXXV, 1-6.

244 JOSEFO, *Ant. Jud.*, XIII, 80-82; *Macabeos*, I, 10, 51-58.

245 POLIBIO, XXXIII, 15; 18, 6 y sigs.; DIOD. SIC., XXXI, 32 a.

246 JUSTINO, XXXV, 1, 6 y sigs.; APIANO, *Syr.*, 67; JOSEFO, *Ant. Jud.*, XIII, 2, 4.

247 JUSTINO, XXXV, 2, 1-3; APIANO, *Syr.*, 67; JOSEFO, *Ant. Jud.*, XIII, 8, 4.

248 J.STINO, XXXVI, 1, 6; XXXIII, 9, 1 y sigs.

249 JUSTINO, XXXVIII, 10; DIOD. SIC., XXXIV, 14; 15; 17; JOSEFO, *Ant. Jud.*, XIII, 8, 4.

250 La embajada más célebre fue la de Escipión Emiliano, Sp. Mummio y Cecilio Metelo. Cf. MUENZER, en *R. E.*, IV, pág. 1452; E. CAVAIGNAC, «A propos des monnaies de Tryphon», en *Rev. de Numism.*, 5.º Sér. XIII (1951); A. E. ASTIN, «Diodoros and the date of the Embassy to the East of Scipio Aemilianus», en *Cl. Philol.* LIV (1959), pág. 221.

251 *Supra*, págs. 48-49.

252 Fundada en el 268 a. de C. Cf. vol. VI, pág. 384.

253 La obra clásica sigue siendo, a pesar de los descubrimientos arqueológicos más recientes, la de A. GRENIER, *Bologne villanovienne et étrusque*, París, 1912; cf. *Civiltà del ferro*, Studi pubblicati nella ricorrenza centenaria della scoperta di Villanova, Bolonia, 1960.

254 T. LIV., XXXIX, 45 y 55.

255 Así en lo que se refiere a los apuanos, que ocupaban la costa entre Génova y Luca, y que, en el 180, fueron deportados a Samnio (T. LIV., XXXIX, 2 y sigs.), y los estatielos, establecidos al noroeste de Génova, que fueron enviados a la Transpadana (T. LIV., XLII, 7, 3; 22), en 173-172.

256 Vol. VI, págs. 325 y sigs.

257 APIANO, *Iber.*, 37; T. LIV., XXVII, 38.

258 T. LIV., XXVIII, 12, 11-12.

259 Cf. J. M. BLÁZQUEZ, «Causas de la Romanización de Hispania», en *Hispania* XXIV (1964), págs. 5-26; 166-184; 325-357; 485-508.

260 Sobre los problemas de la prehistoria ibérica, cf.: Ramón MENÉNDEZ PIDAL, *Historia de España*, I, vol. III. P. BOSCH-GIMPERA, *La formación de los pueblos de España*, México, 1945; Luis PERICOT Y GARCÍA, *La España Primitiva*, Barcelona, 1950.

261 A. SCHULTEN, *Tartessos*, Madrid, 1945; ID., *Fontes Hispaniae antiquae*, I-IV; Barcelona, 1928-1940; ID., art. «Tartessos», en *R. E.*, IV, págs. 2.446 y sigs.

262 AVIENO, *Ora Maritima*, 223 y sigs.

263 *Reyes*, I, 10, 22: «no había plata; en tiempo de Salomón, no era de estima. Porque el rey tenía la flota que salía a la mar, a Tarsis, con la flota de Hiram: una vez en cada tres años, venía la flota de Tarsis, y traía oro, plata, marfil, simios y pavos». Cf. *ibid.*, 22, 49.

264 ESTRABÓN, III, 6, pág. 139.

265 Cf. AVIENO, *Ora Maritima*, 259 y sigs. V. también SCHULTEN, *Tartessos*, págs. 31 y sigs.

266 Hacia el 800 a. de C. Cf. ESTRABÓN, III, 12, pág. 149.

267 ISAÍAS, 23, 1: «¡Aullad, naves de Tarsis, porque destruida es...! De la tierra de Cetim les ha venido el aviso».

268 HEROD., I, 163. Historia de las relaciones de los focenses con el rey Argantonio, mucho antes de la fundación de Marsella.

269 L. PERICOT Y GARCÍA, *op. cit.*

270 El más antiguo es HECATEO DE ABDERA, fr. 11-18.

271 Tal es la teoría de SCHULTEN, art. «Hispania», *R. E.*, VIII, páginas 2029-2030.

[272] Cf. Juan MALUQUER DE MOTES, «Pueblos ibéricos», en MENÉNDEZ PIDAL, *op. cit.*, I, 3, págs. 306 y sigs.

[273] Por ejemplo, la acrópolis de Azaila (prov. de Teruel); *Historia de España, cit.*, pág. 375, fig. 239, donde aparece una fuerte influencia romana.

[274] T. LIV., XXII, 19, 6: *multis et locis positas turres Hispania habet, quibus et speculis et propugnaculis adversus latrones utuntur.* Cf. PS. CAESAR, *Bell. Hisp.*, VIII, 3.

[275] *C. I. L.*, II, 504 (= *I. L. S.* n. 15), inscripción de Paulo-Emilio, fechada en 1 de enero de 189.

[276] Como báse de las investigaciones, el libro de P. PARIS, *Essai sur l'art et l'industrie de l'Espagne primitive*, París, 1903-1904. Desde entonces, muchos descubrimientos han sido clasificados y estudiados por L. LANTIER, *Bronzes votifs ibériques*, París, 1935; F. ALVAREZ OSSORIO, *Catálogo de exvotos ibéricos de bronce del Museo Arqueológico Nacional*, Madrid, 1941.

[277] A. GARCÍA Y BELLIDO, *La Dama de Elche*, Madrid, 1943, considera que este busto es una obra de la época de Augusto, pero es posible que sea algunos siglos más antigua.

[278] BOSCH-GIMPERA, *El problema de la cerámica ibérica*, Madrid, 1915; B. TARACENA, *La cerámica ibérica de Numancia*, Madrid, 1924.

[279] Cf. M. GÓMEZ MORENO, *La escritura ibérica y su lenguaje*, Madrid, 1948.

[280] Sobre el conjunto del problema, cf. A. TOVAR, «Sobre la complejidad de las invasiones indoeuropeas en nuestra península», en *Zephyrus* I (1950), págs. 33 y sigs.

[281] Cf. BOSCH-GIMPERA, *Two Celtic Waves in Spain*, Londres, 1930. ID., «Celtas e ilirios», en *Zephyrus* II (1951), págs. 141 y sigs.

[282] J. M. RAMOS LOSCERTALES, «Hospicio y clientela en la España céltica», en *Emerita* X (1942), págs. 308 y sigs.

[283] PLUT., *De virt. mulier.*, 248 e. V. P. GRIMAL, en *Histoire mondiale de la Femme*, París, 1966, II. Cf. ESTRABÓN, III, 3, 7, y los hechos reunidos por J. CARO BAROJA, *Los pueblos de España*, Barcelona, 1946.

[284] Vol. VI, pág. 100. Cf. J. MALUQUER DE MOTES, «Las culturas hallstátticas en Cataluña», en *Ampurias* VII-VIII (1946).

[825] J. MALUQUER DE MOTES, en *Historia de España, cit.*, I, 3, páginas 42 y sigs.

[286] *Infra*, pág. 226.

[287] T. LIV., XXI, 57, 5.

[288] Estos nombres son facilitados por los historiadores antiguos (APIANO, POLIBIO, T. LIV., etc.), pero las indicaciones de estos textos no siempre son coherentes; cf. HÜBNER, art. «Celtiberi», *R. E.*, III, páginas 1886 y sigs.

[289] La bibliografía de Numancia está dominada por los trabajos de SCHULTEN, *supra*, n. 261.

[290] T. LIV., XXXIII, 21, 6.

[291] ID., XXXIII, 25.

[292] ID., XXXIV, 8, 4 y sigs.

[293] ID., XXXIV, 21, 7.

[294] ID., XLIII, 2: M. Porcio Catón y P. Cornelio Nasica para la Citerior; Paulo-Emilio y C. Sulpicio Galo para la Bética.

[295] POLIBIO, XXXV, 1 y sigs.

[296] APIANO, *Iber.*, 59 y sigs.

[297] APIANO, *ibid.*, 74 y sigs.

[298] El episodio de C. Hostilio Mancino en 137 (APIANO, *ibid.*, 79-83.)

[299] DIOD. SIC., XXIV, 33, y sigs. APIANO, *Pun.*, 69; PLUT., *Cato mai.*, 27, 3; T. LIV., *Per.*, XLVIII; XLIX.

[300] Cf. T. LIV., XLII, 23; XLV, 13 y sigs.

[301] APIANO, *Punica*, 70 y sigs.

[302] *Supra*, pág. 47.
[303] APIANO, *Punica*, 115.
[304] Id., *ibid.* Cf., *supra*, págs. 12 y sigs. No tenía más que 38 años.
[305] Hijo menor de Paulo-Emilio, nacido hacia el 185 ó 184 a. C. Había participado, siendo niño aún, en la batalla de Pidna.
[306] De creer a SERV., *Ad Aen.*, XII, 84 (confirmado, en parte, por Macrobio, *Sat.*, III, 9, 7-8); cf., sobre este problema, V. BASANOFF, *Evocatio*, París, 1947, págs. 63 y sigs.
[307] Frag. XXXVIII, 22 (según APIANO, *Punica*, 132).
[308] Cf. POLIBIO, XXXVI, 9, 1 y sigs.

2. La agonía de la República (133-49 a. de C.)

[1] *Supra*, pág. 28. Para Escipión Emiliano, *supra*, págs. 74 y sigs.
[2] PLUT., *Cato*, XXVII, 4. Al conocer las hazañas de Escipión, Catón cita en griego la *Odisea* (X, 495): «sólo él es prudente, los demás flotan como sombras». Cf. POLIBIO, XXXVI, 8.
[3] W. SCHWAHN, «Tributum und Tributus», en *R. E.*, VII, págs. 4 y sigs. V. Vol. VI, pág. 294.
[4] Vol. VI, págs. 158 y sigs.
[5] Vol. VI, págs. 294.
[6] En el 199; cf. T. LIV., XXXII, 7, 3, donde se trata de los *portoria* de Capua.
[7] T. LIV., XL, 51, 8. Censura de M. Emilio Lépido y de M. Fulvio.
[8] POLIBIO, VI, 17, 1 y sigs.
[9] Vol. VI, pág. 158. El origen último del sistema, en el Reino lágida, sería ateniense (*ibid.*).
[10] Vol. VI, pág. 294-295.
[11] T. LIV., XXIII, 48, 10 y sigs. Año 215.
[12] T. FRANK, *Economic Survey*, I, pág. 154 y sigs.
[13] A. W. VAN BUREN, art. «Pompei», en *R. E.*, XXI, págs. 2020-2021.
[14] *Supra*, pág. 49.
[15] T. LIV., XL, 51, 3. ¿Era un teatro de piedra, o simplemente un teatro de madera, con ciertas subestructuras permanentes? ¿Tenía asientos en la *cavea?* El problema sigue siendo muy oscuro. Cf. J. GAGE, *Apollon romain*, París, 1955, pág. 397.
[16] T. LIV., ibid., 8.
[17] FRONTIN, *De aquae ductu...*, 6.
[18] El proyecto había sido estudiado detalladamente; a diferencia de los viejos acueductos, tenía arcos que, muy frecuentemente, se hallaban al nivel del suelo.
[19] VITR., II, 2, 5. Sobre la actividad de Hermodoro en Roma, cf. FABRICIUS, s. v., n. 8, en *R. E.*, VIII, págs. 861-862.
[20] Cf. J. CARCOPINO, en *Roma*, 1938; OATES, en *Class Phil.*, 1934, páginas 101-116.
[21] BLOCH y CARCOPINO, *Hist. Rom.* (De los Gracos a Sila), páginas 98 y sigs.
[22] A. GEL., *N .A.*, XV, 11, 1.
[23] ATENEO, XII, 547 a.
[24] Existen, en efecto, dos consulados de L. Postumio: uno en el 173, y otro en el 154. Si puede advertirse la ausencia de un epicúreo entre los embajadores del 155, el motivo es, sin duda, la medida que, desde el 174, afectaba a los seguidores de Epicuro. Recuérdese también la presencia en Roma (hacia el 269) del estoico Crates de Malos, maestro de Panecio. Cf. SUET., *De gramm.*, 2. Sobre su acción, cf., *infra*, págs. 90 y sigs.

[25] *Supra*, págs. 52 y sigs.

[26] Tal es el sentido de la comparación entre la virtud y un blanco dividido en sectores. Cualquiera que sea el sector alcanzado por su flecha, el arquero obtiene el premio. ESTOBEO, *Ecl.*, II, 7 (VAN STRAATEN, *Panaitios*, n. 109).

[27] DIOG. LAERC., VII, 128 (VAN STRAATEN, *ibid.*, n. 110).

[28] *Infra*, pág. 220.

[29] V. el estudio que le ha consagrado W. KROLL, sv. v. «Krates», número 16, *R. E.*, XI, págs. 1364 y sigs., y, más recientemente, J. COLLART, *Varron grammairien latin*, París, 1954.

[30] Este aspecto de Posidonio nos parece resultar de la obra de M. LAFFRANQUE, *Posidonius d'Apamée*, París, 1965.

[31] Vol. VI, pág. 108.

[32] Vol. VI, pág. 90.

[33] CIC., *Brutus*, 106. Cf. W. S. FERGUSON, «The lex Calpurnia of 149 B. C.», *J. R. S.*, XI (1921), págs. 86 y sigs.

[34] Para comprender el sentido de la *lex Calpurnia*, hay que tener muy en cuenta la fecha. El Senado está comprometido en los complejos asuntos de España, de Africa y, sobre todo, de Grecia. Por último, se envían comisiones senatoriales a las provincias y surgen «especialistas» de los problemas aqueos, asiáticos, españoles, etc. Era natural que se les diese una función predominante en la solución de los asuntos que se referían a las provincias y de los problemas que ellos conocían mejor que nadie. La cuestión que provocó la *lex Calpurnia* fue la escandalosa conducta de Galba respecto a los lusitanos (*supra*, pág. 74). Cf. H. H. SCULLARD, *Roman politics...*, páginas 235-236.

[35] Sobre la familia de los Gracos, cf. J. CARCOPINO, *Autour des Gracques*, París, 1928, págs. 47-81. Los textos fundamentales son PLUT., *Ti. Grac.*, I, 2; PLINIO, *N. H.* VII, 57; SEN., *Ad Marc.*, XVI, 3; *Ad Helu.*, XVI, 6.

[36] La fuente más detallada acerca de los Gracos en PLUT., *Ti, et C. Grac.*; es necesario controlarla por APIANO, *Guerras civiles*, I. Sobre su valor respectivo, cf. J. CARCOPINO, *op. cit.*

[37] D. R. DUDLEY, «Blossius of Cumae», en *J. R. S.*, XXXI (1941), páginas 92-99. Compárese D. C. EARL, «Tiberius Gracchus, a Study in Politics», col. *Latomus*, LXVI (1963), y C. NICOLET, «L'inspiration de Tiberius Gracchus» (a propósito de un libro reciente), en *R. E. A.*, LXVII (1965), páginas 142-158.

[38] Cf. su actitud respecto a Atenión, con motivo de la revuelta contra Roma (M. LAFFRANQUE, *Posidonius d'Apamée*, París, 1965).

[39] PLUT., *Ti. Gracchus*, 8, 7.

[40] Cf. E. BIDEZ, *La Cité du monde et la Cité du Soleil*, París, 1932.

[41] Cf. vol. VI, pág. 295 y sigs., y las condiciones en que se inició la formación de los *latifundia*.

[42] Cf. J. CARCOPINO, *Hist. romaine*, cit., págs. 187 y sigs. Fuente: DIOD. SIC., XXXIV, 1-12. V. también J. P. BRISSON, *Spartacus*, París, 1959, págs. 67 y sigs. (que sitúa el comienzo de la revuelta en el 140).

[43] PLUT., *ibid.*, 9, 1.

[44] APIANO, *Guerras Civ.*, I, 10.

[45] J. CARCOPINO, *op. cit.*, pág. 206.

[46] Por ejemplo, la *lex de imperio* tal como será promulgada en tiempo de Vespasiano.

[47] APIANO, *ibid.*, I, 16-17; PLUT., *ibid.*, 19, 5-6; DIOD. SIC., XXXIV, 30.

[48] Seguimos la cronología establecida por J. CARCOPINO, *Autour des Gracques*, págs. 29 y sigs. Al situar la muerte de Atalo después de la de Tiberio, obliga a rechazar el texto de PLUT., *Ti. Grac.*, 14, 1 y sigs., según el cual el tribuno había propuesto utilizar los te-

soros del rey para financiar el establecimiento de los nuevos propietarios beneficiarios de la ley agraria.

49 *Schol. Bob.*, pág. 283 (Or.).

50 V., sobre este tema, el análisis de J. CARCOPINO, *Autour des Gracques*, pág. 83-123.

51 CIC., *De Rep.*, IV, 2, 2.

52 ESTRABÓN, XIV, 1, 38.

53 *Supra*, págs. 98 y sigs.

54 J. BELOCH, «Socialismus und Kommunismus in Altertum», en *Zeitschr. f. Socialwiss.*, IV (1901), pág. 360; cf. BIDEZ, *op. cit.* (*supra*, número 40), pero también DUBLEY, *op. cit.* (*supra*, n. 37), págs. 98-99.

55 J. CARCOPINO, *Hist. rom.*, *cit.*, págs. 244-245.

56 Enunciado del programa, PLUT., *C. Gracch.*, 5, 1 y sigs.

57 Vol. VI, pág. 293.

58 CIC., *De Or.*, III, 214.

59 SAL., *Iug.*, V, 2.

60 *Supra*, pág. 78.

61 ESTRABÓN, XVII, 3, 13.

62 SALUSTIO no hace alusión alguna a la intervención del cónsul Porcio Catón en el reparto, que él presenta como consecuencia de una decisión de los tres príncipes, incapaces de entenderse; pero cf. St. GSELL, *Hist. anc. Afrique du Nord*, VII, pág. 142.

63 APIANO, *Celtica*, XIII.

64 *Supra*, pág. 110.

65 SAL., *Iug.*, 43.

66 ASCON., ad CIC., *Corn.*, pág. 71 (K. S.). Acusado ante el pueblo por el tribuno Domicio, fue absuelto por todas las tribus, excepto dos.

67 Sobre los problemas planteados por la identificación de esta ley, cf. J. CARCOPINO, *Autour des Gracques*, págs. 205 y sigs., y G. TIBILETTI, «Le leggi de iudiciis repetundarum», en *Athen.*, XXXI (1953), páginas 5 y sigs.; E. BADIAN, en *Cl. Rev.*, N. S., IV (1954), págs. 101 y sigs.

68 Sobre la reforma militar de C. Mario, cf. E. GABBIA, «Ricerche sull'esercito profesionale romano da Mario ad Augusto», *Athen.*, XXIX (1951), págs. 171 y sigs.

69 SAL., *Iug.*, 114, 3-4.

70 APIANO, *B. C.*, I, 4, 32.

71 *Supra*, pág. 107.

72 APIANO, *B. C.*, I, 5, 35.

73 DIOD. SIC., XXXVII, 11.

74 Sobre este aspecto de la guerra, cf. J. CARCOPINO, *Hist. rom.*, *cit.*, págs. 377 y sigs.

75 CIC., *Pro Archia*, 7; *Schol. Bob.*, pág. 353 (Or.).

76 *Supra*, pág. 105.

77 Cf. M. LAFRANQUE, «Poseidonios historien. Un épisode significatif de la première guerre de Mithridate», en *Pallas*, 1963, págs. 202-212.

78 Nacido en el 138; VELL. PAT., II, 17; PLUT., *Sila*, 6.

79 PLUT., *Sila*, 8; *C. Mario*, 35; APIANO, *Bell. Civ.*, I, 55-56.

80 Sobre estos novelescos episodios de la vida de Mario, cf. PLUT., *C. Mario*, 39-40.

81 APIANO, *Bell. Civ.*, I, 95. Las ejecuciones y las prescripciones continuaron; y el número total de víctimas, finalmente, fue mucho más elevado.

82 J. CARCOPINO, «La naissance de Jules César», *Mél. Bidez*, Bruselas, 1933, págs. 35-69.

83 Sobre el carácter monárquico de la dictadura de Sila, cf. J. CARCOPINO, *Sulla ou la monarchie manquée*, París, 1931.

84 Sobre el papel de los *Metelli* en este proceso (que data, pro-

bablemente, de enero; J. CARCOPINO, *ibid.*), cf. H. DE LA VILLE DE MIRMONT y J. HUMBERT, *Cicerón, Discours*, t. I, 2.ª ed., París, 1934, página 62, núm. 1.

85 *Supra*, pág. 120.

86 *Supra*, pág. 129.

87 Cicerón dirigirá el mismo reproche a L. Calpurnio Pisón en Macedonia (cf. *In Pis*, 90).

88 Cf. J. CARCOPINO, «Un Cicerón trop habile», en *Rencontres de l'Histoire et de la Littérature*, París, 1963, págs. 13-58.

89 APIANO, *B. Mithr.*, 96; PLINIO, *N. H.*, VII, 93; 98; ESTRABÓN, XIV, 3, 3.

90 CIC., *Or. in toga cand.* (ap. ASCON., pág. 80 K. S.); VAL. MAX., IX, 2, 1; PLUT., *Sila*, XXXII, 2.

91 Cf. SAL., *Catil.*, 15 y sigs.

92 No pudo presentarse a las elecciones del 65 para el 64, porque en julio, en el momento de los comicios, se hallaba sujeto a una acusación *de repetundis*, formulada por P. Clodio; cf. CIC., *Ad Att.*, I, 11; 2, 1.

93 *Supra*, pág. 127.

94 PLUT., *Cic.*, 15, 1-2; ID., *Cras.*, 13, 3.

95 V. la carta de C. Manlio a Marcio Rege, SAL., *Cat.*, 33.

96 Sobre este aspecto del pensamiento ciceroniano, cf. A. MICHEL, *Rhétorique et Philosophie chez Cicéron*, París, 1960, pág. 158.

97 SUET., *Caes.*, 1: casado con Cornelia, hija de Cinna, fue privado por Sila de la promesa del flaminado de Júpiter, porque el dictador no había podido obtener de él que repudiase a su mujer. César, durante este período, tuvo que ocultarse cambiando de asilo cada noche.

98 *Supra*, pág. 143.

99 Cf. DION CASIO, XXXVII, 56-57.

100 Vol. VI, págs. 99 y sigs.

101 Sobre la importancia de la ruta del estaño, cf. J. CARCOPINO, *Promenades historiques aux pays de la Dame de Vix*, París, 1957; J. VENDRYES, «La route de l'étain en Gaule», *C. R. A. I.*, 1957, págs. 204-209; J. J. HATT, *Hist. de la Gaule romaine*, París, 1959, págs. 19 y sigs., y la bibliografía. V. también *Actes du Colleque sur les influences helléniques en Gaule*, Dijon, 1957.

102 *Supra*, pág. 109.

103 Cf. H. ROLLAND, *Fouilles de Glanum* (Supl. a *Gallia*, I (1946) y XI (1956).

104 Cf. sobre este punto las observaciones de J. JANNORAY, *Ensérune*, París, 1955, págs. 289 y sigs.

105 J. JANNORAY, *op. cit.*, pág. 303 y sigs. Cf. H. GALLET DE SANTERRE, «Ensérune. An oppidum in Southern France», en *Archaeology*, XV (1962), págs. 163-179.

106 A. BLANCHET, *Traité des monnaies gauloises*, 2 vols., París, 1905; A. GRENIER, *Les Gaulois*, págs. 260 y sigs.

107 ESTRABÓN, IV, 1, 1, C. 176.

108 CÉSAR, *Bell. Gall.*, I, 1, 2.

109 R. RION, en *Annuaire du Collège de France*, LXIII (1963); cátedra de geografía histórica de Francia, págs. 389-398.

110 V. el mapa, *supra*, pág. 150.

111 Cf. J. WHATMOUGH, *The Dialects of ancient Gaul*, Ann Arbor University, 1950-1951 (microfilme).

112 Cf. M. L. SJOESTEDT, *Dieux et héros des Celtes*, París, 1940; J. VENDRYES, *La religion des Celtes*, París, 1948; P. M. DUVAL, *Les dieux de la Gaule*, París, 1957; *Les religions des Celtes*, París, 1958; «Mythologie celtique», en *Mythologies*, II, París, 1963, págs. 3-19; J. J. HATT, «Essai sur l'évolution de la religion gauloise», *Rev. Et. Anc.*, LXVII (1958), págs. 80-125.

[113] C. JULLIAN, *Vercingétorix*, ed. P. M. DUVAL, París, 1963, pág. 47.
[114] ESTRABÓN, IV, 2, 3, 191 C.
[115] POSIDONIO, ap. ATEN., IV, 152 d.
[116] Cf. *supra*, pág. 109; VEL. PAT., II, 10, 2; *C. I. L.*, 12, pág. 49; VAL. MAX., IX, 6, 3. Bituito acabó su vida en «residencia vigilada», en Alba.
[117] T. LIV., *Per.*, LXI.
[118] CES., *B. G.*, I, 17-18.
[119] PLUT., *De virt. mulierum*, VI, pág. 246 C.
[120] Cf. P. GRIMAL, en *Histoire mondiale de la Femme*, II, París, 1966.
[121] ESTRABÓN, IV, 4, 3.
[122] CES., *B. G.*, VI, 19.
[123] Discurso de Critognat, CES., *ibid.*, VII, 77, 12.
[124] PLINIO, *N. H.*, X, 53.
[125] Cf. J. CARCOPINO, *Les Etapes de l'Imperialisme romain*, París, s. d. (1961), págs. 231 y sigs.
[126] J. J. HATT, *Histoire de la Gaule romaine*, París, 1959, págs. 51 y siguientes.
[127] CÉSAR, *Bell. Gall.*, II, 34.
[128] *Ibid.*, IV, 20.
[129] Sobre el episodio de Alesia, cf. J. CARCOPINO, *Alésia et les ruses de César*, París, 1958. Sobre el emplazamiento, las excavaciones, etc., J. LE GALL, *Alésia, Archéologie et Histoire*, París, s. d. (1963).

3. De la dictadura al principado (49 a. de C.-14 d. de C.)

[1] *Supra*, págs. 114-115.
[2] *Supra*, págs. 145 y sigs.
[3] Cf. CIC., *Ad Att.*, X, 8, 2; CES., *Bell Civ.*, III, 1, 3.
[4] SAL., *Epist. ad Caes.*, I, 2, 5.
[5] *Supra*, pág. 133.
[6] *Infra*, pág. 203.
[7] DION CASIO, XLI, 16, 1.
[8] SUET., *Caes.*, 7.
[9] CES., *Bell. Civ.*, III, 29.
[10] *Ibid.*, 39-40.
[11] PLUT., *Pompeyo*, 75, 1.
[12] Especialmente en Efeso. DITTENBERGER, *Sylloge*, 760.
[13] PLUT., *Caes.*, 50, 1; cf. SUET., *Caes.*, 37.
[14] APIANO, *Bell. Civ.*, II, 93.
[15] ID., *ibid.*
[16] LUCANO, *Farsalia*, I, 128.
[17] V., sobre este problema, Ch. WIRSZUSKI, *Libertas;* cf. A. MOMIGLIANO, en *J. R. S.*, XLI (1951), págs. 146-153. Adviértase que los antiguos estoicos casi nunca recurren a la noción de ἐλευθερία. El desarrollo en este sentido parece ser romano.
[18] Sobre los planes de César, cf. SUET., *Caes.*, 44; PLUT., *Caes.*, 58, 3.
[19] APIANO, *Bell. Civ.*, II, 110; PLUT. *Caes.*, 60, 1.
[20] Vol. VI, pág. 126.
[21] *Supra*, págs 4 y sigs. ,
[22] La etimología relaciona la palabra con *satur*, saciado, y, especialmente, con una expresión de la lengua sagrada, la ofrenda de la *satura lanx*, plato donde se depositaban granos y alimentos de todas clases.
[23] Vol. VI, pág. 322.

[24] M. CHOUET, *Les Lettres de Salluste à César*, París, 1950; Elio PASOLI, *Le historiae... di Sallustio*, Bolonia, 1965. En sentido contrario, R. SYME, en *Mus. Helvet.*, XV (1958), págs. 46-55; ID., *Sallust*, Berkeley, 1964.

[25] Aunque esta carta sea anterior a la redacción del *Catilina* y del *Yugurta*, es seguro que el pensamiento de Salustio no había esperado a su vejez para ejercitarse en una reflexión sobre la historia.

[26] Cf. *Brutus*, 61. Sólo los elogios fúnebres se publicaban. Los discursos de Apio Claudio y de Q. Fabio habían sido solamente *recogidos;* los de Catón fueron modificados por su autor para la publicación.

[27] *Supra*, pág. 74. CIC., *Brutus*, 90.

[28] Cf. A. GEL., *N. A.*, XIII, 16, 1. V. IHM, art. «contio», en *R. E.*, IV, pág 1149.

[29] Sobre el papel de la filosofía en la vida de Cicerón, cf. A. MICHEL, *op. cit. Supra*, págs. 137 y sigs.

[30] *Supra*, pág. 138.

[31] Fragmentos encontrados en los papiros de Herculano; v. la edición de A. OLIVIERI, Teubner, 1909; cf. R. PHILIPPSON, en *Berl. Philol. Woch.* XXX (1910), págs. 740 y sigs.; M. PAOLUCCI, en *Rend. Ist. Lomb.* LXXXVIII (1955), págs. 483 y sigs. Oswyn MURRAY, «Philodemus on the Good King according to Homer», en *J. R. S.*, LV (1965), páginas 161-182. Filodemo era amigo de L. Calpurnio Pisón Cesonino, suegro de César. Creemos que este tratado data, probablemente, del año 45.

[32] Sobre estas formas, cf. K. ZIEGLER, *Das hellenistische Epos*, Leipzig, 1934.

[33] V., sobre estos puntos, el brillante estudio de Wendell CLAUSEN, «Callimachus and Latin Poetry», en *Greek, Rome, Byz. Stud.*, VI (1964), páginas 181 y sigs.

[34] CIC., *Tusc.*, III, 45.

[35] Cf. E. MARMORALE, *L'ultimo Catullo*, Nápoles, 1952.

[36] CIC., *De har. resp.*, 20.

[37] Cf. E. WILL, *Le relief culturel gréco-romain*, París, 1955.

[38] TERTUL., *Apol.*, 6; *Ad Nat.*, I, 10, ARNOBIO, II, 73.

[39] Cf. G. WISSOVA, *Röm. Relig.*, pág. 293.

[40] TRAN TAN TINH, *Le culte d'Isis en Campanie*, París, 1964.

[41] Vol. VI, pág. 214.

[42] Cf. A. BRUHL, *Liber Pater*, París, 1953, págs. 124 y sigs., y la bibliografía anterior. Además, E. MARMORALE, *L'ultimo Catullo*, Nápoles, 1952, págs. 160 y sigs.

[43] *Supra*, pág. 7.

[44] *Les religions orientales dans le paganisme romain*, 4.ª ed., París, 1929, págs. 198 y sigs.

[45] JEANMAIRE, *Dionysos*, París, 1951.

[46] «La apoteosis de Tulia». V., bajo este título, P. BOYANCE, en *Rev. Et. Anc*, XLVI (1944), págs. 179 y sigs.

[47] V., sobre él, FERRERO, *Storia del Pitagorismo nel mondo romano*, Turín, 1955.

[48] SUET., *Caes.*, 81; sobre todo, VIRG., *Geórg.*, I, 466 y sigs.

[49] SUET., *Aug.*, 8, 3; NIC. DAM., *Vita Caes.*, 10-12.

[50] DION CASIO, XLVI, 5, 3.

[51] P. GRIMAL, *Les intentions de Properce et la composition du livre IV des Elégies*, Bruselas, 1953, pág. 27.

[52] La filiación divina de Octavio (hijo de Apolo) ¿fue, en realidad, conocida por César, como supone DION. CASIO, XLV, 1, 2? Un sueño de Cicerón, PLUT., *Cic.*, 44, 4-5.

[53] DION. CASIO, XLVI, 47.

[54] APIANO, *Bell. Civ.*, IV, 2, 7.

55 Vol. VI, pág. 93.

56 Del lado de los *Cilnii*, por su madre, probablemente. Pero toda esta filiación presenta serias incertidumbres; cf. R. AVALLONE, *Mecenate*, Nápoles, s. d. (1962).

57 Sobre los delicados problemas planteados por esta *Egloga*, menos «mística», a nuestro parecer, que de tono voluntariamente alejandrino y ligero, cf. J. CARCOPINO, *Virgile et le Mystère de la IV Eglogue*, París, 1930.

58 *Supra*, pág. 128.

59 P. GRIMAL, «A propos de l'Epode XVI d'Horace», *Latomus* XX (1961), págs. 721-730.

60 PLUT., *Antonio*, 26.

61 La hipótesis es formulada y defendida por J. CARCOPINO, *Passion et politique chez les Césars*, París, s. d. (1958), págs. 40 y sigs.

62 JEANMAIRE, *Revue Archéol.*, 1924, págs. 241-261 (citado por J. CARCOPINO, *ibid.*).

63 DION. CASIO, XLIX, 38, 2. Sobre la sinceridad de esta intención, cf. D. MEYER, *Die Aussenpolitik des Augustus...*, Colonia, 1961, páginas 9 y sigs.

64 Por ej., HOR., *Carm.*, III, 6, compuesto por esta época (32?), tiene el mismo tono desencantando del epodo XVI.

65 *Supra*, págs. 137-138.

66 SUET., *Aug.*, 69. Cf. Kenneth SCOTT, «The political propaganda of 44-30 B. C.», en *Mem. of the Amer. Acad. in Rome*, 1933, págs. 7-49.

67 DION. CASSIO, L, 2, 5.

68 *Res Gestae Divi Augusti*, 25, 2. Sobre las condiciones y los términos de este juramento, v. también R. SYME, *The Roman Revolution*, págs. 285-293.

69 Respecto a España, cf. R. ETIENNE, *Le culte impérial dans la péninsule ibérique*, París, 1958, págs. 357 y sigs.

70 Este es, a nuestro parecer, el sentido de la tercera de las Odas romanas de Horacio (III, 3).

71 V., más arriba, págs. 193 y sigs.

72 Sobre este extraño uso y su significación, cf. ROSENBERG, s. v. *imperator*, en *R. E.*, IX, págs. 1139-1154.

73 CIC., *Pro Domo*, 124; DION. CASIO, XXXVIII, 30, 2.

74 *Res Gestae*, 34: *per consensum universum potitus rerum omnium.*

75 *Ibid.*

76 DION CASIO, LIII, 20, 1; cf. HOR., *Carm.*, I, 2 (en sentido contrario, E. FRAENKEL, *Horace*, pág. 246, n. 4).

77 A. ERNOUT, «Augur-Augustus»; *Mem. Soc. Linguist.*, XXII, pág. 234.

78 Esta última virtud se refiere a la venganza contra los asesinos de César y no, como se ha dicho frecuentemente, a la restauración de los santuarios.

79 Cf. DESSAU, *Prosop. Imp. Roman.*, II, 246; MUENZER, s. v. *Junius*, número 172, *R. E.*, X, págs. 1095-1096.

80 Relación, por otra parte hipotética, que se deduce de *C. I. L.*, VI, 16357. Cf. GROAG, en *R. E.*, VII, págs. 932-934.

81 DION CASIO, LV, 10; sobre las cohortes pretorianas en general, cf. M. DURRY, *Les cohortes prétoriennes*, París, 1938; ID., art. «Praetoriae Cohortes», en *R. E.*, XXII, págs. 1607-1634.

82 El problema de la naturaleza de este *imperium* es muy complejo. Cf. R. HASLIK, s. v. «M. Vipsanius Agrippa», *R. E.*, IX, págs. 1251 y sigs. (con la bibliografía hasta 1961).

83 Cf. HOR., *Carm.*, I, 12, 45-48.

84 *Res Gestae*, 5. Sobre el conjunto de la crisis, cf. DION CASIO, LIV, 1.

85 Sobre el problema, muy complejo, de los *procuratores*, cf. H. G.

PFLAUM, *Les procurateurs équestres sous le Haut-Empire romain*, París, 1950; ID., art. «procurator», en *R. E.*, XXIII (1957), págs. 1240-1279.

86 SAL., *Ad Caes.*, I, 7, 3; *id ita eveniet si pecuniae, quae maxima omnium pernicies est, usum atque decus dempseris.*

87 Los Juegos Seculares, celebrados en fechas lejanas, a comienzos de un «siglo» (100 ó 110 años), en realidad, según las indicaciones dadas por los presagios, se ofrecían primitivamente a las divinidades infernales, *Dis Pater* y Proserpina. Señalaban el paso de un «ciclo» a otro y celebraban la renovación del mundo. Los primeros habían tenido lugar hacia el 348. Cf. J. GAGE, *Recherches sur les Jeux Séculaires*, París, 1931; A. PIGANIOL, en *Rev. Et. Anc.*, XXXVIII (1936), página 219.

88 *Res Gestae*, 6. Esta demanda fue presentada en el 19, en el 18 y, de nuevo, en el 11.

89 Lo que nos parece implicar la redacción del párr. 2 en el texto griego, el único que se conserva de este pasaje.

90 HOR., *Carm.*, III, 6.

91 La legislación sobre la familia no toma su forma definitiva hasta la *lex Pappia Poppaea*, en el 9 d. de C.

92 Por ej., HOR., *Carm.*, I, 12; III, 2, donde se omite el discurso sobre la divinidad de César, habitual en un elogio de la *«virtus»*; este silencio es, en cierto modo, comentado en las dos últimas estrofas, elogiando la discreción que debe observar el poeta.

93 TAC., *Ann.*, I, 9 y 10.

94 Cf. G. W. BOWERSOCK, *Augustus and the Greek World*, Oxford, 1965, página 33, citando a SUET., *Aug.*, 89, 1, y DION CASIO, LI, 16, 4.

95 Cf. PH. DERCHAIN, en nuestro vol. VI, págs. 192 y sigs.

96 Se encontrará una exposición completa del sistema de los reyes-clientes en G. W. BOWERSOCK, *op. cit.*, págs. 42-61.

97 *Supra*, págs. 23 y sigs.

98 DITTENBERGER, *Sylloge*, 780 (inscripción de Cnido).

99 Como bien se demuestra en el libro de S. ACCAME, *Il dominio romano in Grecia dalla Guerra Acaica ad Augusto*, Roma, 1946.

100 V. el texto en V. EHRENBERG and A. H. M. JONES, *Documents illustrating the Reigns of Augustus and Tiberius*, 2.ª ed., Oxford, 1955, páginas 139 y sigs.

101 ESTRABÓN, XIV, 3, págs. 664-665 C.

102 *Supra*, págs. 149 y sigs.

103 P. WULLEUMIER, *Lyon*, París, s. d. (1953), pág. 13.

104 ID., *ibid.*, págs. 37 y sigs.

105 Cf. R. ETIENNE, *Le culte impérial dans la péninsule ibérique*, París, 1958, págs. 367 y sigs.

106 Inscripción de Narbona (II d. de C.), *C. I. L.*, XII, 4333 (DESSAU, *I. L. S.*, núm. 112). Tal vez hubiera una circunstancia especial que explicase el carácter popular de los dedicantes. Cf. DESSAU, *ad loc.*

107 RIBEZZO, «Il primissimo culto di Cesare Augusto», *Riv. indo-greco-ital.*, XXI (1937), págs. 117-138. Versión literaria de este culto: 1.ª *Egloga* de Virgilio (39 a. de C.).

108 DION CASIO, LI, 19, 21.

109 Templos de Pérgamo y de Nicomedia: TAC., *Ann.*, IV, 17; SUET., *Aug.*, 52; DION CASIO, LI, 20.

110 DION CASIO, LI, 20; *Res Gestae*, 10.

111 CUMONT, *Les mystères de Mithra*, Bruselas, 2.ª ed., 1902, pág. 78; el soberano iranio está rodeado de una «especie de aureola brillante... que pertenecía, ante todo, a las divinidades, pero que iluminaba también a los príncipes y consagraba su poderío».

112 El primero en el 29 (DION CASIO, LI, 22, 1), y el segundo en el 19 (*Res gestae*, 11).

113 El 4 de julio del 13. *Res Gestae*, 12.

[114] DESSAU, *I. L. S.*, núm. 3786 (Andalucía); 3787 (Preneste); 3790 a (Ancona), etc. En realidad, las fechas de estos textos son poco precisas.

[115] *Ostracon* núm. 1963; cf. I. M. DYAKONOV y V. A. LIVSHITS, *Dokumenty in Nisy*, Moscú, 1960, pág. 22.

[116] D. SCHLUMBERGER, *et al.*, «Une bilingue gréco-araméenne d'Asoka», en *Journal Asiatique* (1958), esp. págs. 43-48. *Ibid.*, «Une nouvelle inscription grecque d'Asoka», en *Comptes-rendus de l'Académie des inscriptions et belles-lettres*, 1964.

[117] Cf. J. WOLSKI, «Les iràniens et le royaume gréco-bactrien», en *Klio*, 38 (1960), pág. 16.

[118] I. M. DYAKONOV, «Nadpisi na parfyanskikh pechatyakh iz drevnei Nisy», en *Vestnik Drevnei Istorii* (1954), 4, pág. 170.

[119] E. H. MINNS, «Parchments of the Parthian Period from Avroman», en *Journal of Hellenic Studies*, 35 (1915), págs. 28-32.

[120] Vol. VI, pág. 245-265.

[121] Cf. M. ROSTOVTZEFF, *Social and Economic History of the Hellenistic World*, 3, Oxford, 1941, págs. 1535-36, para indicaciones bibliográficas. Trad. española, *Historia social y económica del mundo helenístico*. Madrid, Espasa-Calpe, 1967, vol. II, pág. 1028.

[122] R. N. FRYE, «The Charisma of Kingship in Ancient Iran», en *Iranica Antiqua*, 6 (1964), págs. 36-54.

[123] W. W. TARN, *The Greeks in Bactria and India*, Cambridge, 1951, página XX.

[124] W. W. TARN, «Seleucid-Parthian Studies», en *Proceedings of the British Academy*, 16 (1930), pág. 29.

[125] Para el relato de estos hechos, v. A. K. NARAIN, *The Indo-Greeks*, Oxford, 1957, págs. 34-6, 57-8.

[126] Z. I. USMANOVA, «Erk-kala», en *Trudy Yuzhno-Turkmenistanskoi Arkheologicheskoi Kompleksnoi Ekspeditsii*, 12 (Ashkabad, 1963), página 46.

[127] Bibliografía en NARAIN, *op. cit.*, pág. 133.

[128] JUSTINO, 42, 2. Sobre la invasión de los tocarios, ver también ESTRABÓN, XI, 8, 2.

[129] A. NEWELL, «Mithradates of Parthia and Hyspaosines of Characene», *American Numismatic Society* (Nueva York, 1925), pág. 11.

[130] Para un panorama de los resultados de las excavaciones, ver *Istorija Tadzhikskogo Naroda*, ed. B. GAFUROV y V. A. LITVINSKII, 1, Moscú, 1963, págs. 316-328.

[131] Ver M. E. MASSON y G. A. PUGACHENKOVA, *Parfyanskie Pitony Nisy* (Moscú, 1956, 120 tablas), y LITVINSKII y GAFUROV, *op. cit.*, 336-7.

[132] JUSTINO, 42, 2, 3; POMPEYO TROGO, *prol. libri* 42.

[133] AMIANO MARCELINO, 30, 2, 5: *Surena potestatis secundae post regem.*

[134] Ver H. HÜBSCHMANN, *Armenische Grammatik*, Leipzig, 1897, página 45.

[135] Para una discusión, ver J. MARQUARDT, *Evanshar*, Berlín, 1901, páginas 71-72.

[136] D. G. SELLWOOD, «The Parthian Coins of Gotarzes I, Orodes I and Sinatruces», en *Numismatic Chronicle*, 7, ser. 2 (1962), págs. 78-80; también E. HERZFELD, *Am Tor von Asien*, Berlín, 1920, págs. 39-42.

[137] MARQUART, *op. cit.*, 71.

[138] Ver A. CHRISTENSEN, *L'Iran sous les Sassanides*, Copenhague, 1944, páginas 101-110.

[139] Por ej., JUSTINO, 41, 2, 6, dice que de 50.000 caballeros sólo 400 eran hombres libres.

[140] C. B. WELLES, ed., *The Excavations at Dura-Europos V, The Parchments and Papyri*, New Haven, 1959, pág. 115.

[141] I. M. DYAKONON y V. A. LIVSHITS, *op. cit.*, pág. 22.

[142] *Ibid.*, 24.

[143] J. BIDEZ y F. CUMONT, *Les mages hellénisés*, I, París, 1938, páginas 63-73.
[144] PLUTARCO, *Pompeyo*, 24.
[145] Ver FILOSTRATO, *Vida de Apolonio de Tiana*, I, 18, y TACITO, VI, 37.
[146] W. B. HENNING, «An Astronomical Chapter of the Bundahishn», en *Journal of the Royal Asiatic Society*, 1942, pág. 235.
[147] Ver M. BOYCE, «The Parthian gosan and Iranian Minstrel Tradition», en *Journal of the Royal Asiatic Society*, 1957, págs. 10-45.
[148] Ver G. WIDENGREN, «Some Remarks on Riding Costume and Articles of Dress among Iranian Peoples in Antiquity», en *Arctica, Studia Ethnographica Upsaliensia*, XI, 1956, pág. 241.
[149] Ver A. K. NARAIN, *The Indo-Greeks*, Oxford, 1957, pág. 162.
[150] Monedas de Artabano III con sobreimpresión de Gondofernes. Ver J. MARSHALL, *Taxila*, 1, Cambridge, 1951, pág. 60.
[151] Ver J. DOBLAS, «Les premiers rapports der Romain avec les Parthes», en *Archiv Orientálni*, 3, 1931, pág. 244.
[152] *Supra*, pág. 222 y sigs.
[153] ESTRABÓN, IV, 6, 7, 205-206 C.
[154] Sobre estas operaciones, cfr. NAGL., s. v. *Silio Nerva* (n. 21) en *R. E.* III, pág. 94.
[155] DION CASIO, LV, 10.
[156] *Supra*, págs. 190 y sigs.
[157] Cfr. las observaciones de P. LAMBRECHTS. *Augustus en de Egyptische Godsdient*. Bruselas, 1956.

Bibliografía

I. LAS FUENTES LITERARIAS

La naturaleza de nuestras fuentes varía mucho según los períodos; más ricas en cuanto a Roma que en cuanto a Oriente (Roma se convierte entonces en el centro del mundo), van siendo más numerosas y precisas a medida que el tiempo avanza.

En lo que se refiere a la primera mitad del siglo II a. C., la *Historia* de Polibio (ver vol. VI, pág. 362) sigue siendo el principal origen de todas las informaciones que encontramos en los historiadores antiguos. La obra de Polibio terminaba en el año 146; desgraciadamente, después del libro V (que acaba en la batalla de Cannas, en el 216 = 140ª olimpíada), no tenemos más que fragmentos, aunque frecuentemente bastante extensos. Sobre Polibio, véase ahora F. W. WALBANK, *A historical commentary on Polybios*, I, Oxford, 1957.

De Polibio procede Tito Livio, cuya obra conservada termina después de Pidna (167); luego, no poseemos más que sumarios de los libros (*Periochae*), muy valiosos, pero muy condensados; continúan hasta el fin de la obra (9 a. de C. Desastre de Varo). Estos sumarios se completan con el *Liber prodigiorum*, de Julius Obsequens, que ha tomado de la obra de Tito Livio todo lo concerniente a este tema específico. Los fragmentos del propio Tito Livio son muy poco numerosos y, en la mayoría de los casos, cortos.

Además de Polibio, Tito Livio había utilizado libros hoy perdidos: la obra de los Analistas, y también la de Catón (*Origines*), abarcando el período entre el 216 y el 149 (muerte de Catón). Respecto al siglo II en su conjunto, Diódoro Sículo, Apiano y Dion Casio, tampoco quedan más que en estado de fragmentos.

En cuanto al período posterior a Polibio, los historiadores antiguos disponían de las *Historias* de Posidonio de Rodas, que había expuesto la historia de su propio tiempo. Esta obra se ha perdido, pero probablemente quedan ecos de ella en la exposición de Diodoro Sículo. Por otra parte, los historiadores posteriores utilizaron, sin duda, una abundante literatura de *Memorias* (de Rutilio Rufo, de Sila, de Lutacio Catulo, etc.), pero no conocemos la extensión de las informaciones que de ellas tomaron. Esta diversidad de fuentes y su indudable parcialidad explican las divergencias e incluso las contradicciones de las obras antiguas que han llegado hasta nosotros, y de las que citaremos las más importantes:

Las Guerras Civiles, de Apiano (cinco libros que terminan en la muerte de Sexto Pompeyo, en el 35 a. de C., cf. E. GABBA, *Appiano e la storia delle guerre civili*, Roma, 1956), pero también otras partes de su obra: las *Guerras Españolas*, las *Guerras Púnicas* (fuente importante para la tercera y para la destrucción de Cartago), las *Guerras Ilíricas*, las *Guerras de Mitrídates*. Al lado de Apiano, fuente «segura», las biografías de Plutarco deben ser acogidas con gran reserva. Dion Casio no nos ofrece más que fragmentos (se utiliza, en la medida de lo posible, el texto de Zonaras y el de Xifilino), pero con el libro XXXVI (acontecimientos a partir del 69 a. de C.) la exposición se hace más continua y constituye una excelente fuente para el final de la República, las guerras civiles y la instauración del Principado.

A partir de los inicios del siglo I a. de C. comenzamos a disponer de textos contemporáneos o, al menos, muy próximos a los acontecimientos; la *Guerra de Yugurta*, de Salustio, los fragmentos de sus *Historias* y la *Conjuración de Catilina*. Testimonios directos: la *Correspondencia* y los *Discursos*, de Cicerón; los *Comentarios*, de César (del propio César son los siete primeros libros del *Bellum Gallicum*, el *Bellum Civile*; el octavo del *Bellum Gallicum* es de Hircio, lugarteniente y amigo de César; el *Bellum Africum*, el *Bellum Hispaniense*, el *Bellum Alexandrinum* son debidos a otros continuadores). Por último, el poema de Lucano la *Guerra Civil* no carece de valor histórico, aunque es posterior en un siglo a los hechos.

El reinado de Augusto nos es conocido por Dion Casio, por la *Vida de Augusto*, de Suetonio, y por Veleyo Patérculo. Mención especial merecen las *Res Gestae*, resumen de su carrera política, compuesto por él propio Augusto. Las conocemos, sobre todo, por una inscripción procedente de Ankara. Ediciones: E. Diehl, en Lietzmann, *Kleine Texte*, 6.ª edición, Berlín, 1935; H. Volkmann, *ibid.*, 1957; J. Gage, Estrasburgo, 1935.

II. Fuentes auxiliares

La numismática y la epigrafía son especialmente valiosas para la historia de Oriente, donde las fuentes literarias son escasas. Para las obras y colecciones generales, cf. vol. VI, pág. 363. Una relación de las inscripciones más importantes se encuentra en *Cambridge Ancient History* (ver más abajo), VIII, págs. 730-734; *ibid.*, págs. 734-736, una relación de los papiros y de las monedas concernientes al mismo período (conquista de Macedonia y guerra de Siria). Respecto al período siguiente, cf. A. H. J. Greenidge y A. M. Clay, *Sources for Roman History*, 133-70 B. C., 2.ª ed (por E. W. Clay), Oxford, 1960.

Para el reinado de agusto, cf. Víctor Ehrenberg y A. H. M. Jones, *Documents illustrating the Reigns of Augustus and Tiberius*, 2.ª ed., Oxford, 1955.

III. Obras generales

A los trabajos mencionados en el vol. VI, págs. 364 y sigs., algunos de los cuales se relacionan, al menos en parte, con el período que aquí nos interesa, deben añadirse los siguientes:

W. Drumann, *Geschichte Roms in seinem Übergange von der republikanischen zur monarchische Verfassung*, 2.ª ed., revisada por P. Groebe, Berlín, 1899 y sigs.

S. A. Cook, F. E. Adcock, M. P. Charlesworth, *Cambridge Ancient History*, vol. VII, Cambridge, 1930; IX, 1932, X, 1934.

G. Glotz, *Histoire Générale*, los volúmenes siguientes:

E. Pais y J. Bayet, *Histoire romaine*, vol. I, París, 1940.

G. Bloch y J. Carcopino, *Histoire romaine*, vol. II, 1, 3.ª ed., París, 1952.

J. Carcopino, *Histoire romaine*, vol. II, 2, 4.ª ed. París, 1950.

E. Meyer, *Geschichte der Altertums*, Stuttgart, 1893 y sigs.

E. Korneman, *Weltgeschichte des Mittelmeerraumes von Philipp II von Makedonien bis Muhammed*, 2 vols., Munich, 1948-1949.

Id., *Römische Geschichte. I. Die Zeit der Republik. II. Die Kaiserzeit;* ed. por H. Bengtson, Stuttgart, 1956-1959.

H. H. Scullard, *From the Gracchi to Nero, a history of Rome from 133 B.C. to A.D. 68,* Londres, 1959.

A. Piganiol, *Histoire de Rome,* 5.ª ed., París, 1962, con una muy abundante bibliografía. Trad. esp., *Historia de Roma,* Buenos Aires, Eudeba, 2.ª ed., 1971.

F. Altheim, *Römische Geeschichte. II. Bis zur Schlach tbei Actium* (31 v. Chr.), Berlín, 1956.

IV. Indicaciones sobre los trabajos monográficos

Entre el elevadísimo número de monografías, indicaremos sólo las siguientes:

I. *Roma y el Mundo Oriental*

M. Holleaux, *Etudes d'épigraphie et d'histoire grecques,* editados por L. Robert, 4 vols., 1938-1952.

J. Hatzfeld, *Trafiquants italiens dans l'Orient hellénique,* París, 1919.

M. Rostovtseff, *The social and economic History of the Hellenistic World,* Oxford, 1941.

Exploration archéologique de Délos, París, 1909 y sigs. (en especial, E. Lafalus, *L'agora des Italiens, Exploration,* XIX, 1939).

A. Afzelius, *Die römische Kriegsmacht während der Auseinandersetzung mit den hellenistischen Grossmächten,* Copenhague, 1944.

F. W. Walbank, *Philipp V of Macedon,* Cambridge, 1940.

D. Magie, «The Agreement between Philipp V and Antiochus III...», en *Journ. of Roman Stud.,* XXIX (1939), págs. 32 y sigs.

J. P. Balsdon, «Rom and Macedon 205-22 B.C.», *ibid.,* XLIV (1954), páginas 31 y sigs.

L. de Regibus, *La repubblica romana e gli ultimmi re di Macedonia,* Génova, 1951.

P. Meloni, «Perseo e la fine della monarchia Macedona», en *Annali della Facoltà di Lettere di Cagliari,* XXX (1953).

S. Accame, *Il dominio romano in Grecia dalla guerra Acaica ad Augusto,* Roma, 1946.

V. Vavrenek, *La révolte d'Aristonikos,* Bospravy Ceskoslov. Akad. Ved. LXVII, 2, Praga, 1957.

E. Badian, *Foreign clientelae* (264-70 B.C.), Oxford, 1958.

Id., «Rom and Antiochus the Great. A study in cold war», Cl. *Phil.,* LIV (1959), págs. 81-89.

K. Bilz, «Die Politik des P. Cornelius Scipio Aemilianus», en *Würzburger Stud. zur Altertumswiss.* VII fasc., Stuttgart, 1935.

E. Groag, *Hannibal als Politiker,* Viena, 1929.

W. Hoffman, «Die römische Politik des 2. Jahrhunderts und das Ende Karthagos», en *Historia* IX (1960), págs. 309-334.

R. B. McShane, *The foreign policy of the Attalids of Pergamum,* Diss. Univ. of Illinois, 1959.

P. Magie, *Roman rule in Asia Minor to the 3d century after Christ,* Princeton Univ. Press, 1950.

Hansen, *The Attalids of Pergamon,* Nueva York, 1957.

Th. Reinach, *Mithridate Eupator,* París, 1890.

A. Bouche-Leclerq, *Histoire des Séleucides,* II, París, 1914.

II. *Historia interna de Roma*

A. Levi, *La costituzione romana dei Gracchi a Giulio Cesare*, Florencia, 1928.
A. E. Astin, *The lex annalis before Sulla*, Col. Latomus, XXXII, 1958.
A. N. Sherwin-White, *The Roman citizenship*, Oxford, 1939.
L. Ross Taylor, *The votive districts of the Roman Republic*, Papers and Mon. of the Amer. Academy in Rome, XX, 1960.
H. H. Scullard, *Roman Politics*, 220-250 B.C., Oxford, 1951.
Niccolini, *Il tribunato della plebe*, Milán, 1932.
J. Bleicken, *Das Volkstribunat der klass. Republik*, Zatemata, XIII, Munich, 1955.
D. Kienast, *Cato der Zensor, seine Persönlichkeit und seine Zeit*, Heidelberg, 1954.
G. Tibiletti, «Il possesso dell'ager publicus»; *Ath.* N. S. XXVI (1948), págs. 173 y sigs.; XXVII (1949), págs. 3 y sigs.; cf. *ibid.*, XXVIII (1950), págs. 183 y sigs.
J. Carcopino, *Autour des Gracques. Etudes critiques*, París, 1928.
J. Vogt, *Die Struktur der antiken Sklavenkriege, en Abhdanl. Akand.*, Mainz 1957, núm. 1.
R. von Pöhlmann, *Geschichte der sozialen Frage und des Sozialismus in der antiken Welt*, 2 vols., 3.ª ed., Munich, 1925.
W. Schur, «Das Zeitalter des Marius und Sulla», en *Klio*, Beiheft, XLVI, 1942.
E. Gabba, «Le origini della guerra sociale e la vita politica romana dopo l'89 a. de C.», *Ath.* N. S., XXXIII, 1954.
H. D. Meyer, «Die Organisation der Italiker im Bundesgenossenkrieg», en *Historia*, VII (1958), págs. 74 y sigs.
M. Gelzer, «Cn. Pompeius Strabo und der Aufstieg seines Sohnes Magnus», en *Abhand. d. Preuss. Akad. Wiss.*, 1914, pág. 14.
H. Bennett, *Cinna and his time*, Menasha, 1923.
J. Carcopino, *Sulla ou la monarchie manquée*, París, 1931.
C. Lanzani, *L. Cornelio Sulla dittatore*, Milán, 1936.
H. Berve, «Sertorius», en *Hermes*, LXIV (1929), págs. 199 y sigs.
G. Boissier, *La conjuration de Catilina*, París, 1905.
E. G. Hardy, *The Catilinan Conspiracy*, Oxford, 1924.
J. Macdonald Corban, *Senate and provinces* 78-49, Cambridge, 1935.
M. Rostovtseff, *Geschichte der Staatspacht in der röm. Kaiserz.*, en *Philol. Suppl.*, IX (1904).
G. Boissier, *Cicéron et ses amis*, París, 1865.
E. Ciaceri, *Cicerone e i suoi tempi*, 2 vols., Milán, 1926-1930.
J. van Ooteghem, *Lucius Licinus Lucullus*, Acad. Royale de Belgique, Classe de Lettres, Mémoires, LIII, 4, 1959.
Id., *Pompée le Gran, bâtisseur d'Empires*, *ibid.*, XLIX, 1954.
L. Ross Taylor, *Party politics in the age of Caesar*, Univ. of California Press, 1949.
J. Carcopino, *Les secrets de la Correspondence de Cicéron*, 2 vols., París, 1948.
M. Gelzer, *Pompeius*, 2.ª ed., Munich, 1949.
R. Syme, *The Roman Revolution*, Oxford, 1939.
J. H. Oliver y R. E. A. Plamer, «Text of the Tabula Hebana», en *Am. Journ. of Philology*, LXXV (1956), págs. 225 y sigs.
W. Seston, «La table de bronze de Magliano et la réforme électorale d'Auguste», en *Comptes-rendus Acad. Inscr.*, 1950, págs. 105 y sigs.
G. Tibiletti, *Principe e magistrati repubblicani, ricerca di storia augustea e tiberiana*, Roma, 1953.
M. Grant, *From «imperium» to «auctoritas», a historical study of the aes coinage in the Roman Empire, 49 B.C. - A.D.* 14, Cambridge, 1946.

M. A. LEVI, *Il tempo di Augusto,* Florencia, 1951.
J. BERANGUER, *Recherches sur l'aspect idéologique du principal,* Bâle, 1953.
P. GRENADE, *Essai sur les origines du principat,* París, 1961.
A. MAGDELAIN, *Auctoritas principis,* París, 1947.

III. *Países determinados*

1.º *España*

A. SCHULTEN, *Tartessos, ein Beitrag zur ältesten Geschichte des Westens,* Abhandl. der Univ. von Hamburg, 2.ª ed., 1950.
ID., *Geschichte von Numantia,* Munich, 1933.
ID., *Historia de Numancia,* Barcelona, 1945.
P. BOSCH-GIMPERA, *La formación de los pueblos de España,* México, 1945.
ID., *Etnología de la península ibérica,* Barcelona, 1932.
R. MENÉNDEZ PIDAL, *Historia de España;* en especial, I, 2, *La España de las invasiones célticas y el mundo de la colonización,* por M. ALMAGRO y A. GARCÍA BELLIDO, Madrid, 1952.
A. GARCÍA BELLIDO, *La Península Ibérica en los comienzos de su historia,* Madrid, 1953.
ID., *Hispania Graeca,* Barcelona, 1948.
J. M. BLÁZQUEZ, «El impacto de la conquista de Hispania en Roma 218-154 a. de C.», *Et. Class.,* VII, 1962, págs. 1-29.
R. LANTIER, *Les bronzes voltifs ibériques,* París, 1935.

2.º *El mundo céltico y la Galia*

P. BOSCH-GIMPERA, «Les mouvements celtiques, essai de reconstitution», en *Etudes celtiques,* V (1950-1951), págs. 351 y sigs.; VI (1953-1954), páginas 345 y sigs.
R. JOFFROY, *La tombe de Vix (Côte d'Or),* Monuments Piot, París, XLVIII, 1956.
J. CARCOPINO, *Promenades historiques aux pays de la dame de Vix,* París, 1957.
F. BENOIT, *Entremont, capitale celto-ligure des Salyens de Provence,* Aix, 1957.
P. M. DUVAL, «A propos du miliaire de Cn. Domitius Ahenobarbus trou vé dans l'Aude en 1949», en *Gallia* VII (1949), II, págs. 207-231.
J. JANNORAY, *Ensérune, contribution à l'étude des civilisations pré-romaines,* París, 1955.
H. GALLET DE SANTERRE, *en Archaelogy* XV (1962), págs. 163-179.
A. GRENIER, *Archéologie gallo-romaine,* en DECHELETTE, *Manuel d'Archeologie préhistorique, celtique et gallo-romaine,* vols. V y VI.
C. JULLIAN, *Histoire de la Gaule,* 8 vols., París, 1908-1926.
ID., *Vercingétorix,* reed. de P. M. DUVAL, París, 1963.
J. J. HATT, *Histoire de la Gaule romaine (120 av. J. C.-451 ap. J. C.),* París, 1959.
A. GRENIER, *Les Gaulois,* París, 1945.
T. G. E. POWELL, *The Celts,* Londres, s. d. (1958).
J. LE GALL, *Alésia. Archéologie et Histoire,* París, 1963.
M. RAMBAUD, *L'art de la déformation historique dans les Commentaires de César,* 2.ª edición, París, 1966.
ID., *César,* París, 1963.
ID., «L'ordre de bataille de l'armée des Gaules d'après les Commentaires de César», en *Rev. Et. Anc.,* LX (1958), págs. 87-130.

R. Dion, «Les campagnes de César et l'année 55», *Rev. Et. Lat.*, XLI, 1963, págs. 186-209.
R. Schmittlein, «La première campagne de César contre les Germains», en *Travaux et Mémoires des Instituts Français en Allemagne*, VI, París, 1955.
M. M. Arnould, *La bataille du Sabis*, Bruselas, 1941.
P. Merlat, «César et les Vénètes», en *Annales de Bretagne*, 1954, páginas 154 y sigs.
J. Carcopino, *Alésia et les ruses de César*, París, 1958.
J. de Vries, *Kelten un Germanen*, Berna, 1960.

3.º *Los germanos*

Fuentes

Capelle, W., *Das alte Germanien. Die Nachrichten der griechischen und römischen Schriftsteller.* Jena, 1937.

Exposiciones Generales

Hachmann, R.; Kossack, G., y Kuhn, H., *Völker zwischen Germanen und Kelten.* Neumünster, 1962.
Hachmann, R., «Zur Gesselleschaftsordnung der Germanen in der Zeit um Christi Geburt», *Archaelogia Geographica* 5 (1956).
Id., *Die Chronologie der jüngeren vorrömischen Eisenzeit. Studien zum Stand der Forschung im nördlichen Mitteleuropa und in Skandinavien,* 41 a. Relación de la Comisión romano-germánica (1960).
Moberg, C. A., *Zonengliederungen der vorchristlichen Eisenzeit in Nordeuropa.* Lund, 1941.
Müller-Wille, M., *Eisenzeitliche Fluren in den festländischen Nordseegebieten. Landeskundl. Karten u. Hefte d. geograph. Komm. f. Westfalen,* vol. V. Munster, 1965.
Schwantes, G., *Die Gruppen der Ripdorf-Stufe.* Jahresschrift f. mitteldeutsche Vorgeschichte 41/42 (1958).
Wenskus, R., *Stammesbildung und Verfassung. Das Werden der frühmittelalterlichen Gentes.* Colonia, 1961.

Estudios Regionales

Hinsch, E., *Förromersk Jernalder i Norge. Finska Fornminnesföreningens Tidskrift* 52 (1953).
Nylen, E., *Probleme der ältesten Eisenzeit im Norden. Studien aus Alteuropa,* vol. II Beihefte d. Bonner Jahrb. 10 (1965).
Becker, C. J., Förromersk Jernalder I Syd- og Midtjylland, Nationalmuseets Skrifter, vol. VI, Copenhague, 1961.
Hingst, H., *Die vorrömische Eisenzeit,* en: O. Klose, *Geschichte Schleswig-Holsteins,* vol. II, Neumünster, 1964.
De Laet, S. J., y Glasbergen, W., *De Voorgeschiedenis der Lage Landen,* Groningen, 1959.
Waterbolk, H. T., «Hauptzüge der eisenzeitlichen Beseidlung der nördlichen Niederlande», en: *Offa* 19 (1962).
Schmid, P., *Die vorrömische Eisenzeit im nordwestdeutschen Küstengebiet,* en: «Probleme der Küstenforschung im südlichen Nordseegebiet», vol. VI (1957).
Tackenberg, K., *Die Kultur der frühen Eisenzeit in Mittel- und Westhannover Die Urnenfriedhöfe in Niederschsen,* vol. I, III-IV, Hildes-

BEHAGHEL, H., *Die Eisenzeit im Raume des rechtsrheinischen Schiefergebirges*, Wiesbaden, 1943.
VOIGT, TH., *Gab es zur Spätlatenezeit eine selbständige Kulturprovinz im Saalegebiet?*, en: «Jahresschrift für mitteldeutsche Vorgeschichte», 41/42 (1958).
MOTYKOVA-SNEIDROVA, K., *Die Anfänge der römischen Kaiserzeit in Böhmen*, en: «Fontes Archaelogici Pragenses», vol. VI. Praga, 1963.
KOSTRZEWSKI, J., *Die ostgermanische Kultur der Spätlatenezeit*, Leipzig, 1919.
ID., *Le problème du séjour des Germains sur terres du Pologne*, en: «Archaeologia Polana», 4, 1962.
KUCHARENKO, J. W., *Sarubinezkaja Kultura*, en: «Archaelogija SSSR», Svod D 1-19, Moscú, 1964.

4.º *Getas y Dacios*

1.—Para una visión de conjunto sobre los tracios y los geto-dacios, cf. V. Pârvan, *Getica*. O protoistorie a Daciei, Bucarest, 1926; C. Daicoviciu, en *Istoria Romăniei* (Historia de Rumania), I (1960), páginas 225-338; Joseph Wiesner, *Die Thraker*, Stuttgart, 1963.

2.—Las fuentes antiguas relativas a los geto-dacios y a los pueblos vecinos están recogidas en la colección que lleva el título *Izvoare privind istoria Romăniei I* (*Fontes ad historiam Dacoromaniae pertinentes I: Ab Hesiodo usque ad Itinerarium Antonini*, Bucarest, 1964.

3.—Sobre la cultura de La Tène entre los geto-dacios, v. D. Berciu, *A propos de la genèse de la civilisation de La Tène chez les Géto-Daces* en Dacia, N. S. I., 1957, e ID., *Prehistoric Romania before Burebibista*, ed. Thames and Hudson (en prensa).

4.—Sobre la civilización de los dacios y su historia, cf. Radu Vulpe, *La civilisation dace et sus problèmes à la lumière des dernieres fouilles de Poiana*, en *Basse Moldavie*, en Dacia N. S. I., 1957; C. DAICOVIVIU, *Le problème de l'Etat et de la culture des Daces à la lumièr des nouvelles recherches*, en «Nouvelles Etudes d'Histoire», Bucarest, 1955.

5.—Sobre la penetración de los romanos en el Bajo Danubio, v. D. M. PIPPIDI y D. BERCIU, *Din istoria Dobrogei I* (Sobre la historia de la Dobrucha), Bucarest, 1965.

5.º *Los Escitas*

BOROVKA, G., *Scythian Art*, publicada primero en 1928, en Londres, y reeditada ahora por Messrs Benn.
GRIASNOV, M., *Le Kourgane de Pasyryk*. Moscú-Leningrado, 1931.
GROUSSET, R., *L'Empire des steppes*. París, 1939.
MINNS, E. H., *Scythians and Greeks*. Cambridge, 1913.
MINNS, E. H., *The Art of the Northern Nomads*, 1942.
MONGAIT, A. L., *Archaeology in the USRS*. Pelican Book, Londres, 1961.
PIETROWSKY, B. B.; SCHULTZ, P. N., y GOLOVKINA, V. A.; TOLSTOV, S. P., *Ourartou, Néapolis des Scythes, Kharezm*. L'Orient Ancien Illustré, número 8. París.
POTRATZ, J. A. H., *Die Skythen in Südrussland*. Basilea, 1963.
ROSTOVTZEFF, M., *Iranians and Greeks in South Russia*. Oxford, 1922.
RUDENKO, S. I., *Der Zweite Kurgan von Pazryk*, Berlín, 1952.
TALBOT RICE, T., *The Scythians*. Londres, 1958.

6.º *Los Partos*

Los artículos de J. Voldski son fundamentales para la historia primitiva parta. Por ejemplo, «The Decay of the Iranian Empire of the Seleucids and the Chronology of Parthian Beginnings», *Berytus*, 13 (1956), págs. 35-52; «Arsace II et la généalogie des premiers Arsacides», *Historia*, 11 (1962), págs. 138-145; «Remarques critiques sur les institutions des Arsacides», *EOS*, 46 (1952), págs. 59-82.

Acerca de la importancia histórica de Nis, v. M. E. Masson, «Novye dannye po istorii Parfii», *Véstnik Drevnei Istorii* (1950), 3, págs. 41-55.

Para los restos contemporáneos del idioma parto, v. W. B. Henning, «Mitteliranisch», *Handbuch der Orientalistik*, I, 4 (Leiden, 1958), páginas 27-30, 40-43.

Para las monedas, v. el *Sammlung Petrowicz, Arsakiden Münzen* (Viena, 1904), y G. K. Jenkis y A. K. Narain, *The Coin-Types of the Saka-Pahlava Kings of India* (Varanasi, 1957).

Indice alfabético

Indice de figuras